

Elizabeth Adler

*La
Esmeralda
de los Ivanoff*

*Llegaría el día en que el misterio
de la esmeralda sería descubierto*



Lectulandia

El catálogo de Christie's anuncia la venta de una «magnífica esmeralda de 45 quilates, sin defectos», y la identifica simplemente como «propiedad de una dama». A las pocas horas, los corredores de Bolsa y los políticos más poderosos del mundo se movilizan excitados por la inminente venta en Ginebra.

Los rumores dicen que esa joya forma parte del fabuloso tesoro de los Ivanoff, una pieza que fue vista por última vez sobre la tiara de una princesa rusa presuntamente asesinada durante la Revolución Bolchevique.

Lejos de este escenario, una anciana llamada Missie O'Brien sigue paso a paso las noticias desde un hospital geriátrico de Maryland. Ella conoce todos los secretos de los Ivanoff y está dispuesta a revelarlos, como así también el pasado que ha escondido durante tanto tiempo.

Lectulandia

Elizabeth Adler

La esmeralda de los Ivanoff

ePub r1.0
Titivillus 12.11.17

Título original: *The property of a Lady*
Elizabeth Adler, 1990
Traducción: Silvia Sassone

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a mi esposo Richard
y a mi hija Annabelle,
con amor.*

PRIMERA PARTE

Prólogo

Bangkok

La muchacha que bajaba del taxi con aire acondicionado en la puerta del Hotel Oriental era alta, de piernas largas y bronceadas, cabello negro brillante que le caía sobre los hombros y tenía un rostro donde se mezclaban elegantemente Oriente y Occidente. A pesar del sofocante calor y de la humedad ambiental, se la veía fresca, con un elegante vestido de lino y un sombrero de ala ancha.

Se paseó hasta llegar más allá de la resplandeciente fuente y del cuarteto que tocaba música de cámara en la recepción del hotel y se dirigió hacia la galería comercial, ubicada en la parte posterior.

—Mi hermana dejó aquí un paquete —le explicó al vendedor de la casa de antigüedades—. Ella me ha pedido que lo retire.

Con una bolsa que decía Sedería Jim Thompson, caminó a lo largo de la galería, hacia la hermosa terraza cargada de orquídeas que miraba sobre el río Chao Phraya, y allí pidió el té. Colocó la bolsa en el suelo, junto a ella, y sin ninguna prisa tomó su té, observando el ajetreado paso del tráfico. Media hora más tarde, dejó la terraza, bajó los escalones hacia el río y tomó una lancha taxi hacia la zona céntrica.

Ahora caminaba ligero, alejándose del río. Después de detener otro taxi, pidió que la llevara al Hotel Dusit Thanai.

En el baño de damas, se cambió la ropa por un par de vaqueros y una camisa blanca, dobló con cuidado el elegante vestido de lino negro y lo colocó en la bolsa. Se recogió el cabello en una cola de caballo, la aseguró con una banda elástica y se volvió a retocar los labios con un lápiz labial más brillante. Cuando abandonaba el hotel por la puerta posterior, se cubrió los ojos con unas Rayban auténticas, no la copia barata que se vende en toda esquina de Bangkok, y tomó otro taxi hasta Patpong Road.

El chófer del taxi le sonrió furtivamente a través del espejo retrovisor. Sabía todo acerca de Patpong, la zona de los cabarets baratos y de los bares de luces rojas, de los clubes porno, de las casas de masajes y los negocios de sexo, y se imaginó cuál era la ocupación de la mujer. Después de no prestar atención a los intentos de entablar una conversación del conductor, ella le pagó el viaje con una modesta propina y se abrió camino con habilidad a través del laberinto de callejones llenos de basura. Se detuvo en un edificio estrecho y gris, apretado entre cientos de otros edificios en una calle lateral, y verificó el nombre que buscaba en una tarjeta comercial, pequeña y manchada, pinchada sobre una tabla con un taco. Satisfecha, se apresuró a dejar atrás la clínica que ofrecía tratamiento para enfermedades venéreas y otros males sexuales, para dirigirse hacia el segundo piso, donde llamó al portero eléctrico de la entrada, esperó una respuesta y luego dio su nombre tranquilamente. La puerta se abrió al tocarla apenas y ella se deslizó hacia el interior, cerrándola con firmeza. Se encontraba en un oscuro y estrecho corredor que olía a orina y productos químicos, al final del cual había una segunda puerta. Sin dudarlo, recorrió aquel largo pasillo y

abrió la puerta de un empujón.

Una lámpara pequeña reflejaba toda la intensidad de su luz sobre la superficie de un desvencijado escritorio y dejaba al hombre que estaba sentado tras él casi en sombras, pero ella pudo ver que él era la caricatura inmensamente grotesca de una figura humana. El hombre levantó la cabeza de la pequeña pila de piedras brillantes que estaba estudiando y la luz le dio de repente en el rostro.

—Entre, siéntese —le dijo.

Los labios de ella se torcieron con repulsión cuando se sentó enfrente de él. Los rasgos del hombre eran porcinos. Ojos pequeños, perdidos en los repliegues de la carne, semejantes a piedras de color gris la recorrían con la mirada. Su acento era gutural y el tono áspero cuando dijo:

—Le repito que está perdiendo el tiempo.

Ella sacó de la bolsa que llevaba un pequeño paño arrugado de tisú negro de una brillante seda Thai y se lo extendió al hombre.

—Creo que no, señor Abyss —le respondió, observando cómo él rápidamente lo desenvolvía, notando cómo respiraba profundamente al ver lo que el paquetito contenía.

Le dirigió una mirada especulativa, luego acercó más la lámpara de la luz intensa. Sosteniendo la lupa de joyero en el ojo derecho, hizo girar la gema en sus dedos gordos y peludos, como una araña que tuviera atrapada a una bonita mariposa. Después de unos minutos, se quitó la lupa y dejó la piedra sobre un cuadrado de terciopelo negro que estaba frente a él. Se inclinó hacia atrás en un raído sillón de cuero, doblando las manos sobre su inmenso estómago. Los ojos azules de forma de almendra de ella se encontraron con los de él en silencio.

Finalmente el hombre habló.

—Existe en el mundo solamente una esmeralda de este tamaño y calidad. Y no se la ha visto durante más de setenta años. ¿Puedo preguntarle cómo ha llegado a sus manos?

Ella se encogió de hombros.

—No puede hacerlo. Simplemente digamos que no trabajo sola. Mis socios están muy interesados en su decisión.

Se hizo un silencio mientras él la estudiaba primero a ella y luego a la esmeralda gigante que estaba entre los dos.

—Esta es una piedra exquisitamente tallada —dijo por fin—. No hay nada que yo pueda hacer para mejorar la perfección del original. ¿Entonces? ¿Qué es exactamente lo que desea de mí?

Inclinándose hacia adelante, ella tocó la piedra con una de sus uñas pintadas de esmalte rojo y dijo:

—Deseo que la corte en dos partes iguales. Dos esmeraldas en lugar de una.

Creyó ver un destello parecido a la emoción en aquellos ojos pesados: ella lo había atrapado con la guardia baja, había tocado una cuerda emotiva en algún lugar de su ser.

—¿Cortar una piedra como esta? ¿Está loca?

Abrió un cajón y sacó una botella de whisky y un pequeño vaso sucio. Levantó la botella como preguntándole si deseaba beber y ella negó con la cabeza, observándolo

mientras él llenaba el vaso hasta el borde y luego se lo bebía de un trago. Volvió a llenarlo rápidamente y esta vez ella notó que su mano temblaba mientras vaciaba el vaso. Ese temblor era la razón por la cual Abyss, maestro en la talla de gemas, ahora ocupaba una sola habitación en una miserable calle de Bangkok, en lugar de las grandiosas oficinas de París en las que había estado hacía veinte años. Un tallador de gemas de pulso inseguro no valía nada. Y aun así no había otro que pudiera hacer lo que ella pedía. Era un riesgo que había sido discutido durante largo tiempo y que ellos estaban dispuestos a correr.

—Conozco esta esmeralda —dijo, volviendo a hacer girar la piedra en sus dedos gordos—. No se ha visto en Europa desde que se envió la gran tiara a Cartier de París, para ser rediseñada hace ochenta años. Una esmeralda de noventa quilates, de tal perfección... que es única.

—Exactamente. Es única y de esa forma fácilmente identificable. Nosotros le pedimos que nos dé dos esmeraldas, señor Abyss, así será imposible que se la reconozca. Y aun el valor de cada piedra seguirá siendo de millones.

Un destello de codicia cruzó por aquellos ojos de piedra. Hizo girar la gema en uno y otro sentido debajo de la luz, examinándola con intensidad a través de la lupa. Ella lo observaba, tensa como un resorte. Esto significaba mucho; estaba allí porque él era el mejor del mundo, el único que podía hacer el trabajo.

—Le pagaremos bien —le dijo suavemente—. El siete por ciento.

Los ojos de ambos se encontraron.

—No puedo garantizarle nada —le dijo—. Usted tiene conciencia de que las esmeraldas son las más frágiles de todas las piedras. Un golpecito y esta valiosa joya podría quedar transformada en trozos baratos. Y, después de todo, la esmeralda como un todo vale mucho más que lo que serían dos mitades.

Ella alisó aun más su cabello siempre lacio, secándose con un tisú el hilo de sudor que tenía en el borde de la cabellera. No había aire acondicionado en el lugar y el calor y el olor acre de la habitación estaban comenzando a marearla. Le dijo de manera tajante:

—¿Para cuándo lo puede hacer?

Los ojos del hombre desaparecieron entre los pliegues de grasa de su rostro mientras le sonreía.

—Quince por ciento —le sugirió con delicadeza.

Una risa asomó en su garganta, terminando en tos cuando ella lo miró fijamente.

Ellos ya habían probado con un hombre de Israel y con otro en Amsterdam. Abyss era el único, la única oportunidad.

—Diez por ciento —le dijo, estirándose al ponerse de pie la camisa desde las pegajosas hombreras—. No lo sé —agregó con duda—. Después de todo, Amsterdam puede llegar a ser mejor...

—Diez —agregó él rápidamente.

—Tiene un mes —le dijo, tomando su bolsa.

El hombre abrió la boca.

—¿Un mes? Imposible. Necesito manejar la piedra, estudiarla, considerar cada punto... podría llevar un año...

—Un mes y el diez por ciento. Esto es un trato. ¿Lo puede hacer o no?

Tamborileó impaciente con las uñas pintadas de rojo sobre el escritorio mientras el hombre la miraba, impactado. Luego aquellos ojos volvieron a desaparecer en una sonrisa de abatimiento.

—Simplemente digamos que será un desafío —respondió.

Ella asintió, luego se volvió ya con la mano en la puerta.

—Somos muy generosos, señor Abyss. Hay más trabajo para usted del mismo lugar de donde viene esto. Usted podría ser un hombre muy rico... si no se vuelve demasiado codicioso. —Los hermosos ojos de almendra miraron con desprecio los pliegues de aquel rostro gordo—. Y si lo es... entonces mis socios sabrán qué hacer. Dejando la amenaza flotando en el aire, cerró la puerta con delicadeza. Se deslizó por el mugriento corredor y bajó las escaleras, desapareciendo como una sombra entre las multitudes mientras la vida nocturna de Bangkok llegaba a su apogeo.

Capítulo 1

Moscú

El cabello gris del hombre que ocupaba la gran oficina del interior del Kremlin no representaba solamente su ancianidad sino también la importancia que tenía dentro del Politburó. La limusina ZIL del mariscal Sergei Solovsky ya había cruzado el carril central reservado para la élite en el tránsito de Moscú. Aparte de haber pasado un largo período en Siberia con el régimen de Stalin y dos años de reclusión en las provincias cuando Bulganin disponía de un enloquecido poder lujurioso y había compuesto toda su obra para su esposa y una joven y bonita bailarina que había rechazado sus acercamientos amorosos, Solovsky había preferido Siberia: las provincias constituían una desolada especie de desierto y le recordaban la infancia que hubiera preferido olvidar.

Sobre su escritorio había un catálogo de venta de joyas finas que se llevaría a cabo en Christie's de Ginebra. Junto a él, una nota de su hermano y enemigo, el mayor general Boris Solovsky, jefe del KGB. Su atención se dirigió al artículo de la página quince, una gran esmeralda sin engarzar de purísima calidad. Volvió a leer la nota.

«Aunque esta piedra pesa levemente menos que la esmeralda Ivanoff, se duda de que sea parte de la misma joya. Existe en el mundo solamente una de estas esmeraldas. Creemos que se la ha cortado y que ahora se la separará en partes, aunque la otra mitad probablemente no aparecerá hasta que haya pasado algún tiempo. En vista del diamante que apareció en plaza el año anterior y que también se pensó provenía de la misma fuente, creemos que el tesoro de Ivanoff se está vendiendo. Por fin.»

Volvió a echar un vistazo al catálogo, verificando la procedencia. No se daba ningún nombre. Se describía la esmeralda sólo como «La propiedad de una dama». Sergei se reclinó hacia atrás en su asiento, considerando el asunto. Sabía detrás de qué estaba su hermano. Era algo de más valor que las esmeraldas y más poderoso que los miles de millones de Ivanoff depositados en los bancos de Suiza a la espera de que se reclamara su propiedad. El KGB deseaba que quienquiera que vendiera aquellas joyas fuera encontrado y llevado a Rusia antes de que alguien más llegara primero. Y Boris Solovsky tenía un interés personal en el asunto.

Se recorrió con las manos el cabello gris acero. La historia Ivanoff estaba grabada de manera indeleble en su cerebro. El pasado lo había alcanzado finalmente y, ahora, de modo irónico, se esperaba que él pusiera en movimiento las ruedas de la historia.

Después de pulsar el botón del intercomunicador, le dijo a su secretaria que llamara a su hijo, el diplomático Valentín Solovsky.

Washington

Había una media docena de hombres en la reunión confidencial de la Casa Blanca: el presidente en persona, su secretario de Estado, el secretario de Defensa, el representante del Departamento de Desarme y Control de Armamentos, el jefe de la CÍA y el representante del Consejo de Seguridad Nacional. Sobre la mesa ovalada, frente a cada uno de ellos, había copias del catálogo de Christie's. El presidente miró a su secretario de Estado mientras todos escuchaban con atención a Cal Warrender, un hombre de treinta y ocho años, brillante y de aspecto austero y toda una figura dentro del Consejo de Seguridad Nacional. Cal había recorrido el delicado camino entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado y en ambos lugares se tenía buen concepto de él. Era considerado como uno de los jóvenes de futuro de Washington.

Cal decía que había estado en Christie's de Ginebra simulando ser un potencial comprador y había llevado consigo a uno de los expertos de Cartier. Inspeccionó la esmeralda y estaba seguro de que era parte del tesoro de Ivanoff.

—Las esmeraldas son notoriamente frágiles —dijo Cal—, e intentar cortar una piedra como la esmeralda Ivanoff era un gran riesgo. Podrían haber terminado con un millón de trozos de vidrio verde sin valor. Fue cortada por un maestro y nosotros sabemos que hay en el mundo sólo tres que poseen esa habilidad y que son lo suficientemente fiables como para realizar dicho trabajo. Uno está en Amsterdam, otro en Israel y el tercero en Bangkok. Creo que, si se sigue el rastro del tallador de gemas, se puede encontrar a la misteriosa vendedora, la *Dama* anónima.

Le pasó al presidente una reproducción de una descolorida fotografía de color sepia tomada en el año 1909 en San Petersburgo, Rusia, señalándole la tiara de diamantes con una gran esmeralda en la parte central y explicándole que la mujer sería que llevaba la tiara era la hermosa princesa Anouska Ivanoff, en ocasión de su casamiento.

—El hecho es —dijo el presidente de manera tajante— que, quienquiera que sea esta mujer anónima que vende la joya, ella tiene la respuesta a un tema que estamos tratando de resolver desde hace más de setenta años. Y si Rusia la encuentra primero, el equilibrio de poder mundial se inclinará marcadamente en esa dirección. La carrera ha comenzado, caballeros. No importa lo que cueste, vayan donde fueren... encuentren a esa *Dama*.

Dusseldorf

Un hombre alto, ágil, de cabello rubio, se paseaba por la planta de su lujosa oficina del Grupo de Empresas Arnholdt, cuyos negocios por todo el mundo abarcaban hierro, acero, armas, minería y construcción. Los Arnholdt habían suministrado armamentos en todas las guerras desde la época de Napoleón, siempre

volviendo a emerger, sin importar quién ganaba o perdía, hasta con mayor riqueza y poder. Entre las corporaciones líderes del mundo, ellos eran un centro de poder.

Ferdie Arnhardt se detuvo y miró por la ventana de su sólida y grandiosa oficina, pero no vio el tráfico que serpenteaba treinta plantas por debajo de él. Su mente estaba en el catálogo que había sobre el escritorio, abierto en la página quince. Sabía que el poseedor de esa esmeralda amenazaba la seguridad y estabilidad del imperio Arnhardt. Y también sabía que si encontraba a la *Dama* su compañía sería la más rica y poderosa de todo el mundo. Era todo o... nada. Debía encontrarla y negociar con ella, antes de que otras partes interesadas llegaran primero.

Ginebra

Genie Reese se paseaba de mal humor sobre los escalones del Hotel Richemond. Tenía veintiocho años, era rubia y lo que su madre había definido en cierta ocasión entre risas como «casi espléndida». «Si sólo tu nariz fuera un poquito más pequeña, —solía bromear—, y tu cabello unos tres tonos más rubio, serías una estrella de cine». Por supuesto que su madre sólo se había estado riendo y mostrándose vivaz en sus buenos tiempos; la mayor parte del tiempo no hablaba en absoluto con ella. Hacía ya unos años que había muerto, pero Genie creía que quizás ahora su madre se hubiera sentido complacida al ver en qué se había transformado.

Mientras crecía, de alguna manera sus rasgos se habían distribuido en las proporciones correctas: su bonita nariz ya no parecía demasiado grande para su rostro delicado y, gracias al mago de la peluquería, su cabello ahora tenía los tres tonos más claros. Era alta, con piernas grandiosas y poseía estilo. Pero no era la estrella de cine de los sueños de su madre; en lugar de eso, Genie era periodista de una cadena de televisión norteamericana.

En general, cubría la batalla política en Washington. Mientras esperaba que su equipo se instalara, mostraba su enfado por el hecho de que la habían enviado a Ginebra a hacer el informe de un acontecimiento trivial. Había estado planeando cubrir el discurso crucial que el presidente debía pronunciar sobre la industria petrolera en Texas; ella había efectuado la investigación, había conseguido su posición... y luego el productor le había dicho que, a causa de que era una mujer, las joyas serían su tema. Habían enviado a su rival, Mick Longworth, a Texas y a Genie a Ginebra. Por una vez, la frialdad asumida hacía tiempo casi se había roto y ella tuvo que luchar por contener lágrimas de rabia.

—¿A quién le importa qué joyas venden y compran las ricas? —le preguntó con furia.

—Eso es así —le respondió él con un gesto irritado que hizo que la muchacha deseara patearlo—. El rumor es que Washington está interesado y también Rusia. — Se adelantó a su próxima pregunta, diciéndole que no sabía por qué, pero que ella

debería moverse y averiguarlo.

Y así, en tres días, se encontraba en Ginebra en la venta de la joyería Christie's, en el Hotel Richemond. Su equipo había filmado ya a los clientes que llegaban: discretos, hombres de labios apretados con trajes empresariales que estudiaban sus catálogos y elegantes damas de la sociedad que vestían trajes de Chanel, estudiaban sus perfiles en largos espejos e intercambiaban chismes perversamente.

Ahora todo estaba terminado y ellos la estaban filmando afuera del hotel. El viento que soplaba fresco desde el lago le despeinó su cabello rubio y ella echó impaciente hacia atrás la cabeza, entrecerrando sus ojos azules ante el resplandor de las luces.

—De modo que —comenzó—, en un movimiento sorpresa, la esmeralda, *La propiedad de una dama*, fue retirada de la venta sólo momentos antes de la subasta. Corrían rumores de que se esperaba venderla por lo menos en siete millones, pero se recibió una oferta privada mucho mayor que la vendedora decidió aceptar. Se dice que la suma es más de nueve millones de dólares. ¿Pero por qué tanto? Los expertos nos cuentan que la piedra es purísima y que es única en su especie. Pero los rumores en la ciudad dicen que puede ser una de las mitades de la esmeralda Ivanoff, vista por última vez en la tiara de la princesa Anouska, esposa de uno de los príncipes más ricos de la Rusia de los zares... y, permítanme decirles, existen más de doscientas de esas familias reales y todas ellas son seriamente ricas. Sin embargo, el príncipe Michael Misha Ivanoff tenía la reputación de ser incluso más rico que el mismo zar. A menudo se contó en San Petersburgo que, como consecuencia de los gastos de manutención de sus grandes propiedades, sus docenas de palacios y los muchos sirvientes y dependientes, así como también sus familias, había veces en que el zar no tenía ni un rublo. Pero eso no le sucedía a Misha Ivanoff. Y este tenía una hermosa mujer que gastaba el dinero como si fuera agua. Anouska Ivanoff era una urraca: ella debía tener todo lo que brillaba. En su tiempo, se la conocía como la mejor cliente de Cartier.

»Cuenta la historia que la esmeralda en cuestión fue recibida por uno de los primeros príncipes Ivanoff de manos de un marajá cuando aquel se encontraba viajando por la India. El príncipe le había regalado al marajá un servicio de mesa de oro puro, ya que estaba negociando la compra de extensiones de tierra que se pensaba que contenían minerales y yacimientos valiosos. Sin deseos de ser subestimado por su invitado, el marajá quitó una inmensa esmeralda de la corona enjoyada de su ¡máspreciado —hizo una pausa, riéndose— elefante favorito! Parece que el marajá amaba a la criatura más que a sus nueve esposas, y para crédito del príncipe Ivanoff él reconoció el valor del regalo; no simplemente la piedra preciosa, sino la estima con que se trataba al elefante. Según parece era un astuto hombre de negocios y pudo agregar incluso más millones a las arcas de los Ivanoff. Había tanto que ni siquiera una generación o dos de apostadores y derroches Ivanoff podrían disipar la fortuna. No importaba con cuánta generosidad se gastara, siempre había más.

»Más tarde, la gran esmeralda fue engarzada por Cartier de París en la tiara de la princesa, un sol de veintiún rayos de grandes diamantes que era tan pesada que le producía dolor de cabeza en las ceremonias oficiales en que debía llevarla.

»¿Vivían los Ivanoff demasiado ostentosamente? Parecería que sí, a causa de que, durante la víspera de la Revolución, el estilo de vida derrochador y las posesiones fastuosas marcaron para la familia un fin trágico. Se informó que se había quemado vivo al príncipe en su casa de campo. La princesa escapó con su suegra y sus dos hijos, Alexei de seis años y Xenia de tres, pero fueron capturados en el bosque helado, durante el invierno. Todos fueron masacrados y sus cuerpos dejados a merced de los lobos. La famosa colección de joyas de la princesa desapareció, entre ellas la gran tiara, y con ella la esmeralda del marajá.

»De modo que ¿es este pequeño pedazo de historia lo que se ha vendido hoy aquí, en Christie's? ¿Es cierto el rumor de que varios gobiernos están tras ella? Y, si es así, ¿por qué? Todo lo que sabemos es que la joya se vendió de forma privada, ¿pero fue a Rusia? ¿O a los Estados Unidos de Norteamérica? La vendedora anónima, identificada en este catálogo sólo como una *Dama* y protegida por el secreto que envuelve el sistema bancario suizo, es la única persona que podría desentrañar el secreto de la fortuna Ivanoff, una fortuna que se dice que está muy bien guardada en las bóvedas del banco, ganando interés año tras año hasta llegar a ser una de las más grandes del mundo. Miles de millones de dólares, se nos dice. Pero quienquiera que conozca la respuesta no la da. La *Dama*, que se dice que desde hoy es nueve millones de dólares más rica, es tan misteriosa como el fantasma de la princesa Anouska Ivanoff. Que descanse en paz.

Genie bajó fatigada su micrófono.

—Eso es todo, muchachos —le dijo a su equipo—. Lo volveré a editar en la estación, pero ahora me compraré algo para beber. Estoy harta de todos los malditos rumores y joyas, y en este momento preferiría estar en cualquier otra parte.

Maryland

La vieja dama confinada a una gran silla situada junto a una ventana llevó una mano frágil y llena de venas azules hasta la mesa que estaba a su lado. Pulsó el control remoto para apagar el televisor y se inclinó fatigada hacia atrás. De modo que, pensó, finalmente había sucedido. Todos esos años de esconderse, todos esos años de lucha para mantener su promesa, en un día se habían transformado en nada. Les había advertido, pero esta vez aquellas advertencias no habían sido tomadas en cuenta. Y ella sabía que lo habían hecho para mantener a aquella vieja dama en medio del lujo. La venta de la esmeralda Ivanoff era un acto de amor, un acto de amor que ella ya no necesitaba.

Tosió, buscando aire para llenar sus pulmones, acción habitual a la que ahora ya

prestaba escasa atención. Pensaba en la muchacha que acababa de ver en la televisión, hablando de los Ivanoff de manera tan impersonal como si hubieran sido peones en un juego de ajedrez ruso. Pero la historia no había sido así en absoluto. Ella lo sabía porque había estado allí. Y sabía lo que, además de los millones de dólares y del rescate en joyas, deseaban las grandes naciones. Estaban detrás de un secreto cuya respuesta sólo ella, Missie O'Bryan, conocía, ella y una gitana rusa que hacía muchos años había profetizado que la gran responsabilidad caería sobre sus hombros. Una responsabilidad que podría cambiar el mundo.

Después de abrir un cajón de la pequeña mesa que había junto a ella, sacó un ornamentado cuadro de plata bordeado de rico esmalte. En la parte superior estaba el emblema de los Ivanoff, una cabeza de lobo y cinco plumas de diamantes con rubíes sobre un fondo de zafiros. Con letras pequeñas en lengua rusa se leía el lema de la familia, Portadores de la Verdad y el Honor. Miró detenidamente la deslucida fotografía sepia del príncipe Michael Alexandrovich Ivanoff, cuyos predecesores habían servido en todas las cortes imperiales rusas desde Pedro el Grande, recordando la primera vez que lo había visto en la vasta recepción de la mansión de San Petersburgo. Había dudado junto a la puerta, asombrada por su esplendor. Sus ojos habían sido atraídos como un imán hacia el hombre rubio y apuesto que estaba de pie en la parte superior de las escaleras de mármol, con la mano descansando en el collar de un gran perro de color ámbar. Y ella se maravillaría eternamente por la forma en que el tiempo verdaderamente se detuvo cuando sus ojos se encontraron.

Con un suspiro volvió a guardar la fotografía en el cajón. Jamás, en su larga y azarosa vida, había tenido la libertad de mostrarla. El rostro de Misha, junto con sus secretos, había permanecido encerrado durante más de setenta años.

Luego, por supuesto, ella había sido Verity Byron, pero el príncipe siempre la había llamado *Missie*, con ese especial toque de ternura de su voz profunda que le producía escalofríos a lo largo de su columna vertebral. Lo había amado entonces y lo amaba ahora, más que a cualquier otro hombre. En un día cercano, si el cielo existía como ella creía, ellos volverían a estar juntos y ambos serían jóvenes y hermosos, y su amor duraría para siempre. Sólo entonces, por supuesto, ella debería explicarle lo que había sucedido. Le debería contar que había tratado de mantener la promesa.

Pero antes de morir ella sabía que sería llamada a explicar la verdadera historia a la última persona que quedaba y que realmente la amaba. La que había vendido las joyas y provocado tan inocentemente una crisis internacional.

Missie suspiró cuando recordó la noche en que su vida vieja había finalizado y comenzado la nueva. Estaba grabada en su cerebro de manera tan clara que incluso el tiempo no había podido oscurecer en su memoria el horror y una culpa tan profunda que habría deseado también morir y enterrar con ella sus recuerdos.

Si ahora cerraba los ojos, sabía que la escena volvería a desarrollarse igual que durante todas las noches de su larga vida, perfecta en todo lo terrible de sus pequeños detalles.

Capítulo 2

Rusia, 1917

Fue la noche más oscura que jamás recordara Missie. La vieja troica de madera se deslizaba a toda velocidad, sin hacer ruido, a lo largo de un sendero invisible que se abría entre los grupos de abedules hacia el bosque. Después de un rato sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo distinguir el borde helado que rodeaba cada árbol y los cristales de hielo que se formaban sobre la manta de piel que tenía sobre la boca para evitar que su respiración se congelara. Y después los abedules se fusionaron con los siempre verdes, y entonces se encontraron en el bosque, donde ella no veía sino oscuridad, tan espesa y tangible como terciopelo congelado.

El enorme galgo ruso, *Viktor*, era el perro favorito del príncipe Misha; tenía una cabeza maciza y la pelambre gruesa de un verdadero perro de caza ruso, criado no simplemente para la persecución del zorro sino también para cazar lobos. *Viktor* rara vez se alejaba de su amo, pero ahora trotaba enfrente del trineo, guiando al grupo de perros a través del bosque por un sendero helado que sólo él podía ver.

Nadie hablaba. Sólo se oía el siseo de los patines de metal que cortaban el hielo y la trabajosa respiración de los perros. Y la oscuridad.

Missie pensó en la fiesta de su cumpleaños número dieciocho del día anterior. Varishnya, la hermosa casa de campo de los Ivanoff, había estado bajo una nube de miedo y sombras, y a pesar del champaña y de la sonrisa llena de coraje de Misha, ella había sabido lo que él pensaba: que esta sería la última celebración que realizarían en su adorado hogar. Podría incluso llegar a ser la última vez que estuvieran juntos. Nunca más podrían volver a Varishnya ni a su casa de la ciudad.

La mayoría de los criados ya habían desaparecido; sólo el cocinero mayor y la doncella de cámara de la princesa Anouska, que eran franceses y se consideraban por encima de la «revolución campesina», se habían quedado. Sin embargo, el día anterior también ellos, por orden de Misha, habían tomado un tren hacia el puerto de Tallinn en el Báltico, donde encontrarían un barco que los transportaría a Europa. Missie había rechazado irse con ellos. Ella no tenía un verdadero hogar en Inglaterra, ahora que su padre estaba muerto y, además, estaba perdidamente enamorada de Misha Ivanoff. Y ahora huía para salvar su vida, lejos de los revolucionarios bolcheviques que estaban saqueando el país, asesinando y cometiendo actos de pillaje sin piedad alguna.

La cabeza de Xenia se apoyaba sobre su hombro y agradeció al cielo que la niña estuviera durmiendo. Perdida en sus sueños, no sentiría miedo. Sin embargo, era incómodo sentir el peso de la criatura presionando la gran tiara contra sus costillas.

La princesa Anouska había decidido no dejar las joyas. Su hermoso dormitorio se había transformado en un caos. Los fabulosos vestidos de París fueron arrojados sin

cuidado sobre la cama y las suntuosas pieles cayeron con impaciencia sobre el suelo. Se retiraron todos los cajones forrados de gamuza color gris del joyero mientras Nyanya, la vieja niñera rusa de los niños, cosía con prisa anillos de rubíes y prendedores de zafiros, collares de diamantes y tiaras de perlas a los dobladillos y corpiños. Incluso el dobladillo del pequeño delantal de lana de Xenia había sido cosido con diamantes. Pero era la propia Anouska la que había asegurado los extremos de la gran tiara de manera tal que se acomodara con soltura contra la pequeña cintura de Missie. Años atrás había sido reacondicionada por Cartier. Misha no prestó atención al consejo del joyero para usar platino e insistió en que utilizaran el oro casi puro del diseño original. Jamás había pensado que la blandura del oro fuera tan útil.

Anouska había atado los extremos con una cinta alrededor de la espalda de Missie, «como una faja de joyas», le había explicado, riéndose. Sus hermosos ojos brillaban con tanto fulgor como las joyas y su cabello rubio como el maíz caía sobre sus hombros desordenadamente, pero Missie sabía que Anouska Ivanoff caminaba sobre una extraña cuerda suspendida entre el júbilo y la desesperación. La miró en la oscuridad, preguntándose cuáles serían ahora sus pensamientos.

Anouska estaba sentada en silencio, con su hijo de seis años acurrucado en el interior de una suave capa de marta cibelina que ella había insistido en llevar a pesar de las protestas de Misha acerca de la seguridad, de que ellos debían vestirse como campesinos y criados.

—Tonterías, Misha —le había contestado, tomando un ramo de fragantes violetas que habían sido especialmente cultivadas para ella en los invernaderos de Varishnya y sujetándoselas sobre el hombro. Inclinando el mentón de manera arrogante, lo había mirado con esa extraña, hermosa semisonrisa que siempre le parecía a Missie estar bordeada con acero—. Después de todo —había dicho—, ¿quién se atrevería a lastimar a la esposa del príncipe más grande de Rusia?

Abrazando con más fuerza a la pequeña Xenia, Missie rezó por que tuviera razón.

La madre de Misha, la princesa madre Sofía, suspiró cuando la antigua troica dio un salto por encima de un montículo de hielo. Missie la miró con ansiedad, pero con la nieve que caía ella casi no podía distinguirla la cara.

Sofía tenía setenta y cinco años pero nadie había pensado en ella jamás como en una vieja dama. Por supuesto que su abundante pelo negro estaba veteado de blanco, pero sus suaves y luminosos ojos oscuros, herencia de un ancestro gitano, no habían perdido nada de su encanto. Le había rogado a su hijo que la dejara en Varishnya, la hermosa casa de campo en la cual había entrado por primera vez como novia, cincuenta años atrás, o en San Petersburgo, donde su adorado esposo había sido enterrado en la gran catedral de San Pedro y San Pablo.

—Soy demasiado vieja para irme ahora, Misha —le había suplicado, admitiendo por primera vez su edad—. Déjame quedarme aquí contigo y hacer frente a lo que pueda venir. —Pero él había rehusado escucharla, diciéndole que él se quedaba

simplemente para cuidar que no destruyeran Varishnya. Dijo que no había peligro y que se reuniría con ellas en Crimea, en el extremo sur de Rusia, dentro de unas semanas. Ambos sabían que él mentía, pero ella había obedecido los deseos de su hijo.

La nieve era más pesada, cambiando la densa oscuridad por una blancura que daba vueltas y vueltas, pero *Viktor* seguía hacia adelante, con su larga y tupida cola marcando un arco a través de la nevisca.

—Debemos de llevar viajando más de media hora —dijo Sofía por fin—. No podemos estar lejos del ferrocarril en Ivanovsk.

Su voz se transformó en un jadeo cuando una andanada de tiros estalló de repente en la noche y los perros aceleraron su marcha, gritando en agonía a medida que la pesada troica se deslizaba fuera de control a través del sendero helado. Missie miró las bocas abiertas de los perros y las lenguas que les colgaban; luego la troica chocó contra un árbol y fue despedida hacia un banco de nieve con Xenia debajo de ella.

El miedo le llenó la boca de un sabor amargo, ahogándola mientras esperaba la siguiente andanada de disparos que terminaría con ellos, de manera tan segura como lo había hecho con los perros. Pero no había sonido alguno. Temblando, levantó la cabeza una mínima fracción y miró a través de la nevisca. Anouska estaba tendida a veinte metros, e incluso a través de la espesa tormenta de nieve pudo ver la sangre que tenía en el cabello y que manchaba la alfombra blanca que se extendía debajo de su cabeza. No había señales de Alexei ni de Sofía. Desde el bosque llegaba el sonido de voces ásperas que se alzaban al discutir y el crujir de botas sobre la nieve. Y entonces el repentino resplandor de antorchas a lo lejos.

Un escalofrío de terror recorrió la columna vertebral de Missie cuando los vio. No eran soldados, sino media docena de campesinos barbudos, vestidos con ropas rústicas y sucias y calzados con botas de fieltro. Llevaban botellas y rifles y tenían puestos costosos sombreros de piel. Obviamente habían estado saqueando y ahora estaban borrachos por el vodka que habían robado, cuyo pútrido olor penetraba incluso el límpido aroma de los pinos. Cerró los ojos con fuerza mientras se acercaban tambaleantes hacia ella, escondiendo el rostro y rezando por que no notaran que estaba temblando.

—Una campesina —dijo con desprecio uno en ruso, levantando su miserable abrigo de criada con sus dedos sucios—; se puede ver por el olor.

Los otros se rieron con aspereza.

—Muerta también, lo apuesto —dijo otro—. Hay sangre por todas partes... pero, para asegurarnos...

Las costillas de Missie explotaron de dolor cuando el hombre la pateó, pero el miedo congeló el grito en su garganta.

Sus pasos crujieron sobre la nieve congelada mientras se alejaban. Sosteniendo en alto las antorchas, rodearon a Anouska. Su cabello rubio se extendía sobre la capa de martas y las enormes perlas brillaban en sus bonitas orejas y alrededor de su cuello.

De repente sus ojos se abrieron y clavó en la media docena de hombres que la rodeaban una mirada marrón aterciopelada que observó el rústico aspecto de aquellos y sus ropas de campesinos.

—Os reconozco —la oyó Missie decir con debilidad—, vosotros sois los guardabosques de la propiedad Ivanoff. Tú, Mikoyan, vienes a Varishnya con tus hijos para la Pascua... y tú, Rubakoff, y tu hermano...

—¡Basta! —gritó el hombre—. No habrá más fiestas de Pascua en la propiedad de los Ivanoff. Ahora nos pertenece, al pueblo, a los revolucionarios. —Tomó su cabello sedoso con las manos mugrientas llenas de callosidades—. ¡Y las mujeres como tú serán para que las disfruten nuestros héroes!

Missie vio la mirada de dolor en el rostro de Anouska cuando Mikoyan le levantó la cabeza y puso su rostro rudo cerca del de ella.

—Pero no antes de que nosotros mismos descubramos lo que el príncipe ha estado disfrutando todos estos años, ¿no, camaradas?

Se rieron mientras se pasaban entre ellos otra botella, y entonces este dejó caer cruelmente la cabeza de Anouska en la nieve, montándose sobre ella, echando la feroz bebida en su garganta hasta terminarla. Después de echar hacia atrás su cabeza, juntó flema y la escupió. Anouska gimió, desviando su ensangrentada cabeza. Mikoyan echó a un lado la capa y los adorables ojos se abrieron por el miedo mientras el hombre lentamente colocaba la bayoneta en su rifle.

Un grito débil de niño rompió el silencio de la noche cuando Alexei corrió desde los árboles hacia su madre.

—No... no... no.... —gritó—. Es la princesa mamá, dejadla, marchaos...

Los hombres se volvieron, apuntando sus rifles sobre la pequeña figura que se tambaleaba sobre el hielo mientras corría hacia su madre. Los ojos de Missie estaban llenos de lágrimas y ella deseó tener el coraje de moverse para cubrirse los oídos contra la risa cruel que soltaron los hombres al tomar a Alexei del cuello, sosteniéndolo en el aire como un perrito mientras les suplicaba frenéticamente para que dejaran en paz a su madre.

Mikoyan apoyó el extremo de su bayoneta contra el pecho del muchacho y los ojos negros de Alexei se llenaron de terror.

—¡De modo que aquí tenemos al principito en persona, gritando por su mamá!

—Dejadlo —les ordenó Anouska con debilidad, tratando de usar su tono de voz de mayor realeza—, o juro por Dios que mi esposo os castigará a latigazos. Colgaréis del árbol más alto de Varishnya... todos vosotros.

Mikoyan echó hacia atrás la cabeza lanzando una carcajada que parecía un gran rugido.

—Mira, príncipe —gritó, arrojando a Alexei más cerca de su madre—. Vas a aprender algo que jamás te enseñarían en tu casa, en tus grandiosos palacios. ¡Una lección del mundo verdadero! ¡Una lección sobre el mundo de los hombres que llevan miles de años de rabia en sus corazones!

Alexei tembló cuando Mikoyan arremetió hacia Anouska con su bayoneta y cortó el hermoso vestido de lana desde el cuello hasta el dobladillo.

Mikoyan quedó en silencio, mirándola. Jamás había visto a una mujer como aquella, carne dorada y suave, envuelta en delicada seda y encaje.

Anouska cerró los ojos, estremeciéndose cuando él extendió su mano mugrienta y le recorrió el cuerpo todo a lo largo. El olor del hombre permanecía en sus fosas nasales cuando una mano cruel le encerró uno de sus pechos y entonces, de repente, el atacante emitió un rugido de furia.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —gritó, abriendo la enagua de seda con su bayoneta de modo tal que los anillos y prendedores de diamantes escondidos cayeron sobre la nieve. Por unos instantes, se produjo un silencio, y entonces todos cayeron sobre aquel botín con gritos obscenos de deleite.

—Ricos, ricos... —cantaban, metiendo los trofeos en sus bolsillos y tomando grandes tragos de vodka. Volvieron a mirarse entre sí cuando se dieron cuenta de que debía de haber más en el lugar de donde eso provenía.

Riéndose, cortaron el resto de las prendas de Anouska, arrancándole las perlas de la garganta y de las orejas, abriendo el forro de la capa de martas y tomando a manos llenas las joyas que allí encontraron. Cuando finalizaron, ella estaba tendida sobre los restos de una piel suntuosa, desnuda y temblando de frío, de miedo y de dolor por las heridas de su cuerpo.

—Acercad al muchacho —ordenó Mikoyan cuando la rodearon, la lujuria quemándole los ojos.

Las lágrimas surcaban el pequeño rostro de Alexei mientras se ponía de pie en silencio, con la cabeza gacha, en manos de sus captores. Y entonces Mikoyan comenzó a abrirse la ropa y lágrimas calientes quemaban los párpados de Missie, al acallar en su garganta el horror de lo que estaba sucediendo allí. Pero no pudo evitar que entraran en sus oídos los sonidos, la risa burlona, los gruñidos bestiales, y los gritos de agonía de Anouska. Y el interminable gemido del pequeño que gritaba «Princesa Mamá, oh, mamá, mamá...» Missie sabía que si sobrevivía esa noche jamás olvidaría aquellos gritos.

Había seis hombres, y antes de que cada uno tuviera su turno Anouska quedó en silencio. Luego, de repente, comenzó a reírse, con una risa frenéticamente insana.

Missie conocía aquella risa. La había oído antes, muchas veces. Pero esta vez ella estaba contenta, a causa de que sabía que Anouska se había retirado a su propio mundo privado, donde nadie podía alcanzarla, ni hacerle daño.

—¡Basta, puta! —le gritó el hombre que tenía encima de ella, mirándola, molesto, pero aun así ella siguió riéndose. Después de levantar su rifle, Mikoyan lo apuntó entre sus adorables ojos marrones.

—Basta, he dicho —le gritó arrastrando las palabras. Pero Anouska no lo oyó, ni tampoco el sonido de la bala que partió su frente, convirtiendo su belleza en una masa de huesos rotos y de restos de carne ensangrentada.

El silencio se hizo entre los hombres, que miraron primero a Anouska y luego a Mikoyan, todavía con el rifle humeante entre sus manos. El hombre que sostenía a Alexei lo liberó, pero el niño no escapó. Simplemente se quedó allí parado, mirando con ojos vacíos lo que quedaba del rostro de su madre.

—¿Entonces? —demandó Mikoyan encogiéndose de hombros—. ¿De quién es el turno ahora? Ella todavía está caliente... y no necesitáis un rostro para hacer lo que vais a hacer. —Y con un estallido de risas burdas, el siguiente cayó sobre ella.

Missie escondió sus ojos y rezó. Rezó por el alma de Anouska y por la seguridad del pequeño, aunque se preguntaba si él no estaría mejor muerto que viendo lo que ahora tenía que ver.

Los hombres bebían y reían con alboroto, sin darse cuenta de que se aproximaban caballos, pero Missie lo hizo y espió con esperanza hacia el bosque. ¿Era Misha el que venía a salvarlos?

El capitán del Ejército Revolucionario del Pueblo tenía cerca de treinta años, el rostro bien afeitado, y llevaba un elegante abrigo de color azul grisáceo y un gorro de piel. Los dos jóvenes que lo acompañaban vestían uniformes de cosaco, y sus caballos eran inmejorables animales de combate, obviamente capturados de la propia caballería del zar.

—Dios mío —murmuró el oficial, olvidando por un momento que él ya no creía en Dios y que su lealtad era sólo hacia el nuevo régimen y su líder, Lenin. Sacando su pistola y manteniendo baja la voz, ordenó a sus hombres que desmontaran y tomaran posiciones. Entonces, de pronto, se dio cuenta de la presencia de Alexei—. Esperen —susurró con urgencia—. No disparen, hay un niño.

Mikoyan y los otros campesinos estaban tirados sobre la nieve, gritando obscenidades y riéndose en su borrachera, mientras miraban al que en ese momento se montaba sobre Anouska.

De pronto, el capitán corrió hacia adelante, pateando el cuerpo más cercano, con salvajismo.

—Ponte de pie —rugió—. Las manos detrás de la cabeza. —Ellos se balancearon sobre sus pies, anonadados, mientras el capitán apartaba a patadas al hombre que estaba montado sobre Anouska y los jóvenes tenientes pusieron a nivel sus rifles y apuntaron.

Como si lo hubieran liberado de un hechizo, Alexei giró de pronto sobre sus talones y corrió hacia Missie. Se echó en el suelo junto a ella y tomó su mano helada entre las suyas.

—Missie, Missie —rogó—, ayúdame, por favor, ayúdame. Missie, tengo tanto miedo...

Ella cerró más los ojos, deseando con todo su ser tomar a Alexei entre sus brazos, sostenerlo para su consuelo, tratar de salvar la salud mental del niño de la pesadilla que estaba soportando, pero sabía que esos nuevos hombres eran también enemigos. Eran distintos, pero enemigos al fin. Ellos ya tenían a Alexei, y si ella trataba de

moverse encontrarían también a Xenia. Y sabía demasiado bien que el destino de ambos niños consistiría en definitiva en ser prisioneros del nuevo régimen. Se mostró como el acero, diciéndose a sí misma que no lo podía ayudar, ella no debía hacerlo. Por lo menos debía salvar a Xenia. Las lágrimas de Alexei le quemaban las manos y oró en silencio para tener fuerzas suficientes para no prestar atención al muchacho.

—¡Cretinos borrachos y mugrientos! Perteneceís a la porquería con el resto de los puercos —rugió el capitán—. Pónganlos en fila —les dijo a sus hombres mientras estos apuntaban a los campesinos con la punta de sus rifles.

Luego ordenó:

—Tráiganme al muchacho.

Le trajeron a Alexei, que se detuvo frente a él. Su rostro estaba ceniciento y sus hermosos ojos llenos de horror cuando el capitán lo miró de arriba abajo.

—Conocí a tu padre —le dijo por fin—. Si pudiera, te habría ahorrado lo que aquí ha sucedido esta noche. Pero lo hecho, hecho está, y tú debes afrontarlo como un hombre. Ahora quiero que mires una cosa, muchachito. Te mostraré cómo el Ejército del Pueblo vengará a tu madre. —Echó una mirada desapasionada a la fila de cobardes campesinos, la misma gente para la cual se suponía dicha revolución. Luego ordenó—: Fuego.

Alexei se tapó los oídos con las manos para no oír los gritos y maldiciones terribles, pero no cerró los ojos. Observó los cuerpos que giraban y se retorcían cuando las balas los destrozaban, esperando hasta los espasmos finales. Luego levantó la cabeza y miró al capitán en silencio, a los ojos.

—Ven —le dijo el capitán, tomándolo de la mano—, debemos irnos ahora.

Pero en lugar de eso, Alexei corrió junto a su madre. De rodillas, envolvió la hermosa capa de martas alrededor de su cuerpo ensangrentado y desnudo. Después de tomar su pobre y congelada mano entre las suyas, la llenó de besos. Luego se acurrucó en el suelo, hundiendo su cabeza en la suavidad de la piel, en el pecho de su madre, respirando el familiar aroma a violetas que ella siempre tenía. Junto a ella, como una gota de sangre fresca sobre la nieve, había un anillo de rubí. Su mano se cerró instintivamente sobre él.

Desde la distancia se oyó el sonido de una gran explosión, y el cielo por encima de los altos pinos se llenó de un resplandor anaranjado.

—¡Han dinamitado Varishnya! —gritó el joven teniente.

—¡Los muy estúpidos! —Exclamó con furia el capitán Solovsky—. No hay control sobre los canallas campesinos. Deben detenerlos ahora, si deseamos alcanzar nuestros objetivos.

Alexei miraba en silencio el cielo iluminado. Su rostro no tenía expresión, estaba cerrado a toda emoción. Puso una mano en el bolsillo y dejó caer allí el anillo.

—Vamos —volvió a decir el capitán Solovsky—. Debes olvidarte de todo esto. —Alexei lo miró a los ojos—. Hay una vida nueva por delante —le dijo con más aspereza—, y quién sabe, quizá tú ayudarás a construir la nueva Rusia en que este

gran país se transformará. —Se rió ante la ironía—. Sí, quizá tú formes parte de una nueva raza de revolucionarios.

Alexei lo siguió obedientemente, mientras caminaban hacia los caballos, y el capitán Solovsky lo levantó sobre la silla que tenía frente a él.

—Déjenles los cuerpos a los lobos —dijo descuidadamente a sus hombres, mientras se alejaban del bosque—. Dudo que pasen de esta noche.

Capítulo 3

Grigori Konstantinov Solovsky lo sostuvo con firmeza delante de él durante el largo y lento camino a través de la tormenta, hacia Dvorsk, treinta kilómetros al sur. Tomó el camino traicionero, casi invisible pasando Ivanovsk, donde las líneas del ferrocarril estaban enterradas en la nieve y sólo las señales y el humo de la casilla del guardabarreras marcaban la diminuta estación privada de la familia Ivanoff. Y a cada paso del camino él se decía a sí mismo que era un tonto.

Solovsky era un oficial del nuevo ejército *Rojo*. Era un hombre duro criado de manera dura, y no había lugar en su vida para sentimientos más delicados. Otra vida perdida, si era la suya o la del niño, no era importante. Lo que le importaba a él era la causa bolchevique, y en su mente eso era sinónimo de pueblo ruso. Pero el rostro indefenso, aterrorizado del muchacho lo había conmovido. Era el mismo gesto que había visto reflejado en su propio rostro cuando presenció la muerte de sus tres hijos como consecuencia del tifus en la epidemia de hacía cuatro años. Él, que había sido el padre orgulloso de cuatro hijos fuertes, que había planeado que ellos serían parte de la nueva Rusia, había quedado con un solo hijo. Y justo ahora, en ese bosque, simplemente no había podido dejar que otro muchacho muriera.

La idea le asaltó súbitamente. Sabía que era un riesgo y que aquello podría causar dudas acerca de su devoción a la causa revolucionaria si alguna vez se descubría su secreto, pero había estudiado el funcionamiento de la mente humana lo suficiente como para saber que el riesgo era mínimo. Solovsky había estado a cargo de los soldados de la frontera que regresaban de los horrores de la guerra con Alemania, había estudiado a los prisioneros que sufrieron graves torturas; sabía que esa gente hablaba poco y no hacía preguntas. Los que sobrevivieron fueron aquellos que mantuvieron su visión alejada del horror y la tragedia, los que habían encerrado todas aquellas escenas en una especie de bóveda en las profundidades de sus cerebros, que jamás sería abierta. Los que recordaban cayeron en la locura.

Las siguientes semanas decidirían el futuro del príncipe Alexei Ivanoff. El muchacho olvidaría la escena del bosque, olvidaría quién era y su corto pasado. Se transformaría en un huérfano de la revolución y en el hijo adoptivo de Grigori y de Natatya Solovsky. O, de lo contrario, caería en la locura. Así sería.

Solovsky era de Siberia, donde la gente era ruda y difícil. Si no lo eran, no sobrevivían. Ahora su hogar estaba en la pequeña ciudad provinciana de Polotsk, en la provincia de nacimiento de su esposa, Bielorrusia, donde la vida era más suave y agreste. Pero en las raras ocasiones en que se relajaba en su hogar con sus amigos, en una comida y en interminables vasos de vodka, siempre les recordaba su superioridad como *siberiano*. Cuando aquel espíritu de potencia lo sobrecogía, se ponía de pie y repetía un viejo dicho: «En Siberia, —atronaba su voz, una voz de barítono que ordenaba silencio—, en Siberia, cuarenta grados bajo cero no es una helada». Hacía una pausa, mirando a su público, requiriendo su atención. «Cien kilómetros no es una

distancia, medio litro de vodka no es una bebida». Levantaba su vaso para volver a llenarlo antes de agregar con un sonrisa: «Y cuarenta años no es una mujer». Luego tomaba de un solo trago el vodka ante los rugidos de aprobación y las risas, convencido de que lo que decía era verdad.

Ahora recordaba esas palabras mientras su caballo luchaba contra la nevisca. La nieve se congelaba incluso mientras caía y el animal se resbalaba y perdía equilibrio, relinchando y haciendo girar los ojos con terror. Solovsky miraba hacia los costados, a sus hombres; casi no los reconocía debajo de la capa de nieve. Sólo se distinguían los ojos que, bordeados de pestañas blancas, miraban hacia adelante. Solovsky se encogió de hombros. Había pasado por tormentas peores que esta en su juventud. Seguirían viaje hacia Dvorsk.

Envolvió la falda de su gran abrigo alrededor del cuerpo inmóvil del muchacho, sin saber si estaba vivo o muerto. Y, mientras cabalgaban lentamente a través de la noche helada, pensó en su propia infancia y en lo extraño que era que él, el hijo de una generación de campesinos, ahora tuviera en sus manos el destino del hijo de uno de los príncipes más grandes de Rusia.

Grigori había nacido antes del cambio de siglo, el hijo número quince de un campesino cuya familia había vivido en el mismo pueblo más tiempo de lo que cualquiera de ellos podía recordar. Los Solovsky estaban emparentados por matrimonio con todos los de su pueblo, y su padre se había casado por segunda vez, o quizá por tercera, con una prima. Tuvo dieciséis hijos en total, cinco de los cuales sobrepasaron la infancia, pero la madre de Grigori no vivió lo suficiente como para ser *babushka*, abuela. Se casó a los dieciséis años y murió a los treinta y cinco, cuando ya parecía una mujer vieja.

La familia vivía en una choza construida por el padre para su novia. Había hecho que los troncos vinieran por el río, flotando desde los campos de madera de los vastos e interminables bosques del norte. El pueblo más cercano, Novosibirsk, constaba de un grupo de chozas de madera construidas sobre las orillas del río Ob, y la única razón de su existencia era que el recientemente terminado ferrocarril Transiberiano cruzaba el río en ese punto.

Uno de los primeros recuerdos de Grigori era ser llevado por su padre hasta la parada del ferrocarril para mirar cómo un hombre barbudo y delgado bajaba del tren. La palidez del hombre le había parecido acorde con el cielo gris, mientras estudiaba el paisaje desolado y los pocos campesinos pobres que lo observaban. Su mirada cayó sobre el jovencito y ambos se miraron sombríamente, por un momento. Una sonrisa triste iluminó el rostro del hombre y este dijo:

—Tú, muchacho, eres el futuro de Rusia. No lo olvides nunca.

Mientras volvía a subir al tren y este desaparecía, su padre le dijo que el hombre se llamaba Vladimir Ilych Lenin, que iba camino al exilio en las tierras lejanas de Siberia. Muchos años después, cuando era estudiante, Grigori había leído lo que Lenin escribió sobre Siberia aquel día. «Es, había dicho, un desierto yermo, sin casas

ni pueblos». Y Grigori sabía que tenía razón, a causa de que el desolado paisaje parecía fusionarse con la eternidad y la nada.

Las dos hermanas mayores de Grigori se casaron con leñadores y fueron a vivir en el extremo norte. Jamás volvió a verlas. Sus dos hermanos se casaron con primas y se instalaron en el creciente pueblo de Novosibirsk, trabajando en el ferrocarril, y por lo que Grigori, de ocho años, podía ver, no tuvieron una posición económica mejor que la que había tenido su padre.

Aunque él no tenía oportunidad de llevar una vida diferente de la propia, algo le decía que había algo más que la existencia campesina. A veces se detenía junto al gran puente del ferrocarril que cruzaba el Ob, preguntándose cómo se habría construido y quién tenía los conocimientos para lograr cosas como esas, sin que se cayeran. Dónde podían adquirirse esos conocimientos. Observaba el extraño tren mientras este cruzaba lentamente el río, en su lento camino desde Moscú, saludándolo con la mano hasta que desaparecía, preguntándose sobre las vidas de los pasajeros, cuyos rostros había visto levemente, antes de que desaparecieran en otro mundo. Aquella gente venía de lugares de los cuales él había oído hablar muy poco, viajaban en trenes desde las grandes ciudades. Grigori ni siquiera sabía qué aspecto tenía «una ciudad». Se quedaba despierto de noche, escuchando a lo lejos el silbato del tren que cruzaba los llanos de la Siberia, y, cuando finalmente conciliaba el sueño, este lo perseguía mientras dormía. El tren y sus pasajeros eran un misterio, un misterio que un muchacho pobre como él jamás podría resolver, porque era ignorante y, como sus padres, no sabía leer ni escribir.

Como indicaba la tradición, a la edad de seis años él ya había sido enviado a cuidar las vacas junto con otros jovencitos del pueblo y a los ocho había avanzado para cuidar de los caballos. Cuando alcanzó los dieciséis, fue admitido en *skhod*, una junta de jefes de familia, donde ya se lo consideraba adulto. Para las niñas del pueblo la situación era diferente. A ellas se les asignaban las tareas domésticas serviles, ir a buscar agua al río y juntar leña, y en general ayudar a sus madres en la casa. En su remoto pueblo, jamás había habido una escuela, pero se había construido una en Novosibirsk para los hijos de los administradores y supervisores del ferrocarril que vivían en el lugar.

Una mañana de invierno, Grigori caminó los veinte kilómetros hasta el desvencijado pueblo y se presentó en la puerta de la pequeña escuela de madera. La *klassnaya dama* lo miró asombrada. Era pequeño para su edad, con un robusto cuerpo de campesino y piernas fuertes. Estaba ataviado con varias prendas de rústico tejido casero, con la tradicional camisa de cuello alto y los pantalones sueltos, cubierto con una capa. Tenía puestas las rústicas *valenki*, botas de fieltro para el invierno atadas a las piernas con corteza de abedul. Sus tupidas cejas negras brillaban a causa de la capa de la helada temprana que las cubría. Pero la maestra no tenía modo de confundir la intensidad de su propósito cuando él la miró con profundos ojos negros y cuando le dijo que deseaba «aprender».

—Pero ¿qué es lo que deseas aprender, hijito? —le preguntó, sonriendo cuando el calor de la vieja estufa le descongeló las cejas, dejando caer una lluvia de gotitas sobre su rostro.

Grigori ni siquiera notó el agua sobre su rostro.

—Todo —le contestó simplemente.

La maestra había suspirado con satisfacción. Un año enseñando a un grupo reticente de jóvenes que habrían preferido mucho más estar afuera, andando en trineo y arrojándose bolas de nieve entre ellos, durante el invierno, o zambulléndose en el río durante los días más suaves del verano, había hecho que su vocación se viera frustrada. Por fin ella tenía a alguien que deseaba «aprender».

Se dispuso lo necesario para que Grigori se alojara en la diminuta casa de la maestra. Él dormía en un angosto estante de madera encima de la estufa que calentaba la casa durante el invierno y en la pequeña galería de entrada durante el verano. La *klassnaya dama* le enseñó a leer y a escribir. Cuando ya había dominado aquello, le abrió todo un mundo a través de la geografía y la historia, agilizando su mente incluso más en matemáticas y materias científicas. En retribución, él le traía el agua y la madera, sin prestar atención a las burlas de los otros niños, a causa de que estaba haciendo «trabajo de niñas». Y de vez en cuando su padre le dejaba preciosos paquetes de huevos frescos y de mantequilla a la puerta de su casa.

Cuando Grigori tenía casi trece años, ella se dio cuenta de que ya le había enseñado todo lo que podía y de que el muchacho estaba preparado para más. Se presentó para una beca y la ganó para acudir a una escuela en Moscú. La misma *klassnaya dama* acompañó a su alumno premiado a la ciudad. Pero primero lo llevó hasta la sastrería local, comercio de un emprendedor judío quien, con la tenue prosperidad de Novosibirsk, se había instalado allí con su pequeña tienda. El hombre le hizo a Grigori su primer par de pantalones y chaqueta, que fueron pagados por la maestra. Ruborizándose de orgullo, Grigori juró que, de alguna manera, algún día le pagaría a ella por todo eso.

Sintiéndose extraño con sus nuevas ropas de ciudad, Grigori finalmente subió al tren que había pasado durante tantos años por su vida. La maestra lo depositó en la escuela y, bajo la curiosa mirada de los alumnos de clase media, ella se despidió con un beso afectuoso antes de abandonar el lugar para ir a visitar a su familia en San Petersburgo. Grigori quedó solo y aterrorizado en su nuevo entorno.

Se le cambiaron sus ropas nuevas por un uniforme de estilo militar de color azul grisáceo y escondió su terror detrás de una máscara de agresividad. Pero todavía no dejaba de ruborizarse con enfado cuando oía a las muchachas, cubiertas con vestidos marrones y delantales negros, reírse tapándose la cara con las manos del nuevo «muchacho salvaje de los bosques».

Un mes más tarde su amada *klassnaya dama* murió en un accidente de trenes cerca de Moscú, de regreso a Siberia, y durante un tiempo Gregori también deseó morir. Ella era el único vínculo entre su pasado y su vida nueva. Solo, él no sabía

cómo manejar tantos cambios. Fue su ambición de acero la que llegó en su rescate. Eso y la magia de sus clases.

Sobrevivió a la escuela manteniéndose apartado, ignorando el ataque de los elegantes niños de la ciudad hasta que finalmente lo dejaron en paz. A los dieciocho años de edad, y todavía un solitario, entró en la Facultad Politécnica de San Petersburgo gracias a otra beca. Los estudiantes eran en su mayoría hijos de nobles, de militares y de profesionales, muy pocos de las clases obreras e incluso menos del campesinado. Grigori no tenía afinidad con ninguno de ellos, pero comenzó a experimentar una amarga envidia hacia los hijos de nobles que consideraban sus estudios con desprecio y gastaban más dinero todas las noches en bebidas y en las muchachas gitanas del que él jamás había concebido tener en el bolsillo. Una parte de él deseaba ser como ellos y otra los odiaba, a causa de que sabía que era imposible. Fue entonces cuando se dio cuenta de que él, y otros como él, ya que ahora crecían en número, conformaban una nueva clase social, y él sabía que un día serían una fuerza con la cual se debería contar.

El joven Grigori era una víctima voluntaria de la nueva ideología. Absorbía las enseñanzas de Marx y Engels, Trotsky y Lenin con avidez, a causa de que ellos encendían el sentimiento en su corazón. Él era el hombre acerca del cual ellos hablaban, el campesino que había escalado posiciones mediante el trabajo duro y la educación. Suyo era el cerebro y la habilidad que el nuevo Partido Obrero Socialista Democrático necesitaría cuando viniera el tiempo de la revolución, que él estaba seguro de ver muy próximo. Grigori se unió al Partido, y las reuniones secretas eran los momentos más importantes de su semana. Pronto se le asignaron tareas administrativas menores y, por su diligencia y dedicación, se ganó el respeto de los líderes de la zona.

Cuando se graduó en la Politécnica con el título de ingeniero, consiguió un trabajo en la compañía de ferrocarriles de Moscú. Por fin sabía cómo construir aquellos puentes con los que había soñado cuando era un muchacho. Pero aquel sueño ya se desvanecía ante el de la nueva Rusia al servicio del pueblo, para el pueblo, utopía esta que en definitiva eliminaría todas las categorías sociales. Grigori en su corazón creía verdaderamente que consiguiendo esto todos los hombres serían iguales y compartirían la prosperidad del país.

Se hizo un miembro cada vez más activo del Partido, recorriendo regiones, reclutando gente y animando a los comités locales de trabajadores o *Soviets* a que hicieran huelgas para reclamar sus derechos. El líder bolchevique, Lenin, el hombre que había visto en la desolada estación de Siberia hacía veinte años, seguía siendo su ídolo.

Fue en uno de esos viajes donde conoció a Natalya. Ella tenía dieciséis años, la edad de su propia madre cuando se casó con su padre, y poseía una piel blanca y fría, mejillas rosadas y brillante cabello rubio, típico de la región de Bielorrusia. Natalya se transformó en su única obsesión. No importaba que ella no poseyera educación. El

rústico campesino se había enamorado sexualmente de esa belleza blanca y regordeta. Era suficiente para él tocar aquella piel suave y sin manchas, besar aquellos labios rojos como cerezas, que eran tan inocentes como los propios, y recorrer su cabello amarillo con las manos. La familia de Natalya sabía que él era todo un partido y la pareja se casó en un mes.

Grigori llevó a su flamante esposa a la deprimente habitación que constituía su hogar en Moscú, y la muchacha del campo hizo lo que pudo para poder llevar adelante una vida en la ciudad. Ella mantenía el antiguo samovar bullendo, de modo que podía servirte el té a los *amigos* de Grigori cuando se reunían, y en secreto se sentía impactada cuando todos ellos lo único que bebían era vodka. Pero no tenía idea de lo que significaba aquella charla acerca de la *anarquía*, y Grigori viajaba mucho dejándola a menudo sola.

Él sabía que su esposa no era feliz y, después de unos meses, cuando estaba esperando su primer hijo, él la llevó de regreso con su familia en Bielorrusia, visitándola tan a menudo como podía. Cuatro hijos nacieron en rápida sucesión. Él se sentía feliz, y con los años su prestigio en el Partido creció. Y entonces la tragedia lo golpeó: la epidemia del tifus arrasó con miles de personas, incluidos tres de sus hijos. Sólo Boris, el menor, se salvó.

En 1914, Rusia entró en guerra con los alemanes y Grigori fue llamado por el ejército. A causa de su título y su habilidad para montar, fue nombrado oficial en una unidad de caballería del ejército del zar, pero la guerra rápidamente se cobró su cuota de vidas humanas con grandes pérdidas para Rusia, y de pronto se encontró promovido a la categoría de capitán. Se sentía mal con la fútil pérdida de vidas que veía todos los días en el frente. Los estrechos y embarrados caminos de Rusia se hacían lentos para la carga de provisiones que jamás llegaban, y sus hombres eran abatidos inexorablemente por el enemigo. Los soldados, congelados o hambrientos, eran asesinados o morían de disentería, y él se sentía impotente al respecto.

La revolución por la que él había trabajado durante tanto tiempo comenzó con revueltas en San Petersburgo, en febrero de 1917, por la falta de pan y carbón. Después de regresar del frente, Grigori ayudó a formar el nuevo Soviet militante de los Trabajadores. Pronto, el zar Nicolás fue obligado a abdicar. Sin embargo, a medida que pasaban los meses, se hizo obvio que el nuevo gobierno era incapaz de manejar la falta de alimentos. Lenin volvió a Rusia y, con su liderazgo, la Revolución de Octubre comenzó.

El mejor momento de la vida de Grigori fue cuando le presentaron a su héroe. Lenin era tal como él lo recordaba, de rostro pálido, barbudo y frágil, con una mirada intensa que parecía ver hasta el alma de Grigori. Entonces supo que daría su vida por ese hombre, si fuese necesario, estaba convencido de que sólo Lenin podía salvar a Rusia. Jamás vaciló ante esa decisión.

Miró al muchacho, acurrucado debajo de su abrigo. Ahora probaría que podía hacerse un revolucionario de un integrante de la clase social que ellos estaban

aplastando.

La ciudad de Dvorsk estaba constituida por un simple grupo de oscuras casas de madera, diseminadas irregularmente a lo largo del ferrocarril. Grigori estaba acantonado encima de la panadería y, aunque el panadero tenía sólo una magra provisión de harina para hacer el pan, por lo menos el lugar era caliente y había siempre un recipiente de humeante sopa de patatas con algo de pan negro para comer y uno o dos vasos de vodka casera. Sus hombres dormían en el suelo de la panadería. Después de decirles que se calentaran y comieran, Grigori fue hasta la estación. El tren de San Petersburgo debía llegar a las siete de la tarde, pero era la hora y todavía no había señales de él. El jefe de la estación no tenía comunicaciones y nadie sabía cuándo llegaría... podían ser horas, días, semanas incluso...

Después de decirle al jefe de la estación que le informara inmediatamente si tenía alguna noticia, Grigori volvió a la panadería y llevó a Alexei hasta su habitación, donde lo colocó en un pequeño catre de hierro que le servía de cama. El rostro del muchacho estaba blanco como la tiza y tenía las manos heladas, pero sus ojos estaban bien abiertos y todavía transfigurados por el recuerdo del horror.

Grigori se sentó junto a él en la cama, hablándole tranquilamente en inglés, el primer idioma de toda familia de clase en Rusia y que él mismo había aprendido en la facultad.

—De modo que, jovencito —comenzó—, como desde esta noche ya no eres más un niño, debemos mirar hacia tu futuro y no hacia el pasado. —Le hablaba de modo tajante—. Quiero que olvides lo que viste. Tu madre y tu padre están muertos. Ya no eres el hijo de Misha Ivanoff. Ahora eres mi hijo y tu nombre es Sergei... Sergei Solovsky. ¿Me comprendes?

Alexei asintió, mirando a Grigori con ojos grandes y claros. Los ojos de su padre.

En realidad, Alexei se parecía tanto al príncipe Misha Ivanoff, a quien Solovsky había visto tantas veces en las reuniones del Duma, el Parlamento, que temía que lo pudieran reconocer. Se volvió a preguntar si había hecho lo correcto, pero con indiferencia se dijo para sí que ahora era demasiado tarde para volverse atrás; simplemente debería mantener al muchacho escondido durante un tiempo. Además, su experimento lo excitaba. Cambiaría el orden natural de las cosas. Él era un hombre común que, por su educación, se había transformado en parte de la nueva élite. Ahora él transformaría a este principito de élite en un hombre común, y luego él decidiría lo que iba a hacer.

Después de decirle al muchacho que se durmiera, Grigori apagó la vela. Se envolvió en su abrigo, extendiéndose sobre el suelo junto al niño, y en minutos se durmió.

Capítulo 4

Ginebra

Cal Warrender miró su copa de champaña pensando que había parecido una buena idea en su momento. El bar del hotel Beau Rivage estaba tenuemente iluminado y era lujoso, pero de las ventanas para afuera el viento levantaba los copos de nieve en espirales antes de dejarlos formar blandos montículos blancos. La repentina tormenta había obligado a cerrar el aeropuerto de Ginebra, y entonces él se enfrentó a una solitaria cena y a la preocupante convicción de que había fracasado en su tarea de asegurarse la esmeralda Ivanoff. Había sido vencido por un adversario más inteligente.

Valentín Solovsky estaba sentado en el bar en silencio, bebiendo vodka con otros dos rusos. Estaban tan sombríos como el mismo Cal, y este se preguntaba si eso significaba que Valentín también había fracasado en la compra de la esmeralda y, como él, ya había perdido la pista que conducía a la *Dama*. Pero, si no eran los rusos, entonces ¿quién había traído la joya de Ivanoff?

Sabía que Valentín estaba allí por la misma razón que él: le habían asignado la tarea de encontrar a la *Dama*. Y tanto él como Valentín sabían que no era simplemente por el dinero, sino también por las minas.

Cuando el príncipe Ivanoff había conocido al marajá hacía tantos años, ellos se habían intercambiado los regalos en celebración de la compra que había hecho el príncipe de ciertas tierras en el Estado de Rajastán. El príncipe había descubierto que aquellas tierras contenían valiosos depósitos de tungsteno, elemento utilizado para endurecer el acero, y se había dado cuenta del valor de ese elemento en el flamante mundo de la mecánica. Sin embargo, después de la Revolución los rusos reclamaron la propiedad de las minas, diciendo que ellos tenían los documentos legales firmados por el príncipe Misha Ivanoff, transfiriéndoselos a la nueva República Soviética. Declararon que, de cualquier modo, como todas las demás propiedades ahora pertenecían al Estado, las minas eran de Rusia. En su momento se cuestionó la autenticidad de los documentos, pero, como ningún miembro de la familia Ivanoff apareció para reclamarlas, jamás se había hecho nada al respecto. Aunque las minas eran valiosas, nunca parecieron ser de gran importancia para el resto del mundo. No obstante, recientemente se había descubierto que contenían vastas cantidades de ciertos elementos estratégicos esenciales en la industria moderna, en especial en defensa. O la guerra. Y ahora todo el mundo estaba preparado para disputarle la propiedad de las minas a Rusia.

Cal sabía que los rusos necesitaban desesperadamente la firma de un Ivanoff en los títulos de propiedad como prueba indiscutible de su demanda. Si ellos encontraban primero a la *Dama*, conseguirían la firma. Y volverían a ser el poder más

intimidante del mundo.

Bebió el champaña que había pedido para alegrarse y quizá para hacer creer a los rusos que estaba celebrando la compra de la esmeralda, mientras pensaba en los acontecimientos de las últimas semanas. Había pedido y se le había concedido carta blanca para conducir su propia investigación en la búsqueda de la misteriosa dueña de la joya Ivanoff. Había solicitado no tener espías de la CIA, ni elaboradas investigaciones por parte del FBI... deseaba hacerlo solo. Se daba cuenta de la importancia del asunto y sabía que eso lo catapultaría en la escala política. Además, él ya estaba en el poder.

—Es una cuestión simple —les había dicho en la reunión—. Todo lo que debo hacer es encontrar a los talladores de gemas más importantes. Ellos sabrán quién es la dueña.

Había comenzado como un juego. Primero fue a Amsterdam, donde conoció a Peter van Stalte, decano de los talladores de gemas y un hombre honesto. Van Stalte le dijo que no había visto la esmeralda en esa ciudad y que a él, personalmente, no le gustaría ese trabajo.

—Demasiado arriesgado —dijo, frunciendo el entrecejo y acariciándose la punta de la barba—. La mano más segura de Amsterdam no podría haber garantizado el éxito del trabajo.

En Jerusalén, los israelíes le dijeron que no sólo no habían visto la esmeralda, sino que ellos jamás intentarían cortarla. Explicaron que había sólo un hombre que podría intentar tal corte con alguna posibilidad de éxito: Gerome Abyss. Pero Abyss había desaparecido de París y del mundo de las piedras preciosas hacía años, después de una serie de desastres relacionados con diamantes grandes y valiosos. Llevándose una mano a la boca, Stein había dicho:

—Whisky escocés, eso fue lo que arruinó a Gerome Abyss.

Había rumores de que se había ido a Hong Kong, o ¿quizá Singapur? ¿Tal vez Bangkok?

Cal siguió la información de la Interpol acerca de que Abyss había sido visto por última vez en Bangkok, uno de los centros de gemas más importantes del Lejano Oriente, pero su búsqueda se había detenido en un miserable callejón de Patpong. Se había encontrado mirando una sucia tarjeta comercial clavada en una descascarada puerta. Nadie contestaba el timbre y la gente de la Clínica de Terapéutica Sexual de la primera planta le había dicho que Abyss no había estado allí durante semanas. Le llevó dos días preguntar de bar en bar y todo a lo largo de la maloliente red de calles colindantes encontrar al dueño del edificio, y, cuando finalmente lo hizo, deseó no haberlo buscado nunca.

Se encontraron en la oficina del hombre situada en la trastienda de una «casa de masajes» y bar. Desde enormes altavoces se oía música-disco mientras unas muchachas tailandesas medio desnudas giraban letárgicamente sobre un pequeño escenario y los aburridos clientes evaluaban con lascivia sus méritos. Cuando Cal

preguntó por el dueño, dos guardaespaldas de músculos prominentes salieron de pronto desde las sombras y, sin decir palabra, lo tomaron de los brazos. Con premura, lo condujeron a lo largo de un corredor en la parte posterior del bar, pasando junto a las *masajistas* que estaban holgazaneando frente a los camarines con cortinas, fumando y chismorreando, esperando aplicar sus *habilidades* a la continua clientela de paso. Una lo llamó, recorriendo provocativamente con sus manos sus encantos desnudos.

—Pruébeme, señor, lo haré sentir bien —le dijo con una risita cuando los dos matones lo empujaron hacia el interior de una habitación que había en la parte posterior del edificio. El pesado perfume de las muchachas no podía disimular los nauseabundos olores a transpiración, amoníaco y desinfectante. Se sintió agradecido de respirar el aire estanco de la oficina y miró al pequeño hombre que estaba detrás del enorme escritorio.

El hombre que había venido a ver no era tailandés. Era laosiano y parecía no tener edad, con una piel amarilla sin arrugas y ojos tan rasgados que era imposible decir de qué color eran o qué expresión tenían. Sus diminutas manos, parecidas a las de un niño, jugaban continuamente sobre una tira de cuentas color ámbar, y la inmensa silla tallada en madera de teca en la que se sentaba lo hacía parecer incluso más pequeño de lo que era. Otro par de amenazantes guardaespaldas flanqueaban dicha silla y Cal sintió que de pronto su garganta se secaba. Era consciente del bajo mundo del delito en Bangkok, pero no había esperado caer en él de esa manera. Esos hombres estaban metidos en negocios que, apostaba, no eran de la clase que él buscaba: eran traficantes de drogas, proxenetas, tiburones de préstamos...

—Mi pregunta es simple, señor —dijo, sonando cuidadosamente amable—. Estoy buscando un tallador de gemas llamado Abyss.

El laosiano lo miró en silencio durante un minuto; luego le preguntó con una voz aguda y estridente:

—¿Para qué?

—¿Para qué? —repitió con incertidumbre Cal. —¿Para qué busca a Abyss? ¿Acaso le debe dinero?

—No, oh, no. Abyss no me debe dinero. Yo... yo tengo un trabajo para él.

—Muéstreme la piedra que usted desea que él corte.

—¿La piedra? —Cal sintió que el sudor le corría por la nuca y se preguntó cómo había podido meterse en eso—. La dejé en Amsterdam. Es una piedra especial. Me dijeron que sólo Abyss podía hacerlo.

Se produjo un largo silencio y él tuvo que obligarse a sí mismo a mirar el rostro del laosiano, deseando verle los ojos, insultándose por llegar a una situación tan estúpida.

—Está mintiendo —dijo finalmente el laosiano con una voz finita—. Abyss es un borracho. Sus días para cortar piedras han terminado, fueron arruinados hace años en París. Consigue lo suficiente para financiar su bebida, cortando y puliendo piedras de

poco valor comercial para los comercios de bagatelas del mercado. Pero eso no era bastante para pagarme. El señor Gerome Abyss desapareció hace dos meses, quedando en deuda con ciertos servicios. Esto fue un... un descuido. ¿Me comprende? —Su sonrisa se hizo más cerrada y tan escasa de expresión como sus ojos cuando agregó—: Mi cobrador fue negligente; le permitió a Abyss retrasarse con el dinero... algo que está contra las normas. Por supuesto, ya nos hemos encargado del cobrador. Pero el señor Abyss... bueno, nos debe un total de mil dólares. No mucho dinero, por supuesto... pero nadie, nadie jamás le debe dinero a mi organización y sale bien de la situación. De modo que, señor... Warrender, ya que Abyss es amigo suyo, ¿qué le parece si paga sus deudas? Llamémosle una multa, ¿no le parece? Y en recompensa le diré lo que yo sé.

La sonrisa de cocodrilo desapareció cuando Cal lo miró, sorprendido. ¿Qué podría decirle el laosiano? ¿Que por mil dólares habían asesinado a Abyss? No daría nada por esos tres bastardos... la muerte era probablemente una de las opciones más dulces.

—¿Mil dólares? —dijo, buscando su billetera en el saco.

El matón que estaba junto a él lo tomó del brazo y él sintió el acero suave y frío de un cuchillo contra su cuello.

—¿Podríamos decir con interés... mil quinientos? —sugirió el laosiano con otra sonrisa.

Cal asintió y, con un gesto rápido de su mano pequeña, el laosiano le indicó al matón que lo dejara libre.

Respirando aliviado de no terminar como otro de los cadáveres anónimos que rescataban de las profundidades del río Chao Phraya, Cal dijo nervioso:

—¿Muchachos, ustedes aceptan cheques de viaje? Estaba bromeando, sólo bromeando —agregó rápidamente cuando los ojos del laosiano desaparecieron en dos ranuras cargadas de cólera, mientras apretaba sus tinos labios—. ¿Mil quinientos dólares, está bien? —Tomó los billetes de su billetera y los colocó sobre la mesa—. Y ahora, ¿me dirá dónde está Abyss?

Haciéndole un gesto a uno de sus guardaespaldas para que retirara el dinero, el laosiano dijo:

—El señor Abyss ha sido rastreado desde Kuala Lumpur hasta Singapur, y luego en Yakarta, donde, entiendo por mis contactos, estaba buscando pasaje en un carguero con destino a Estambul. No he llegado más lejos con mi investigación. Y ya que la deuda está ahora cancelada, no será necesario. Adiós, señor Warrender.

Mientras los guardaespaldas lo tomaban de los brazos y marchaban a lo largo del corredor, Cal se preguntó cómo sabía su nombre. Debió de enterarse de que estaba haciendo preguntas y tomó como asunto propio el averiguarlo. El laosiano no era el tipo de hombre que dejaba que cualquier cosa pasara junto a él sin enterarse.

Las masajistas que estaban detrás de las cortinas lo miraron en silencio mientras pasaban junto a ellas, y luego se encontró nuevamente en el bar con luces de neón

rojas y azules y la pesada música-disco. Un golpe en su espalda lo impulsó hacia la puerta y entonces respiró la humedad de la calle de Patpong; inhaló el aire fétido como si fuera el aire más puro que encontrara en su vida.

Abordó el siguiente vuelo a Estambul, la antigua ciudad que fue Constantinopla y, antes de eso, Bizancio. Estaba lloviendo y las hermosas cúpulas y minaretes estaban escondidos debajo de un banco de niebla gris. Incluso el famoso Bosforo presentaba un gris depresivo.

La bahía estaba rodeada de una zona de miseria industrial, llena de cargueros rusos y de oxidados barcos turcos que parecían estar listos para su desguace. Tierra y mar se fusionaban en una fantasmal niebla gris, y la fina lluvia lo mojaba mientras caminaba por los muelles, buscando al funcionario menor de inmigraciones de la Interpol que podría brindarle alguna ayuda, por supuesto, por una cierta suma de dinero. Cuando finalmente lo encontró, le llevó todavía dos días más de lluvia buscar los papeles, hasta que finalmente encontró lo que deseaba.

Comparó la fotografía del hombre que figuraba en los documentos de inmigración con una que le había dado Interpol. No había forma de confundir el rostro redondo que se extendía tenso entre las capas de grasa, brillando con una película de sudor debajo del flash fotográfico, ni los ojos pequeños y los labios carnosos. El cabello ralo de Abyss ahora teñido de un extraño color rojo y el bigote eran nuevos, pero era el nombre lo que confirmaba su identidad. Gerome Abyss obviamente no tenía mucha inventiva. Se había colocado otro nombre, simplemente como «Señor Gerome... Georges Gerome, fabricante de ropa de Nimes, Francia». Había establecido su negocio en Estambul, buscando fabricantes de ropa de algodón turco para su venta en Europa. Y la dirección que daba era un pequeño hotel céntrico.

Cal copió toda la información, colocó en su bolsillo la fotografía de Abyss, le dio unos sucios cincuenta dólares extra al nervioso funcionario que lo acompañó agradecido hasta la puerta y puso rumbo al hotel.

Unas palabras con el empleado de la recepción y otros cincuenta dólares lo autorizaron a revisar la lista de huéspedes de los últimos dos meses, pero allí no había ningún señor Gerome. Ciertas preguntas discretas confirmaron que nadie con esa descripción había puesto los pies en la puerta del hotel, y Cal sabía que había vuelto al comienzo.

Detrás de los bulevares rodeados de árboles de la moderna Estambul, un laberinto de callejones estrechos, medievales, cruzaban las colinas de la ciudad, llenas de derruidas casas de madera y de misteriosos patios oscuros. Era una ciudad donde, si lo deseaba, un hombre podría simplemente desaparecer de la faz de la tierra. Cal sabía que una cosa era cierta: Abyss no estaría detrás de su negocio. Debían de haberle pagado generosamente por cortar la esmeralda Ivanoff, y la posibilidad más concreta era que ahora estuviera ocupado gastando el dinero en el mejor whisky escocés y emborrachándose hasta caer muerto. Se encogió de hombros. Fuera lo que fuese, él no tenía ninguna pista nueva.

Ahora estaba varado en la nevada Ginebra, sin la esmeralda ni una mínima idea sobre dónde buscar a su dueño. Dirigió una mirada preocupada hacia Solovsky, que todavía estaba bebiendo en el bar con sus amigos rusos. Definitivamente había algo diferente en Solovsky. No era sólo que físicamente fuera más alto y ancho de hombros que sus conciudadanos; había una especie de vieja calidad rusa en su porte y sus modales. La seguridad combinada con la cortesía; decidió que era la esencia del diplomático. Solovsky se volvió de pronto y se encontró con su mirada. Asintió, sin sonreír, reconociendo la presencia de Cal, luego volvió a la barra y ordenó otra ronda de vodka. Sólo se conocían ligeramente, aunque Cal imaginaba que probablemente sabía más acerca de Solovsky de lo que este sabía de él.

Valentín Solovsky había estudiado toda su vida para ocupar los altos puestos del poder, y a la edad de treinta y seis ya había comenzado a hacerse un nombre en el servicio de relaciones exteriores. Había tenido cargos en la cartera de prensa de su país en la embajada de París, como agregado militar en Londres y su último destino había sido como agregado cultural en Washington. París, Londres, Washington, murmuró Cal, terminando su copa de champaña. Nada sino lo mejor para el hijo del miembro principal del Politburó, mariscal Sergei Solovsky y sobrino del temido Boris Solovsky del KGB. El despotismo vivía, incluso con la República del Pueblo.

Valentín miró hacia la puerta. Cal siguió la mirada. Genie Reese se detuvo dudando en la entrada del bar. Estaba hermosa, pero de mal humor y sin una sonrisa.

Cal se había encontrado con Genie Reese varias veces en las conferencias de prensa de la Casa Blanca y en las fiestas de Washington. Sabía que era una excelente periodista. Era inteligente, siempre bien informada e inmanipulable con una historia. Además, era absolutamente honesta. También uno de los miembros más atractivos del cuerpo de prensa de Washington, detalle que, notó, no se le había escapado a Valentín Solovsky.

La llamó mientras caminaba hacia una mesa, junto a la ventana nevada.

—No pensarás beber sola, Genie, ¿verdad? —Le hizo un gesto con la mano al cubo de hielo que contenía su botella de champaña—. ¿Por qué no tomas una copa conmigo?

Ella dudó, los ojos azules indecisos. Luego dijo de forma cortante:

—Perdón, necesito estar sola un rato. Debo reflexionar sobre algo.

—Todos tenemos que hacerlo —murmuró Cal, volviendo a sentarse en su silla, observándola mientras se sentaba a la mesa vacía y sacudía su pelo rubio al solicitar al camarero un vaso de zumo de naranja con hielo. «¿Sin alcohol?», pensó él, sorprendido. El día de trabajo terminó y la mayoría de la gente de prensa estaría tomando una botella como si fuera la última, divirtiéndose, como los chicos cuando salen del colegio. Genie Reese debe de tener que reflexionar sobre algo realmente serio.

Suspiró cuando se sirvió otra copa de champaña, deseando que ella hubiera aceptado, notando que Solovsky se había vuelto hacia la barra y que escuchaba con

atención algo que decía uno de sus compañeros. Cal miró su reloj. Las ocho y media; no era muy temprano para la cena en esta ciudad, ¿no es cierto? Bueno, maldición, aun si lo fuera, tenía apetito. Con un movimiento de cabeza a manera de saludo, hacia Genie y Solovsky, se fue hacia el restaurante.

Capítulo 5

Genie observó a Cal mientras caminaba por el bar. Se lo veía en buen estado, pensó; no exhibía en su cintura, como todos en Washington, el producto de demasiadas comidas de negocios y cenas políticas.

Sabía que a Cal Warrender lo consideraban un *partido* en el mercado social y de matrimonios de Washington. Tenía la edad correcta, sin compromiso, apuesto y recto. Era alto, con ojos marrones, cabello oscuro y el tipo de cuerpo fuerte, bien musculoso, que a las mujeres les gusta tocar. Y era un hombre con reputación; se decía que su carrera estaba en ascenso. ¿Qué más podría desear cualquier anfitriona complaciente para una fiesta? ¿O cualquier mujer como marido? Pero Genie tenía el presentimiento de que el trabajo estaba antes que nada dentro de las prioridades de Cal. Como ella, él amaba su trabajo.

Evaluó la compañía en el bar, reconociendo al corresponsal de la revista española *Hola* y a una pareja muy elegante de francesas que ella ya había visto en la subasta, así como también algunos rostros un tanto familiares pero sin interés para ella, ya que sólo aparecían en reuniones sociales. «Afrontémoslo, —se dijo a sí misma con un suspiro—, tú también eres un animal político, y tan ambicioso como Cal Warrender».

Sus ojos se entrecerraron cuando estudió la espalda de un hombre rubio, alto, sentado en la barra. Valentín Solovsky. ¿Qué estaba haciendo aquí? No lo había visto en la subasta y, aun así, ¿qué otra razón tendría para estar en Ginebra? No había comités de las Naciones Unidas y ella lo habría sabido de haber reuniones lo suficientemente importantes como para contar con aquella presencia. Además, existían bastantes cosas en marcha en Washington como para tener ocupada su cartera cultural. Hoy, por ejemplo, el ballet Kirov actuaría en el Centro Kennedy. El presidente en persona acudiría, y la embajada rusa daba una gran fiesta a la que había sido invitado todo el cuerpo diplomático. Era una de las fechas principales del calendario cultural. De modo que si Solovsky estaba en Ginebra en lugar, de estar en Washington, tenía una razón muy importante. ¡Y también Cal Warrender!

Su mano temblorosa hizo que el hielo tintineara en el vaso cuando lo colocó sobre la mesa. «Dios mío, —pensó—, entonces los rumores eran ciertos. Rusia y los Estados Unidos están peleando por poseer la esmeralda Ivanoff, a cualquier precio. Pero ¿por qué? Y ¿por qué habían dejado ellos que otro los derrotase? ¿Podría haber realmente billones en los bancos suizos? ¿Era eso detrás de lo que se encontraban? Luego, ¿qué había acerca de los otros rumores de que había algo más que ellos deseaban?» Se puso de pie, alisándose su falda negra. Había una sola manera de averiguarlo. Mientras caminaba hacia el bar y cruzaba la recepción del restaurante, se sintió incómodamente consciente de que los especulativos ojos oscuros de Valentín Solovsky la seguían.

—Hola. —Le dirigió a Cal una repentina sonrisa amistosa cuando se detuvo junto a su mesa—. ¿Te importa si acepto la invitación que me hiciste hace un rato? Se

siente una muy solitaria al estar en medio de una tormenta de nieve. Completamente sola en un país extranjero... ¿sabes a qué me refiero?

—Por supuesto que sí. —Se puso de pie de un salto cuando el *maître* retiró la mesa y ella se deslizó en el asiento junto a él.

El camarero llenó la copa de Genie de champaña. Ella la levantó y propuso un brindis.

—¿Lo celebramos? —preguntó con inocencia.

Cal sonrió.

—Ahora que tú estás aquí, sí.

Ella apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—Oh, juega limpio, Cal —le susurró seriamente—. Tú has comprado hoy esa esmeralda, ¿no es así?

Cal se llevó una mano al pecho simulando horror:

—¿Por qué habría de hacer algo así? De todos modos, no puedo pagarlo con un sueldo de la Casa Blanca. Soy un pobre muchacho de Nueva Jersey.

Se miraron a los ojos y ella dijo:

—Tú la has comprado en nombre del gobierno de los Estados Unidos. Después de todo, los rumores son ciertos.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Tienes a la persona equivocada, Genie, y el rumor equivocado.

—Oh, hablemos de eso más tarde —le dijo ella, retirándose el cabello del rostro con un gesto nervioso—. He pasado un día difícil y tengo apetito. —Miró el largo menú y suspiró—. Soy incapaz de tomar más decisiones. Lo que realmente me gustaría es comida cómoda, chuletas y patatas fritas en Monty.

El camarero se mostró dolorido y Cal rió.

—¿Por qué no dejas que pida yo? —Le habló rápidamente al camarero, luego se volvió hacia ella en el asiento. Sus ojos se encontraron. «Lindos ojos», se dijo a sí misma, «como los de un setter... no, la comparación es injusta. Seguro, eran del mismo color, pero los de él eran astutos. Y apostaba que podían ser duros cuando lo deseaban.» De repente se estremeció. Había algo en Cal Warrender que le advertía a ella que podía ser un duro adversario.

—Creo que encontrarás la comida lo suficientemente buena —le dijo con ligereza—, pero te prometo que te llevaré a Monty cuando regresemos a Washington.

—Monty está en Los Angeles. Solía ser mi lugar favorito cuando era pequeña. —Suspiró—. Es una lástima que nuestros ideales de placer deban cambiar cuando crecemos... de las chuletas y patatas fritas a las ostras y trufas, de la leche batida al champaña.

—Oh, no lo sé, no es un mal cambio...

Se rieron y él le palmeó la mano para animarla.

—Te diré un secreto. Pareces estar más molesta que yo, y a mí me ha tocado quedarme sin la esmeralda.

—¡No me digas! —Los ojos se le abrieron por el asombro mientras lo miraba—. ¿Entonces quién lo hizo?

Cal se encogió de hombros, haciendo un gesto hacia la puerta.

—¿Quizá nuestro amigo Solovsky? —sugirió.

—Entonces es verdad —murmuró ella, observando que el ruso aparecía en el restaurante para sentarse en una mesa justo enfrente de ellos, desde donde podía verlos directamente pero demasiado alejada como para oír la conversación. Solovsky les hizo una inclinación de cabeza al sentarse.

—No lo sé de verdad, pero te diré algo que es más extraño —dijo Cal—. Solovsky está solo. —Sus cejas se arquearon en una pregunta y él le explicó—: Los rusos importantes jamás están solos, siempre hay alguien detrás de ellos para asegurarse de que no pasen ningún secreto o que no cometan deserción hacia Occidente. Y hay alguien más detrás del espía para asegurarse de que este no deserta. Para un hombre de la importancia de Valentín Solovsky, estar solo es realmente extraño. Me pregunto cómo se ha deshecho de los dos tipos del bar.

—Probablemente les ha dicho que iba a comerse un emparedado en su habitación y luego se ha escapado solo para darse un festín —le respondió con una sonrisa—. Apuesto a que no podía soportar verlos por más tiempo.

Cal rió, observando cómo ella se deslizaba una ostra en la boca, cerrando los ojos con placer.

—No sé nada sobre Valentín —dijo ella—, pero ahora soy feliz. —Miró al ruso—. En el bar pensé que parecía un poco melancólico, pero los rusos son así, ¿no es cierto? Es característico de su raza.

Su mirada se detuvo en Solovsky mientras estudiaba su menú. Tenía un rostro fascinante en todos sus planos y ángulos, tan romántico con sus ojos gris oscuro y aquel tupido cabello rubio oscuro. Y aquella boca de aspecto apasionado... El levantó de repente la vista, sorprendiéndola, y ella sintió que se ruborizaba, como si él pudiera leer sus pensamientos.

—Te diré algo —le dijo rápidamente a Cal—. Parece una estrella de cine. Esperaría verlo de protagonista con la Garbo en *Ninotchka*. ¡Ponlo como presidente de Rusia y el *glasnost* florecerá! Por lo menos, lo hará entre la población femenina de los Estados Unidos.

El camarero sirvió más champaña y Cal dijo con interés:

—De modo que ¿eres de California? ¿Del tipo al que los Beach Boys tienen todo el tiempo soñando?

Ella se encogió de hombros.

—California está bien provista de rubias altas, bronceadas y bonitas. Esa es la razón por la que me fui —agregó con una sonrisa—. La competencia era demasiado dura. Sí, soy de Los Angeles, nacida y educada allí. No, no era una líder en el colegio. Sí, juego bien al tenis. Y no, no deseo regresar.

Cal mordió un trozo del delicioso pan de nuez.

—¿Tu familia todavía está allá?

—Mis padres estaban divorciados, yo jamás conocí a mi padre. Mamá murió hace unos años. —Volvió a encogerse de hombros—. No existe una razón verdadera para regresar. Mi hogar, podrías decir, es ahora el lugar donde cuelgo mi sombrero, y parece que es Washington.

Su rostro se suavizó con la tristeza que le producía hablar de su madre. Cal pensó que debía de haber sido una niña muy bonita, el sueño de toda madre, rubia, de ojos azules, hermosa e inteligente.

—¿No hay ojos para Nueva York? —le preguntó—. ¿Grandes momentos, las noticias de la seis de la tarde, entrevistas importantes. Barbara Walters...?

Ella se rió.

—Yo soy como tú, la política es mi juego. Estoy anclada en la Casa Blanca, las misiones diplomáticas y las notas en lugares de importancia... el sexo y el escándalo en el asiento del poder. Para mí, Washington es tan glamorosa y excitante como París. Además, tengo esta gran casita en N Street en Georgetown, justo al lado de una de las mujeres más opulentas de Washington. Por supuesto que ella posee ocho dormitorios y un mayordomo que le lleva a pasear a su perro, y yo sólo tengo un dormitorio y un perro muy grande por el cual debo pagar al paseador para que haga ejercicio, pero vivo indirectamente el placer. Observo a los huéspedes que llegan y noto quién se va con quién. No soy tonta —agregó con una sonrisa malvada—. Soy la primera en saber si se está preparando un escándalo. En general, comienza en el umbral de mi puerta.

—¿Tu familia tiene dinero? —le preguntó, probando el salmón con satisfacción.

Ella negó con la cabeza.

—Nada de dinero, por lo menos no todo el tiempo. Mamá trabajaba de vez en cuando. Era actriz. A veces había mucho... otras, nada.

Hicieron una pausa, con los tenedores en la mano, mirándose a los ojos, disfrutando de lo que veían.

—¿Y tú? —le preguntó ella—. ¿Qué me puedes decir de tu vida?

—Nací en el Bronx, mis padres vendieron la casa a gente que necesitaba el espacio para un estacionamiento y consiguieron lo suficiente como para mudarse a Fort Lee, en Nueva Jersey... ¡su decisión, no la mía! Yo era un muchacho inteligente, trabajaba mucho y entré en la secundaria del Bronx... una de las mejores escuelas de la Costa Este. De allí a Harvard... en Ciencias Políticas, y luego la Escuela Kennedy del gobierno. El resto es probable que tú lo sepas.

Ella asintió.

—Muy bien. ¿Y ahora puede el Cal Warrender verdadero ponerse de pie? —Él la miró con aquellos ojos de setter llenos de sorpresa—. Quiero decir, ya he oído tu resumen... ¿pero quién eres tú? ¿Dónde vives? ¿Qué haces cuando no estás en la Casa Blanca? ¿Qué te gusta? ¿Qué odias? ¿Qué es lo más importante en tu vida... aparte de la política, quiero decir? —Ella esperó un momento y luego agregó con suavidad—:

¿Hay alguna mujer en especial?

Cal la miró en silencio.

—Oh, vamos —murmuró ella—, imaginemos que estamos en una novela de Somerset Maugham, dos extraños, varados en medio de una tormenta, con la historia de sus propias vidas como lo único que los puede divertir... —Él ahora le sonreía y ella respiró aliviada; no deseaba realmente que él pensara que era una entrometida reportera de televisión, a la caza de una historia.

—No existe ninguna mujer especial —le dijo—, simplemente no tengo tiempo. Esto no quiere decir que diga que no si alguien *especial* alguna vez apareciera en mi vida.

Su sonrisa era seductora, y ella rió.

—Eso se llama «tenerlo todo». Lo sé, porque yo soy como tú, simplemente estoy demasiado ocupada.

—He oído que eres una mujer honesta —le dijo, levantando su copa para brindar—. Por la gente especial que nunca aparece en nuestros caminos.

—¿Qué es lo que te motiva, Cal? —le preguntó, sorbiendo su champaña—. ¿Qué es lo que hace a un político? ¿Naciste para ese papel, como un artista o un músico? ¿O es un talento que se adquiere?

La miró durante unos instantes, decidiendo que le gustaba su estilo. Le dijo:

—Ahora veo lo que hace a un buen reportero. Tú sabes las preguntas que deben hacerse para que el tema se abra... y las formulas de una manera tan encantadora y halagüeña que uno no puede negarse a contestar. No puedo decir que yo tenga *talento*, pero supongo que siempre he sido un animal político. Provengo de una familia donde siempre se habló de política... en general mal... en la cena, y quizá también en el desayuno y la comida.

»Pero tomé mi decisión temprano en la vida... era sólo un muchacho de siete años cuando mis padres me llevaron de visita a Washington. Ellos querían que yo conociera la capital, «que sintiera el asiento del poder», dijo mi padre, y yo recuerdo lo asombrado que estaba por las anchas avenidas y los edificios llenos de columnas. Pensaba que debía de ser un ciudad grandiosa como París. Jamás cambié de parecer. Todavía me causa placer recordar a aquel muchacho del Bronx de visita en la Casa Blanca con su mamá y su papá, que sentían los primeros deseos de ambición política. Simplemente supe que deseaba formar parte de aquello, de la Casa Blanca, donde se tomaban las decisiones, deseaba ayudar... incluso desde un nivel menor. Habría sido un cadete, cualquier cosa, con tal de traspasar aquellas puertas. Como miles de otros, supongo —agregó con una sonrisa—. Sólo que hice algo para lograrlo y, para mí, la política todavía gana a la venta de bonos basura o a la filmación de películas como el negocio más excitante del mundo.

—Envidio tu decisión sin cambios —le dijo con admiración—. Todos dicen que estás destinado a llegar a la cumbre.

Él se encogió de hombros.

—Quizás. Hay mucho juego en la ciudad. No estoy muy contento con eso, pero parece que es lo que acompaña al trabajo.

—Dicen que eres de una raza extraña... un político honesto —le dijo ella provocándolo.

—Así lo espero —le respondió seriamente—. Y ahora, ¿qué es lo que te motiva a ti, Genie Reese?

Pensó antes de contestarle, luego dijo:

—No estoy segura. Quizá probarme ante mi madre, aunque ella esté muerta. Ella pasó momentos tan difíciles que simplemente parecía que no hacía nada bien... supongo que yo deseo hacerlo por ambas.

Él la miró con comprensión, pensando que era una razón muy triste para el éxito.

—¿La reparación de los pecados de tu madre? —le preguntó.

Ella le sonrió con tristeza.

—Nada es tan grandioso como para eso. —Se miraron en silencio hasta que ella dijo con energía—: ¿Y tú? ¿Qué más motiva tu famosa ambición?

—¿Mi famosa ambición?

Rió ante la sorpresa de Cal:

—Seguro que tú sabes que eres un «hombre dedicado a tu trabajo»... un verdadero animal político, probable candidato presidencial. ¿No lees tus propios artículos periodísticos, señor Warrender?

Se tocó con una mano su largo cabello y dijo riéndose:

—Dime, ¿dónde vives? No, déjame adivinar... Watergate.

—¿Cómo lo sabes?

—Fácil. Un solterón político necesita un lugar con fácil acceso a las oficinas gubernamentales y a la Casa Blanca, y algún lugar donde lo cuiden. Watergate cumple con los requisitos... servicio de criada, de lavandería, restaurantes cerca para una comida solitaria, comercios elegantes para una compra rápida de una camisa nueva o una corbata...

—Y no demasiado lejos de tu casa —agregó él a la lista, riéndose—. Quizá me invites alguna vez a cenar en tu casa. Eso es lo que un solterón de Washington jamás consigue... todas las cenas son con comidas preparadas afuera.

—Apuesto a que piensas que no cocino —le dijo, indignada—. Te haré saber que aprendí en las rodillas de mi abuela.

—¿Y ella cocinaba bien?

—Era la mejor... aunque, debo admitir, no tan bien como esto que estamos comiendo. —Degustó la *mousse* de chocolate, tan liviana que tenía un gusto etéreo—. Jamás como postre, de modo que esto es para mostrar lo que es estar varado en medio de una tormenta. Uno pierde todo el control.

—Parece como si vivieras de rayos de luna y de champaña —le dijo, mirándola con admiración.

Ella se rió.

—Esa es exactamente la imagen que deseo tener.

—Yo diría que nuestro amigo ruso no ha pasado por alto tus encantos —dijo Cal con tranquilidad—. Casi no te ha quitado los ojos de encima en toda la noche.

Ruborizándose, Genie trató de tomar su copa y la volcó. Mientras el camarero se apresuraba a secar el champaña que se había derramado, Cal dijo, sorprendido:

—No esperaba que Valentín tuviera un efecto tan drástico en ti.

—Perdón, perdón... supongo que simplemente estoy fatigada. —Volvió a recorrerse nerviosa el cabello con la mano—. Tomemos café en la recepción. Creo que he oído a alguien tocando el piano.

Solovsky se puso de pie después que ella, los ojos de ambos se encontraron; luego, con una sonrisa, él le hizo una inclinación de cabeza. Y nuevamente ella fue consciente de que su mirada la seguía mientras caminaba, quizá demasiado rápido, saliendo del restaurante.

La nieve todavía se apilaba en grandes montículos en el exterior, pero dentro del Hotel Beau Rivage todo era tranquilidad y lujo. La recepción era acogedora, con luces suaves, cortinas de seda y perfume a flores. Un buen fuego ardía en una chimenea enorme y un joven tocaba el piano, pasando con suma ductilidad de Colé Porter a Debussy.

Genie miró a Cal, sentado a su lado en el sofá de rayas rosadas. Ella debía hacer que él le dijera qué estaba sucediendo, pero ¿cómo? La única forma era hablar el idioma que él entendía. Inclínándose hacia adelante, le tocó la mano.

—Cal —le dijo dudando—, me encuentro en una encrucijada en mi vida, en mi carrera profesional. —Los ojos de él la estudiaron cuando dijo esto y ella se apresuró—. Me han enviado aquí para hacer un trabajo que no deseaba hacer. Había planeado cubrir la visita del presidente a Houston, pero decidieron enviarme a mí para la venta de estas joyas. Porque soy mujer.

Cal tomó un sorbo de brandy.

—Genie —le dijo pensativo—, no hay forma de negar que eres una mujer y las mujeres le hablan de joyas a otras mujeres.

—¡Exacto! —le contestó de manera triunfante—. Y entonces, yo debería explotar al máximo ser mujer. ¿De acuerdo?

Él asintió.

—Supongo que es legítimo utilizar todo lo que tienes a tu disposición.

—Necesito que me ayudes, Cal —le susurró—. Sé que estoy sentada al borde de una gran historia, pero nadie me deja conocerla. Cal, si pudiera tener una exclusividad acerca de este asunto Ivanoff, eso me transformaría en la periodista del país. Pensé que podríamos ayudarnos entre nosotros. Tú me dices algo que deseo saber y yo hago lo mismo contigo.

—¿Como qué? —le preguntó, poniendo cuidadosamente azúcar en su café.

—Como quién ha comprado la esmeralda —le dijo con delicadeza.

Los ojos rojos de setter de Cal se endurecieron.

—¿Lo sabes tú?

—Yo estaba cubriendo la subasta —dijo rápidamente—. Había invitado una copa a mi equipo en el bar. Iba camino al tocador cuando me di cuenta de que la puerta de la sala de subastas estaba algo abierta, de modo que, por supuesto, entré sigilosamente. Estaba vacía, pero sobre el estrado se hallaba el libro rojo en el que vi al subastador anotar todas las ofertas. Pensé que había sólo una remota posibilidad de que él pudiera haber anotado la oferta de la esmeralda... después de todo, se había retirado de la venta momentos antes de que comenzara la subasta. No me detuve a pensar en lo ético de la situación —admitió, mirándolo con culpa—. Aquel libro rojo me atraía tanto como la manzana debió de atraer a Eva. Te puedo decir que mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que alguien lo oiría y entraría corriendo para atraparme y llevarme a una cárcel suiza. Pero, de todos modos, fui hasta el estrado y le eché una mirada... Estaba allí, en la primera página: Lote Quince, una gran esmeralda de cuarenta kilates, propiedad de una dama... vendido en nueve millones, doscientos sesenta mil dólares.

—Eso fue un descuido del subastador —dijo Cal, con tranquilidad.

Ella se encogió de hombros.

—Su error... mi golpe de suerte.

El corazón de Genie se sobresaltó cuando él miró en silencio el café que aún no había tocado. «Oh, Dios, él no se interesaría... ella lo había estropeado...»

—Estoy simplemente pensando en qué más recibiría por mi información —dijo, por fin.

Los ojos de Genie se abrieron por el impacto. No era la primera vez que le hacían una proposición, pero ella no lo había esperado de un hombre como Cal.

—No me malinterpretes —le dijo Cal, con una sonrisa—. Quiero decir cómo podríamos ayudarnos. De una forma profesionalmente inteligente.

—Cualquier cosa —agregó ella sin aliento—, cualquier cosa que pueda hacer para ayudarte...

Cal se dio cuenta de que se le estaba ofreciendo una oportunidad de oro servida en Bandeja. Solovsky estaba interesado en Genie y él necesitaba saber a qué altura de todo esto se encontraban los rusos. Ella con seguridad sabía cómo utilizar aquellos hermosos ojos azules, y no sería la primera vez que se había utilizado a una mujer para obtener información.

—Muy bien, Genie Reese —le dijo finalmente—. Tú me dices quién ha comprado la esmeralda y yo prometo la exclusividad.

—¿Cómo sé yo que puedo confiar en ti? —le preguntó con precaución.

Él levantó una mano:

—Palabra de honor —le dijo con una sonrisa.

—La esmeralda ha sido adquirida por un comerciante de Dusseldorf. Su nombre es Markheim.

—¿Decía el registro en nombre de quién venía?

Ella negó con la cabeza.

—Simplemente Markheim.

Cal frunció el entrecejo. No era el nombre que necesitaba, pero era una pista y deseaba que fuera más de lo que tenía el ruso.

Le dijo:

—Muy bien, Reese, guarda tu cuaderno y pluma y sería mejor que no tuvieras tampoco una grabadora, porque lo que voy a decirte es sólo para tus oídos... hasta que la Casa Blanca lo haga público. —Los ojos de Genie se abrieron con asombro cuando él agregó—: Este es un asunto de seguridad nacional. Y ahora te advierto que te lo diré sólo porque voy a pedirte que me ayudes.

—Por supuesto, cualquier cosa —agregó ella, con ansiedad.

—Después de la Revolución —dijo—, Rusia estaba fundida. Las grandes naciones no aprobaban el nuevo régimen y sus acciones y le negaban la ayuda financiera. La nueva Unión Soviética no tenía dinero para financiar la industria, de modo que no había productos que vender. Los revolucionarios habían confiscado todas las cuentas bancadas y estaban ocupados en vender la incalculable herencia rusa de pinturas, joyas y antigüedades por una fracción de su valor real. Ellos sabían de los miles de millones de la fortuna Ivanoff que había en los bancos suizos, e hicieron todo lo que pudieron para apoderarse de ellos, pero, por supuesto, sin el documento firmado por un Ivanoff que les cediera el derecho, se enfrentaron con una pared de ladrillos, en el sistema bancario suizo. Si no había firma Ivanoff, entonces no había miles de millones.

»La Policía Secreta, rama del KGB, era conocida como la Cheka. Todavía creen que algunos miembros de la familia Ivanoff habrían escapado de las masacres de la Revolución. Sólo se encontró el cuerpo de la princesa Anouska, aunque los testigos también confirman la muerte del príncipe Misha. Buscaron por toda Rusia a los desaparecidos Ivanoff, la abuela, el muchacho de seis años y su pequeña hermana, y luego siguieron haciéndolo en Europa, los Estados Unidos y Sudamérica. Aunque jamás los encontraron, el KGB no ha cerrado todavía ese archivo. Durante todos estos años, los Ivanoff han sido como una espina clavada en el costado ruso. La familia representaba todo lo que ellos odiaban, y ni siquiera podían poner las manos en su dinero. Piensan que quienquiera que sea el que venda la esmeralda... y estamos seguros de que es la esmeralda Ivanoff... debe ser miembro de la familia Ivanoff. Ellos desean encontrar a la *Dama*... la última Ivanoff... y conseguir su firma en el documento. Así, finalmente, el dinero será de ellos.

Genie dijo, embelesada:

—Entonces es cierto. En realidad existen miles de millones de dólares.

—Miles de millones. Pero, quienquiera que sea la *Dama*, ella jamás trató de reclamarles porque estaba demasiado asustada. Todavía creía en las viejas amenazas según las cuales, sí los rusos alguna vez la descubrieran, la matarían. Sólo puedo suponer que ella pensaba eso al hacer cortar la esmeralda creyendo que nadie lo

notaría. Quizás hubiera pensado que las joyas habían caído en el olvido, que sólo iban detrás del dinero. Pero no se pueden disfrazar las gemas históricas como esta simplemente cortándolas.

Genie lo miró con astucia.

—Hay algo más, ¿no es así? —le dijo.

Él la miró con inocencia.

—¿Algo más?

—Tú lo sabes —le respondió con un movimiento impaciente de la mano—, ¿qué más persiguen los rusos? ¿Qué es eso que quieren también los Estados Unidos!

Él negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo. Por lo menos por ahora. Luego, cuando todo termine, te prometo que tendrás la exclusividad. Pero primero debemos descubrir por medio de Markheim quién ha comprado la esmeralda y quién es el vendedor. Debemos encontrar a la “Dama “ antes de que lo haga Rusia.

Ella apartó la mirada, contemplando pensativa el fuego. Cal la observó durante unos instantes y luego agregó:

—Te he dicho que necesitaba tu ayuda, pero no sólo para mí, Genie Reese. Es para tu país. Te pido que descubras por medio de Valentín Solovsky si él ha comprado la esmeralda. Y si no, quién lo ha hecho.

Ella se mostró atemorizada cuando dijo:

—¿Por qué yo?... Pensé que entrenaban gente para ser espía.

—No serás una espía, Genie —le dijo con delicadeza—. Simplemente debes formular unas sencillas preguntas. No hay peligro. Todo lo que tienes que hacer es ser una buena periodista cuando hables con Solovsky, como lo has hecho conmigo. Después de todo, tú has conseguido de mí la información, ¿no es así? —Asintió en dirección a Solovsky, que estaba sentado junto a la ventana, observando la nieve.

»¿Por qué no dejo que lo pienses sola? Nos encontramos en mi habitación, mañana para el desayuno, y me dices lo que ha sucedido. A las nueve en punto, ¿te parece bien? —Ella asintió con la cabeza pero sus ojos todavía estaban asustados, y él se arrepintió—. No hay realmente nada que temer —le dijo—. Ellos van detrás de la mujer Ivanoff, no de ti. —Después de tomar su mano lánguida entre las suyas, le besó con delicadeza los dedos, agregando con una sonrisa—: Además, no eres Mata Hari. Eres simplemente una buena periodista que está metida en una historia del demonio. Una historia exclusiva. ¿Lo recuerdas?

Con un gesto casual de la mano, él caminó hacia la puerta. Como si estuviera controlada por una fuerza irresistible, ella volvió la cabeza para mirar al hombre que estaba junto a la ventana. Cuando sus ojos se encontraron con los de Valentín Solovsky, Genie supo cuál era su decisión. Y supo también lo que debía hacer.

Capítulo 6

Valentín Solovsky permaneció sentado solo, durante largo tiempo, a su mesa del restaurante vacío. Un camarero solitario estaba de pie junto a la puerta, con una servilleta de lino blanco doblada encima de sus manos entrelazadas, esperando pacientemente a que el distinguido huésped terminara la última botella de Château Margaux.

Había cambiado de posición en la silla y contemplaba la nevisca que se abatía afuera. Como ruso, era una vista a la que estaba acostumbrado, aunque no la hubiese esperado esa noche. Y ciertamente que tampoco había esperado que cerraran el aeropuerto. Tomó otro sorbo del excelente vino, saboreando el suave gusto oscuro en su lengua; sin embargo, su mente se encontraba a miles de kilómetros, en Moscú, con su padre.

El día que había cambiado su vida había comenzado como cualquier otro. Se había levantado temprano en el pequeño pero elegante apartamento de la mansión situada en Kutuzovskiy Prospekt. Era un viejo edificio con techos altos y chimeneas de mármol tallado que, de algún modo, habían sobrevivido a la Revolución, y hacía algunos años se había transformado el lugar en apartamentos aptos para los miembros más altos del Partido. Gracias a sus destinos en el extranjero, las tres habitaciones de Valentín estaban amuebladas con antigüedades rusas traídas de Londres y París. Y su cocina poseía los últimos aparato eléctricos de la ciudad de Nueva York, aunque el único que parecía utilizarse era la máquina de café. Del techo al suelo había estantes repletos de libros, sobre distintos temas en varios idiomas, ya que él hablaba francés, inglés, alemán, italiano, así como también ruso y algunos de sus dialectos.

Sorprendentemente para un miembro tan dedicado del Partido, no había pinturas soviéticas de la Revolución, ni carteles de propaganda política de los trabajadores del campo, de pie, con orgullo, junto a un tractor, o de los obreros de una fábrica frente a una maquinaria moderna que relucía. Pero había una fotografía de Lenin.

Las otras cuatro fotografías enmarcadas estaban sobre una mesa de su sala de estar. Una era de su abuelo, Grigori Solovsky, a la edad de sesenta años, de cabello oscuro, de pie sobre sus macizas piernas de campesino, con un brazo rodeando a su esposa. El cabello rubio de ella había encanecido temprano, pero sus ojos azules eran tan inocentes y brillantes como los de una jovencita. Ellos habían muerto con semanas de diferencia hacía diez años, él de un tumor cerebral y ella de tristeza en el corazón.

Junto a ellos estaba el retrato de un oficial, su tío, Boris Solovsky, frío y sin sonrisa en el rostro, su cabeza tan calva como una bola de billar, con amargas líneas que iban de la nariz a la boca y un perpetuo fruncimiento entre sus oscuros ojos paranoicos. Boris no se había casado, aunque los rumores de sus relaciones amorosas corrían por todo Moscú, sin que ninguno llegara a ser muy saludable. Se decía que su tío era un hombre sádico no sólo en su vida amorosa sino en el control que ejercía en

el KGB, de la cual había sido jefe durante siete años.

La fotografía más grande era la de su padre, Sergei Solovsky, y de su madre Irina, tomada el día del matrimonio de ambos. Los dos sonreían ante la cámara y era la fotografía favorita de Valentín, ya que jamás, en toda su vida, había visto a su padre tan feliz como lo reflejaba la fotografía. Irina parecía lo suficientemente joven como para ser su hija, pero no se podía negar el brillo del amor, en su rostro dulce. Hacían una hermosa pareja: Sergei, alto, rubio, de mandíbulas fuertes, ojos de águila, e Irina, una bailarina chiquita, delgada, de cabello sedoso, peinado hacia atrás al estilo clásico de las bailarinas. Valentín no podía recordar a su madre realizando un movimiento que careciera de gracia, ya fuera flotando ligeramente sobre el escenario del Teatro Bolshoi o trabajando la tierra del jardín de su dacha de campo en Zhukova. La última fotografía era una de ella sola sobre el escenario. Irina, hija de un carpintero de pueblo y de su esposa analfabeta, parecía una princesa con su tutú bordado de lentejuelas, en el papel de Aurora, en *La Bella Durmiente*.

El apartamento había sido la casa de Valentín desde hacía diez años, a excepción de los periodos durante los cuales él estaba destinado en el extranjero. Deseaba que la única razón por la que alguna vez tuviera que irse fuera por causa de un ascenso en la escalera del poder. Y eso era lo que él deseaba más que nada en el mundo.

Como los jóvenes rusos, Valentín se había unido a la organización de los Pioneros y, más tarde, cuando tenía catorce años, al Komsomol, Liga de la Juventud Comunista. La religión y Dios jamás habían entrado en su vida como consecuencia de que se les enseñaba a los niños a creer en sí mismos y en el Partido Comunista. Eran muy pocos los que desobedecían. Valentín recordaba cómo sus compañeros de colegio habían apaleado a dos muchachos cuyos padres acudían a la iglesia, persiguiéndolos hasta que sus vidas se hicieron insoportables y la familia fue súbitamente *trasladada* de Moscú a un lugar remoto y helado del Cabo Norte. También sabía que cualquiera que no se uniera al Komsomol no podría continuar con su educación en la universidad. Por supuesto, en su caso, siendo hijo de un importante miembro del Partido, estas cuestiones jamás se consideraron. Automáticamente estaba inscrito en todo lo que se relacionara con la educación y el cuidado de un muchacho inteligente que estaba destinado a tener un alto cargo político.

Había completado sus estudios en la Universidad de Moscú, estudiando política y leyes, siguió un año como cadete oficial en el no demasiado famoso campo de entrenamiento de Spetsnaz, en Ryazan, Bielorrusia. El lema de su regimiento era «Prepárate para sacrificarte en nombre de tu tierra madre socialista», y la unidad vivía a la altura de dicha promesa, entrenando a los cadetes para que obedecieran las órdenes de sus oficiales sin dudarlos, sin importar lo extremas que aquellas fueran. Pronto fueron expertos en asesinatos y terrorismo. Cien soldados se apiñaban en pequeñas y atestadas barracas y trabajaban día y noche. Marchaban a todas partes: al cuarto de baño al toque de diana para luego seguir con seis horas de entrenamiento de

combate sin armas. Luego marchaban a tomar su comida y después marchaban a hacer más ejercicio y más entrenamiento. Más tarde, marchaban a la cena y a la revista de la tropa, antes de volver a sus barracas y a la cama. Todos los domingos, se les daba licencia a algunos de ellos para que visitaran la ciudad del lugar, pero la única vez en que se les permitía ir a visitar a su familia era cuando un miembro de esta moría. Ganaban lo suficiente para comprarse los elementos de tocador y cigarrillos, pero estaba prohibido el alcohol en cualquiera de sus formas.

Valentín jamás comprendió por qué los jóvenes se unían a las rudas filas del regimiento de la Spetsnaz, aunque como cadete oficial su parte era muy diferente. Disfrutaba del duro ejercicio físico pero despreciaba la violencia, así como también la regimentación del año de entrenamiento, y odiaba aún más los seis meses que seguían en servicio activo, en la frontera de Afganistán. Pero él sabía que estaba cumpliendo con su deber.

Su objetivo estaba claro incluso cuando era un muchacho. Toda su vida se sintió rodeado por hombres de gran poder político, su abuelo, su padre, el tío y sus amigos. Y, como su padre, su único interés aparte era la música. Cuando era niño, su padre a menudo lo había llevado al ballet para ver a su madre bailar, o a la ópera y a los conciertos de la sinfónica. Ellos se sentaban uno al lado del otro, en los gastados asientos tapizados de terciopelo rojo de la Opera de Moscú, perdidos en la música, y Valentín jamás se sintió más cerca de su padre que en aquellos momentos. Después Sergei lo llevaba a cenar a su restaurante favorito. Este estaba administrado por una vieja familia de gitanos y, para sorpresa de Valentín, su padre conocía todas sus canciones y a veces cantaba mientras los gitanos tocaban sus guitarras y *balalaikas*.

Pero Sergei Solovsky se había preocupado por su hijo. Cuando a Valentín le ofrecieron su primer cargo importante en el Departamento del Servicio Exterior, le advirtió acerca del peligro de ver la vida sin otra mira que la política y sus ambiciones.

—No dejes el amor fuera de tu vida, Valentín —le había dicho, mientras paseaban juntos por los jardines de su dacha, después de una cena especial para celebrar el nuevo trabajo de Valentín—. Es una de las pocas emociones verdaderamente humanas que todavía nos está permitido vivir libremente a nosotros los rusos, y es la más valiosa.

—Por supuesto que no, padre —le había respondido, con sorpresa. Pero incluso entonces había sabido que su objetivo, ser un líder de Rusia, siempre estaría antes que nada. La vida se había extendido ante él con todos los pasos hacia ese objetivo bien marcado, y él juró que no dejaría que nada se interpusiera en su camino, ya que sabía que deseaba unir las turbulentas regiones que formaban la Unión Soviética de un modo en que no se habían unido desde Lenin y los primeros días de la Revolución. Y, desde allí, se prometió a sí mismo que haría que su nación fuera líder entre los poderes del mundo.

Todo había salido como lo había planeado. Las promociones se habían sucedido

una tras otra, y él se aseguró los lugares en el extranjero que le permitían estudiar de primera mano las debilidades y fuerzas de las otras naciones, aprendiendo todo el tiempo y almacenando ese conocimiento para su uso futuro.

Se había sorprendido cuando su padre lo llamó hacía tres meses, pidiéndole que regresara de Washington para un asunto urgente, e incluso se sorprendió más cuando le explicó la naturaleza del problema. Las joyas de los Ivanoff aparecían por fin en el mercado. Rusia deseaba encontrar a la persona que las vendía y traerla de inmediato al país. Su tío Boris estaba a cargo y había *pedido* a Valentín para que llevara a cabo la tarea.

—¿Pero por qué yo? —había protestado, caminando por la alfombra roja del gran despacho de su padre en el Kremlin—. ¿Por qué él simplemente no pone al KGB para hacer esto?

Hubo una extraña mirada en los ojos de su padre cuando le respondió:

—Este es un tema de extrema *delicadeza*. Los Estados Unidos saben por qué buscamos a la persona que vende las joyas. Tú deberás ser nuestra pantalla, Valentín. Como diplomático, viajas por el mundo sin atraer la atención, puedes ir a la subasta y hacer una oferta por la joya... pero, detrás de ti, el KGB estará buscando a esta misteriosa *Dama*. Mañana hablarás del tema con Boris —concluyó su padre, levantando su mano para silenciar cualquier otra protesta—. Y ahora me voy a la estación de televisión en Ostankino. Están televisando un concierto de los ganadores del Concurso Nacional de Orquestas Jóvenes. ¿Por qué no vienes conmigo?

Valentín había hecho bien en no sacar el tema de la esmeralda Ivanoff mientras estaban en el automóvil camino de la estación de televisión, en un ZIL a prueba de balas, conducido por un chófer; si Sergei no hablaba, debía de haber una razón, y además él sabía que incluso los automóviles de los altos ejecutivos estaban *pinchados*. «Confianza» no era una palabra ampliamente difundida en el Kremlin. Cuando finalmente llegaron, Sergei despidió la limusina, diciéndole al chófer que regresara en dos horas.

Después del programa de televisión, sugirió que fueran a pasear y así cruzaron hacia el parque Dzerzhinsky, caminando en silencio a través de los jardines botánicos, pasando el hermoso conjunto de robles de cien años, hacia el vivero.

—Lo que tengo que decirte es extremadamente difícil —dijo por fin Sergei—. Pensé que mi secreto moriría conmigo, como ocurrió con tu abuelo.

Valentín lo miró con sorpresa.

—Sé que a veces te has preguntado la diferencia que existe entre el tío Boris y yo —comenzó Sergei—. Ahora puedo decírtelo. Es porque yo fui adoptado por Grigori Solovsky cuando tenía seis años de edad.

—¿Adoptado? —gritó Valentín, quedándose helado sobre sus pasos y mirando impactado a su padre—. No es importante —agregó de prisa—. No me interesa quién eras tú. Tú eres el hijo de Grigori Solovsky. Tú eres mi padre.

—Le importa a Boris —le respondió con calma su padre—. Él era un muchacho

lento y torpe, y siempre supo que yo era diferente. Incluso a los seis años hablaba francés e inglés como los aristócratas, no simplemente un dialecto ruso como él. Yo era inteligente y buen jinete. Aprendía rápidamente y hacía bien las cosas en el colegio. Él estaba celoso... y yo estaba aterrorizado de él. Boris era cruel, loco de celos. Hoy lo llamarían psicópata. —Se volvió para mirar de frente a Valentín—. Quiero que entiendas que Boris es tu enemigo tanto como el mío. —Sergei se encogió de hombros—. Lo negro es negro y lo blanco es blanco para un hombre como él. Para él no hay grises. Asesina a aquellos que quiere quitar de su camino.

Caminaron en silencio durante un rato y luego Sergei dijo:

—Lo que más molesta a Boris es que Grigori jamás le ha dicho a su familia quién soy yo. Simplemente les ha dicho que soy un huérfano de la Revolución. Pero Boris siempre ha sospechado que yo era un aristócrata y, tan pronto como pudo, puso manos a la obra para tratar de descubrir quién era yo realmente. Cuando lo descubrió, intentó destruirme. —Suspiró fatigado—. Toda mi vida he caminado sobre una cuerda entre dos identidades, la persona que yo sabía que era y aquella en la que me había transformado. Y dos lealtades: la que había adoptado y a la que pertenecía por nacimiento. Y siempre allí, esperando atraparme, estaba Boris. Por esa razón decidí vivir solo mi vida. Decidí que no era justo casarme, ya que cualquier día mi verdadera identidad podría descubrirse y sería entonces arrestado y asesinado. Pero entonces, muchos años más tarde, conocí a tu madre y me enamoré. Era mayor; me dije a mí mismo con egoísmo que si Boris no lo había descubierto hasta entonces, jamás lo haría.

»Boris era todo sonrisas el día que vino a mi boda. Besó a la novia, rió e hizo bromas. Jamás lo había visto tan feliz. Cuando nos íbamos de luna de miel, me entregó un sobre.

»—Una sorpresita para ti, Sergei —dijo con el mismo brillo malevolente en sus ojos que yo recordaba de cuando era niño. Y luego agregó—: ¿O debería decir Alexei?

»Jamás olvidaré su risa mientras nosotros nos alejábamos. Se oía como la risa del loco que yo sabía que era. —La voz de Sergei se estremeció cuando dijo—: Dentro del sobre había una fotografía de mi verdadero padre.

Sergei quedó en silencio, y, mientras ellos paseaban por el parque, Valentín se preguntó, molesto, por qué la fotografía de su verdadero padre podría ser tan importante.

—Por supuesto que me di cuenta de que Boris sabía la verdad —dijo por fin Sergei—, y en mi luna de miel esperé a que actuara. Esperé durante días, semanas, meses. Era como un hombre en el cadalso esperando que cayera el hacha que cortaría su cabeza. Hasta que me di cuenta de que, aunque Boris lo supiera, no tenía pruebas verdaderas. El hecho de que yo me pareciera al hombre de la fotografía, como tú también te pareces, Valentín, no era suficiente para convencer a los poderes de que uno de sus miembros más importantes no era quien decía ser. Podría ser una mera

coincidencia y, al acusarme, Boris podría arruinar su propia carrera. Él todavía necesita esa prueba. Pero todos estos años ha llevado un duplicado de esa fotografía en su billetera. Sabe que yo lo sé y que él no lo ha olvidado.

—¿Seguro que ya no importa quién fue tu padre? —dijo Valentín, con esperanza.

—Importa —respondió con calma Sergei, sacando el anillo que había llevado con él durante todos estos años, de un bolsillo interior de su abrigo. Era una gran estrella de rubíes engarzada en un elaborado anillo de oro. Dándoselo a Valentín, le dijo—: Esto es todo lo que tengo de herencia. Mi verdadera familia fue una de las más ricas de Rusia. Eran tan importantes que seguían a la del mismo zar en la lista de condenados a muerte de la Cheka. Mi padre, tu abuelo, fue el príncipe Misha Ivanoff. Nuestra familia posee aquellos miles de millones y las minas. Y es a tu propia prima, tu propia sangre, a quien piden que rastrees para traer a Rusia. Para Boris y para una muerte segura.

Y luego, mientras caminaban lentamente por el parque. Sergei le contó la historia de lo que había sucedido aquella larga y oscura noche en el bosque, hacía tantos años. Y Valentín vio su vida entera derrumbarse ante sus propios ojos.

Valentín vació su última copa de vino y, después de darle una generosa propina al camarero paciente de la puerta, salió lentamente del restaurante.

Caminó por la recepción y se sentó junto a la ventana. Cal Warrender estaba sentado junto al fuego hablando con vivacidad con la reportera de la televisión norteamericana Genie Reese. Envidiaba la tranquilidad mental de aquel hombre y de la muchacha. Ella era la rosa de la belleza norteamericana con la que los extranjeros como él soñaban, de cuerpo esbelto, hermoso y frágil.

Tomó café, preguntándose de qué estaban hablando, tan absortos estaban el uno en el otro. Pero, todo el tiempo, en su mente, estaban presentes las palabras de su padre: «Es tu propia prima, tu propia sangre, te envían a traerla de regreso a Rusia... a una muerte segura». Había comprendido de inmediato que Boris deseaba a la *Dama*, no simplemente para Rusia, sino porque entonces él podría confirmar la verdad sobre Sergei. Boris deseaba que su padre muriera.

Valentín se había dado cuenta temprano en su carrera de que nadie podría conseguir poder político sin un sacrificio personal; una figura pública podía ser llamada en cualquier momento para dar cuenta de sus acciones, y se esperaba siempre de él que fuera un ejemplo para los que estaban por debajo de él. Durante mucho tiempo había pensado en sus opciones. Primero estaba su deber ante su país. El equilibrio de poderes era lo que estaba en juego. Si encontraba a la *Dama* Ivanoff y la traía de regreso a Rusia, no sólo su país conseguiría el dinero que creía que, con derecho, le pertenecía al Estado, sino incluso algo más importante: tendrían por fin derechos indiscutibles sobre las minas hindúes. Había sólo una forma de salvar la vida de su padre, así como la suya, y también de proteger a la Rusia en la que él creía.

Y ganar todo por lo que él tanto había trabajado. Él debía encontrar a la *Dama* antes de que lo hicieran los norteamericanos. Y luego asesinarla antes de que Boris la encontrara. Reflexionó con amargura que finalmente su entrenamiento en Ryazan sería útil, pero sabía que la *Dama* lo encontraría, como verdugo, mucho más generoso que su tío, cuyo castigo favorito era la muerte con tortura.

La carrera había comenzado, pensó con fatiga. No importaba cómo lo hiciera, a quién debiera utilizar, él tenía que encontrar primero a la *Dama*.

Dio la espalda a la ventana y se encontró con los ojos de Genie Reese. Cal Warrender se había retirado y ella estaba sola. Después de tomar su brandy, fue hacia ella.

—Señorita Reese —le dijo, haciendo un gesto hacia la ventana—, veo que los dos somos huérfanos en la tormenta. Me pregunto si usted se apiadará de mi soledad y me acompañará con una copa.

Respirando hondo, Genie lo miró a los ojos.

—Me sentiría encantada, señor Solovsky —le dijo.

Capítulo 7

Maryland

Fairlawns era verdaderamente lo que su nombre significaba: suaves hectáreas de verde aterciopelado que conducían a un lago plateado que Missie podía observar desde su ventana y en cuyas orillas los patos silvestres construían sus nidos. Un repentino tiempo frío había caído, matando los tempranos retoños de cerezas, y los sauces caían sobre el agua ya con la cubierta del verde primaveral en sus ramas.

—Es un hermoso día —le dijo la enfermera Sara Milgrim con una alegre sonrisa—. Quizá más tarde podamos ir a dar un paseo. ¿Qué le parece eso? Podemos ver los nidos de los patos.

—No de los patos, sino de los patos silvestres —dijo con firmeza Missie—. Uno puede distinguirlos por el verde de sus cabezas. Y le he dicho miles de veces, Sara, que no me hable como a una niña, o como a una mujer senil. No hay nada malo en mi cerebro. —La enfermera Milgrim cepillaba su cabello y le guiñó un ojo—. Excepto cuando usted tira de mi cabello de esa manera.

La enfermera sonrió. Missie estaba en una de sus mañanas de mal humor. No podía culparla de todo: ella siempre sabía cuándo la alegre sonrisa tapaba una riña con su novio o que había estado de guardia durante dos semanas y estaba rendida de fatiga.

—Tiene un cabello tan hermoso, Missie —le destacó, pasándole el cepillo amorosamente por los largos mechones de color plata—. El plateado resalta el color de sus ojos. Parecen violetas.

—¿Violetas? —dijo Missie soñadoramente—. Oh, no, era Anouska la que usaba violetas. Si cierro mis ojos, puedo ahora olerlas...

—¿Anouska, eh? Bueno, apuesto a que su cabello no era tan bonito como el suyo. Usted debió de ser muy guapa cuando niña. Apuesto a que todos los muchachos estaban detrás de usted.

—Ninguno —dijo Missie—. Eran todos hombres... cuatro. —Suspiró—. Y el único con el que no me casé era el que realmente amaba. Mi primer amor.

—Dicen que el primer amor es el verdadero —dijo la enfermera Milgrim, mirándola con curiosidad en el espejo—. Es una lástima, entonces, que usted no se casara con él.

Missie cerró los ojos y dijo:

—Murió. Sucedió hace tanto tiempo que ya no importa realmente.

La enfermera Milgrim la miró mientras le sujetaba el cabello en un rodete. Sus ojos estaban todavía cerrados y, a pesar de lo que acababa de decir, ella podía estar casi segura, por su expresión, de que todavía le importaba.

—Lo siento, Missie —le dijo rápidamente—. Le diré lo que haremos; ¿qué le

parece si le preparo una rica taza de té? Eso es lo que le gusta, ¿no es así? Regreso enseguida.

Missie oyó cerrarse la puerta y una vez más quedó a solas con sus pensamientos. Pero ¿en qué estaba pensando, recordando a Anouska de esa manera? ¿Estaba, después de todo, perdiendo la razón? Se suponía que era simplemente porque estaba en su mente. Debía tener más cuidado, en especial después de lo que había visto en televisión. Milgrim podría recordar el nombre de Anouska y sumar entonces dos y dos. Y ahora ella tenía tanto miedo por Anna. ¿Dónde estaba ella? ¿Por qué no la había llamado por teléfono? Suspiró profundamente. Cuando todo esto comenzó, no se había dado cuenta de que jamás terminaría. Si Yeventlov no los hubiera encontrado en el bosque, ella no estaría aquí hoy y el tesoro de los Ivanoff simplemente habría desaparecido, como tantos otros.

Rusia

Se había despertado en las cálidas profundidades de una suave manta. Tenía puesto un camisón limpio de franela de color rosado y los pies y las manos le dolían como si la pincharan alfileres y agujas, a medida que la sangre y la vida retornaban a ellos. La luz del fuego se reflejaba en las paredes de madera y había un suave murmullo de voces a su alrededor. Miró con arrobamiento lo que la rodeaba. Sofía se hallaba sentada a la mesa que estaba en el centro de la habitación, con la espalda derecha como siempre, tomando té de un vaso. *Viktor* se secaba ante la estufa, con su larga pelambre que olía al vellón mojado de las ovejas, y la pequeña *Xenia* charlaba alegremente en inglés con cinco pequeños de rostro sombrío que la miraban como si ella fuera la novena maravilla del mundo. Se dio cuenta de que esa debía de ser la casa del jefe de estación y, entonces, de pronto, los recuerdos volvieron a su mente. Comenzó a temblar y las lágrimas le surcaron las mejillas.

—Quédese donde está —le dijo con calma madame Yeventlov—. Por el momento no corre peligro. Mi marido los encontró en el bosque y los trajo aquí. Prepararé más té y luego, más tarde, cuando se sienta mejor, podrá tomar algo de sopa. —Sus ojos marrones se mostraban comprensivos y Missie comprendió que ella sabía lo que había sucedido.

Tomó el té, concentrándose en cada sorbo caliente y dulce que bajaba por su garganta sin derretir el hielo que todavía le aprisionaba el corazón. Recordó cuando yacía en la nieve deseando morir cuando el capitán se había llevado a *Alexei Solovsky*, *Solovsky*, pensó, angustiada, y aquel nombre le quemó en el cerebro. Supuso que aquel impacto había aminorado los latidos de su corazón. Sus brazos y piernas se habían puesto pesados y había sentido en general un letargo mortal. La sangre era como agua helada en sus venas, y recordó poco a poco cómo se relajó en un estupor que supo que la conduciría a la muerte. Recordó oír las suaves pisadas del

primer lobo que se aproximaba y el olor fétido de su respiración cuando le olfateaba el cabello, y luego supo que no se le permitía morir en paz en la nieve: iba a ser devorada por los lobos.

Mientras la bestia danzaba con incertidumbre a su alrededor, pisándola con su pata, recordó vagamente a Misha diciéndole que los lobos comían sólo carne humana muerta y rara vez atacaban al hombre, pero podía oír que había más de uno, una jauría que corría por el bosque hacia ella. De pronto, hubo muchos gritos y gruñidos, y cuando levantó la mirada vio a *Viktor* destrozarle la garganta al primer lobo y luego volverse y atacar a la jauría, que ya se estaba alimentando del cuerpo de Anouska. Luego, el perro regresó, gimiendo a su lado. Sus ojos marrones la habían mirado suplicantes y la sangre le chorreaba de una de sus orejas malheridas.

La urgencia de sobrevivir había surgido como una explosión de calor; tenía sólo dieciocho años y, a pesar de los horrores, el poder de la juventud le hizo desear la vida. Y, además, tenía una responsabilidad. Debía salvar a la hija de Misha. Trató de sentarse, pero sus piernas se negaban a obedecerla y el corazón le latía tanto que casi no podía respirar. Luego, de pronto, todo se puso negro y no supo nada más hasta que se despertó donde ahora se encontraba, en la casa de Yeventlov, en Ivanovsk.

Sofía vino a sentarse a su lado. Tomándole la mano, le dijo:

—Gracias a Dios que estás bien, Missie. Si no fuera por ti, mi nieta hubiera muerto junto con los otros. Mi único consuelo de esta horrorosa noche es que Misha no vivió para descubrir la forma en que su esposa e hijo han muerto.

Missie sintió como si le arrancaran el corazón del cuerpo. Miró a Sofía y la vieja dama asintió con tristeza.

—Oh, sí —murmuró—, estoy segura de que Misha está muerto. Lo siento aquí. —Se golpeó el corazón con un puño apretado—. ¿Por qué?, pregunto. Mi hijo era un hombre bueno. Como su padre y su abuelo, era un terrateniente ejemplar. Le preocupaba su gente con la ternura propia de los rusos. Peleó por sus derechos en LaDiona, el parlamento. Entonces, ¿por qué, Missie? ¿Por qué han asesinado a un hombre tan bueno? ¿Quién más se interesaría por ellos como lo hacía Misha? —Sus ojos oscuros estaban llenos de angustia mientras murmuraba—: ¿Y cómo pudieron hacer lo que le hicieron a Anouska?

Se volvió, mirando ya sin lágrimas la estufa ardiente.

—Yeventlov no pudo encontrar el cuerpo de Alexei —dijo por fin—. Dijo que los lobos ya lo deberían de haber devorado.

—Oh, pero... —comenzó a decir Missie y de pronto se detuvo. No tenía sentido herir más a Sofía hablándole acerca de Alexei. Ya tenía suficientes cosas que soportar. Y, de todos modos, sabía que no había esperanza para él. Volviendo su rostro hacia la pared, cayó en la inconsciencia. Cuando volvió a despertarse, las persianas estaban fuertemente cerradas y sólo madame Yeventlov estaba despierta, ocupada amasando una pasta de pan de centeno sobre la mesa. Sofía estaba tendida en un colchón de paja, junto a la estufa, con Xenia acurrucada en sus brazos. El perro

estaba junto a ellas, pero no había señales de los otros, y Missie supuso que estaban durmiendo en otra habitación.

Madame Yeventlov movió la cabeza, sonriendo.

—Por fin se ha despertado —le dijo con calma—. Ahora podrá tomar una sopa. Oh, sí —agregó, acallando las protestas de Missie con una mano en alto—, Dios sabe que necesitará fuerzas así como inteligencia, si ha de sobrevivir.

Sentada en una silla dura de madera frente a la mesa de pino, fregada hasta la blancura por los años de buenas atenciones de madame Yeventlov, Missie escuchaba a la mujer que le contaba su plan.

Yeventlov dijo que los trenes eran impredecibles. Lo único cierto era que todo estaba retrasado. Los depósitos se habían quedado sin carbón para las máquinas de vapor y ahora estaban utilizando leños de pino que se quemaban a gran velocidad, dejando a los trenes sin combustible en mitad del campo nevado. Yeventlov debía esperar hasta que recibiera una señal desde la gran estación del norte de Ivanovsk que le indicara que un tren había partido y luego volver a esperar a que este llegara.

—¿Cuánto tiempo llevará? —preguntó.

Madame Yeventlov se encogió de hombros. Nadie lo sabía. Un viaje que llevaba cuatro horas en tiempos normales podría llevar ahora cuatro días o incluso más. Le dijo que debían disfrazarse bien. Los soldados estarían seguramente buscando a los traidores como ella.

Missie miró su plato de sopa, preguntándose cómo ella, la hija de un eminente profesor de Oxford, había llegado a ser considerada una traidora en un país que no era ni siquiera el suyo.

Todo había comenzado de manera tan alegre hacía poco más de un año, ella y su padre comenzando otra de sus aventuras por el mundo, esta vez para inspeccionar las últimas excavaciones arqueológicas en Turquía.

El profesor Marcus Octavius Byron tenía más de cincuenta años cuando se casó con la adorable joven de piernas largas llamada Alice Lee James, y se asombró cuando, tres años más tarde, le presentó a una niña que ellos bautizaron como Verity, pero a la que de alguna manera siempre habían llamado Missie. Alice Lee murió trágicamente de un enfriamiento que se había transformado en neumonía cuando Missie tenía sólo ocho años, y después de eso ella y su padre se habían hecho más compañeros. No tenían otros parientes vivos. Él era toda la familia que le había quedado, y él la adoraba. La llevaba a todas partes. Cuando tenía catorce años, estuvo en las excavaciones arqueológicas en Grecia, inspeccionó las de la India y ayudó a descubrir las antiguas tumbas en Egipto. Pero el hogar siempre había sido la casa alta y desvencijada de la calle, llena de árboles, a la vuelta del Trinity College de Oxford.

Su padre siempre le dijo que era bonita, pero ella pensaba que él estaba influido por el parecido con su madre. Tenía los ojos profundamente violetas de Alice Lee, la piel pálida y el cabello sedoso de color castaño, pero Missie siempre había pensado que era demasiado delgada, cosa que no estaba de moda. Sus pómulos eran salientes,

la nariz, recta, era un detalle a su favor, pero su boca era demasiado generosa. Además, sus piernas largas la hacían más alta que la mayoría de los varones que ella conocía.

En la choza de los Yeventlov la sopa permanecía intacta sobre la mesa mientras ella tenía los ojos cerrados, recordando la imagen familiar y consoladora de su padre. Él era alto, delgado, encorvado por los muchos años de estar inclinado sobre la fina impresión de los antiguos libros de historia. Tenía una barba gris y ojos de desteñido azul. Vestía chaquetas de tweed, que se volvían verdes con los años, que cuando ella se abrazaba a él expelían un débil aroma a buen tabaco y fino oporto.

Missie luchó por contener las lágrimas cuando recordó cómo ella golpeaba a la puerta de su estudio, esperando la usual expresión en latín, *intra*. Él siempre sonreía y bajaba el libro que tenía en mano para brindarle toda su atención, pero a veces ella llegaba haciendo alboroto desde el colegio para encontrarlo perdido en el pasado y era entonces cuando él la miraba con tal asombro que ella podía jurar que había olvidado de quién se trataba.

Pero el profesor no se olvidó de su educación. Después de decirle que debía tener una educación tan buena como cualquier varón, la envió a la famosa escuela preparatoria de Oxford, donde fue la única muchacha. Fue aceptada sólo porque su padre era un profesor eminente, pero estaba acostumbrada a un entorno masculino y se adaptaba tan fácilmente como si ella fuera «uno de los varones». Cuando un día llegó a su casa y anunció que tenía intenciones de jugar rugby, incluso el profesor se dio cuenta de que quizá fuera hora de enviarla a un colegio para señoritas. Pero le gustaba el hecho de que la escuela de varones le había dado *espíritu*. No le tenía miedo a nada.

Missie suspiró, abriendo los ojos y mirando atontada la diminuta habitación cerrada y a la mujer rusa que horneaba pan. De pronto, la infancia y Oxford parecieron muy distantes.

El profesor había estado planeando su viaje de verano a Turquía para todo el año; había importantes excavaciones que tenían lugar en el norte de Efeso con excitantes nuevos descubrimientos que databan de cinco mil años. A pesar de sus protestas con respecto a que el verano sería muy caliente, los mosquitos resultarían muy molestos, el agua sería escasa y sus raciones, tan lejos de cualquier ciudad, serían las básicas, su padre se había comportado como un niño al que le prometen un juguete nuevo... nada evitaría que ahora lo tuviera.

Al final, él había aceptado un compromiso. Irían a Turquía durante los meses de mayo y junio, evitando lo peor del calor y regresando en otoño. En el ínterin aceptarían una invitación de hacía tiempo del príncipe Misha Ivanoff, para visitar San Petersburgo. Cuando el príncipe estuvo en Oxford estudiando historia antigua, el profesor se había transformado en su tutor y amigo, y los dos habían mantenido correspondencia desde entonces.

Pero en Turquía, se había sentado noche tras noche, escribiendo notas con

excitación a la luz de una lámpara de petróleo, sin siquiera un pensamiento sobre los mosquitos que lo devoraban. Después de sólo tres semanas, cayó con escalofríos serios y con la fiebre de la malaria. La excavación estaba en una zona remota, a cientos de kilómetros del pueblo más cercano, y no había médico. La quinina y las medicinas que Missie había traído eran de poca ayuda, y rápidamente se deshidrató por la fiebre. Ella lo cuidó con ansiedad durante una semana, y luego, súbitamente, él se volvió a levantar. Le dijo que estaba ansioso por volver al trabajo, pero Missie vio que tenía los ojos fatigados y las manos le temblaban. Pareció de pronto, recordaba con dolor, un hombre viejo.

Cómo deseaba haber regresado a Inglaterra, pero nuevamente se había comprometido; irían a Rusia, donde su padre se recuperaría en la palaciega villa de los Ivanoff en la costa de Crimea.

La villa resultó ser un palacio de mármol, espaciosa y fría y con todos los lujos, incluidas docenas de criados que atendían todos sus caprichos. Pero él casi no había notado nada, ya que volvió a caer inmediatamente enfermo. A pesar del mejor de los cuidados médicos, Marcus Octavius Byron moría dos días más tarde. Sus últimas palabras fueron: «Cuídate, Missie. Ahora te esperan grandes cambios». Había presionado débilmente su mano y, sin siquiera un suspiro, se fue. Missie no tenía parientes vivos. Sin su padre, estaba sola en el mundo.

Fue sepultado al día siguiente en el immaculado pequeño cementerio ortodoxo sobre una colina que miraba al cielo azul índigo. No hubo tiempo para que el príncipe Misha viajara miles de kilómetros desde San Petersburgo para llorar a su viejo colega, pero, cuando Missie siguió el ataúd de su padre en la fría y blanca iglesia con cúpula, encontró que esta estaba llena de los amigos del príncipe que veraneaban en sus villas. Ellos pronunciaron palabras de consuelo y ánimo mientras la acompañaron de regreso a la villa de los Ivanoff, bebiendo interminables vasos de té y observándola con ojos preocupados.

—¿Por qué no llora? —habían murmurado unos a otros, preocupados, a causa de que estaban acostumbrados a las grandes demostraciones de emociones que eran tan rusas—. Es tan joven... sólo dieciséis... y sola ahora en el mundo; Misha Ivanoff dice...

Las lágrimas habían llegado al día siguiente, a solas, en la acolchada comodidad del tren privado de Ivanoff, mientras la llevaba a San Petersburgo para quedarse con el príncipe y su familia. Y luego, cuando finalmente llegó allí y conoció a Misha, su vida entera cambió, tal como su padre le había dicho que sucedería.

Las grandes casas Ivanoff estaban llenas de una mezcla de parientes, viejas tías solteras y primas segundas que eran viudas, que vivían todas alegremente trabajando con tejidos e intercambiando chismes, envueltas en un débil aroma de menta y colonia. Era una persona más aquí y se agregaba a la expansiva hospitalidad de la familia rusa. Pero Verity Byron era especial; los corazones de todos los Ivanoff se volcaron a su soledad y tristeza, y, sin tener una familia a la que poder regresar,

pronto se transformó en otro miembro de aquella. Y, por supuesto, ella se enamoró perdidamente de Misha.

Mirando ahora en retrospectiva, Missie pensó que el tiempo había pasado demasiado rápidamente y deseó con todo su corazón poder volver hacia atrás el reloj. Si no hubiera ido a Turquía con su padre, este todavía estaría aquí... si no se hubiera enamorado de Misha Ivanoff y hubiera regresado a su hogar en Oxford... si no hubiera habido una revolución y las cosas estuvieran como antes... ella no correría para salvar su vida, con la doble responsabilidad de una anciana y una niña pequeña que cuidar.

Faltaban dos días para que el tren finalmente se abriera camino a través de las nieves de Dvorsk, y en todo ese tiempo Alexei no había dicho palabra. Sus enormes ojos atemorizados siguieron a Grigori mientras este se paseaba por la panadería, enfureciéndose por la ineficiencia del ferrocarril. Sólo si Grigori estaba allí, comía Alexei los platos de sopa magra y los trozos de pan negro amargo, todavía caliente del horno del panadero. Y siempre que Grigori se ponía la chaqueta y se dirigía a la puerta, encontraba a Alexei a su lado, mirándolo en silencio, como una pequeña figura pegada a sus talones como un perro fiel a su amo.

La antigua locomotora de vapor, alimentada por pequeñas montañas de troncos, escupía humo y chispas en el aire nebuloso y helado de la mañana. De pronto, una gran multitud apareció en la pequeña estación, empujando y gritando mientras luchaban por abrirse paso en el ya atestado tren. El coche de ellos había sido una vez el lujoso coche privado de un funcionario de la compañía de ferrocarriles, pero ahora estaba reservado exclusivamente para Grigori y su entorno. No había ni calor ni luz, pero los asientos de terciopelo eran acolchados, y dos oficiales jóvenes servían leche con trozos de pan y velas. Comparado con los otros pasajeros, apiñados en asientos de madera sobre los suelos desnudos o los corredores, e incluso sobre los portaequipajes, ellos viajaban con comodidad.

Con bastante frecuencia el tren se detenía y Grigori saltaba del coche y caminaba por la vía, conferenciando con enfado con el maquinista. Pero la locomotora era vieja y el combustible no era suficiente, de modo que, incluso cuando arrancaba nuevamente, se arrastraba a duras penas.

Los soldados de andrajosos uniformes de combate patrullaban todo a lo largo del tren, pidiendo papeles de identificación y permisos de viaje. De vez en cuando, como oficial mayor a bordo del tren, Grigori era llamado para arbitrar sobre la infracción de alguna regla. Aunque era un hombre duro, todavía sentía un vínculo con aquellos campesinos. Sabía que la mayoría de ellos estaban tratando de reunirse con sus dispersas familias, y entonces se comportaba con misericordia. El caso de la muchacha inglesa era diferente.

Estaba de pie en el corredor, en manos de un par de sucios y rudos soldados, y Grigori notó dos cosas en ella: poseía una hermosura fría y europea, y estaba muy enfadada. Sus ojos violetas emitían chispas de desprecio por sus captores.

—Dígales que me quiten las manos de encima de inmediato —ordenó Missie en excelente ruso—. No tienen derecho a tratar a una mujer inglesa de esta manera.

Se volvió para mirarlo, mientras contenía la respiración cuando lo reconoció, casi espetándole la pregunta que le quemaba el cerebro día y noche: «¿Dónde está Alexei?». Sin embargo, en lugar de ello, miró las botas de Solovsky, mordiéndose el labio. Ella y Sofía habían tomado una decisión en la choza de los Yeventlov. Todo lo que era pasado debía salir de sus mentes, enterrarse con sus muertos. Si debían sobrevivir, sólo podían mirar hacia adelante. Y Missie deseaba sobrevivir desesperadamente.

A una palabra de Grigori, los soldados la soltaron. Ella se frotó los magullones, evitando sus ojos, preguntándose nerviosa si él la reconocía. Su boca se secó de miedo y ella echó las manos detrás de su espalda, de modo tal que él no viera cómo le temblaban. Solovsky continuó mirándola en silencio. A Missie le dolía la cabeza por la tensión y la fatiga. Llevaban en el tren más de doce horas; no había nada de calor, y aun cuando llevaban chaquetas acolchadas con *babushkas*, las tradicionales bufandas para la cabeza, atadas a sus mentones, de modo tal que parecían campesinas comunes, sólo el atestado calor animal de demasiados cuerpos juntos evitaba que se congelasen. Madame Yeventlov les había preparado un pequeño paquete de alimentos para ellas, pero no se atrevían a tocarlo durante el día por miedo a que se los arrebatasen los hambrientos campesinos, muchos de los cuales estaban borrachos por el vodka de fabricación casera. Comían sólo debajo de las mantas, en la oscuridad. Sin saber cuánto tiempo llevaría el viaje, estaban obligadas a racionar el pan y los *piroshkis*, pequeños pastelillos rellenos de papa y verduras. En el tren no había luz y no se atrevían a dormirse, temerosas de perder sus vidas en la apretada oscuridad de la noche.

Se habían dicho a sí mismas que todo se podía soportar; que finalmente el tren llegaría a San Petersburgo. Luego tomarían el tren a Yalta, sobre la costa de Crimea, donde la gente todavía era leal a la causa de los rusos *blancos*, y estarían seguras. No tenían ni papeles ni equipaje, y muy poco dinero, pero de alguna manera lo lograrían. Sólo que ahora ella estaba a punto de ser interrogada por Solovsky y todas sus vidas dependían de lo que ella dijera. Mientras miraba a Solovsky, ella sabía que sería mejor que su historia fuera muy buena, ya que los ojos de este hombre le decían que había oído y visto todo en la vida.

Solovsky permitió que el silencio se extendiera mientras la estudiaba. ¿Era un destello de miedo lo que había visto en los ojos de la muchacha? Se encogió de hombros. Tenía derecho a estar asustada, al ser tomada por aquellas bestias. Pero ¿qué estaba haciendo ella, una joven extranjera sola en este tren, en tiempos de tanto peligro?

—¿Quién es usted? —finalmente le preguntó—. ¿Y dónde están sus papeles?

Missie respiró hondo y dijo:

—Soy la viuda de Morris O'Bryan, un ingeniero de la compañía norteamericana

Westinghouse, en San Petersburgo. Mi marido fue asesinado hace tres semanas cuando una bomba destruyó parte de la planta. Estoy con mi suegra y mi pequeña hija. Estamos tratando de regresar a nuestra casa en Finlandia, pero no había más trenes. Esperamos más de una semana; pensé que la única solución era regresar a San Petersburgo y ver qué ocurría...

Grigori la dejó contar su historia guardando silencio. Él había perfeccionado hacía tiempo una mirada sin pestañeos que destruía las mentiras y las verdades a medias que los hombres asustados tejían a su alrededor. Pero esta muchacha casi levantaba en el aire su mentón y decía airadamente:

—¡Sería tan amable de decirles a sus hombres que nos permitan continuar nuestro viaje en paz!

Solovsky dio una ruda orden y los soldados corrieron por el corredor, regresando en minutos con Sofía y Xenia. *Viktor* venía junto a ellas, mostrando sus mandíbulas, gruñendo mientras ellas esperaban nerviosas lo que podría llegar a suceder.

Grigori las inspeccionó con cuidado. La mujer mayor estaba vestida pobremente pero tenía un cierto aire. A pesar de sí mismo, Grigori sintió aquel viejo reflejo de raíces campesinas de quitarse la gorra. Metiendo las manos en los bolsillos, se volvió hacia la niña. Sabía que los niños decían la verdad.

—¿Cuál es tu nombre, pequeña? —le preguntó en inglés.

—Su nombre es Alice Lee O'Bryan —interrumpió de prisa Missie. Alice Lee era el nombre de su madre muerta. Contuvo la respiración, mirando a Xenia; sus vidas dependían de las palabras que pudiera decir la pequeña, que aún no tenía tres años.

Tenía las palmas de las manos mojadas de sudor y no se atrevió a mirar a Sofía cuando Solovsky volvió a preguntar:

—¿Cuál es tu nombre, pequeña?

Xenia lo miró con aquella mirada en blanco, soñadora, que Missie conocía tan bien. De pronto, su rostro se iluminó y sus ojos dorados se iluminaron ante la diversión. Retorciéndose un rizo en su dedo regordete, le sonrió con confianza a Solovsky.

—Azaylee —le dijo—. ¡Mi nombre es Azaylee O'Bryan!

El instinto le dijo a Grigori que algo iba mal, y miró con dureza a la niña, pero ella simplemente le sonrió, retorciendo el rizo en su dedo. Sabía que debería volver a preguntarle, pero entonces podía pasar como un tonto campesino ignorante frente a los extranjeros.

—¿Habéis inspeccionado su equipaje? —preguntó a los soldados.

—Nos robaron nuestro equipaje —dijo Missie rápidamente—, y todos nuestros papeles. Tenemos sólo lo que llevamos puesto.

—Le pido disculpas por el comportamiento de mis camaradas —le dijo formalmente Grigori—. Estaré complacido de otorgarle un documento que les asegure un viaje seguro sin más molestias.

Envió a uno de sus hombres en busca de formularios que tenía en su coche y

agregó:

—Les doy un consejo. Crimea es la única puerta de salida en Rusia. Pero no se detengan en San Petersburgo. Vayan directo a la estación Kursk y tomen el primer tren hacia el sur, o será demasiado tarde.

Missie casi no podía creerlo mientras el hombre llenaba un formulario y estampaba su sello oficial de autorización.

—Les deseo un viaje seguro, madame —le dijo, firmando el papel.

Los ojos de ambos se encontraron cuando ella tomó el papel de sus manos.

—Gracias. —Y luego Missie se apresuró por el corredor, haciendo que las demás la siguieran, consciente de la mirada especulativa de Grigori, que las siguió durante cada centímetro de camino.

Capítulo 8

París

Leyla Kazahn disfrutaba del extraño lujo de un día a solas en su casa de París, en Ile St. Louis. Hacía frío y era un día gris con amenaza de nieve, pero ella recibió con alegría la oportunidad de respirar aire fresco después de los salones atestados de gente, calurosos y llenos de humo de los estudios fotográficos donde pasaba la mayor parte de su tiempo. Vestía un abrigo de color violeta, vaqueros y botas. Su cabello estaba recogido y no llevaba maquillaje. Se veía diferente de la modelo de las pasarelas y revistas de modas de París. Sólo sus ojos extraordinarios, con forma de almendra y de un rutilante azul, traicionaban su identidad.

Cuando tenía sólo diecisiete años, había sido descubierta por un agente que curioseaba por Barney. La había llevado al principal fotógrafo de la ciudad, que había insistido en tomarle fotos allí y en aquel momento, como una colegiala sin arreglo, vestida con una camisa informal y un vaquero. Había realzado la delicada mezcla occidental y oriental, y antes de que lo supiera Vague había encargado fotografías. En lugar de seguir estudiando en la Sorbona, comprometió su calendario con un año de anticipación con desfiles de modas. Por supuesto, ahora debía vivir en Europa, pero desde el comienzo había insistido en guardarse dos meses libres por año, a causa de que, aun cuando ella era feliz en su espacioso departamento de París, el lugar que estaba en su corazón, con su hogar y su familia, con sus tradiciones sin tiempo, era Estambul.

Eligió vivir en Ile St. Louis porque era igual que un pequeño pueblo en el mismo corazón de París; tenía exactamente cien metros de largo, con sólo ocho calles, y todos se conocían allí. Y, aunque su rostro era famoso, nadie la molestaba. Para sus vecinos y los otros insulares, o isleños, ella era simplemente «Leyla».

Mientras caminaba por la Quai de Béthune, la luz acuosa del Sena suavizaba las fachadas de las mansiones del siglo XVII hacia un pálido gris azulado; las aves marinas sobrevolaban en círculos encima de su cabeza y una balsa se deslizaba silenciosa debajo del gracioso arco del Pont-Marie; sin embargo, Leyla no notaba la belleza que la rodeaba. Normalmente no podía resistir el helado de fresa de Bertillon, pero hoy pasó por allí sin siquiera echar una mirada; compró yogur en la *crémierie* Lecomte sin decir palabra y dejó sus finas sábanas de lino en la lavandería de madame Parraud, en la Rué la Regrettier, pronunciando solamente un rápido *bonjour*. El vendedor, monsieur Turpin, en Frutas de Francia, movió su cabeza con resignación cuando se dio cuenta de la preocupación de su rostro; la mente de mademoiselle Leyla obviamente estaba en asuntos más importante que el simple paso de las horas del día.

Leyla apretó el paso de regreso por la Quai de Béthune, todavía pensando en las

noticias del informativo que había visto por televisión la noche anterior. Habían dicho que había como una convención internacional en el Hotel Richemond, con periodistas de todas partes del mundo, y ella se había quedado helada por el miedo cuando describieron la historia de la joya, los rumores que rodeaban a la misteriosa *Dama* y la especulación en cuanto a la identidad del comprador secreto. Mostraron tomas de un apuesto diplomático soviético y de un norteamericano de mirada dura del Departamento de Estado de Washington, que salían sin sonreír del salón de ventas. Ninguna joya en la historia había causado tal furor, dijeron, y el corazón de Leyla pareció detenerse.

«¿Quién lo habría pensado? —susurró para sí—. ¿Quién jamás habría podido imaginar que esto sucedería?».

Por supuesto, ella y Anna habían conocido la vieja razón del secreto, pero lo habían tomado con ligereza. Era simplemente una historia antigua, había pasado tanto tiempo, había corrido tanta agua bajo el puente que las cosas eran diferentes ahora. ¿Cómo podría existir un verdadero peligro? Cuando ellos habían vendido el diamante en una subasta sin ningún lío o escándalo, se habían felicitado por su inteligencia. Sólo que ahora parecía que ellos habían sido demasiado inteligentes, demasiado confiados. Habían permitido que su éxito se adormeciera hasta el descuido. Incluso cortada, la esmeralda Ivanoff era fácilmente reconocible.

Apuró sus pasos escaleras arriba hasta la entrada de su edificio, mirando nerviosa detrás de sí mientras entraba en el ascensor tipo jaula, pulsando rápidamente el botón hasta la planta superior. Podía oír el teléfono sonando, pero dejó de hacerlo antes de que ella pudiera llegar y entonces golpeó el suelo con su pie, enfadada. Una luz roja titilaba en el contestador automático. Pulsó el botón para escuchar el mensaje y una voz familiar dijo:

—Leyla, soy Anna. Tenemos grandes problemas. No sé exactamente qué ha sucedido, pero de pronto todo el mundo desea la esmeralda. Debo hablar contigo. Ven mañana por la mañana, a la diez y media, a la entrada de la pirámide en el Louvre. Oh, Leyla, ¿qué hicimos? Sé que probablemente estás ocupada, volando a Milán o a algún otro lugar, pero debo hablar contigo. Por favor, por favor, no me dejes...

El contestador se cortó, dejando la voz de la mujer todavía flotando en el aire. Leyla se desplomó sobre una silla con desesperación.

—Oh, bisabuelo Tariq Pasha —susurró, con lágrimas que surcaban sus mejillas—, es toda culpa tuya. Toda tu charla de los viejos vínculos de lealtad de los Kazahns con los Ivanoff, haciendo que todos los hijos y nietos prometieran guardar el voto. Ahora mira en lo que me has metido.

Ella tenía un extraño sentimiento de que, de algún modo, Tariq sabía lo que ella pensaba y le decía que recordara la razón, además del amor, por la que ellos debían toda su lealtad a los Ivanoff... incluso después de todos estos años.

Sofía se paseaba por la pequeña habitación que había sido su prisión durante más de un mes, pensando qué hacer, adonde ir.

El largo viaje en tren hacia el sur había sido una pesadilla que era mejor olvidar. Había pensado que todo estaría bien cuando llegasen a Yalta; irían a la villa de los Ivanoff, donde unos amigos organizarían un viaje por barco hacia Constantinopla, y desde allí a Europa. Pero sabía que los Ivanoff no podían simplemente huir a su departamento de París o a su villa en Deauville y buscar ayuda de viejos amigos. Misha les había advertido que la Cheka las buscaría como a animales y, si las capturaban, serían torturadas hasta que dieran a los bolcheviques toda la fortuna de los Ivanoff. Y, una vez que la tuvieran, serían asesinadas.

Era de noche cuando finalmente arribaron a Yalta y con agradecimiento respiraron el dulce aire del mar. A diferencia del norte ártico, el aire todavía tenía el sabor del verano y olía fresco y limpio, como el aire del campo. Sonrieron al seguir a la multitud en la estación, e incluso Azaylee saltaba un poco cuando caminaban.

—¡Madame, madame! —Sofía se había vuelto ante el sonido de una voz familiar. Era el jefe de la estación, casi tan viejo como ella, que la había conocido durante toda su vida de casada. Pero hasta ahora jamás la había llamado sino «Su Alteza».

—Señora —susurró con urgencia, con su barba gris moviéndose con agitación—, lamento saludarla con tal falta de respeto, pero ahora hasta las paredes tienen oídos. Todo ha cambiado señora, hay espías y peligro por todas partes. Su villa... —Hizo una pausa, moviendo la cabeza con tristeza—. Ya ha sido requisada y ahora está llena de miembros de la Cheka y simulan que hay algo más. Si la ven, la arrestarán. Oh, señora. —Movié la cabeza con pesar—. ¿Adónde irá ahora?

Sofía podía sólo pensar en un lugar. Como era peligroso tomar un taxi, caminaron durante dos horas por caminos que conducían a las colinas hasta una casita que ella le había regalado al viejo cochero y a su esposa, cuando se retiraron hacía ya quince años.

Llamó a la puerta, esperando con aprensión la respuesta. Después de estar al servicio de los Ivanoff durante cincuenta años, ella jamás dudaría de la devoción de sus viejos criados, pero también sabía que el miedo podía ser más fuerte que la lealtad al amo. Sus dudas se disiparon con alivio cuando la puerta se abrió y ellas fueron recibidas al instante.

Pero sabía que sus días en aquel lugar estaban contados, ya que, aunque el cochero era fiel, tenía miedo. Lo vio en sus ojos cuando les traía la comida y las últimas noticias de la guerra que ahora se había desatado en Crimea. Esta misma mañana le había contado nerviosamente que la marina se había amotinado y atacado a los bolcheviques. El tiempo se acababa rápidamente y junto con él las opciones.

Sofía Ivanoff dejó de pasearse y miró por la ventana más allá de la curva azul de la bahía hacia las verdes colinas que se extendían a lo lejos. No podía ver la villa de los Ivanoff por los árboles, pero la podía recordar con claridad como si estuviera allí: la blanca columnata del pórtico y las cúpulas de mosaicos verdes, sus immaculados

jardines y las terrazas de mármol adornadas con maceteros llenos de flores, árboles que florecían y arbustos, todo tipo de aves salvajes y de animales. Estaba tan cerca, del otro lado de las colinas, y aun así era como si estuviera a kilómetros de allí. Cerró los ojos, se imaginó que estaba de regreso, que volvía a ser feliz con su familia. Podía oír las risas despreocupadas mezclándose con el canto de los pájaros y el débil murmullo del mar; podía oler los naranjos en flor y las rosas y lavandas del verano, los perfumes de menta y tomillo salvaje del otoño... Suspirando, volvió a abrir los ojos a la realidad. Jamás volvería a entrar en la villa de los Ivanoff.

De pronto, el ruido de unos disparos cruzó la bahía y con ansiedad miró por la ventana. No había dejado en ningún momento la casita, pero Missie y Azaylee se aventuraban fuera de vez en cuando, en sus nuevos papeles de la viuda O'Bryan y su hija. Volvió a sobresaltarse cuando comenzó el tiroteo. Provenía de las colinas cerca de la vieja iglesia donde Missie había llevado a caminar a la niña. Las manos de Sofía cubrieron con horror su rostro.

—Oh, no —rezó—. No mi nietita, no Missie. Por favor, Dios, ahórrame esto, son tan jóvenes. Te lo ruego, llévame a mí. —Y cayendo de rodillas, por primera vez, lloró amargamente.

La suavidad del largo otoño de Crimea se había desvanecido, pero los tempranos días de diciembre eran todavía calmos. Missie estaba sentada en una vieja cabeza de piedra masticando una hierba y observando a Azaylee correr por el pequeño cementerio, saltando sobre sus talones como un corderito en primavera. El sol era cálido y *Viktor* corría a su lado, ladrando feliz con su libertad.

Esperaba que si cualquier espíritu estaba en aquel apacible lugar la vista de estos dos seres disfrutando tanto de la vida pudiera enaltecer su alma. Aunque la tumba de su padre estaba en este lugar, ella sabía, de alguna manera, que su espíritu no lo estaba. Siempre lo recordaría en su hogar en Inglaterra, trabajando en su escritorio, esperándola...

Yalta estaba más abajo, un grupo de construcciones blancas que bordeaban la costa de color azul oscuro del mar. Senderos de arena conducían hacia las verdes colinas y a las suntuosas villas de verano de la nobleza, y aquí y allá, entre el paraguas de pinos y acacias, los altos cipreses apuntaban como signos de exclamación oscuros hacia el pálido cielo azul.

El ruido de los disparos rompió la paz de la escena y *Viktor* detuvo sus saltos; un temblor le recorrió el cuerpo cuando otra ráfaga destruyó el silencio. Después de tomar a Azaylee, Missie la impulsó hacia el suelo detrás de la cabeza de mármol rosado. Hubo más disparos, y esta vez oyó el grito de órdenes que provenían desde los árboles, en la cima de la colina, a unos cien metros de donde estaban escondidos.

Hubo otra serie de disparos que contestaban a los primeros, y de pronto los vio. Había tres hombres tártaros con sus tradicionales turbantes, blusas de mangas anchas

y chalecos de piel de oveja, manejando una ametralladora. No había bolcheviques a la vista, pero ella supuso que debían de estar escondidos entre los árboles.

Sabía que si el tiroteo bajaba la colina hacia ellos quedarían atrapados en el fuego cruzado. Debían escapar.

—Azaylee —le susurró—, vamos a jugar un juego.

Azaylee la miró con confianza y su corazón se detuvo. Los soldados dispararían a cualquier cosa que se moviera. ¿Qué sucedería si Azaylee se caía?

Miró hacia la colina. El soldado tártaro a cargo de la ametralladora las había visto y le ordenaba que se quedara donde estaba. Se volvió a dejar caer detrás de la piedra, apretando a Azaylee entre su cuerpo y el frío mármol rosado, susurrándole a *Viktor* que se quedara quieto.

—¿Es este el nuevo juego, Missie? —le preguntó Azaylee cuando la ametralladora volvió a abrir fuego desde los árboles, retumbando en las colinas y a través de la bahía azul. Missie miró desde la cabeza de piedra, observando cuando el tártaro se movió. Ahora este había localizado exactamente dónde estaban los bolcheviques. Apuntó sin prisa la ametralladora hacia ese lugar, reponiendo las tiras de cartuchos con una velocidad precisa a medida que disparaba.

Missie apretó el rostro de Azaylee contra su pecho, pero no pudo desviar sus ojos. Vio a los bolcheviques que corrían desde los árboles, con las manos en alto. Los tártaros no mostraron piedad. Sus balas hicieron saltar por el aire a los hombres y retorcerse en el suelo, destrozando sus cuerpos en una matanza sangrienta.

Después de enviar a uno de sus hombres a hacer un reconocimiento del bosque, para asegurarse de que habían controlado al enemigo, el oficial tártaro se abrió camino hacia ella. Era alto y arrogante. Llevaba además de su rifle una gran espada, en una funda de cuero muy ornamentada.

Missie se sobresaltó cuando los coléricos ojos azules del hombre la inspeccionaron primero a ella y luego a la niña, preguntándose si este era el final. Luego, para su sorpresa, *Viktor* dejó de gruñir. Moviendo la cola, se tiró a sus pies y colocó su hocico entre sus patas.

—¿No sabe que es peligroso caminar por las colinas en estos días? —le gritó con un pesado acento ruso—. ¡Ellos las podrían haber matado!

—Y también usted —replicó ella con amargura.

Él sonrió, dejando al descubierto una dentadura perfecta.

—Ese es mi trabajo. No necesito a ningún extranjero que se entrometa en mi camino. —Ladeando la cabeza, miró a Azaylee—. ¿Xenia? —dijo, sorprendido. Ella lo miró con duda—. ¿Me recuerdas? —le preguntó—. Solía hacerte reír a ti y a tu hermano cuando hacía esto. —Acuclillándose a su lado, movió el bigote e hizo una cara cómica.

—¡Tariq! —Se rió la niña con deleite mientras lo abrazaba por el cuello—. ¡Es Tariq!

Miró a Missie y dijo, sonriendo:

—Mi nombre es Tariq Kazahn. Mi padre era jefe de jardineros en la villa de los Ivanoff. Misha y yo solíamos jugar juntos de niños siempre que la familia venía aquí de vacaciones. Por supuesto que hace tiempo que no lo veo. El ejército me apostó en el Báltico y entonces, cuando comenzaron los problemas, volví aquí, a Sebastopol. Y ahora estamos destinados a tener escaramuzas en las colinas. —Sus vividos ojos azules se veían cansados cuando le sonrió—. Pero no nos han vencido todavía —agregó con confianza—. Esta espada ha estado en mi familia desde el tiempo de Genghis Khan. Ha matado a muchos hombres en nombre de la libertad. Nosotros, los tártaros, peharemos hasta el fin... y ¡ganaremos!

Missie emitió un suspiro de alivio. Después de todo, era un amigo; quizá las ayudara. Le contó rápidamente lo que había sucedido.

Las lágrimas rodaban por el rostro duro del tártaro, pero no hizo movimiento alguno por enjugarlas.

—El príncipe era mi amigo —dijo con calma—. Con gusto habría muerto en su lugar.

—Por favor, ayúdenos —le rogó—, necesitamos llegar a Constantinopla, pero es peligroso. No tenemos papeles y podrían reconocer a la princesa Sofía. Los bancos fueron tomados por los revolucionarios antes de que pudiéramos sacar el dinero y ahora no tenemos nada, vivimos de la caridad de los criados. —Se hizo un silencio, Missie aguardaba la respuesta.

Los ojos del hombre se encontraron con los de ella.

—Confía en mí —dijo con suavidad Tariq Kazahn—. Se hará.

Tariq Kazahn era un verdadero tártaro. Su línea de sangre se remontaba al siglo XVI, antes de Iván el Terrible, que redujo a su raza a un pueblo de nómadas sin hogar, siempre deambulando por las desoladas estepas rusas. Algunos de sus ancestros habían regresado a Turquía, pero los otros se habían establecido en el Mar Negro, donde los templos llenos de cúpulas de los tártaros islámicos adornaban las colinas del sur, junto con las iglesias ortodoxas rusas.

Una red de parientes de la familia Kazahn pronto había ocupado la región, muchos de ellos trabajando como cultivadores de árboles o como criadores de ganado, o atendiendo las viñas de Georgia, pero, aunque fueron reducidos a realizar tareas manuales, jamás olvidaron que una vez habían sido una raza gobernante, famosa por su caballería y su fiereza en el campo de batalla. Y cuando comenzó la Revolución Rusa en 1917 decidieron que no dejarían que ningún levantamiento de soldados campesinos los echara de su lugar y les dijera lo que debían hacer. Estaban preparados para defender sus principios y le estaban dando al Ejército Revolucionario del Pueblo un buen número de problemas.

Tariq tenía treinta años, era un hombre grande, alto, con hombros poderosos y manos fuertes. Su cabello era tupido y negro, el bigote denso, altos pómulos tártaros y brillantes ojos azules. Cuando sonreía dejaba al descubierto dientes blancos, grandes. Tan blancos como los del fiero caballo que montaba con tanta facilidad y

gracia. Y tenía un temperamento fogoso, impetuoso e inteligente.

Tariq ya era soldado en el ejército del zar cuando conoció e hizo su esposa a una mujer de nacionalidad china, de la raza manchú. Tenían tres niños pequeños: un hijo, Michael, en honor de su amigo de juventud, el príncipe Michael Ivanoff, y dos niñas.

Había oído el rumor de que los Ivanoff eran segundos, después del zar, en la lista de condenados a muerte de la Cheka, y sabía que era inútil actuar con rapidez. Con seguridad, serían asesinados.

Le había prometido a Missie que las salvaría; ahora debía imaginar cómo lo haría. Como siempre, se dirigió a su mujer, Han-Su, para pedir un consejo. Ella vivía en la casa de un viejo pescador, cerca del espigón de Yalta, y de alguna manera se las arreglaba para alimentar a su familia con las pequeñas sumas que él le enviaba de vez en cuando y las verduras que ella misma cultivaba en un trozo de tierra fértil que había en la parte posterior de la casa. Han-Su era pequeña, como un pájaro, una mujer grácil, con cabello negro brillante que siempre tenía recogido en un apretado rodete sobre la nuca; sus oscuros ojos rasgados poseían siglos de sabiduría, y Tariq había aprendido a confiar en sus juicios.

—¿Qué puedo hacer, Han-Su? —le preguntó—. Le prometí a esa muchacha que las conduciría hasta lugar seguro. Lo haré... Debo hacerlo.

—Debes hacer que vengan aquí de inmediato —le dijo—. No por la noche, ya que eso es lo que la Cheka espera que haga la gente que escapa. Haz que la niña venga primero. Debe traer un ramo de flores como si viniera a visitar a unos amigos. Nadie sospechará de verla sola. Más tarde la joven llevará a pasear al perro. Caminará frente al mar, quizá se detenga a tomar algo fresco en un bar. Paseará por la playa, hasta llegar hasta aquí. La vieja dama debe vestir ropa de campesina, un vestido negro, con un chal y una babushka. Llevará una canasta de verdura que te daré y hará como si visitara algunas casas, vendiendo, caminando por las calles hasta llegar aquí.

—¿Y después de eso? —le preguntó con ansiedad.

—Debes ir a ver al ladrón, Vassily Murgenyev. Está haciendo una fortuna con documentos falsos, utilizando la colección de sellos oficiales de goma que robó de las oficinas de la municipalidad y de las embajadas extranjeras. Dile que deseas documentos para que tres personas vayan a Constantinopla y luego a Europa. Te pedirá mucho dinero, pero regatearás con él. Mientras tanto, ellas se quedarán aquí conmigo. Hablaré con el capitán de puerto en Alupka, justo en la costa. Él es medio chino y nació en mi provincia. Nos ayudará a conseguirles un barco para Constantinopla.

—Han-Su, eres maravillosa —gritó Tariq, abrazándola con pasión, pero ella casi ni sonrió.

—Misha Ivanoff era tu amigo —le dijo con calma—. Es nuestro deber ayudar a su familia. Existe sólo un problema, Tariq. Esto costará muchísimo dinero.

La alegría en el rostro de él se desdibujó cuando recordó que Missie le había

dicho que no tenían nada. Entonces él se mostró orgulloso.

—Déjame eso a mí, Han-Su —le dijo—. Conseguiré el dinero.

Al día siguiente, regresó al cementerio donde había quedado en encontrarse con Missie y le dijo lo que debía hacer. Todo salió con la exactitud de un reloj, y la tarde siguiente las tres mujeres y el perro estaban instalados en la casa del pescador, junto al mar. Durante una semana, Tariq patrulló las colinas de Yalta, recolectando rublos de todos los pobres pero leales soldados y de los oficiales rusos blancos, llamando a las puertas de la gente en la cual confiaba, explicándoles que estaba ayudando a refugiados para escapar. Era un riesgo, pero él lo tomaba con alegría, ya que había aceptado la responsabilidad ante su amigo muerto, Misha, y no dejaría de hacerlo aunque le costara su propia vida.

La noche en que debían partir hacia Alupka y hacia el pequeño barco de pescadores que las esperaba para llevarlas a Constantinopla, Tariq llegó a la casa con una botella de buen vodka.

—Nada de la basura que hacen los campesinos —dijo riéndose y llenando los vasos—, ya que esta noche hacemos un brindis por los Ivanoff. Por su larga vida.

Después del brindis, la princesa Sofía le dio a él una pequeña caja de gamuza y le dijo:

—Sea lo que fuere, sucederá, Tariq. Tú has hecho lo mejor, y el resto queda en las manos de Dios. Os ofrezco a ti y a Han-Su mi gratitud y la de mi hijo. Eres un hombre valiente y leal, Tariq Kazahn, y mi hijo te amaba como un verdadero amigo.

Tariq miraba el brillante collar de diamantes que descansaba sobre el terciopelo negro, aturdido por el silencio.

—Su Alteza es muy generosa con mi marido —dijo Han-Su rápidamente—, pero por supuesto que no podemos aceptar un pago así. Estamos felices de ayudarlas. No nos debe nada.

La pequeña mujer china y la alta aristócrata rusa se miraron con respeto mientras Tariq cerraba la caja y se la daba a Sofía.

—No es un pago, Han-Su, y harás feliz a una vieja si aceptas mi regalo —dijo Sofía, con firmeza.

Han-Su hizo una reverencia profunda.

—Me honra, Su Alteza —le respondió.

Sofía y Missie cabalgaron los veinte kilómetros de colina hacia Alupka, en unos asnos pequeños, de paso seguro, mientras Tariq llevaba a la niña. También llevaba un rifle automático colgado del hombro y su vieja espada tártara, en su funda de cuero, colgando de su cadera. Estaba oscuro y sin luna, pero Tariq estaba acostumbrado a ello y encontró con facilidad el barco que los esperaba. La embarcación era tan negra como la noche, con todas sus luces apagadas. Mientras en silencio se alejaba de la playa, a través del negro mar, hacia Turquía, Tariq y su familia rezaron por Sofía y su nieta, aunque sabían que jamás volverían a verlas.

Capítulo 9

Estambul

Un año después de que ayudaran a escapar a Missie y a las Ivanoff, las fuerzas de rusos blancos en el sur finalmente fueron vencidas y Tariq y Han-Su tuvieron que escapar con sus hijos en un bote pequeño por el Mar Negro. Cuando llegaron a Constantinopla, fue Han-Su, con algunas palabras serenas, la que mantuvo la cabeza caliente de su marido bajo control. En lugar de vender el collar de diamantes de la princesa Sofía en los callejones de la ciudad donde tenía miedo de que lo reconocieran y entonces pudieran rastrearlos, y donde, de todos modos, hubieran conseguido una bagatela, se lo envió de forma secreta a unos parientes en Hong Kong, donde fue desarmado y vendido, consiguiendo el dinero suficiente para comenzar una nueva vida.

Fue Han-Su la que decidió que el dinero se invirtiera en un pequeño carguero que viajaba por los puertos del Mediterráneo llevando especias, alfombras de seda, bronce y plata, y regresaba con maquinaria vital o, a veces, con armas. Mientras tanto, la familia vivía frugalmente en una casa pequeña, medio derruida, de madera, sobre una de las muchas colinas de la ciudad, cerca de su centro de operaciones, el Puente Gálata que cruzaba el Bósforo.

Con la apretada administración del dinero por parte de Han-Su y el encanto de Tariq para promover nuevos negocios, la línea de cargueros Kazahn comenzó pronto a prosperar. Se compró otro barco, más grande y nuevo que el primero y capaz de recorrer distancias mayores. Los fabricantes turcos aprendieron que podían confiar en los barcos de Kazahn y los extranjeros que importaban mercancías los llenaban en sus viajes de regreso. Tariq compró más barcos y consiguió más negocios. Han-Su administraba su dinero. En cinco años tenían una pequeña flota y una empresa floreciente. Las bases del gran imperio naviero de Tariq Kazahn estaban fundadas.

En diez años poseían una de las líneas navieras más grandes del mundo y eran una de las familias más acaudaladas de Turquía. Se habían mudado a una hermosa *yali*, un viejo palacio de verano en Yenikoy, sobre la costa europea del Bósforo. Sus jardines olían a jazmines y limoneros, tenían fuentes de agua fresca y pájaros que llenaban el aire de música. Siempre que uno de los barcos de Tariq partía del Bósforo, en camino de Europa hacia Asia, levantaba banderas y hacía sonar la sirena cuando pasaba frente a la *yali* de Kazahn. Apuesto, con su impecable uniforme naval y su gorra orlada de oro que ahora siempre llevaba puesta, con una mano firme sobre su preciosa espada tártara que colgaba de su cadera, Tariq saludaba con orgullo desde su balcón.

Sin embargo, Tariq Kazahn jamás dejó que ningún miembro de su familia olvidara que ellos le debían todo a la nobleza de los Ivanoff.

—Sin ellos, los Kazahn serían todavía campesinos —rugía ante sus hijos y después ante sus nietos—. El collar de diamantes de los Ivanoff fundó nuestra fortuna. Los Ivanoff se fueron, muchos muertos, otros ¿quién sabe dónde? Pero jamás olvidéis nuestro deber primero... nuestra lealtad, nuestra obligación sagrada es hacia los Ivanoff. Cuando yo muera, os pasaré mi obligación a vosotros, mis hijos, y luego a vuestros hijos. Este es mi legado. Un Kazahn jamás olvida su deber.

La única tristeza de Tariq fue que, a la edad de once años, su hijo Michael contrajo una enfermedad que le paralizó una pierna. Cuando el muchacho recuperó su salud, lo animó a hacer ejercicio, empleando a expertos en educación física para mejorar su salud. Como para compensar su debilidad y su caminar defectuoso, desde muchacho Michael Kazahn poseía el torso de un toro. En su silla de montar, hecha especialmente para él, cabalgaba en su caballo como un miembro de una de las antiguas hordas tártaras. Se transformó en un gran tirador y en un gran cazador, y siempre era el alma de las reuniones familiares, ya que ahora sus dos hermanas estaban casadas y sus padres ya eran abuelos.

Los años desde su huida de Rusia habían transcurrido rápidamente, pero Tariq jamás dejó que su familia olvidara sus orígenes y el legado de lealtad a sus bienamados Ivanoff.

Michael tenía veintidós años y el temperamento fuerte e impetuoso de su padre. Han-Su decidió que necesitaba una esposa para calmarlo. También decidió la muchacha con la cual deseaba que se casase.

Refika tenía dieciocho años, era hija de un rico banquero turco y de su esposa francesa. Era bonita, de oscuros ojos marrones, con el cabello rubio de su madre, y poseía una buena educación con fuertes ideas. Esto le gustaba a Han-Su, ya que ella sabía que los hombres Kazahn necesitaban mujeres fuertes.

Planeó la presentación de manera inteligente, eligiendo una calurosa noche de verano con una mínima brisa que corría a través del Bósforo. Refika, con un vestido de chifón verde pálido y un cinturón de piedras que le rodeaba el talle, estaba sentada entre sus padres, con los tobillos cruzados de manera pudorosa. Tariq fijó en ella sus penetrantes ojos azules. Ella era consciente de que le observaban todos los movimientos, mientras esperaban a que llegara Michael. Sus hermanas se movían ofreciendo dulces a los invitados mientras sus maridos conversaban de trivialidades con el padre de Refika, y, aunque Han-Su sonreía como si pidiera disculpas por la tardanza de su hijo, en su interior bullía. A Michael no le gustaban sus arreglos matrimoniales: ella sabía que debía de estar todavía con la mujer que tenía en un apartamento de la ciudad vieja y que llegaba tarde de manera deliberada, ya que deseaba que Refika lo viera entrar caminando en la habitación. Quería que ella viera que era un inválido.

Los ojos de Refika se encontraron con los de Tariq y ella le sonrió seductoramente. Después de caminar hacia él, se sentó a sus pies en una silla otomana baja, cubierta con una fina alfombra de seda.

—Kazahn Pasha —le dijo, con una voz suave y musical—, tengo entendido que tú eres un hombre entre los hombres, que aquellos que trabajan para ti te admiran por tu coraje así como también por tu inteligencia para los negocios. Me he enterado de que todos los que te conocen te adoran; incluso que te conocen como el *sultán* Kazahn. Puedo ver que eres un hombre apuesto, mucho más apuesto que cualquiera de los jóvenes que yo conozco, pero tus ojos son feroces cuando me miras. Esto me preocupa, Kazahn Pasha, a causa de que todavía no me conoces.

La mandíbula de Tariq cayó y la miró con ojos fijos, completamente sorprendido.

—¿Feroces? —repitió—. No, jamás... Soy sólo feroz con mis enemigos o con aquellos que me engañan.

—¿Soy yo tu enemiga entonces? —persistió con suavidad.

—No... por supuesto que no. —Ella lo tenía fascinado con su franqueza.

—Entonces ¿sientes que voy a engañarte? ¿O quizás engañar a tu hijo?

—Engañar... No, no, no creo que...

Ella alisó las suaves faldas de chifón alrededor de sus bonitas piernas y dijo:

—Bien, Kazahn Pasha, entonces no tenemos problemas entre nosotros, ningún secreto ha quedado sin hablar. Espero que siempre sea de esta manera. —Levantando con orgullo su cabeza, miró a Michael, que cojeando llegaba hasta ellos, con sus ojos azules tan feroces como los de Tariq—. De tal palo, tal astilla —dijo, sonriendo traviesamente, y Tariq supo que él había encontrado su pareja. Refika sería una esposa perfecta para su hijo.

La pierna inválida de Michael no había importado a Refika. Todo lo que ella vio fue un joven apuesto, corpulento y alto como un oso, que la miraba con los ojos cargados de sospecha como los de su padre. Pero no tenía miedo. Sabía lo que quería y, con todas las habilidades aprendidas de su madre francesa, sabía cómo seducir a un hombre. Para cuando finalizó la velada, Michael lamentaba tener que dejarla partir. Él estaba acostumbrado a los extravertidos encantos sexuales de las series de mujeres que durante años habían ocupado su apartamento en la parte vieja de la ciudad, o a la pacatería de las muchachas bien educadas que eran tan tímidas, incluso para hablar dos palabras con él. Refika era una mezcla de ambas. Era recatada pero no tímida, osada pero no descarada, burlona aunque no *conocedora*. De pronto, se enamoró y, después de un noviazgo fugaz, se casaron en un extraño día lluvioso de septiembre.

Su hijo, Ahmet, nació «nueve meses después de ese día», tal como Tariq explicaría siempre con un rugido risueño que demostraba su orgullo, en caso de que cualquier turco dudara de la masculinidad de los tártaros Kazahn. Y pronto siguieron tres niñas.

Ahmet era un niño pequeño y tranquilo, completamente diferente del padre y del abuelo, que eran valientes y rudos. Se parecía a Han-Su, con el mismo cabello negro suave y los ojos oscuros, con forma de almendra, aunque tenía la piel blanca de su madre. Reconociendo su inteligencia, Refika y Han-Su insistieron en que tuviera la mejor educación a pesar de las protestas de Tariq, que pensaba que a su nieto le

faltaban ocupaciones propiamente masculinas, tales como montar a caballo, el tiro, la bebida y las mujeres. Muchas veces se preguntó cómo un niño así podía haber nacido de dos personas tan fuertes y apasionadas. Pero él fue el abuelo más orgulloso de todos en la graduación de Ahmet en Harvard, en 1954.

Después de dos años en la escuela de economía, Ahmet regresó a Estambul y a la empresa familiar. Tariq lo observaba como un halcón, haciéndole interminables preguntas cuando él sugería cambios o *mejoras*. Pero, a pesar de sus faltas, la confianza calma y fría en sí mismo que demostraba su nieto lo impresionaban.

—Las pelotas de ese muchacho están en su cerebro —le dijo a Han-Su, medio en broma, casi con orgullo, cuando le dio a Ahmet permiso para construir su primer petrolero.

Tariq tenía setenta y tres años cuando Han-Su murió en 1960, durmiendo tan tranquilamente que él no se había dado cuenta, al principio, de que se había ido.

—No enfermó, ni sufrió —lloraba, asombrado, mientras sus hijos y nietos lo rodeaban, y él no se avergonzó de las lágrimas que había en sus ojos, ya que el verdadero amor no conocía el orgullo.

Con Han-Su muerta, Refika y Michael se transformaron en las cabezas oficiales de la familia. Michael administraba la línea de cargueros con tanto éxito como su padre lo había hecho, con su misma capacidad para lo negocios y el sentido común de su esposa. Mientras tanto, Tariq llenaba sus días con largas horas en la oficina, con la única compañía de Ahmet, que estaba dedicado a su trabajo. Juntos, el viejo y el joven ideaban el crecimiento de la Compañía Naviera Kazahn en un nuevo imperio de superpetroleros, luchando con los griegos por la ganancia del mercado del petróleo. Tariq reía con placer mientras su nieto sobrepasaba a sus rivales una y otra vez, demostrando una frialdad y un temperamento que según Tariq probaban que era un verdadero tártaro Kazahn.

Ahmet tenía treinta y dos años cuando conoció a una bonita rubia de nacionalidad sueca y se casó con ella. La llevó a vivir con él y su abuelo en la gran *yali*, sobre el Bósforo. Su hija Leyla nació en 1966. Era una hermosa criatura con los ojos azules y aterciopelados en forma de almendras de los Kazahn y el cabello oscuro y sedoso. De todos sus nietos y bisnietos, Leyla era la que más amaba Tariq.

A pesar de su edad, él estaba tan erguido y alerta como un hombre veinte años más joven, y, después de una vida dedicada a sus hijos, esta nueva niña lo fascinaba. Tan pronto como Leyla tuvo edad suficiente, comenzó a llevarla a todas partes. La llevaba a la gran oficina que miraba sobre el Mar de Mármara, donde ella podía jugar con los modelos de barcos y hacer garabatos en su escritorio, también a los establos donde guardaba sus caballos de pura sangre, y en viajes en yate por el soleado Mediterráneo. En su segundo cumpleaños, le preguntó dónde le gustaría ir a celebrarlo.

—Contigo, abuelo Pasha —le había dicho ella, mirándolo con unos ojos que él reconoció como los propios—. Quiero ir donde tú vas cuando no estás conmigo. —

La llevó a comer al Yatch Club, donde fue tratada con todo el respeto debido a una dama adulta, y donde ordenó sus kebabs de cordero favoritas con helado de nata. Y Tariq supo que él estaba más orgulloso de esta pequeña nieta que de todas sus empresas de éxito y de su fortuna.

Cuando Leyla tenía siete años, Ahmet y su esposa decidieron llevarla con ellos de viaje a París. Cuando Tariq se enteró, dijo con rudeza:

—No podéis llevaros a mi nieta lejos de mí. Si ella va, yo voy.

Ahmet miró a su esposa, encogiéndose de hombros y ella suspiró resignada. Hacía tiempo que había aprendido que nadie se negaba a lo que decía su abuelo político.

Estaba sentado en un banco de los Jardines de Luxemburgo observando cómo la pequeña Leyla hacía correr una pelota por el césped, cuando una mujer le habló.

—¿Tariq Kazahn? —le preguntó—. ¿Es realmente usted?

Él la miró, frunciendo el entrecejo. Era un rostro que recordaba del pasado... pero entonces había sido un rostro más joven, y los ojos violetas habían mostrado miedo, asustados por los disparos... ella abrazaba a una pequeña, y estaba con ellas un gran perro de color ámbar...

—¿Missie? —Su voz tembló cuando se puso de pie—. ¿Missie? ¿Eres tú realmente? —Y entonces sus brazos la rodearon y ellos se rieron y lloraron juntos.

—Jamás lo he olvidado, jamás —le decía—. ¿Cómo podría hacerlo cuando usted salvó nuestras vidas y con tanto riesgo para usted?

—¿La princesa Sofía? —le preguntó con ansiedad—. ¿Y Xenia?

Missie negó con la cabeza:

—La princesa hablaba a menudo de usted antes de morir —le dijo con gentileza—. Decía que era uno de los hombres más valientes y leales que jamás había conocido, y que usted era el buen amigo de su hijo. —Dudó por un momento—. Como todos nosotros, Xenia posee una nueva identidad. Dudo que ella piense ya alguna vez en los Ivanoff. —Tarik miró hacia abajo con sorpresa cuando ella hizo adelantar a una pequeña niña, de pie a su lado, y dijo—: Esta es su hija, Anna. Tiene diez años.

Los ojos de Tariq se llenaron de lágrimas cuando miró a la niña delgada y rubia, la última descendiente de los siglos de la gran dinastía Ivanoff. Después de tomar su pequeña mano en las suyas, la besó.

—Mis humildes respetos, princesa —le dijo, mientras ella lo miraba, molesta.

Llamando a Leyla, les presentó con orgullo a su bisnieta.

—Y ahora id a jugar —les dijo—. Nosotros, los adultos, deseamos hablar.

Observaron a las dos niñas que corrían ansiosamente por la hierba, y luego él se volvió para mirar a Missie. No había señales grises en su suave cabello castaño. Ahora lo llevaba más corto, a la moda, y, aparte de unas pocas arrugas alrededor de su boca o la tensión alrededor de sus ojos, su piel era todavía lozana. Era casi tan alta como él y se la veía delgada en su exquisito traje de color crema. Pensó, con

admiración, que sus largas piernas se veían tan perfectas como las de aquella mujer de hacía treinta años.

—Dígame —le preguntó—. ¿Qué sucedió?

Él la escuchó en silencio, mientras ella le contaba la historia de una vida que las había dejado luchando entre la pobreza y el éxito, y siempre, como un manto que todo lo cubría, el miedo.

—¿Necesitan dinero? —le preguntó, con preocupación.

Missie negó con la cabeza:

—Es por Anna por quien estoy preocupada. Su madre —se encogió de hombros— es como Anouska.

Tariq asintió. Sabía lo que ella quería decir.

—Anna necesita una familia —dijo Missie—, y eso es algo que no puedo darle. Yo no soy compañía para una niña. La traje a París para un cambio, unas cortas vacaciones, pero sé que está sola. Mire qué feliz está jugando con Leyla. Usted, Tariq —dijo, volviéndose con una sonrisa—, está tan apuesto como siempre.

—Soy un hombre de éxito —dijo con orgullo—. El collar de diamantes de la princesa Sofía fue la base de mi buena fortuna. Sin su generosidad, no habría sido nada. Jamás dejé que mi familia olvidara esto y ahora por fin podemos pagar algo de nuestra deuda. Anna Ivanoff tiene una familia. Los Kazahn la tratarán como a su propia hija. Que venga con nosotros, Missie, y volverá a ser una princesa.

Missie rió y dijo:

—Su nombre no es Ivanoff, Tariq, y ella no sabría lo que usted quiere decir si la llamara de esa forma. No es una princesa rusa, es simplemente otra muchacha norteamericana. Pero gracias por su gentileza.

—Mi yate está en Montecarlo. Por lo menos vengan a pasar algún tiempo con nosotros —le dijo impulsivamente—. Piense en cómo lo disfrutarán las niñas. —Aguardó con ansiedad la respuesta de Missie, reacio a dejarla ir. Ella era su único contacto después de todos estos años con la familia que había adorado y respetado. Vio la duda en el rostro de la mujer y bramó de repente—: Nadie le dice no a Tariq Kazahn.

Missie rió mientras la gente se volvía para mirarlos.

—Oh, muy bien —asintió—. Será bueno para Anna.

Para Tariq las dos semanas con la nieta del príncipe Misha Ivanoff como invitada en su yate fueron lo más importante de su vida. Nada podría igualar esto, se dijo a sí mismo mientras observaba a su nieta jugar con la joven Anna, de la forma en que él y Misha habían jugado de niños. El único problema era que él no deseaba dejarla ir.

—Usted dice que su propia madre no tiene tiempo para Anna. ¿Entonces por qué no dejar que venga y viva conmigo? —le suplicó a Missie todas las noches cuando las niñas ya se habían ido a dormir y ellos se sentaban en cubierta, debajo del calmo cielo de la noche mediterránea—. Será como mi propia nieta, mi propia sangre. Mire cómo disfruta con nosotros aquí, brilla, ríe. Ella y Leyla son como hermanas. ¿Qué

tiene que perder, Missie? Y usted también es bienvenida; mi casa es lo suficientemente grande para todos. Soy un hombre rico, no le faltará nada a Anna. Cuando yo muera, ella compartirá mi fortuna. Simplemente diga que puede venir a vivir con nosotros, donde será feliz. —La miró y agregó con arte—: Pregúntese lo que Misha habría pensado que sería lo mejor.

Su oscuro y fuerte perfil estaba grabado contra el azul de la noche y Missie pensó que, a media luz, parecía joven. Pero Tariq era viejo. ¿Quién sabía cuánto tiempo más podría vivir? ¿Y, después de que se fuera, desearían su hijo y su nieto a Anna, de la forma en que lo hacía Tariq? Imaginaba la protesta familiar cuando supieran que Tariq le había dejado parte de su fortuna a Anna, y sabía que no sería justo colocar tal peso sobre ellos. No, Anna era su responsabilidad, suya sola. Debía proveerla de todo y velar por su seguridad como siempre había hecho. Pero ¿qué sucedería cuando ella muriera? Suspiró. Sólo podía esperar que Dios fuera bueno con ella y le diera tiempo hasta que Anna fuera lo suficientemente mayor como para cuidarse sola.

Noche tras noche Tariq hablaba de Anna, utilizando todas las artimañas que podían ocurrírsele para persuadirla, y Missie lo escuchaba y no decía palabra. Sin embargo, estaba tentada. Después de todo, se dijo para sí, la madre de Anna casi no se preocupaba por verla o no. Pero todo era mucho más complejo que eso. Aunque Anna no lo sabía, ella era una Ivanoff y, si alguna vez se descubría su identidad, estaría en peligro... Sabía que el riesgo era remoto, pero todavía sentía que se sobresaltaba al pensarlo.

—Ella tendrá una verdadera familia, un verdadero hogar —dijo Tariq con orgullo—. Como una Kazahn, será tratada con respeto.

Pero era ver lo feliz que Anna estaba con Leyla lo que casi hizo que Missie cambiara de parecer. Aunque Anna era tres años mayor, las dos niñas habían congeniado de inmediato y se gustaban. Al cabo de dos semanas, eran inseparables.

—Aceptaré esto —le dijo a Tariq la noche antes de que partieran hacia París y de regreso a su hogar—. Anna puede visitarlo durante las vacaciones de verano, tres meses al año.

—Un millón de bendiciones para usted —gritó, con sus rasgos de halcón desplegados en una sonrisa tan amplia que sus grandes dientes blancos brillaban a la luz de la luna, aunque ahora ello se debía más a la porcelana que a la naturaleza.

Leyla abrazó a Anna con lágrimas en los ojos cuando partieron a la mañana siguiente.

—Te veré dentro de unos meses —le prometió Anna mientras la saludaba con la mano desde la gran lancha de Tariq, que las llevaría hasta la estación—. No me olvides, Leyla.

Todos los años Missie recibía en los Estados Unidos un par de pasajes de primera clase, para ir en tren y en barco hasta Montecarlo, donde Tariq y Leyla las esperaban en el yate y las llevaban a Estambul.

Tariq tenía razón: las niñas eran como hermanas y no había duda de que él amaba

a Anna tanto como a Leyla. Toda la vasta familia Kazahn se transformó en tíos, tías y primos, y Missie sabía que Anna era más feliz de lo que jamás hubiera sido antes, a causa de que se le había ofrecido la estabilidad y la continuidad de una vida familiar que nunca había tenido.

Allí donde Tariq tenía una bisnieta adorada, ahora él tenía dos; donde antes había llevado a todas partes a Leyla, ahora también llevaba a Anna, y todas las mañanas, cuando decía sus oraciones, daba las gracias por poder pagar su deuda de gratitud, honor y amor por los Ivanoff.

Cuando Tariq tenía noventa años de edad, hubo una gran celebración de cumpleaños. La lujosa *yali* sobre el Bosforo estaba llena de flores y de largas mesas en las que se había desplegado una generosa comida. Los músicos tocaban entre los árboles adornados con miles de luces de colores sobre las terrazas cubiertas con perfumados pétalos de rosa. Los quinientos invitados habían recibido instrucciones de llevar el tradicional vestido turco, y Missie pensó que la *yali* debía verse ahora igual que cuando se construyó en tiempos del imperio otomano, hacía trescientos años.

Tariq disfrutó de su fiesta de cumpleaños rodeado de su familia y amigos, permaneciendo entre ellos hasta que se retiró el último invitado a las cuatro de la mañana. Después de un corto descanso, se levantó como siempre, a las seis, para decir sus oraciones y tomar su primera taza de café dulce, recién molido, al cual era adicto. A las seis y media se vistió con su uniforme de oficial naval y su gorra orlada de oro, enfundó su espada y caminó hacia la terraza. Para su sorpresa, Anna, de diecisiete años, ya estaba allí, apoyada sobre la balaustrada de mármol, mirando soñadoramente a través del Bosforo, dorado con el nuevo sol de la mañana.

Cuando lo vio, le sonrió y dijo:

—Kazahn Pasha —que era la forma en que siempre lo llamaba—. ¿Por qué te levantas tan temprano? Deberías estar todavía durmiendo.

Tariq se rió, revolviéndole con afecto el cabello. Anna era una niña adorable, no una gran belleza como Leyla, pero alta y delgada, con la fuerte estructura ósea de los Ivanoff y unos maravillosos y expresivos ojos azules. Ahora irradiaban el amor que sentía por él, y él sabía que Misha Ivanoff se habría sentido complacido con la forma que él había encontrado de pagarle.

—¿No debería yo preguntártelo? —le dijo, inclinándose junto a ella—. Después de todo, soy el bisabuelo y tú eres la niña.

Ella le puso una mano sobre la suya:

—No podía dormir. La fiesta fue la experiencia más maravillosa de mi vida, Tariq Pasha. Fue como una escena de un libro de cuentos. Jamás la olvidaré.

—Ni yo tampoco, hijita —le dijo con calma—. Mira, aquí viene mi barco, el Han-Su, llamado así en honor de mi amada esposa. Ves, Anna, los hombres de mis barcos todavía esperan ver a su capitán cuando viajan por el Bosforo, incluso si él ha estado levantado hasta tarde celebrando su cumpleaños número noventa.

Su jocosa risa se oyó sobre el agua, con ella a su lado, él saludó al gran barco gris

que pasaba majestuosamente, con las sirenas sonando y la bandera de la poderosa flota Kazahn flameando orgullosa con la brisa. Y luego, sin otra palabra, él se desplomó a sus pies.

—Kazahn Pasha —gritó Anna, tomando la bienamada cabeza entre sus brazos. Pero los ojos azules de Tariq ya no eran feroces, y ella supo que estaba muerto.

El funeral tan inmediatamente después de la alegre fiesta de cumpleaños fue sombrío pero un gran acontecimiento, justo como Tariq siempre había planeado que debería ser. Su sólido ataúd de bronce, con los escudos ruso y turco, fue llevado por las estrechas calles de Estambul por ocho caballos negros que lucían largas plumas; el endemoniado tráfico de la vieja ciudad se detuvo mientras pasaba la larga procesión del funeral, lentamente, atascándose en las esquinas, y el servicio estuvo acompañado por muchos llantos y lamentos, por el valiente hombre que había sido tan bienamado.

Después la procesión dobló con lentitud hacia el Cementerio Asiyan, en la cima de la colina que miraba al Bosforo, donde hacía muchos años Tariq había hecho levantar un hermosa tumba de mármol para él y Han-Su, y donde a menudo se iba a sentar con ella y observaba los barcos que pasaban debajo.

Como Tariq lo había prometido, Anna compartió sus propiedades, y para sorpresa de Missie, la familia no puso objeción.

—Nuestro padre nos dijo que él estaba pagando una deuda —le dijo Michael, ahora la verdadera cabeza de la familia y heredero de la famosa espada así como de los negocios—, y naturalmente honraremos esa obligación. Además, todos amamos a Anna. Ella pertenece a nuestra familia.

De modo que, después de sesenta años, Tariq había pagado su deuda con los Ivanoff, y Anna, de diecisiete años, era un millón de dólares más rica, aunque la mayor parte de eso estaba en acciones de la Empresa Naviera Kazahn.

Sin embargo, eso había sucedido hacía tiempo, y ahora, sentada sola en su apartamento de París, Leyla Kazahn deseó con tanta fuerza como la de su amor por ella jamás haber accedido a ayudar a su *hermana*.

Capítulo 10

Dusseldorf

El vuelo a Dusseldorf estaba medio vacío y Genie se dejó caer agradecida en su asiento de primera clase. Había sido una larga noche; no había dormido y el aeropuerto estaba insoportablemente atestado de gente. Por lo menos, ahora, ella podía estar a solas con sus pensamientos, y pensaba en Valentín Solovsky. No en el diplomático ruso con un peso sobre su mente, sino en Valentín, el hombre.

Habían hablado hasta la cinco de la mañana, sentados frente al fuego que ardía mientras la tormenta rugía alrededor de ellos y, al final, ella todavía no podía recordar que él revelara un solo detalle personal que fuera vital. Sin embargo, había habido cierta atracción entre ellos. Es que él era tan apuesto. Había conocido pocos hombres atractivos en su vida, y la mayoría de ellos entraban genuinamente en la categoría de egomaniacos para quienes una mujer era un mero elemento decorativo. No, Valentín era... diferente. Y ella tenía que admitir que también había entre ellos una emocionante sensación de peligro. Sus ojos la habían admirado, le había dicho cumplidos sutiles, pero ciertamente no había hecho ningún tipo de acercamiento. Y ella percibió que él sabía lo que pensaba antes incluso de que ella misma lo hiciera.

Quizá fuera alguna nueva técnica rusa para relajar al enemigo, pensó, cerrando los ojos y colocándose las gafas oscuras cuando por fin el avión despegó. Si era así, ciertamente que había funcionado. Con el plan de Cal en su mente, le había hablado acerca de su trabajo de periodista y le había pedido si podía hacer un *perfil* de sí mismo dentro de una nueva serie que estaba proyectando para la cadena de televisión.

—Quizá —le dijo riéndose—, aunque pienso que sería bastante difícil que llegara a interesar verdaderamente a alguien.

—¿Está de broma? —le dijo ella—. Las norteamericanas simplemente se lo devorarán.

—¿Sí? —le preguntó con una sonrisa perezosa. Su voz profunda había provocado olas de presentimientos que le revolvían el estómago. Rápidamente recordó su misión, le contó cuánto había odiado ser enviada a Ginebra—. Pensé que la venta era trivial y que no valía la pena malgastar mi talento como reportera —le dijo—, pero ahora veo que estaba equivocada. Sé que la verdad pronto, tarde o temprano, saldrá a la luz, y desearía ser la periodista que dé la noticia al mundo. Soy una mujer ambiciosa y este anticipo sería fundamental en mi carrera. Y además —agregó, mirándolo—: ya conozco parte de la verdad, algo que nadie todavía sabe.

Bebió su brandy, esperando con aprehensión ver si él había mordido la carnada.

—Es de conocimiento común que tanto Rusia como Estados Unidos querían la esmeralda —dijo Solovsky, fijando en un punto cualquiera sus ojos de color gris oscuro, que miraban como si ocultaran demasiados secretos—. Pero confieso que en

este asunto yo necesito una pequeña ayuda.

—¿Qué sucede con el KGB? —le preguntó con inocencia.

Él le sonrió:

—Hay veces en que el KGB no es de utilidad, momentos en que necesitamos un acercamiento más sutil. Por supuesto —agregó, entrelazando las manos y frunciendo el entrecejo—, si el KGB estuviera involucrado, habría reglas que deberíamos obedecer. Pero en este caso —se inclinó hacia adelante, mirándola profundamente a los ojos—, si tuviera que pedir ayuda a alguna persona, ella sería sólo responsable ante mí. Sólo yo conocería su identidad. Ninguna otra persona jamás sabría de su participación como... ayudante.

—Usted quiere decir una espía —susurró, con una nota de miedo en la voz que la volvió temblorosa. Había sido tan diferente cuando ella le dijo aquellas palabras a Cal. Él era un amigo; ahora negociaba con el *enemigo*.

Valentín se reclinó en su asiento encogiendo los hombros. Después de llamar al camarero para que trajera café y más brandy, dijo con un tono de voz práctico:

—Creo que esa sería una descripción muy melodramática.

Genie se humedeció los labios. Era con el poder de la Unión Soviética con quien ella se estaba mezclando, y había oído suficiente cantidad de historias de gente que *desaparecía* como para pensarlo dos veces. Pero ella había descubierto que esta historia significaba todo, no sólo para Cal y su país, sino también para sí misma.

—Bueno, si realmente necesita a alguien —le dijo, recorriendo con una mano nerviosa su cabello rubio—, quizá yo podría descubrir lo que desea.

—¿Y qué es exactamente lo que deseo? —le preguntó, apoyándose contra los almohadones de rayas rosadas y sonriendo—. ¿Puede usted leer mi mente, señorita Reese?

—Usted necesita saber quién compró la esmeralda.

Esperó hasta que el camarero sirvió el café.

—¿Y no desea usted saber por qué queremos descubrirlo?

—Ya lo sé; desean encontrar a la *Dama*, para que Rusia pueda conseguir el dinero.

Los ojos grises se tornaron de pronto remotos cuando dijo:

—Y si eso fuera verdad, ¿no está preocupada por lo que le pueda suceder a ella cuando lo hagamos?

Genie sabía que era una cuestión de miles de millones de dólares, pero, sentados allí solos, frente al fuego, con Valentín Solovsky, Rusia de repente le pareció distante, en otro planeta. Era una situación tan simple, una mujer y un hombre, y de alguna manera, ella sabía que podía creerle.

—Sé que usted no dejaría que algo le sucediese a ella —le dijo con delicadeza.

Valentín asintió.

—Su juicio es certero respecto del carácter ajeno, señorita Reese. —Le sonrió cuando le tomó la mano—. ¿Entiendo que podemos cerrar el trato con un apretón de

manos? —Ella asintió y él agregó—: La primera cuestión que quiero aclarar, ¿trabaja usted con Cal Warrender?

Genie sintió que un rubor acusador le subía a las mejillas cuando dijo, demasiado rápidamente:

—¿Cal? Por supuesto que no. Somos viejos amigos... el mismo circuito social en Washington, usted sabe.

Él asintió.

—¿Y ahora me dirá quién compró la esmeralda? —Ella lo miró con astucia—. ¿No nos hemos puesto de acuerdo ya en confiar el uno en el otro? —le preguntó—. Soy un hombre de palabra, Genie. Usted tendrá la nota exclusiva.

Volvió a tomarle la mano, apretándosela bien fuerte, y ella pensó que esas no eran las manos suaves, medio blandas de un hombre de despacho; eran duras y algo rústicas. Después de respirar profundo, ella dijo:

—Esta no es quizás exactamente la respuesta que usted esperaba escuchar. La esmeralda fue adquirida por un comerciante de Dusseldorf. Su nombre es Markheim.

—¿Markheim? —Solovsky frunció el entrecejo, molesto, luego su frente se aclaró—. Lo ve, Genie, usted ya ha sido de ayuda. Y ahora le diré de qué otra manera puede ayudarme.

Recostada en su asiento mientras la aeronave volaba en círculos sobre el aeropuerto de Dusseldorf, Genie pensó en lo que iba a hacer. Todo parecía suficientemente fácil. Por supuesto que Valentín no le había mencionado el otro *secreto* tras el cual estaban todos, lo que verdaderamente deseaba Rusia, pero ella sabía lo del dinero. Entonces, cuando Valentín le dijo con quién debía entrar en contacto, de pronto todo tuvo sentido. Sonrió cuando pensó en lo que Cal diría si sabía lo que ella estaba haciendo; sin embargo ella había partido al amanecer, sin acudir, de manera deliberada, al lugar de cita de las nueve de la mañana. La romántica noche de la tormenta había pasado y a la fría luz del día se había dado cuenta de que la historia estaba resultando ser más importante de lo que ella había pensado. Iba a jugar este juego a su manera y, si era inteligente, descubriría la verdad. Y entonces estaría segura de poseer la nota exclusiva.

La recepción del hotel estaba llena de empresarios con trajes de rayas finas, que blandían tarjetas de crédito de platino. El corazón de Genie se detuvo cuando se dio cuenta de que debía de haber una feria de comercio, pero ella había elegido ese hotel precisamente porque era grande y podía perderse en la multitud. Suspiró con frustración mientras esperaba en la fila para registrarse.

—Por supuesto, señorita Reese —le dijo con delicadeza el empleado de recepción—. Hay un mensaje para usted.

—Oh, pero nadie sabía —exclamó, sorprendida, tomando el sobre que le entregaba—: «Hola, Genie, —leyó—. Perdón por no encontrarte esta mañana. Estoy bajando por el pasillo de la 516. ¿Por qué no vienes a tomar el té conmigo? Cal».

—Diablos —gruñó. ¿Era clarividente o qué? ¿Cómo demonios sabía que ella

estaría allí? Perderlo no iba a ser tan fácil como había imaginado. En su habitación, arrojó la nota sobre la mesa y pidió una comunicación con su oficina en Washington, solicitándoles que pusieran un número privado para ella. Luego colgó sus ropas, se duchó, y se sintió ciento por ciento mejor. La llamada desde Washington llegó justo cuando se estaba secando el cabello. Anotó el número y marcó inmediatamente.

Después de la conversación, se arregló el maquillaje y fue hasta la habitación 516. Cuando llamó a la puerta, un camarero salió del ascensor, con un carrito que llevaba un servicio de té, dos tazas, platillos y platos, una bandeja de emparedados y una pequeña montaña de tradicionales pastas de crema alemanas. Ella lo miró, asombrada, cuando se detuvo en la habitación de Cal y la puerta se abrió de par en par.

—Gran sincronización, Genie. —Cal mostró un rostro iluminado de alegría—. Debes de haberlo aprendido haciendo tanta televisión.

—Quisiera saber dónde guardas tu bola de cristal —le replicó, mientras entraba en la habitación—. ¿Cómo diablos sabías que yo estaba aquí? ¿Y cómo has llegado antes que yo? ¿Y cómo diablos sabías exactamente cuándo pedir el té?

Él se encogió de hombros.

—Soy el séptimo hijo de un séptimo hijo —dijo de manera amenazadora—, y tú sabes que siempre poseemos poderes secretos. —Se rió mientras ella le lanzaba una mirada de enfado—. Muy bien, me cambiaré... si tú sirves el té. Estoy seguro de que lo necesitas después de un día tan agitado.

—¿Cómo sabes que fue tan agitado mi día? —le preguntó, ruborizándose.

—Sé qué fue muy agitado —le respondió, mientras masticaba un emparedado de salmón ahumado—, pero no la razón. Cuando no apareciste a las nueve, llamé a tu habitación. Me dijeron que ya te habías despedido del hotel. Porque así dejamos las cosas ayer por la noche. ¿Lo recuerdas? Cuando te vi por última vez, estabas a punto de reunirte con nuestro amigo Solovsky para una breve charla. Estaba preocupado; sentía que era asunto mío descubrir dónde te habías ido. —Se encogió de hombros y tomó otro emparedado—. No era difícil. El conserje había reservado tu vuelo y hotel. Genie, si quieres ser espía, tendrás que afinar tu actuación.

—¡Oh, demonios, demonios! —exclamó Genie, golpeando la tetera, exasperada.

—Bueno, bueno... qué lenguaje tan violento —se burló Cal.

—Eso todavía no explica cómo has llegado aquí primero, o lo del té —dijo con un suspiro.

Le sonrió con expresión ganadora.

—¿Alguien alguna vez te ha dicho lo hermosa que eres cuando te enfadas? Los ojos azules te brillan, las mejillas se te ruborizan... muy bien, muy bien... —agregó con premura—. Vine hasta aquí en un avión de la fuerza aérea. Le pedí al portero del hotel que me avisara cuando llegaras, te concedí una hora para que te ducharas, ¡*et voila!*

—Estás en el trabajo equivocado —le dijo ella fríamente—. Debes descender de

una larga línea de detectives privados.

—Nada tan grandioso —le dijo, sonriendo—. Pero ahora vamos a lo nuestro.

Ella le echó una mirada sobre el borde de la taza. Sus ojos habían perdido la mirada risueña y ya no le recordaban a ella los hermosos ojos rojizos de un setter. Eran implacables cuando le pidió una explicación.

—No tengo por qué decirte nada —le respondió a la defensiva.

—Todo lo que esté conectado con lo que hiciste ayer por la noche —le dijo con un tono rudo de voz—. ¿Lo recuerdas? Hicimos un trato. Quiero saber qué sucedió con Solovsky y por qué has viajado tan de prisa hacia Alemania sin decírmelo. Te podría haber sucedido cualquier cosa. Además, ¡pensé que estábamos en esto juntos!

—Lo estamos. —Ella evitó sus ojos, mientras intentaba comer un enorme pastel de crema.

—No deberías comer eso —le dijo con reprobación—. Piensa en el colesterol y en las calorías.

—¡Oh, está bien! —Lo dejó en el plato—. Solovsky deseaba que yo lo ayudara.

—¿Y?

—Dije que lo haría, si él me ayudaba a mí.

Cal la miró, pero ella evitaba sus ojos.

—Esto es serio, Genie —le dijo con calma—. Soy un amigo, estoy de tu lado, pero no puedes ir por ahí haciendo promesas sin cumplir a tipos como Solovsky.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué es tan serio? Es un hombre, como tú.

—No tanto. Primero Solovsky es ruso, luego es un hombre.

Ella lo miró a la defensiva.

—Estoy haciendo sólo lo que me pediste... por nuestro país, ¿recuerdas? Además, él sólo me pidió lo mismo que tú y me dijo incluso menos. Pero sí me habló acerca de los miles de millones.

—¿Lo hizo? —Cal la miró pensativo—. ¿Pero aun así decidiste partir de Ginebra sin avisarme?

—Estaba simplemente impaciente por comenzar, eso es todo. Tenía algunas cosas personales que considerar... Tenía que reorganizar mi plan. Tenía la intención de llamarte tan pronto como llegara.

—¿Entonces? ¿Qué es lo próximo que harás?

—Yo... no lo he pensado todavía. Te lo haré saber.

Él asintió y miró su reloj.

—Bien —dijo—. Recuérdalo. Tengo un par de cosas que hacer. Debes de estar fatigada; después de todo, no dormiste anoche. ¿Por qué no me llamas por la mañana y podemos discutir cómo actuar?

De pronto, se mostró muy ejecutivo, y ella se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. ¡La reunión había concluido!

—Pero... —exclamó.

—¿Pero qué, Genie Reese?

Sus ojos rojizos volvían a ser gentiles cuando la miró y ella suspiró con alivio.

—Pensé que estarías enfadado conmigo. Estoy haciendo lo mejor que puedo las cosas. No estoy acostumbrada a rendirle cuentas a otra gente, trabajo sola.

—No hay problemas —le dijo con brusquedad—. No vuelvas a desaparecer sin decírmelo. Me preocupaste.

Caminó lentamente hacia su habitación sintiendo la fatiga en su columna vertebral, con el deseo de que él la hubiera invitado a cenar esa noche. Pero se dijo para sí que, de todos modos, ella no habría aceptado, estaba demasiado exhausta. Había ocurrido mucho en tan poco tiempo y toda su vida se había visto trastrocada. Todo lo que deseaba era dormir... y mañana, de alguna manera, ella se encontraría con el hombre que había comprado la esmeralda Ivanoff. Aunque no le diría eso a Cal todavía.

Maryland

Missie sujetó el prendedor con las cinco plumas de diamante en el cuello de su vestido azul, sosteniendo el espejo para admirarlo. Tocó la cabeza de lobo de oro; recordaba cuando Misha se lo había dado y el horrible momento en que creyó perderlo para siempre. El prendedor y la fotografía de él eran sus más preciadas posesiones, junto con las fotografías de la niñez de Azaylee y aquellas de su adorada Anna.

Por supuesto que tenía otras joyas, pero esta representaba no sólo su amor por Misha, sino el fin de una era, ya que abandonar Rusia significó para ella ser impulsada a un mundo que antes había ignorado que existía.

Miró a su alrededor, la habitación tranquila y lujosa, con paredes de color melocotón y cortinas de seda, alfombras de color crema y sus hermosos tapices turcos de antaño. Sus cuadros familiares colgaban de las paredes y un fuego ardía en la elegante chimenea de mármol. Y afuera, más allá de los cortinajes de tafetán corridos para evitar el frío de la noche, estaban los verdes parques y los frondosos árboles de Constantinopla, a finales de 1917.

Constantinopla

Habían llegado con sólo aquellos pocos rublos que Tariq les había dado, y que pronto se esfumaron con el pago de la habitación y la comida, en una pequeña casa de madera, en las altas colinas que miraban al Cuerno de Oro.

Sofía había descosido las joyas de la falda de Missie y del delantal de Azaylee y llevado a un comerciante chino que, después de inspeccionarlas durante largo tiempo, había dicho que los hermosos engarces no tenían valor para él y que pagaría sólo las

gemas. Por una bolsa llena de joyas que valían una fortuna, ofreció el equivalente a doscientos dólares estadounidenses. No tuvieron otra opción que aceptar.

Sofía había dicho que no sería inteligente quedarse en Constantinopla; la ciudad estaba llena de agentes rusos que seguramente se moverían para encontrarlas. Missie fue enviada a comprar ropa nueva, simple, barata y práctica. Pocos días después estaban en la Estación Sirkeci a bordo del Expreso de Oriente, camino de Viena.

Contuvieron la respiración cuando el inspector miró sus billetes y los documentos con sumo cuidado. Pero el hombre había sonreído, devuelto los papeles y marcado sus billetes.

—*Bon voyage* —había dicho, palmeándole la cabeza a Azaylee, cuando pasaron a través de la puerta de la plataforma.

Sofía llevaba a Azaylee de la mano y Missie cargaba con la pequeña maleta que contenía la ropa nueva y la tiara Ivanoff escondida debajo de una pila de ropa interior.

—Si todo lo demás se pierde —se había dicho para sí—, todavía tendremos la tiara. Es nuestra póliza de seguro para una nueva vida.

Sintieron regocijo cuando finalmente el tren se puso en marcha. Sentadas en el incómodo compartimiento de segunda clase, se decían que por fin eran libres. Pero sus problemas todavía no habían terminado. La policía secreta rusa estaba patrullando el tren y los documentos eran inspeccionados con cuidado en Kapikule y nuevamente en Belgrado, donde unos guardias de cara de piedra se los devolvieron con reticencia como si estuvieran molestos por no encontrar nada incorrecto.

—Esto no es bueno —había manifestado Sofía—. Si nos apresan, nos asesinarán. Y a ti también, Missie, aun cuando no eres parte real del drama de Rusia. —Había puesto un puñado de dinero en su mano—. Tómalo —le había susurrado—, vuelve a Inglaterra, *milochka*, mientras puedas. Eres sólo una jovencita, tienes una vida por delante. Olvida lo que sucedió, olvida a los Ivanoff. Por favor, te lo suplico, regresa a casa.

Missie había mirado el dinero y luego el paisaje serbio que se divisaba por la ventanilla, pensando con anhelo en los hermosos colegios de Oxford y en las bonitas calles empedradas, las familiares librerías y las casas de té y, más allá, la expansión verde de los Costwold. Entonces miró a Azaylee, que jugaba alegremente con su nueva muñeca turca, y se preguntó cómo podría dejar a una mujer anciana y a una niña para que se defendieran solas.

Sofía había movido su cabeza con desesperación cuando ella rehusó el ofrecimiento.

—Dios sabe qué sucederá con nosotras —susurró con fatiga.

El peligroso viaje había continuado a través de Hungría y Budapest y finalmente Viena, donde se alojaron en una barata pensión detrás de la Opera y donde pronto descubrieron que había una gran comunidad de rusos blancos emigrados. Sofía tenía miedo todavía, pero Missie les habló en los cafés y supo por ellos cuáles eran los mejores lugares para vender cosas valiosas como iconos y joyas, y que no se podían

esperar precios justos ya que los comerciantes sabían que el mercado estaba inundado de refugiados rusos con necesidad de dinero y entonces explotaban la situación, de la misma forma en que los chinos lo habían hecho en Constantinopla. Le dijeron que no había trabajo y que mucha gente nacida en la nobleza vivía ahora en la pobreza; los que eran afortunados encontraban trabajo como porteros en los clubes nocturnos o como camareros. Decían que era incluso peor en París, que la Cheka estaba en todas partes, buscando nobles refugiados que habían podido escapar de sus redes. Todos los días, dijeron, se oía que alguien más había *desaparecido*. Viena ya no era un lugar seguro para aquellos que tenían algo que ocultar, y tampoco lo era París.

Sofía retiró los diamantes más pequeños de la tiara y los vendió por poco dinero. Y nuevamente con algo para sus gastos en los bolsillos, comenzaron el largo camino a través de Austria hacia la costa italiana, donde compraron el billete más económico hacia Nueva York.

El Leonardo, que partía de Genova hacia Nueva York, hacía su último viaje. Era viejo, con máquinas obsoletas, todo gastado, y un miserable mobiliario, pero durante dos semanas fue su refugio. Habían pasado cinco meses desde que escaparan de Varishnya, donde, tendida en el bosque, Missie había pensado que moriría.

—Tengo sólo dieciocho años —se había dicho entonces—. Soy demasiado joven para morir. —Ahora sabía que deseaba vivir y que comenzaría su nueva vida justo aquí, en Nueva York.

Su largo cabello castaño se le escapaba de la cinta negra, volaba en la brisa, mientras se apoyaba en la baranda de la cubierta baja, cuando el Leonardo entraba en el río Hudson. Observó el cielo sobre Manhattan mientras la ciudad se acercaba más y más, preguntándose qué les esperaba ahora.

Sus documentos fueron verificados cuidadosamente en Inmigraciones, pero había muchos norteamericanos que regresaban de los problemas de Rusia y el inspector fue comprensivo. Le sonrió a Azaylee y palmeó al perro. Missie y Sofía miraron la estampilla que finalmente colocó en sus documentos. Ahora eran realmente norteamericanas y su nueva identidad tenía rúbrica oficial.

Nueva York era grande, se extendía hacia arriba y hacia afuera, ruidosa, sucia, amenazante y amargamente fría. Encontraron una pequeña pensión cercana que se veía más limpia que el resto. Contaron sus dólares y centavos con cuidado mientras buscaban un apartamento, pero encontraron uno que estaba más allá de sus bolsillos; un par de habitaciones y en la zona más barata, el bajo lado este, donde podían vivir pasando inadvertidas, sólo tres inmigrantes más entre miles de otros.

Al final, tuvieron que elegir entre una oscura habitación con una sola ventana que daba a un tragaluz y una más luminosa, más cara, con una ventana que daba a la calle. A pesar de la pobreza, Sofía insistió en que tomaran la de la ventana que miraba a la calle Rivington. Tenía una pileta con grifo de agua fría en una esquina y un baño compartido al final del pasillo. Los muebles consistían en una antigua cama doble de bronce, un pequeño catre de hierro, una mesa sin barnizar y cuatro sillas de madera

que no armonizaban.

Missie pudo ver en el rostro de Sofía que la vieja dama pensaba que ese era el final de la caída, que no podían ir más bajo, y sintió una animada determinación mientras corría por la calle Rivington comprando a los vendedores ambulantes las sábanas de algodón y mantas más baratas y las toallas más delgadas. Compró huevos, pan y mantequilla para la cena. También restos de comida y un hueso para el perro; encontró una pieza de tela floreada para cubrir las manchas de la mesa de madera y un ramo de hojas siempre verdes para alegrar el lugar, ya que era marzo y no había flores frescas. Y esa noche, cuando se sentaron para darse un simple festín de huevos duros y pan, con el perro mordisqueando contento su hueso junto a ellas, se sonrieron, pensando que quizá su habitación no fuera tan mala. Y después de todas las carreras, el esconderse y el miedo, esto parecía un refugio de paz y seguridad.

Mientras arropaba a Azaylee en la cama de bronce, más tarde esa noche, Missie dijo con confianza:

—No se preocupe, Sofía, mañana conseguiré un empleo y pronto tendremos un apartamento para nosotras.

Maryland

Ahora, mirando en retrospectiva todos aquellos años, Missie sonrió mientras pensaba en el optimismo de su juventud, cuando un huevo duro y una rebanada de pan, un techo y un ramo de hojas verdes que decoraban la mesa fueron el comienzo. Y el mañana seguramente traería el éxito.

Se quitó el prendedor, lo guardó en la pequeña caja de Cartier y sacó el viejo álbum de fotografías. Mientras lo miraba, pensó en la hermosa niña que había sido Azaylee; tan dulce, tan tranquila, tan gentil. Una niña de ensueño como cualquier madre hubiera deseado tener. Pobre Azaylee, pobre niñita, huérfana de manera tan trágica, tan joven. ¿Quién podría culparla por lo que sucedió más tarde? Ella no, desde luego.

Cerró el álbum con un suspiro cuando entró la enfermera Milgrim, con la bandeja del té y su píldora para dormir.

Quizás esta noche, pensó, sólo por una vez, ella no tendría aquel sueño. Pero sabía lo que vendría en su lugar.

Capítulo 11

Nueva York

Era otro día irrespirable en Nueva York. El sol golpeaba desde un cielo amarillo como el bronce, apestando la pequeña habitación con olor a pescado y a coliflor putrefacto, de los carros ambulantes de la calle Rivington. El ruido constante de ruedas con borde de metal sobre el empedrado y las voces roncas que a gritos regateaban en yiddish, ruso y polaco, de niños que gritaban y de borrachos que insultaban mientras con paso inseguro atravesaban la calle saliendo del bar, la suciedad y la pobreza gris llenaban a Missie de desesperación.

Deseaba poder cerrar la ventana y acallar todo aquello, pero con seguridad desaparecerían cuando la temperatura pasara los cuarenta grados. La atestada casa de inquilinos, que la primera noche le había parecido un refugio, pareció luego encogerse, atrapándolas entre las cuatro paredes. Sofía estaba tendida en la amplia cama de bronce; se la veía pálida y enferma aunque decía que sólo estaba descansando, y Azaylee se hallaba sentada sobre la escalera de incendios, con sus delgados bracitos alrededor de las rodillas, observando la incansable actividad de la calle, cuatro plantas abajo. La lengua de *Viktor* colgaba fuera de su boca a causa del calor y Missie podía ver sus costillas que sobresalían a través de su fina cubierta de carne y pelo. Sabía que, si se miraba en un espejo, vería sus propias costillas sobresaliendo como las de *Viktor*, pero eso ya no le molestaba. El hambre desesperada de la juventud se prendía perpetuamente de su estómago; acostada en la cama, por la noche, después de haber tomado sólo un plato de sopa magra y un trozo de pan viejo, pensaba que enloquecería a causa de sus sueños de comida: huevos, pollo, buen pan y mantequilla dulce. Pero sabía que, sólo gracias a los recursos de Sofía, ellas podían comer algo.

Una y otra vez se preguntaba cómo una mujer como Sofía, que jamás incluso había pensado en la comida, excepto para instruir al chef acerca de lo que debía servirse para la comida o la cena, sabía cómo comprar y regatear entre los vendedores ambulantes de la calle Rivington. Pero Sofía siempre regresaba a la casa a última hora de la tarde con una bolsa de verdura que compraba por unos pocos centavos, ya que estaba algo machacada y para el día siguiente no serviría. Ella traía en un paquete de papel de diario un hueso «para el perro», en el cual el comprensivo carnicero había dejado suficientemente carne como para darle sabor a su magra sopa y, en ocasiones, compraba bofe barato, hígado, riñones, incluso seso, para agregar a la dieta. Le había dicho a Missie que a menudo veía a los campesinos de Varishnya cocinar esas cosas. Y ahora ella había aprendido cómo hacer comidas con gusto. De modo que, con el ingenio de Sofía, ellas comían y mientras tanto Missie buscaba trabajo.

Había puesto sus ojos bien alto, segura de que podría obtener una posición como

ayudante de un profesor de arqueología, en uno de los colegios, ya que después de todo ella había aprendido de primera mano acerca de antigüedades y de excavaciones. Pero el problema era que no tenía las ropas apropiadas, sólo una falda azul y un par de blusas de algodón. Y no había dinero para comprar nuevas o incluso un par de zapatos decentes. Los salarios eran bajos y, para cuando ella hubiera pagado su billete a la Segunda Avenida y la renta, calculaba que no le quedaría lo suficiente para la comida y la ropa nueva. Había considerado el trabajo de criada, pues sabía que le daban uniforme, pero todas las grandes casas de la Quinta Avenida esperaban criadas con cama dentro y, de todos modos, los salarios eran escasamente suficientes para sobrevivir. Había intentado un trabajo como vendedora en una de las nuevas grandes tiendas, Macy's, pero supo al instante, por la forma en que la miró el jefe de personal, que no era lo suficientemente elegante. No eran solamente sus ropas, pensó con desesperación, mirándose al espejo. Parecía pobre. Y eso era un problema... ella era demasiado pobre para conseguir un trabajo.

El sol del verano avanzado la golpeaba mientras caminaba lentamente a lo largo de la calle Delancey, al día siguiente, sin ganas de regresar y enfrentarse a Sofía con la noticia de que había vuelto a fracasar. De repente, se detuvo frente al bar irlandés O'Hara. Las simples palabras escritas con tiza sobre una pizarra la subyugaron como si estuvieran escritas en oro: «Se busca ayudante, presentarse en el lugar». Ella jamás había visto un bar en toda su vida, pero abrió las puertas de vaivén sin dudarlo. Los olores a whisky, cerveza y humo de cigarrillo estancado, a repollo cocinándose en alguna parte de la trastienda, casi la ahogaban, pero levantando el mentón con determinación caminó hacia el hombre corpulento que se hallaba detrás del mostrador.

Shamus O'Hara era un irlandés grande, apuesto, de cuarenta años, que tenía el aspecto de descender de una raza de gigantes. Todo a su alrededor era sobredimensionado, desde su cabeza con su mata de cabellos rizados de color rojo hasta sus manos, del tamaño de jamones. Llevaba una camisa azul sin cuello que casi estallaba en los botones del pecho; las mangas recogidas en los antebrazos mostraban los músculos. Una vieja corbata de rayas estaba anudada en el medio y un pequeño cigarro colgaba entre sus dientes. Verificaba los barriles de cerveza entre bocanadas de humo y trozos de una canción que decía: «Te volveré a llevar a casa, Kathleen», que cantaba con una agradable voz de barítono con pesado acento irlandés.

Miró con sorpresa a la muchacha que preguntaba por el trabajo. Era demasiado alta para ser una niña de la calle, ya que estos niños siempre eran pequeños; sin embargo, tenía el aspecto deprimente de los hambrientos, aquel tinte amarillento en su piel y las ojeras grises debajo de sus ojos. Pero, Dios mío, sus ojos eran de color violeta y su cabello castaño brillaba a la luz del sol que se colaba por la puerta abierta. Estaba arreglada y limpia con su blusa blanca y su falda azul, y tenía los tobillos tan lindos como para hacer volverse a cualquier hombre. O'Hara pensó que era muy diferente de las irlandesas raquílicas, de cabellos negros, que veía en el bar o

en St. Saviour los domingos, escondidas en sus chales, con una prole de diez o catorce niños pegados a sus tobillos. Con un poco de alimentación, esta muchachita podría ser una belleza. Pero el trabajo era duro y no parecía buena para ello. Además, sus clientes eran rudos y obviamente ella era un tipo de muchacha refinada.

—Bueno... No estoy seguro de que necesitemos a alguien —dijo con duda. Un gesto de desesperación cruzó por el rostro de la muchacha y él suspiró y dijo—: En realidad, no parece usted lo suficientemente fuerte como para levantar un jarro de cerveza.

—Oh, pero lo soy, lo soy —gritó, tomándolo con ansiedad del brazo—. Limpiaré, lavaré platos, serviré las mesas... cualquier cosa. Por favor, pruébeme...

Irguiéndose al máximo, Missie hizo lo más que pudo por parecer *fuerte*, mientras O'Hara la miraba de pies a cabeza especulativo, y luego dijo con un suspiro:

—Sólo por la bondad de mi corazón entonces, pero sólo a prueba. La paga es un dólar por noche. Empieza a las seis y termina cuando yo digo y no antes. ¿Lo ha entendido?

Demasiado próxima al llanto, Missie asintió y salió corriendo del bar, de regreso a la calle Rivington, para contarle a su familia la buena nueva. O'Hara la siguió hasta la puerta, observándola hasta que dobló la esquina de Orchard, preguntándose cuál sería su historia. Porque en esta parte del mundo todos tenían una gran historia secreta.

Durante un mes O'Hara la mantuvo ocupada. Barría la suciedad del suelo de la noche anterior y lo dejaba limpio; lavaba cientos de vasos hasta que las manos le quedaban rojas, con sabañones; limpiaba el mostrador y fregaba en vano los círculos de cerveza que manchaban las mesas. Haciendo lo posible por acostumbrarse al olor, llevaba pesadas bandejas cargadas con docenas de vasos de cerveza, sin derramarlos y los servía, ansiosa y sin sonreír, al rústico grupo de estibadores, albañiles, obreros y prostitutas que componían la clientela de O'Hara. Y al final de la noche, se llevaba triunfante un dólar y esquivaba a los borrachos que intentaban tocarla, corriendo por las oscuras calles llenas de desperdicios de los carros ambulantes, hasta la habitación que ahora llamaba su *casa*.

Sofía la esperaba con un vaso de leche caliente con sabor a canela, y Missie siempre protestaba porque estaba demasiado fatigada para comer el plato de comida que había traído a casa.

—Será para el desayuno de Azaylee —decía, dándole a *Viktor* una sobra que este devoraba como si fuera un cacahuate. Bebía agradecida la leche perfumada antes de caer, exhausta, sobre el pequeño catre de hierro que le servía de cama, sabiendo que Sofía esperaría hasta que se quedara dormida, antes de meterse en su cama, junto a Azaylee. Pero jamás le dijo que tenía miedo de dormirse, miedo de soñar aquello que regresaba todas las noches a su mente, cuando veía la aterrorizada cara de Alexei y oía su voz suplicándole que lo ayudara.

Azaylee era la única que no parecía preocuparse por las nuevas circunstancias,

jugando alegremente en las sucias calles con la bulliciosa población de chiquillos del vecindario. Missie y Sofía se acodaban en la ventana para observarla cómo, con *Viktor* siempre tras sus talones, corría entre los carros, con los mechones rubios que volaban, mientras perseguía una pelota o saltaba una cuerda, o dibujaba círculos con tiza.

—Mira a esos niños —se maravillaba Sofía—, un puñado de pelagatos y mi nieta una de las peores. —Se reía cuando lo decía, pero Missie sabía que le dolía.

Había algo que Missie no le había dicho a Sofía acerca de su trabajo con O'Hara. Los clientes eran rudos, grandes, irlandeses musculosos como el mismo O'Hara, aunque en ocasiones un inmigrante de habla extranjera entraba por error. Mayormente O'Hara lo mantenía a raya, con una mezcla de lisonja irlandesa y de amenaza de puños. Estaban bien sobrios, pero, después de unos pocos whiskies, se volvían hombres diferentes: hombres con una sola cosa en la mente.

El bar tenía algunas clientas femeninas, algunas mujeres pobres, cargadas de hijos, cuyos maridos las golpeaban y que iban a beber para escapar, y también lo frecuentaban ciertas prostitutas. Missie trató de no advertir cómo se hacían las transacciones sobre las manchadas mesas, el hombre que manejaba a la mujer como un trozo de carne antes de hacer la compra; y trató de no llevar la cuenta de los escasos minutos que el individuo tardaba en regresar del callejón, a menudo abotonándose los pantalones. Pero hacia el final de la noche sus miradas borrachas se dirigían hacia ella.

La primera vez que ocurrió, quedó paralizada. Miró la enorme mano que le tomaba uno de sus pequeños pechos. Las uñas negras se clavaban en su carne, pero estaba demasiado impactada hasta para sentir dolor. Entonces gritó. O'Hara llegó corriendo, con la cachiporra colgando mientras profería insultos al obrero borracho.

—Mugriento bastardo —rugió, con un rápido golpe sobre un costado de la cabeza del hombre—. Quita tus manos de ahí... es una muchacha respetable, y lo suficientemente joven como para ser tu hija. Si eso es lo que quieres, sal de aquí y búscalos en otra parte. —Púrpura de la rabia, arrastró al sorprendido hombre por el salón, con la sangre que le chorreaba de su cabeza rota—. ¡Toma esto! —gritó, asestándole un puntapié que envió al hombre a través de las puertas de vaivén sobre la vereda—. Una bota en el culo es todo lo que te mereces. Y en cuanto a ti —le dijo, volviéndose a Missie—, no transformaré este lugar en una iglesia. Los negocios son los negocios. Si no puedes manejar tú a los hombres, estás despedida.

Missie no le contó a Sofía lo que había sucedido, pero la vieja mujer sabía que algo andaba mal. Esa noche, mientras masajeaba los hinchados tobillos de Missie con ternura y frotaba glicerina en sus enrojecidas manos, le dijo:

—No puedo permitir que esto siga. Debes dejar el bar.

Missie dejó caer los brazos con desesperación.

—Por favor, vendamos las joyas —le rogó—, como lo hicimos en Constantinopla. Seguro que ahora ya no hay peligro.

Sofía se encogió de hombros y respondió, como siempre lo hacía:

—Estas no son joyas comunes, son reliquias. Esa grandeza es identificable. Pueden tener un valor incalculable o ninguno.

—Entonces ¿qué sucede con el dinero de Suiza? Podríamos ir a ver a un abogado, enviarle una carta con la prueba de su identidad. No puedo soportar, Sofía, que debiendo vivir como una princesa usted lleve una vida peor que la del campesino más pobre de Rusia.

Sofía fue hasta el cajón y sacó un periódico de dos semanas atrás.

—No te he mostrado esto antes —le dijo— porque no deseaba preocuparte.

Missie leyó el breve informe. Hablaba de las atrocidades perpetradas en Rusia, del asesinato del zar y de su familia, de los arrestos y la encarcelación en *gulags* de gente inocente. Decía que la policía secreta todavía buscaba a los Ivanoff; que para el régimen revolucionario ellos eran la representación de lo que estaba mal y era decadente en la «vieja Rusia», que la Cheka todavía creía que los dos nietos habían escapado con la Princesa Madre Sofía. Fuentes fiables de Rusia declaraban que la policía secreta había recorrido Europa en su busca y que ahora dicha búsqueda se había extendido a los Estados Unidos. Decía que si los encontraban, el destino de los niños sería el mismo que el que había sufrido la familia imperial: el asesinato brutal.

Missie terminó su leche en silencio. Lo que Sofía había dicho era cierto y no había salida. Un futuro de lucha desesperada por cada dólar se cernía sobre ella, y su corazón pareció dejar de latir, a causa de que sabía que, de algún modo, quedaba en sus manos proveerlas de todo.

O'Hara la observaba con admiración. Ella poseía espíritu y era valiente. A él le gustaba. Missie limpiaba el bar mientras él encendía su primer cigarro del día y le sonrió.

—Tú eres el tipo de persona que se necesita en una caravana, muchacha —le dijo mientras la observaba desparramar viruta sobre el suelo brillante—. Eres de la raza de los pioneros.

Apoyada sobre la escoba, Missie lo observó mientras él inhalaba el humo con deleite.

—Ese cigarro cuesta un cuarto de mi jornal —le dijo—. ¿No le parece que es hora de un aumento?

Ella se rió cuando él se ahogó con el cigarro y su rostro irlandés de grandes huesos enrojeció cuando se golpeó el pecho con el puño que tenía el tamaño de una pelota de fútbol.

—Por Jesús, niña, casi me haces caer, diciendo cosas como esa —gritó indignado.

—Dos dólares —le dijo, doblando los brazos de modo beligerante—, y usted sabe que lo vale.

Se miraron a través del mostrador de caoba como dos boxeadores en un cuadrilátero, los ojos verdes de él brillando de repente. Pasándose las manos por la mata de cabellos rojos, dijo:

—Me has ganado, niña. Son dos dólares por noche... pero sólo porque los vales. Missie estampó enfadada su pie en el suelo.

—Entonces, maldito sea, ¿por qué no me lo ofrece en lugar de hacer que se lo pida?

Él se inclinó sobre el mostrador, sonriendo.

—Quizá se deba a que me gusta verte enfadada. Quizá porque quería ver cómo es la verdadera Missie O'Bryan, en lugar de la fatigada muchacha que hace su trabajo, dice poco y no sonríe nada. ¿Sabes que hoy es la primera vez que te veo reír?

—Eso es porque no tengo mucho de qué reírme —le respondió cortante.

O'Hara tomó su cigarro, observando cómo ella asía la escoba y comenzaba a extender la viruta de forma uniforme sobre el suelo.

—Te vi en la calle con una niña pequeña —le dijo, mirando que no tenía anillo en su mano izquierda—, pero ¿no hay un hombre?

—Su padre está muerto —le dijo, sin mirarlo.

Él asintió.

—Es algo triste para un niño estar sin padre, e incluso más duro para una madre que tiene que dejar que se críe sola.

La cabeza de Missie se irguió de pronto y lo miró, asombrada.

—Oh, pero... pero... —dijo, y luego rápidamente se detuvo. Por supuesto, todos en la calle Rivington pensaban que ella era la madre de Azaylee.

Esa noche había dos dólares en su bolsillo en lugar de uno, y O'Hara mismo llenó un plato de carne hervida, repollo y patatas. Y se aseguró de que se sentara quince minutos para comer. Con el plato frente a ella, de pronto Missie sintió apetito, y los penetrantes ojos de O'Hara la miraron mientras ella ponía parte de la comida en un recipiente para llevársela a Sofía y a Azaylee.

Después de eso, trabajar en el bar pareció ser un poco más fácil y a veces O'Hara le pedía que lo ayudara también en la hora de la comida. La cuidaba, asegurándose de que los hombres no la molestaran, y también se preocupaba por que se alimentara. Su amplio y apuesto rostro siempre rompía en una sonrisa cuando la veía y le pagaba con prontitud. Ahora había unos preciosos dólares ahorrados, junto con las joyas sin valor, en la maleta de cartón, debajo de la cama de bronce.

Unas semanas más tarde, mientras llevaba una pesada bandeja llena de whisky irlandés hasta una mesa de musculosos hombres en mangas de camisa, que sudaban como cerdos por el calor y la bebida, Azaylee entró de pronto a través de las puertas vaivén, con Viktor pegado a sus tobillos.

—Missie, oh, Missie —gritó mientras los ojos se centraban en ella—. ¡Ven rápido! La abuela...

Después de arrojar la bandeja al hombre más cercano, Missie la tomó de los hombros.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué le ha sucedido a Sofía?

Los ojos azules de la niña estaban bañados de lágrimas.

—Estaba de pie junto a la cocina, revolviendo una olla. Luego gritó. Se cayó, Missie. No pude despertarla.

Las calles estaban atestadas de gente que salía de los inquilinatos tratando de encontrar aire fresco, pero Missie se abrió camino a empujones, arrastrando a la niña de la mano mientras corrían hacia su casa, con el perro que las seguía.

Subió corriendo las escaleras y abrió de golpe la puerta. Sofía estaba tendida junto a la cocina; sus ojos estaban cerrados, pero Missie pudo ver que el pulso le latía lentamente en la base de la garganta, y dio gracias a Dios de que por lo menos estuviera viva.

Después de acomodar con cuidado una almohada debajo de la cabeza de Sofía, la abanicó con desesperación.

—Sofía, Sofía —la llamó—, está bien ahora, todo está bien. —Pero sabía que estaba mintiendo, ya que Sofía Ivanoff estaba muy enferma.

—Es sólo el calor —dijo Sofía con debilidad cuando se recuperó después de unos minutos—. No es nada.

Pero dos semanas después volvió a suceder, y esta vez ella se quejó de un dolor en la cabeza. Era un dolor que rehusaba desaparecer, sin importar cuánta medicina tomara de una botella azul que Missie había comprado en la farmacia y vaciaba en su garganta. No quiso ver a un médico, decía que no lo necesitaba, pero Missie sabía que era porque no podían pagarlo. Luego una mañana Sofía no pudo levantarse. Su lado izquierdo estaba paralizado.

Missie corrió a la calle Orchard a buscar al médico, prometiendo ganar el dinero para poder pagarle de alguna manera.

El doctor era un viejo judío de barba gris y amable.

—Me temo que la señora ha sufrido una serie de pequeños derrames cerebrales —le dijo a Missie con seriedad—, y esto ha conducido a una hemorragia en la cavidad craneal. Es la presión lo que provoca el dolor, y esto sólo se puede aliviar con una operación. —Miró dudando a la joven y a la niña que estaban de pie una al lado de la otra, con los ojos ansiosos fijos en él como dador de vida, de esperanza. El siempre había sentido en estas circunstancias no poder cumplir con las expectativas—. Debo serles franco —le dijo—. Es una mujer anciana. Es posible que no resista la operación. Todo lo que puedo hacer es darle algo para aliviar el dolor.

Missie tragó el gusto a bilis amarga de su garganta.

—Usted no puede... ella no podría...

—Todos debemos algún día morir, querida —le dijo con delicadeza—. Créame, es mucho peor cuando mi paciente es joven. —Abrió el maletín negro—. Le daré una inyección de morfina para aliviar el dolor. Vendré mañana por la mañana. Mientras tanto, usted debe cuidarse y también a su hija.

Missie miró a Azaylee, tan rubia, tan bonita y tan indefensa. Su hija, había dicho el médico. Si Sofía moría, entonces lo que todos creían, sería verdad. Azaylee sería su hija.

Cada mañana esperaba con ansiedad que llegara el médico, buscándolo entre los carros y la multitud de la calle.

—No está mejor —le dijo preocupada unos días después—. El dolor ha vuelto. Trata de no demostrarlo, pero lo veo en sus ojos.

—Le daré más calmantes —le dijo pacientemente—. Le permitirán descansar. —Miró con ojos penetrantes a Missie: se la veía pálida y fatigada por la falta de sueño y la preocupación—. Jovencita, usted debe dormir algo. Y asegurarse de alimentarse bien.

Missie no se rió porque no era cómico. No había ido a trabajar durante una semana y estaban con los últimos centavos. O'Hara había sido amable; le enviaba una mujer con un plato de comida todos los mediodías, pero ella ya no podía seguir aceptando la caridad. Y sabía que si no regresaba al bar esta noche él buscaría a alguien para reemplazarla.

A las cinco le dio de comer a Azaylee un plato con guiso y un trozo de pan negro ruso, comprado en Gertel, en la calle Hester, cuyo perfumado aroma casi la enloquecía de deseo. Todo un pan de sésamo extendido con mantequilla francesa dulce era el máximo de sus fantasías, pero estaba obligada a contentarse con un pequeño trozo de pan de centeno amargo del día anterior.

Lavaba a Sofía, masajeándole su rostro fino con una toalla de lino lavada con sus propias manos y secada al sol, en la escalera de incendios, junto con la ropa de los vecinos. Había días en que no podía ver los edificios de inquilinos por la cantidad de ropa tendida, y no había secretos en cuanto al estado de desgaste de la ropa interior de sus vecinos. Levantó la cabeza de Sofía, haciéndole beber un poco de caldo caliente, pero la princesa sólo pudo sonreír y susurrar unas palabras de agradecimiento antes de volver a caer en la inconsciencia.

Su mano todavía se agarraba a Missie con la fuerza del acero y ella pensó con un escalofrío que era como si Sofía se aferrara a ella como a la vida, que si ella la dejaba podía desaparecer en la oscuridad y nunca jamás regresar.

Después de echarse agua fría en su arrebatado rostro, se arregló el cabello en el espejo y se puso su blusa limpia de algodón. Estaba tan delgada que su falda le colgaba en las caderas antes que ajustarse en la cintura. La levantó y se la aseguró con un cinturón de cuero.

Le dio a Azaylee una pizarra y unas tizas de color que compró por un par de centavos y le dijo:

—Aquí tienes algo para entretenerte, pequeña. Cuida a tu abuela y, si me necesitas, sabes dónde encontrarme. —La abrazó, odiando la idea de dejarla sola—. Trataré de no regresar tarde —le prometió.

Missie dudó, con la mano en el picaporte. Azaylee estaba sentada en una silla junto a la cama, con la pizarra en la mano, mirándola con sus enormes ojos marrones asustados, pero Missie sabía que no tenía otro remedio. Si no trabajaba, no comían.

Llamó a *Viktor* para que se sentara junto a la puerta.

—Quédate —le ordenó—. De guardia.

Este se sentó obedientemente y ella agradeció a Dios que lo tuvieran o de lo contrario habría sentido miedo de dejarlas solas.

—Te quiero, *matiushka*, mamita —oyó que le decía Azaylee mientras ella se detenía en la puerta, todavía dividida entre dos deberes.

—Yo también te quiero, *clushka*, querida —le dijo, corriendo rápidamente escaleras abajo, antes de cambiar de idea.

El bar parecía más lleno que nunca esa noche y ella corrió, llevando vasos llenos y volviendo a recoger los vacíos. Pero incluso los rústicos hombres que antes la habían molestado le preguntaban por su abuela y ella pensó que quizás, antes de que la bebida hiciera estragos, ellos, después de todo, no fueran tan malos. O'Hara mismo le preparó un emparedado de carne asada y se puso a su lado para que lo comiera. Al final de la larga noche, le puso en la mano cinco dólares extra.

—Eres una buena muchacha, Missie O'Bryan —le dijo—. Aun con un nombre tan irlandés como la piedra Blarney, eres tan irlandesa como Zev Abramski.

—¿Quién es Zev Abramski? —le preguntó, guardando agradecida el dinero en su bolsillo.

—¿No me digas que no has estado con Abramski todavía? —exclamó O'Hara, con su gran vientre que se reía—. Debes de ser la única mujer del lado este que no ha estado con él. Zev es el prestamista judío de la esquina de Orchard y Rivington. Él te prestará veinte centavos por la camisa de tu marido hasta el viernes. Mantiene viva a casi toda la gente de aquí, hasta el viernes a la tarde. Luego es tiempo de pagar o el hombre no tendrá camisa el fin de semana. Y ahora fuera, y buena suerte, Missie.

Ella la necesitaría, pensó, corriendo por las poco iluminadas calles. *Viktor* reconoció sus pasos en la escalera y movió la cola saludándola. Azaylee estaba acurrucada dormida profundamente junto a su abuela. Respirando aliviada, Missie vertió leche en una cacerola, con un palito de canela, y la colocó sobre el pequeño hornillo, recordando cuando Sofía solía esperarla antes de irse a dormir.

Fue de puntillas hasta la cama, sonriendo al ver el delgado brazo de Azaylee sobre su abuela. Pero la sonrisa se congeló en su rostro cuando miró a Sofía. Los ojos de la vieja mujer estaban cerrados y su rostro pacífico, pero los labios estaban azules, y cuando Missie la tocó, la sintió fría.

—No —susurró, horrorizada—, no, no puede ser. —Pero era verdad. La princesa Sofía Ivanoff, en brazos de su pequeña nieta, estaba muerta.

Capítulo 12

Rosa Perelman de la planta baja envió a su hija mayor, Sonia, de nueve años, a la calle Hester para buscar al médico. Después de decirle a sus otras dos hijas que cuidaran a Azaylee, se quedó con Missie hasta que el doctor llegó. La noticia corrió por el vecindario y pronto la habitación estuvo llena de gente con pequeños obsequios, comida y bebida, y ofrecía su ayuda. Mientras tendían a Sofía y la vestían con un camisón blanco limpio, Missie se preguntaba qué hubiera hecho sin ellos. Le colocó a Sofía una cruz de ébano entre sus manos frías y de pronto se dio cuenta de lo delgada y frágil que se veía. Viva, Sofía había parecido siempre tan fuerte, tan indomable.

La primera vez que la había visto, Sofía iba camino a una fiesta en la corte; llevaba un vestido de encaje dorado con una gran capa de color azul, bordeada de armiño. Los diamantes brillaban en su garganta y orejas, una corona de diamantes y rubíes coronaba su hermoso cabello negro, y llevaba un abanico de plumas de avestruz. Ahora, la gran princesa estaba reducida a la simplicidad de la muerte, en la que las joyas no desempeñaban ningún papel y todo lo que se necesitaba era una túnica blanca de lino.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, Missie —le dijo Rosa Perelman—. Ahora tendrás que enviar por la pompa fúnebre.

Missie la miró con ojos vacíos.

—¿La pompa fúnebre?

—Para el velatorio —le explicó Rosa con paciencia—, para ver lo del ataúd y el entierro.

Missie no había pensado en el ataúd y el funeral. No tenía idea de cuánto costaban esas cosas, pero fuera lo que fuese, no tenía dinero.

—Si es por el dinero —dijo Rosa, leyendo sus pensamientos—, entonces tendrás que tomar contacto con la ayuda social. No será la primera que descansa en un ataúd de pino. No es para avergonzarse.

Missie miró con desesperación al padre Feeny. Sofía tenía miedo de acudir a la iglesia ortodoxa rusa de San Jorge, en la calle Siete del Este, y, en lugar de ello, acudía a St. Saviour. Él la conocía y la respetaba.

—Ella está bien, querida —le dijo, colocándole una mano consoladora sobre el hombro—, pero te doy mi palabra de que la dama será enterrada con dignidad. Tendrá una misa antes de que la lleven al Camposanto Potter.

—¿El Camposanto Potter? —repitió Missie, molesta.

Las mujeres que estaban a su alrededor se miraron con aprensión unas a otras; obviamente la muchacha no sabía nada de la vida... ni de la muerte.

—El cementerio común, mi querida —le explicó el padre Feeny—. Pero debes recordar que a los ojos de Dios todos los hombres son iguales. Sofía está en el cielo y son sólo sus restos mortales los que serán llevados a la fosa de los pobres.

Missie cayó de rodillas junto a la cama. ¡Planeaban enterrar a la Princesa Madre Sofía Ivanoff en una fosa común para pobres!

—No —gritó—. ¡No, no! No lo comprenden. Debe tener un entierro apropiado, y una Misa Mayor. En algún lugar encontraré el dinero.

Moviendo la cabeza y murmurando entre sí, las mujeres dejaron la habitación, y Missie quedó a solas con el sacerdote.

—No debes dejar que estas cosas te perturben, muchacha —le dijo el padre Feeny—. Eres sólo una jovencita y tienes una hija que cuidar. Deja que la dama descanse en paz sin más preocupaciones. Yo mismo llamaré a la ayuda social por ti, todo terminará rápidamente.

—Jamás. —Gimió Missie—. Jamás, jamás, jamás...

El padre Feeny suspiró mientras se arrodillaba a orar junto a ella. Cuando terminó, se puso de pie y dijo:

—Vendré mañana por la mañana y me ocuparé de que todo se haga. Mientras tanto, la iglesia está siempre aquí para consolarte, mi niña, y recuerda que creemos en la vida eterna. Esta noche, oraré por el alma inmortal de Sofía.

Missie permaneció de rodillas durante largo rato. Rosa Perelman se había ofrecido para cuidar a Azaylee, y ella se quedó a solas con Sofía. Sus lágrimas amargas gradualmente se transformaron en un gesto de preocupación mientras se preguntaba dónde conseguiría el dinero para enterrarla. Había una sola respuesta.

El bar brillaba, iluminado y lleno de gente. Una multitud de hombres se acodaba contra la brillante barra del mostrador, mientras las prostitutas paseaban por las mesas, tomando whisky, riéndose roncamente, y unas pocas mujeres con sus chales sobre los delantales tomaban oporto y limonada, tratando de olvidar con alcohol los oscuros momentos de su existencia. Alguien tocaba al piano una música popular y un manto de humo azul subía en espiral hacia los globos de las lámparas de gas, como si todo fuera igual que la niebla de las playas de Irlanda.

O'Hara estaba detrás del mostrador, sirviendo whisky y cerveza con tanta rapidez como podía, mientras una joven recogía los vasos vacíos y repartía las siguientes rondas. El corazón de Missie comenzó a latir más lentamente. O'Hara no había esperado, ya le había dado el empleo a otra persona.

Envolviéndose más en su chal, se abrió paso entre la multitud.

—O'Hara —susurró, mirándolo a los ojos—, debo hablarle.

Él asintió y después de llamar a la muchacha para que se hiciera cargo del bar, le hizo una señal a Missie para que fueran a la trastienda.

Caminó sobre la alfombra turca de la pequeña sala. Era la primera vez que entraba en sus habitaciones privadas, y ese era el mundo de un hombre a quien casi no conocía. Los muebles eran pesados y oscuros. Obviamente habían sido traídos de la vieja patria. Colgaban algunas fotografías que en algún momento habían sido color sepia pero ahora estaban bastante descoloridas, enmarcadas en recuadros dorados sobre las paredes, y dos sillas macizas, rellenas de crines de caballo y decoradas con

cubresillas de encaje, a ambos lados del chispero de hierro forjado. La repisa de la chimenea estaba cubierta con terciopelo rojo con flecos. En la chimenea había un balde de lata galvanizada lleno de carbón y un florero alto que contenía astillas de madera con las cuales O'Hara encendía sus cigarros. Missie supuso que todo esto debía ser igual que la casa de su madre muerta en Irlanda.

O'Hara hizo a un lado la pesada cortina de terciopelo que dividía la sala del bar. Después de llegar a la habitación en dos pasos, le tomó las manos entre sus fuertes manazas.

—Missie, realmente lo siento. ¿Qué puedo decirte para consolarte, mi niña? Sólo que era una señora mayor y que debió de tener una gran vida. Es por ti por quien me preocupo ahora, sola con una niña. —Dudó, luego tomando la decisión, respiró hondo y dijo—: He estado pensando, Missie. ¿Por qué no dejas que yo cuide de ti y de Azaylee? Soy seguro y tengo lo suficiente como para que estéis cómodas y para ofreceros un hogar decente. Y además ahora se me presenta el problema de la amenaza de la Prohibición. Quisiera tener algo que fuera verdaderamente mío, Missie. ¿Qué me dices?

Él le sonrió como si su idea fuera la cosa más simple del mundo y ella lo miró asombrada.

—Pero no puedo —exclamó horrorizada—, no puedo simplemente vivir aquí con usted. ¿Qué pensará la gente?

—¿Pensar? —repitió, molesto—. ¿Por qué? Sólo pensarán que eres mi esposa. Missie, estoy pidiéndote que te cases conmigo.

—¿Casarme? —le repitió sin creerlo.

O'Hara se balanceó incómodo de uno a otro pie; luego de pronto dobló su gran cuerpo y cayó sobre una rodilla. Su amplio y atractivo rostro se ruborizó, tornándose tan rojo como su cabello, y dijo:

—Missie, te juro que jamás le he dicho esto a otra mujer excepto a mi madre, pero te digo que te amo. Eres la muchacha más adorable que jamás haya visto y tienes el espíritu que a mí me gusta. Te pido formalmente que seas mi esposa.

La cabeza de Missie daba vueltas. Todo era horrible, una pesadilla: casi ni conocía a O'Hara y él, ciertamente, no la conocía a ella, no conocía a la educada muchacha inglesa que era la hija del profesor Marcus Aurelius Byron; no conocía a la misma muchacha que amó a Misha Ivanoff tan apasionadamente que no lo podía olvidar. ¡O'Hara no conocía a Verity Byron! Todo lo que él conocía era a la pobre criada que lavaba vasos detrás del bar y comía la comida de su caridad, la madre *viuda* de una niña de cuatro años, aunque dudaba que incluso él creyera que era viuda. Y todo lo que ella conocía era al encantador, musculoso irlandés que dirigía su bar con mano de hierro. Pero Shamus O'Hara era un hombre decente y le había pedido honorablemente que fuera su esposa. Por supuesto que, si lo hacía, entonces se solucionarían los problemas de dinero; Azaylee tendría un hogar y un padre. Ella tendría un hombre que la cuidaría, alguien en quien apoyarse. La idea se presentó de

pronto tentadora. Cerró los ojos y el rostro de Misha vino a su mente, orgulloso y fuerte, sus inteligentes ojos grises que la miraban, y ella supo que todo estaba mal. Azaylee jamás podría tener otro *padre* y ella jamás amaría a otro hombre.

O'Hara se puso de pie.

—Puedo ver en tu rostro que te he molestado —le dijo—. Y en un momento como el que estás pasando. Dejaré que lo pienses, Missie. Quizá después te sentirás con más humor como para tener en cuenta lo que te he dicho. Mientras tanto — agregó con vivacidad—, ¿necesitas dinero?

Ella lo miró con la mirada vacía. No podía pedirle que le prestara dinero ahora, ya que tendría una obligación con él. En lugar de eso, dijo rápidamente:

—Simplemente quería estar segura de que tendría el empleo.

—Es tuyo, Missie, cuando desees regresar —le dijo, presionando sus manos entre las suyas. Volvió a correr la cortina de terciopelo y ella salió del salón y apresuró el paso por la calle Delancey, con los ojos fijos en la sucia vereda y su mente anegada de problemas.

Había luz en la ventana superior, en la esquina de Orchard y Rivingston. Miró los estantes llenos de una mezcolanza de mercancías, cada una con una pequeña etiqueta, y la oscura figura de un hombre detrás de una rejilla de bronce. Zev Abrainski, el prestamista, recordó a O'Hara diciéndole. Mantiene en movimiento el lado este... prestará veinte centavos hasta el viernes por la camisa de domingo de tu marido.

Missie espió un rato por la ventana y luego se volvió y dobló corriendo la esquina, de regreso a la habitación donde Sofía yacía muerta, con la maleta llena de joyas debajo de su cama.

Zev Abramski no era un hombre solitario por decisión propia, sino por muchas razones. Tenía veinticinco años, bajo, de contextura delgada y piel pálida. Su tupido cabello negro estaba peinado hacia atrás, tenía sensibles ojos marrones, una boca firme y manos de dedos tan largos como las de un músico. Era sumamente pulcro: iba dos veces por semana a los baños públicos y todos los días se ponía una camisa limpia, lavada gratis por una china de la calle Mott, que secretamente utilizaba su negocio de empeño para financiarle sus apuestas en el *mah-jong*. Incluso durante los días más calurosos, Zev se ponía una sobria corbata azul, ya que en su mente esto establecía una barrera psicológica entre él y el populacho en mangas de camisas hechas jirones que venían a pedirle dinero prestado sobre sus patéticas posesiones.

Vivía solo en dos habitaciones llenas de polvo detrás de su tienda, entre pedazos y piezas de muebles que dejaron sin reclamar sus antiguos dueños. Lo único que alguna vez compró era un adorable piano antiguo que ocupaba toda una habitación, y ni siquiera eso era nuevo. Venía de segunda mano de un comercio de la Gran Avenida y le llevó cuatro años de cuotas pagarlo. Había aprendido solo, y aunque no era un maestro, tocar el piano le agradaba. La música y los libros apilados en todos los

rincones, sobre sillas y mesas, llenaban el vacío de su vida cuando a las nueve y media, todas las noches, excepto el *Sabbath*, cambiaba el cartel de «Abierto» a «Cerrado», y daba vuelta a la llave del establecimiento.

Zev había vivido en la esquina de Orchard y Rivington durante trece de sus veinticinco años, y, aun cuando él era bien conocido en el vecindario, donde casi todos habían sido clientes suyos, no podía decir que ninguno fuese su amigo. Se decía a sí mismo que era por la naturaleza de su tienda, pero sabía que no era cierto. Tenía miedo a la amistad.

Todas las noches, excepto los viernes cuando iba al templo, caminaba por Delancey hasta el restaurante de Ratner, donde comía un plato de hongos y sopa de avena con *kasha varnishkes*, su plato favorito de trigo y fideos. Luego volvía caminando y cerraba tras él la puerta que conducía a su negocio y a su realidad. Recorría con sus dedos las teclas de marfil, y soñaba. Los sueños siempre comenzaban con su familia. En las noches buenas, se volvían fantasías de lo que su vida podría haber sido, pero más a menudo simplemente volvían a trazar la historia de su vida.

La música fluía suavemente de sus dedos mientras volvían a su mente los oscuros recuerdos de su temprana infancia, en el pequeño *shtetl* de la costa norte de Rusia. Cuando era niño, los veranos habían sido verdes y soleados. Había corrido libre por los bosques, de hierbas altas, y los inviernos habían sido crudos y nevados. Sus pies se deslizaban mientras caminaba con su padre a través del río helado. Pero no importaba cuánto frío hacía, siempre estaba caliente en su abrigo acolchado con una *chapka* de piel que le cubría las orejas y acallaba los sonidos del trineo tirado por caballos. Recordaba cómo se agarraba de la mano de su madre, corría para seguir sus pasos largos, mientras ella apuraba el paso por el pequeño pueblo, ansiosa por entregar sus pedidos y regresar a su hogar, fuera del alcance de los vientos del Ártico.

Recordaba cuando lo ponían a dormir en una caja de madera cerca de la estufa y escuchaba a su madre suspirando mientras su máquina de coser chillaba durante toda la noche y él veía por la mañana siguiente las prendas terminadas colgadas sobre el respaldo de una silla. Recordaba el olor repugnante y asfixiante del excusado comunal en el patio, el olor a tiza sobre el pizarrón de la maestra, el primer día de clase recordaba el olor agrio de los cuerpos jóvenes apiñados en la pequeña aula y el dulce aroma del cabello castaño trenzado de una niña que se sentaba frente a él. Recordaba cuando caminaba desde la barrota *shtetl* al pequeño pueblo y el sonido de sus botas sobre las veredas de madera, el miedo mientras miraba los rostros maliciosos de los niños que sabía que por alguna razón eran sus enemigos; y la risa mientras le arrebataban su *yarmulke*, arrojándola por el aire como una pelota mientras él se quedaba parado allí con su cara inexpresiva, como de piedra y en silencio, sin saber qué era lo que él hacía mal, solamente sintiendo que era diferente. Olía el aroma familiar de la piel de su madre cuando ella lo besaba y el pesado olor de las velas de cera que se quemaban en los candelabros de plata que habían pertenecido a

la madre de su madre, y el aroma de la cena del viernes, sopa de pollo y pescado frito. La pequeña habitación de Zev se llenaba de música alta y apasionada cuando recordaba los sonidos que aterrorizaban su corazón, aunque jamás comprendió el porqué... el golpe de la puerta en la oscuridad de la noche, las urgentes conversaciones entre su padre y los tíos, las palabras que no comprendía pero que lo asustaban: «el templo quemado, precaución, policía, matanzas... injusticia, asesinato. ¡Judío!»

Tenía siete años. El viaje se hizo de noche, recordaba las oscuras calles del Arcángel y a su madre, que llevaba los preciosos candelabros de plata envueltos en una tela azul, el barco oscuro y el olor a madera recién cortada de su carga, el aterrador ruido que hacían aquellas tablas, deslizándose y golpeándose mientras los embravecidos mares del Cabo Norte echaban por el aire la pequeña embarcación. Vio el rostro atemorizado de su madre y volvió a escuchar la voz de su padre entonando una oración...

Luego una gran ciudad, un tío con barba y una casa en una calle empedrada; él no debía salir, por si acaso... ¿Por si acaso qué?, se había preguntado con un escalofrío de miedo mientras ellos le cortaban sus largos rizos «por seguridad». Recordaba a hombres que con trajes oscuros se reunían para entonar las oraciones del *Sabbath* y los mismos aromas del viernes, la misma comida, los mismos ojos oscuros asustados y las voces nerviosas y de tono bajo...

El gran barco de tres cubiertas de alto le había parecido como una ballena gigante que los tragaba en su estómago junto con otros cientos de inmigrantes. Recordaba ignorar lo que la palabra *inmigrante* significaba. No se les permitía estar en cubierta y, durante el viaje, él no vio el mar ni una sola vez. No había aire; hacía calor y se asfixiaba. Escuchar el interminable llanto de los bebés, niños que peleaban, se quejaban de hambre y sed, caían enfermos... el sudor, la sombría aceptación de la degradación. Y todo mientras las tormentas se abatían sobre el barco, levantándolo, sacudiéndolo como un perro enloquecido a un conejo. La humedad rancia se mezclaba con la carga humana que gemía con un sonido similar al de la gente que rezaba, insultaba, gritaba su miedo, vomitaba. Los sonidos y los olores estaban grabados indelebles en su mente para ser disparados en cualquier momento, siempre liberando las mismas señales de pánico, el sudor, el temblor, el corazón palpitando...

Su padre cayó enfermo. Él podía verlo ahora, yaciendo sobre el descolorido trapo azul que había cubierto los candelabros, su rostro sombrío marcado por el dolor mientras temblaba con una terrible fiebre, «disentería», la palabra que se propagaba como el fuego, y pronto había más rostros pálidos, agonizantes, enfermos. Pronto nadie se preocupó más por la suciedad y la degradación. Simplemente deseaban morir.

Su madre se fue primero, tendida tranquilamente junto a su padre mientras él los observaba con ansiedad. Gradualmente su rostro perdió aquel gesto de dolor y pareció quedar en paz. Zev le sostuvo la mano, feliz de ver que estaba mejor, pero su

mano se puso más fría y luego rígida. Él gritó:

—Mi madre está muerta. —Nadie prestó atención. Había mucha gente muerta, padres, madres, niños, bebés... todos estaban demasiado enfermos como para darle importancia a su tragedia. Su padre murió unas horas más tarde y Zev los cubrió a ambos con la tela azul, hablándoles, pretendiendo al principio que todavía estaban vivos. Luego se desplomó, gimiendo y llorando hasta que se descompuso y sus ojos se tornaron rojos e hinchados. Al día siguiente, las puertas de arriba se abrieron y el capitán ordenó que salieran a cubierta. Zev estaba lleno de miedo. Estaba solo y no sabía qué hacer, pero el capitán no les dio la opción. Después de besar a su padre y a su madre, se metió los candelabros de plata en el bolsillo y trepó por las escaleras detrás de los demás.

Sintió la brisa salada y el viento fresco del este. Vio que navegaban por un ancho río, con edificios altos y oscuros en la orilla. Observó lo que hacían los demás. Los marineros los empujaban hacia la pasarela de desembarco, con manos rústicas, voces de disgusto. Vio a hombres de gesto adusto, con gorras que los esperaban, como la policía en Rusia, y su estómago se revolvió y sus rodillas le temblaron mientras esperaba en silencio que lo llevaran. Escuchó las preguntas que le hacían a la otra gente, sabiendo que él no tenía respuestas. No tenía padres, nadie que lo conociera, ni dinero... nada. Lo enviarían de nuevo al barco, a la muerte.

La familia que estaba frente a él era grande, cinco, seis, siete niños, el bebé lloraba, los más pequeños se pegaban a las faldas de su madre.

—Si no hay parientes que los esperen, permanecerán en la isla Ellis, en espera de la deportación —oyó decir al funcionario. Zev contuvo la respiración, esperando la respuesta. Había parientes, dijo el hombre, mostrando los documentos. El funcionario estaba impaciente, ansioso por deshacerse de ellos y de su olor; casi no los miraba. Era fácil para Zev estar bien junto a ellos, como otro niño entre tantos...

La gran sala estaba llena de cientos de personas, todas llorando y riendo a la vez, pero no había nadie que lo saludara a él, nadie que lo conociera. Nadie prestó atención al pequeño de siete años que salió corriendo del lugar, aterrorizado de que lo atraparan y enviaran de regreso. Se detuvo, todavía con miedo, mirando los edificios altos y de ladrillos sucios, oyendo los nuevos sonidos, oliendo los nuevos olores. Luego se miró los pies calzados con los zapatos nuevos de cuero que su tío le había comprado. Estaba pisando los Estados Unidos.

Siempre en este punto, Zev dejaba caer de un golpe la tapa del piano y caminaba por la pequeña habitación, sin desear el recuerdo de aquel niño pequeño, solo, en un país nuevo, cuyo idioma él no comprendía, y todos los acontecimientos que luego sobrevinieron. Después de tomar un libro de una de las tantas pilas que tenía alrededor, se acomodaba en un sillón cuyo relleno salía de la tapicería rota y se metía en la historia de la vida de alguien, para no pensar en la propia.

Para sus clientes, Zev era un joven judío, de hablar suave, con acento europeo y reputación de honesto en sus tratos.

Claro que, como cualquier otro prestamista, él ofrecía sólo el precio mínimo sobre sus pertenencias, pero, a diferencia de los demás, cargaba una razonable tasa de interés... y no se apresuraba a apoderarse de sus posesiones cuando ellos le rogaban otros días de gracia, que pronto se transformaban en semanas, hasta que podían encontrar el dinero y volver a pagarle. Zev Abramski no sonreía mucho, pero era justo, y todo el vecindario le daba a él sus negocios.

Desde atrás de la reja de bronce, Zev observaba el mundo pasar por su ventana. Conocía a todos, desde los vendedores ambulantes hasta los cobradores de rentas, las amas de casa y las prostitutas, el padre Feeny y el rabino Feinstein. Sabía qué niño jugando a la pelota en la calle pertenecía a tal y cual familia, qué hombre había trabajado y cuál no, y qué mujer engañaba a su marido. Había visto a la joven bonita, de cabello brillante, que apretaba el paso por la calle. A veces, llevaba a una niña rubia de la mano y un perro grande que corría delante, como abriendo el paso. Tenía un aire especial, una inocencia de damisela que le llamaba la atención, y sus ojos siempre la seguían hasta que desaparecía de la vista. Esa noche temprano la había vuelto a ver, cuando ella se había detenido largo tiempo en su ventana. No se sorprendió entonces cuando el timbre anunció la presencia de un cliente y levantó la mirada para verla de pie del otro lado de la reja de bronce.

Supo al instante que algo terrible había sucedido. Los ojos de ella eran dos fosas fatigadas rodeadas de ojeras grises, en un rostro pálido. Estaba de pie allí como si de pronto se hubiera encontrado en el lugar equivocado.

—Buenas noches —le dijo con acento pero amablemente—. ¿En qué puedo servirla?

Su rostro enrojeció intensamente.

—Necesito dinero —dijo, extendiendo su mano y mostrándole el diamante.

Zev contuvo la respiración. Aun sin la lupa de joyero, sabía que estaba viendo una piedra de fina calidad y por lo menos de cuatro quilates. Volvió a mirarla, pero ella envolvió su chal alrededor de su cabello, casi escondiendo su rostro.

—¿Dónde ha conseguido esta piedra? —le preguntó, con sospecha.

—Yo... fue de mi abuela —farfulló Missie, pensando que no debía haber venido, pero debía conseguir el dinero, simplemente tenía que hacer eso.

—Esta es una piedra fina que vale mucho dinero. ¿Por qué no la lleva a algún buen joyero en el centro? Seguro que le darán un buen precio.

—Yo... porque no puedo —dijo, colocando ambas manos sobre el mostrador para sostenerse—. No me pregunte por qué, simplemente no puedo...

—Es porque ha robado el diamante —le gritó Zev con furia—. Usted viene a mi negocio con esto para deshacerse de él, y luego yo voy preso... eso es, ¿no es cierto?

El rostro pálido de Missie se tornó transparente y sus ojos violetas se pusieron oscuros y llenos de miedo.

—¿Robado? —Atinó a decir.— ¡Oh, no! No, le juro que no es robado.

—Entonces ¿cómo ha conseguido este diamante?

—Le he dicho la verdad —le dijo temblando. Sabía que iba a llorar y escondió su rostro con desesperación entre sus manos—. Mi abuela está muerta —le dijo sollozando—. Y necesito el dinero para enterrarla, para que no tenga que ir a la fosa común de los pobres. Pero, aun para hacer eso, no robaría.

Zev la miró con incertidumbre. Si lo que decía era cierto, él lo sentía por ella, pero no podía correr el riesgo de dar dinero por una propiedad robada; debía estar al margen en lo posible de la policía, ya que él tenía su propio secreto que esconder. Pero la razón para conseguir el dinero era tan noble y se la veía tan triste, joven y vulnerable que él deseó ayudarla.

—Si quiere el dinero —le dijo con mayor gentileza—, debe decirme honestamente cómo la piedra llegó a manos de su abuela. —La miró con arrobamiento, mientras ella volvía a esconder el rostro en sus manos, llorando ruidosamente—. Por favor —le suplicó—, en el vecindario yo conozco las historias de todos. Le doy mi palabra, conmigo el secreto está seguro.

Missie levantó el rostro y lo miró, preguntándose si podía confiar en él.

—Lo traje con ella de Rusia —dijo por fin.

—¡Rusia! —Ahora él comprendía. Mucha gente que escapó colocó sus ahorros en diamantes. Eran pequeños y fáciles de esconder. Se podían volver a vender cuando llegaran al nuevo país. Pero eso significaba que ¡ella era también rusa!

—¿Me dice su nombre? —le preguntó con excitación en *yiddish*, pero ella negó asombrada con la cabeza.

—Su nombre —repitió en un medio olvidado ruso—, ¿y de dónde viene?

—Somos de San Petersburgo —le dijo con fatiga—. Mi nombre es Missie O'Bryan.

—¿O'Bryan? ¿Entonces su marido no es ruso?

—El nombre de mi padre fue O'Bryan. No tengo marido. —Dijo y se tapó la boca con su mano. Se había olvidado su propia historia y ahora estaba atrapada en una mentira.

Zev se volvió, violento.

—Perdón —murmuró—, no debería haber hecho una pregunta tan personal.

Tomó el diamante, volviendo a examinarlo. Podía sentir los ojos violetas fijos en él esperanzados, pero no dijo nada.

Missie sabía que él esperaba que le dijera más, ¿cómo podía culparlo? ¿Dónde más conseguiría una pobre muchacha como ella un diamante tan valioso, si no lo había robado?

—El nombre de mi abuela era Sofía Danilova —dijo rápidamente—. Escapamos de la Revolución, junto con otros.

Él empujó el diamante en silencio a través de la reja y ella supo que no era bueno, que él no le prestaría el dinero. Sofía había tenido razón después de todo. Las joyas no tenían valor.

—Gracias, señor Abramski —le dijo con tristeza, metiendo el diamante en su

bolsillo—. Comprendo.

Zev la miró cuando salía por la puerta; sus hombros delgados iban caídos como si soportaran todo el peso del mundo. Parecía tan patéticamente joven y sola: le recordaba a sí mismo algunos años antes, un muchacho solo en las calles de Nueva York, sin un lugar adonde ir, nadie a quien recurrir...

—¡Espere! —la llamó, golpeando con un puño el mostrador.

Ella se volvió, con los ojos llenos de miedo.

—Le prestaré sólo cincuenta dólares —le dijo—. Naturalmente el diamante vale mucho más, pero no quiero engañarla. Lo guardaré hasta que pueda pagarme, aunque pueda pasar mucho tiempo.

Missie sintió un estremecimiento de alivio en su estómago, pero sabía que debía decirle la verdad. Le dijo rápidamente:

—Gano doce dólares por semana, trabajando en el bar de O'Hara. De eso tengo que pagar la renta y mantener a mi familia. Y con la amenaza de la Prohibición, ¿quién sabe cuánto tiempo más tendré incluso ese trabajo? Debo ser honesta, señor Abramski, quizá jamás pueda pagarle sus cincuenta dólares.

—Algún día su fortuna cambiará —le dijo, abriendo una vieja gaveta de madera y contando el dinero. Empujó los arrugados billetes, por la abertura de la reja de bronce—. Cincuenta dólares. Llamémosle un préstamo de confianza.

Missie miró la pila de billetes que significaban tanto para ella.

—Vaya y entierre apropiadamente a su abuela —le dijo Zev con gentileza—, y *shalom aleichem*.

—¿*Shalom*? —le preguntó con intriga.

—Significa que «la paz esté contigo».

Sus ojos violetas dilatados por las lágrimas se encontraron con los del hombre, y Zev supo que eran ojos para enamorar a un hombre.

—*Shalom aleichem* —le respondió delicadamente. Luego, después de esconder el dinero debajo del chal, se fue.

La campana sonó con ruido cuando ella cerró la puerta y Zev miró el diamante que brillaba sobre el rayado mostrador de madera. En todos los años desde que había visto morir a sus padres, jamás se había permitido una emoción... no importaba lo que hubiera sucedido, las cosas terribles que había visto, las historias desesperadas que había oído, pero ahora las lágrimas inundaban sus ojos. Su corazón había sido tocado por fin por una muchacha desconocida.

El corazón de Missie se rompía cuando pensaba en el gran funeral que debería haber tenido Sofía por derecho: el ataúd de bronce con príncipes y nobles que lo cargaran hasta su lugar de descanso final, junto a su esposo y los zares de todas las Rusias, en la gran catedral de San Pedro y San Pablo. El aire habría estado cargado de aroma a incienso y flores. El profundo y sonoro canto del coro de hombres, y el

Metropolitano de la iglesia ortodoxa en persona que habría dirigido el servicio. Su familia y todos sus muchos amigos se habrían reunido a rendir tributo y a llorarla, y después, una generosa pero digna recepción en su honor, en el hermoso palacio del canal Moika. Pero, en lugar de eso, estaban Azaylee, ella y dos hombres indiferentes de la pompa fúnebre que cargaban el barato ataúd de Sofía por las cuatro estrechas plantas de escaleras, maldiciendo en cada curva.

Azaylee se aferraba fuerte de su mano. Llevaba un vestido de algodón de color rosado y sus largos rizos rubios estaban cepillados hacia atrás y atados esmeradamente con una cinta negra. Estaba pálida pero sin lágrimas, y Missie se sintió contenta de no disponer de dinero para comprar ropas de luto, ya que Sofía habría odiado ver a su nietecita vestida de negro. Azaylee llevaba un ramito de flores frescas elegidas esa mañana en un carro ambulante. Movía la cabeza con seriedad a las mujeres que observaban, con las cabezas cubiertas con sus chales, mientras el féretro de Sofía era cargado en el miserable coche fúnebre.

De pronto se hizo el silencio en la calle Rivington; los vendedores ambulantes dejaron de gritar, las mujeres de regatear, e incluso los niños de jugar, mientras el coche partía con Missie y Azaylee caminando detrás. Con un gran aullido, *Viktor* se soltó de su cuerda y bajó por la escalera de incendios para unirse a ellas; con su cola como bandera, dibujando un arco en el aire mientras conducía el cortejo, de la forma en que lo había hecho con el trineo a través del bosque, aquella terrible, fría, oscura noche en Rusia.

Missie apretó aún más la mano de Azaylee. Levantó alto el mentón y miró hacia adelante, temerosa de encontrarse con los ojos de alguien, en caso de llorar. Sin Sofía, se sentía sola e indefensa.

Oyó pasos y se volvió, sorprendida de ver a O'Hara caminando detrás de ella, acalorado e incómodo con un cuello duro, su vieja corbata a rayas anudada, en lugar de sostener los pantalones como lo hacía comúnmente. Llevaba los típicos tirantes verdes del día de San Patricio y una chaqueta negra que estaba tensa en las costuras.

—Creí que sería mejor darte mi ayuda —le susurró, colocando su sombrero con respeto contra su pecho.

Hubo un repentino murmullo en la calle cuando otro hombre comenzó a caminar detrás de él. Zev Abramski había interrumpido su *Sabbath* para asistir al funeral de Sofía Danilova. Missie estaba dividida entre la risa histérica y las lágrimas amargas cuando pensaba en la ridícula procesión: un cantinero irlandés, un prestamista judío, una muchacha inglesa, una pequeña niña y un galgo ruso escoltando hasta su tumba a una de las princesas más grandes de Rusia.

St. Saviour estaba iluminada por cientos de velas, y, mientras el padre Feeney decía una misa católica y ellos bajaban el féretro de Sofía al suelo, ella pensó con nostalgia que antes siempre había habido una esperanza, el pensamiento de que quizá todo era una charada que estaban jugando, como solían hacerlo en las fiestas de Navidad y que pronto todo volvería a la normalidad. Pero, cuando ellos depositaron

en la tierra el ataúd de Sofía, supo que todo era real y eterno. Antes había sido una niña. Ahora debía transformarse en una mujer.

Azaylee se agarraba de su mano.

—Quiero ir a casa —gimió en ruso—, a mi verdadera casa. Quiero a mi papá y a mi mamá, la princesa. Quiero a Alexei. —Missie la abrazó fuerte, y las lágrimas de ambas se mezclaron—. ¡Estoy harta de este juego, Missie! —gritó histérica—. Quiero ir a casa, quiero que todo sea como era antes. Quiero a Varishnya. Quiero que vuelva mi abuela Sofía Ivanoff.

Los ojos de Missie se encontraron con los de Zev Abramski y ella supo que él había entendido lo que dijo la niña y que ella le había mentado. Ahora él sabía que habían enterrado a Sofía Ivanoff, y no a Sofía Danilova.

Su rostro era inexpresivo cuando le hizo una reverencia y dijo:

—Mis condolencias. Que su abuela sea la mensajera de Dios en el cielo. —Luego se volvió y desapareció rápidamente.

O'Hara lo miró, misterioso, luego echó un vistazo a su reloj de bolsillo que colgaba de una cadena de oro, cruzando su vientre.

—Mejor que regrese al bar —dijo, poniéndole dinero en la mano—. Un funeral siempre hace que la gente tenga apetito, y no ha habido un velatorio apropiado, como debería haber sido. Compraos una buena cena y os sentiréis mejor. —Su rojo cabello se rizaba con el calor, y se encontraba incómodo en su cuello duro, enjugándose la transpiración con un gran pañuelo de motas rojas—. Recuerda lo que te dije, Missie. No te presionaré ahora, soy un hombre paciente. Sólo quiero que sepas que estoy listo para cuando lo desees. —Y colocándose el sombrero sobre el halo de rizos pelirrojos, se marchó por la calle.

Cuando los sepultureros comenzaron a llenar la fosa, Missi lo siguió, saliendo del cementerio. Pero no pensaba en O'Hara y su oferta de matrimonio, sino en Zev Abramski. Como Azaylee, todo lo que ella deseaba era imposible. No quería enfrentarse a los sueños desesperados de la noche y la realidad de la mañana siguiente. Simplemente deseaba ir a casa con su padre.

Capítulo 13

Estambul

Nadie podía decir que Michael Kazahn era un hombre viejo: sus ochenta años le sentaban tan bien como a su padre, y, aunque su cabello estaba blanco, era abundante y exuberante como cuando tenía veinte años. Su tez mate no tenía arrugas, sus tupidas cejas y su bigote eran negros y emanaban energía. Por supuesto, todavía utilizaba el bastón de ébano, pero mayormente lo hacía para agitarlo a su alrededor cuando quería resaltar algo. Y el feroz temperamento que había heredado de su padre no había cambiado ni un ápice.

Ahmet Kazahn observaba con calma a su padre mientras rengueaba por la enorme oficina, con las altas ventanas que miraban sobre el Mar de Mármara, agitando su bastón y rabiando por la estupidez de las mujeres, en especial de sus nietas, y del problema que le traían a la casa de los Kazahn.

—¿Por qué? —preguntó, con sus tupidas cejas negras moviéndose con furia—. ¿Porqué?, te pregunto —repitió, golpeando el bastón con tanta violencia sobre el hermoso suelo de parquet que lo rompió—. ¡Bah! —Lo arrojó con disgusto y caminó hasta su escritorio con aquel raro movimiento de su pierna inválida que le permitía cubrir espacio más rápidamente que un hombre normal—. Asil —le gritó a su secretaria por el intercomunicador—, ¡búscame otro bastón!

—¿Por qué hicieron esto? —volvió a preguntarle a Ahmet—. ¿Por qué Anna no recurrió a nosotros, a la familia, si necesitaba dinero? Y, en nombre de los cielos, ¿por qué necesitaba dinero? ¿No le dejó Tariq Pasha suficiente? ¿No es un millón de dólares suficiente para mantener el estilo Ivanoff al cual ella está acostumbrada? ¿Y por qué Leyla, tu hija, la ayudó?

Ahmet suspiró. Estaba acostumbrado a los exabruptos de su padre, pero esto era serio.

—Sugiero, padre, que en lugar de hacer que tu presión arterial suba a las alturas con preguntas retóricas, le preguntes a las muchachas. —Se encogió de hombros—. Una pregunta simple, una respuesta simple. Entonces sabremos cómo proceder.

—¿Proceder? ¡Mira esto! —Arrojó el periódico turco a los pies de Ahmet—. Y esto, y esto... —*El Times*, el *International Herald Tribune*, el *Wall Street Journal*, *Le Monde*, *Fígaro*...— Japón, Alemania, todos hablan de la venta de la esmeralda. —Bramó—. Y especialmente Rusia y los Estados Unidos. ¿Entonces? ¿Cuánto tiempo le llevará a la CIA o al KGB descubrir que fue Anna la que vendió la joya?

—Seguramente no lo lograrán. El secreto del sistema bancario suizo es sacrosanto.

—Por supuesto que lo es —rugió Michael, golpeando con su nuevo bastón—, pero incluso en los bancos suizos hay seres humanos, y siempre habrá uno que pueda

ser comprado. No, te digo, Ahmet, tenemos problemas. ¡Y yo quiero saber por qué!

Después de volver a su escritorio, volvió a pulsar el intercomunicador y le dijo a Asil que lo comunicara con el número de París. Golpeó con rabia contra un lado del escritorio, bramando con impaciencia cuando el contestador automático tomó la llamada y la voz de Leyla pidió dulcemente que el que llamaba dejara el mensaje.

—Leyla —rugió—, habla Kazahn Pasha. ¿Por qué no estás en casa cuando yo llamo? ¿Quizás ahora evitas a tu familia? ¿Es debido a todos los problemas que nos estás ocasionando? Tú y tu hermana, Anna. ¿Dónde estás? ¿Y dónde está Anna? Te ordeno que toméis el próximo vuelo a Estambul...las dos. ¡Y le puedes decir a Anna que tendrá que vérselas con Kazahn Pasha!

Colgando el teléfono triunfante, desparramó su placer a través de toda la oficina, mirando a Ahmet.

—Ahí tienes —le dijo, satisfecho con su actuación—, eso hará que tengan encima el temor de Dios. Y así será, porque, mi querido hijo, tengo la sensación de que se encuentran en terrible peligro.

Ahmet sabía que su padre tenía razón. El asunto había llegado a proporciones totales. ¿Quién sabía la verdadera historia que había detrás del deseo de las naciones por obtener la joya? Por una u otra razón, todavía querían encontrar a los Ivanoff, y él tenía el sentimiento de que era por algo más que los miles de millones no reclamados en los bancos. Una cosa sabía: sería mejor que lo descubriese y pronto.

De regreso a su oficina, marcó el teléfono de Leyla, esperando pacientemente antes de dejar el mensaje diciéndole que obedeciera las órdenes de Kazahn Pasha y que regresara de inmediato con Anna.

—Estáis las dos en peligro —agregó—. Venid a casa para que os ayudemos...

Su próxima llamada fue a un cierto hombre, en una pequeña oficina en el puerto del Pireo. El hombre era miembro de una bien conocida pero empobrecida familia de marinos griegos con acceso a los altos niveles de la sociedad, tanto comercial como social. Había estado al servicio secreto de Ahmet durante más de treinta años, desde el comienzo de la Línea de Cargueros Kazahn, espionando a sus rivales griegos, de modo tal que Ahmet conocía sus negocios casi antes que ellos mismos. Ahmet le había pagado bien durante todos esos años, pero sólo lo suficiente para dejarlo queriendo más. Los griegos nacieron espías, inteligentes, agudos y sin escrúpulos. Era el tipo de personaje que buscaba a otros que fueran como él: en cualquier país, en cualquier momento, este hombre era capaz de encontrar una «aguja en un pajar». Y ahora Ahmet tenía el trabajo más grande de su vida para él.

Leyla respiró con alivio cuando el 727 de Air France rugió su ascenso en la pista y cruzó por el aire. Durante unos segundos pudo ver París debajo; entonces las nubes se cerraron, se apagó la señal de los cinturones, y una voz femenina informó que aquellos que desearan hacerlo podían fumar. Por encima de la capa de nubes, el sol

brillaba en el claro cielo azul, y en pocas horas estaría en Estambul.

Miró el asiento vacío a su lado. El asiento de Anna. Esa mañana se había paseado por el patio del Louvre, pero Anna no había aparecido. Después de dos horas, volvió de prisa a su apartamento deseando encontrar un mensaje, pero esta vez la luz roja titilaba en su contestador. Había esperado hasta el último minuto en que el taxi la llevó al aeropuerto, donde había llamado para ver si había mensajes, pero todavía no había noticias de Anna, y entonces se preocupó.

«¿Porqué lo habían hecho? —se preguntó con rabia—. ¿Por qué Anna no había recurrido a Kazahn Pasha para pedirle el dinero que necesitaba?». Pero sabía por qué. Michael habría querido saber qué había hecho ella con su herencia, y Anna no deseaba decírselo. Era el fuerte orgullo ruso lo que la condujo a todo eso. No era que alguna vez hablara de sus ancestros, pero aparte de Missie y de los Kazahn el pasado era todo lo que ella en realidad tenía.

Leyla recordaba el verano en Estambul cuando tenía ocho años y Anna once. Estaban en la terraza observando cómo el sol al esconderse sobre el Bósforo parecía una gran esfera escarlata cortada y pegada sobre un cielo dorado. La luna llena se levantaba detrás de las oscuras colinas y el débil aroma de las flores en la noche cargaba el aire. Había allí cuatro personas: Tariq y Missie, Anna y Leyla, observando en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos mientras el sol se deslizaba rápidamente detrás del horizonte, dejándolos envueltos en una oscuridad cálida, azul, suave como el terciopelo.

Leyla estaba sentada sobre una otomana tapizada de seda a los pies de Tariq y Anna se apoyaba contra la balaustrada mirando las aguas oscuras.

—Missie —le dijo con voz calma—, háblame de Varishnya y de mi abuelo.

Leyla miró a Missie sentada junto a Tariq y vio que él le tomaba la mano brindándole consuelo.

—Algunas cosas son demasiado dolorosas de recordar —le dijo a Anna—. El pasado es el pasado, debe olvidarse.

Missie respondió con calma:

—Pero ella tiene razón, debe saber de su familia. Debe saber la verdad, cómo fueron.

El silencio pareció interminable mientras ellos esperaban a que Missie pusiera en orden sus pensamientos, y luego ella comenzó.

—La primera vez que vi a Misha Ivanoff —dijo con calma— tenía yo sólo dieciséis años y todavía era considerada una niña; mi largo cabello estaba atado con un gran lazo y llevaba un simple vestido blanco con un lazo bajo y ancho, medias blancas y botitas marrones. Estaba sola en Rusia, en el mundo en realidad, ya que mi padre había muerto y no tenía parientes vivos. Había viajado desde la costa de Crimea hasta San Petersburgo en el tren privado de los Ivanoff, que me pareció a mí un palacio sobre ruedas; en realidad, corría tan suavemente sobre las vías que parecía acolchado. Pero si pensé que el tren era lujoso nada me preparó para el esplendor del

palacio, a orillas del canal Moika.

»Un chófer de librea azul me esperaba en la estación y me condujo hasta el frente de la escalinata de mármol donde un portero, que era tan grande como un oso, con su chaqueta azul, tachonada de medallas de oro, me abrió la puerta. Estaba anonadada por la grandeza del interior. La sala de entrada se levantaba en tres plantas hacia arriba, con columnas de mármol de color crema, talladas, y ventanas altas vestidas con cortinas de seda dorada. El suelo era a cuadros blancos y negros, de mármol, con una inmensa alfombra de color magenta, que subía por la gran escalera de mármol. Y, en la parte superior de esta, estaba un hombre alto y rubio, con su mano que descansaba sobre el collar de un gran perro color ámbar.

—*Viktor* —respiró Anna, sentándose a los pies de Missie—. El perro del cual mi madre siempre hablaba.

Missie asintió.

—Cuando ella era una niña, *Viktor* era el mejor amigo de tu madre. Su único amigo —agregó con tristeza.

—¿Qué sigue? —preguntó Anna.

—Aunque vestía un viejo abrigo de tweed, pensé que parecía muy autoritario y muy ruso —dijo Missie—. Era muy alto, con hombros anchos, y se movía como un atleta. Su cabello era tupido y muy lacio. Lo llevaba más largo de lo que se usaba en aquellos días, peinado hacia atrás desde su frente. Los ojos eran de un gris profundo, los pómulos altos le conferían a su rostro marcados planos y ángulos. Era el hombre más apuesto que jamás hubiera visto. —Hizo una pausa durante unos instantes y luego susurró—: Y me pregunté desde entonces si el tiempo no se había detenido desde que nuestros ojos se encontraron.

Anna contuvo la respiración y Leyla la miró con ansiedad. Todos sabían que Missie había estado enamorada de Misha, pero esa era la primera vez que lo había puesto en palabras. La oscuridad había caído y la luna estaba alta en el cielo. Podía ver la cabeza rubia de Anna mientras descansaba en las rodillas de Missie, escuchando.

—Tu abuelo era uno de los hombres más ricos de Rusia —prosiguió—. Además de la villa de Yalta y la mansión de San Petersburgo, había una casa de veraneo junto a la del zar, en Tsarkoe Selo, y la propiedad del campo en Varishnya, la favorita de tu abuelo. Era exactamente lo opuesto a la casa de San Petersburgo. No era en absoluto menos grandiosa, y fue una de las casas más extrañas que conocí. Fue construida sin orden, como si hubiera comenzado pequeña y luego con los años, a medida que la familia necesitaba más espacio, se hubiesen ido agregando pedazos. Tenía forma de L con alas que salían hacia los lados y suelos extra que se colocaron aquí y allá. El estilo era lo que supongo podría llamarse rococó ruso, con una cúpula de un verde dorado, encima de la gran entrada. En el exterior cada trozo de la casa estaba pintado de un color distinto. En el interior no había pasillos, sólo una serie de habitaciones largas y estrechas, una detrás de la otra, y todos los suelos eran de madera, hechos de

los álamos que había en la propiedad y barnizados de un marrón dorado que hacía resbalar, justo para los pequeños pies de tu madre y de su hermano, Alexei. En verano, las altas puertas-ventana se abrían para dejar entrar la brisa, y aun en los días más calurosos, en el interior estaba deliciosamente fresco. Y en invierno, cuando el viento del Ártico soplaba, las enormes estufas de cerámicos rugían en todos los rincones de Varishnya, haciendo de esta la casa más acogedora del mundo.

»Y estaba siempre llena de gente. Todas las viejas relaciones de los Ivanoff vivían allí, y los amigos que iban a visitarlos, de una manera u otra no volvían a sus casas: las tías solteras, las viudas y los primos. Siempre uno sabía dónde estaban por el olor a naftalina y a menta, por el ruido de agujas y el susurro de chismes. Era extraño cómo siempre parecían estar al tanto de los escándalos más nuevos, incluso cuando no habían ido a la ciudad en años.

»Y luego estaban los criados. Parecía que se necesitaban docenas de ellos para mantener la casa, debía de haber cerca de cien habitaciones, aunque nadie las contó jamás y, por supuesto, incluso entre los criados había jerarquías. A la cabeza estaba Vassily, el mayordomo que había estado con la familia desde el tiempo del abuelo de Misha. Era viejo y tembleque, pero Misha se negaba a pedirle que se retirara. Decía que Varishnya y la familia eran todo lo que él tenía en la vida y, sin ellos, sabía que pronto moriría. —Suspiró Missie, pensando unos instantes antes de proseguir con la historia—. Nyanya era quien seguía en importancia. Ella también era vieja, aunque no tanto como Vassily. Consideraba que el cuarto de los niños era su dominio, donde ni siquiera la princesa Anouska podía decirle qué hacer. En lo que a niños se refería, Nyanya era la mejor. Tenía un cabello duro y gris, cubierto con una *babushka* blanca. Las criadas comunes usaban un delantal azul, pero el de Nyanya era blanco. Era el emblema de su posición en la casa, de modo que incluso las visitas sabían que era una persona a tener en cuenta. Recuerdo que algunos días tenía las manos inflamadas por la artritis y no podía bañar a los niños, y se veía obligada a quedarse gruñendo, mientras una docena de criadas hacían el trabajo. Pero era siempre a la falda de Nyanya donde Xenia y Alexei se trepaban por la noche, y ella era la que les contaba los cuentos antes de dormir. Era a Nyanya a quien más amaban, después de su padre.

Leyla frunció el entrecejo, preguntándose por qué Missie no había dicho «después de su padre y de su madre». Anna jamás hablaba de su madre tampoco; era casi como si no existiera, aun cuando sabían que sí existía.

—Luego seguía el tutor alemán, la doncella personal de Anouska y el valet de Misha. Ambos eran franceses y se consideraban muy superiores, por encima de los criados rusos. Siempre estaban susurrando detrás de sus manos y se paseaban por la casa con un altanero silencio. —Missie rió—. Las viejas tías siempre decían que actuaban como si el lugar les perteneciera a ellos y no al príncipe, pero al final fueron los últimos en dejar Varishnya. Todos los demás desaparecieron días antes, como las ratas de un barco que se hunde.

»De todos modos —prosiguió con rapidez—, había media docena de chefs, un

numeroso personal de cocina y docenas de sirvientes. Recuerdo a una joven que no hacía nada más que encender las lámparas de noche y por las mañanas las retiraba para limpiar las mechas. Y otra que no hacía nada más que cuidar de las estufas. Y por supuesto, había docenas de jardineros y el hombre que por su trabajo hacía que la cancha de tenis de césped fuera la más lisa de toda Rusia. Y los establos, donde los peones cuidaban de los amados caballos de Misha. Debía de haber veinte o treinta de ellos. Y las perreras donde cuidaban los perros para los trineos y el grupo de galgos.

»Tu abuela, la princesa Anouska, odiaba estar sola, y la casa estaba siempre atestada de gente y había interminables fiestas. A veces teníamos que vestir trajes de disfraz o viejos trajes tradicionales rusos, pero no importaba lo que ella vistiera, Anouska Ivanoff siempre estaba hermosa. Era la mujer más espléndida que jamás haya visto; parecía como una estatuilla de bronce lustrado, con su largo cabello del color del maíz y los ojos como pensamientos. Incluso su piel era algo dorada. Era joven, tenía sólo veintiséis o veintisiete años, muy alegre, y cuando se reía hacía que todos se contagiaran. Sólo a veces dejaba de reír, como si antes hubiera estado fingiendo que era alegre y sin prejuicios aunque uno pudiera sentir que en su interior no era nada feliz. Uno nunca sabía dónde estar con Anouska: un minuto ella era el alma de una fiesta y al siguiente había desaparecido. Se encerraba con llave en su habitación, durante días, y ni siquiera Misha podía entrar. Sólo su doncella, con las fuentes de comida que él le enviaba, pero siempre regresaban intactas. Al principio, recuerdo que pensaba que era muy extraño, pero todos parecían aceptarlo como algo natural. Era simplemente la manera de ser de Anouska.

»Misha era un hombre bueno —dijo, mirando a Anna—. Consideraba a sus sirvientes y a los trabajadores de sus propiedades y a sus familias como de su responsabilidad. Cuidaba de ellos con la apropiada ternura rusa, y ellos lo llamaban *batiushka*, que quiere decir papáito. Todos los meses organizaba una reunión en la gran sala donde servían cerveza y comida, y todos los hombres eran libres de hacer oír su voz acerca de sus preocupaciones y sabían que él se ocuparía con justicia de ellas, aunque Anouska siempre se quejaba del olor de las chaquetas de piel de oveja que hacían que la casa apestara durante una semana. Cada familia poseía su propia casita y todos los hombres tenían trabajo. Mucho antes de las reformas oficiales, los Ivanoff habían dado a todos su propia parcela de tierra donde cultivaban sus verduras y patatas. Hacía tiempo que en Varishnya no se conocían los dolores del hambre.

»Misha había construido una escuela y pagaba la *klassnaya dama*. Ayudó a los alumnos más brillantes con becas para las escuelas de Moscú; construyó para ellos una clínica y pagaba el médico. Luchaba por los derechos de los campesinos en la Duina, el Parlamento. Hizo todo lo necesario para convencer al zar Nicolás para que hiciera algo en ayuda de ellos; le dijo que todo lo que él y el zar Nicolás hicieran por su gente en sus propiedades el zar lo debía hacer por Rusia. —Missie se encogió de hombros y agregó con un suspiro—: Pero por supuesto la mente del zar estaba en otras cosas. Su hijo se hallaba desesperadamente enfermo, y la zarina Alejandra creía

sólo que el loco monje, Rasputín, podría curarlo. Si lo hubiera hecho, entonces el zar podría haber sido libre de dedicar su tiempo a su país y toda la historia de Rusia podría haber sido diferente. —Se detuvo un minuto, pensando en su historia, y luego continuó—. Anouska y Misha adoraban a sus hijos, Alexei y Xenia. Para cuando tenía seis años, Misha le había enseñado a Alexei a cabalgar y a nadar, e incluso a manejar apropiadamente un rifle. Alexei adoraba a su padre. Se les permitía a los niños entrar en su estudio sin importar quién estaba allí o cuan importante era la reunión. Si estaba demasiado ocupado, su padre los besaba y les daba un trozo de dulce de una fuente especial Fabergé, con una tapa sorpresa; tenía la forma de una pequeña colina con una palmera en la parte superior y un mono pequeño escondido en la hierba. Si ellos pulsaban un botón especial, el mono trepaba a la palmera y la tapa se abría. Recuerdo que Misha amaba ver el asombro de sus rostros. Jamás podían imaginar cómo funcionaba, y eso siempre lo hacía reír.

»Alexei era como su padre: los mismos ojos, el mismo cabello rubio oscuro y los rasgos fuertes. Y Xenia era una belleza como su madre. Su cabello era más claro, color pajizo antes que dorado, y sus ojos eran brillantes como el brillo del esmalte: siempre pensé que tenían el color de las alas de una mariposa tropical. Tenía la adorable piel dorada de Anouska. Y el temperamento de su madre.

»Anouska Ivanoff nunca se estaba quieta ni por un minuto. Corría entre París y San Petersburgo, Varishnya y Deauville, Montecarlo, Londres, Yalta, como si tuviera miedo de descansar. Y, siempre que llegaba a su destino, después de unas semanas o incluso de días, se aburría y volvía a irse. Los niños estaban acostumbrados a sus ausencias y siempre hacían alboroto cuando ella regresaba. Por supuesto que les gustaba cuando lo hacía, porque entonces siempre había fiestas y la casa volvía a estar llena de gente.

»Anouska compraba su ropa en París y, en invierno, usaba suntuosas pieles de martas sibelinas y de zorros del Ártico. Sus zapatos estaban hechos a medida en Londres y Roma. En todas las casas, tenía una caja fuerte forrada de suave terciopelo gris, donde guardaba sus fabulosas joyas: juegos completos de rubíes, esmeraldas y diamantes como en la cueva de Aladino. Adoraba las violetas, y los *parfumeurs* en Grasse, en el sur de Francia, crearon un perfume especial para ella. Por supuesto, se llamaba «Anouska», y nadie más lo usaba en todo el mundo. Y siempre llevaba un ramo de violetas sujeto al vestido o a una piel, de modo que siempre parecía que olía como la primavera.

Guardó silencio, recordando.

—Por favor, continúa —la instó Anna.

Missie le sonrió y volvió a la historia.

—Varishnya era especialmente hermosa con nieve. Los invitados venían en el tren de los Ivanoff a la pequeña estación especial de Ivanovsk, y allí los esperaba el cochero de librea y los conducía en un trineo tirado por perros hasta la casa. Siempre sabíamos que llegaban por el tintineo de las campanillas del trineo, y corríamos

afuera para saludarlos. Y, por supuesto, la favorita de todos, tanto de los niños como de los adultos era la princesa madre, Sofía Ivanoff, tu bisabuela.

»Fue la princesa Sofía la que me contó la historia del casamiento de tus abuelos. Cuando conoció a Anouska, Misha era conocido como «el partido de la década». Era el año 1908 y él tenía veinticuatro años, con un diploma de honor en arqueología de la Universidad de Oxford y dos años de incansables viajes detrás de él. Era alto y apuesto y por alguna razón eso lo hacía místico. Las jóvenes de Europa y los Estados Unidos decían que era un rompecorazones. Amaba los deportes y mantenía su cuerpo esbelto en el pico de la condición física, pero cabalgar era su deporte favorito y amaba jugar polo en Deauville. Anouska Nicholaevna Orloff tenía dieciocho años y era sobrina del zar. Su familia era noble, pero pobre, y la joven Anouska ya era una renombrada belleza y notoria por su coquetería. Todos los candidatos jóvenes de San Petersburgo estaban enamorados de ella, y tu abuelo no fue diferente. Tan pronto como la conoció cayó bajo el hechizo de su belleza.

Missie se detuvo un momento y luego agregó:

—Debes comprender que una belleza sin defectos, como la de Anouska, era apremiante: uno simplemente no podía quitarle los ojos de encima; era como una obra de arte viviente. Sofía decía que no importaba que Anouska no fuera bien educada; poseía una mente rápida que captaba todos los últimos acontecimientos, y podía hablar de teatro y de las últimas novedades en novelas y obras de teatro tan fácilmente como lo hacía con el modista o el joyero más de moda. Y era una maravillosa bailarina, siempre la estrella de una fiesta. No importaba si era egoísta o petulante. A veces se comportaba de forma extraña, sin aparecer en fiestas que habían sido especialmente organizadas en su honor o simplemente desapareciendo durante días enteros. Los jóvenes todavía hacían llover sobre ella ramos de flores y poemas de amor, así como joyas, que su madre siempre devolvía escrupulosamente. Ella debía velar por la reputación de su hija, y las ofertas iban más lejos que una simple pulsera de diamantes.

»Misha no pudo pensar en nada mejor, y durante semanas ella lo mantuvo pendiente, jugando con él como con un pez en el sedal. A veces lo veía, a veces no, y él estaba loco de celos pensando que algún rival iba a arrebatársela. Él le propuso matrimonio, y después de una semana de consideraciones y de dejarlo que se enfriara los talones solo en San Petersburgo mientras ella se iba a visitar a unos amigos al campo, ella finalmente lo aceptó.

»Sofía dijo que la boda fue la más grandiosa que jamás se vio en Rusia en muchos años. Anouska llevaba una capa de tela de oro sobre el vestido de satén color crema y la gran tiara Ivanoff, con la enorme esmeralda de noventa quilates del marajá, que había sido vuelta a engarzar especialmente por Cartier de París. El zar y su familia vinieron a la boda y la ceremonia fue en la Catedral de San Isaac, con sus cúpulas doradas y columnas de malaquita, y que, enorme como era, resultó demasiado pequeña para acomodar a los invitados. Después hubo una generosa

recepción para todos en la mansión que miraba sobre el río Neva.

»Misha llevó a su esposa a los Estados Unidos, en una luna de miel que duró tres meses. Anouska insistió en detenerse en Europa en el viaje de regreso. Necesitaba más ropa nueva, más joyas. Misha era joven y estaba enamorado; la consentía. Anouska podía tener cualquier cosa que deseara. Cuando finalmente ella se aburrió de comprar, reunió a sus amigos en el yate de los Ivanoff y todos hicieron un crucero por el Mediterráneo, por el Bósforo hasta el Mar Negro, y de regreso a Rusia.

»Sofía dijo que en ese mismo viaje Misha supo que había problemas. Había días en los que Anouska se negaba a salir de la cama; su rostro perdía todo color y sus ojos tenían una mirada perdida. A veces lloraba, sin histeria, pero sin detenerse. Las lágrimas corrían por su rostro pálido y acongojado y Misha no sabía cómo detenerlas, no importaba cuánto trataba de consolarla, de obligarla, de chantajearla con promesas de regalos. Ella simplemente no podía dejar de llorar. De regreso a San Petersburgo las cosas se pusieron peor; Anouska se encerraba en su dormitorio y rechazaba dejar entrar a nadie. Misha llamó a Sofía y ella llamó a la madre de Anouska.

»Ilona Orloff les dijo que Anouska estaba agotada; siempre se exigía hasta el límite de sus fuerzas con las interminables fiestas y los entretenimientos, y entonces caía por un tiempo en una gran depresión. Lo mejor era dejarla simplemente a solas y esperar a que se repusiera. Pero Sofía estaba preocupada y llamó a un eminente psiquiatra de Suiza. Este les dijo que Anouska era una maníaca depresiva; también les dijo que era joven y que una serie de tratamientos la ayudarían. De modo que la joven pareja pasó tres meses en una clínica de salud mental en las montañas de Suiza, mientras Anouska se sometía a su tratamiento. Cuando regresaron parecía mejor y volvió a su viejo estilo de vida con tanto ímpetu como antes.

»Entonces Misha fue un hombre tranquilo que disfrutaba de la vida en el campo. En invierno, nada le gustaba más que sentarse junto al fuego en Varishnya, leyendo libros de historia o haciendo deporte, cazando lobos con sus galgos y practicando tiro en la temporada. A Anouska sólo le gustaba Varishnya cuando podía dar fiestas extravagantes y llenarla con amigos del mundo del teatro y de la jet-set internacional que ella parecía recolectar en sus viajes. Era la anfitriona más popular y la mujer más hermosa de San Petersburgo. Poco a poco, sus vidas comenzaron a tomar rumbos separados, y, poco a poco también, Anouska se tornó más impredecible en su modo de actuar.

»Alexei nació tres años después de su matrimonio y, durante un tiempo, ella se transformó: se dedicaba a su hijo y lo llevaba a todas partes, mostrándolo en toda ocasión. Pero, al cabo de unos meses, había vuelto a su viejo estilo. Xenia vino tres años más tarde en un desesperado intento de Misha de hacer volver a su esposa a su vida, pero ella se hizo cada vez más errática, y pronto su conducta provocó rumores. Se decía que Anouska se había vuelto descuidada, que los coqueteos se habían transformado en relaciones. Se mencionaban nombres y los chismes crecían. Pero Anouska era tan hermosa que a nadie le importaba su conducta salvaje, le perdonaban

todo. Decían que todos los hombres de San Petersburgo estaban enamorados de Anouska Ivanoff. Excepto su esposo.

»Sin embargo, Misha todavía la cuidaba; se preocupaba por ella como si fuera una frágil muñeca de porcelana que en cualquier momento podría romperse, se preocupaba porque comprendía que ella estaba en un estado en el que no deseaba estar. Pobre Anouska, no tenía control sobre sus emociones ni sus actos; era como una brizna de paja, que volaba con el viento, en cualquier dirección. Pero, cuando las grandes depresiones caían sobre ella, siempre regresaba junto a Misha.

—Oh, Missie —susurró Anna y, a la luz de la luna, Leyla podía ver que estaba llorando—. Oh, Missie, ahora comprendo.

Missie extendió su mano y acarició el suave cabello rubio de Anna con ternura.

—Hay algo más que debo decirte, Anna, ahora que eres lo suficientemente mayor. —Dudó como si pensara en cómo decirlo, y luego, rápidamente—: Tu abuelo y yo estábamos enamorados.

Los ojos azules de Anna se abrieron más grandes y Leyla se sentó erguida, escuchando con ansiedad: todo sonaba como un cuento de las Mil y una noches, joyas, príncipes e intriga... ¿Iba Misha a estrangular a su esposa con un cordel de seda, de la forma en que lo hacían en el harén del palacio de Topkapi?

—¿Missie? —dijo Tariq como advertencia, pero ella sonrió y negó con la cabeza.

—Anna debe saber todo ahora —dijo—. Tiene derecho. —Y Anna le tomó la mano mientras ella proseguía.

—Aunque yo tenía sólo dieciséis años cuando vi por primera vez a Misha, me enamoré a primera vista. Y aunque él era muy apuesto y un príncipe, y yo tan joven e impresionable, sabía que no era simplemente deslumbramiento. Era como... llegar a casa, encontrar a la persona, en todo el mundo, que es exactamente para ti. Por supuesto que él no dijo nada: no habría sido correcto. Pero yo sabía que él también lo sentía. Mi padre acababa de morir y Misha salió de su camino para ser amable conmigo, tratar de no dejar que me preocupara por nada. Anouska salía mucho y él me llevaba a la ópera y al ballet, siempre en grupo, por supuesto, y a cenas a las casas de sus amigos. Y, por supuesto, me mostraba su adorada Varishnya. Cabalgábamos juntos, visitando la clínica y la escuela, y las casas de los trabajadores y sus familias para tomar un vaso de té y conocer a un nuevo vástago, incluso a los terneros que nacían. Pude ver que lo amaban por la forma en que lo miraban y por el respeto que le demostraban. No era simulado u obsequioso el cariño con que *batiushka* condescendía en visitarlos. Les hablaba como a iguales, seres humanos que tenían muchos de los derechos que él tenía, y confiaban en él para que los cuidase. Los niños de la villa corrían a recibirlo, los varones competían por conducir su caballo y las niñas bailaban a su alrededor, con sus faldas bordadas y las pequeñas botas de fieltro de color escarlata. Eran tan bonitas, tan dulces entonces...

Missie suspiró y Anna le apretó más la mano.

—Misha y yo nos hicimos muy amigos, pero era la unión de nuestras mentes,

¿comprendes? Jamás hablamos de amor, hasta el día en que cumplí diecisiete años, cuando él me dio un regalo, un prendedor con la forma del escudo de los Ivanoff, y luego me besó y me dijo que me amaba. ¿Cómo puedo decirte lo que sentí en sus brazos? Sólo puedo decir que sabía que era donde yo deseaba estar. Me dijo que no había querido decirlo, que estaba casado y que de todos modos yo era demasiado joven, pero que si yo me iba su vida quedaría vacía.

»La guerra con Alemania iba mal. Misha era oficial de la Guardia de Caballería y a menudo estaba en el frente. Anouska estaba lejos, visitando amigos; pasaba más tiempo en las casas de otra gente que en la propia. Cuando Misha debía viajar, yo le escribía todos los días y a veces tenía respuesta, notas cortas y rápidas que me decían que estaba bien y que echaba de menos a los niños, a Varishnya y a mí. Siempre firmaba «Con amor, Misha».

»Yo estaba sola en San Petersburgo con los niños y los sirvientes por compañía. Por supuesto, ahora conocía a mucha gente joven, pero sin Misha de alguna manera me sentía como si no perteneciera al lugar y, de todos modos, yo no estaba de humor para fiestas cuando se mataba a gente joven en el frente. Un día llevé a Alexei a pasear. San Petersburgo era como Venecia, construida sobre un estuario con muchos puentes que conectaban las islas, y ese día fuimos a Novoya Derenya, la isla de los gitanos: era la favorita de Alexei y la mía también. Todas las familias famosas de gitanos vivían allí, y muchos años antes un ancestro de la princesa Sofía se había casado con una gitana de la familia Shishken Tabor. Los gitanos eran altos, apuestos, con brillantes ojos negros. Todos los hombres tenían grandes bigotes y las mujeres, cabello negro y ondulado cubierto con pañuelos de vivos colores. Llevaban enormes aros como círculos de oro. Los hombres tocaban las *balalaikas* y las guitarras y cantaban. Las muchachas bailaban danzas salvajes con taconeos; estaban maravillosas con sus faldas de cinturas escarlata y sus talles diminutos. Nosotros echábamos una moneda en el tamborín que pasaba una gitana joven, de osados ojos negros.

»Alexei era un niño hermoso, tan rubio en contraste con lo oscuro de su piel y, por supuesto, ellos sabían quién era y hacían gran alboroto; lo invitaban a sus casas y le ofrecían bebidas y tortas dulces, pan fresco y deliciosas jaleas. Pero ese día una de las mujeres mayores de Massalsky Tabors me llamó para que dejara a Alexei con su hija y fuera sola a su casa. Yo me sentí un poco asombrada, pero la seguí hasta la habitación del fondo.

»Estaba oscuro, sólo había una luz que provenía de una lámpara roja; vi una mesa redonda con un mantel rojo y dos sillas. Ella hizo que me sentara. Después de ir a un estante, tomó una bola de cristal. Recuerdo que sonreí, pensando que deseaba tomar algún rublo extra, pretendiendo decirme la fortuna.

»La luz de la lámpara brilló sobre su cara mientras tomaba la bola con las dos manos y miraba en sus profundidades. Yo la observaba en silencio. Su rostro estaba muy arrugado y calculé que debía de tener más de setenta años, pero en su cabello no había ninguna hebra gris y sus manos eran hermosas, con dedos largos y uñas

brillantes. Cuando finalmente me miró sus ojos estaban hechizados, como dos oscuras cuencas, y yo me sentí atraída. Me incliné hacia ella cuando habló, incapaz de alejar mis ojos.

»—Ha habido una pena en tu vida —me dijo—, y estás sola en el mundo, aunque rodeada de amor.

»Yo estaba sorprendida de que tuviera razón. Sabía que las mujeres rusas, que estaban obsesionadas con el misticismo, creían en las predicciones de las gitanas, pero yo siempre había sido escéptica, pensaba que era simplemente un juego divertido, un modo de hacer dinero.

»—No es un amor lo que te traerá la felicidad —me dijo, y luego se detuvo. Después prosiguió rápidamente—: Eres demasiado joven, deberías regresar a tu país, no debes permanecer aquí.

»Quitó sus ojos de los míos y miró nuevamente la bola de cristal y yo seguí su mirada, preguntándome qué podría ver allí.

»—Hay amor y desesperación en tu vida. La felicidad no estará en la dirección que piensas. El amor siempre regirá tu vida y, a causa de ello, tomarás sobre ti una gran responsabilidad. —Me miró de manera extraña y luego agregó—: Una responsabilidad que podría cambiar el mundo.

»Por supuesto que yo estaba intrigada, deseaba oír más, pero ella de repente retiró el cristal y caminó hacia la puerta, sosteniendo la cortina para que yo pasara. Tomé dinero de mi bolso y se lo ofrecí, pero ella puso sus manos detrás de la espalda y negó con la cabeza.

»—Que Dios te proteja, *malenkaya*, pequeña.

»Fue todo lo que ella dijo.

»No pasó mucho antes de que su profecía comenzara a ser verdad. Las cosas estaban cada vez peor en Rusia. La guerra era un matadero, en parte, a causa de que el zar insistía en conducirla él, y había huelgas y revueltas en las ciudades. Los acontecimientos sucedieron con rapidez y los bolcheviques gradualmente comenzaron a ganar el control. Muchos dejaron Rusia mientras podían, pero otros, como Misha, deseaban quedarse y proteger sus intereses.

»Él creía en su gente, y ¿por qué no iba a hacerlo? Había cuidado de ellos mejor que sus propios padres. Su confianza fue tristemente burlada; ellos creyeron en las promesas de los bolcheviques, de riquezas y tierras para todos, y desde entonces, cuando Misha cabalgaba por la villa, los niños eran llevados al interior por sus madres de rostros sombríos y los hombres evitaban su mirada.

»Uno por uno desaparecieron los criados. Había peligro en el aire y Misha trató de persuadirme de que me fuera, pero yo no podía. Cumplía dieciocho años; Anouska estaba deprimida y pasaba todo el día en cama. Sofía, Misha y yo con las tías y los primos cenamos juntos. Brindamos con champaña, cuando de pronto hubo un gran golpe en la puerta.

»Era un amigo, un doctor del pueblo vecino, a treinta kilómetros de allí; había

venido a advertir a Misha de que las hordas crecían, que eran violentas y que debíamos irnos mientras pudiéramos. La casa se convirtió en un caos cuando nos preparamos para irnos. Los viejos rehusaron hacerlo y lo mismo Misha. Prometió reunirse con nosotros en Crimea en unos días. Cuando nos íbamos dijo:

»—Cuida de los niños por mí, Missie. —Lo miré a los ojos y vi lo que en ellos había escrito. Y luego dijo—: Te amo —y me besó.

Se hizo un largo silencio y Leyla contenía la respiración, esperando a que Missie dijera algo.

—No volví a verlo. —La voz de Missie se estremeció cuando agregó—: Ya conocéis el resto. Anouska fue asesinada en el bosque mientras huíamos y Alexei también. Con la ayuda de Tariq Kazahn, Sofía y yo escapamos a los Estados Unidos con Xenia.

La luna estaba ahora alta, inundando la terraza con una extraña luz mientras Leyla miraba a Missie y a Anna. Anna presionaba la mano de Missie contra su mejilla y pudo ver que estaba llorando.

—Misha y yo jamás fuimos amantes —dijo Missie con calma—. Yo era joven e inocente y Misha era un caballero.

—Oh, Missie —susurró Anna—, lo siento, no debería haberte preguntado. Pero estoy contenta de saberlo. Ahora comprendo todo mucho mejor.

—Estoy feliz, *dushka* —dijo Missie—, pero pasó hace mucho tiempo y tu bisabuela y yo decidimos entonces dejar todo atrás y mirar hacia el futuro. Y ahora eso es lo que debemos hacer también.

—Lo prometo —dijo Anna. Pero incluso entonces Leyla se había preguntado cómo podría ella guardar tal promesa.

Sin embargo, Anna había parecido lograrlo. Durante años casi no había mencionado nada de su pasado, y entonces, de repente había venido a Leyla y le había dicho que necesitaba dinero. Urgente.

—Pídeselo al abuelo —le dijo con prontitud Leyla—. Si es así de urgente, por supuesto que él te dará lo que necesites.

Pero Anna había rehusado hacerlo. Dijo que Tariq Pasha ya había pagado la deuda de honor de los Kazahn y que esa era su responsabilidad. Y entonces le contó a Leyla lo de las joyas.

Todo había parecido tan fácil en la forma en que se lo explicó. Y, cuando el diamante se vendió con tanta facilidad, ellas se atrevieron a ir más lejos. Leyla se había imaginado su papel de mensajera, caminando por Bangkok con gafas oscuras y haciendo tratos con el sombrío señor Abyss. Ahora ella sabía que esa había sido la parte fácil. Lo peor estaba por venir: ella debía enfrentarse sola a la ira de Kazahn Pasha.

Capítulo 14

Dusseldorf

La mansión de los Arnhaltd dominaba el paisaje boscoso, levantándose por encima de los árboles, desde la cima de su colina, como un mausoleo de color gris. Había sido construida por el tatarabuelo de Ferdie, como tributo a sí mismo y testimonio del éxito que, en 1825, lo había llevado desde la pequeña mercería de su madre, en un pueblo de provincia, hasta el pináculo de la fortuna, como uno de los nuevos barones del acero de Alemania.

Para cuando había amasado su fortuna y ganado su título, Ferdinand Arnhaltd estaba harto de improvisar con artimañas baratas. Por fin, construyó la mansión. Era de sólida piedra gris, con torres y almenas, ventanas de arcos góticos y pórticos con columnas, rodeada de jardines de estilo francés pero que carecían de encanto, y de hectáreas de parques y bosques. En el interior, las paredes estaban recubiertas de ricas maderas; suelos de mármol y chimeneas de ónix, una escalera de roble jacobino tallado tomada de una mansión inglesa y altas ventanas de vidrios de color que no dejaban penetrar demasiada luz, confiriéndole una atmósfera sombría, de iglesia.

Ferdie Arnhaltd estaba sentado en su estudio recubierto de roble, que había sido de su bisabuelo, de su abuelo y de su padre, en el mismo sillón giratorio de cuero de color borravino en el que ellos se habían sentado, en el mismo escritorio macizo que una vez habían usado. Sobre un paño de oscuro terciopelo, ante él, yacía la esmeralda. No había dudas en su mente de que se trataba de una joya Ivanoff, y el hecho de que hubiera sido cortada y pagado muchísimo dinero por ella no le causaba ninguna preocupación. En realidad, lo consideraba un triunfo: ¿no la había arrebatado de las propias narices de la competencia? Y la competencia era muy dura. Lo que le preocupaba a él, que era ahora nueve millones de dólares más pobre, se vinculaba con la identidad de la *Dama*, que todavía seguía siendo un misterio. Los subastadores habían dicho que lo ignoraban y que los bancos suizos rehusaban decirlo.

Las ruedas de metal del sillón chirriaron cuando él empujó hacia atrás. Tomó nota mentalmente de informar al ama de llaves sobre este hecho. La casa Arnhaltd siempre había funcionado con la precisión de un reloj, y él no dejaría que algo se saliera de sus carriles. Todavía podía recordar a su bisabuela despedir al mayordomo por no ser lo suficientemente rápido en abrir la puerta cuando el automóvil se acercaba. El hecho de que el hombre hubiera estado en la familia durante veinte años y sufriera de artritis no le había importado a ella en lo más mínimo.

—No toleraré nada que no sea lo mejor —afirmó cuando su padre protestó diciendo que a él le gustaba el mayordomo y que estaba acostumbrado a él—. Si ya no es el mejor, entonces se debe ir. —Y así fue, sólo para ser reemplazado por una sucesión de nuevos mayordomos, ninguno de los cuales satisfacía las tiránicas

demandas de su bisabuela, ni las cualidades del viejo mayordomo.

Pero Ferdie había aprendido sus lecciones de joven y, aun hoy, cuando era más difícil conseguir buen personal, era imposible para él dejar que cosas tales como que la mesa estuviera puesta de manera inadecuada, o que una capa de polvo se depositara sobre los marcos de los cuadros, o que las ruedas del sillón del escritorio chirriaran quedaran sin comentario. Sabía que no era popular con los empleados de su casa, ni con el personal de las cinco enormes fábricas pesadas Arnhaldt y de las acerías, fundiciones y oficinas. Sabía lo que se comentaba de él: «La imagen de acero de su padre, —decían—, y el puño de hierro de su bisabuela». Era verdad, realmente se parecía a su padre: los mismos ojos azules brillantes y el cabello rubio peinado hacia atrás, dejando al descubierto una amplia frente, la nariz fuerte y la enérgica mandíbula. El mismo cuerpo alto, cuidadosamente disciplinado.

La esposa de Ferdie lo había acusado de inhumano. Arlette era francesa, y cuando él la conoció era frívola y bonita, como una muñeca de lujo. Tenía ojos negros, una nube de rizado cabello oscuro, grandes pechos y un talle muy pequeño. Por supuesto, siempre hubo muchachas disponibles para jóvenes ricos como el millonario Ferdie Arnhaldt, y a él jamás le había faltado una glamorosa compañía a su lado, pero la taimada Arlette lo había perseguido con todo su sensual encanto parisino y, antes de que él lo supiera, ya estaban casados. Él se había dado cuenta demasiado tarde de que ella se había casado con él por el dinero, pero para entonces ya estaba embarazada, y Ferdie jamás se divorciaría de la madre de su hijo. El hecho de que el hijo fuera una niña al principio le había causado una gran molestia, pero pronto aprendió a quererla. Su hijita era una combinación de la belleza de su madre y de la voluntad enérgica de los Arnhaldt. Su fotografía todavía dominaba su escritorio aunque hacía diez años que había muerto, en un accidente con un caballo, cuando tenía sólo catorce años. El tiempo había cicatrizado las heridas, pero jamás curó la amargura de su pérdida.

Después de ello, había decidido que no era necesario divorciarse de Arlette, pues ella le servía como una buena excusa para mantener a otras taimadas mujeres lejos de su fortuna. Por supuesto, se divorciaría al instante cuando lo deseara o necesitara. Mientras tanto, mantenía a su esposa en medio del lujo en un enorme apartamento en Mónaco.

Ferdie se acercó a una pintura que pendía de la pared, junto a la chimenea. Para una casa de tal riqueza y esplendor, llena de objetos de sólido valor, la pintura no era nada: una escena mediocre del bosque, firmada por un artista desconocido. Su bisabuelo la había colgado allí hacía ya cien años, para ocultar la caja fuerte de pared que había detrás, con el convencimiento de que si él colocaba una pieza de arte valiosa podría ser robada y conducir a los ladrones a encontrar incluso tesoros más grandes detrás.

Después de pulsar el botón escondido, Ferdie aguardó a que la pintura se deslizara lentamente hacia un lado, para hacer girar luego la combinación y abrir la caja. No había nada allí de valor para ladrones comunes, sólo para sus enemigos.

Estaba cargada de papeles y documentos. Abrió un sobre de papel manila marrón y lo llevó a su escritorio. Se sentó durante largo rato mirando las fotografías que contenía.

La primera era de su abuelo en ocasión de su segundo matrimonio. Tenía cincuenta y dos años y su aspecto era el de todos los hombres de la familia Arnhaldt: alto, duro y erguido en su traje de mañana gris, con el sombrero de seda firme contra su pecho. Su novia era joven y muy hermosa, de rostro delicado y enamorado, cubierta con metros de satén y encaje. La segunda fotografía era de la misma mujer, esta vez sentada en una silla. Tenía de su mano a una pequeña niña rubia que se apoyaba contra su hombro. La tercera fotografía estaba descolorida y gastada de tanto manoseo. Era de la princesa Anouska Ivanoff, que lucía la famosa tiara con la esmeralda.

Por milésima vez Ferdie comparó el rostro de Anouska con el de la niña rubia, examinándolo con cuidado, rasgo por rasgo. El parecido era innegable.

Después de dejar a un lado las fotografías, tomó los documentos del sobre. Constituían una serie de licencias vencidas de la República Socialista Soviética Rusa que databan de 1920, y que otorgaban a la Compañía Arnhaldt los derechos de las minas de Rajasthan, anterior propiedad de la familia Ivanoff. Aquellas minas contenían el valioso tungsteno necesario para endurecer el acero, sin el cual las fábricas Arnhaldt habrían sido inútiles. Durante setenta años los Arnhalt habían entregado una fortuna a los soviéticos, sin ignorar que su reclamación de propiedad no era válida. Ahora las minas eran aun más valiosas en el negocio de las armas. Ferdie intentaba asegurarse esta vez de que las minas eran legalmente suyas. Como su abuelo había tratado de hacer, durante todos esos años. Y esta vez, nada lo detendría.

Miró impaciente el reloj. Faltaba un minuto para las tres. Dentro de unos instantes, el hombre que él esperaba que llamara por teléfono se hallaría retrasado. Después de empujar el sillón, paseó por la sombría habitación contando los segundos y luego los minutos. A las tres y cinco, sonó el teléfono.

—Llama tarde —le dijo con desprecio en el auricular. Hizo una pausa y habló—, lo siento, estaba esperando otra llamada. —Tomó una pluma y garabateó sobre el cuaderno del escritorio, haciendo un dibujo de la tiara Ivanoff y de la gema que tenía frente a sí.

—¿La televisión norteamericana? Ahora, ¿por qué desearía la televisión norteamericana entrevistarme? ¿Interés general, dice? Mmmm... ¿una serie de perfiles de los grandes hombres de la industria? ¿Y con quién estoy hablando? —Dejó caer la pluma y un tono de sospecha se instaló en su voz—. Bueno, señorita Reese, no estoy seguro de tener tiempo... Ya veo, bueno, ¿por qué no viene a visitarme mañana? Sí, en mi oficina.

Volvió a colgar el auricular pensativamente. Genie Reese era una joven norteamericana que había cubierto la venta para la red de televisión de los Estados Unidos en Ginebra. ¿Podría ser una mera coincidencia que ella lo llamara a él ahora?

¿O había descubierto quién había comprado la esmeralda? Si era así, ¿cómo? Seguro que no a través de Markheim. Todavía estaba pensando en Genie Reese cuando el teléfono volvió a sonar.

Era la llamada que estaba esperando, su espía en el sistema bancario suizo.

—¿Sí? —le dijo cortante. Escuchó un rato, entonces dijo con tranquilidad—: Ya veo, ha llamado tarde —le agregó con agudeza—. No deje que vuelva a suceder.

Después de colgar el teléfono, se sentó en su gran sillón de cuero, pensando. Tenía la respuesta al misterio que preocupaba al mundo, pero de alguna manera no era la respuesta que había esperado. Su contacto sólo le había dicho que el vendedor de la esmeralda era la Línea de Cargueros Kazahn, registrada en Estambul.

En el viaje en taxi, Genie se preguntó por qué hacía eso. ¿Era para ayudar a su país y alimentar sus propias ambiciones? ¿O era por los hermosos ojos grises de Valentín Solovsky? De cualquier manera, estaba comprometida: Ferdie Arnhaltdt la esperaba y ya podía verse elevada a los grises techos de la Haus Arnhaltdt, por encima de las copas de los árboles.

Aquella casa apareció súbitamente al final de una larga entrada de grava, detrás de una serie de parterres, con los cercos perfectamente podados que encerraban más grava de diseños geométricos. El único factor humano del diseño era una ornamentada fuente de mármol que se hallaba en el centro del círculo que formaba la entrada de vehículos. El agua bañaba en rocío una docena de delfines con Neptuno a horcajadas del más grande, con su tridente sostenido como si fuera a ensartar un pez. El viento soplaba frío del este enviando el agua de la fuente encima de ella, mientras el chófer del taxi le abría la puerta. El hombre le echó una mirada de admiración cuando ella le dijo que esperara, y Genie se sintió contenta por lo menos de saber que tenía buen aspecto. Necesitaba toda la confianza que pudiera juntar para esta reunión.

Antes de que tuviera tiempo de tocar el timbre, el mayordomo con pantalones a rayas y chaqueta blanca le abrió la puerta, introduciéndola en la antesala y pidiéndole que esperara. La cuadrada habitación era casi tan alta como ancha, y las paredes estaban cubiertas de dibujos y fotografías de las fábricas Arnhaltdt desde sus comienzos en una diminuta planta de fundición, cerca de Essen, hasta las enormes plantas pesadas de hoy. La gruesa alfombra era de color ciruela oscuro y había cortinas de brocado que hacían juego en las ventanas góticas. Genie se sentó en el borde de una de las pesadas sillas de roble que estaban contra las paredes, y pensó que era como estar en la sala de espera del dentista de Park Avenue, donde no había siquiera un espejo para que los pacientes se arreglaran el cabello antes de que se requiriera su *presencia*. Se sintió contenta de vestir un conservador traje de color beige, creación de Armani. Con su cabello rubio hacia atrás, su aspecto era lo suficientemente profesional como para discutir un gran negocio y con un mínimo de glamour. Se encogió de hombros: ¿no le había dicho Cal que debería utilizar todo lo

que poseía para avanzar más en su carrera? Pero en su interior tembló cuando el mayordomo regresó después de una larga espera y le dijo que el barón estaba listo para recibirla.

Lo siguió por la ancha escalera de roble, pasando junto a enormes retratos de los Arnhaldt muertos y luego a lo largo de un oscuro pasillo. El estudio del barón Ferdinand Arnhaldt era sombrío como el resto de la casa. Estaba sentado detrás de un escritorio con cubierta de cuero, escribiendo. Levantó la mirada, le hizo una seña para que se sentara y continuó escribiendo.

Genie suspiró mientras se dejaba caer en el asiento que le indicaban. ¿De modo que así sería?

Ferdie continuó su escrito durante varios minutos. Estaba acostumbrado a evaluar a la gente y lo había hecho con ella con una rápida mirada. Era joven, extremadamente atractiva, y estaba nerviosa. Y aun así decidida, de otro modo no habría estado allí.

—Así, señorita Reese —le dijo por fin, saliendo de su escritorio para estrecharle la mano—. Encantado de conocerla, aunque no estoy seguro de la razón de esta reunión.

Genie buscó en su bolso y le entregó unos papeles.

—Mis credenciales —le dijo con una sonrisa—, sólo para demostrar que soy la que dije ser. Y hay un fax de mi cadena de televisión que me da la autorización para hacer esta entrevista. Ahora todo lo que necesito es que usted acceda, barón Arnhaldt.

Él se apoyó en el borde de su escritorio, evaluándola con prusianos ojos azules, y Genie sonrió más abiertamente.

—Por supuesto que el programa no sería sólo para los Estados Unidos —le dijo rápidamente—. Existe también una gran cantidad de público europeo para una historia de interés humano como esta. Después de todo, barón, dicen que usted es uno de los hombres más ricos del mundo, y uno de los más interesantes. Pensé que podríamos empezar hablando del comienzo, quizás una breve visita a las plantas de acero y sus oficinas. Le debo decir que entre los otros nombres de nuestra lista de entrevistas se encuentran Agnelli, Getty, el duque de Westminster: todos hombres cuyas familias fundaron dinastías y tomaron los negocios de la familia para acrecentar el poder y la riqueza.

Ella lo miró con aprensión cuando le extendió la lista de nombres. ¿Aceptaría o no?

De pronto, Arnhaldt sonrió. Doblando los brazos en el pecho, dijo:

—Debo admitir que estoy halagado de encontrarme incluido en tal élite de nombres y que me digan que hay un gran público interesado por alguien tan mundano como yo.

Genie le sonrió, aliviada.

—Me temo que no puedo aceptar eso, señor. He estado buscando algunos hechos en su familia y negocios. Encuentro ambos aspectos fascinantes, como estoy segura

de que así los encontraré mi público. Por ejemplo, su tatarabuelo, el fundador del imperio, debía de tener un carácter muy dinámico.

—El primer Ferdinand Arnhaltd. Llevo su nombre en su honor —dijo el barón pensativo—. Sí, supongo que cada uno de los hombres Arnhaltd ha dejado su propia huella. Pero, por supuesto, en esta era de la liberación, no debemos olvidar a las mujeres Arnhaltd. Por ejemplo, la vieja dama con la mercería cuyo único hijo fundó la empresa. Ella no tenía educación formal, era pobre, viuda, y aun así poseía la fuerza y sabiduría que guiaron a su hijo al éxito. Ella transformó todo el conocimiento que había ganado en sus tratos comerciales en su pequeño comercio en conceptos más grandes, y Ferdinand Arnhaltd los llevó a cabo. Ella insistió incluso en vivir cerca de la planta. Decía que si podía ver las llamas de los hornos sabía que el negocio de los Arnhaltd estaba seguro. Sólo cuando fue muy mayor y su hijo le construyó una casa, ella consintió en mudarse. El resto de los hombres Arnhaltd parecieron seguir su ejemplo: siempre se casaron con mujeres fuertes. Mi propia bisabuela, que me crió después de que mi madre muriera cuando todavía era un niño, interesaría a sus televidentes.

Señaló un retrato de cuerpo entero que colgaba detrás de su escritorio. Estaba pintado por Sargent y mostraba a una mujer alta, con un vestido de fiesta de pálido satén con rosas en su cabello oscuro. Sus rasgos eran simétricos y tenía un aire romántico, pero sus ojos pálidos miraban con altivez desde la tela, como si estuviera cansada de estar sentada y del artista, y tuviera asuntos más importantes que atender. «Autoritaria» fue la palabra que acudió a la mente de Genie.

—Creo que ella fue la más fuerte de las mujeres Arnhaltd. Daba órdenes a todos los que la rodeaban: los criados, los obreros, los gerentes de las fábricas, los directores. Incluso a mi padre, hasta que murió, y luego se recluyó y dedicó toda su vida a mí.

Genie lo miró asombrada. No había esperado revelaciones tan íntimas, en especial no en esta primera etapa.

—Aprendí todo lo que sé de ella —dijo Arnhaltd con calma—. Ella se transformó en mi madre y mi padre, en mi consejera de negocios y en mi juez.

—¿Juez?

Él se encogió de hombros restando importancia a lo que había dicho y cambió de tema.

—¿Ha venido a Europa especialmente para verme a mí, señorita Reese? ¿O tenía otros asuntos que atender?

Genie se ruborizó. La había tomado con la guardia baja con inteligencia.

—Yo... sí, realmente. Vine aquí a cubrir la venta de la joya. La que se llevó a cabo en Ginebra con todos esos tontos rumores acerca de la familia rusa. Los Ivanoff.

Él sonrió con desaprobación.

—Nadie cree en ese viejo cuento.

—En realidad, sí lo hacen. Y la especulación es, barón, que usted mismo podría

haber sido el comprador de la esmeralda.

Ella contuvo la respiración cuando Arnhaldt se puso de pie y fue hacia su escritorio. Se dejó caer en el sillón de cuero y colocó las manos delante de él. Sus pálidos ojos azules se habían transformado en dos trozos de hielo mientras la miraba y le decía:

—¿Es esa la verdadera razón por la que usted está aquí? ¿Para hacerme preguntas ridículas acerca de asuntos que ni siquiera me interesan?

Genie negó con la cabeza y dijo rápidamente:

—Pero vea, este es exactamente el enigma, barón. Quiero decir, ¿por qué habría usted de comprar la esmeralda? Simplemente no tiene sentido. Inútil, por supuesto, ¿es usted un coleccionista de gemas?

—No tengo ningún interés por las esmeraldas, señorita Reese —le dijo con aspereza—, ni en diamantes o rubíes. Mi negocio es el acero.

Pulsó el botón para llamar al mayordomo, luego fue hacia la puerta y la mantuvo abierta.

Genie se mordió el labio con rabia. La entrevista había llegado a su fin; ella la había estropeado. Pero era raro que él estuviera tan enfadado. Seguramente él había comprado la esmeralda y estaba enfadado porque lo habían descubierto.

Mientras ella se ponía de pie, miró con curiosidad el escritorio. El barón Arnhaldt hacía dibujos y el cuaderno de notas de su teléfono estaba cubierto de todo tipo de garabatos. Ella habría podido jurar que había un bosquejo de la esmeralda Ivanoff y de la tiara. Dejando caer su bolso deliberadamente en el suelo, se arrodilló para recogerlo y miró más de cerca. Era la tiara; muy bien, si sólo ella pudiera poner sus manos en el dibujo. Por el rabillo del ojo vio la mirada impaciente de Arnhaldt y supo que no tenía posibilidades. Después de recoger su bolso, caminó con remordimiento hacia la puerta.

—Lo siento si le he molestado, barón —le dijo tranquilamente—. Es sólo un rumor estúpido. No tiene nada que ver con mi proyecto. Es sólo que usted preguntó por qué estaba yo en Europa.

Él asintió con brusquedad, extendiendo su mano. Todo estaba tan frío como sus ojos cuando dijo:

—Adiós, señorita Reese.

Estaba a mitad de camino cuando oyó que él la llamaba por su nombre. Se volvió, sorprendida.

—Señorita Reese —le dijo—, le haré saber acerca de la entrevista. Después de todo podría ser interesante.

Camino a Dusseldorf, ella lo pensó, preguntándose qué había querido decir. ¿Deseaba él realmente la entrevista? ¿Y aquel bosquejo significaba que había comprado la esmeralda? Pero Arnhaldt era un enigma y, hubiera hecho lo que fuere, él no lo diría. Seguramente se enfadó cuando ella le preguntó. Pero sabía que la cólera no era una prueba suficientemente buena para Valentín Solovsky; debería

seguir con la segunda fase del plan.

Volvió a pensar en sus instrucciones. Debía ir a la oficina de Markheim en Friedrichstrasse aquel día, después de la jornada laboral. Solovsky le había dicho que los clientes de Markheim eran internacionales y, a causa de ello, este debía tener en cuenta las diferencias horarias; siempre se quedaba hasta tarde para hacer sus llamadas telefónicas. Ella debía decirle que sabía que había actuado como agente y, en su papel de periodista de la televisión de los Estados Unidos, debía ofrecerle a él algo para que le dijera para quién había actuado en la compra, prometiéndole absoluto secreto.

Genie tragó saliva cuando pensó en la suma de dinero que le ofrecería. Un millón de dólares. Oh, bien, se dijo para sí filosóficamente, dicen que todos los reporteros de televisión son artistas frustrados. ¿Resultaría difícil hacer el papel de Mata Hari? Sin embargo, deseó con intranquilidad que Cal estuviera en todo eso. De regreso al hotel, llamó a su habitación, pero le dijeron que él se había marchado. Le había dejado un mensaje pidiéndole que lo llamara a Washington. Ella suspiró, preocupada. Cal en Washington estaba demasiado lejos para ser de cierta ayuda; estaba sola. Esperó hasta las seis y treinta y luego tomó un taxi hasta Friedrichstrasse.

La oficina de Markheim estaba en la décima planta de un moderno edificio con entradas que conducían desde dos calles diferentes hacia un enorme vestíbulo de mármol. Había galerías comerciales y cuatro cajas de ascensores. Aunque era tarde, todavía había gente que entraba y salía, mientras Genie pulsaba el botón para subir. Dos empresarios salieron cuando ella entró. Se ajustó su chaqueta y se recorrió con una mano nerviosa el cabello, mientras el ascensor se deslizaba en silencio hacia arriba.

La décima planta era un ancho corredor con despachos a ambos lados. El de Markheim estaba al final. Tocó el timbre, miró por la mirilla que había en la sólida puerta de caoba, casi esperando ver el ojo de Markheim que la miraba por el agujero, pero nadie contestó. Volvió a tocar el timbre, comprobó que sonaba en el interior, pero no hubo respuesta.

—Maldición —dijo, volviéndose de mal talante—, la noche que lo vengo a ver y no está aquí. —Esto significaba que en lugar de tomar el vuelo de las nueve de la noche para encontrarse con Valentín debería pasar otra noche en Dusseldorf y volver a intentarlo al día siguiente. Se preguntó si Markheim estaba al teléfono y no podía contestar a la puerta...

Después de volver sobre sus pasos, insistió con el timbre y, cuando no obtuvo respuesta, intentó con el picaporte. Con sorpresa, vio que estaba sin llave. Caminó rápidamente hacia el interior, cerrando detrás de ella.

—¿Señor Markheim? —llamó, mirando a su alrededor con curiosidad. La oficina de la entrada estaba amueblada con gusto, con algunas piezas antiguas y finas pinturas, como debía ser. Después de todo, este era el negocio de Markheim. Las lámparas estaban encendidas y había dos tazas de café servidas sobre la pequeña

mesa que estaba frente al sofá de brocado. Genie las inspeccionó: todavía estaban calientes, de modo que supuestamente Markheim debía de estar allí. Quizás hubiera bajado un minuto.

La puerta del despacho de adentro estaba entreabierta y ella volvió a llamar, empujándola. Todas las luces estaban encendidas y Markheim estaba sentado detrás de su escritorio, medio de costado con respecto a ella. Contuvo la respiración sintiéndose culpable, como un extraño que se entrometía donde no debía.

—Oh, perdone —dijo, ruborizándose—. No me di cuenta... —Markheim no se movió y ella lo miró nerviosa—. ¿Señor Markheim? —Su voz se quebró cuando dio vuelta al escritorio y lo miró. Los ojos vidriosos de Markheim se encontraron con los de ella, sólo que los del hombre no podían ver, tenía un agujero en medio de la frente y estaba muerto.

Olas de pánico la golpearon. Iba a gritar, se iba a desmayar, iba a vomitar, estaba en una habitación con un muerto. Asesinado.

Con un grito estrangulado, se dio vuelta, temerosa de enfrentarse con el asesino, pero el lugar estaba vacío. Volvió a mirar a Markheim. No había nada fuera de su sitio y el hilo de sangre que le caía por la comisura de la boca estaba coagulado. Una segunda ola de pánico la empujó a salir volando de aquella habitación, de la oficina de la entrada y luego por la puerta. Respirando aguadamente, miró el silencioso y vacío corredor. Había perdido su anterior inocencia y ahora parecía peligroso como un campo minado. ¿Qué sucedería si el asesino la había visto entrar allí? ¿Qué sucedería si la esperaba detrás de aquellas puertas silenciosas? Para atacarla, para asesinarla, como lo había hecho con Markheim. Genie trató desesperadamente de recordar lo que había aprendido en las clases de defensa personal, antes de que el pánico la impulsara a correr por el corredor hasta el ascensor. Golpeó con su puño el botón, paseándose de uno a otro lado con miedo, hasta que por fin este llegó.

Las dos mujeres que estaban en el interior la miraron con curiosidad, cuando ella dio un salto para subir, sosteniendo un dedo en el botón hasta que las puertas se cerraron y comenzaron a descender. Tan pronto como las puertas se volvieron a abrir, voló por las escaleras de mármol del vestíbulo y estuvo en segundos en la concurrida calle, respirando el aire frío de la noche, esperando que sus rodillas dejaran de temblar. Luego caminó dos manzanas, tratando de ganar algún control sobre sí misma antes de tomar un taxi.

De regreso al hotel, metió sus cosas en la maleta, llamó a un conserje, bajó a la recepción y pagó la cuenta. En media hora estaba camino al aeropuerto, donde fue directamente al bar y se tomó un brandy, observando pasar los minutos hasta que pudo abordar el vuelo de las ocho y treinta. Pero no fue hasta que despegó cuando se sintió segura. Iba de camino a París y Valentín.

Capítulo 15

París

Como siempre, el aeropuerto de Ginebra se encontraba atestado de grupos de jóvenes esquiadores y de empresarios. Valentín llegaba tarde. Recogió su tarjeta de embarque en el mostrador de primera clase para el vuelo a Londres de la British Airways. Caminó rápidamente hacia la puerta de embarque. Por el rabillo del ojo, pudo ver a dos hombres que lo seguían a cincuenta metros. Vestían gabardinas negras y llevaban cartapacios, pero para él sobresalían de la multitud, como si tuvieran distintivos escritos en rojo con las siglas del KGB en sus gorros de piel.

Se acomodó en el asiento reservado para él, y un comisario de abordaje le ofreció tomarle la gabardina, pero Valentín negó con la cabeza. Aceptó un ejemplar del *International Herald Tribune*, mirando detrás de él cuando la cortina que dividía las cabinas se abría y el agente del KGB con gorro de piel verificaba con rapidez todos los asientos. Sus ojos eran inexpresivos cuando se encontraron con los de Valentín, quien se retrajo con obediencia en la sección económica, mientras la azafata expresaba su reprobación con un movimiento de cabeza.

Valentín observó con cuidado a los últimos pasajeros que subieron. Entonces oyó la voz del capitán por el intercomunicador que decía: «Puertas a manual, por favor, tripulación de cabina».

—Perdone —le dijo disculpándose a la azafata—, pero he decidido no tomar este vuelo. Negocios urgentes...

En pocos segundos caminaba de regreso desde el vuelo de la BA a Londres, para dirigirse a Air France. Los pasajeros comenzaban a abordar el vuelo a París. Miró hacia la puerta de embarque; la multitud se había ido y no había señales de los hombres del KGB. Valentín sonrió al pensar en la expresión que se reflejaría en sus rostros, cuando lo aguardaran inútilmente en el aeropuerto de Heathrow.

El hotel en el barrio de St. Germain en París era pequeño, con un encanto descolorido. El papel de las paredes *toile de jouty* había perdido el color con el paso de los años hacia un rosado borroso y la cama era doble, antigua, de estilo francés, que los norteamericanos siempre encontraban pequeña. Pero la ropa de cama era imaculada, había un ramo de flores en el vestidor y la ventana miraba a un encantador patio.

Valentín salió de la ducha, secándose el cabello. Tomó su reloj y verificó la hora. Las ocho de la noche. No había mensajes de Genie, de modo que ella debería llegar a tiempo en el vuelo de las nueve. A menos que hubiera cambiado de parecer, por supuesto. Lo dudó. Genie Reese sabía lo que quería y estaba decidida a conseguirlo,

aun si eso le demandaba alguna actividad extracurricular. Y, de todos modos, tenía la sensación de que ella deseaba verlo tanto como él a ella. Sabía que estaba mal, que era una locura, pero allí estaba... deseaba volver a verla cuanto antes.

Se vistió rápidamente con vaqueros y un suéter de cachemira tostado y se tendió en la cama con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, para pensar. Antes de dejar Moscú, había hecho una cuidadosa investigación, con la intención de conocer todos los detalles de la historia de los Ivanoff y de las minas. Cuando Genie le habló acerca de la conexión de Markheim y Düsserldorf, él había efectuado una deducción rápida: los Arnhaldt habían arrendado esas minas a Rusia durante años.

De modo que ahora él sabía que había un tercer jugador en el juego: Ferdie Arnhaldt.

Se dijo para sí que Genie había sido una víctima voluntaria en su esquema. Ella deseaba su nota exclusiva y él la información. Era un trato justo. Por supuesto, ella había preguntado por qué los rusos deseaban encontrar a la *Dama*, y esa fue la razón por la que él le contó lo del dinero.

—Debe comprender —le dijo con firmeza— que después de la Revolución Rusia confiscó todos los dineros y las propiedades. No había más riqueza privada: todo pertenecía al pueblo. Creemos que el dinero que está en los bancos es dinero ruso, no de los Ivanoff. Desafortunadamente los bancos rehúsan reconocer esa demanda. Ellos liberarán el dinero sólo con la firma legítima de un heredero Ivanoff, si queda todavía alguno. Naturalmente estamos ansiosos de encontrar a la *Dama*, y esperamos persuadirla de que es su deber ayudar a Rusia, a su propia gente, liberando el dinero para la Unión Soviética. —Él se encogió de hombros—. Después de todo, es exactamente lo que su abuelo, el príncipe, hizo en su limitada medida.

—¿Y si ella se niega? —había preguntado Genie.

—Entonces presentaremos nuestra demanda en las cortes de justicia internacionales.

—No... Lo que le pregunto es si la *Dama* estará en peligro.

Él se rió.

—La Revolución fue hace mucho tiempo. No somos salvajes. Somos hombres y mujeres civilizados, como usted. Ni siquiera deseamos dinero de la venta de las joyas. Todo lo que deseamos es que regrese a Rusia lo que le pertenece al país por derecho.

Genie había respirado aliviada mientras él había continuado contándole lo que quería que ella hiciera. Luego se había sentado sobre el sofá a rayas del Hotel Beau Rivage, pensando.

Valentín la había observado en silencio, midiendo su suave rostro ovalado, la frente ancha, los ojos azules preocupados y la boca suave cuya dulzura ablandaba la dureza profesional que ella adoptaba, como una capa, para disfrazar su vulnerabilidad. Vestía un simple vestido negro y su cabello rubio brillaba a la luz de la lámpara. Pensó que era la mujer más adorable que jamás hubiera visto.

Ella captó el mensaje en sus ojos y supo lo que significaba.

—Muy bien —dijo con delicadeza—. Lo haré, Valentín. —Y luego había vuelto al trabajo, mientras ellos hacían los arreglos para encontrarse esa noche en París.

Corrió las cortinas y miró hacia el patio, verificando automáticamente las ventanas del otro lado. Las sombras eran espesas y una fina capa de nieve cubría los pequeños árboles sin hojas. Estaba seguro de que había perdido a los hombres del KGB, pero ellos eran inteligentes y uno nunca podía fiarse. Pensó en su padre en Moscú. Un hombre preocupado.

Había repetido la historia de su padre mil veces en su mente y, por supuesto, no había duda de que era verdad. Pero, a pesar de que lo intentaba, no podía imaginarse a sí mismo como el nieto del príncipe Misha Ivanoff. Su abuelo era un campesino, Grigori Solovsky, un hombre que lo había amado y a quien él había amado, como sólo la verdadera sangre puede hacerlo. Parecía injusto que el pasado regresara a perseguir a su padre. Después de todo, era un muchacho indefenso cuando sucedió. Su único crimen había sido ser el hijo de un aristócrata rico.

—No puedo dejar que mi padre sufra por esto —volvió a decirse Valentín—. No puedo dejar que se exponga. No por mí, sino por el bien de Grigori también. Nuestra familia sería desacreditada. ¿Por qué Boris no se da cuenta de eso? El problema era que él no conocía el verdadero juego de Boris. ¿Realmente deseaba seguir su plan en contra de su padre? ¿O simplemente intentaba cubrirse de gloria recuperando el tesoro de los Ivanoff para Rusia y asegurándose un lugar en la Galería de Honor en la Plaza Roja? Pero sabía que Boris era impredecible y cruel, y su padre le había dicho que no se detendría ante nada.

—Y tampoco —se juró para sí Valentín— lo haré yo.

Eran las once cuando finalmente sonó el teléfono. La voz de Genie se oía temblorosa. Estaba abajo, en la recepción. Él le dijo que subiera rápidamente.

Supo al instante que algo malo pasaba. El rostro de ella no tenía color; sus pupilas estaban dilatadas, oscureciendo sus ojos. La rodeó con los brazos para protegerla.

—¿Qué sucede, *malenkaya*? —le preguntó.

Temblaba tanto que al principio no pudo hablar; luego dio rienda suelta al miedo y a la emoción contenida que apenas había logrado mantener bajo control durante el viaje y comenzó a llorar.

Valentín le quitó la chaqueta y la hizo sentar en la cama. Le quitó las botas tejanas y le frotó con vigor los pies. Luego fue hasta el minibar, le sirvió un brandy y se quedó de pie mientras ella lo bebía.

Ella lo miró, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Es Markheim —susurró—, él... está muerto. A tiros... asesinado...

Se sentó en la cania junto a ella.

—¿Dónde? ¿Dónde lo encontró, Genie?

—En su oficina. Yo fui allí, después de Arnholdt, le iba a ofrecer dinero como usted me dijo. Sólo... sólo... Oh, Valentín —se deshizo en lágrimas en sus brazos—,

alguien lo asesinó justo antes de que yo fuera allí. ¡Pudo haber sido sólo diez minutos antes! Había café, estaba todavía caliente...

Él dijo con urgencia:

—¿La vio alguien entrar en la oficina? ¿O salir?

—Dos mujeres en el ascensor que bajaba. No creo que notaran nada. Sólo que tenía prisa.

Ella hundió el rostro en el pecho de él, llorando, y Valentín suspiró mientras la abrazaba. Se preguntaba quién había llegado hasta Markheim. ¿Y por qué? O Markheim había aceptado dinero, dijo quién era el comprador y luego fue eliminado para que no dijera a nadie más, o el mismo comprador había visto que Markheim era un contacto débil y lo mató.

—Genie —le dijo con calma—, ¿qué me dice de Ferdie Arnhaltdt? ¿Compró la esmeralda?

Ella se sentó, secándose el rostro con un pañuelo de papel que él le alcanzó.

—No estoy segura. Seguramente sabe algo acerca de ella, porque reaccionó violentamente cuando se lo mencioné. Prácticamente me echó. Dijo que no le interesaban las esmeraldas ni los rubíes. —Ella miró a Valentín. El brandy la había hecho entrar en calor. Se sentía más calma ahora que estaba con él—. Arnhaltdt había estado garabateando en un papel. Estaba justo allí, junto al teléfono. Valentín, él había dibujado la esmeralda y la tiara Ivanoff.

—Usted ha hecho bien su parte —dijo, volviendo a sentarse junto a ella—. Lo siento por Markheim. Créame, Genie, no la habría enviado si hubiera sabido que habría violencia.

Ella asintió. Sus profundos ojos gris oscuro que parecían conocer tantos secretos la absorbían. No podía desviar la mirada. Se apoyó en él, atraída por su mirada.

—¿Y me creería, Genie, si le dijera que la he echado de menos? —le preguntó, tomando sus manos en las suyas.

Ella volvió a asentir.

La atrajo hacia sí y la boca de Genie se abrió debajo de la suya cuando la besó; sus manos se hundieron en el cabello de Genie, acariciándole la nuca y la espalda que le dolía, suavizándola. Pronto, Markheim y Arnhaltdt, Rusia y los Estados Unidos estaban olvidados mientras él hacía el amor con ella.

Mucho más tarde, acurrucada junto a él mientras dormía, sintiendo su respiración en la mejilla y la seguridad de sus brazos a su alrededor, pensó en lo que había oído acerca del amor a primera vista. La gente siempre decía que podía suceder, y quizás ahora ella lo creyera.

Capítulo 16

Estambul

Un automóvil esperaba a Leyla en el aeropuerto de Ataturk.

—Bienvenida a casa, señorita Leyla —le dijo alegremente el chófer—. Kazahn Pasha la espera. Debo llevarla directamente a la *yali* Kazahn.

Leyla le sonrió, pensando que era típico de Michael Kazahn esperar que ella lo obedeciera al pie de la letra y que estuviera en el siguiente vuelo desde París. Y por supuesto que había tenido razón: pero se sorprendió de que fueran a la *yali*: en esos días se utilizaba mayormente como residencia de verano. Tanto Michael como Ahmet habían construido casas modernas, con mucho espacio en la cima de la colina, en Yenikoy, donde las ventanas de doble altura daban al Bósforo, que corría debajo, ofreciendo una espectacular vista. Supuso que la reunión debía ser muy importante ya que Michael creía que todas las paredes, excepto las de la *yali*, tenían oídos.

El viaje desde el aeropuerto pareció interminable, y su estómago se retorció de nervios. El chófer conducía el automóvil lentamente a través del usual atascamiento del tráfico en Eminonu y cruzaba el puente Gálata, que conducía de la ciudad vieja a la nueva, conduciendo a una velocidad increíble a lo largo de las playas del Bósforo hacia Yenikoy.

Era un día claro y frío, pero ella miraba sin darse cuenta de que el sol brillaba sobre el agua. Pasaron Bebek, donde estaba el colegio en el que ella había estudiado, y el antiguo castillo en Rumeli Hisari; luego el Emirgan, donde el acantilado bajaba abruptamente hacia un hermoso parque.

Los viejos y desagradables muelles en Istinye habían sido retirados, dejando libre una hermosa extensión de la bahía. Y ahora sólo quedaba el pequeño astillero con unos pocos barcos que estaban en reparación. Un petrolero pintado de rojo mostraba la insignia rusa de la hoz y el martillo en su chimenea y parecía un gran hotel meciéndose sobre las profundas aguas. Leyla lo miró especulativamente mientras pasaban. La enorme superestructura de su proa amenazaba con volcar el barco, y ella sabía que el petrolero debía de tener un peso bruto de por lo menos medio millón de toneladas, más que cualquiera de los barcos de su padre, porque Ahmet, siempre preocupado por los desastres ecológicos, prefería jugar sobre seguro.

El automóvil se deslizó dejando atrás al silencioso y sombrío petrolero, doblando la curva hacia Yenikoy, donde los transbordadores hacían oír sus sirenas y se abrían camino hacia Tarabya. Luego describió una curva cerrada hacia la derecha y los enormes portones de madera se abrieron para conducirlos hacia el patio de la *yali* Kazahn.

Todo estaba como siempre desde los tiempos de Tariq Kazahn. La fachada simple de madera de color verde, con sus balcones y tabiques con relieves; el patio

empedrado con sus frondosos árboles, los faroles Victorianos y los restos de columnas y estatuas de mil años de edad, de las excavaciones de Anatolia. Y en el interior el contraste del gran lujo: antiguas alfombras turcas y divanes bajos tapizados de seda, al gran vestíbulo con sus suelos de mármol y las gloriosas tejas de Izmir. La extensa terraza adornada de flores junto al Bósforo donde la familia siempre se había reunido en las noches de verano, en el pasado. La casa estaba llena de tesoros: antigua platería y bronces turcos, extraños tapices de Bursa, antiguos ejemplos de caligrafía de Persia. Había columnas de roca porfídica y paredes interiores cubiertas de paneles, con un techo de tela que imitaba el fabuloso brocado otomano. Leyla jamás pasó por aquellas enormes puertas de madera sin pensar en su bisabuelo, ya que Tariq y Han-Su al crear el hogar de la familia, también crearon un museo viviente y un eterno recuerdo de ellos mismos para sus descendientes.

La esperaban en el viejo estudio de Tariq Pasha. Su padre, Ahmet, corrió a abrazarla, mirando con ansiedad detrás de ella, buscando a Anna.

—¿Dónde está? —bramó Michael, cojeando hacia donde estaba ella, su pierna balanceándose y su bastón golpeando con furia el suelo de mármol.

—Oh, abuelo, no lo sé —lloró, rompiendo en lágrimas sin consuelo.

Se dejó caer en un asiento frente a la gran ventana redonda que miraba al Bósforo, gimiendo amargamente, mientras Michael la observaba perplejo.

—No llores, Leyla —le dijo gruñendo, sentándose a su lado—. Es sólo que tu abuelo está en uno de sus días malos. Sabes que no significa nada, es mi forma de ser. —Le acarició su oscura cabeza, desconsolado.

—No lloro por ti, abuelo —le dijo, gimiendo—, lloro por Anna. Se suponía que debía encontrarse conmigo. Tengo su billete de avión en mi cartera y ella no apareció. No hubo mensajes, nada, y, después de lo que tú dijiste, tengo miedo.

—La llamé a la casa y al trabajo —dijo Ahmet, con preocupación—, y no está allí tampoco. Nadie parece saber dónde está.

—Si tiene algún sentido, se ocultará en algún lugar —gritó Michael—, y, si tiene cerebro, como yo siempre he pensado que tiene, vendrá aquí tan pronto como pueda.

Leyla levantó la cabeza, echándose hacia atrás el cabello mojado para despejar su rostro bañado en lágrimas.

—No, no lo hará —dijo—. Tiene miedo de regresar a casa.

Ahmet miró con odio a su padre y le dijo exasperado:

—¿Qué te dije? Siempre gritas en lugar de hacer preguntas simples...

—No importa ahora —volvió a gritar Michael—, ¡vayamos al principio de esta historia! Leyla, lo primero que quiero saber es por qué Anna vendió la esmeralda.

—Necesitaba el dinero para pagar la clínica de descanso de Missie. Las cuentas son enormes. No tenía idea de que esos lugares costaran tanto hasta que me lo dijo. Pero sólo lo mejor es lo suficientemente bueno para su amada Missie.

Michael asintió con aprobación.

—Tenía razón. Pero ¿por qué necesitaba dinero? ¿Qué sucedió con el millón de

dólares de Tariq Pasha?

—Recuerda, Anna tenía sólo diecisiete años cuando los heredó. Pagó muchas deudas y compró la casa de Los Ángeles —dijo—. Fueron mal aconsejadas y el resto desapareció en malas inversiones. Había lo suficiente como para que Missie viviera hasta que fue a la clínica. —Leyla apretó las manos de su padre y dijo—: Oh, abuelo, ¿no te das cuenta? Anna tenía vergüenza de venir a pedirte dinero. Dijo que los Kazahn habían pagado ya su deuda de honor y que ahora la responsabilidad era suya. Pero era imposible para ella ganar lo suficiente como para mantenerse y cubrir las cuentas de Missie.

»Entonces me llamó y me dijo que había pensado en una solución. Me contó que Missie había guardado una maleta de cartón debajo de su cama durante años. Siempre había supuesto que guardaba recuerdos personales, viejas fotografías, diarios, todo ese tipo de cosas. Pero, cuando Missie fue a Fairlawns, le mostró a Anna esas joyas maravillosas que se suponía que valían millones y le dio la maleta para que la cuidara. Por supuesto, le contó la historia y le recordó las viejas advertencias de los Ivanoff, pero Anna no las creyó. Dijo que habían pasado muchos años desde la Revolución, que Rusia era diferente ahora, ya sabes, *glasnost*, *perestroika*; pensamos que ya no importaba. Pero, de todos modos, decidimos tener cuidado. El año pasado, dimos el diamante, en subasta y se vendió sin ningún alboroto. La esmeralda era tan grande que sabíamos que se debía cortar. Anna descubrió el nombre de un tallador de gemas y envió la piedra a Bangkok. Al señor Gerome Abyss.

Ahmet asintió y dijo:

—Conozco el nombre. Fue muy respetado en París durante años, hizo muchos trabajos para Cartier hasta que fue desacreditado. Te arriesgaste mucho, Leyla. Podría haber arruinado la piedra. ¿Cuánto le pagasteis?

—Le prometí el diez por ciento. Pensamos que la piedra debería producir quizá dos millones, no más que eso. Anna envió a Aby los veinticinco mil dólares para que hiciera el trabajo. El resto se lo pagaría después de la venta. —Sonrió con tristeza—. Ahora el señor Abyss se encontrará más rico de lo que pensó.

—¿No os disteis cuenta —dijo Ahmet con tranquilidad— de que una esmeralda tan perfecta y de ese tamaño es extremadamente rara? ¿Qué atraería la atención de los expertos de todo el mundo? Cartier debe todavía de tener los bosquejos originales y los planos para cortar la piedra, para el diseño de la tiara. Deben de estar anotadas todas sus características. La reconocerían de inmediato como la esmeralda Ivanoff.

—Simplemente pensamos que a nadie le importaría —suspiró Leyla—. No parecía tan importante. Y, de todas maneras, ¿por qué debería alguien interesarse por la esmeralda Ivanoff?

Michael se paseaba nervioso por la habitación.

—No es sólo la esmeralda —dijo—, son los miles de millones de dólares de los Ivanoff en los bancos.

—¿Miles de millones? —Leyla lo miró, asombrada—. ¿Quieres decir que la

historia es verídica? ¿Qué existen verdaderamente miles de millones de dólares? ¿Y que pertenecen a Anna?

—Por supuesto que es cierto —rugió Michael—. Tu bisabuelo lo sabía. Y también Missie. —Gritó—. Jamás se lo dijo a Azaylee o a Anna porque ella pensaba que era todavía peligroso. El KGB tiene memoria, Leyla, son como un elefante, que nunca olvida.

—Hay más que eso —dijo Ahmet con tono preciso—. Mi espía posee excelentes contactos. No sólo encontró al comprador, sino que también descubrió la razón por la que deseaba pagar cualquier suma de dinero para conseguir la joya y que él, Rusia y los Estados Unidos la querían. —Todos lo miraban boquiabiertos cuando les contó la historia de las minas.

Finalmente dijo:

—Rusia posee documentos de propiedad que se sabe que son falsos, y no hay nada que los Estados Unidos puedan hacer respecto de eso, a menos que encontraran al Ivanoff desaparecido. En otras palabras, Anna. Si los soviéticos la encuentran, será obligada a ir a Rusia. Ellos conseguirán la firma para los documentos, a fin de poner sus manos en la fortuna y, finalmente, también tendrán una firma legítima de un Ivanoff para los títulos de propiedad de las minas. —Se encogió de hombros con tristeza—. Y, por supuesto, jamás volveremos a saber de ella.

—Leyla —dijo Michael, tomándole las manos con compasión—, ahora tú sabes por qué Anna está en peligro. Debemos tratar de encontrarla, traerla a Estambul. Estará segura aquí con nosotros.

—Tú y Anna cometisteis un gran error —dijo Ahmet con tranquilidad—. Obviamente Anna deseaba permanecer en el anonimato, de modo que decidisteis depositar el dinero en la cuenta de los Kazahn en Suiza.

—Te lo diríamos después —dijo Leyla rápidamente—. Anna pensó que sería más seguro. Dijo que era una cuenta numerada en la cual su dinero fue depositado hacía muchos años. Pero el número de la cuenta cambió hacía demasiado tiempo, y ella simplemente había depositado el cheque en una cuenta abierta a nombre de la Compañía de Cargueros Kazahn. —Ahmet se encogió de hombros—. Sería fácil para el comprador o cualquier parte interesada rastrear ese cheque, *si realmente deseara hacerlo*. Todo lo que en estos días se necesita para eso es espionaje informático... Y no tengo ninguna duda de que ahora, por lo menos una persona, *el comprador*, cree que los Kazahn vendieron la esmeralda. —Se mostró indiferente—. Debemos esperar y ver qué sucede.

—Dime —dijo Michael rápidamente—, ¿mencionó alguna vez Anna el nombre de Arnholdt?

—¿Te refieres al magnate alemán del acero? —Pensó un momento—. Sí, creo que lo hizo una vez. Lo mencionó cuando estaba haciendo las maletas de Missie y se encontró con una foto del barón Arnholdt sacada de una revista. Recuerdo que comentó que era raro, pero no le preguntó a Missie sobre él. Dijo que si Missie no se

lo había mencionado entonces o no era importante o no deseaba decírselo.

—Creemos —dijo Ahmet con calma— que Ferdie Arnholdt compró la esmeralda. Arnholdt es un megalomaniaco, como su padre y su abuelo lo fueron antes que él. Es el rey de los armamentos y sabe que si puede colocar sus manos sobre aquellas minas controlará tanto los sistemas de defensa del mundo como los suministros de armas. Puede tener al mundo de rehén. Compró la esmeralda porque espera que lo conduzca hasta la *Dama*: esto es, hasta Anna.

—Pero no sabíamos nada acerca de los miles de millones y de las minas —gritó Leyla, con desesperación—. Jamás imaginamos que las viejas historias de Missie podrían ser ciertas. Pensamos que el pasado era el pasado y todo estaba terminado.

—Y así probablemente habría sido, si no fuera por esas minas —dijo Michael bruscamente—. Una cosa más, Leyla. ¿Sabe Anna dónde están los títulos originales de las minas? Esos títulos son lo más importante, en lo que todo el mundo quiere poner las manos.

Sus asombrados ojos azules se abrieron con horror.

—Oh, abuelo Kazahn Pasha —susurró—, ahora recuerdo. Están en la maleta junto con las joyas. Es simplemente un viejo documento, marrón por los años y arrugado en los bordes. Pensamos que no tenía valor, pero Anna lo guardó a causa de que tenía la firma del príncipe y el sello de los Ivanoff. Dijo que lo llevaría con ella en caso de que alguna vez tuviera que probar su identidad en el banco. Pero no sabía lo de las minas y los miles de millones. Oh, Kazahn Pasha —gimió—. Ese documento está en la cartera de Anna.

Capítulo 17

Moscú

El general mayor Boris Solovsky miró la copia del mensaje decodificado que estaba sobre su escritorio. Era de Valentín dirigido a Sergei y muy corto. Valentín no había encontrado pruebas positivas todavía en cuanto a quién había comprado la esmeralda, pero definitivamente no habían sido los norteamericanos. Estaba siguiendo otras pistas. Mientras tanto, Boris podría tener la amabilidad de despedir a sus pesados espías, ya que como alto diplomático no estaba acostumbrado a tal acoso. Y, además, eran tan torpes y simples que sobresalían como un pulgar lastimado. Volvería a informar en unos días.

Boris golpeó con rabia su escritorio. Valentín era como su padre: arrogante, inteligente y demasiado atractivo.

Se recostó en su sillón; su cabeza afeitada brillaba debajo de la lámpara y su rostro preocupado y obeso era una máscara desfigurada por el veneno que ocultaban sus pensamientos. Su mandíbula estaba tensa de rabia, profundizando las líneas de la nariz a la boca, y su frente protuberante parecía bajarse encima de sus pequeños y agudos ojos.

Siempre había odiado a su hermano adoptivo. Desde el principio supo que Sergei era diferente: parecía diferente, actuaba diferente, hablaba diferente, esto es, cuando lo hacía. Ese bastardo de Sergei incluso olía diferente.

Cuando su padre lo trajo por primera vez a su casa, les había dicho que era un huérfano de la Revolución, que su nombre era Sergei y que ahora sería su hijo. Recordaba cómo los pálidos ojos azules de su madre se abrieron llenos de comprensión, mientras miraba al pequeño sucio y exhausto. Con ímpetu lo había rodeado con sus brazos, abrazándolo en su amplio pecho, murmurando suaves palabras de consuelo. El primer destello de celos flameó en el corazón de Boris aquel día, y en los años que siguieron fue creciendo hasta transformarse en un fuego de odio, alimentado por el extraño orgullo que su padre exteriorizaba por cada acto de Sergei.

Cuando Boris tenía once años y Sergei sólo siete, el joven podía vencerlo casi en todo y no había duda de que su padre era consciente de ello. Grigori no ocultaba el hecho de que se sentía orgulloso del progreso de Sergei en el colegio. Ya había saltado un par de grados y estaba sólo un año detrás de Boris. No era que su padre ignorara a Boris. Siempre halagaba su trabajo y esfuerzo, pero Boris debía trabajar tres veces más para alcanzar notas razonables. De alguna manera, Sergei hacía parecer todo lo que hacía, desde montar a caballo hasta aprender de los libros, fácil.

Pero había cosas de su nuevo hermano que su padre no sabía. Cosas secretas que Boris conocía porque dormían en la misma habitación y, a veces, Sergei hablaba en

sueños. Y lo más extraño de todo era que Sergei hablaba en un idioma extranjero. Boris no comprendía de qué idioma se trataba, ya que jamás había oído hablar nada que no fuera su propio dialecto ruso. También sabía que en el pasado, a diferencia de los campesinos y trabajadores, todas las casas de la alta sociedad rusa hablaban francés o inglés como primera lengua. Él sospechaba que Sergei no era lo que pretendía ser. Estaba decidido a descubrir lo que decía, pero sólo podía comprender unas pocas palabras: «Papá» y «Mamá», «Missie»...

Se obligó a quedarse despierto de noche, aguzando el oído en el silencio, esperando a que Sergei hablara, hasta que su madre comenzó a preocuparse por sus ojeras y su rostro pálido. Le suministró un tónico de sabor horrible que ella preparaba en casa con hojas de plantas, de la misma manera que su abuela lo había hecho cuando ella era pequeña.

Un día salieron a cabalgar Boris, su padre y Sergei. Había un cerco alto de madera donde él había estado practicando salto durante semanas, reuniendo coraje cada vez que impulsaba a su caballo a hacerlo. Finalmente lo había conseguido. Consciente de que su padre cabalgaba detrás de él, espoleó a su caballo para el galope y pasó la cerca con torpeza, pudiendo permanecer en la silla sólo agarrándose de las crines del animal. Detrás de él oyó el ruido de cascos y el grito de admiración de su padre cuando Sergei saltó por encima de la cerca como si tuviera alas.

No había duda de que su nuevo hermano era afecto a su padre. Lo seguía por todas partes siempre que estaba en casa hasta que, riendo con amabilidad, Grigori le decía que se ocupara de sus propios asuntos. No obstante ello, los ojos grises de Sergei se fijaban en él como los de un cachorro ansioso que esperaba una señal de su amo.

Boris decidió, allí y entonces, que un día él descubriría el secreto de Sergei, y entonces lo presentaría ante su padre como un fraude y un mentiroso. Juró que lo descubriría, aunque eso lo matara. *O matara a Sergei.*

Sus manos se cerraron en dos apretados puños cuando recordó aquel juramento. Si hubiera sido más inteligente, habría matado a Sergei hacía años y todo estaría terminado. Ahora tendría que lidiar con él y con su hijo. Tomando el mensaje, caminó por la alfombra roja hasta las pesadas puertas. Los dos soldados armados que estaban apostados allí hicieron un saludo y él levantó su mano en rutinaria respuesta, marchando por los espaciosos pasillos, bajando las escaleras de mármol, cruzando el patio hacia la oficina de su hermano.

Sergei lo vio venir por la ventana; Boris era bien predecible. Tenía el uniforme que había diseñado para él y que, como aquel de la vieja SS alemana, fuera imaginado para intimidar: chaqueta militar brillante con charreteras doradas y la pechera llena de cintas, calzas de jinete, aunque jamás había estado cerca de un caballo militar, y altas y lustrosas botas con tacones altos para disimular su baja estatura. Su gorra, brillante también de dorados y de rojas insignias, se acomodaba sobre su calva cabeza.

Sergei pensó en Grigori, preguntándose cómo un hombre tan bueno pudo ser padre de tal psicópata. Recordaba cuando Grigori lo había llevado por primera vez a su casa y presentado con orgullo como su nuevo hijo. Él estaba bastante impresionado para darse cuenta al principio, pero le había gustado su madre de inmediato: era cálida y laboriosa; cantaba trozos de alegres canciones cuando trabajaba en la casa. Pero pensó con tristeza que no era ni por asomo como su hermosa y elegante mamá, la princesa. Todavía esperaba que su verdadero padre estuviera vivo y que un día volviera a encontrarse con él. Quizá mañana, pensaba al principio, luego la semana próxima, el mes próximo... pero, a medida que los meses se convertían en años, el sueño fue desapareciendo.

Su nuevo hermano, Boris, era bajo y robusto, con cabello negro y profundos ojos oscuros, herencia de sus antepasados campesinos. Sergei sabía que los otros hermanos muertos habían sido rubios como su madre, y se preguntaba si Grigori no lo había salvado a causa de que se parecía a ellos. Sin embargo, desde el comienzo comprendió que Boris lo odiaba. Sentía los oscuros ojos penetrantes que se clavaban en él mientras tranquilamente se sentaba a la pulida mesa de madera, en la simple casa de tres habitaciones que era considerada como un lujo según los parámetros del lugar, pero que a él le parecía pobre y espartana. Incluso en la oscuridad de la habitación que compartían por la noche, podía sentir la mirada hostil de Boris. A veces, creía estar soñando, pero entonces veía el brillo de los ojos de su hermano adoptivo, en un rayo de luz de luna y sabía que no era un sueño. Además, el único sueño que tenía era el de su madre.

Siempre era el mismo. Tendida en la nieve frente a sus captores, con el largo cabello pálido desparramado a su alrededor. Los suplicantes ojos dorados como el terciopelo se encontraban con los de él durante un segundo, y luego su rostro explotaba en un sangriento rojo, tan brillante que le quemaba los ojos. Gritando, él caía de rodillas, cubriéndola con ternura con las finas y oscuras martas, y luego él se tendía a su lado y hundía su rostro en su pecho blando, respirando el aroma de las violetas que siempre ella llevaba sujetas en su hombro, hasta que terminaba ahogándose en el perfume. Entonces se despertaba sobresaltado, buscando aire para respirar, el fuerte aroma de las violetas todavía en sus fosas nasales, tan fuerte que creía que estaba nuevamente en su casa y que ella había venido a besarle antes de dormir.

Se había entrenado para no llorar en caso de que Boris se despertara. Se quedaba quieto en su cama, bañado en sudor al recordar el horror, hasta que el temblor se detenía, y entonces deslizaba con cautela su mano en la paja que rellenaba su jergón. Sus dedos se cerraban sobre la suave piedra preciosa y suspiraba con alivio al comprobar que todavía estaba allí. Había habido tanta sangre oscura por todas partes, en la nieve, que nadie había notado el anillo de rubí que estaba junto a la princesa Anouska. Ahora era todo lo que le quedaba de su pasado, y en su corazón sabía que jamás habría más.

Natalya y Grigori no sabían nada de estos sueños y del anillo. Eran su secreto, así como lo eran sus recuerdos. Cuando estaba despierto, jamás se permitía pensar en el pasado; aun cuando había visto un brillo anaranjado en el cielo que significaba que Varishnya se estaba quemando, siempre había una ínfima esperanza de que papá estuviera a salvo.

Grigori era su héroe. Lo había arrebatado de las garras de la muerte y había vengado la muerte de su madre. Le debía su vida y decidió que desde entonces todo lo que hiciera sería para complacer a su nuevo padre. Ya no sería Alexei Ivanoff, príncipe de todas las Rusias, sino Sergei Grigorevich Solovsky, y haría que ese nuevo papá se sintiera tan orgulloso de él como si fuera su propio hijo. Deseaba con todo el corazón ser el hombre que Grigori deseaba que fuese. Pero, de algún modo, aunque lo intentara al máximo, nunca podría olvidar quién era realmente y transformarse de verdad en otra persona.

Pocas semanas después del incidente de la cerca, regresaba a caballo de la casa de su abuelo donde lo habían enviado a ayudar a cuidar vacas. Había un sendero que corría a lo largo de un arroyo que a él le gustaba tomar para poder galopar. Aquí y allá había árboles que formaban grupos, extendiendo sus ramas bajas a través del sendero, y se había tornado un juego el galopar tan pronto como podía, agachando la cabeza por instinto para evitar las ramas que colgaban. Sonrió cuando dirigió al caballo por la senda, espoleándolo para que tomara velocidad, y el animal relincho de placer, disfrutando del juego. Era consciente de la luz del sol que se reflejaba más allá del arroyo y de la brisa que movía las plateadas hojas de los álamos.

Jamás pudo estar seguro de si en realidad vio la fina cuerda que se extendía entre los árboles que aparecieron delante, o si, con un sexto sentido, había de pronto imaginado el peligro. Oyó el aterrorizado relincho del caballo mientras tiraba con fuerza la cabeza del animal hacia un lado y luego juntos caían en la orilla rocosa, al agua profunda del arroyo. El caballo rodó frenéticamente en el agua, luchando por pararse y sacudirse. Tomando su sombrero mojado con un mano, Sergei logró de alguna manera colgarse de las riendas. El agua era turbulenta y helada. Pocos metros aguas abajo pudo oír el rugido, como si algo se desplomara y explotara a borbotones a doscientos metros de allí.

Temblando de miedo y frío, montó el caballo y lo guió a través de las enmohecidas rocas hasta la seguridad de la orilla.

Se acostó durante unos instantes sobre el cuello de caballo, esperando que el miedo cediera. Luego desmontó y caminó por la huella hacia donde estaba la cuerda. Había desaparecido. Examinó las ramas, notando ramitas rotas; luego miró a su alrededor, con la columna vertebral tensa, sintiendo que alguien lo miraba. Pero no había ningún sonido, sólo el ruido del agua que corría por encima de la explosión.

Sergei caminó pensativo hacia su caballo. Él había sido criado junto con los campesinos de Varishnya; su padre los trataba como de la familia, los cuidaba bien y en recompensa ellos habían llevado a cazar al joven príncipe Alexei y lo habían

dejado que ayudara en los establos, donde le enseñaron algunos trucos. Uno consistía en echar al suelo a un jinete mediante el simple método de cruzar una fina y fuerte cuerda en su camino, a la altura de la garganta. Jamás fallaba, le habían dicho, sonriendo ante su rostro joven y asombrado.

Regresó lentamente a la casa. Sabía que había sólo una persona que podría desear matarlo.

Boris evitó mirarlo en la cena de aquella noche, pero Sergei no dijo nada. El modelo de relación estaba establecido. A través de los años, de la escuela a la universidad, durante su propio ascenso en la política y el de Boris en el ejército, la rivalidad se había profundizado. Y no había nada que Grigori Solovsky pudiera hacer al respecto. Sergei sabía que Boris había querido asesinarlo aquel día hacía tantos años, y que todavía lo intentaba ahora. De todas las formas que podía.

No hubo ninguna llamada preliminar a la puerta. El jefe del KGB simplemente entró.

—Bueno, Boris —dijo Sergei con tranquilidad—, nuestra madre nos enseñó mejores modales que eso. Podría haber estado en una reunión.

—No lo estabas —le dijo, arrojándole el mensaje sobre el escritorio—. Vengo a preguntarte si tú sabes lo que esto significa. ¿O estás tú tan poco al tanto como nosotros de las actividades de Valentín?

—¿Tú? ¿Poco al tanto? —se rió Sergei—. Qué admisión para el jefe del KGB. Creí que tú debías saberlo todo.

Después de apoyar las manos sobre el escritorio, Boris se inclinó por encima de este, impulsando su rostro más cerca del de Sergei.

—No te hagas el inteligente conmigo, camarada —le susurró—. Sé todo acerca de ti y de tu hijo.

Sergei lo miró a los ojos con frialdad.

—Quizá te olvides de que el Partido debe ser el arbitro de las aspiraciones de la gente. ¿Es este asunto de interés para nuestro país, Boris, o es una venganza personal lo que estás persiguiendo? Pensé que tu trabajo era usar a tus hombres para encontrar a la *Dama*. Y el de Valentín era usar su cerebro.

Boris tomó violentamente el papel y lo arrugó en una bola, arrojándolo en la papelera. Erró y su rostro enrojeció de rabia.

Sergei dijo suavemente:

—Jamás has sido bueno en los juegos de pelota.

—¿Por qué tu hijo no se aseguró la esmeralda? —preguntó Boris tajante—. ¿Quién diablos le ganó de mano? ¿Y por qué?

Sergei se encogió de hombros.

—Tú conoces el juego y los jugadores. ¿Por qué no adivinas?

—Valentín no fue enviado a *adivinar*. Se esperaba que hiciera su trabajo con eficiencia. Ahora ni siquiera sabemos dónde está.

A pesar de sí mismo, Sergei rió.

—Es bueno que la CIA no pueda oírnos ahora, Boris —le dijo—. Debes de haber tenido una docena de hombres del KGB en Ginebra y me dices que ninguno sabe dónde está Valentín. Esto es ridículo.

Boris golpeó con furia el escritorio.

—Bueno, entonces ¿dónde diablos está? Debe de haberse puesto en contacto contigo.

Sergei negó con la cabeza lentamente.

—No tengo idea de dónde está Valentín. Si me hubiera llamado por teléfono, lo habrías sabido. —Lo miró con frialdad: ambos sabían que él interceptaba los teléfonos de Sergei—. Creo que simplemente debemos confiar en que él está haciendo el trabajo, como lo dijo en su mensaje, hermano.

Boris giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta. Sergei pensó en lo ridículo que estaba con sus altas botas de cuero y su uniforme militar, como una pequeña marioneta con el demonio manejando sus hilos. Rusia estaría mucho mejor sin un hombre como Boris Solovsky, y sabía que no era el primero que lo pensaba. Los rumores acerca de la conducta de Boris en su vida personal se volvían cada vez más frondosos y persistentes: peores incluso que Beria, decían. Hubiese sido mejor que Boris cuidara sus pasos.

Sin embargo, cuando la puerta se cerró de un golpe, se preguntó preocupado dónde estaría Valentín y qué era lo que hacía. Porque había fracasado en conseguir la esmeralda y descubrir la identidad de la *Dama*. Sabía esto porque el mensaje no incluía las palabras codificadas «con los mejores deseos», lo cual le hubiera dicho a él que Valentín la había encontrado.

Capítulo 18

París

Genie dormía de la misma manera en que lo había hecho cuando era niña, sin sueños, segura. Por unas pocas horas dichas Markheim estaba borrado de su memoria y la firme y hermosa calidez del cuerpo de Valentín junto al suyo la reconfortaba. La habitación estaba todavía a oscuras cuando se despertó, sólo una débil luz gris entraba por la ventana. Se volvió, sonriendo, esperando ver la cabeza dormida de Valentín sobre la almohada junto a ella. No estaba allí. Extendió una mano tentativa sobre las sábanas, del lado de él. Estaban ya frías. ¿La había abandonado porque ella había estropeado todo y Markheim había sido asesinado? ¿Tendría miedo de que lo implicara? Su corazón se detuvo mientras consideraba el hecho de que todo podría haber sido la aventura de una noche, la bonita reportera de la televisión norteamericana jugando a los espías y el diplomático ruso temeroso del escándalo. Se sobresaltó con renovada esperanza cuando oyó un golpe en la puerta.

—*Bonjour, mademoiselle, le petit déjeuner.*

Se encogió debajo de las mantas cuando una regordeta camarera entró, encendió la lámpara y colocó una fuente con café y panecillos sobre la mesa. Genie miró aquello. Había sólo una taza.

—Monsieur dijo que la despertara a las nueve —le dijo la mujer, corriendo las cortinas. Miró por la ventana, suspirando—. Otro día frío y gris. —Se volvió hacia Genie con una sonrisa y sacó un sobre de su bolsillo—. Monsieur dijo que usted necesitaría un buen desayuno. Me pidió que le diera esto.

Genie esperó hasta que la puerta se cerró detrás de la mujer antes de abrirlo. La nota estaba escrita en una hoja arrancada del Filofax.

«Pequeña —comenzaba—, debo partir temprano por negocios urgentes. Estabas durmiendo tan profundamente que pensé que era mejor no despertarte. Jamás olvidaré esta noche. Te llamaré a Washington. Por favor, toma el desayuno».

No estaba firmada.

Genie se recostó contra las almohadas y suspiró. Se suponía que podía ser peor. Por lo menos no la había abandonado por completo. Pero esperaba con todo su corazón que la llamara a Washington. Miró la taza de café sobre la mesa y de pronto estuvo nuevamente en el elegante despacho de Markheim; su columna vertebral fue recorrida por un sentimiento de miedo cuando recordó el rostro con un agujero de bala entre aquellos ojos vacíos y muertos.

Después de retirar el cobertor, corrió hacia el cuarto de baño y vomitó violentamente. Luego volvió a la cama y se tendió del lado de Valentín, abrazándose a la almohada y llorando.

Después, mientras estaba debajo de la ducha, quitándose las huellas del cuerpo de

Valentín, decidió que tomaría el siguiente vuelo a Washington. Había tenido suficiente de este loco juego de aficionada. Tomó su Filofax, encontró el número, marcó Air France y reservó un asiento en el Concorde hacia Washington. En pocas horas estaría en casa. Y no había duda de que esperaría a que Valentín la llamara.

Dusseldorf

Dusseldorf era una ciudad desolada a pesar de la prosperidad. La industria que la había hecho rica también la había despojado de su alma, y sus hoteles no eran lugares a los que la gente iba por placer sino exclusivamente por negocios. Cada uno era tan internacionalmente anónimo con el otro que Valentín los evitó deliberadamente todos y seleccionó uno en una oscura zona céntrica, lejos de las luces brillantes y de los elegantes restaurantes.

No había lugares públicos, simplemente una puerta de vidrio con dos escalones de imitación mármol que conducían a la recepción, un pequeño y deslucido ascensor lleno de iniciales y garabatos y una estrecha escalera que conducía a las plantas superiores.

Él vestía vaqueros, un anorak y una gorra. Llevaba una pequeña maleta marrón. Pagó en efectivo por adelantado y el hombre detrás del escritorio casi no lo miró cuando le entregó las llaves.

La habitación era pequeña y descuidada, con el espacio suficiente para una cama, una mesa y una pequeña ducha. Valentín miró su reloj. Era el mediodía. Después de dejar su maleta sobre la mesa, corrió las cortinas floreadas, se quitó los zapatos y se tendió en la cama. Pensó en la cama que acababa de dejar y en Genie, durmiendo como un bebé. El cabello rubio que le caía por el rostro y los párpados, que todavía estaban inflamados de llorar. Tenía una larga pierna delgada encima de él mientras se acurrucaba en sus brazos. Era muy hermosa, olía a rosas y lilas y hubiera deseado volver a hacer el amor con ella aunque no hubiera tiempo.

Se había separado de ella, vistiéndose rápidamente. Luego, en silencio, había hecho su maleta y se había sentado en el escritorio. Había pensado un rato antes de escribirle a Genie la nota; luego tomó su maleta, fue hasta la cama y la miró. La última tentación peligrosa. Dejar a Genie Reese debía de haber sido lo más difícil que él había hecho en toda su vida.

Ahora estaba tendido en la cama, en el miserable hotel alemán, esperando que llegara la noche, preguntándose qué debería hacer con respecto a ella. Por supuesto que jamás deberían haber hecho el amor. Era del tipo de cosas que dan lugar a los escándalos diplomáticos y, si Boris alguna vez lo descubría, simplemente lo utilizaría como las municiones que necesitaba para desacreditarlo. Por el momento, era un secreto, y eso era exactamente lo que deseaba.

Las horas pasaban lentamente pero no dejó la habitación, ni siquiera para comer.

A las diez se desvistió, se duchó y se vistió rápidamente con pantalones negros, un delgado suéter con cuello polo, zapatos con suelas de goma y el anorak. Colocó un equipo de pequeñas herramientas, alambre, cable fino y un pequeño detonador, en un bolsillo especial del anorak, se colocó la gorra y guardó un par de guantes negros de lana en su bolsillo, junto con una pequeña pero potente linterna. Luego guardó bajo llave el resto de sus cosas en la maleta y, después de cerrar la puerta, bajó rápidamente las escaleras y atravesó la recepción. El viejo empleado lo miró brevemente y luego volvió a atender el boxeo que estaba viendo por televisión.

El automóvil que había alquilado en el aeropuerto estaba estacionado muy cerca, un pequeño Mercedes negro, rápido, útil para el modo que tenían los alemanes de usar sus autopistas. No había tráfico y le llevó exactamente quince minutos recorrer los cuarenta kilómetros hasta la casa de Arnhaldt. Estacionó al final de una calle ancha que conducía a la parte posterior de la casa, apagó las luces y esperó.

Había hecho bien la investigación. La casa de Arnhaldt estaba construida como una fortaleza, pero no había guardias en el exterior, ni perros. Simplemente un aparato de rastreo electrónico y un viejo sistema de seguridad. El lugar no había sido asaltado en 150 años y no se esperaba que nadie lo hiciera. Con su entrenamiento de la Spetsnaz, eso no representaba un problema para Valentín.

A medianoche, se puso un gorro y guantes, y corrió en silencio a lo largo del camino en forma de herradura que conducía a través del bosque a los establos que se hallaban en la parte posterior de la casa. No había caballos allí ni caballerizos en las casas. Sabía que no había quedado ninguno desde que la hija de Ferdie murió en un accidente a caballo hacía diez años. Valentín se deslizó en una de las caballerizas, encendió la linterna y estudió el plano de la casa con cuidado. Era una reproducción tomada de un libro de la biblioteca pública y que le podía ofrecer la información que él necesitaba.

Cuando el segundo Arnhaldt modernizó la casa, también instaló un generador en el edificio contiguo a los establos. Valentín echó una mirada. No había luces en las ventanas, sólo unas pequeñas en las puertas principales.

La puerta de la construcción donde se encontraba el generador estaba sin llave. Valentín entró allí sigilosamente y bajó el interruptor, cortando la electricidad y dejando el lugar en total oscuridad.

Ya se había imaginado dónde era probable que estuvieran los monitores de seguridad. Evitándolos, se puso en camino hacia la parte posterior de la casa, cerca de las dependencias donde estaba la cocina. Aunque todo se hallaba a oscuras, sabía, por el plano que había memorizado, exactamente hacia dónde se encaminaba. Los minaretes se podían escalar con una soga para niños y en un segundo estuvo arriba. Después de buscar por los tejados la orientación, caminó con agilidad sobre el ala oeste, asegurándose con la cuerda a las paredes, con un lazo atado alrededor de su cintura. Así bajó hasta detenerse en el borde de una ventana. Respiró hondo. Esta era la parte peligrosa. Si se equivocaba, se desataría un infierno.

Trabajando con rapidez, cortó un vidrio, lo retiró intacto y se deslizó por la ventana. Escuchó durante unos instantes pero no había sonido alguno y volvió entonces a respirar. Había estado en lo cierto. El sistema de seguridad se conectaba a la electricidad suministrada por el generador y no había una batería de repuesto. Los Arnhaldt eran famosos por lo tacaños y Ferdie debía de tener otras cosas en mente que la renovación del sistema de seguridad, que había funcionado del mismo modo desde los años cincuenta.

El resto fue fácil para un hombre con su entrenamiento. El estudio se veía siniestro con el delgado rayo de luz de la linterna, cuando golpeaba contra los oscuros paneles de madera de las paredes, las sombrías pinturas y los muebles pesados. Sobre el escritorio había un cuaderno de notas con el dibujo de la esmeralda, tal como Genie lo había descrito. Volvió la luz de la linterna hacia las paredes, mirando especulativamente las pinturas. Sabía que, con lógica alemana, aquel sería el lugar en el cual el primer Arnhaldt había colocado la caja fuerte. No detrás del retrato de Sargent, ni del violento Hieronymus Bosch, ni del triste Rembrandt sobre la chimenea. Sonrió cuando la luz enfocó un pequeño paisaje anónimo.

Abrir una caja fuerte es un trabajo difícil, pero esta caja era tan vieja que ni siquiera era necesario volarla. Simplemente la manipuló unos momentos, escuchando cómo el mecanismo se acomodaba en su lugar como un viejo piano. Sonrió cuando abrió la puerta. Ferdie se debía de sentir muy seguro para dejar su casa tan vulnerable. No había nada en el interior, simplemente un par de sobres de manila. Y una caja de cuero azul, justo del tamaño adecuado para la esmeralda Ivanoff.

La piedra brillaba bajo la luz de la linterna como agua verde cristalina, y Valentín la tocó, atrapado por la tentación. Su tacto era tan frío como su aspecto. Valentín se estremeció. No importaba qué dijera su padre, no podía creer que esta inmensa joya hubiera pertenecido a su propia abuela. Sin embargo, había ido a las bibliotecas y estudiado las fotografías de la familia Ivanoff. Cuando vio a Misha, era a él mismo a quien estaba viendo. Él era el que se parecía al príncipe Misha Ivanoff.

Cerró la caja y devolvió la esmeralda a la caja fuerte. Abrió los sobres, revisando su contenido con rapidez: los contratos de arrendamiento por las minas en Rajastán databan de 1920 y le habían sido otorgadas en alquiler a los Arnhaldt por parte de la URSS; una fotografía de la princesa Anouska con la famosa tiara y otras dos fotografías, una de una pareja de recién casados y la otra de una novia con una niña. Asombrado, iluminó con la linterna los dos rostros, el de Anouska y el de la pequeña; luego volvió a mirar la foto de casamiento de Eddie Arnhaldt y de su flamante esposa.

Valentín contuvo un suspiro de sorpresa; había descubierto más de lo que esperaba. Había algo más en el sobre, un pequeño trozo de papel con el número de una cuenta bancaria y un nombre. La Compañía de Cargueros Kazahn. La miró, memorizando la información, y luego colocó todo nuevamente en la caja y la cerró.

Echó una mirada a su alrededor con cuidado. Todo estaba exactamente como

esperaba que estuviera, excepto el vidrio que faltaba de la ventana. Pisó en el antepecho, ató la soga a su cintura, cerró la ventana y volvió al tejado. Manteniéndose agachado, corrió hasta su punto de partida y en segundos volvió a estar en el suelo. Caminó hasta la planta generadora, encendió el interruptor y miró las luces que brillaban en el exterior.

En pocos minutos volvió al automóvil y abrió la marcha hacia Dusseldorf. Toda la operación le había llevado menos de dos horas.

Dejó el hotel a las siete y treinta, a la mañana siguiente, vestido con vaqueros, el anorak y una gorra. Caminó hasta un café barato para tomar un desayuno con salchichas, huevos, pan de centeno y tres tazas humeantes de café con leche. Le resultó casi una comida de dioses. Con su Mercedes se dirigió hasta la oficina de alquiler y cruzó caminando hacia el aeropuerto. Allí fue hasta una peluquería, se hizo afeitar, se cambió la ropa. Una vez más era el elegante y joven diplomático ruso, con un conservador traje inglés, que embarcaba en el vuelo con destino a Washington.

Capítulo 19

Nueva York, 1919

O'Hara abrió de par en par las puertas del bar, dejando entrar el aire frío de la mañana y salir la nube de humo y el olor a encierro. Se puso de pie unos minutos, con las manos en la espalda, el primer cigarro del día en la comisura de la boca, inspeccionando sus dominios. Había vivido en la calle Delancey durante veinte años y era uno de los residentes más antiguos, a veces se sentía como si aquella calle le perteneciera. Conocía a todos, todos los hombres eran sus clientes, con o sin trabajo, ya que siempre les permitía beber hasta que volvieran a tener trabajo. Conocía a sus esposas y sabía cómo luchaban estas para ayudar a sus hombres, mientras que otras estaban resentidas y sentían que la vida las había engañado. Conocía a sus hijos y a sus abuelos, a sus tías y tíos, a sus amantes y los acontecimientos que se sucedían en sus vidas, ya que los problemas de todos eran comentados sobre el mostrador de caoba, con la ayuda de algunas cervezas. Y había también un silencioso préstamo de unos pocos dólares para los desesperados, sin que esperara recuperarlos. A él le gustaba Delancey. Había buen humor, no había violencia, sólo algún hombre que ocasionalmente golpeaba a su mujer o una ruidosa pelea familiar. Lamentaría tener que irse de aquel lugar.

Entró en el bar y comenzó a limpiar los barriles, a reponer el whisky, la ginebra, el tabaco, los cartones de cigarrillos y cigarros baratos que faltaban de los estantes. En pocas semanas eso desaparecería, se prohibiría por la Ley Seca; se quedaría sin su negocio y sin su calle Delancey. Sin embargo, hacía tiempo que había hecho planes.

Cuando llegó a los Estados Unidos, era un muchacho inexperto de dieciocho años, que venía de las costas de Irlanda, grande, musculoso y preparado para lo que el Nuevo Mundo tuviera para ofrecerle. Con una breve educación que había finalizado a los diez años, podía leer y escribir y hacer algunos cálculos. Había trabajado también como peón en el campo. No deseaba más de su tierra natal; deseaba la Vida con una V en mayúscula, y sabía que esto no lo encontraría en la pobre taberna que su padre enfermo había tenido en el campo desolado y abatido por el viento que miraba a la Bahía de Liscannor. Su padre, Mick O'Hara, había sido un hombrecito que sufría de una tos crónica que le hacía la vida bastante incómoda. Rara vez se lo veía sin un delgado y miserable cigarrillo entre sus labios; lo tenía allí cuando tomaba cerveza de una jarra, se quedaba allí cuando hablaba e incluso cuando tosía. La única vez que Shamus lo había visto quitárselo fue cuando comía, pero eso era una cuestión de minutos, después de los cuales volvía a enrollarse uno. Y hasta el siguiente trago de whisky, para «mantenerse caliente».

Mary Kathleen O'Hara sabía que su marido se estaba matando, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Hacía tiempo que había aceptado el hecho de

que un día él caería muerto y que ella debería defenderse sola, y de acuerdo con eso había hecho sus planes. Sin embargo, pasó el tiempo y el duro viejo chivato todavía vencía a la muerte, tosiendo noche tras noche. Mary Kathleen era grande, corpulenta, con el cabello pelirrojo que Shamus había heredado, colores vivos en las mejillas y rutilantes ojos verdes. En sus días se la había considerado una belleza y todavía era una linda mujer a los cuarenta, aunque su vida había sido muy dura. Cuando era joven, la escasez de patatas había devastado a Irlanda y millares de personas habían muerto de hambre, incluso la mayor parte de su familia. Cuando conoció a Mick O'Hara, él era veinte años mayor que ella; él se enamoró de ella y ella supo que los hombres, no importaba cuan pobres fueran, siempre encontraban unos pocos cobres para un trago en una taberna. Aunque era pequeño, amargado y peleón, Mick O'Hara le ofrecía un techo sobre su cabeza y comida para su estómago. Era un tipo de seguridad que ella deseaba, y entonces se instaló con él y trató de ser una buena esposa.

Su único hijo era Shamus y ella dio las gracias a Dios, ya que más hijos habrían significado más bocas que alimentar. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que era probable que se transformara en una viuda joven, había deseado tener más hijos que cuidaran de ella cuando su marido se hubiera ido.

En su maldita forma de ser, Mick O'Hara se tomó su tiempo para morir, y Shamus ya tenía diecisiete años cuando finalmente lo hizo. Después del funeral, Mary Kathleen había caminado con su hijo hasta la cima de los acantilados de Liscannor y allí, abrazados, dejaron que los vientos del Atlántico los envolvieran. A ella le había parecido como una purificación que arrastraba lejos los tediosos años en que había estado confinada a tres oscuras, miserables habitaciones, en la trastienda del bar, con el constante sonido de la tos el olor a cerveza y a muerte.

—Hijo —le había dicho, tomándolo con fuerza de un brazo—, del otro lado del océano hay un mundo nuevo, un lugar donde un hombre puede hacer una fortuna, venderé la taberna y te daré el dinero. Quiero que vayas a los Estados Unidos y empieces allí una vida nueva para nosotros. Cuando estés listo, enviarás por mí.

Shamus todavía recordaba haber mirado su rostro y haberlo visto orgulloso, sereno y seguro; ella había confiado en él dándole todo lo que poseía en el mundo para que lo multiplicase, segura de que lo cuidaría. Él había prometido no defraudarla.

Cuando llegó a los Estados Unidos, viajó por el país de costa a costa; era grande y con grandes músculos. Fue fácil para él conseguir trabajo de obrero, cargando ladrillos en Chicago, paquetes en los muelles de San Francisco y alimentando los hornos en las plantas de acero de Pittsburgh, pero sabía que aquello no le daría una fortuna. Pasó un año y, aunque todavía tenía el dinero que su madre le había dado, no estaba más cerca de traerla y de cuidar de ella que antes. Pensó en ella, allá en su tierra, esperando sin protestar que él hiciera lo correcto. Él sabía que debía encontrar algo.

Volvió a Nueva York, caminó sin destino por sus calles, mirando las mansiones de Gramercy Park y Washington Square, y también de la Quinta Avenida, preguntándose con amargura cómo la gente había hecho el dinero suficiente para construir aquellos lugares. Se dijo a sí mismo que un día él tendría algo así. Mientras tanto, alquiló una habitación encima del bar de la calle Delancey y trabajó durante todo el día como albañil en una obra en construcción. Le gustaba el negocio de la construcción y le habría gustado aprender más de él, quizá llegar a ser capataz o incluso jefe, pero no había tiempo; siempre cargaba con el temor de que su madre muriera antes de haber tenido éxito y de que fuera demasiado tarde para cumplir su promesa.

Disfrutaba de vivir encima del bar. Le gustaba el olor a whisky y cerveza, los ruidos de la noche que le eran familiares y le recordaban a su hogar. Le ofreció echarle una mano al propietario durante la noche, sirviendo cervezas y trabajando de camarero. Era un joven sociable al que le gustaba la camaradería varonil del bar. Después de seis meses, cuando el propietario le dijo que estaba pensando en vender y regresar a St. Paul, en Minnesota, en un impulso Shamus le ofreció comprarle el negocio. En dos semanas se hizo la transacción y él le escribió a su madre, enviándole el billete y diciéndole que viniera lo antes posible. Fue sólo después cuando reflexionó sobre la ironía del hecho de que él la estaba trayendo para conquistar el nuevo mundo, a vivir exactamente de la misma manera en que lo había hecho antes, en tres habitaciones en la trastienda del bar.

No obstante, Mary Kathleen había considerado que era un gran paso en el Nuevo Mundo. Llegó desde Liscannor con todos sus muebles, y pronto las habitaciones de la calle Delancey eran exactamente iguales que las de su hogar en Irlanda. Mary Kathleen cocinaba grandes cacerolas de guiso irlandés, así como también carne hervida, repollo y pan de patata, y servía grandes porciones a precios bajos. No llevó mucho tiempo que se corriera la voz por el vecindario de que en O'Hara se servía la mejor y más barata de las comidas y que la cerveza era buena también. Estaban en camino.

Mary Kathleen disfrutaba de su nuevo papel. Antes su marido había sido el dueño; ahora ella misma estaba allí para la comida y la cena, charlando con los clientes y aceptando con gracia sus cumplidos mientras embolsaba el dinero. En un año ya tenían dinero en el banco y en pocos años eran prósperos. Siempre le decía a Shamus que era hora de que buscara una bonita muchacha irlandesa para casarse; él debía establecerse y darle unos nietos que malcriar. Después de todo, decía, ahora él podía afrontarlo.

Shamus sabía que lo podía afrontar, pero una esposa e hijos ocupaban el tiempo de un hombre, y ¿quién manejaría el bar si él no estaba allí todas las noches? No, el matrimonio tendría que esperar. Cinco años después tuvo una buena suma de dinero en el banco, así como también una o dos pequeñas inversiones inmobiliarias en Nueva Jersey. Entonces, Mary Kathleen murió repentinamente de un ataque al corazón, sin nietos y viviendo todavía en las tres habitaciones de la trastienda del bar.

Cuando la enterraron, Shamus lloró lágrimas de rabia y vergüenza por no haberle comprado jamás una pequeña casa donde hubiera pasado en paz sus últimos años, y se dijo que, cuando finalmente se casara, su esposa jamás viviría en las tres habitaciones de la trastienda del bar.

Se recordó eso a sí mismo, cuando Missie apareció en las puertas de vaivén, y él le dedicó una breve sonrisa mientras ella colgaba el abrigo y comenzaba a barrer la viruta y la suciedad del suelo.

O'Hara la observaba con deseo. Hacía tres meses que le había pedido que se casara con él y todavía no le había dado una respuesta. En realidad, jamás se lo había mencionado desde el funeral; él se había contenido, esperando pacientemente que ella se recuperara del impacto de la muerte de Sofía. Pero el tiempo pasaba: él era un hombre con asuntos importantes en mente, un hombre que quería respuestas... ya.

Su corazón se deshizo cuando la miró, trabajando apresuradamente como si hiciera el trabajo en la mitad del tiempo para poder irse más temprano... pero no podía. Él le pagaba todos los días y ella le pertenecía en tanto él la necesitara. Era su forma de garantizar que siempre estuviera allí. Sólo que ahora él sabía que la necesitaba para toda la vida.

Ella sintió los ojos de él y levantó la mirada. O'Hara sonrió con culpa y dijo:

—Missie, se me ocurre que tú y yo jamás hemos estado juntos. Ahora sabes que soy un hombre ocupado. El bar abre todos los días y todas las noches. Jamás me deja un minuto para mí, ni para hablar con una mujer. Pero mañana tengo intenciones de cerrar... con una condición.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué condición?

—Cerraré si me haces el honor de comer conmigo.

Ella lo volvió a mirar, casi sin poder creer lo que oía y entonces rió. El sintió que el color le subía al rostro cuando le dijo:

—¿Usted desea llevarme a mí a comer afuera? ¿Pero por qué, O'Hara? ¡Nos vemos todos los días, excepto los domingos! Y comemos juntos aquí, sobre este mismo mostrador, todos los días. ¿De modo que para qué?

Él tomó un cigarro de la caja, sobre los estantes de espejo que estaban detrás de la barra, encendiéndolo con trabajo.

—Quería darte una sorpresa —dijo con tristeza—. Maldición, Missie, pensé que te complacería.

Se recorrió con la mano los cabellos pelirrojos, mirándola con ojos suplicantes mientras caminaba hacia el mostrador. Missie se apoyó con los codos sobre él, mirándolo con duda.

—O'Hara —le dijo—, quizás esto sea un error. No soy la muchacha que usted cree. Incluso ni yo misma sé quién soy.

—Esa es exactamente la razón por la que deseo sacarte de aquí, para que podamos conocernos —le dijo, con su vieja sonrisa dibujándose de nuevo en su

rostro—. Lejos de aquí, ambos podemos ser nosotros mismos. Además —dijo, colocando su enorme mano sobre las suyas—, tengo algo que mostrarte. Algo especial. —Podía ver que estaba intrigada y agregó—: Y tengo algo importante que decirte.

Después de retirar sus manos de las de él, Missie comenzó a lustrar el mostrador.

—En ese caso, será mejor que acepte —le dijo con calma—, pero recuerde que Azaylee vendrá conmigo.

—Por supuesto —le dijo irradiando felicidad—, por supuesto que Azaylee estará contigo. —No le importaba si ella traía a todo un grupo de niños. Lo importante era que había aceptado.

Capítulo 20

Missie apresuró el paso de regreso a la calle Rivington con sus ganancias de la mañana, un solo dólar, en su bolsillo. Se detuvo en el carro de Zabar y compró un ramo de rosas de tela y un largo de cinta amarilla, todo por quince centavos. Ruborizándose por animarse a gastar tanto dinero en sí misma, se apresuró a subir las escaleras hasta el apartamento de Rosa Perelman.

La casa de Rosa se podía llamar apartamento, ya que tenía dos habitaciones que, con tres niños, le eran imprescindibles. Su marido, Meyer Perelman, era veinticinco años mayor que ella; era oriundo de Polonia y hablaba sólo polaco y yiddish. Rosa tenía sólo veinticinco años y había nacido allí, en el bajo lado este, de padres inmigrantes de Estonia. Hablaba inglés y yiddish, así como algo de ruso, pero muy poco de polaco, de modo que la comunicación con su marido era escasa. Por dos dólares a la semana había agregado a Azaylee a su prole, y la alimentaba y cuidaba como si fuera de ella mientras Missie salía a trabajar. Y durante semanas, después de la muerte de Sofía, se habían hecho amigas. Sonrió cuando Missie llamó a la puerta y entró.

—*Nu, shane*, aquí estás —le dijo Rosa con placer—. Llegas a tiempo, estaba preparando un vaso de té. Y un pequeño manjar que he guardado para nosotras.

Le dio a Missie un vaso alto de té hirviendo y un plato con galletitas.

—De la panadería de Gertel, en Hester —le dijo—, y como mi madre solía hacerlas. —Su rostro se iluminó cuando dio un mordisco—. Mejores, incluso. No te preocupes —agregó, notando la mirada intranquila de Missie—, los niños están jugando en la calle, al cuidado de mi hija mayor, Sonia. Y ella sabe que se las verá conmigo si les quita los ojos de encima un minuto. De todos modos —agregó riéndose—, nos da a las dos un poco de paz para descansar, ¿no te parece?

Missie rió. Le gustaba Rosa. Era pequeña y regordeta, con un hermoso y brillante cabello negro, ojos marrón oscuro y rasgos suaves. Y, aunque la relación con su esposo era difícil, siempre se las arreglaba para sonreír y hacer una broma. Nada deprimía a Rosa por mucho tiempo. Simplemente no estaba en su forma de ser llorar demasiado sobre las desgracias; la peor de todas, pensó Missie, fue haber sido vendida a su marido por un padre sin escrúpulos.

Había sido arreglado a través de un agente matrimonial, le había contado Rosa. El agente había dicho que este hombre tenía un gran negocio en Filadelfia. Había venido a la casa a conocer a la familia y se había sentido impactada cuando supo la edad que tenía, era casi tan viejo como su padre. Ella tenía diecisiete años, era más joven que Missie. Meyer fue amable, pero no había sonreído y su mano estaba sudada cuando estrechó la de ella. Durante toda la noche casi la había ignorado, sentado a la mesa contándole a su padre los negocios que hacía con trajes en Filadelfia. Ella pudo ver a su padre retorcerse la barba, mostrándose interesado, y a su madre sonriendo y trayendo los mejores vasos y el mantel de Shabbas, como si fuera el mismo rabino el

que los visitaba.

Ella había escondido las manos en la espalda cuando tuvo que irse, negándose a estrechar las de su futuro esposo. Su padre la miró con enfado, pidiendo disculpas por sus malos modales. Y aquella noche hubo una pelea bastante desagradable, cuando ella quiso saber por qué, si Meyer Perelman era un hombre tan importante, con telas y trajes en Filadelfia, aún no hablaba inglés.

—Es de Polonia —le explicó su madre.

—¿Entonces? ¿Y por qué no va a una escuela nocturna como todos los demás para aprender a hablar?

Su padre la había abofeteado y llamado desagradecida. Él le pagaba buen dinero al agente matrimonial, y todo lo que ella hacía era avergonzarlo delante de un hombre bueno y honesto, un hombre que trabajaría hasta desgastarse las manos por ella, un hombre que le daría todo, una casa, ropa fina, joyas...

—¡Ah, joyas! —Había dicho Rosa, riéndose, mientras miraba a su alrededor el arruinado departamento—. ¡Y casas y tapados y trajes! El triunfador resultó ser un maquinista en una pequeña fábrica de propiedad de su cuñado. Creyó que conseguiría dinero al casarse conmigo; el agente matrimonial le había dicho que yo era la heredera de mi tío, Samuel Glanz, el que tiene un almacén en Grand Avenue.

—¿Y lo eres? —preguntó Missie con esperanza.

Rosa se había encogido de hombros:

—No tiene hijos, pero, conociéndolo, él le dejará lo que tiene al templo y dejará que los parientes se peleen con el testamento. Pero Meyer todavía vive esperanzado. Lleva a los niños todos los sábados, llueva o salga el sol, para recordarle al tío Samuel qué lindas sobrinas tiene. —Echó hacia atrás la cabeza, riendo con tanta vivacidad que Missie pudo ver que su garganta vibraba—. Fue todo un cuento de hadas —dijo por fin, enjugándose las lágrimas que le había producido aquella risa—, y ahora estoy atrapada en las sudorosas manos de Meyer y mis hijos tienen un padre que todavía no habla inglés. La gente que trabaja con él se burla. Todas las mañanas le dicen: «Nu, Meyer, ¿has aprendido ya a hablar? Después de todos estos años en los Estados Unidos, es una vergüenza».

—¿Cómo puedes soportarlo? —le había preguntado Missie, con los ojos abiertos por el horror al pensar que Rosa gastaba su vida con un hombre a quien no amaba.

—Tengo mis hijos —le había dicho Rosa encogiéndose de hombros—, y quizás un día, cuando sea mayor, lo deje. Simplemente lo aguanto hasta entonces, día tras día.

Missie se sobresaltó, imaginando la vida diaria con Meyer Perelman. Por lo menos, ella no tenía que soportar nada así, ella era dueña de su persona.

—Estás emocionada —le dijo Rosa, tomando otra galletita—, lo veo en tus ojos. Ha sucedido algo.

Missie rápidamente le explicó lo de O'Hara y que ella saldría a comer con él el domingo.

—Mira —le dijo con orgullo, mostrándole el ramo de rosas rosadas—, las he comprado para mi viejo sombrero de fieltro. Creo que lo podré arreglar un poco. Y cintas nuevas para el cabello de Azaylee.

Rosa admiró las flores y dijo:

—¿De modo que Azaylee también va? ¿Entonces no hay romance? ¿No hay cortejo de amantes?

—Por supuesto que no, tonta —protestó Missie, ruborizándose—. Quiero decir, bueno, recuerda que O'Hara me dijo que deseaba casarse conmigo, pero eso fue sólo porque tenía lástima de mí. Es un hombre muy amable, Rosa.

—Y tú una muchacha muy hermosa —le dijo Rosa sagazmente—. No olvides eso, Missie.

Missie pensó en las palabras de Rosa, temprano en la mañana del domingo, mientras ella probaba las bonitas rosas sujetándolas a un costado del sombrero de fieltro, volviendo su cabeza hacia un lado y al otro, ante el diminuto espejo cuadrado, deseando tener algo más elegante que ponerse.

—Oh, Missie —respiró Azaylee, observándola—, estás preciosa.

Missie le sonrió, pero sabía que el espejo decía la verdad: ella estaba demasiado pálida y sus mejillas se veían hundidas, su cuello demasiado delgado. Había perdido la belleza de su juventud y pensó que lo único hermoso en ella eran las rosas de su sombrero.

Azaylee estaba sentada en el borde de la silla, para no arrugarse su vestido azul, balanceando sus piernas enfundadas en medias blancas y admirando sus nuevas botas compradas el día anterior en el carro de Zabar. Missie le había trenzado el cabello y atado con las nuevas cintas amarillas, pero ya se habían escapado algunos rizos, dando un marco a su pequeña carita ovalada. Su piel tenía un brillo dorado, como la de Anouska, y sus ojos marrones poseían la misma mirada soñadora. Era un ángel, un sueño de niña, pensó Missie, corriendo y abrazándola con fuerza. No podría amarla más si hubiese sido suya. Tenía sólo cuatro años y jamás se había quejado de nada, aceptando la única habitación como su casa, a Rosa como su tía y la calle como sala de juegos. No era justo, se dijo Missie, mientras la volvía a besar, simplemente no era justo.

Una bocina sonó en la calle con fuerza. Azaylee saltó de la silla y corrió hacia la ventana. Volvió a sonar la bocina y ella llamó excitada:

—*Matiushka*, ¡es O'Hara en automóvil!

Missie sacó su cabeza por la ventana, mirando hacia abajo asombrada, donde O'Hara, elegante con su nuevo traje marrón completo con cuello y corbata, estaba sentado orgulloso detrás del volante de un Stutz amarillo. Volvió a tocar la bocina, saludando a los asombrados rostros que se asomaban por las ventanas. Luego abrió la puerta, pisó en el pescante y, quitándose el sombrero, le hizo a Missie una reverencia.

—¡Oh, Azaylee! —Abrió la boca, volviendo para adentro, avergonzada—. Ahora todos saben que salgo con O'Hara.

Se echó una última mirada en el espejo y tomando a Azaylee de la mano se apresuró escaleras abajo.

—Hace una mañana espléndida, Missie —le dijo O’Hara—. Pensé que sería agradable dar un pequeño paseo en coche.

Todas las cabezas que asomaban por las ventanas iban de O’Hara a Missie mientras ella subía rápidamente al automóvil. Él levantó a Azaylee y la colocó en el pequeño asiento que estaba en la parte posterior y le sostuvo a ella cortésmente la puerta.

—Adiós, Rosa —gritó Azaylee, saludando emocionada a los Perelman que salían por la ventana del segundo piso, pero Missie se negó a mirar. Sabía que todos en la calle Rivingston estaban observando interesados, mientras O’Hara arrancaba el coche y ruidosamente se alejaban por la calle.

—Lo compré ayer —dijo O’Hara con orgullo—, y tú eres la primera en subir. Bueno ¿qué te parece?

—Es precioso, O’Hara —gritó Azaylee, saltando excitada en el asiento trasero y saludando a los peatones.

—Es adorable —dijo Missie, sosteniéndose el sombrero, mientras el vehículo tomaba una curva—, pero habría preferido hacer una salida más tranquila de la calle Rivingston.

O’Hara soltó su risa como un rugido.

—Te prometí una salida apropiada, ¿no es así? —dijo, mirándola por el rabillo del ojo—. Y soy un hombre de palabra, Missie O’Bryan.

Cuando doblaron la esquina de Orchard, ella rió; había algo atractivo en el simple placer que O’Hara sentía por el automóvil, por el día soleado y por su trato. Era un hombre que había salido para agrandar y ella se recostó en el asiento de cuero, permitiéndose relajarse y disfrutar del paseo.

Encerrado tras su reja de bronce, Zeb observó el largo coche de color amarillo que pasaba por la calle; O’Hara hacía sonar la bocina y miraba a Missie como si le perteneciera. Missie se reía y parecía la propia primavera con su gran sombrero violeta y los adornos de rosas. Los celos ardieron como una llama en su corazón.

—*Ganzer macher!* —gritó con amargura cuando desaparecieron—. ¡Fanfarrón!

—¿Adónde vamos? —preguntó Missie cuando el coche tomó el puente, hacia las colinas de Nueva Jersey, al otro lado del río Hudson.

—Espera y verás —le dijo misteriosamente. Pero había una sonrisa en su rostro grande y atractivo, que le decía que él sabía que le gustaría.

Avanzaron por las orillas del Hudson durante kilómetros, admirando la vista hasta que llegaron a un gran edificio de ladrillos que se levantaba detrás de unos árboles. El cartel decía: «Restaurante Italiano, Giorgio». Los ojos de Missie se abrieron cuando vio los manteles blancos y las servilletas haciendo juego, la brillante platería y cristalería, las flores de las mesas.

—No soy lo suficientemente importante para todo esto —susurró, avergonzada

por su viejo abrigo gris y la blusa y falda miserables.

—Tú eres lo suficientemente importante para cualquier lugar —respondió O'Hara en voz alta—, y mucho mejor que cualquiera de las mujeres de aquí.

Se quitó su sombrero nuevo cuando el jefe de camareros le estrechó la mano, saludándolo como a un viejo amigo y llevándolos hasta una mesa junto a la ventana.

—Buenos días, señor O'Hara —dijo—, ¿y cómo está usted hoy, señor?

—Bien, bien —dijo O'Hara ampulosamente, sonriendo cuando un segundo camarero apareció con un cubo que contenía una botella de champaña. Asintió con aprobación cuando le mostró la botella y los ojos de Missie se abrieron más aún.

—¿Champaña? —le preguntó asombrada.

—¿Qué más? —le dijo, extendiendo la mano y tomando la de ella—. En un día tan importante.

Ella se ruborizó mientras los camareros demostraban sonriendo que comprendían. O'Hara les estaba causando una impresión equivocada. Probablemente pensaban que eran amantes o algo así...

Miró las copas llenas de burbujas, recordando la última vez que había bebido champaña. Había sido en su cumpleaños número dieciocho y Misha le había servido. Se habían mirado a los ojos, sabiendo que podría ser por última vez...

—Un centavo por tus pensamientos —dijo O'Hara, pero ella negó con la cabeza, tomando su copa y brindando con él.

—Por usted, Shamus O'Hara —le dijo, sonriendo—, y gracias por un día tan adorable.

—No ha terminado aún —prometió él—, falta mucho todavía. —La miró con admiración mientras ella estudiaba la lista—. Pareces una pintura con ese sombrero, Missie —le dijo con gentileza—. Eres la muchacha más hermosa que jamás he visto.

—Sí —dijo Azaylee con importancia—, yo se lo dije.

O'Hara sonrió.

—Y tú, jovencita —le dijo, tomándola por la trenza—, será mejor que tengas cuidado cuando llegues a la edad de Missie, serás una bomba.

—¿Qué es una bomba? —le preguntó.

—Espera y lo verás —le respondió, sacando un paquete pequeño de su bolsillo—. Aquí, casi lo olvido.

—¿Un regalo? —le preguntó con ansias.

Él asintió.

—Un regalo para ti, belleza.

Acarició el bonito papel tisú rojo, asombrada.

—Es maravilloso —dijo, con su voz de niña temblando por la emoción.

O'Hara miró a Missie y luego a la niña:

—Los regalos hay que abrirlos —le dijo—, así verás lo que hay dentro.

Quitó con cuidado el papel, alisando las arrugas antes de abrir la caja, abriendo la boca de asombro cuando vio lo que había en el interior.

—Oh, oh, mira, *matiushka* —Se asombró—. Mira.

Era una muñeca, pequeña y perfecta en todos los detalles, desde su rostro de porcelana hasta el suave cabello dorado, su encantador abrigo con bordes de encaje, el gorro y las diminutas botas de cuero.

—¿Cómo la llamarás? —preguntó Missie, sonriendo cuando Azaylee le acariciaba el cabello a la muñeca.

—La llamaré Anouska —susurró, levantándola y llevándosela al pecho—. Anouska.

Missie sintió como si le hubiera caído un rayo; en todo ese tiempo, Azaylee jamás había mencionado a su madre. Ella deseaba que se hubiera olvidado.

—Pero es una muñeca norteamericana —protestó con rapidez—. ¿No crees que deberías ponerle un nombre norteamericano?

Los ojos de Azaylee tenían esa familiar mirada lejana.

—¿Qué te parece Kathleen? —sugirió O'Hara—. Es un buen nombre irlandés y el nombre de mi madre.

—Sí, deberíamos dejar a O'Hara que lo eligiera —asintió con rapidez Missie—. ¿Por qué no la llamas Kathleen?

Azaylee abrazó a la muñeca y la llevó a su mejilla, cerrando los ojos y sonriendo.

—Kathleen Anouska —dijo—. Kathleen Anouska O'Hara.

O'Hara sonrió mientras servía más champaña.

—La pequeña tiene la idea correcta —dijo, mirando a Missie de manera significativa.

Ella desvió la mirada cuando el camarero apareció con la sopa.

—Huele deliciosa —dijo evasivamente.

O'Hara sonrió.

—Así es —confirmó—. Este restaurante es uno de los mejores de Nueva Jersey. Ya hace unos años que vengo aquí, desde que comencé con ciertos negocios en la zona.

Missie se dio cuenta de pronto de que se estaba divirtiendo. La buena cocina italiana era una ambrosía después de sus magras comidas. El vino se le subió a la cabeza; se sintió melosa y relajada mientras escuchaba la historia de O'Hara acerca de su vida en Irlanda y de sus comienzos en los Estados Unidos.

—Y ahora hay otro comienzo —dijo, encendiendo un cigarro más grande que el habitual, observando cómo ella tomaba el café.

Azaylee bostezó cuando los amables camareros italianos le ofrecieron caramelos y un diminuto *amaretti* envuelto en alegres papeles de color azul y rosado, acurrucándose en su silla y abrazando a su nueva muñeca.

O'Hara le acarició con gentileza el cabello y dijo:

—Hay un lado de mí que todavía no has visto. Missie. Soy un hombre serio y también un hombre con ambiciones. Y de eso es de lo que hoy deseo hablarte. Pero primero tengo algo que mostrarte, de modo que pongámonos en camino.

Pagó la cuenta con ampulosidad. Después de levantar a la niña que dormía, la tomó en brazos, de la misma forma en que ella llevaba a su muñequita, y dejaron el restaurante con sonrisas, agradecimientos y promesas de regresar pronto. Colocó a Azaylee en el asiento posterior, cubriéndola con una manta, y dijo dichosamente:

—Sería grandioso tener una niña como esta, simplemente grandioso. —Luego ayudó a Missie a subir al automóvil, subió él mismo y giró en dirección a las colinas.

—¿Adónde vamos ahora? —le preguntó mientras tomaba curva tras curva, subiendo cada vez más.

—No lejos —le dijo sonriendo—. Sólo ten paciencia ahora.

En diez minutos llegaron, rodeando una colina hasta toparse con un cerco de madera. O'Hara se bajó para abrir la puerta y Missie miró a través de los altos álamos y los frondosos nogales de los cuales caían las últimas hojas.

—Ya casi hemos llegado —dijo O'Hara, sonriendo mientras avanzaba por una senda de grava nueva y se detenía frente a una casa cuadrada, de tejado rojo con una entrada de madera—. Es más grande de lo que parece —dijo con orgullo—. Dentro tiene tres dormitorios y fuera tres hectáreas. Los números me sonaron bien y entonces la compré. Y, además, compré toda la tierra que la rodea. Cincuenta hectáreas de Smallwood, Nueva Jersey, ahora pertenecen a tu servidor.

Se volvió hacia Missie, con los ojos ardientes de deseo.

—Y pertenecen a mi esposa, si sólo dices que sí, Missie. Deseo compartir todo contigo, esta casa, esta tierra... todo.

Ella abrió grandes los ojos alarmada y él levantó una mano.

—Antes de que digas nada, déjame mostrarte. —Caminó unos pasos hasta la entrada de madera, volviéndose para poder mostrarle su nueva propiedad—. Tan lejos como te alcance la vista, Missie —le dijo con orgullo—, y más allá. Esta es mi tierra.

Ella miró las suaves y verdes laderas, con grupos de árboles y ganado de color blanco y negro pastando a lo lejos, parecía una granja de juguete. Cerró los ojos, respirando el fresco aire de campo, escuchando cantar los pájaros y sintiendo el sol de fines del otoño todavía cálido en su rostro. Era como estar de regreso en su Oxfordshire natal.

—Es hermoso, O'Hara —le susurró—, simplemente hermoso.

—Entra —le pidió—. Deja a la niña durmiendo afuera. Déjame mostrarte.

La puerta principal tenía un tragaluz de vidrio de color y la espaciosa entrada llegaba hasta otra puerta de vidrios en la parte posterior con vista al jardín. Había una sala de estar cuadrada con una gran chimenea y un comedor separado; el suelo era de madera barnizada y las ventanas tenían vidrios en forma de diamante, había una cocina apropiada con su pileta con agua caliente y fría, y una estufa apropiada; incluso había luz eléctrica. Una hermosa escalera conducía a los tres dormitorios, y a un baño de verdad en el que O'Hara le explicó que había una bañera de hierro esmaltada y un inodoro.

—Pero si es una verdadera casa —gritó Missie, corriendo excitada de cuarto en

cuarto—. Es adorable, O'Hara, es verdaderamente adorable... sólo que... —Se detuvo, mirándolo, aturdida—. Sólo que ¿cómo manejará el bar y podrá vivir aquí? Está tan lejos.

—Eso es de lo que quería hablarte —le dijo, tomándola de los hombros y mirándola a los ojos—. Missie, cerraré el bar en un par de semanas. La Ley Seca pronto arruinará el negocio y yo me iré antes de que los demás se den cuenta de ello. Tengo mis planes, Missie, y esta casa es parte de ellos. Y también lo eres tú. Puedo hacer mi nuevo negocio desde aquí. Está lo suficientemente cerca del ferrocarril y del puerto de Newark.

El corazón de Missie se detuvo. Si O'Hara cerraba el bar, ella se quedaba sin trabajo. De pronto se sintió desmayar y se apoyó contra la baranda, mirando la bonita escena bucólica que se extendía allá abajo.

—¿Qué nuevo negocio? —le preguntó con tristeza.

O'Hara sonrió.

—Oh, propiedades, construcciones, una pequeña *distribución*, diríamos. Aquí es un lugar muy privado; nadie conocería mi negocio.

Le guiñó un ojo y luego frunció el entrecejo; toda la luz había desaparecido del rostro de Missie y parecía que iba a desmayarse.

—Missie, ¿te sientes bien? —le preguntó, tomándola de los hombros, como protegiéndola—. ¿Qué sucede, mi niña? ¿Te he impresionado con toda esta charla sobre mis nuevos negocios? Nada será verdaderamente ilegal, Missie, un poco al costado de la ley, lo hemos hecho en Irlanda durante siglos. Te prometo que no será nada. Y luego tengo planeado usar el dinero para construir casas. Habrá muchas parejas jóvenes ansiosas de mudarse de las ciudades a un lugar propio en el campo. Agradable, barato, eso es lo que tengo planeado para ellos. Verás —prometió—, una vez que lo haga, llegarán en manada. Y no te preocupes por la otra parte, Missie, mis socios se encargan de eso.

—¿Sus socios?

—Giorgio y Enrico Oriconne, los dueños del restaurante en el que hemos estado. Debes conocerlos, Missie, son una dulce familia de italianos; viste la forma en que los camareros trataron a Azaylee; ellos aman a los *bambini*. Pero son gente ocupada y necesitaban a alguien como yo para este negocio. Por supuesto, yo tengo mi propia inversión y, te digo, Missie, que tengo intenciones de hacer una fortuna. Se acabó el servir cervezas. Ahora soy un empresario.

La miró con soberbia.

—Siempre me prometí que mi esposa no viviría en la trastienda de un bar, de la manera en que lo hizo mi madre. Y ahora te lo puedo pedir, Missie. Compré esta casa para ti y para Azaylee, para nosotros y nuestros hijos. Missie, por favor, ¿querrás ser mi esposa?

Movió la cabeza, azorada; era tan amable, tan gentil debajo de aquella tosca superficie suya y tan inocente. Miró a O'Hara, que esperaba ansioso su respuesta, y

miró la casa, con sus bonitas habitaciones y el jardín, las hectáreas de colinas que podrían ser suyas; se imaginó viviendo allí, amueblando la casa, colgando pinturas en las paredes y colocando flores en floreros de cristal. A sí misma sentada en una noche de verano, meciendo la cuna de un bebé. Pero no importaba cuánto se esforzara, simplemente no podía acomodar a O'Hara en el escenario de su imaginación. Pensó en Rosa atada a Meyer Perelman para el resto de su vida y volvió a negar con la cabeza; las lágrimas rodaban por sus mejillas y él se las enjugó con uno de sus dedos.

—Puedo ver que me dices que no —dijo con serena dignidad—, pero te diré una cosa, Missie O'Bryan. Jamás compartiré esta casa con otra muchacha. Estaré esperando que un día me digas que sí. Y, cuando ese día llegue, seré el hombre más feliz de Nueva Jersey.

El viaje de regreso fue en silencio. O'Hara había perdido toda su alegría, y Missie pensó con fatiga que era por su culpa. Ella no había querido herirlo, pero tampoco pudo animarlo a pensar que ella podría casarse con él. Cuando la ciudad de Manhattan se dibujó en el horizonte, se dijo a sí misma que debía haber más vida que eso, simplemente debía haberla. Y entonces recordó la realidad, que en unas pocas semanas se cerraría el bar y ella se quedaría sin trabajo. Y no habría entrada de dinero.

Capítulo 21

Era un frío y amargo viernes de febrero. Zev miraba por su ventana a la gente que apuraba el paso, con los cuellos envueltos en bufandas, las manos en los bolsillos de los abrigos, los hombros encorvados contra el viento. Eran casi las cuatro de la tarde y sus clientes regulares ya habían estado y reclamado sus prendas de vestir para el fin de semana hasta el lunes. A veces, pensaba que su negocio era un guardarropa para el barrio, ya que la ropa pasaba más tiempo con él que con sus propios dueños.

Echó una vez más una mirada a su reloj; Missie llegaba tarde. Venía todas las semanas, a veces con un dólar, otras con dos. Odiaba tomar su dinero cuando sabía que ella lo necesitaba, pero estaba decidida a pagarle. Y, si se preguntaba a sí mismo la verdad, sentado aquí mirando por la ventana, esperando ver la alta y delgada figura que doblaba aprisa la esquina, estaba feliz de tener una excusa para verla. No era que dijera mucho más que los formales «Buenas tardes, Missie» y «¿Cómo le van las cosas?», pero por lo menos le daba unos pocos minutos de su compañía, minutos que él atesoraba más tarde cuando se quedaba solo en su habitación recordando exactamente cómo era la muchacha, la forma en que brillaba su cabello castaño con reflejos dorados, la curva de su mejilla, la tersura de su boca y los profundos ojos de color violeta que podían manejar el alma de un hombre.

Suspiró, verificando que su nueva corbata estuviera derecha. Estaba acicalado para el Sabbath, pero sabía que en realidad era por ella.

La campana tintineó y él miró a la señora Lipkin de la calle Canal que venía por su mantel Shabbas.

—Llega tarde hoy, señora Lipkin —le dijo, tendiéndole el mantel y tomando el dinero con rapidez, rezando por que se fuera antes de que viniera Missie.

—Usted también, señor Abramski —le dijo con fatiga—. Debí esperar hasta que mi hijo trajera a casa el dinero antes de reclamar. Será mejor que se dé prisa y cierre ya, es casi Sabbath.

—Lo sé, lo sé —le contestó con irritación, y ella lo miró con sorpresa mientras cerraba la puerta. Abramski era en general muy amable.

Las manecillas de bronce del gran reloj de madera que había en la pared se movieron un minuto más cerca de las cuatro y él miró con ansiedad por la ventana. Ya casi estaba oscuro y debía cerrar... pero unos minutos más, en caso de que viniera tarde...

A las cuatro y diez cerró la puerta con llave, dando vuelta el cartel a «Cerrado», y caminó con tristeza hacia la habitación de la trastienda. Jamás había llegado tarde antes y él sabía que no vendría. Aunque no lo hubiera mencionado, sabía que O'Hara había cerrado el bar la semana anterior y suponía que ella estaba sin trabajo y no tenía dinero.

Con su abrigo negro y su sombrero caminó por las heladas calles hasta el *shul*, pero no se detuvo con las familias que se saludaban en las escaleras del templo.

De regreso a la habitación, encendió las velas del Sabbath en los preciosos candelabros de su madre y se sentó en soledad, pensando en Missie. Ella ya le había pagado dieciocho dólares de los cincuenta, y sabía que cuando hubiera terminado de pagar su deuda jamás volvería a verla.

En un impulso, se puso de pie, se echó el abrigo y el sombrero, cerró la puerta con cuidado y caminó con decisión hasta doblar la esquina. La calle Rivingston estaba todavía sucia con los residuos de los carros ambulantes y trozos de papel de periódico que se levantaban por el aire con el viento helado; los gatos y los perros rescataban su comida de entre los desperdicios y peleaban por las colas de pescado y los restos de bofe. Zev arrugó la nariz con fastidio ante el olor.

Sabía dónde vivía. Había pasado muchas veces por el edificio y se había detenido como siempre, mirando hacia la ventana que sabía que era de ella. Una lámpara brillaba detrás de la cortina. Dudó, mirando el suelo y luego nuevamente hacia la ventana. En general, esperaba un rato, deseando que ella pudiera aparecer, pero ahora Zev apresuró el paso, cruzó la calle y entró en el edificio.

La entrada estaba llena de los desperdicios de una docena de familias, una silla rota, cajones astillados de manzanas, una rueda de hierro de uno de los carros, papeles y botellas, y el eterno olor del inquilinato a basura y orina. Desde detrás de las puertas cerradas, a lo largo de la estrecha escalera, venían sonidos de riñas y de una mujer que lloraba. Un bebé gritaba, alguien reía y la música chillaba en un volumen demasiado alto desde un fonógrafo.

Zev subió las mal iluminadas escaleras, evitando tocar la sucia baranda que había sido engrasada por mil manos mugrientas.

—¿Cómo puede ella soportar esto? —se volvió a preguntar—. Una *baryshnya* como ella, una dama así.

Llamó la puerta y tosió nervioso mientras esperaba.

Viktor ladró con fuerza y *Azaylee* se sentó, bostezando y frotándose los ojos.

—*Matiushka* —dijo—, hay alguien en la puerta.

Ella se volvió desde la pileta, asombrada.

—Pero ¿quién podría ser?

Azaylee rió.

—No lo sé —le dijo.

Missie pensó durante unos instantes. No podía ser el cobrador del alquiler, pues había pagado esa mañana, aunque no tenía idea de cómo conseguiría el dinero para la semana siguiente. Alisándose el cabello, se apresuró a ir a abrir la puerta.

—Perdóneme por molestarla —le dijo Zev, quitándose el sombrero con amabilidad—, pero usted no ha venido hoy.

La mano de Missie voló hacia su boca, con un gesto de culpa.

—Oh, lo siento, señor *Abramski*, pero no he podido. No tenía el dinero. Yo... me temo que no tengo trabajo. Por favor, ¿estará bien si voy la semana que viene? Estoy segura de encontrar algo para entonces.

Se la veía alterada y él se dio cuenta de que ella pensaba que venía a reclamarle el dinero.

—No, no, está bien por supuesto, no se preocupe —la tranquilizó con rapidez—. Era... yo simplemente... el hecho es que yo deseaba verla.

Sus ojos oscuros la miraban con súplica, y Missie retrocedió. Manteniendo abierta la puerta, dijo:

—Por favor, señor Abramski, ¿quiere pasar?

El perro gruñó cuando Zev entró y la niña saludó:

—Hola, soy Azaylee. ¿Quién eres tú?

Él tosió nervioso.

—Abramski, Zev Abramski, de la calle Orchard.

Azaylee asintió.

—Mi amiga Rachel Cohén vive allí.

—¿No quiere sentarse? —le preguntó Missie.

Él se sentó en la silla de madera que ella le ofrecía y miró a su alrededor. Su casa. Todo estaba impecable; un limpio mantel blanco, cortinas de algodón blanco limpias y el abrigo y sombrero con las rosas colgando de un clavo en la pared. La cama estaba discretamente escondida detrás de un tabique de madera y las húmedas y manchadas paredes estaban desnudas excepto por un pequeño espejo que había sobre la piletta. Era una habitación pobre y desnuda, pero había un ramo de flores en la mesa y olía a jabón. De alguna manera, al brillo de la lámpara tapada con un resto de seda de color rosado, se veía más hogareña que cualquier habitación que él hubiese visto desde que dejó Rusia.

Missie se sentó en la mesa, frente a él.

—Perdone, señor Abramski —le dijo—, no es un lugar para hacerlo entrar, pero quizá le apetezca un vaso de té.

Él negó con la cabeza.

—Gracias, no. He venido para preguntarle... Yo me preguntaba si usted podría cenar conmigo una noche. —El ala de su sombrero se arrugó debajo de sus dedos, mientras lo apretaba con ansiedad; los ojos de color violeta de Missie se abrieron por el asombro y lo miraba como si lo viera por primera vez. Él se enderezó la corbata y ella sonrió.

—Pero, señor Abramski —le dijo con calma—, estaría encantada.

De pronto el rostro de Zev se iluminó.

—¿El domingo estaría bien? —le dijo con rapidez antes de que ella pudiera cambiar de parecer—. La vendré a buscar a las seis en punto.

—A las seis —asintió ella—. Estaré lista.

A las cinco y media del domingo, Missie llevó a Azaylee al apartamento de Rosa; luego se cepilló el cabello, haciéndose un rodete en la parte superior de su cabeza. Se

frotó las mejillas para darse color, se puso el sombrero y se preguntó con desmayo, por centésima vez, por qué había consentido en cenar con Zev Abramski. Era un hombre que casi no conocía, un hombre que le había prestado dinero, un hombre con el cual tenía una deuda que pagar. Se preguntó qué intenciones tenía para pedirle que fuera a cenar con él.

A las seis en punto, él llamó a la puerta. Missie se echó encima el gastado abrigo gris y se apresuró a ir a la puerta, temerosa de decirle que entrara cuando estaba sola, preocupada por lo que los vecinos pudieran pensar.

Su aspecto era cuidado y muy extranjero con su abrigo y sombrero negros, mientras caminaban, uno al lado del otro, por la calle.

—Conozco un café en la calle Broadway —le dijo, dudando en una esquina—. No tengo automóvil, como O'Hara. ¿Le parece bien caminar?

—Por supuesto, señor Abramski. —Levantándose el cuello, apresuró el paso a su lado, pero él se mantuvo del lado de la calle, guardando distancia como si tuviera miedo de algún roce casual.

El silencio se hizo más profundo mientras caminaban.

—¿Y cómo está usted, señor Abramski? —le preguntó ella desesperada, después de caminar un trecho.

—Estoy bien, gracias —le respondió.

El silencio volvió a producirse entre ambos, y él la miró nervioso por el rabillo del ojo. Aquí estaba él, el sueño se había hecho realidad, Missie O'Bryan estaba a su lado y a él no se le ocurría qué decirle.

Dobló agradecido la calle Broadway.

—Es un café ucraniano —le dijo sin gracia—. Pensé que le gustaría.

El lugar estaba lleno de gente y de ruidos, con voces que hablaban en ruso y el sonido de *balalaikas* y guitarras. En la parte posterior, alguien cantaba una familiar canción gitana; un samovar bullía sobre el mostrador y había un perfumado aroma a pan de semillas de amapola, *piroshkis*, masas de café y pepinillos amargos.

El rostro de Missie se iluminó mientras ellos se acomodaban en una diminuta mesa junto a la ventana.

—Es maravilloso, señor Abramski —le dijo complacida—. Me recuerda a un café gitano al que yo solía ir en San Petersburgo. —Se rió, cantando un trozo de la canción. El propietario, un ruso fornido, le dijo un cumplido por su voz.

Zev la miró extasiado. Él sólo la había visto como la mujer sometida, trabajadora, fatigada por las preocupaciones; ahora, de pronto, la veía como la joven que realmente era. Pidió una sopa rusa de remolacha y verduras y cerró los ojos con éxtasis cuando probó el primer bocado, exclamando lo bien que sabía. Pero al instante su rostro se puso serio.

—No debería estar aquí con usted, señor Abramski —le dijo con culpa—. Le debo tanto dinero que no tengo derecho a que usted gaste más invitándome a cenar.

—¿Entonces no lo está disfrutando? —le preguntó, preocupado.

—Oh, por supuesto que sí. No había disfrutado tanto desde... no sé desde cuándo —terminó con prisa.

Zev respiró aliviado. Llamando al camarero, pidió una botella de vino tinto. Se sentía feliz de estar allí mirándola, su sueño hecho realidad. Tomó lentamente el vino, escuchando la música cuando el silencio volvió a hacerse entre ellos.

Missie evitaba sus ojos, preguntándose qué decir. Simplemente no podían seguir sin decirse nada. Ella tomó otro sorbo de vino y dijo con desesperación:

—Hábleme de usted, señor Abramski.

—¿De mí? —repitió, con sorpresa—. No hay nada que contar.

—Oh, sí que lo hay —dijo ella, ahora animada por el vino—. Por ejemplo, ¿es usted feliz?

Se volvió a producir un silencio y él miró su plato.

—Estoy feliz de estar aquí con usted —dijo por fin.

—Gracias —le dijo—, pero quiero decir, ¿es usted feliz con su vida? Vea, cuando yo era niña pensaba que todos eran felices, pero ahora descubro que no hay verdaderamente mucha gente que sea feliz de verdad en el mundo. Todos luchan contra algo: la pobreza, la enfermedad, la opresión, la desesperación. A veces, cuando pienso en lo diferente que es la infancia de Azaylee con respecto a la mía, me entran ganas de llorar. Y a veces lo hago, por la noche, cuando estoy en la cama.

Los ojos oscuros de Zev estaban llenos de comprensión. La música rusa y el ruido de la conversación se hicieron más altos, aislándolos en su propio rincón, junto a la ventana.

De algún modo, ella se sentía segura con él. El vino le soltó la lengua y ella comenzó a hablar de su infancia en Inglaterra y de cómo su padre había muerto en Rusia, dejándola sola.

—Y así es como terminé viviendo en San Petersburgo —dijo, terminando bruscamente su historia.

El camarero se apresuró a retirar los platos, trayéndoles una montaña de *piroshkis* de patatas crujientes, salchichas condimentadas y *kasha* con salsa de hongos caliente. Él volvió a llenar los vasos y pidió otra canasta de pan.

Missie se acodó en la mesa, apoyando el mentón en una mano, y dijo:

—Sé que oyó lo que Azaylee dijo acerca de... de Sofía. No sé por qué, Zev Abramski, pero sé que puedo confiar en usted.

El aire ruso del restaurante, el lenguaje familiar y la música fueron demasiado para ella; no podía seguir soportando por más tiempo la soledad; no le había contado a nadie su historia, ni siquiera a Rosa, su amiga, pero de pronto todo salió de su boca con urgencia, en susurros asustados. La huida por el bosque con las joyas cosidas en sus faldas, los terribles asesinos, su huida a Constantinopla y Sofía vendiendo los diamantes por una bagatela. Sólo quedaba una tiara, le dijo, sin ningún diamante, excepto los cuatro grandes. Y la enorme e inútil esmeralda. La comida se enfrió delante de ellos, cuando ella le habló de sus temores por la Cheka y de cómo ella

sabía que jamás se detendría. De cómo soñaba con Alexei todas las noches. Le contó todo, excepto que había estado enamorada de Misha.

—Entonces —le dijo, levantando la cabeza y mirándolo—, ahora ya sabe quién soy, Zev Abramski, y por qué estoy en esta situación. Y es la única persona en el mundo que lo sabe.

Evitó las lágrimas y él tomó un pañuelo blanco de su bolsillo y se lo dio.

—Estoy orgulloso de que me haya dado su confianza —le dijo con calma—. Jamás repetiré una palabra de lo que me ha dicho. Nadie oirá esto de mi boca, se lo juro por mi vida.

Los ojos de él eran gentiles.

—Coma —le dijo—, deje que la comida buena devuelva el color a esas pálidas mejillas. Disfrute.

Después de que el silencio entre ellos pareció más amistoso, Zev pareció contento sólo con su compañía y, aunque era un hombre de pocas palabras, ella se sentía sorprendentemente contenta con él.

La acompañó en silencio a su casa, todavía guardando la distancia, y, cuando llegaron a la puerta, le preguntó si volvería a encontrarse con él el domingo siguiente.

Missie dudó. No sabía realmente si debía hacerlo, pero él había sido tan amable y de manera tan extraña se había sentido tan cercana, ahora que aquel hombre sabía todo sobre ella.

—A las seis en punto, el próximo domingo, señor Abramski —asintió.

Le dio pronto las buenas noches y se apresuró a entrar, consciente de que él todavía estaba mirando la puerta que ella había cerrado.

El lunes por la mañana Missie se despertó con dolor de cabeza y sintiendo una sorda desesperación. El encanto del viejo mundo del café ucraniano se había desvanecido y el alivio de haberse desahogado con Abramski se había transformado en miedo. Después de todo, pensó nerviosamente, casi no lo conocía y Sofía no había querido jamás contarle a nadie...

Esperó hasta que oyó cerrarse de un golpe la puerta de los Perelman cuando Meyer salió a trabajar, y entonces bajó corriendo las escaleras. Azaylee se había quedado allí la noche anterior y el perro también; *Viktor* había transferido la lealtad hacia Misha a su hija y rehusaba alejarse de su lado. Donde iba Azaylee, iba él. Sería un problema cuando fuera al colegio, pensó Missie, y ese pensamiento le traía otro molesto problema, el de la educación. La hija de Misha no podía ir simplemente a la escuela de la vuelta de la esquina, ya que ella sabía más de lo que allí podría aprender: sabía leer algo, conocía el abecedario, hablaba francés y ruso, así como inglés, aunque ahora su inglés tenía acento yiddish como el resto de los niños de la calle Rivingston.

Rosa miró aquel rostro lleno de preocupación y sonrió.

—¿Y? ¿Has venido a alegrarme la mañana del lunes? ¡Necesito ese ánimo! —Se rió mientras le servía a Missie un vaso de té—. ¿Y bien? —le preguntó, sentándose y

mirándola con ansiedad—. ¿No me cuentas nada? Del prestamista, el hombre preciso, uno puede poner en hora su reloj con los días de la semana de ese hombre. Pero tú eres la primera que descubres qué lo emociona.

—No he descubierto tal cosa —le confesó Missie—, fui yo la que habló todo el tiempo. Oh, Rosa, le conté todo. Cosas que jamás se suponía debía contarle. —La miró con los ojos cargados de pánico—. Cosas que jamás te he contado a ti.

—A los mejores amigos no es necesario contarles nada —dijo Rosa, palmeándole la mano para darle consuelo—. No importa lo que hayas hecho, está bien para mí. Sé que no puede ser malo.

—¿Qué haría sin ti, Rosa? —le dijo de pronto Missie—. Soy tan estúpida, no sé nada. Ni siquiera sé cómo conseguir trabajo.

Rosa se alisó su delantal floreado, pensativa. Era el último recurso, pero sabía que Missie estaba desesperada.

—Siempre existe el Cliazir Mark, el mercado de mano de obra en la calle Hester, donde la gente que quiere trabajar en las fábricas de ropa va todas las mañanas para ver si hay algo. —Dudó—. En realidad no es un lugar para una muchacha tan refinada como tú, Missie, pero quizá por algunas semanas, hasta que surja algo mejor. Por lo menos te pondrá algo de dinero en los bolsillos. Por supuesto, si te eligen —agregó con un suspiro—. Siempre hay más obreros que trabajo. Y los capataces tienen a sus favoritos, los que ellos saben que pueden hacer la mayor parte del trabajo por la paga mínima.

—Pero yo ni siquiera sé cómo trabajar en una máquina de coser —dijo Missie dudando—. Todo lo que sé hacer son cosas inútiles, como descubrir la antigüedad de una tumba egipcia o la historia de Babilonia, jamás he aprendido nada útil.

—¿Sabes esas cosas? —le preguntó Rosa, asombrada—. Deberías ser una profesora, no una costurera. Pero la necesidad nos trae a lugares extraños, Missie, y eso es todo lo que se me ocurre para ti, ahora que O'Hara se ha ido. —Miró con perspicacia a Missie—. ¿Y qué noticias tienes de él?

Missie movió la cabeza, ruborizándose.

—Ninguna, desde que partió para Nueva Jersey hace dos semanas. Pero yo no esperaba tener noticias de él, no después de haber rechazado su propuesta.

Rosa suspiró.

—*Meshuganah* —murmuró—. Un hombre bueno y fuerte que te habría tenido en el lujo. ¿Qué más quiere una muchacha?

—¿Amor? —susurró Missie.

Se miraron a los ojos a través de la mesa y Rosa extendió una mano y le tomó las suyas.

—Ah, el amor, Missie —dijo con amargura—, siento que el amor termina con esto: un hombre, dos habitaciones y muchos niños. Nada puede cambiar eso.

A la mañana siguiente, a las seis de la mañana, Missie se apresuró a ir a la calle Hester. Estaba comenzando a nevar y ella se subió el cuello del abrigo, deseando

haber quitado las rosas de su sombrero, ya que la humedad las estropearía. Se detuvo detrás de la multitud, para estudiar la escena. Había más hombres que mujeres, algunos vestidos con elegancia con abrigos, intercambiando chismes y comprando café y golosinas del puesto que estaba cruzando al otro lado de la calle, otros simplemente de pie, con los hombros encorvados, los cuellos de las chaquetas vueltos y sus manos heladas enfundadas en los bolsillos, golpeando sus pies contra el suelo para mantenerlos calientes. Las mujeres tenían las cabezas envueltas en chales y esperaban en silencio a un lado, algunas eran jóvenes, otras viejas. Se sintió fuera de lugar con su abrigo y su sombrero demasiado elegante. Deseó haber pensado en usar un chal como las demás.

El capataz de las seis y media llegó y se subió sobre una plataforma improvisada con cajones de naranjas, estudiando a la multitud y señalando a los que quería. Las mujeres se agrupaban delante, ansiosas de que las vieran, pero Missie se quedó detrás, esperando. El capataz, que llevaba un sombrero negro flexible la miró; la observó durante unos instantes y luego siguió de largo. Ella miró el suelo vencida, cuando él gritó:

—Eso es todo por hoy —y los elegidos desaparecieron, con los vales en la mano—. Quizá tengan suerte más adelante.

La nieve era profunda a la mañana siguiente cuando Missie esperó con los demás, con un chal sobre su cabeza y el agua helada que se colaba por la suela de sus botas, que era fina como el papel. El mismo hombre estaba allí, el del sombrero flexible, y una vez más la miró, haciendo una pausa, considerándola durante un segundo. La esperanza brilló en sus ojos, pero entonces él siguió de largo, eligiendo a la mujer que estaba a su lado. Missie gimió y la mujer le dijo comprensivamente:

—La próxima vez ábrete paso hacia el frente, niña, esa es la forma en que seguro te verá. Siempre tienen en cuenta a las bonitas —agregó con tristeza.

A la mañana siguiente, se levantó tarde, tosiendo, resfriada, mientras se arrojaba ropa encima y se apresuraba hacia la puerta. Resbalándose sobre el hielo, corrió la distancia que la separaba de la calle Hester. El capataz ya estaba allí, eligiendo, y, al recordar el consejo de la mujer, con decisión se abrió paso a codazos hacia el frente. Se quedó allí de pie, jadeando, apretándose el chal contra la garganta, los ojos levantados hacia aquel hombre como si fuera un dios del Olimpo sobre sus cajones de naranjas.

El hombre del sombrero era delgado pero fuerte, con rasgos muy marcados y agudos ojos negros. Sus labios delgados se curvaron en una sonrisa cuando la vio y esta vez él asintió.

—Tú —dijo señalándola.

Ella miró hacia ambos lados; ¿de verdad había querido señalarla a ella?

—¿Yo? —abrió la boca, señalándose el pecho.

Él asintió.

—Ven aquí y toma tu vale —le dijo con prontitud. Con la mano rozó la de Missie,

mientras tomaba el papel—. Zimmerman, tres días, en la calle Canal —le dijo con agudeza—. No llegues tarde.

Sus pies tenían alas mientras corría a contárselo a Rosa. Después de envolver un trozo de pan y un arenque en un papel de periódico para la comida, corrió hacia la calle Canal y se presentó en Zimmerman a las siete en punto.

La fábrica de Zimmerman era grande, casi ocupaba medio edificio, y era de tres pisos. Missie entró con los demás por las puertas, mostrando su vale al capataz de la forma en que ellos lo hacían, pasando por entre los estrechos espacios entre las máquinas de coser. La irlandesa grande que había visto la mañana anterior en la calle Hester le sonrió cuando Missie miró perdida a su alrededor.

—¿De modo que has conseguido el trabajo? Ven, toma esta máquina, hay más luz aquí, junto a la ventana.

Missie se sentó frente a la máquina de pedal, mirándola perpleja. Un muchacho pasó corriendo y le arrojó una canasta cargada con cortes y tela hilvanada.

La irlandesa la observó con perspicacia.

—Mangas —le dijo—. ¿Has hecho esto antes, no es verdad?

Missie negó con la cabeza:

—Jamás he visto una máquina de coser —confesó—, pero necesito el trabajo. Tengo una niña que mantener. Pensé que podría aprender.

La mujer suspiró.

—Por supuesto que puedes aprender —le dijo—, todos lo hemos hecho alguna vez. Pero sería mejor si no comenzaras con las mangas. Te enseñaré cómo colocar el hilo y lo que debes hacer. Luego haré que Sammy te cambie la canasta por costuras rectas. Esas son las más fáciles.

Era amable y práctica. Y Missie encontró que la máquina no era difícil; en quince minutos estaba cosiendo costuras rectas. Eran por pieza de trabajo y ella dijo sintiéndose culpable:

—Pero te estoy quitando tiempo. Al ayudarme estás perdiendo dinero.

—Lo compensaré —dijo la mujer, sonriendo—. Sé quién eres. Trabajaste en el bar de O'Hara y trabajabas más que cualquiera que hubiera estado antes como empleado. Vi a tu niña, es adorable. Soy la señora McCready, Georgie para los amigos. Bueno, será mejor que sigamos, antes de que el capataz nos pesque hablando.

El ruido de las máquinas de pedal y el feroz siseo de las grandes planchas, las nubes de vapor, los gritos dando órdenes y la presión de los cuerpos en un lugar mal iluminado, todo pareció ahogar a Missie, pero bajó la cabeza y siguió trabajando; a las ocho y media la pila de su canasta estaba empezando a disminuir y se sintió complacida. Hasta que Sammy apareció corriendo y volvió a llenarla. A las diez el ruido le había producido dolor de cabeza y el contacto de los cuerpos y del polvo era nauseabundo. Sin embargo, sabía que era afortunada al tener una máquina cerca de la ventana. La mayoría de esos lugares eran para los cortadores y sus grandes mesas con enormes tijeras. A las diez en punto se hizo un descanso de diez minutos y ella se

reunió con la otra mujer, asomándose por la ventana y fumando ilegalmente cigarros, que en más de una oportunidad habían causado incendios graves en algunas fábricas explotadoras de obreros, en las que mucha gente había muerto quemada. Missie dejó también colgar la cabeza, agradecida por el aire helado que la animaba después del sofocante aire de la sala de trabajo. Demasiado pronto regresó a su máquina de coser y a las interminables canastas de cortes. A las doce, le dolía la espalda y la cabeza. Se sentía exhausta. Aparte de los diez minutos, no había parado de trabajar en cinco horas y aun así su canasta fue llenada sólo una vez, mientras que la de los demás había sido repuesta varias veces.

—No te preocupes —le dijo con amabilidad Georgie, mientras comía pan y arenque—, cuando te acostumbres, lo harás más rápidamente.

A las seis y treinta se retiraron en silencio del lugar, la mayoría demasiado fatigadas para charlas y sonrisas.

Missie sentía como si hubiera estado cosiendo costuras en un sueño, pero se presentó en Zimmerman a la mañana siguiente, y la siguiente también. Cuando terminó, esperó en la fila triunfante en espera de sus jornales de tres días. Era por piezas de trabajo, de modo que no sabía cuánto había ganado.

—Demasiado lenta —le dijo cortante el capataz, tendiéndole el dinero—. No regreses la semana que viene.

Missie abrió la boca por el impacto.

—Oh, pero mejoraré —le prometió—, estoy aprendiendo.

—No hay tiempo para aprender —le dijo tajante—. Muévete.

Se apartó para que la siguiente muchacha recibiera su paga, sintiendo ganas de llorar, aunque las lágrimas no le procurarían un trabajo. Nada lo haría, por lo visto.

—Intenta en el mercado nuevamente el lunes —le susurró Georgie, mientras pasaba junto a ella—. Siempre hay otra fábrica que necesita obreros.

Abrió la mano y miró los jornales de tres días. Eran exactamente cinco dólares.

Capítulo 22

Missie se sentó ante Zev en el café ucraniano, después de la cena del domingo por la noche, sintiendo que era una fracasada.

—Realmente lo intenté, señor Abramski —le dijo con tristeza—, pero no era lo suficientemente rápida.

Él se encogió de hombros.

—No debería trabajar en una fábrica una muchacha como usted —le dijo con un destello de rabia—. No puedo dejarla que haga eso, Missie. —Tosió, disculpándose—. Perdóneme, quiero decir señora O'Bryan.

—Oh, no, por favor, llámeme Missie, todos lo hacen —le dijo rápidamente.

Los ojos negros de Zev se iluminaron. Sonrió y dijo:

—Sería agradable si usted me llamara Zev.

Ella lo miró pensando en lo raro que era verlo sonreír y en lo tristes que eran sus ojos. De pronto se dio cuenta de que era joven. De alguna manera, siempre había pensado en Zev Abramski como en el prestamista y nunca como en un *hombre joven*. Pensó con culpa que ella estaba tan llena de preocupaciones que jamás le preguntaba algo sobre él, sólo si era un hombre feliz, cuando tan obviamente no lo era. Se preguntó qué había provocado una pena tal que se traslucía en lo oscuro de sus ojos. Inclinandose hacia adelante, le dijo en un impulso:

—Hábleme de usted, Zev. Sé que nació en Rusia, pero ¿dónde?

Zev respiró hondo. Se sentía como si estuviera temblando en su interior. En todos estos años jamás, jamás le había contado su historia a ningún alma viviente. Sólo se comunicaba con los muertos, en sus sueños.

Bebió rápidamente de su copa de vino, preguntándose cómo comenzar. ¿Cómo expresaba la gente sus más profundos temores, hablaba de su degradación, exponía sus sentimientos más íntimos? Miró los adorables ojos de color violeta de Missie, cálidos, gentiles, que le brindaban ánimo, y de pronto ella se inclinó hacia adelante y le tomó la mano. Fue como si el roce del calor humano desatara un cuarto de siglo de dolor contenido.

Le contó todo, acerca de su familia en Rusia y de su huida de las persecuciones, de cómo a los siete años se había encontrado solo en Nueva York. Y luego se detuvo. Simplemente no podía continuar.

Ella le apretó la mano con comprensión y él se estremeció. Después de llamar al camarero, le pidió otra botella de vino tinto. Se sirvió y tomó el vaso, bebiendo profundamente como si fuera agua, a fin de tomar coraje para poder continuar.

—¿Cómo puedo decirle cómo me sentía? —preguntó con una voz ronca—. ¿Un niño solo en un país nuevo cuyo idioma no sabía hablar? Estaba demasiado asustado para pedir ayuda. Esperé hasta que salió más gente de aquel lugar y los seguí. Caminé sin detenerme pero me parecía que no llegaba a ningún lugar, que jamás llegaría a causa de que no tenía un lugar adonde ir.

»Cuando cayó la noche me encontré en un laberinto de calles. Todas me parecían iguales, edificios altos, estrechos, hechos de ladrillos con entradas de piedra. Dormí debajo de un porche aquella noche. Al día siguiente, volví a caminar. Ya no lloraba. No me quedaban lágrimas, sólo un hambre que me carcomía. Esa noche hurgué entre la basura en busca de cáscaras de patata, frutas podridas y huesos, como si fuera un animal. Y de día caminaba. Una noche comenzó a llover copiosamente, como si fuera una cortina de agua, y pronto estuve empapado hasta los huesos. Sólo mis pies, dentro de las botas nuevas que me había comprado mi tío, estaban secos. Encontré una caja de cartón debajo de un puente y me metí adentro. Me sentía seguro rodeado de mis cuatro paredes de cartón, y al instante me quedé dormido. Me despertaron los gritos de alguien rugiendo en mi cuello. Vi aquel rostro, rojo, distorsionado, cubierto de una tupida barba gris. Era su caja, su hogar, el lugar donde yo estaba durmiendo. Supe que quería matarme, como una bestia que defiende su territorio. De un salto salí afuera y corrí, corrí sin detenerme en medio de la noche.

»Al día siguiente hizo frío y la lluvia se transformó en nieve. Me levanté el cuello y no dejé de caminar, pues sabía que si me detenía quizá no volviera a levantarme. Me pregunté: «¿Y qué existe en el mundo para que te levantes?» Estaría mejor muerto. Luego vi un grupo de hombres y muchachos que llevaban palas; los habían enviado a retirar la nieve. Corrí hasta ellos y me uní a aquel grupo. Pagaban cincuenta centavos por día, mientras durase la nieve. Trabajé con esos hombres, sin decir nada, sólo moviendo nieve, sin detenerme, y al final del día recogí mis cincuenta centavos y crucé la calle para comprarme la cena: dos salchichas con chucrut. Mi primera comida norteamericana. Me llené de pan y tuve que tomar un cuarto de leche. Luego salí y vomité. Pensé: «Qué desperdicio, mis cincuenta centavos a la basura».

»La nieve se detuvo después de una semana, pero para entonces tenía comida en el estómago y había encontrado un lugar caliente para dormir, encima de la salida de vapor de una cocina.

Dudó. Había cosas que no podía contarle, cosas que jamás le contaría a nadie acerca de los hombres que una vez lo habían sacado a rastras de su escondite, gritando, acosándolo sexualmente, y cómo él los había mordido, arañado, golpeado, y cómo había luchado hasta que finalmente pudo escapar; cómo había corrido por la noche, a través del gran puente, deteniéndose en el centro y rezando por tener el coraje suficiente para saltar a las aguas profundas, silenciosas y oscuras que corrían abajo. Pero era un cobarde, de modo que siguió viviendo.

—Finalmente llegué a los bajos del lado este —dijo—. Vi a un hombre viejo, un vendedor ambulante tratando de empujar su pequeño carro, pero tenía la barba ya blanca por los años y era débil. Corrí hacia él para ayudarlo, empujando el carrito hasta la calle Rivingston. Por ello me sonrió y me dio una moneda, me preguntó de quién era hijo y dónde vivía. Le dije que de nadie y en ninguna parte. Me miró un rato y luego agregó:

»—Entonces, eres huérfano y sólo hablas *yiddish*. Soy viejo, necesito un

ayudante. Quédate conmigo y ayúdame con el carro. Te pagaré cincuenta centavos por día y la comida.

»Esa noche me llevó a su casa con él. Vivía en una habitación del sótano de una casa en la calle Stanton, pero había una especie de cobertizo en el que guardaba el carro, y yo dormía en ese lugar. Trabajaba seis días en la semana y ganaba tres dólares, tenía un techo sobre mi cabeza y comida en el estómago. Por las noches, en mi cobertizo me sentía seguro. Estaba sólo un paso por encima de la vida de un animal, pero por lo menos era un paso.

»El señor Zametkin tenía setenta y cinco años. Había dejado a su esposa y familia en Polonia, hacía treinta años, para venir a los Estados Unidos a buscar fortuna. Jamás la encontró, así que nunca envió por ellos. Años más tarde, se enteró de que su pueblo había sido destruido por las revueltas y que todos habían muerto.

»Durante tres años, viví en el cobertizo de madera de la calle Stanton, helándome en invierno y asándome en verano. No era feliz, ni tampoco infeliz; simplemente era un *ser* que existía. No recuerdo haberme reído —agregó con calma—, pero tampoco recuerdo haber llorado. Jamás fui a la escuela, pero aprendí inglés poco a poco en las calles.

»Una mañana, como siempre, preparando el carro cargado de gafas y tijeras, de candados y llaves, y de las chucherías que el viejo Zametkin vendía, esperé a que viniera al cobertizo como lo hacía todas las mañanas a las seis y media. Pero esa mañana no apareció. Después de un rato, fui hasta su habitación y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Jamás estaba cerrada con llave, y entonces entré. Estaba tendido en el suelo con la cabeza sangrando y los ojos abiertos. Yo había visto la misma mirada helada en los ojos de mi padre y así supe que estaba muerto. Más aún, alguien lo había asesinado, golpeándolo en la cabeza hasta matarlo, por unos pocos dólares que llevaba encima. Oí ruidos en la puerta y levanté la mirada; había un mar de rostros, todos mirando a Zametkin y luego a mí. Supe lo que ellos estaban pensando: Que había sido yo el que lo había asesinado.

Su voz se desvaneció y Missie lo miró, azorada, apretándole con fuerza la mano.

»Vino la policía y me llevó. Yo fui en silencio. No sabía qué decirles, sólo que era mi amigo, que fue amable, que yo trabajaba para él y que no le habría hecho una cosa así al viejo Zametkin. Me pusieron en una celda y me dejaron allí. No había ventanas, sólo cuatro paredes de piedra, que chorreaban agua y limo. Apagaron las luces y me dejaron solo en la oscuridad durante mucho tiempo; no sabía si era de día o de noche, ni cuánto tiempo había pasado. Podía oír el crujir de las cucarachas y el lloriqueo de las ratas. Las sentía pasar junto a mí, mientras yo me acurrucaba en un banco. Sentía que todo el lugar estaba vivo, lleno de sabandijas. De vez en cuando alguien venía y me arrojaba un plato de comida con una jarra de agua, pero yo no podía comer. Nadie venía a verme; no había ni una persona que se preocupara por mí. Caí en una desesperación tan profunda que nada podía remediarla.

»Luego, de pronto, vinieron y encendieron la luz.

»—Fuera, —me dijeron—. Estás libre.

»Habían atrapado al verdadero asesino. Había matado a un segundo hombre y esta vez alguien lo había visto. Volví a las calles, mugriento y solo.

»Regresé a mi cobertizo, pero ya estaba ocupado por el carro de otra persona y había un candado en la puerta. Volví a dormir en la calle esa noche y al día siguiente fui a los baños públicos y pedí ser despiojado. Regresé a la calle Rivingston y pregunté a los vendedores si alguien necesitaba ayuda. Trabajé un poco aquí, otro poco allá. Y luego alguien me dijo que el señor Mintz, el prestamista, estaba enfermo y necesitaba a alguien que le cuidara el negocio. Yo tenía doce años y no era un muchacho grande, pero no tenía aspecto de joven. Ya era una persona mayor, y Mintz lo sabía. Me tomó como ayudante y me permitió dormir en la tienda. Su esposa había muerto el año anterior y su única hija había dejado la casa de jovencita y no le había vuelto a hablar. Jamás supo dónde se fue o lo que pasó con ella. No me ofrecía aumento de salario y yo no lo pedía por miedo a que le diera el trabajo a otro. Todo el tiempo el señor Mintz se emborrachaba en la trastienda. Cuando murió yo fui el único que seguí su féretro. Luego regresé a la tienda y continué haciendo lo que siempre he hecho. El dinero del señor Mintz estaba en un banco y yo jamás lo toqué; simplemente firmé un nuevo contrato de arrendamiento con el dueño del lugar, diciéndole que tenía veintiún años, aunque en realidad tenía sólo quince. Continué con el negocio como lo había hecho hasta entonces. Nadie notó la diferencia, ya que hacía tiempo que lo había estado haciendo.

»Comencé a hacer algo diferente en esa etapa, a mejorar el negocio, a pensar más en mí. Fui a la secundaria y aprendí a leer y a escribir en inglés. Descubrí la alegría de leer libros. ¡Nunca es suficiente lo que leo! Me compré un piano y aprendí solo a tocarlo. Pero siempre estoy solo. Tengo miedo de acercarme a la gente, en caso de que alguien descubra que soy un ilegal, que no tengo los papeles de inmigración en los Estados Unidos. No tengo identidad en este país.

Missie lo miró y él finalmente le dijo:

—Yo no soy una persona en los Estados Unidos ni en Rusia. Soy un don nadie. Simplemente un prestamista.

El corazón de Missie estaba destrozado cuando le tomó la mano y se la llevó hasta la mejilla:

—Los papeles no son importantes —le susurró—, lo importante es lo que usted es, quién es. Y usted es un hombre de coraje. Yo lo sé, Zev, de la manera en que usted me conoce y sabe de mí. Compartimos nuestros secretos. Ahora usted es una persona.

El viaje de regreso a casa, esa noche, fue en silencio como siempre, pero él caminó más cerca de ella, no lo suficiente como para tocarse las manos, pero más cerca. Y cuando le dio las buenas noches, ella se inclinó hacia adelante y lo besó impulsivamente en la mejilla. Él supo esa noche, mientras regresaba a su tienda, que era el hombre más feliz de los bajos del lado este de Nueva York.

Rosa supo cuando Missie entró por la puerta que ella no había conseguido trabajo. Tenía el rostro triste y los ojos fatigados; incluso las flores de su sombrero estaban caídas.

—¿Entonces? —le preguntó, decididamente vivaz—. No es el fin del mundo no tener trabajo. Les sucede a todos. —Le acarició el cabello oscuro, alisándole los mechones que se escapaban del rodete y luego, con las manos en las caderas, la miró. La mirada de total desesperación de sus ojos atemorizó a Rosa, y la abrazó como una madre lo hace con un hijo—. Todo irá bien, Missie —le susurró—. Te lo prometo. Mientras tanto, tengo cinco dólares guardados en mi viejo samovar, que escondí de las entrometidas manos de Meyer o todo terminaría en whisky en las reuniones del sindicato. Tómalos. Están más seguros contigo.

Missie negó con la cabeza.

—No puedo tomar tu dinero, Rosa —le dijo con calma—. Sé lo que habrás tenido que hacer para ahorrarlo.

—Para los amigos, es lo mismo —le dijo Rosa rápidamente, tomando el dinero del samovar y poniéndoselo en aquella mano reticente—. Sólo preocúpate por ti; uno más aquí para alimentar no es ningún problema. —Miraron a Azaylee sentada a la mesa comiendo con las tres pequeñas niñas de Rosa, una tan rubia, las otras tan morenas. Rosa se rió y dijo—: Parece una criatura dejada en mi puerta por unos gitanos de un cuento de hadas.

Missie se sentó a la mesa y Rosa le sirvió un vaso de té y una gruesa rebanada de pan, con grasa de pollo.

—Una gitana una vez me dijo que yo tendría una gran responsabilidad, una responsabilidad que cambiaría el mundo —dijo Missie pensativamente—. ¿Crees que quiso decir el cuidado de Azaylee? Pero, si así fuera, ¿cómo cambiaría Azaylee el mundo?

—Quizá cuando crezca sea presidente de los Estados Unidos —dijo Rosa, sentándose junto a Missie y sirviéndole más pan.

—Cuando sea mayor —cantó Azaylee—, seré bailarina.

—¿Nu? ¿Una bailarina? —rió Rosa—. ¿Nada menos que una bailarina?

—Una bailarina —dijo Azaylee con firmeza.

—No puedes ser bailarina —le dijo Hannah—, no tienes vestido.

—Puedo, puedo —gritó Azaylee. De pronto, le arrojó el pan a Hannah y ambas cayeron al suelo, forcejeando.

Missie la miró impresionada.

—¡Azaylee! —Le gritó, separándola de Hannah.

—Es bueno que demuestre carácter —le dijo Rosa con calma—. Hannah es demasiado autoritaria.

—Seré una bailarina —le dijo Azaylee, mirando con odio a Hannah—, ya lo verás.

—Debes tomar clases para aprender —dijo con tono práctico la hija mayor, Sonia

—, y eso hay que pagarlo. ¿Quién afrontaría esos gastos?

Azaylee no estaba segura de lo que significaba la palabra *afrontar* y miró a Missie con ojos interrogantes. Tenía un rasguño en la nariz, y Missie pudo ver la línea de suciedad debajo de su mentón, donde se había terminado de lavar antes de sentarse a la mesa. «No puedo seguir así, se dijo para sí, ya basta... mira lo que está sucediendo con la hija de Misha».

—¿Quieres decirme qué ha sucedido?—le preguntó Rosa mirando el reloj. Esperaba a Meyer a las siete y ya eran las seis y media. Había tiempo, pero sabía que Missie no se quedaba cuando él llegaba; sabía que no podía soportar a Meyer Perelman.

Missie se encogió de hombros.

—El capataz del mercado de mano de obra —dijo—, ya sabes, del que te hablé, que me eligió para Zimmerman. Me volvió a elegir esta mañana y me envió a Galinski.

Rosa asintió. Conocía Galinski. Era una operación pequeña, de la mano a la boca todas las semanas, contratando mano de obra barata cuando la necesitaban.

—Había sólo dos personas allí —dijo Missie—, un cortador en la planta superior junto a la ventana y el señor Galinski en su oficina. Me mostró la máquina y me dijo que comenzara. Trabajé sin parar hasta el mediodía y luego tomé un descanso. «No se paga por detenerse», dijo Galinski, y le dije que estaba bien, que lo sabía. Luego se puso su sombrero y su chaqueta y salió a comer. Regresé a mi máquina y luego me di cuenta de que había alguien detrás de mí. Era el capataz que me había contratado. «¿Va todo bien?», me preguntó, acercándose. Le dije que sí y volví al trabajo. Él se acercó más. —Missie se ruborizó cuando se encontró con los comprensivos ojos de Rosa—. Demasiado. Me puso una mano en el hombro y la deslizó... —Bajando los ojos, susurró—: Me dijo que habría trabajo para mí todos los días, que él podría hacerme las cosas fáciles y que ganaría buen dinero... si era amable con él.

Rosa la miró y dijo sin aliento:

—¿Qué hiciste?

—Di un salto, tomé las tijeras del cortador y le dije que sí se acercaba más se las clavaría donde le doliera y que jamás volvería a acosar a una muchacha.

Rosa echó hacia atrás la cabeza y rió.

—Missie O'Bryan —exclamó, abriendo la boca, secándose las lágrimas—, ¡hace seis meses jamás habrías hecho una cosa así! Te has transformado en una verdadera chica de los bajos del lado este.

Missie miró a Azaylee.

—Ambas lo hemos hecho —dijo con amargura.

—De todos modos —concluyó—, me dijo que me fuera, y así lo hice. Me gritó que no me pagaría y que no volviera al mercado, si sabía lo que era bueno para mí. De modo que —se encogió de hombros— así fue todo.

—Debes ir al centro, Missie —la instó Rosa—. Eres demasiado buena para ellos

aquí. Hay tiendas elegantes en la Quinta Avenida donde venden ropa hermosa para las ricas. Necesitan costureras, trabajadoras, cualquier cosa sería mejor que una fábrica. Toma los cinco dólares —le dijo, colocándoselos en la mano—. Ve mañana. —Sus ojos se encontraron cuando agregó—: Antes de que sea demasiado tarde.

Esa noche, cuando Azaylee se quedó dormida, Missie sacó la maleta de debajo de la cama y la abrió. Miró la tiara con su sol, sin diamantes excepto los cuatro más grandes y la enorme esmeralda verde hielo. Se preguntó qué sucedería si entraba en Cartier y decía simplemente: «Me gustaría vender la tiara Ivanoff». ¿Llamarían ellos a la policía? ¿La arrestarían quizá? ¿La enviarían a la cárcel por robo? No tenía pruebas de que fuera de ella o de que Azaylee fuera una Ivanoff. Los únicos documentos que tenía eran unos títulos de color amarillo sobre unas minas en la India y se estaban poniendo marrones por los años y el sello de cera rojo se estaba separando de las cintas de color rosado que cerraban el documento.

Tomó la fotografía y miró el querido rostro de Misha, como a menudo lo hacía cuando estaba sola. A veces, parecía que estaba muy cerca de ella, como si quizás en algún lugar estuviera recordándola. Después de tomar el prendedor, lo sujetó a su vestido y se fue a mirar al espejo. Los diamantes brillaban debajo de la luz y los rubíes irradiaban misteriosamente su fuego propio. Era todo lo que tenía de él, lo había elegido para ella, lo había tenido en sus manos y la había mirado a los ojos para comprobar el placer en ellos cuando se lo entregaba. No, jamás podría, jamás podría separarse de ese prendedor. Antes se moriría de hambre.

«Y así será, —pensó, guardando con sentimiento de culpa aquellas joyas en la maleta—, a menos que consigas un trabajo esta semana». Miró el viejo abrigo gris que colgaba del clavo y su sombrero con las deslucidas flores que se caían ya de su sitio. Para conseguir un trabajo en el centro, debería estar elegante. Se necesitaría una inversión. Miró los cinco dólares de Rosa y se dijo a sí misma que por la mañana siguiente iría a Glanz en la Grand Avenue y se compraría un abrigo nuevo. Pagaría un depósito y, cuando consiguiera el empleo, lo pagaría por semana, de la forma en que lo hacían las mujeres de allí. Era un riesgo, lo sabía, ya que las posibilidades de que consiguiera un trabajo eran escasas. Pero se cuadró de hombros con decisión. Esta vez comenzaría por la cima. En Park Avenue.

A la mañana siguiente, tan pronto como abrió, se presentó en Glanz, para elegir un abrigo simple de lana de color azul, con un corte moderno. Se compró un par de guantes de cabritilla. Como no podía comprar un sombrero nuevo, volvió a ir al carro ambulante de Zabar y compró la imitación de una gardenia blanca para reemplazar las rosas. Sacó brillo a los zapatos negros y corrió hasta el apartamento de Rosa, llena de excitación.

—Vuélvete —le dijo Rosa, inspeccionándola minuciosamente de pies a cabeza—. Mírate, eres toda una dama —se maravilló—, tan elegante como cualquier rico de

Park Avenue.

Missie se rió excitada.

—¿Está bien mi sombrero? —preguntó, tocando la gardenia.

—Perfecto —declaró Rosa—. No necesitarás un empleo, te casarás con el dueño en cuanto él te vea.

Missie la besó, riendo, y Rosa corrió hasta la ventana, mirando cómo caminaba por la calle.

—Camina como un ciervo —suspiró con admiración. Se asomó más por la ventana—. Buena suerte, Missie —la llamó, deseando de todo corazón que volviera como una persona nueva. Una persona con un trabajo.

Capítulo 23

La puerta en la parte superior de la immaculada escalera de mármol estaba esmaltada en color púrpura brillante; en el centro tenía una gran placa de bronce con una flameante firma: «Elise». Un portero que vestía un elegante uniforme lleno de botones dorados muy brillantes movió su cuerpo interponiéndosele en el camino, con los brazos cruzados de manera beligerante y mirando a Missie con cara de pocos amigos. Missie se detuvo, llena de dudas, al pie de la escalera.

—¿Qué quiere? —le gritó.

Missie se sobresaltó y dijo de prisa:

—Yo... yo vengo por el empleo.

—¿Qué es usted? ¿Idiota? Los trabajos son ¡por la puerta de atrás, no por delante! Muévase, ¿quiere? No quiero que nadie esté aquí. ¡Rápido! —Después de despedirla, bajó los escalones para abrir la puerta de un automóvil largo, de color púrpura, sonriendo hipócritamente mientras ayudaba a bajar a una elegante mujer pelirroja. Missie se volvió para mirar. La mujer era mayor, alta y delgada. Vestía con tal garbo que los ojos de cualquiera se veían atraídos hacia su persona. Se volvió y sus ojos se encontraron con los de Missie, evaluándola pensativamente durante un momento. Le dijo algo al portero y se volvió para mirarla nuevamente; luego subió las escaleras de mármol y desapareció detrás de la hermosa puerta de color púrpura.

—¡Ey, usted! —Le hizo una seña el portero y Missie se acercó de mala gana—. Ha tenido suerte por lo caradura —le dijo—. Esa es madame Elise en persona. Ha preguntado qué era lo que usted deseaba y yo le he dicho lo del trabajo. Me ha dicho que vaya a ver a la señora Masters y que le diga que Madame la envía. Ella es la jefa del taller. Quizá necesite más mano de obra. —Sonrió de pronto—: Perdón por haberle gritado, niña —le dijo—, pero estaba esperando a Madame y ella odia que alguien esté en las escaleras cuando hace su gran entrada. Dígale a Fred, de la puerta de atrás, que yo la envío y, mientras esté ahí, pídale que me ponga un dólar a ganador, a Mawchop en la de las dos treinta.

—Un dólar a ganador a Mawchop —repitió, y luego se volvió y corrió hasta la esquina antes de que Madame cambiara de idea.

La señora Masters era un dragón. Tuvo a Missie esperando durante media hora, y cuando finalmente entró en la habitación con un vestido sin gracia de seda de color lila la miró, sentada en una silla junto a la puerta, como si fuera una intrusa.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. ¿Quién la ha dejado entrar aquí?

—Joe me hizo entrar. Me dijo que esperara —le respondió, poniéndose de pie—. Madame Elise dijo que podría haber trabajo para mí.

—¿Un trabajo? —Los ojos agudos de la señora Masters la observaron de la cabeza a los pies y Missie supo que estaba calculando el precio de su abrigo nuevo, su gastado sombrero, sus zapatos de cuero. Comprendió exactamente dónde se encontraba en la escala monetaria de los seres humanos. La señora Masters parecía el

tipo de mujer que se enorgullece de sí misma sin permitir jamás que nadie se coloque por encima de ella, y sus ojos estaban cargados permanentemente de sospecha.

—¿Y qué es lo que sabe hacer? —le preguntó con altivez.

Missie abandonó rápidamente la idea de contarle su experiencia en las fábricas y dijo en lugar de eso:

—No tengo mucha experiencia, señora, pero aprendí a coser con las monjas en el colegio. —Cruzó los dedos en la espalda, esperando que las monjas le perdonaran la mentira.

—¿Las monjas, eh? —dijo la señora Masters, de pronto interesada—. Por supuesto que todavía son las mejores maestras. Muchas de nuestras muchachas tienen entrenamiento en los conventos. Muéstreme —le ordenó, extendiendo las manos, y Missie se quitó los guantes, deseando que sus manos no estuvieran tan rojas y estropeadas por lavar y limpiar.

La señora Masters las tocó y su nariz se frunció con disgusto.

—¡Demasiado ásperas! Aquí sólo usamos las telas más finas y costosas: sedas y chifones, encajes, bordados de plata y piedras. Estas manos destrozarían cualquier cosa que tocan. No, lo siento, es suficiente. Adiós, señorita...

—O'Bryan —terminó Missie, desesperanzada. Esperó un momento, por si se producía un cambio, pero la señora Masters ya le había dado la espalda y estaba examinando unas muestras de telas a la luz de la ventana.

Joe, el viejo que cuidaba la puerta posterior, levantó la mirada de su Racing Form.

—¿No ha habido suerte? —le preguntó comprensivo—. Bueno, quizá la próxima vez. Ey, cuando vaya adelante, dígame a Bill de la puerta de delante que no hay un caballo Mawchop en la de las dos treinta en Palisades.

Missie asintió. Estaba comenzando a llover y ella se levantó el cuello del abrigo embargada de tristeza, preguntándose dónde probaría la siguiente vez. Dobló la esquina y subió las escaleras, recordando el mensaje para el portero.

—¡Ey, ey, usted! —Volvió a bajar corriendo las escaleras—. Se está rompiendo como un huesito de pollo, ¡venga aquí!

—Debo de haber dado mal el mensaje —dijo, levantando la cabeza y mirándolo—. Joe dice que no hay Mawchop que corra a las dos treinta en Palisades.

—Palisades no, Saratoga, ¡el muy idiota! Pero no es por Joe por lo que la quería ver, es por usted. Madame me ha enviado a buscarla. Parece que le preguntó a la Masters dónde estaba usted y dice que desea verla en persona. Ahora.

Missie lo miró con esperanzas.

—¿Pero por qué?

Le guiñó el ojo.

—¿Quién sabe? Quizá crea que usted es una dama disfrazada y que le comprará toda la colección de primavera. De todos modos, es arriba, en el salón. Ahora apresúrese, no querrá hacer esperar a madame Elise, si sabe lo que es bueno.

Bill la apuró por el vestíbulo de mármol, subiendo unos escalones alfombrados de

color púrpura, al interior del salón. Missie miró a su alrededor, asombrada. Era una habitación enorme con graciosas ventanas en arco, cortinas de tafetán de color lila, paredes empapeladas de seda salvaje y candelabros de plata con pantallas del rosado más pálido. Había suaves alfombras de color gris y grupos de bonitos sotas y sillas tapizadas en seda, en todas las gamas, desde el púrpura al lila, y cascadas de flores disecadas especialmente en colores que hacían juego, distribuidas sobre mesitas con pátina dorada a lo largo de las paredes. Tres arañas de cristal se reflejaban en los espejos. Dos perros pequeños de lana, de color gris, dormían sobre un almohadón de terciopelo púrpura al lado de madame Elise.

Madame Elise, con un vestido de chifón de color violeta, estaba sentada como en un trono en una sofá dorado en el otro extremo de la habitación.

—*Viens*, ven aquí —la llamó—. Rápido, niña, no tengo todo el día. —Sus ojos perspicaces de color gris se entrecerraron, mientras observaba a Missie, que se apresuraba hacia ella, tambaleándose nerviosa.

»*Mon Dieu, les chaussures*, los zapatos. —Gruñó—. Quítatelos, *immédiatement*. ¡Vas a estropear mi hermosa alfombra gris!

Missie se quitó los zapatos y se quedó con ellos en la mano, sin saber qué hacer.

—Quítate el abrigo —le dijo Madame—. ¡Rápido, rápido!

Ella hizo como le decía y se lo colgó de un brazo.

—¿*Melodie*? —llamó Madame, y una joven doncella, bonita con su delantal de organza blanca con volado púrpura, se apresuró a adelantarse—. Rápido, llévate el abrigo y los zapatos.

—Vuélvete —le dijo Madame, haciendo un gesto con el brazo para indicar cómo debía volverse—. Sí, sí, la postura es buena y la altura... demasiado delgada, por supuesto, pero eso es bueno... y el cuello largo es bastante hermoso. Muéstrame las piernas —le ordenó de pronto.

Missie la miró, enfadada; le estaba ordenando dar vueltas y le pedía que le mostrara las piernas. Ella ni siquiera sabía de qué trabajo se trataba. Colocando sus manos en las caderas de la forma en que lo hacía Rosa, miró a madame Elise de manera beligerante.

—¿Para qué? —le preguntó.

—¿Para qué? ¿Cómo podría ver cómo son tus piernas? Y nunca te coloques las manos en las caderas de esa forma; pareces la esposa de un pescador, no una modelo.

—¿Una modelo? —los ojos de Missie casi se desorbitaron.

El pie de madame Elise golpeó con impaciencia la suave alfombra gris.

—¿Por qué otra cosa te estaría entrevistando? —le preguntó—. Tengo muchachas que están haciendo fila para ser modelos de Elise y todo lo que tú haces es hacer preguntas. Ahora déjame ver tu rostro. Arrodíllate aquí, frente a mí.

Missie se arrodilló y Madame le tomó el mentón, inclinándole el rostro hacia uno y otro lado.

—Ah —le dijo, suavizándose—, los ojos son verdaderamente violetas, mi color

favorito.

Ella sonrió de pronto.

—Tú eres... inesperada —le dijo a Missie—. No esperaba que aparecieras en mi puerta. Eres inesperadamente hermosa e, inesperadamente, serás mi nueva modelo. Mi muchacha favorita, Bárbara, se fue de repente con un millonario de Texas. —Suspiró de manera dramática—. Todas mis muchachas se casan con millonarios, todos saben que ser una modelo de Elise es un paso seguro hacia el ascenso social. Pero mi colección de primavera se conoce la semana próxima y yo diseñé todos los vestidos de noche para Barbara. Sólo ella tenía la calidad necesaria para darle sensualidad a las telas. Ahora, tú tienes la altura, la contextura, la estructura ósea, hermoso cabello y ojos, y el resto puedo enseñártelo. Adaptaremos los vestidos de Bárbara a tu medida y la semana próxima te presentaré aquí a la verdadera crema de la sociedad de Nueva York.

Se recostó en su asiento, sonriendo triunfante:

—Oh, pero yo no puedo... —comenzó Missie—, quiero decir que nunca...

—Por supuesto que puedes —le dijo con calma madame Elise—. Comenzarás hoy. Pero primero el té. —Melodie apareció como por arte de magia con una fuente y Madame le hizo una seña a Missie para que se sentara junto a ella—. Cuidado con les *éminences* grises. —Se rió indicando a los dos perritos—. Muerden cuando están molestos, en especial a los hombres. Ah, odian a los hombres...

Missie se sentó alegre al borde del sofá, aceptando el té.

—¿*Et bien*? —dijo Madame—. ¿Cómo te llamas?

—Missie O'Bryan. —Se sobresaltó cuando Madame hizo un gesto de desesperación con la mano.

—Oh, no, no, no, no... jamás... Me niego a que una de mis modelos se llame Missie... como una criada.

—Bueno, su doncella se llama Melodie —le retrucó.

Madame Elise se rió, recorriendo con una mano su exuberante cabello rojo:

—Tonterías, su verdadero nombre es Freda. *Mon Dieu*, te digo que todas las criadas llevan nombres horribles. —Se volvió a reír, despertando a los perros, que comenzaron a ladrar.

—En realidad, Madame —le dijo Missie—, mi verdadero nombre es Verity. —Hacía tanto tiempo que no lo usaba que ya se me había casi olvidado.

—¿Verity? —Madame volvió al principio la cabeza, estudiándola de nuevo—. La *verité*, “la verdad”. Ah, pero me gusta, es frío, tranquilo, elegante. Casi virginal. Sí, sí, te sienta. Serás Verity. Ahora ve a los probadores. Debemos probarte esos vestidos.

Missie pensó en su ropa interior remendada y miró horrorizada.

—Oh, pero no puedo... quiero decir... —Se sentía tan humillada que simplemente deseaba morirse y, ruborizándose, le dijo rápidamente—: Madame, soy pobre. No tengo ropa linda, mi ropa interior...

—¡Ah! Comprendo. —El rostro de madame Elise se suavizó, se inclinó hacia

adelante y le tocó la rodilla con gentileza—. No es una desgracia, niña —le dijo con calma—. Comenzaremos por el principio, como dicen. ¿Melodie? —La criada vino corriendo, y ella le dijo en voz alta—: Lleva a Verity al departamento de lencería y diles que la equipen con todo lo que necesite. Y que sea lo mejor.

Volviéndose a Missie, le hizo un guiño.

—No hay nada como un beso de crêpe-de-Chine en la piel —le susurró, riendo traviesamente.

Eran las seis cuando Missie salió del salón de madame Elise y corrió de regreso por la Segunda Avenida, tomando el sombrero con una mano y sosteniendo un elegante paquete de color lila con la inscripción Elise sobre él.

El viaje pareció durar años. Cuando finalmente llegó a los bajos del lado este, corrió hasta la calle Rivington y subió las escaleras, golpeando con urgencia a la puerta de Rosa, sintiendo que explotaba con la historia en su garganta .

Rosa la miraba, asombrada, y luego su rostro se desbordó en una sonrisa.

—Son buenas noticias —le dijo—. No hace falta decirlo, lo puedo ver.

—¿Buenas noticias? ¡Oh, Rosa! —Missie se echó en sus brazos, bailando con ella animadamente—. Estas no son simplemente buenas noticias, es monumental, asombroso, maravilloso, fenomenal, subyugante. Fabuloso, excitante... —Las cuatro niñas sentadas a la mesa comiendo la miraban, con sus cucharas a medio camino de la boca.

—De modo que es asombroso —dijo Rosa, con tono práctico—. Dime cuánto te pagarán.

El rostro de Missie se ensombreció y dejó de bailar; entonces la miró.

—Oh, Rosa —le dijo—. ¡Olvidé preguntarlo! —Y rompió a reír—. ¿Qué diferencia hay? —le dijo airadamente—. De todas formas seré millonaria, todas las muchachas de madame Elise lo son. Ella me lo dijo.

—¿Vas a trabajar para madame Elise? —le dijo Rosa, anonadada. Luego agregó—: Y ¿desde cuándo las costureras son millonarias, incluso en las elegantes tiendas de París?

—Pero, Rosa, no soy una costurera, soy una modelo. —Missie saltó con excitación y echó el sombrero por el aire—. Yo, Dios mío —dijo estirando las palabras de manera exagerada, paseándose por la habitación con un brazo extendido y la cabeza vuelta hacia un hombro en una pose sofisticada—. Yo soy la nueva modelo estrella de madame Elise. —Se rió, volviéndose hacia Rosa, agregando—: Y todo gracias a ti. Por tu consejo fui allí, y por los cinco dólares que me prestaste me pude comprar un abrigo nuevo, para no parecer un fantasma de pobreza con mi vieja mortaja gris. Tú, Rosa Perelman —le dijo, besándola—, eres mi salvadora. Y mi muy querida amiga.

Rosa sonrió y sirvió un plato de sopa.

—Siéntate, come —le ordenó—, y cuéntame todo.

—Primero, tengo algo que mostrarte. —Missie desató la cinta violeta del bonito

paquete—. ¡Aquí tienes! —dijo triunfante, sosteniendo una delicada enagua de un rosado pálido de crêpe-de-Chine. Rosa contuvo la respiración. Después de secarse las manos en el delantal, tocó delicadamente la prenda con un dedo extendido—. ¿Y bien? —le preguntó Missie.

—Jamás he visto nada parecido —susurró Rosa—, tan hermoso, tan delicado... ¿Quién se pone estas prendas, Missie? Es pecaminoso.

—Por supuesto que no es pecaminoso, es celestial, Rosa. Ahora yo tengo uno puesto, y las bragas tienen tanto encaje que se podrían hacer cinco cuellos. Y medias de seda y un corsé que es tan liviano como llevar encima gasa. No hay nada pecaminoso en ello.

—Es pecaminoso cuando lo llevas puesto para un hombre —dijo con calma Rosa. Missie la miró, asombrada, y dijo:

—No pensé en eso.

—No hay razón para que lo hicieras. —Rosa se volvió a las niñas que la rodeaban y exclamaban ante la prenda—. Mirad pero no toquéis —les advirtió, volviendo a sentarse a la mesa.

—Toma tu sopa y luego me lo cuentas todo —le dijo con animación, cortando una rebanada de pan de centeno y cuidando los modales de las niñas a la mesa mientras escuchaba la excitada descripción de madame Elise, su encuentro con la señora Masters, el salón lila y los perros de lanas. Missie dijo que madame Elise había sido aprendiz con Poiret y Worth y que ahora era la más famosa de todos ellos; tenía casas en París y en Londres, así como en Nueva York, y viajaba constantemente, visitando sus comercios.

—Me dio todas estas cosas hermosas —dijo Missie, asombrada—, para que no pasara vergüenza con mi ropa interior remendada. Sólo que se llama lencería y, oh, Rosa, no puedo explicarte lo diferente que me sentí cuando me pusieron ese maravilloso vestido de chifón y me miré al espejo. Madame me soltó el cabello y sonrió cuando vio lo largo que era, me llega hasta la cintura. «Nunca debes cortártelo», me dijo. Y luego me pusieron polvo, colorete y máscara para las pestañas, y un tono para los labios que Madame llama *Violeta Elise*, su color especial. Es muy pegajoso y muy perfumado, pero supongo que me acostumbraré a él. Y los zapatos, Rosa, unos pequeños zapatos de tacón alto plateados de cabritilla, con tiras y hebillas diamante, y metros y metros de perlas...

Suspiró, mirando con ensoñación la sopa.

—Simplemente no podía creerlo cuando me vi en el espejo. Me veía a mí misma como otra persona. —Su rostro se puso pensativo—. Una nueva persona —agregó—. Verity Byron.

—¿Es ese tu nombre de modelo? —le preguntó Rosa, levantándole el mentón con la mano y mirándola con admiración.

Ella asintió.

—Sólo para el trabajo. Aquí sigo siendo Missie.

Viktor volvió la cabeza hacia la puerta del pasillo que se cerraba y a unos pasos que sonaban en la escalera. Rosa miró el viejo reloj y suspiró.

—Espero que sea Meyer —dijo, apresurándose hacia la cocina a revolver el guiso, tomando los trozos de carne y llenando su plato—. A él le gusta que su comida esté en la mesa tan pronto como entra.

—Nos vamos, entonces —dijo Missie, juntando sus cosas con premura y tomando de la mano a Azaylee. Se detuvo un momento—. Rosa, ¿cuidarías de Azaylee? No sé todavía los horarios, pero Madame me dijo que no serían *ortodoxos*, no sé lo que eso significa todavía.

—Significa “mucho tiempo” —dijo Rosa riéndose—. Naturalmente que la cuidaré, no te preocupes. Y, Missie —la besó con calidez en la mejilla—, estoy contenta por ti. Suena verdaderamente maravilloso, como un sueño que se hace realidad.

Missie respiró hondo, satisfecha.

—Todavía no —dijo—, pero es el comienzo.

Se moría de impaciencia cada mañana por llegar a Elise y que le probaran los vestidos que estaban adaptando a su cuerpo, pero tenía conciencia de las miradas celosas de las otras modelos. Había tres. Miranda, una rubia; Minette, una pelirroja, y Minerve, una belleza de cabello negro. Missie pensó que todas eran más expertas que ella y muy seguras. Pero Elise las mantenía alejadas de ella, cuidándola como si fuera un arma secreta.

Madame caminó sin cesar por el salón llevando un vestido de seda y zapatos de tacones altos, adornada con perlas y boas de piel de zorro, practicando los pasos y las poses, suspirando cuando Missie no lo hacía bien.

Y el sábado Elise misma le dio un pequeño sobre de color lila.

—La paga de la primera semana, Verity —le dijo, palmeándole el hombro—. No eres tan buena como Bárbara todavía, pero aprendes rápidamente y eres más hermosa que ella.

Missie se miró en los espejos que estaban a lo largo de las paredes, preguntándose si realmente era hermosa, casi sin reconocerse. Era seguro que esta joven mujer alta, lánguida, con las mejillas maquilladas, los enormes ojos sombreados y la boca roja debía de ser otra. El largo vestido de seda aterciopelada de color verde oscuro se acomodaba en sus estrechas caderas y el cuello de zorro de color ámbar sentaba muy bien a su rostro.

—Parezco una debutante —se dijo a sí misma, sorprendida. Y luego agregó lentamente—: Me veo como Anouska.

Cuando aquella noche abrió el pequeño sobre lila, encontró cuatro billetes de diez dólares. Sabía que los vestidos de Elise costaban cientos, miles de dólares, pero ¡cuarenta dólares por sólo cuatro días de trabajo! Podía devolverle a Rosa sus cinco

dólares, pagar el alquiler, saldar la cuenta de su nuevo abrigo, comprarle a Azaylee botas nuevas, y todavía le quedaría suficiente para la comida. Incluso le podía pagar a Zev Abramski los diez dólares que le debía. Missie rió; simplemente no podía esperar a verle la cara cuando le diera el dinero y le contara su historia mañana en el café ucraniano. Incluso podía invitarlo a cenar ella a él por esta vez.

Capítulo 24

Zev miró el billete de diez dólares que estaba sobre la mesa entre ellos, y luego a Missie. Ella estaba diferente: más fuerte, estallando en energía como si el destello de la vida, de alguna manera, hubiera sido reavivado en ella.

—Entonces —dijo con calma—, ¿tuvo suerte con el trabajo?

—Oh, Zev, y qué suerte. ¡Y qué trabajo! —Se rió con alegría y la gente se volvió curiosa a mirarlos, cuando ella comenzó a contarle—. Por supuesto —finalizó—, todavía no he hecho un verdadero desfile de modas y, para decirle la verdad, estoy asustada. Quiero decir, una cosa es hacerlo para madame Elise, pero otra muy distinta es hacerlo con todas esas mujeres elegantes mirando. Además, las otras modelos están celosas. Lo puedo ver en sus ojos. Es porque madame Elise me está prestando demasiada atención y porque una recién llegada está reemplazando a Bárbara en lugar de una de ellas. —Suspiró—. Pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. —Él asintió en silencio y ella continuó, ansiosa—: Oh, Zev, no se puede imaginar lo que significará para mí no tener deudas. Pronto comenzaré a buscar un nuevo apartamento, quizá me mude más al centro, ¡llevaré a Azaylee a un buen colegio!

Él miró los diez dólares sobre la mesa. En tres semanas más le habría pagado la deuda y en unas pocas semanas más se habría marchado, de regreso al mundo del cual venía. Sintió un apretón en el corazón como si un gran peso lo estuviera empujando hacia abajo. Missie lo dejaría. Ella iba a entrar en un mundo despreocupado, lleno de luces y risas, un mundo que él no comprendía pero al cual él sabía que Missie pertenecía.

—¿Zev? —Sus ojos expresaban una pregunta, y él volvió a mirar los diez dólares, el símbolo de su libertad.

—¿No está feliz por mí? —le preguntó, preocupada.

—Estoy feliz por usted —admitió—, pero esto significa que se marchará de aquí y jamás volveré a verla.

—Pero por supuesto que lo haré. —Ella le tomó la mano, mirándolo con ansiedad—. Estuve esperando toda la semana para verlo esta noche, Zev. Deseaba compartir mis buenas noticias con usted. Usted y Rosa son mis mejores amigos. —Le sonrió con ternura—. Jamás lo olvidaré, Zev Abramski, y el centro no está a un millón de kilómetros. Mantendremos nuestras citas de los domingos por la noche, aquí en el café. Incluso ellos nos guardan ya la mesa y tocan mis canciones favoritas.

Él sabía lo que ella quería decir, pero sabía que no era la respuesta a su problema. La brecha entre la vida de Missie O'Bryan y la suya era inmensa. Ella era pobre por las circunstancias, él era pobre porque había nacido así. Ella era educada, él ignorante; ella era alta, hermosa, cualquier hombre la adoraría; a él jamás lo había amado una mujer. Y ¿qué era amar a un joven inmigrante, sin atractivos, prestamista de la calle Orchard?

Zev miró en silencio la vereda. Parecía perdido en sus pensamientos, mientras

caminaban de regreso a la calle Rivington.

—No se preocupe entonces —le susurró Missie, tocándole con ternura la mejilla cuando se desearon las buenas noches—. Después de todo, todavía estoy aquí, ¿no le parece?—Lo besó brevemente y entró en el edificio—. Lo veré el próximo domingo —le dijo mientras cerraba la puerta.

Zev esperó hasta que vio que la lámpara de su habitación se había apagado y entonces caminó lentamente hacia la esquina de la calle Orchard. La puerta de su tienda tintineó con el mismo sonido que él había oído durante los últimos trece años y, por primera vez, la campana no significó para él el sonido de la seguridad. En lugar de ello, sonó como el mal presagio del cautiverio.

Caminó por las habitaciones pequeñas, oscuras, que él llamaba hogar, encendiendo las lámparas de gas y notando lo gastado y tenebroso que era todo. No había la marca de ninguna persona allí, pensó, nadie podía decir que era la casa de Zev Abramski. Él era simplemente un inmigrante judío ignorante que hacía un negocio mezquino, y todos los sueños de compartir su soledad, sus lecturas, su música desaparecieron; sólo vivían en su cabeza, jamás saldrían de allí para conectarse con otra persona. Nada tenía sentido. Missie era una dama, y, una vez que hubiera pagado su deuda, él no tendría sitio en su vida. Después de quitarse la chaqueta, se sentó al piano y recorrió tentativamente con sus dedos las teclas, tocando a Chopin. Siempre había pensado en esa música como la música de Missie, suave, sedosa, gentil, pero esta noche había visto otra faceta de ella. De pronto, comenzó a tocar una *mazurka*, alegre, música para bailar que lo hizo sonreír mientras recordaba el adorable rostro de Missie, tan vivido por la emoción. Él podría no ser un artista, pero podía transformar su amor en música.

El lunes no podía llegar lo suficientemente rápido para Missie. Estaba levantada a las seis, calentando los recipientes de agua para el cuarto de baño en el latón de cinc y haciendo el menor ruido posible, para no despertar a Azaylee, que todavía dormía el sueño profundo de los niños.

Se detuvo junto a la cama de bronce para mirarla, prometiendo en silencio que pronto todo cambiaría. Tendrían un apartamento apropiado, ella iría al colegio, volvería a haber buena comida, buenas ropas. Madame Elise sería su salvadora y ella haría el máximo esfuerzo por ser una buena modelo.

—No deseo una buena modelo —le dijo madame Elise enfadada aquella mañana—. Lo que necesito para mis ropas es una gran modelo, una mujer maravilla, tan *ravissante*, tan seductora, y aun tan dama que todas las ricas piensen que pueden ser como ella si compran los vestidos de Elise. Hazte más alta, no, más alta que eso... estira tu cuello desde los hombros, estira la columna vertebral desde la cintura, así, así está mejor. Caminas maravillosamente, Verity. Simplemente relájate, deja que tu bonita cabeza caiga un poco sobre ese cuello tan sumamente frágil, recuerda que

estás vestida con gasas, no puedes parecer terrenal. Por favor, Verity.

Suspiró en voz alta. Missie oyó una risa ahogada en la planta baja y supo que las muchachas estaban disfrutando su humillación cuando Madame la hizo dar los mismos pasos por centésima vez, aquella mañana.

—Inténtalo —le dijo Madame en voz alta—. No, espera. Miranda, ven aquí y muéstrale a Verity lo que quiero decir.

La hermosa rubia llamada Miranda se paseó con elegancia por el salón, con una mano en la cadera, el otro brazo balanceándose, su mano extendida. Se detuvo frente a Madame y a Verity, con un pie bonitamente colocado delante del otro, los dedos anillados de su mano sobre su garganta, los ojos semicerrados con desprecio como si ella se burlara al mirarlas.

—Ves —exclamó Madame, triunfante—, eso es lo que quiero. ¡Exagera! *Viens*, Verity, inténtalo nuevamente.

Fue un alivio cuando Madame se retiró para una consulta con una de sus clientes del exterior en el hotel Waldorf Astoria. La probadora le dijo a Missie que le cobraba mil dólares para asesorarla sobre los colores, las telas y los estilos que mejor le quedarían.

—Y luego ellas vienen aquí y compran todo lo que ella les ha sugerido —le dijo a Missie riendo—. Pero uno debe reconocerle a Madame que esas mujeres abandonan el salón mejor vestidas que en toda su vida. Madame siempre dice que ese es uno de sus secretos. Los maridos están tan complacidos que no les importa pagar.

Missie tocó los suaves pliegues de su vestido de chifón violeta bordado con diminutas cuentas de plata; era hermoso y se sentía liviano como la brisa contra su cuerpo. Se miró con desesperación en el espejo, vencida por la fatiga. El vestido no tenía mangas, lucía un escote en V en la delantera y en la espalda, con un cordón con borlas plateadas en la parte inferior de la cintura. La falda era osadamente corta, cortada a mitad de la pantorrilla y drapeada encima de las caderas con un frunce sobre uno de los lados. Sabía que debería parecer Ariel, pero ahora se sentía como un duendecillo.

—¿Puede un patito feo transformarse en un cisne? —dijo la voz de Minerve con tono burlón detrás de ella.

—Uno no puede sacar un bolso de seda del cuero de una puerca —dijo Minette con una risa burlona.

Minerve, alta y de cabello negro, caminó con amplios pasos hacia ella, de manera amenazadora.

—Es mi trabajo el que me has arrebatado —le susurró amedrentándola—, pero no creas que te vas a salir con la tuya. Haré que salgas de aquí antes de que te des cuenta.

Luego dijo en voz alta:

—Hoy como con Alphonse. Es el Duque di Monteciccio para ti —agregó, para beneficio de Missie.

La probadora suspiró.

—Y ella se cree que ya es una duquesa —murmuró—. Sería una liberación si se casa y se marcha; es la verdadera causante de todos los problemas. Será mejor que te cuides de ella, cariño, o te robará las medias de seda, tu trabajo y tu novio.

Missie decidió que Minerve era el menor de sus problemas; lo primero era aprender a ser una modelo de Elise cambiando la forma en que caminaba por naturaleza.

Practicó toda la tarde frente al espejo, tratando de ser más alta, de la forma en que Madame le había dicho y encorvando su cuello hacia adelante hasta que amenazaba romperse. Colocaba un pie delante del otro, copiando a Miranda, echaba su cadera hacia adelante y se acariciaba la garganta, pero todo lo que conseguía era parecerse a la silenciosa y aterrorizada heroína de una película. Y se paseaba por todo el salón ofreciendo miradas airadas a un público invisible de mujeres superficiales de la alta sociedad hasta que los pies y la cabeza se le partían de dolor.

—No soy buena —le dijo a Rosa con desesperación esa noche—, simplemente no siento que lo haga bien y parezco una tonta, actuando como una remilgada, a la manera de Miranda. Nadie camina así, Rosa, entonces por qué una modelo debería hacerlo, simplemente para mostrar ropa.

—Entonces ¿por qué no lo haces a tu manera, en lugar de copiarlas a ellas? —le sugirió Rosa—. Haz lo que sientas que es natural, Missie. Estoy segura de que funcionará.

—No lo sé —suspiró con duda Missie—, Madame me dijo que esa es la forma en que lo hacen en París, y se supone que ella es la que más sabe. De todos modos, ahora es demasiado tarde, mañana es el gran desfile previo a la inauguración. Oh, Rosa, tengo tanto miedo. ¿Qué sucede si lo hago mal? ¿Qué sucederá si me despide?

Su rostro ahora había perdido toda la felicidad. Estaba pálido y compungido. Rosa no podía soportarlo.

—Por supuesto que todo saldrá bien —le aseguró—. Estarás preciosa y madame Elise venderá todos sus vestidos y tú te casarás con un millonario. Después de todo —se rió—, eso fue lo que me dijiste que sucedería, ¿no es así?

Missie también rió; sólo se preguntaba por qué de repente sonaba tan superficial, como si ella ya no creyera más en eso.

En el ensayo del desfile, la mañana siguiente, una pequeña orquesta tocó melodías de los últimos espectáculos de Broadway mientras los obreros martillaban los últimos clavos sobre la plataforma de madera que se había levantado en el centro de la habitación. Cientos de pequeñas sillas doradas se llevaron arriba y los limpiadores sacaban brillo a las arañas y ventanas. Pronto la alfombra de color púrpura cubrió la plataforma y drapeados de chifón que tenían la firma de madame Elise cubrieron la entrada a los vestidores desde los cuales saldrían las modelos.

El interior del vestidor era un infierno, con las probadoras haciendo los ajustes de última hora, mientras las muchachas se quejaban de que les dolían los pies, sentadas

impacientes ante el espejo mientras el peinador trataba de decidir qué hacer con ellas.

Cuando llegó el turno de Verity, Madame le advirtió que no le cortara el cabello.

—Sólo aquí en el frente —protestó—, una onda suave sobre la frente, unos pocos mechones a los costados...

—*Et bien*, unos pocos mechones es suficiente —asintió—. Lo quiero tan brillante como el color castaño de un caballo, largo, lacio y sedoso. Cuando sea necesario lo podemos arreglar en un chipión.

Los vestidos, zapatos, sombreros y todos los accesorios estaban alineados, listos sobre los estantes: guantes, pieles, zapatos, medias de seda y metros de enormes perlas de imitación que Madame había decretado que todas las mujeres deberían usar para la temporada, incluso aquellas que podían llegar a pagar las verdaderas.

A las tres de la tarde, las grandes puertas del salón se abrieron y Elise se apresuró a saludar a los invitados. La lista era tan larga como la élite de los cuatrocientos de Nueva York y, para su sorpresa, había tanto hombres como mujeres, de pie en el fondo del salón, conversando y echando de vez en cuando miradas a sus esposas. Todos estaban tan elegantemente vestidos que ella se preguntaba por qué necesitaban ropa nueva. Pero era el señuelo de madame Elise. Nadie podía tolerar no lucir lo último de la moda; sólo lo más nuevo era bueno.

Regresó al vestidor, mirando el reloj. Faltaban diez minutos. Su estómago se estremecía y se mordió el labio nerviosamente mientras se sentaba frente al espejo, el estilista empolvándole el rostro y aplicando color en sus mejillas, moviendo los labios mientras se pintaba con Violette Elise.

—Me siento como una actriz —murmuró.

—Y eso es lo que eres —le dijo el estilista. Se miró al espejo y sonrió—. Estás maravillosa —dijo.

Missie cruzó los dedos, esperando hacerlo bien. Sabía sólo una cosa: que no parecía Missie O'Bryan de la calle Rivington.

La campanita de plata de Madame pidió silencio y su voz llegó desde el otro lado de los cortinajes, diciéndole a los invitados lo privilegiados que eran al ver el predefile de su última colección de primavera mostrada por sus sensacionales modelos, y que después podrían ver cualquiera de los nuevos estilos en privado en sus propias casas si lo deseaban.

—*Et bien* —anunció—, ahora comenzamos.

La orquesta tocó los acordes de Gershwin del último espectáculo de Ziegfeld. Minerve estaba lista con su vestido de tarde de color azul, con zapatos y medias a tono y una bufanda de chifón que caía desde su cuello hasta el suelo. Echando hacia atrás la cabeza, salió a la pasarela, y Missie oyó el aplauso y los murmullos de aprobación de todo el salón. Miranda la siguió vestida de lila pálido y luego Minette toda de rosado, en una maravillosa combinación con su cabello pelirrojo, que provocó exclamaciones.

El siguiente era el turno de Missie. Vestía un traje de viaje en tweed de color

crema con un sombrero de ala flexible sobre uno de sus ojos, tacones altos a tono y media docena de perlas gruesas también de color crema. Cuando las cortinas se cerraron delicadamente detrás de ella, quedó paralizada mirando el mar de rostros expectantes que se volvían para mirarla. «Esto no es bueno», pensó, llena de pánico. Minerve pasó a su lado, mirándola con una sonrisa de desprecio mientras desaparecía detrás de la cortina, pero Missie simplemente se quedó allí, mirando a las curiosas mujeres que le clavaban los ojos. Pensó en Anouska: ¿no había sido ella como aquellas mujeres? De pronto, se dio cuenta de que por supuesto no estaban interesadas en ella. Todo lo que deseaban ver eran sus ropas.

Esa idea le dio coraje. Respirando hondo, caminó por la plataforma púrpura con su andar natural, deteniéndose aquí y allá para sonreírles a las damas, extendiendo su brazo de manera tal que ellas pudieran apreciar el corte de la manga, tocándose el sombrero con un estilo nuevo y volviendo el rostro hacia los lados, para que pudieran ver cómo era de perfil. Se detuvo unos momentos en el final de la plataforma, luego giró y, con una rápida mirada por encima del hombro, caminó hacia las cortinas.

A salvo en el vestidor, escuchando los amables aplausos, se preguntó lo que pensaría ahora Madame de ella. Simplemente no podía caminar como lo hacían las otras muchachas; después de todo, supuso, no estaba hecha para ser modelo.

Miró a Minerve, que pasaba con un vestido de encaje dorado bordado con brillantes cuentas de color cobre.

—Te lo dije, ¿no? —le dijo con una mueca de disgusto—. No puede un patito feo transformarse en un cisne.

El aplauso fue muy alto para Minerve, y Missie se puso el vestido de chifón violeta, buscando en el estante los zapatos de cabritilla plateada. No estaban allí y miró a su alrededor, molesta, y por fin los encontró debajo del tocador. Los tomó y los miró con horror; las angostas tiras que le sostenían el pie estaban rotas. No rotas, ¡cortadas! Recordó la mirada celosa de Minerve. ¿Se rebajaría hasta hacer una cosa así? Miró a su alrededor con pánico: la modista había desaparecido y todas las criadas estaban afuera, en el salón, ocupadas con el servicio de té y las pastas. Miranda y Minette estaban detrás de la cortina esperando su turno, pero, de todos modos, ella sabía que no serían de ayuda.

Arrojó los zapatos sobre la mesa con desesperación: era la gota que rebasaba el vaso; ahora sabía que estaba condenada al fracaso. Se miró en el gran espejo y supo que estaba hermosa. Recordó la promesa que le había hecho a Azaylee esa mañana y de pronto se sintió llena de un inmenso coraje, un sentimiento que la empujaba a hacerlo bien o morir.

—Oh, qué demonios —decidió—. Papá siempre dijo que, cuando todo fracasa, hay que improvisar.

Después de arrancar las cintas de satén violeta de los paquetes de madame Elise, se puso los zapatos y ató la cinta debajo del empeine, cruzándola y atándola con dos lazadas sobre los tobillos. Luego, tomó unos prendedores de su cabello, lo dejó libre,

y se colocó el penacho enjoyado encima de la frente.

—Rápido, rápido —llamó la modista, tomándola del brazo y empujándola a través de las cortinas. Missie volvió a dudar, mirando a las damas. Luego, echando hacia atrás la cabeza y caminando con tanta altura como Madame jamás podría haber deseado, salió lentamente a la plataforma púrpura.

Madame Elise quedó sin aliento, impactada por su aspecto. ¿Qué le había sucedido a esta muchacha? ¿Y que tenía en los pies? Miró a las damas que la rodeaban, sorprendida de verlas inclinarse hacia adelante, mirando con atención todos los movimientos suaves y ágiles de Verity, en completo silencio. Incluso los hombres habían dejado de hablar y miraban a la nueva modelo. Se volvió a mirar a Verity nuevamente, que se detuvo en el final de la plataforma, con los fluidos pliegues de chifón violeta que caían sobre sus maravillosas piernas iguales a las de una joven Isadora Duncan, las brillantes cuentas plateadas atrapando la luz cuando se movía. Su cabello largo hasta la cintura colgaba como una brillante cortina de color bronce, los suaves mechones enmarcaban su rostro, y sus enormes y maravillosos ojos se le veían más violetas que el mismo vestido.

Echando su cabeza hacia atrás, Missie caminó lánguida a lo largo de la pasarela, deteniéndose a un lado y al otro, su mano descansando sobre el cinturón de borlas, el escote bajo, la adorable falda, pero todos los ojos se concentraban en los pies y en los lazos de satén violeta que se ataban a sus delicados tobillos.

La cortina se cerró detrás y la orquesta cambió rápidamente a otra música de comedia. Las criadas volvieron a la vida, dándose prisa con el té y las pastas, y las cabezas de los caballeros se agacharon mientras discutían acerca de la audacia de la nueva modelo de madame Elise. Madame cerró los ojos. ¿Qué había hecho Verity? ¿Oh, qué había hecho? Había desobedecido sus instrucciones, todo su entrenamiento, era *une catastrophe*. Tuvo conciencia del murmullo y luego alguien comenzó a aplaudir, otro lo siguió, y de repente todo se transformó en un frenesí; incluso hubo unos pocos bravos, aunque provenían sólo de los hombres.

—¡Otra! ¡Otra! —pidió alguien, y Madame se volvió para mirar a una entusiasta matrona joven de la sociedad, una belleza y una innovadora de la moda. Era una de sus clientes más importantes.

Le sonrió con gracia y rápidamente envió a una criada para que le dijera a Verity que por favor volviera a salir.

No podía ser verdad, pensó Verity, saliendo a la plataforma. ¿Realmente la aplaudían a ella? Desfiló por la pasarela una vez más, sonriendo aquí y allá, deteniéndose para dejar que le admirasen los zapatos con cintas, sus plumas, sus pliegues de chifón. Tuvo ganas de reír. Quizá, después de todo, fuera fácil ser modelo. «Hazlo de la forma en que te sientas natural», le había dicho Rosa, y quizás había tenido razón.

Minerve la miró con odio cuando ella entró en el vestidor en medio de un estruendo de aplausos, pero Missie casi no sonrió.

—Otra trivialidad que agregar a tu colección, Minerve —le dijo con dulzura—. La necesidad es la madre de la invención. —Mientras caminaba hacia el tocador, pudo sentir los ojos de Minerve en sus zapatos y supo que fue ella la que le había hecho el sabotaje.

El resto del desfile pasó rápidamente y, para su sorpresa, Missie lo disfrutó; era divertido ser el centro de atención, sentirse joven y hermosa. Después madame Elise entró en el vestidor para felicitarla.

—Todos hablan de mis nuevos zapatos. —Se rió—. No sé de dónde sacaste la idea de las cintas, Missie, pero ahora todos las quieren. La señora Woolman Chase de *Vogue* dijo que personificas el nuevo espíritu femenino, libre de las restricciones de la guerra, capaz de volver a ser joven, delicado y simple. La *Vie Naturelle* es como yo lo llamo y, créeme, Verity, es un *succès énorme*. —Se volvió de pronto hacia las otras—. ¿Y por qué no podéis caminar como Verity, eh? Tú, Minerve, pareces una marioneta al lado de ella. Hemos sido invitadas a repetir nuestro espectáculo, el domingo, en la casa de la condesa de Wensleyshire. Quiero que todas vosotras caminéis como Verity.

Minerva se arrancó sus perlas y, poniéndose de pie, gritó con rabia.

—¡Jamás! Jamás tomaré lecciones de esta trepadora.

—En ese caso —le dijo fríamente madame Elise—, puedes ir buscando trabajo en otra parte. ¡*Au revoir!*

Minerve se encogió de hombros.

—El duque me ha pedido que me case con él, de todos modos —le dijo airadamente—. Estoy haciéndole un favor al quedarme para estos espectáculos.

—Felicitaciones —le dijo Madame, pero Missie la miró con ansiedad cuando ella desapareció detrás de la puerta.

—No te preocupes —le dijo madame Elise, riéndose—. Hay miles de Minerves, pero una sola Verity. Hoy has sido para mis señoras una *ravissante*. El domingo será glorioso y todo Nueva York estará a tus pies, con tus bonitos lazos de satén.

Capítulo 25

Azaylee estaba sentada en el borde de la cama mirando a Missie mientras esta se preparaba para ir al salón. Su cabello rubio estaba peinado con firmeza hacia atrás en una trenza y tenía los ojos tristes. *Viktor* saltó sobre la cama junto a ella y la niña se abrazó a su cuello. Obviamente el perro la adoraba, y Missie ya no tenía corazón para seguir protestando.

—Qué imagen —dijo riéndose.

—Íbamos a llevar a *Viktor* de paseo hoy —le recordó Azaylee con tristeza—, pero ahora vuelves a marcharte.

Missie se mordió el labio. Era cierto. Había estado tan ocupada en los últimos días que casi no había tenido tiempo para Azaylee, ni qué decir del viejo *Viktor*.

—Ya nos pondremos al día —prometió con remordimiento—. Sé que es domingo, pero este es muy especial. —Deseó que madame Elise hubiera elegido cualquier otro momento para su espectáculo, pero así era, no tenía elección—. Mira —le dijo con alegría—, ¿te gustaría si pronto consiguiéramos un nuevo apartamento, quizá cerca del parque, para que puedas ir con *Viktor*, con una bonita habitación para ti que esté llena de juguetes? ¿Y qué te parece un colegio con otras niñas de tu edad, donde usarás un sombrero especial y un vestido, llamado «uniforme», para que demuestre adónde perteneces...

—Yo ya pertenezco aquí —le contestó Azaylee—. No quiero dejar a Rosa y a mis amigos.

El corazón de Missie se acongojó cuando se sentó a su lado en la cama:

—Yo tampoco deseo dejar a Rosa, *milochka* —le dijo con calma—, pero nosotras la seguiremos viendo. Ellos podrán venir a visitarnos, quizá también a quedarse. Piensa en lo divertido que sería.

—Es divertido aquí —le dijo Azaylee obstinadamente, abrazándose al cuello de *Viktor* y escondiendo su rostro en la piel del animal—. No quiero cambiar.

Missie le acarició el cabello, sin decir palabra. Sentía el pequeño cuerpo de Azaylee estremeciéndose con sollozos y se dio cuenta de que el problema no era exactamente el irse de allí, sino la inseguridad del cambio. Ella recordaba cuando dejó Varishnya, a su padre, su madre y su hermano; recordaba cuando dejó Rusia y a su amada Sofía en el cementerio. Cada vez que había dejado un lugar, jamás había vuelto a ver a la gente que amaba.

Cuando dejó a Azaylee en la casa de Rosa, esta le dijo:

—Buena suerte con el desfile. Es un cuento de hadas, Missie, un cuento de hadas hecho realidad. Quizás el millonario esté allí esperándote hoy.

Missie lo dudaba y, además, no le importaban los millonarios; lo único que ella deseaba era ganar lo suficiente para mantenerse ella y Azaylee decentemente.

La semana desde que se hizo el desfile había pasado volando. Habían estado ocupados visitando varias de las casas más importantes de Nueva York, para que los

clientes favoritos pudieran elegir de forma privada. Pero fue Verity y su nuevo estilo lo que todos pedían e incluso Miranda y Minette habían dejado sus poses y estaban luchando por ser más naturales, aunque no tenían el aspecto especial de Missie. Los pedidos del vestido violeta habían llovido sobre madame Elise, y ya se veían variantes de él por toda Nueva York. Y todos querían usar los nuevos zapatos. Se había pasado la semana probándose una serie de nuevos vestidos que Madame había diseñado con rapidez y que la modista había cosido casi sobre su cuerpo. Y hoy ellas iban a la gran casa de la condesa de Wensleyshire, como el acontecimiento de su fiesta de fin semana de primavera, que se llevaba a cabo todos los años.

Había seis limusinas Delahaye estacionadas fuera del salón de Park Avenue, para llevarlas hasta Long Island. Madame iba en la primera, sola con su chófer, como una reina. Missie tuvo que ir con Miranda y Minette, ninguna de las cuales le dirigía la palabra. No todo era un cuento de hadas, pensó con un suspiro, a pesar de lo que Rosa había dicho. Pero eran cuarenta dólares por semana y hermosas ropas para vestir, ya que Madame deseaba que sus modelos fueran su publicidad itinerante.

—Pero si yo jamás voy a ninguna parte —había protestado Missie.

—¿Nunca? ¿Una joven como tú? *Tiens* —había exclamado Madame—, entonces es hora de que empieces.

Las otras cuatro limusinas llevaban cestos de ropa, vestidoras y peluqueros. La pequeña procesión se abrió camino a través del soñoliento paisaje de campo de Long Island hasta que llegó ante un par de inmensas puertas de hierro con dos enormes leones alados tallados a ambos costados. Un portero apareció desde la casilla para abrirles y entonces entraron en una larga avenida de grava que conducía hasta el frente de una enorme casa blanca. Gente hermosamente vestida se paseaba por el jardín donde las mesas estaban servidas para el té con platería y manteles de damasco, y un grupo de hombres jóvenes con pantalones de franela blancos jugaban tenis. Una banda tocaba sobre la larga terraza entre brillantes macetas llenas de flores de verano, cultivadas en los famosos invernaderos de la condesa especialmente para la ocasión.

Missie fue transportada de pronto hacia las fiestas de Anouska, a una hermosa casa como esta, gente joven diseminada aquí y allá, riendo, jugando y siempre la música en el aire...

—Ven, Verity —la llamó Madame—, la condesa está esperando.

Imogen, condesa de Wensleyshire, tenía treinta años y era alta, hermosa y adulada hasta la muerte por todos los hombres que se le acercaban. El conde había sido su tercer marido, un hombre mayor que la idolatraba, incluso muriendo convenientemente cuando ella se cansó de él, hacía tres años. Ahora ella mantenía una propiedad en Yorkshire, dos casas en Londres y París, un apartamento en Manhattan, y un enorme yate anclado, ahora que había terminado la guerra, en Montecarlo.

Y ella disfrutaba haciendo lo que hacía mejor, dar fiestas y buscar un nuevo

marido.

Miró con curiosidad a Missie mientras le estrechaba la mano sin sonreírle.

—Ah, ahora veo a qué obedecía todo el alboroto —le dijo enigmática—. Todos los hombres que yo conozco han hablado de Verity esta semana. No vi el desfile de modas de Elise, sino la reputación que te precedió.

—Soy simplemente una modelo —le dijo Missie rápidamente—. Estoy segura de que es de la ropa de lo que hablan.

Los ojos de la condesa se entrecerraron cuando sonrió.

—Las mujeres, quizá, pero los hombres... —Se rió, dejando el final de la frase en el aire.

—Elise, querida —gritó, volviéndose hacia Madame—, ven a tomar algo de té y luego te mostraré el salón de baile, donde haremos el desfile.

El salón de baile estaba tapizado en azul y crema como un Horero de Wedgwood, con un pequeño entarimado en uno de los extremos. Esta vez Madame misma organizó a las modelos, haciéndolas desfilas sobre la tarima y bajar la rampa al son de los acordes de una orquesta de quince miembros.

Mientras caminaba sobre el entarimado, con la última extravagancia de Madame, un vestido ajustado al cuerpo con gran escote, de deslumbrante plateado, con paños de seda gris encima, Missie se dio cuenta de que se estaba divirtiendo. Era como si se transformara en otra persona cuando vestía la ropa de Elise. Sentía que tenía poder sobre aquella gente, el poder de hacer que la miraran. Miró al público, manejándolo con los ojos, y luego, echando arrogantemente la cabeza hacia atrás, bajó la rampa, moviéndose lánguida entre ellos, deteniéndose aquí y allá para ofrecer una sonrisa o extender con gracia un brazo, para que los paños de seda flotaran como si fueran alas de gasa.

Y por supuesto, se aseguró de que todos notaran los zapatos plateados con cintas de satén gris, atadas en bonitos lazos a sus tobillos. Por primera vez, tuvo conciencia de que los hombres la observaban con tanto interés como las mujeres y que, de algún modo, sus miradas la hacían sentir incómoda.

El aplauso que siguió fue tremendo. Todos deseaban conocer a la famosa Elise y a sus hermosas modelos. Verity se encontró en el centro de un grupo de hombres jóvenes que la admiraban. La tarde culminó en una fiesta; los corchos saltaban entre gritos de placer y los vasos se llenaban entre risas con champaña ilegal. Una banda de jazz con músicos que vestían chaquetas a rayas sustituyó a la orquesta, cambiando a un ritmo de *ragtime* que hizo que los bailarines llenaran el recinto con ansiedad. De pronto, se sintió desilusionada como si hubiera descendido desde un pináculo irreal y soñador a la realidad. Recordó que era Missie O'Bryan de la calle Rivingston con todos sus problemas. No pertenecía a este lugar, con todos estos ricos elegantes. Después de escaparse de la multitud, salió a la terraza, respirando los tempranos aromas de la primavera, a lilas del valle y a jazmines. Caminó por los hermosos jardines, contenta de estar a solas con sus recuerdos de Varishnya.

Se sentó en un banco de piedra que miraba el gris canal de Long Island, soñando en lo maravilloso que sería poder tener una casa como esta para Azaylee, darle todo lo que ella pudiera llegar a desear, de la forma en que sus propios padres lo harían.

—Buenas noches. —Un hombre de mediana edad, alto, bien vestido, le sonreía afablemente—. ¿Disfrutando del aire fresco? ¿O simplemente soñando?

—Ambas cosas. —Le sonrió Missie. Él tenía ojos perspicaces y rasgos aristocráticos. Se estaba dando aire con su sombrero.

Se quitó la chaqueta, enjugándose el rostro con un pañuelo color azul pálido y dijo:

—¿No le importa? No puedo soportar el calor. Es malo para los negocios.

Se sentó en el banco junto a ella y cerró los ojos, escuchando la fuente.

—Es usted enormemente bonita, ¿señorita...?

Missie se ruborizó. ¿No se propararía este hombre con ella? Miró ansiosa a su alrededor buscando la forma de escapar.

—Me gusta el vestido —agregó, abriendo los ojos y mirándola de arriba a abajo—. ¿Es uno de los de Elise?

Ella asintió, alejándose hasta el borde del banco, y él rió.

—Perdóneme por sobresaltarla, pero yo siempre digo lo que siento cuando veo una muchacha bonita. Es mi negocio. —Le extendió la mano—. Me llamo Ziegfeld, Fio Ziegfeld, y le digo francamente, señorita...

—Verity —le dijo ella rápidamente—. Verity Byron.

—Sí, Verity, eso es... bueno, le digo francamente, señorita Verity, que mi talento de descubridor me llamó esta semana y me dijo que sería mejor que removiera el infierno para verla, ya que usted es la mujer más hermosa de la ciudad. Me dijo que uno podía juntar los ojos de todos los hombres simplemente haciendo que usted camine por el escenario. —La miró con ojos francos—. Lo que no me dijo es que usted tiene el rostro de una joven madonna y la voz suave como la brisa. —Se miraron a los ojos y agregó con aspereza—: Y que usted es una dama.

Ella se ruborizó, susurrando:

—Gracias —se alisó la falda de voile de flores blancas y rojas, preguntándose de qué estaba hablando—. Nunca he visto ninguno de sus espectáculos, señor Ziegfeld, pero sé que son maravillosos. Todos lo dicen.

—Lo dicen porque es la verdad —le dijo con agudeza—. Mis Follies son las mejores del mundo, y eso incluye París. Y ellos tienen las mujeres más atractivas. Y de eso es de lo que deseo hablarle. Esta semana, usted es de lo que Nueva York habla, señorita Verity, y Fio Ziegfeld es conocido por tener lo mejor y lo más nuevo. ¿Ahora qué me dice acerca de ser una de mis coristas? —Su rostro se dividió en una expansiva sonrisa, mientras fumaba alegremente un cigarro, esperando que ella aceptara.

—¿Una corista? —Los ojos de Missie estaban fijos. No sabía si reírse por la broma o llorar por el insulto—. Pero soy una modelo, no bailo, ni canto... y, bueno,

quiero decir... ¿las coristas no... —Dudó y agregó en un susurro—: llevan poca ropa? —Su rostro estaba escarlata y se retorció las manos, nerviosa.

—¿Semidesnudas, quiere decir? —Ziegfeld negó con la cabeza—. Mis muchachas siempre están en los límites de la ley, señorita Verity. El buen gusto es nuestro lema. Claro que muestran sus piernas pero no hay desnudos en mi escenario. Mallas, abanicos, trozos de chifón de color carne, lentejuelas aquí y allá que garantizan la modestia de las muchachas. Es todo muy respetable, ¡aunque admito que no puedo garantizar lo que sucede en la mente de un hombre! —Se rió con ganas y luego dijo—: De lo que se trata en mis espectáculos, señorita Verity, es de mostrar belleza, extravagancia y sofisticación. Canciones y calidad profesional con una C mayúscula. Y eso cuesta dinero con una D mayúscula también. Dinero para los fabulosos escenarios, telones espléndidos, la ropa más hermosa, muchas diseñadas por Elise, plumas, pieles, telas doradas. No le estoy pidiendo que sea una bailarina, señorita Verity, le estoy pidiendo que honre las Follies con su presencia. Y lo que debe hacer es caminar por el escenario junto con otras muchachas bonitas y estar hermosa.

Se volvió a secar el rostro y le sonrió.

—Le pagaré cien dólares por semana.

—¡Cien dólares! —exclamó, impactada.

—Oh, bueno, entonces, ciento cincuenta —le dijo rápidamente—, con un aumento después de tres meses.

Missie lo miraba, anonadada, sin palabras.

—Hablaré con Elise acerca de esto —le dijo en confidencia—. A ella no le gustará perder a su nuevo modelo estrella tan pronto, pero la recompensaré. Le dejaré diseñar todas sus ropas para el espectáculo. Venderá un millón con eso sólo. Le diré que deseo que parezca como gasa y rayos de luna. La cubriremos con collares de diamantes de Cartier. Nada más que lo mejor para Verity Byron, la última y más brillante de las estrellas de Ziegfeld.

Sonreía, palmeándole el hombro paternalmente.

—Una cosa puedo garantizarle, señorita Verity, el éxito. Y, por supuesto —sonrió con gesto conocedor—, ciento cincuenta dólares todos los sábados, regulares como un reloj.

Missie se estremeció. El sol se había puesto, y estaba oscureciendo.

—Yo... Yo no sé qué decir —murmuró, perpleja—. Es todo tan repentino. Quiero decir, hace unas pocas semanas ni siquiera tenía trabajo.

—Eso es Nueva York para usted. —Sonrió, tomándola del codo mientras caminaban hacia la casa—. No se preocupe por nada, lo arreglaré con Elise.

—Pero, señor Ziegfeld —le dijo, tomándolo del hombro—, sinceramente estoy asustada.

Sus ojos estaban bien abiertos y parecía cercana a las lágrimas. El le dijo con delicadeza:

—¿De qué tiene miedo? Es lo mismo que ha estado haciendo para Elise, sólo que el público es mayor, eso es todo. Le digo que le gustará. A todas mis muchachas les gusta. Es una gran familia, eso es Ziegfeld. La cuidaré, ahuyentaré a todos esos tontos que esperan en la puerta del camarín y me aseguraré de que salga con los mejores. ¿Está bien? Iré ahora a hablar con Elise. Estaremos en contacto, señorita Verity.

Missie lo miró mientras él se apresuraba por las escaleras. ¿Había ella realmente aceptado ser una chica Ziegfeld, o simplemente él había asumido eso? Cerró los ojos tratando de imaginarse en un enorme escenario, vestida con gasas y diamantes, dando citas, y se preguntó cómo podía tan siquiera pensar en ello. Y luego pensó en los ciento cincuenta dólares «todos los sábados, regulares como un reloj» y supo que lo haría.

Volvió a estremecerse. Ahora era de noche. La falsa calidez de un día de primavera temprana había desaparecido y el viento traía consigo un sabor de marzo. Pero había perdido toda la pose de modelo. Volvía a ser simplemente Missie y no deseaba entrar y enfrentarse con todos los de la fiesta.

Unas ruedas hicieron crujir la grava y un automóvil largo de color amarillo se estacionó frente a la casa. Ella se apartó mientras un hombre bajaba del vehículo y pasaba junto a ella, subiendo las escaleras. De repente, sus pasos se detuvieron y entonces oyó que regresaba junto a ella. Cuando estuvo a su nivel, Missie pudo reconocer el olor a tabaco de su cigarro.

—¡Por Jesús, Missie! —dijo la asombrada voz de O'Hara—. ¿Eres realmente tú?

Ella se volvió, mirándolo con sorpresa. Era O'Hara, sí, pero O'Hara con una diferencia. Sus brillantes rizos pelirrojos estaban peinados con gomina, vestía un traje gris, zapatos de cuero legítimo y una corbata a la inglesa color gris con un alfiler de perla. Fumaba un cigarro muy grande.

Le tomó las manos con ansiedad, apretándoselas.

—Vengo de una entrega de domingo por la noche y ¿cuál es mi recompensa? ¡Missie O'Bryan, la muchacha de mis sueños! —Se rió expansivamente—. Eso es lo que consigue un hombre de palabra. Entrega a cualquier hora, día y noche, ese es el lema de O'Hara, y estoy orgulloso de decirte que es un éxito. Estaba esperando hasta que pudiera probártelo, pero ahora lo ves tú misma, O'Hara vendiendo licor a los exquisitos y a unos precios que nunca se conocieron en la calle Delancey.

Se detuvo en su monólogo y la volvió a mirar.

—Pero ¡mírate lo que eres! Eres un placer, Missie O'Bryan, vestida de esta manera. —Se irguió y dijo con sospecha—: Aunque no sé dónde una muchacha como tú ha conseguido el dinero para esto. Ni lo que estás haciendo en la fiesta de la condesa.

—Tengo un trabajo —le dijo con rapidez, contándole la historia acerca de madame Elise. Se detuvo, molesta. O'Hara se miraba los zapatos, con un gesto de preocupación en el rostro, y ella le preguntó cuál era el problema.

—Esto es malo para ti, Missie. —Bramó—. No sabes cómo es esta gente. Podría

contarte algunas historias que he visto en casas incluso más grandiosas que esta, ¡historias que te volverían blanco el cabello! Ellos se prendan de una persona esta semana y la abandonan a la siguiente. Y cuando pienso en ti, mi ideal, mi niña, haciendo ostentación para que ellos vean...

—¿Haciendo ostentación? —le dijo con rabia—. ¿Qué es lo que quiere decir, O'Hara? Muestro ropa perfectamente respetable para que damas perfectamente respetables la compren. —Alejando de su pensamiento los ojos especulativos de los hombres, agregó con premura—: Y de todos modos, ¿quién es usted para hablar? ¿Vendiendo licor ilegal a la gente? ¡Por lo menos mi trabajo es honesto!

El rostro de O'Hara se puso rojo de rabia y mordió con tanta fuerza el extremo de su cigarro que lo rompió en dos. Estampó su pie en el suelo y luego comenzó a reírse.

—Por Jesús que sí tienes razón. Excepto que, en Irlanda, este negocio no se considera ilegal. Y lo único que hago es darle a la gente un poco de placer, al proveerlos de lo que ellos desean.

—¡Y yo también! —le replicó, estampando también su pie en el suelo.

—¿También has adquirido carácter junto con tu nuevo trabajo? —le preguntó con inocencia, riéndose cuando ella se lanzó hacia él, tomándola de las manos—. Lo siento, Missie, soy honesto. Jamás quise decir que no fueras una muchacha respetable. Por supuesto, sé en el corazón que lo eres, pero supongo que lo que me gustaría es tenerte a salvo en casa conmigo, en Nueva Jersey, en lugar de que tuvieras que mostrar ropa para vivir.

Ella le apretó las manos. A pesar de su rabia, estaba sorprendida por lo mucho que le agradaba ver su atractivo rostro, tan familiar, como un rayo de seguridad entre todo el brillo de la sociedad de Nueva York.

—Estoy realmente contenta de verlo, O'Hara —le susurró.

Él irradió felicidad.

—Entonces toma tu sombrero, Missie O'Bryan. Te llevaré a cenar al mejor restaurante de Long Island.

Entusiasmada, corrió a encontrarse con madame Elise y a decirle que iría a cenar con un viejo amigo.

—¿Un viejo amigo? —repitió Madame con una sonrisa escéptica—. ¿O quizás una nueva conquista? Muy bien, puedes ir. Y mañana discutiremos el nuevo *arreglo* con Ziegfeld.

Missie se había olvidado de lo de Ziegfeld, pero, mientras corría a encontrarse con O'Hara, decidió no contarle el resto de la historia. De alguna manera, sabía que él no comprendería. Por lo menos, todavía.

El restaurante estaba alejado de la camera, detrás de unos árboles, como aquel al que O'Hara la había llevado una vez. Había docenas de automóviles en el estacionamiento, pero no había luces en las ventanas y sólo una lámpara que se mecía iluminaba el cartel que decía «Oriconne» encima de la puerta principal.

—¿Está seguro de que está abierto? —le preguntó nerviosa, mientras O'Hara

levantaba una pequeña tapa de bronce y pulsaba un timbre.

—Seguro, es privado. Hay que ser miembro y no te dejan entrar si no conocen tu rostro.

—¿Pero por qué no? —preguntó sorprendida.

—Es una taberna clandestina. Eso significa que venden alcohol, el alcohol de O'Hara —agregó con orgullo—. Mantienen las persianas bajas y cierran todas las puertas para poder quitarse del medio, en caso de que llegue la policía. No es que lo hagan, con el dinero que los hermanos Oriconne les dan.

De pronto se abrió una pequeña ventana y un rostro apareció detrás de una rejilla. Se produjo el ruido de una pesada cerradura que se abría y ellos entraron, a través de otra pesada puerta tapizada de cuero. Missie abrió la boca cuando una pared de ruidos los golpeó. La larga habitación estaba colmada de gente que hablaba a gritos por encima de una banda de jazz que sonaba a todo volumen. En una pista de baile circular con suelo de vidrio, en el otro extremo, había parejas bailando, llamándose unas a otras, riendo.

—Mira cómo se están divirtiendo —dijo O'Hara en voz alta—, y todo por cortesía de tu servidor.

—Pero no hay bebidas sobre las mesas —dijo con sorpresa—, sólo tazas de té.

O'Hara le guiñó el ojo.

—Seguro, y es el té especial de O'Hara lo que ellos beben —le dijo en voz alta mientras el jefe de camareros los llevaba hasta una mesa en uno de los rincones.

—¿Qué les sirvo, señor? —le preguntó con una sonrisa.

O'Hara miró a Missie y dijo:

—Tomamos champaña la última vez que nos vimos, ¿por qué no hacemos de ello una costumbre?

—¿Por qué no? —respondió ella sin pudor. La vida era buena ese día y, de todos modos, era hora de una celebración. Ella iba ser una de las muchachas de Ziegfeld y ganaría ciento cincuenta dólares por semana. Se dijo a sí misma que lo estaba haciendo por Azaylee, pero en secreto le estaba gustando la idea de ser la nueva estrella de Ziegfeld. Y no sentiría nada de lástima de no volver a ver la terrible pobreza de la calle Rivingston, excepto por Rosa, por supuesto, y Zev... ¡Zev! Se llevó una mano a la boca—. Oh. —Abrió la boca—. Lo olvidé por completo. Debía encontrarme con Zev Abramski a las ocho en punto.

—¿Zev Abramski? —repitió O'Hara, molesto. Frunció el entrecejo cuando ella le explicó que lo veía todos los domingos en el café ucraniano.

—Cenamos juntos, es muy simple —le explicó rápidamente—. Quiero decir, no es nada como esto, como usted y yo cenando aquí esta noche. Él es simplemente... simplemente Zev Abramski —terminó sin convicción.

—¿Y qué puede ser lo que los dos tenéis en común? —le preguntó celoso—. ¿Es que le debes dinero y él te lleva a cenar como una forma de pagarte?

Los ojos de Missie flamearon cuando se inclinó sobre la mesa.

—Cómo se atreve, Shamus O'Hara —le susurró furiosa—. Zev Abramski es un hombre fino, honesto y además tenemos más en común de lo que usted cree.

Se recostó en su asiento, pensando con tristeza en Zev, esperándola en su mesa del café, y odiándose por haberlo olvidado. «Mañana le explicaré, —se prometió a sí misma—, y lo compensaré la semana próxima; no volveré a olvidarlo». Miró a O'Hara ardiendo de pasión al otro lado de la mesa y se rió.

—Siempre que nos encontramos, nos peleamos —dijo—. Debe de ser su carácter irlandés.

—No es mi carácter —gritó explotando, golpeando con su puño sobre la mesa de modo tal que todas las tazas saltaron—. Es tu obstinación en no casarte conmigo.

—Apuesto a que, si realmente llegara a casarme con usted —se burló—, pelearíamos todas las noches. Usted seguiría viendo las cosas a su manera y yo a la mía. Probablemente me encerraría en su casa de fantasía y esperaría que cocinara y cuidara bebés, de la forma en que se hacía en su país.

Ella se rió ante el rostro impactado de O'Hara cuando dijo:

—Missie, ¡jamás haría eso! Soy un hombre de principios y, aun cuando eso no lo aplico para la venta de esta basura, jamás trataría a mi esposa de esa manera.

Ella suspiró de manera exagerada.

—Qué lástima que no tenga la oportunidad de probarlo.

O'Hara gruñó y sirvió más champaña.

—Dame un respiro, Missie, ¿quieres? Te dejo luchando por sobrevivir en la calle Rivington y en un par de semanas eres una muchacha diferente.

—¿Lo soy? —le preguntó asombrada.

—Lo eres, Missie —le respondió solemne—, pero todavía te quiero como esposa.

—Pídamelo dentro de un año —le dijo ella de repente—, y le daré una respuesta.

Le tomó la mano y se la apretó fuerte.

—¿Un año?

—Un año —le prometió.

Él sonrió y le dijo feliz:

—Será la espera más larga de mi vida.

—Oh, no —le respondió, suspirando feliz—. Esta vez, no lo será. —Ya que para ella, esta vez el tiempo prometía pasar volando.

Capítulo 26

Al mediodía siguiente, a las doce en punto, madame Elise acompañó a Missie al teatro Nueva Amsterdam. El auditorio con sus brillantes taquillas doradas estaba oscuro y misterioso; la cortina de seguridad estaba cubierta por docenas de avisos coloridos de pomadas y pociones, partituras de música y discos; las limpiadoras estaban ocupadas barriendo la suciedad que había quedado de la noche anterior, lustrando ceniceros de bronce y cepillando las butacas de pana roja. Le trajo recuerdos de la infancia, de cuando visitaba los teatros de comedia en Oxford y de los viajes para ver el ballet en Londres. Missie suspiró, preguntándose lo que el profesor Marcus Octavius Byron hubiera pensado ahora de su hija, a un paso de subir al escenario como una de las coristas de Ziegfeld. Pero estaba desesperada, y ciento cincuenta dólares por semana habían sobrepasado la barrera de sus escrúpulos. Y, de todos modos, ¿no era lo mismo que ser una modelo, sólo que mejor pagada? Además, sabía que sería divertido. ¿Divertido?, pensó, tratando de recordar la última vez que se había divertido. Quizá la diversión significara una vida sin problemas económicos.

—Vite, rápido —le apremió Madame cuando la secretaria de Ziegfeld les abrió la puerta, mirándola con curiosidad.

—Señorita Verity. —Se apresuró Ziegfeld, sonriéndole con afabilidad—. ¡Estoy encantado de verla! ¿Ha visto lo que dice aquí en el *Times*? —Le alcanzó un ejemplar del diario, señalándole un artículo de cuarto de página sobre el desfile para la colección de primavera de Elise, y allí estaba su nombre.

Verity, la nueva modelo de Elise, fue una revelación cuando apareció, vestida en chifón violeta bordado con cuentas de plata y con los zapatos más audaces, plateados, con cintas color violeta atadas en lazos a los deliciosamente delicados tobillos de la modelo. «Verity representa la nueva *Vie Naturelle*, —declaró Elise—, y en poco tiempo verán que todas las mujeres de Nueva York copiarán la forma en que ella lleva el cabello color castaño nuez y su natural andar, aunque muchas encontrarán difícil emular las largas, largas piernas de Verity, su gracia, su belleza y el rutilante color violeta de sus ojos». Se dice que Fio Ziegfeld ya ha puesto sus ojos en ella y quizá pronto Ziegfeld presente una nueva estrella.

—¡*Et voilà*, Ziegfeld! —dijo triunfante madame Elise—. He creado una nueva estrella para ti. Primero fue mi pequeña rubia, Maude, que se casó con el millonario de los ferrocarriles; luego la pelirroja, Jaquetta, que perdiste porque se fue a hacer cine a Hollywood, y ahora... Verity.

—La más bella de todas —dijo, sonriendo.

—Pero yo no soy hermosa, señor Ziegfeld —dijo Verity con honestidad—. Creo que soy como cualquier otra muchacha.

—Ahhhh —suspiró Madame, haciendo girar los ojos—. ¿Cómo puede ser tan tonta esta niña? —murmuró—. Está aquí para reclamar un lugar en la historia del teatro como una corista Ziegfeld y ahora dice que ¡es una simple muchacha de la

calle!

—Acéptelo de mí, soy un experto —le dijo Ziegfeld con vigor—, usted tiene un tipo de belleza diferente, Verity. No rimbombante, lo admito, pero ya tengo suficientes bellezas exuberantes. Lo que usted tiene es belleza con clase, y en mi libro eso quiere decir dinero.

—Florenz y yo hemos llegado a un acuerdo —terció Madame con rapidez—. Te liberaré de tus obligaciones hacia mí, y en recompensa yo diseñaré tu ropa, para los espectáculos y para diario.

—Ey, un minuto —protestó Ziegfeld, sorprendido.

—¿Qué? ¿No supondrás que tu nueva estrella va a pasearse por la Quinta Avenida con un abrigo de cinco dólares? ¿No querrás que cene en Rector con un vestido de confección? ¿Llevando joyas de fantasía? Vamos, Florenz, ¿dónde tienes el cerebro? No, insisto que sea vestida por Elise, y por nadie más. Va con el contrato. Y naturalmente te enviaré a ti las facturas.

—Naturalmente —suspiró Ziegfeld.

—Y le deberás pagar doscientos dólares por semana, con un aumento dentro de tres meses, trabaje o no.

Ziegfeld gruñó.

—Tiene aquí un negociador duro —le dijo a Missie con una sonrisa irónica—. Muy bien, muy bien, si así lo dices, Elise. Y ahora, antes de que roben el banco, me gustaría llevarlas a ustedes, señoras, a celebrarlo a Rector.

Rector era el lugar de reunión más ostentoso del mundo del espectáculo de Nueva York, y Fio Ziegfeld, el productor de Broadway más opulento, y el lugar y el hombre estaban hechos el uno para el otro. El elegante comedor era su hogar después de su propia casa, y el maître lo saludó como a unpreciado viejo amigo, haciendo una profunda reverencia sobre la mano de madame Elise e incluso una más profunda sobre la de Verity cuando Ziegfeld la presentó como su futura nueva estrella.

—Pero por supuesto —sonrió—. Ya he leído acerca de la señorita Verity en los periódicos.

—Y así lo ha hecho todo el mundo —susurró Ziegfeld, notando el excitado murmullo que se producía cuando todas las cabezas se volvían para verlos avanzar hacia su mesa.

—¡Caviar! —pidió en voz alta—. Esto es una celebración.

—Perdone, señor Ziegfeld. —Un joven ansioso apareció a su lado, con un cuaderno en la mano—. Soy Dan James del *Daily Star*. No he podido evitar verlos a usted y a madame Elise. Y supongo que esta joven tan adorable es la señorita Verity, ¿no es así? ¿Su nueva modelo?

—Su ex modelo, mi nueva estrella —dijo Ziegfeld, radiante—. Cuénteles eso a sus lectores, señor James, y dígales que vengan a verla. Es sensacional.

—Claro, señor Ziegfeld, gracias. —Le hizo una reverencia a Verity y le estrechó la mano—. Encantado de conocerla, adorable señora.

—Ve —dijo Ziegfeld, haciendo un gesto expansivo con el brazo, que abarcó todo el salón—, todos esos tipos ya la han visto. Ese que está en el reservado junto a la ventana es Tim Wells de *Variety*, y le apuesto diez dólares a que será el próximo en venir, aunque esté comiendo con Sally Vine, una corista de Shubert. No del mismo tipo que usted —agregó con menosprecio—. Usted será una estrella incluso antes de abandonar este lugar, Verity. Su nombre estará en los periódicos mañana.

Ella permanecía en silencio, mirando la escena, preguntándose si era el fabuloso traje de color crema de madame Elise lo que de pronto la había envuelto con esta belleza mágica de la que todos estaban hablando: no había duda de que se sentía adorable llevándolo puesto. Fuera lo que fuere, podía sentir ojos curiosos que la miraban mientras ella tomaba su jugo de naranja. Así sería cuando estuviera sobre el escenario, pensó, tan impersonal cuando una no podía ver a la gente que la miraba, a todos los que estaban allí, en el oscuro auditorio.

Suspiró con placer cuando el camarero le sirvió pollo con crema de espárragos. Ziegfeld lo había pedido por ella; y parecía delicioso.

—Lléveselo... de inmediato —ordenó madame Elise, moviendo agitada su brazo—. La muchacha debe pensar en su figura —le dijo a Ziegfeld. Volviéndose hacia el camarero, le ordenó que trajera una ensalada y una chuleta de cordero sin salsa.

—Oh, pero... —protestó Verity, molesta, cuando desapareció el pollo. Seguro que después de pasar hambre, ya que era pobre, ¡no esperarían ellos que se muriera de hambre ahora que era rica!—. ¿No puedo por lo menos guardarlo para Azaylee? —preguntó ruborizándose. Ahora sí que la había hecho, ahora tendría que contarles quién era Azaylee.

—¿Azaylee? —miró interesado Ziegfeld—. ¿Es tu compañera de cuarto? Si es tan hermosa como tú, envíamela, también podremos encontrarle un trabajo a ella.

—Azaylee es mi... hermanita —dijo rápidamente—. La he cuidado desde que nuestros padres murieron. Y es preciosa, pero sólo tiene cinco años.

Ellos se rieron y ella también rió, aliviada. Azaylee había pasado de ser su hija a ser su hermana en un suspiro, y de pronto todos sus problemas se vieron resueltos. Ella ya no era la sospechosa «joven viuda», sino una responsable hermana mayor. El alivio de no tener que seguir haciendo el papel de viuda joven fue inmenso, y ella comió con alegría la ensalada, cuidándose de no pedir postre en presencia de Elise. Pero cuando se iban el camarero le dio un discreto paquete. Ziegfeld le dijo con aspereza:

—Dígale a Azaylee que lo disfrute.

—Vestida con gasa —le enseñaría más tarde Elise—, no puede haber kilos de más, ni siquiera gramos. Sé que algunas de esas coristas son famosas por sus curvas, pero se tambalean, querida, y la nueva *Vie Naiurelle* no se permitirá tambaleos.

—Mañana comenzaremos el diseño de tu nuevo guardarropa. —Hizo un gesto

ampuloso con el brazo cuando la limusina color púrpura las llevó de regreso a Park Avenue—. Te equiparemos de pies a cabeza. Ahora debemos hablar de dónde vivirás, ya que por supuesto necesitarás un nuevo apartamento, y creo que conozco el lugar exacto.

—Pero, Madame —protestó—, no puedo mudarme a un nuevo apartamento, no tengo dinero. Quiero decir, tengo sólo lo que gano con usted.

—Te olvidas —le dijo Elise— que yo ya no te pago. Ziegfeld lo hace, doscientos dólares. Y conozco un lindo apartamento en la calle Cuarenta y Tres, lo suficientemente cerca del teatro como para convenirte y lo suficientemente lejos como para evitar la indiscreción. —Sonrió y le palmeó la mano a Verity—. No me contaste de tu hermanita —le dijo, reprobándola—. Pensé que vivías sola en una habitación de los bajos del lado este. Pero, ahora que vas a ser una estrella, debes mudarte al centro. Le hablaré a Ziegfeld y él te adelantará el dinero. *Mais non*, insisto, iremos ahora mismo a ver ese apartamento.

Estaba en el cuarto piso, el mismo que la habitación de Missie en la calle Rivington, pero ahí terminaba el parecido. Ella recorrió el gracioso y amplio apartamento, abriendo la boca con placer.

—Mire esta sala —exclamó—. Está tan llena de luz y con muebles tan hermosos, grandes sofás, mesas de cristal, alfombras suaves, ¡incluso óleos en las paredes! Y el comedor tiene suelo de mármol... y dos dormitorios, guardarropas, un baño de verdad... y oh, una cocina apropiada...

—No demasiada cocina —le advirtió Madame, sonriendo. La pobre niña había estado obviamente privada; incluso un modesto apartamento como este era probablemente lo más fino que había visto en su vida.

Missie entrelazó sus manos contra su pecho, emocionada.

—Debo tenerlo —exclamó—. Debo. Es simplemente perfecto. —Hizo una pausa, recordando también que debía ser práctica y preguntó con ansiedad—: Pero ¿cuál es la renta?

—Ochenta y cinco dólares por semana —dijo Madame, y el rostro de Missie se ensombreció—. Pero quizá podamos conseguir una rebaja, quizás a setenta y cinco.

¿Setenta y cinco? Era todavía mucho dinero, y volvió, a mirar a su alrededor llena de dudas. La pobreza se le había hecho hábito. Sólo hacía unas pocas semanas no tenía un centavo; ahora estaba hablando de apartamentos que costaban ¡setenta y cinco dólares por semana! Pero era adorable y cambiaría por completo sus vidas, sabía que así sería. Era seguro que habría un buen colegio para Azaylee allí cerca y podrían conseguir una criada que la cuidaría de noche cuando ella estuviera en el teatro. Respirando hondo, miró a madame Elise, que estaba esperando la respuesta, y dijo con firmeza:

—Lo tomo.

Madame asintió con vigor.

—Has tomado una decisión con coraje —le dijo—. y por fin has afirmado tu

seguridad en ti misma. Si Florenz Ziegfeld dice que serás una estrella, lo serás. *Et bien*, haré que mis abogados se encarguen de esto, y ahora vamos al salón.

Aquella tarde llegó una canasta de mimbre, dirigida a Verity. En su interior había montones de frutas exquisitas, cada una envuelta en su propio papel tisú: peras, manzanas, naranjas, higos fuera de estación y fresas; había un pavo asado, langosta, espárragos frescos y una enorme caja de chocolates. Asombrada, abrió el sobre y leyó la nota que venía con ella. «Para Azaylee, —decía—, que lo disfrute. Con amor, Tío Fio». Desenvolvió con cuidado el papel tisú donde venía una botella de champaña. Esta vez la nota decía: «Verity, para usted, de mi bodega privada, para su celebración privada. Florenz Ziegfeld».

Era demasiado, pensó Missie, rompiendo a llorar, mirando la nota. De pronto, el mundo parecía lleno de buena gente: gente que se encariñaba con una y la bañaba con amabilidades e impensados regalos. Los terribles recuerdos de Rusia se hundían en su mente y el miedo constante se desvaneció un poco cuando volvió a leer la nota. Ya no se sentía sola. Si ese era el mundo del espectáculo, entonces ya sabía que lo adoraba.

Sintiéndose como Cenicienta, se cambió el elegante traje de color crema por su falda y blusa viejas y luego el chófer de Madame la llevó con la canasta hasta la calle Rivington. Se sentía demasiado avergonzada de permitirle que la cargara por las malolientes escaleras, y, en lugar de eso, llamó a Rosa para que la ayudara.

—Habrà una fiesta esta noche —le dijo a Rosa y a las niñas, mientras ellas miraban excitadas la canasta cerrada, muriéndose por ver lo que contenía—, y todos estáis invitados. Y Meyer también —agregó, mirando a Rosa—, si él lo desea.

—Meyer está en el sindicato esta noche. —Se encogió de hombros—. Es mejor.

Missie estaba radiante y dijo:

—Venid a las siete, Rosa, y traed platos y vasos. ¡Es una celebración!

Tomando la mano de Azaylee, le dijo:

—Vamos, mi amor, vamos a invitar a Zev a nuestra fiesta.

Corrieron de la mano por las calles como si ambas fueran niñas, tropezándose, riendo ante la miserable puerta de la casa de empeño.

Zev alzó la vista de sus registros con sorpresa.

—Hola, señor Abramski —le dijo Azaylee, todavía riendo—. Venimos para invitarlo a nuestra fiesta.

Él miró rápidamente a Missie y ella asintió radiante de alegría.

—Es una celebración —le dijo—. A las siete en mi apartamento.

—¿Qué celebramos, *mathishka*? —le preguntó Azaylee, tironeándole de la falda.

—Os lo diré después —le prometió. Recordó de pronto que no había visto a Zev para disculparse y le dijo con tono de arrepentimiento—: Siento mucho, Zev, lo del domingo. No me gustó faltar a nuestra cita, pero se me hizo tarde en el desfile en Long Island y no pude llegar a tiempo. Quería venir esta noche para disculparme. Pero ahora hay una celebración en lugar de eso.

Le sonrió y él la miró con ojos inescrutables. Le dijo con parquedad:

—No tiene ninguna obligación de verme. Comprendo que esté ocupada.

—¡Oh, Zev! —Deslizó una mano por debajo de la pequeña abertura de la reja de bronce, por donde él pasaba el dinero, tocándolo—. Usted sabe cuánto deseaba verlo. ¿Por favor? Dígame que me perdona, ¿sí? Y, por favor, ¿vendrá a mi fiesta?

Inclinó la cabeza hacia un lado, mirándolo suplicante, y él sintió que renacía. El domingo se había sentado en la mesa especial. Primero pasaron los minutos, luego las horas, consciente de las miradas comprensivas del camarero, y, cuando a las once todavía ella no había aparecido, él pensó que todo había terminado, que el romance que nunca fue había desaparecido para siempre. Y ahora ella volvía, seduciéndolo con su sonrisa, acariciándolo con sus ojos, y él volvía a ser feliz.

—Acepto —dijo, asintiendo con la cabeza.

Missie respiró aliviada.

—Entonces está todo arreglado —gritó, tomando a Azaylee y corriendo hacia la puerta mientras Viktor ladraba excitado—. Hasta las siete —le dijo, cerrando la puerta de un golpe.

Zev cerró temprano aquella noche. Se vistió minuciosamente con una camisa blanca limpia y su mejor chaqueta negra, alisándose su tupido cabello negro y arreglando una corbata azul. Cinco minutos antes de las siete cerró con llave la puerta y partió para la calle Rivingston. Nunca había estado en una fiesta, ni en una *celebración*.

Rosa Perelman abrió la puerta, lo inspeccionó de arriba abajo y le dio la mano con afecto.

—Entre, señor Abramski, estamos todos aquí —le dijo, sonriéndole—, aunque Missie tiene suficiente comida para cincuenta.

Él miró azorado a la mesa cargada de cosas, las coloridas frutas de dulce aroma, las enormes langostas de color rosado y blanco, el pavo, los chocolates y la botella de champaña. Miró a Missie, interrogante.

—Rápido, Zev —le dijo—, abra el champaña, debemos hacer un brindis.

—Quiero pavo —pidió Azaylee.

—Quiero no se dice —dijo Rosa automáticamente—. Por favor, deseo pavo.

—Y yo también —le dijo Azaylee, molesta.

Missie suspiró.

—Esta niña solía tener buenos modales —dijo—, quizá pronto los vuelva a tener.

Zev retiró el corcho torpemente y las niñas gritaron de deleite cuando el vino se volcó en el suelo.

—Rápido —gritó Rosa—, los vasos.

Llenaron los vasos de té, permitiendo que cada niña bebiera un poquito; luego sostuvieron los vasos en el aire, mirando expectantes a Missie.

Ella miró al público, disfrutando el momento.

—Muy bien —dijo—, preparaos para una gran sorpresa. Dos grandes sorpresas... no, tres. Nuestro primer brindis es para el señor Florenz Ziegfeld, que tan

amablemente nos ha regalado esta deliciosa cesta y este maravilloso champaña.

—¡Ziegfeld! —exclamó Rosa—. ¿El verdadero Ziegfeld? ¿Él te ha enviado esto?

—Él ha enviado esto a Azaylee —le corrigió—. Aquí está su nota, vedlo vosotros mismos.

Se agruparon alrededor para mirar, y Rosa le dijo reverente a Azaylee:

—Debes guardar esta nota para siempre, ya que es de un hombre muy famoso y está escrita para ti, «Para Azaylee».

—¿Pero qué dice? —preguntó, espiándola.

Missie rió.

—Dice «Disfruta esto», y eso es lo que vamos a hacer. Más tarde os contaré la historia.

Se sentó a la mesa contenta, con las manos en la falda, incapaz de comer, de feliz que se sentía.

—Fíjate en las niñas —se maravilló Rosa—, comiendo langosta como si hubieran nacido para eso, y suficiente carne como para compensar todos estos años en que no la han tenido. —Saboreó el champaña y dijo, llena de dicha—: Una sola vez he tomado champaña, cuando mi tío vino de Latvia. Lo trajo con él para celebrar su nueva vida. —Ella suspiró y agregó—: Una semana más tarde fue arrollado por un carro de cerveza y jamás consiguió disfrutar de su nueva vida.

—El pavo está delicioso —dijo Zev con amabilidad, rechazando la langosta que Missie le ofrecía.

—La langosta es *traife*, no es comida kosher —le explicó Rosa—, excepto para mí, que no me importa. Yo tengo una visión más reformista.

—Entonces más espárragos —le dijo Missie—, ¡más champaña!

—Pero no nos mantenga en suspenso —le dijo con osadía Zev—. Estamos esperando oír su sorpresa.

—Sí, sí, ¿cuál es la sorpresa? —cantaron las niñas.

Missie sostuvo en alto su vaso y dijo:

—Quiero beber por la nueva corista de Florenz Ziegfeld, Verity Byron. —La miraron, perplejos—. Que soy yo —agregó.

Sus rostros estaban tan asombrados que ella estalló en risas.

—¿No me creéis? Seré la nueva estrella de Ziegfeld. Y ganaré doscientos dólares por semana, «regular como un reloj», eso fue lo que me dijo; y «trabaje o no», eso fue lo que madame Elise dijo. Ella debe diseñar mi guardarropas, del escenario y de calle, aunque espero estar tan ocupada que no tendré mucho tiempo libre.

Ellos la miraban impactados, sin palabras.

—¿Bueno? —preguntó—. ¿Estáis contentos?

—Es maravilloso —exclamó Rosa—, sólo dime que estoy soñando y que mañana me despertaré y encontraré una calabaza en esta habitación ¡y un zapatito de cristal en las escaleras!

—¿Sabes qué? En realidad, creo que fueron mis zapatitos con cintas los que me

dieron suerte. —Missie se volvió hacia Zev y le tomó la mano ansiosa—. ¿Qué opina, Zev? ¿No me va a felicitar?

—Por supuesto —le dijo con calma—, puedo ver que es un estupendo trabajo, y el dinero es diez veces el sueldo de un hombre aquí, en los bajos del lado este. Mazeltov, Missie. Le deseo lo mejor.

Él se tomó su champaña en silencio mientras ella les contaba lo del nuevo apartamento, y para él cada grito de placer representaba como un cuchillo en el corazón. Azaylee subió soñolienta a la falda de Missie, y ella la abrazaba y le acariciaba el rubio cabello, contándole cosas sobre su nueva habitación, tal cual se lo había prometido.

—*Matiushka*, ¿cuál es la otra sorpresa? —le preguntó medio dormida.

—La otra sorpresa es que tú irás al colegio.

—¿Colegio? —Azaylee se puso de repente erguida—. ¡Quiero ir al colegio con Sonia y Rachel!

Rosa suspiró.

—¿Por qué no hablamos de eso más tarde? —sugirió suavemente—. Mientras tanto, yo llevaré a las niñas a la cama.

Sus pequeñas se colgaron de ella, dormidas con la buena comida, los chocolates y la emoción.

—Debo confesar que lamentaré ver que te marchas, aun cuando mi corazón estalla de alegría por ti —le dijo Rosa con tristeza—. Pero has pasado momentos duros, Missie, y mereces esta recompensa.

Zev esperó hasta que se fueron y Azaylee se acurrucó en su cama con el perro a sus pies. Luego vació de un trago su vaso de champaña y dijo:

—Missie, no le pido que considere ahora una cosa así, pero un día quizá, si yo ya no fuera más lo que soy, usted no... podría usted... —No le saldría bien, simplemente no podía pedirle que se casara con él. Dijo en lugar de ello—: ¿Aceptaría... verme? ¿Quiero decir cuando sea una estrella?

Missie lo miró a los ojos con comprensión. Había algo en Zev que la tocaba en lo más profundo: su tristeza, su soledad, la cubierta de amabilidad sin emociones que ella sabía demasiado bien que tapaba heridas incluso más profundas que las suyas. Acercándose, le susurró:

—Sí, Zev, se lo prometo.

Él la rodeó con los brazos y por fin teniéndola tan cerca, casi como si fueran amantes; se sintió pleno de amor hacia ella, supo que la deseaba. Después de dejarla ir, dijo con voz ronca:

—Debo irme. Gracias por invitarme a la celebración, Missie. Le deseo lo mejor en su nueva vida.

Su mirada se detuvo en ella mientras estaba en la puerta y, con un impulso, ella corrió y lo besó.

Él se colocó una mano en los labios, luego sonrió y dijo buenas noches, cerrando

en silencio la puerta.

Missie escuchó los pasos en las escaleras y el sonido de la puerta de entrada que se cerraba. Luego corrió hacia la ventana para observar cómo él desaparecía en la esquina.

Zev se paseó por su habitación toda la noche, en ocasiones tomando el periódico y leyendo y releendo un anuncio. Prometía que un hombre podía hacer una fortuna de la mañana a la noche en la floreciente nueva industria del cine. Decía que la gente se volcaba desde el este para vivir la vida de Riley, en la tierra del sol eterno y de las naranjas; decía que todos tenían una piscina con agua color turquesa y que todas las muchachas eran hermosas. Y que un hombre íntegro con una pequeña suma de dinero para invertir podría ser parte de esa escena, simplemente llamando a ese teléfono.

Miró las palabras que le prometían todo. Sabía que si debía alguna vez ganarse a Missie O'Bryan tendría que ser un hombre diferente, un hombre de dinero, un hombre con control sobre su destino. Y esta era con seguridad la forma de conseguirlo.

A la mañana siguiente, en lugar de abrir su comercio como era habitual, volvió el cartel a «Cerrado» y fue a las oficinas del *Ghetto News* donde colocó un anuncio propio. «Se vende negocio, —decía—, para más detalles, presentarse al señor Abramski, de la calle Orchard».

Capítulo 27

Missie se detuvo en la vereda frente al teatro, mirando la brillante marquesina con sus luces rojas, blancas y azules que anunciaban: «Las Nuevas Follies Internacionales de Ziegfeld». De los Estados Unidos, Fanny Brice. De París, Gaby Delys; de Inglaterra, las hermanas Arcos, y en letras más pequeñas, «Protagoniza nuestro espectáculo, junto con las espléndidas artistas de Ziegfeld, la hermosa Verity Byron».

Ella todavía no era una estrella, pero su nombre brillaba en las luces de Broadway, la gente miraba su fotografía en el frente, y en pocas horas estaría sobre el escenario. Su estómago se encogió ante la idea. Hasta ahora todo había parecido demasiado fácil.

Entonces ella pensó en el dinero y se alegró. Por doscientos a la semana sonreiría con el brillo más intenso, posaría con sus vestidos transparentes de chifón y no le importaría que los hombres mirasen sus piernas y su busto, a medio revelar gracias al arte de las creaciones de Elise.

De todas maneras, los dos meses anteriores habían sido los más despreocupados que había conocido desde que huyera de Rusia hacía casi tres años. Todos la trataban como a un objeto precioso y, para fines publicitarios, también se esperaba que se viera en los restaurantes más elegantes junto con Ziegfeld y sus amigos; ya había tenido una propuesta de matrimonio de un noble inglés de mediana edad, fascinado por su aspecto renovador, característico de otras latitudes.

—Usted es una criatura de un cuento de Scheherazade —le había susurrado, cuando ella le permitió que la acompañara a su casa después de una cena en el apartamento de Imogen Wensleyshire en Manhattan, pero Missie se había reído y le había dicho que su padre era profesor y que Oxford estaba a mucha distancia de Arabia, y eso había apagado el ardor del caballero.

La mudanza al nuevo apartamento fue fácil; no había nada que mudar, sólo ella y Azaylee, el perro y las dos viejas maletas, una con sus pertenencias y la otra con las joyas. Las lágrimas de Azaylee se convirtieron en gritos de placer cuando vio su nueva habitación con la gran cama, vestida con un bonito cubrecama rosado y blanco, y el guardarropa lleno de hermosos vestidos nuevos que Missie le había comprado, y los paquetes de juguetes nuevos que casi había saqueado de las tiendas, desparramando dinero con generosidad y sintiéndose como una princesa mientras les decía alegre: «Envíelos todos, por favor».

Incluso *Viktor* tenía un collar nuevo con una campana de plata y una correa de color rojo, así como también un recipiente de plata para la comida con su nombre inscrito en él. Missie lo llenó con carne de primera calidad y deliciosas galletitas para perros, que él devoró en dos bocados.

La primera noche se había sentido muy orgullosa cuando llegó caminando a su casa; miró la alacena llena de buenos comestibles y se rió en voz alta al pensar que jamás tendría que preocuparse por volver a pasar hambre; miró a Azaylee, que

dormía plácidamente, y le agradeció a Dios que finalmente le hubiera dado un hogar apropiado. Tomó un baño prolongado y lujoso en su hermosa bañera de porcelana. Luego se puso su camisión de seda, cortesía de Madame y pagado por el contrato con Ziegfeld, e inspeccionó las nuevas ropas. Vestidos, chaquetas, trajes, sombreros: todo apropiado para que una dama vistiera en cualquier ocasión. Y se quedó dormida con una sonrisa en el rostro en lugar del usual gesto de preocupación. Se volvió a sentir como una despreocupada joven, libre de problemas, y esta vez deseaba disfrutar como jamás antes lo había hecho en la vida.

A la mañana siguiente, Beulah Bradford había llegado y se había hecho cargo de ellas. Beulah era una bendición disfrazada de viuda de mediana edad, que ya había criado a seis hijos propios y tenía diez nietos que vivían en Georgia. Vestía un immaculado delantal blanco y enormes zapatos abotinados. Se movía por el pequeño apartamento como un barco de guerra a todo vapor.

—Estoy acostumbrada a hacerlo por mis propios hijos —le dijo a Missie—. Hace ya veinte años que trabajo para señoras del mundo del espectáculo. Conozco todas las formas y las horas divertidas que tienen y ninguna de sus historias ha ido a parar a los periódicos por mi boca. Soy la personificación de la discreción, señorita Verity, y estoy verdaderamente encantada de cuidar a la pequeña Azaylee. Me recuerda a cuando los míos tenían la misma edad —había agregado con un suspiro—, antes de que crecieran y se volvieran revoltosos.

En una semana, Beulah se convirtió en parte de la familia y tomó el lugar de Rosa como «tía de la casa». Le preparaba la comida a Azaylee y se la hacía comer, la bañaba, le lavaba y planchaba sus vestiditos; le trenzaba el cabello y todas las tardes la llevaba a ella y a *Viktor* a dar largos paseos por el parque, donde pudieron conocer a otros niños. Azaylee la quería mucho y se divertía a lo grande.

Había dos problemas ahora en la vida de Missie. Uno era que simplemente no había tenido horas libres para ver a Rosa, y el otro, que el dinero parecía escurrirse de entre sus dedos como el agua.

Ziegfeld le había adelantado el sueldo de un mes, para que pudiera pagar el depósito y la renta de su nuevo apartamento; había saldado la deuda con Zev y le pagó a Glanz su chaqueta; le dio a Rosa sus cinco dólares y dejó otros veinte en su bolsillo cuando esta no miraba. Y al recordar haber trabajado por salarios de hambre, insistió en pagarle a Beulah cien dólares al mes más sus uniformes, casa y comida. Incluso a ese precio le parecía que era barata.

—Cuando me aumenten mi salario, así haremos con el suyo, Beulah —le dijo con franqueza—, y es una promesa.

Por supuesto, había suficiente dinero para vivir, pero, de alguna manera, le preocupaba que los doscientos dólares no se vieran como la fortuna que habían parecido hacía unas pocas semanas. En especial, cuando ella descubrió las cuotas que cobraban en los buenos colegios de Nueva York, y que no estaban exactamente deseosos de tener a Azaylee a su custodia. Las sofisticadas solteras que los

administraban habían nombrado a los Astor y Vanderbilt, Biddles y Bradley en su conversación como si fueran papel picado social, la habían mirado con sospecha cuando les explicó que era una nueva integrante de las Follies de Ziegfeld y se mostraron escépticas cuando les presentó a Azaylee como su hermana. Si sólo supieran quién era realmente esta niña, pensó con furia, ¡se morirían por tenerla en sus colegios!

Sólo un colegio, el Beadles, había aceptado tomarla, y Missie supo que era el mejor de todos. Las dos señoritas Beadle que estaban a su cargo eran dos mujeres con los pies en la tierra; venían de Boston y eran simpáticas. Sus propias referencias eran tan impecables como para no tener que hacer alarde de sus alumnos. Por el contrario, todas las niñas vestían las mismas faldas y abrigos grises con sombreros de fieltro de ala ancha para el invierno y de paja para el verano. Todas eran tratadas por igual. El único problema eran las exorbitantes cuotas, quinientos dólares por año lectivo, que se pagaban por adelantado. Ella no tenía el dinero. No le podía pedir a Ziegfeld otro adelanto y, de todos modos, la idea de volver a contraer una deuda la aterrorizaba. Se había prometido a sí misma no volver a deberle a nadie dinero, y tenía la intención de guardar aquella promesa.

Se apresuró a regresar a su casa y retiró la vieja maleta que se hallaba debajo de la cama, sacando el contenido y mirando los diamantes uno por uno, recordando cómo Sofía los retiraba de la tiara con un alfiler de sombrero y luego los vendía en las calles de Constantinopla. Los tres grandes que quedaban brillaban bajo la luz y el cuarto que Zev le había devuelto cuando ella le pagó la deuda estaba todavía envuelto en un trozo de terciopelo. Sabía que él tenía razón. Realmente nadie le creería que eran suyos si intentaba venderlos.

Miró el querido rostro de Misha, recordando cada línea, cada mirada de aquellos ojos grises, cada roce de su mano, preguntándose por qué, cuando ella estaba despierta, él se parecía a un sueño. Sólo en sus propios sueños él parecía real. El prendedor con las cinco plumas de diamantes estaba en el fondo de la maleta. Volvió a acariciarlo con un dedo, recordando la noche en que él se lo había dado. Era su posesión más preciada. Lo miró largo rato, pensando qué hacer. Al final, supo que no tenía otro remedio. El prendedor era una insignificante pieza de joyería comparado con los valiosos diamantes; podría fácilmente inventar una historia, decir que era un regalo enviado por un admirador desconocido. Todo el mundo sabía que las coristas a menudo recibían joyas valiosas, y ella las había visto haciendo alarde con sus trofeos de diamantes recogidos de los admiradores, conocidos o no. Y, de todos modos, había pasado mucho tiempo desde la Revolución y el asesinato de los Ivanoff. Con seguridad nadie estaba interesado en eso ahora.

Pensó en el riesgo durante toda esa noche, recordando que Cartier le prestaba a Ziegfeld los diamantes que ella debía llevar en el escenario. Por la mañana temprano, antes de que pudiera cambiar de idea, se vistió con cuidado con el traje color crema de Elise, se maquilló y eligió un sombrero con una pluma sofisticada que la hacía

parecer una *corista*. Y luego llamó un taxi y le dijo al taxista que la llevara a la Quinta Avenida.

Se paseó indiferente a lo largo de los escaparates de vidrio tapizados de terciopelo de las frívolas y grises galerías de Cartier, deteniéndose aquí para admirar una chuchería de diamantes, allá un collar de perlas, como si a ella no le hubiera importado otra cosa en el mundo que elegir algo delicioso con lo cual adornarse.

—¿Madame? —Un caballero de chaqueta de rayas finas que le sonreía le dijo—: ¿En qué puedo servirla?

Ella le sonrió, desarmándolo.

—Soy Verity Byron. El señor Ziegfeld me informó que me enviarían algunos diamantes para el espectáculo. Me preguntaba si podría verlos primero. —Agregó con duda—: ¿Quizá debería haber venido con madame Elise para que me ayudara? Pero no, creo que con el buen gusto de ustedes serán probablemente perfectos. Simplemente me gustaría dar mi aprobación antes de que se tomara la decisión final.

—Pero, por supuesto, señorita Byron. Es un gran placer conocerla. —Ella se ajustó su sombrero más bajo sobre los ojos, ofreciéndole incluso una sonrisa más radiante, mientras él la miraba con admiración—. Puedo decirle que usted es en todo sentido tan adorable como en las fotografías —le dijo con reverencia—, y que Cartier está honrado de servirla.

Ella se sentó en la pequeña silla Luis XV, golpeteando nerviosamente con los dedos cubiertos con guantes de color crema sobre el mostrador de vidrio, mientras el vendedor se retiraba hacia la caja fuerte de la parte posterior, saliendo pocos minutos después con media docena de cajas forradas de terciopelo.

Las alineó sobre el mostrador, delante de ella, abriéndolas con un gesto ampuloso y mostrándole los collares y brazaletes de diamantes, los enormes aros que sabía que Anouska habría adorado.

—Por favor, pruébeselos —le pidió—. Si el collar no le sienta apropiadamente, justo encima de la clavícula, entonces podemos ajustarlo. Madame tiene unas muñecas tan delgadas que creo que los brazaletes deben ajustarse. Y ¿le gusta a Madame este diseño? ¿El último brazalete serpiente de nuestros talleres de París?

—Magnífico —le dijo, admirándose en el espejo—. Hace que mi pequeña comisión parezca... bueno, una trivialidad.

—¿Y qué es, Madame? —le preguntó, ansioso de complacerla.

Ella dudó un segundo y luego dijo:

—Tengo un pequeño recuerdo, un regalo de un admirador desconocido... —Se encogió de hombros—. Usted sabe cómo son las cosas en el teatro. Es un poco llamativo para mi gusto y, además, no significa nada para mí. Preferiría deshacerme de él, y tengo entendido que lo compraron en Cartier, lo traigo aquí.

—Comprendo, Madame, por supuesto. ¿Puedo verlo?

Ella deslizó el prendedor, envuelto en un pañuelo de seda, sobre el mostrador, y el hombre contuvo la respiración mientras lo miraba.

—Veo, Madame —murmuro—. Sí, es una pieza poco común. Puedo comprender que usted no desee usarla.

Ella lo miró nerviosa mientras lo examinaba minuciosamente bajo la lupa de joyero durante un tiempo que pareció un siglo. Luego dijo:

—Este prendedor data de principios de siglo y fue realizado en nuestros talleres de París para una famosa familia. —Sus ojos la evaluaron por un momento y con delicadeza siguió—: Es una lástima que usted no conozca el nombre del caballero que se lo dio. Es siempre mejor con joyas como estas saber de dónde provienen. Facilita la reventa.

—Lo siento —Se encogió de hombros—. Simplemente no tengo idea. No era importante para mí.

—Por supuesto que no, Madame, por supuesto. Bueno, estoy encantado de decirle que, con la calidad de las gemas y el trabajo de orfebrería de Cartier, esto representa una pieza de colección. Podemos ofrecerle mil dólares por él.

Missie cerró los ojos. Mil dólares. Había esperado como máximo quinientos, suficiente para un semestre de colegio.

—Acepto —dijo, abriendo los ojos y sonriendo.

La transacción se completó en pocos minutos. Después de guardar los diez billetes de cien dólares en el bolso, sonrió agradecida y salió con elegancia del comercio como si caminara en el aire.

Él la observó especulativamente mientras se cerraba la puerta, luego tomó el prendedor Ivanoff y lo volvió a mirar. Después de ir a la oficina, hizo una llamada al extranjero. Cuando finalmente se comunicó, la conversación fue breve.

—Usted nos pidió que le hiciéramos saber inmediatamente, señor, si alguna de las joyas de Ivanoff se ofrecían para su venta —le dijo—. Como coleccionista, creo que usted se emocionará con esta pieza. Sí, señor, es bastante rara. Es un prendedor con la forma del emblema de los Ivanoff: diamantes, rubíes y zafiros, engarzados en platino con una cabeza de lobo de oro. ¿Le gustará? Muy bien, señor. —Escuchó un momento y luego respondió—: Sí, recuerdo que usted lo deseaba saber, señor. Fue una joven quien lo trajo. Una corista de las nuevas Follies de Ziegfeld, llamada Verity Byron. —Sonrió, escuchando, y luego dijo—: En ese caso, lo guardaré aquí para usted, señor, hasta que llegue. Gracias, barón Arnholdt.

Era la noche del estreno y ella llevaba el collar de diamantes de Cartier y los brazaletes serpiente con un vestido de gasa plateada, malla de seda color piel y los zapatos plateados con su firma, sólo que esta vez con imposibles tacones altos. Había ensayado con ellos cientos de veces y practicado sola miles quizás, y todavía sus tobillos se tambaleaban y la inquietaban.

Ziegfeld le había dicho:

—Con toda esta publicidad, vendrán en multitudes para verla, por pura curiosidad. Casi tanto como por Fanny y Gaby, aunque, para decirle la verdad, Gaby no es tan popular como lo era antes. Lástima, es una muchacha adorable. El truco está

en hacerlos esperar. De esa manera su curiosidad será mayor. Por eso aparecerá en la apertura del segundo acto y en el final. Y eso será todo. ¡Voy a racionar sus apariciones hasta que pidan más!

A diferencia de las modelos de Elise, las coristas eran tan amistosas como hermosas: ellas sabían que estaba asustada y la rodearon para darle ánimo mientras se apoyaba nerviosa en su tocador.

—Simplemente colócate donde se supone que debes estar, camina cuando lo debas hacer, y sonríe siempre que lo desees —le aconsejaron—. No hay nada nuevo en eso. Ya lo has hecho cientos de veces.

El gran camarín que compartían estaba lleno de flores. Había ramos para todas las muchachas y las más populares tenían tantos que habían invadido el corredor. Y ella también tenía flores, un enorme ramo de lilas del señor Ziegfeld con una nota deseándole éxito; un ramo de pimpollos de lilas de madame Elise, que le recordaba que era *ravissante* y que se hiciera alta; un ramito de rosas envuelto en papel plateado con el amor de Azaylee y un gran ramo de flores de primavera de Beulah, con el afecto de los buenos deseos.

—¿Qué más puede pedir una muchacha? —se preguntó, sonriendo. Pero en su interior estaba asustada y deseó haberle dicho a O'Hara que estuviera allí para protegerla, ya que hacer eso sola era realmente más duro de lo que se había imaginado. Le había enviado a Rosa y a Zev entradas para el espectáculo, pero estaba preocupada de que no pudieran venir después de todo. Entonces, justo antes de que comenzara, llegó otro ramo de flores. Dos docenas de rosas rojas de tallo largo, con una tarjeta que decía: «*Mazeli* y éxito, con amor, Zev». Ella abrazó las rosas, con una sonrisa. Él no se había olvidado.

Aunque soplaba el viento, arreciaba la lluvia y las veredas estaban llenas de charcos lo suficientemente profundos como para cubrir los zapatos, la calle Cuarenta y Dos y Broadway estaba llena de limusinas y de gente que se quedaba prendada ante las celebridades que llegaban para el estreno de Ziegfeld. Rosa saltó los charcos con experiencia, echándose hacia atrás los mechones de cabello mojado, con el sombrero en la mano mientras se abría paso a codazos. Los revendedores de entradas estaban haciendo un buen negocio en la esquina, vendiendo asientos en los palcos por cincuenta dólares cada uno. Ella observó un momento, notando con cuidado quién ofrecía los mejores tratos, y luego se aproximó a uno y le ofreció su costosa entrada. Hizo un difícil regateo como lo hacía todos los días en la carnicería o en la pescadería. Después de guardarse triunfante los cincuenta dólares, así como también la entrada para un asiento barato, en la parte superior de un palco, puso rumbo hacia el teatro.

Su asiento estaba en uno de los lados del palco alto, pero por lo menos estaba cerca del escenario y sonrió complacida, mirando a la gente que la rodeaba. Eran como ella, estaban mojados y pobremente vestidos, mirando al sofisticado público que se hallaba en los palcos inferiores y en la platea preferencial, ansiosos de

compartir el lujo y la fantasía que sólo las suntuosas extravagancias de Ziegfeld podían ofrecer. Pero, a diferencia de ella, ellos no conocían a la nueva estrella del espectáculo. Ella estaba aquí para ver a Missie y mantenía por ella los dedos cruzados.

Las luces se apagaron y la orquesta terminó la obertura, para tocar los primeros acordes de la nueva canción de Jerome Kern, mientras el suntuoso telón se levantaba sobre una escena de las Mil y Una Noches. El público quedó extasiado. Todo brillaba en bronce, cobre y oro; las bailarinas vestían pantalones cubiertos de lentejuelas doradas y corpiños enjorjados en oro; el califa estaba sentado en un trono de bronce incrustado de joyas con su caftán revestido de oro. Los esclavos parecían estatuas patinadas en oro, sus cabezas adornadas con penachos de plumas. Alfombras orientales y tapicería de varias tonalidades le conferían misterio a la escena, y sobre las luces del suelo un perfume a sándalo y mirra y otras especias orientales impregnaba el escenario.

Rosa contuvo la respiración al igual que el resto; jamás había visto algo así, jamás imaginó un lugar lleno de tal suntuosidad. Estaba embelesada por el mundo de fantasía creado por el genio del señor Ziegfeld, y durante unas pocas horas ella fue la devota esclava del productor. Él le prometía un escape de la tristeza de la realidad y le ofrecía un montón de sueños para recordar. Ziegfeld sabía lo que la gente deseaba y se lo daba, sólo que más y mejor, y hacía una fortuna con ello.

Rosa se rió en voz alta con Fanny Brice y lanzó vivas a las bailarinas Arcos. En el intervalo se sentó tranquila en su silla, estudiando el programa. El nombre de Missie estaba anunciado para la escena siguiente, sólo que ahora, por supuesto, era Verity. Compró una caja de chocolates a un vendedor que pasaba, guardándola con cuidado en su chaqueta para dársela más tarde a las niñas. Luego, juntando nerviosamente las manos, esperó a que se levantara el telón, rezando para que todo saliera bien para «Verity». Después de todo, pensó preocupada, no es más que una jovencita. Volvió a cruzar los dedos, deseando que Missie hiciera lo correcto.

Por fin las luces se apagaron y la orquesta comenzó a tocar una suave y ondulante melodía, rítmica y lenta. El público se inclinó expectante hacia adelante cuando un segundo telón de gasa azul se levantó para dejar ver una escena bajo el agua. Las bailarinas con túnicas de chifón en tonalidades de turquesa y azul profundo ejecutaron una complicada danza alrededor de una enorme concha que estaba en el centro del escenario, mientras que las coristas llevaban colas de sirenas y fantásticos arreglos en las cabezas hechos de rutilantes conchas marinas y se balanceaban en hamacas con forma de bote suspendidas del techo. A medida que la música iba en aumento, la concha plateada se abrió lentamente para dejar al descubierto una enorme perla de color crema. Otro *crescendo* de la música, y la perla se dividió en dos. Allí estaba Missie con velos de gasa plateada, con unas piernas que parecían no tener final, los brazos abiertos, la cabeza echada hacia atrás, el cabello cayendo en brillante cascada hasta la cintura.

«Oohs» y «aahs» de admiración llenaron el teatro. Una luz plateada la iluminó desde una luna de diamante medio escondida detrás de las capas de gasa azul que estaban encima de su cabeza y ella inclinó su adorable cuello y juntó las manos en una súplica. Un grupo de jóvenes con mallas azules y chalecos de gamuza la rodearon, sosteniendo sus manos, y ella echó a andar hacia adelante, flotando con gracia por el escenario hasta una enorme rampa plateada que descendía desde el techo. Mientras pisaba sobre la rampa, se volvió de frente al público, abriendo los brazos, los ojos brillando mientras sonreía, y luego fue conducida por el séquito de jóvenes hasta la luna que colgaba del cielo. El Bolero de Ravel llegó al clímax cuando el telón cayó en un estruendoso aplauso.

Rosa se enjugó una lágrima de sus ojos. Era ridículo, tonto, pero le había encantado, igual que a todos los demás. Todos los que la rodeaban decían que era una de las escenas más espectaculares de Ziegfeld y que Verity Byron era una belleza, alta como un árbol perenne y frágil como el rayo de luna que representaba. Era etérea, sutil, tenía ojos fabulosos, piernas increíbles... Rosa casi no podía contener las ganas de gritar «¡Pero yo la conozco! ¡Es mi amiga! ¡La que está en el escenario es Missie!». No podía esperar a que terminara para ir a saludarla.

El final fue Verity caminando con elegancia por el escenario vestida con un abultado vestido de seda de color violeta como María Antonieta, llevando un enorme abanico de plumas de avestruz y un pequeño perro chihuahua debajo del brazo. El aplauso con que la saludaron fue tremendo. Cuando cayó el telón final, Rosa corrió desde su palco hasta la calle sin detenerse ni un momento, saliendo como un disparo hacia el callejón que conducía a la parte posterior del teatro, sin aliento. No fue la primera; una fila de hombres elegantes con trajes de noche, bufandas de seda blanca y sombreros de seda ya estaban esperando. El portero estaba ocupado pasando pequeñas notas para las muchachas, así como también lo que le pareció a Rosa cajas con joyas.

—Eh, portero —lo llamó, abriéndose paso hacia el frente—, dígame a la señorita Verity Byron que su amiga Rosa está aquí.

El portero la miró con indiferencia y siguió juntando las notas, eligiéndolas con cuidado y guardándose los billetes de diez dólares que de alguna manera se deslizaban en su mano desde las de los jóvenes.

—Eh —volvió a llamarlo enfadada—, usted, el sordo, le he pedido que le diga a Verity que su amiga está aquí. Me llamo Rosa, Rosa Perelman.

Esta vez ni siquiera la miró. Ella apoyó las manos en las caderas de manera beligerante, lista para insultarlo, pero los jóvenes elegantes la miraron con curiosidad y ella no quiso provocar una escena que pudiera avergonzar a Missie. Tendría que esperar aquí hasta que saliera. ¿A menos que...? Después de esperar que el portero estuviera nuevamente ocupado en nuevas transacciones, ella se deslizó por detrás, pasando por la puerta del escenario, y corriendo por el corredor antes de que pudiera detenerla.

—Eh —le dijo a una bailarina que pasaba—, ¿cuál es el camarín de Verity Byron?

—Arriba, tercero a la derecha —le respondió siguiendo su camino.

La puerta estaba cubierta de pequeñas estrellitas plateadas y decía: «Las chicas de Ziegfeld». Cuando se abrió allí estaban todas, las doce, riendo y hablando a la vez, y todas ellas vestidas con vestidos de seda, listas para una fiesta. Missie estaba en el centro, la abrazaban, besaban y felicitaban, profiriendo exclamaciones acerca de una lluvia de notas sobre su tocador y los ramos de flores que llegaban constantemente.

Rosa pensó que jamás la había visto tan adorable. Estaba vestida con un vestido de tafetán rojo, con los brazaletes serpiente de diamantes en los antebrazos, y su adorable cabello estaba sujeto a un lado por hebillas de diamantes. Pero no era el vestido ni los diamantes, pensó, asombrada. Missie no los necesitaba esa noche. La muchacha pobre y bonita de la calle Rivington había adquirido la belleza y el brillo de una *estrella*.

—¡Rosa! —Las otras jóvenes se volvieron para mirar curiosas, mientras Missie se dirigía con prisa a la figura que estaba de pie en la puerta—. Oh, Rosa, estoy tan feliz de que hayas venido. Dime, ¿qué te ha parecido?

Los ojos de Missie buscaron ansiosamente los de Rosa y esta le sonrió.

—El señor Ziegfeld ha cumplido su promesa —dijo—. Ha transformado a Missie O'Bryan en Verity Byron, una estrella. Has estado maravillosa, Missie, simplemente hermosa.

Missie rió; luego su rostro se ensombreció de repente:

—Lo único es, Rosa —dijo incómoda—, que en realidad no hago nada, como bailar, cantar o hacer bromas. Todo lo que hago es quedarme de pie allí a mirar.

—Por doscientos dólares a la semana es suficiente —dijo Rosa con firmeza—. Si Ziegfeld desea que bailes o cantes, que te pague mil.

—Supongo que tienes razón —dijo Missie riendo.

—La entrada la cambié por cincuenta dólares —dijo Rosa—. No podía sentarme junto a los ricachones en el palco vestida así.

—Ohhh. —Missie la abrazó—. Por supuesto, debería de haber pensado en ello.

—No había razón para que lo hicieras —le dijo con delicadeza Rosa—. Debes olvidar todo lo relacionado con la pobreza tan pronto como sea posible. La pobreza no es un buen recuerdo.

—Pero estás tú, Rosa. —Le señaló Missie—. Nunca te olvidaré. Eres todavía mi mejor amiga. Y Zev. —La miró, perpleja—. Pero, ¿dónde está Zev?

—¿No lo sabes? —le preguntó, asombrada—. El carnicero, el panadero, los carros ambulantes, todos hablan de eso. De cómo Zev Abramski vendió su casa de empeño y se fue para Hollywood. Para hacer una fortuna en el mundo del cine. Eso es lo que dicen.

Missie miró las flores que estaban sobre el tocador.

—¿Quieres decir que se ha ido? —le preguntó impactada—. ¿Sin decir nada? ¿Sin siquiera decírmelo? —Se sintió desilusionada, triste... como O'Hara, Zev

siempre había estado allí, se había transformado en parte de su vida, su amigo... y ahora esto.

—Créeme —le susurró Rosa, palmeándole el brazo—, es lo mejor. Un joven como Abramski no es para ti. Y él lo sabía. No dejó dirección. Es mejor que se haya marchado. Olvídalo, Missie, y vive tu vida. Como dice Ziegfeld, «Disfruta».

—Es hora de ir a la fiesta —dijo una de las jóvenes.

Missie miró a Rosa con tristeza y dijo:

—Debo irme. Ziegfeld va a dar una fiesta por el estreno en Rector. ¿Vendrás a visitarme pronto, Rosa? ¿Traerás a las niñas?

Se tomó de su brazo, mostrándose de pronto patéticamente joven a pesar del nuevo aire de sofisticación, y Rosa respondió:

—Vendré cuando me necesites. No te preocupes, Missie, todavía soy tu amiga. — Y, con un saludo con la mano y una sonrisa, desapareció en el corredor, haciéndole un gesto al airado portero mientras pasaba junto a él.

Capítulo 28

Eddie Arnhaltdt estaba sentado en una butaca del pasillo, en la cuarta fila de plateas del teatro Nueva Amsterdam, sintiéndose vagamente irritado por la comedia de Fanny Brice y deseando que Gaby Delys hubiera actuado más tiempo. Pero a la que realmente estaba esperando era a Verity Byron. En el intervalo salió a pasear por el vestíbulo, fumó un cigarrillo turco liado a mano y observó a las damas, pensando que no podían compararse con las alemanas: demasiado delgadas, sin busto, demasiado débiles. Ninguna de las que estaban en ese lugar se podía comparar con su madre cuando era joven, quien, incluso ahora que era mayor, todavía era atractiva. Y fuerte. Eddie sabía lo que le gustaba de las mujeres. Era igual que todos los Arnhaltdt; le gustaban altas, de pechos desarrollados y lo suficientemente fuertes sexualmente como para satisfacer su apetito. Y en Europa había ganado una cierta reputación como el hombre ideal de muchas mujeres.

Cuando sonó el timbre para el segundo acto, apagó su cigarrillo y regresó a su asiento, esperando impaciente la entrada de Verity. Cuando la concha plateada finalmente se abrió, tomó sus prismáticos y la estudió con intensidad. No tenía semejanza con los Ivanoff y tampoco era su ideal, pero, si debía sacrificar en el altar de la familia su tradición en lo que a mujeres se refería, estaba preparado a hacerlo por Verity. Y, de algún modo, no creía que la tarea de seducir a la deliciosa Verity Byron fuera desagradable.

Cuando cayó el telón final, caminó hasta la puerta de al lado del escenario, estudiando de manera arrogante a la multitud de jóvenes que ya esperaban a las muchachas. Sabía que eso no era para él. Haría una aproximación más sutil.

Su Mercedes Benz lo esperaba en el bordillo de la vereda para llevarlo por Broadway hasta una tienda de flores, donde dejó su pedido y luego le dijo a su chófer que lo llevara de regreso al hotel. Una palabra en el oído del botones y un billete de cien dólares en su mano le garantizaban una belleza de la categoría y del estilo que a él le gustaban y el servicio de habitaciones le aseguraba una cena de caviar y carnes cocidas *azul*, como las llamaban los franceses. Eddie prefería la carne casi cruda y las mujeres, salvajes. Esa noche tendría ambas cosas.

A Missie le habían dado un camarín propio. Todas las noches se llenaba de flores y de notas de jóvenes que ella jamás había visto, que le suplicaban que cenara con ellos, comiera o los acompañara a una fiesta. A menudo, recibía un regalo, un bonito anillo de diamantes, un delgado brazalete, un prendedor de zafiros y diamantes con la forma de una herradura de caballo. Siempre aceptaba las flores y devolvía los regalos. Jamás cenaba con ningún hombre al cual no fuera antes presentada.

Había establecido reglas firmes; era una corista de Ziegfeld que se ganaba la vida, no un trozo de propiedad que pudiera comprarse con una chuchería de diamantes. Las otras jóvenes se reían de ella y le decían que estaba loca, que todo formaba parte del juego, pero Missie todavía no podía hacerlo. Además, tenía miedo. Y también estaba

muy ocupada. Estaba tomando lecciones de canto, baile y proyección de voz. Ziegfeld tenía planes para ampliar su papel en las Follies: debía cantar una pequeña canción escrita para ella por Jerome Kern y bailar acompañada por el cuerpo de baile. Si resultaba buena podría hacer una pequeña parte de una parodia.

Sonrió feliz, dejando a un lado los trofeos de la noche para retirarse con crema el maquillaje. Todo estaba saliendo bien. Azaylee estaba feliz en el colegio, aunque a veces las maestras se quejaban de que no prestaba atención.

—Es una soñadora —explicó rápidamente Missie—. A veces se pierde en sus sueños y no sabe dónde está. —Pero donde Azaylee jamás se distraía era en sus clases de baile. Mímica y Movimiento, la llamaban en Beadles, y las niñas corrían con los pies descalzos, con vaporosas túnicas de chifón, piernas regordetas o delgaduchas que surcaban el suelo de puntillas y dando giros mientras la señorita Beadle marcaba los acordes en un Bosendorfer. Pero era Azaylee la que las sorprendía a todas; cuando la música comenzaba, ella parecía estremecerse de emoción hasta que comenzaba a moverse por el suelo de madera, los brazos en arco encima de la cabeza y sus delgadas piernas extendidas en un gracioso salto. Azaylee en movimiento era un poema de gracia e incluso la señorita Beadle decía que debía tomar lecciones de ballet.

De modo que dos veces por semana Azaylee, con sólo seis años, tomaba clases con una bailarina retirada de Broadway en un frío estudio alquilado, en la calle Cuarenta y Dos. Dora Devine le hacía hacer ejercicios en la barra, con sus pequeñas zapatillas de baile de color rosado durante una hora y luego, con zapatos plateados de zapateo, cantaba y zapateaba durante la segunda hora. Después regresaba a su casa, emocionada por el éxito, para practicar sobre el suelo de mármol del comedor, enloqueciendo a todos con el infatigable repiqueteo.

Missie levantó la mirada cuando entró su asistente.

—Otra nota, señorita Verity —le dijo—. Y una flor. Este tipo debe de ser pobre. Sólo con una flor no llegará a ninguna parte.

Verity la tomó. Una sola y perfecta rosa color té y una tarjeta que decía: Barón Edmund Arnhaldt. Nada más, simplemente la tarjeta con su nombre y la rosa. Sonriendo, colocó la rosa en el gran florero de cristal junto con docenas de otras y no pensó más en ella.

A la noche siguiente volvió a enviar una tarjeta y otra rosa, esta vez de plata. Era encantadora y fuera de lo común, y por una vez la guardó, colocándola en un delgado florero sobre su tocador. A la noche siguiente, una rosa de oro, obviamente antigua y valiosa, y ella lanzó una exclamación de sorpresa. A la siguiente, una rosa de pálidos diamantes rosados que brillaba tanto como sus ojos sonrientes. Y esta vez la tarjeta que decía: «¿Me concedería el honor de cenar conmigo esta noche? Soy su devoto esclavo».

Missie dudó. Por una vez se sintió tentada. Luego decidió que no era posible aceptar. Iba en contra de sus reglas. Además, no tenía idea de quién era o incluso de

cómo era. Podría tener noventa años y hablar sólo alemán, por todo lo que ella sabía. Fue hasta la puerta contigua y le preguntó por él a Genny, una de las coristas.

—¡Arnhaltd! —exclamó Genny—. Eddie Arnhaltd. Querida, has ganado el premio mayor. Arnhaltd es rico, rico, rico... podría comprar todos los teatros de Broadway si lo deseara y jamás perder dinero, podría comprar todos los diamantes de Cartier sin siquiera estremecerse. Posee yates y castillos, y es muy atractivo. Todo el dinero proviene de la suciedad y el tizne, el acero y el hierro, es dinero sólido. Verity, estás loca si no vas, por lo menos una vez. Sólo para probar el agua. Quiero decir, después de todo, ya ves que el hombre tiene estilo. ¡Mira cómo se ha acercado!

Missie se estremeció. Eddie Arnhaltd resultaba cada vez más intrigante.

—Bueno —dijo—, quizá por esta vez.

—Bravo —gritó Genny, riendo. Cuando Missie cerró la puerta, Genny volvió a llamarla—: Oh, se me olvidaba. También tiene una reputación terrible con las mujeres.

Su risa persiguió a Missie camino de su camarín, pero no la hizo cambiar de idea. Estaba demasiado fascinada por el misterioso Eddie Arnhaltd.

La imponente limusina negra Mercedes Benz con cristales oscuros estaba estacionada frente al teatro, un chófer uniformado de pie junto al vehículo.

—¿Señorita Byron? —le preguntó, quitándose la gorra y abriéndole la puerta—. El barón la espera en Rector, madame. Me dijo que lo disculpara pero se lastimó una pierna y es doloroso para él bajarse de la limusina. Espera que lo perdone por no estar aquí personalmente, señora.

El chófer hablaba como un loro repitiendo un discurso, y ella pensó, molesta, que parecía que la mantendrían en suspenso todavía un poco más acerca del barón Eddie Arnhaltd.

Rector estaba entre las calles Cuarenta y Tres y Cuarenta y Cuatro, y su sofisticada entrada verde y dorada estaba atestada de gente desesperada por conseguir mesas. El comedor de la planta baja con sus techos altos llenos de espejos y brillantes arañas estaba rebosante y, desde su mesa en un rincón, Ziegfeld observaba cómo Verity seguía al maitre hasta la escalera que conducía a la segunda planta, donde había un segundo comedor y también habitaciones privadas. Se sorprendió de verla allí sola. Después de llamar al camarero, le pidió que averiguara quién cenaba con Verity Byron. Cuando se enteró de quién era, escribió una nota, pidiéndole que se la enviara a ella de inmediato.

Eddie Arnhaltd estaba en la ventana, mirando el movimiento de la calle Cuarenta y Tres. Cuando se abrió la puerta, se volvió para mirarla. Había compensación después de todo: era hermosa, no simplemente bonita, aunque demasiado delgada para su gusto. Sin embargo, sus ojos violetas eran como joyas, su cabello como seda y caminaba como un sueño.

—Debo volver a pedirle disculpas por no ir a buscarla —le dijo, cojeando hacia ella con la ayuda de un bastón de ébano. Le extendió la mano, haciéndola entrar en la

habitación mientras el camarero cerraba discretamente la puerta.

Missie lo miró. Eddie Arnhaldt era atractivo, alto y arrogante, con pálidos ojos azules y cabello rubio peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente amplia.

De pronto, se dio cuenta de que estaban en un comedor privado y entonces dio un paso hacia atrás, hacia la puerta.

—Pero no puedo cenar con usted a solas —exclamó impactada.

Él negó con la cabeza, sonriendo.

—Nuestra mesa ya está preparada en el cuarto contiguo, señorita Byron. Simplemente pensé que usted preferiría nuestro encuentro inicial en privado, en caso de que deseara cambiar de idea. —Sonrió—. Y en caso de que yo no satisficiera sus expectativas. Después de todo, es la primera vez que usted me ve.

Ella lo miró, aliviada. Realmente era muy atractivo, de rostro delgado y labios firmes, ágil y en forma, con un aire de hombre seguro, en control de sus emociones. Y de su vida.

—Oh —dijo, sonriendo consideradamente—. Creo que puedo tolerar cenar con usted.

La tomó del brazo de manera cortés mientras caminaban hacia la puerta.

—En ese caso —le dijo, volviendo a sonreír—, ¿nos reunimos con los otros comensales?

Ella observó ansiosa a los camareros que lo ayudaban con su silla, consciente de las curiosas miradas desde las otras mesas.

—No es nada realmente. —Restó importancia a su herida—. Me estiré un ligamento jugando ayer al polo. El caballo quería ir hacia un lado y yo hacia el otro. —Sonrió—. Yo gané, por supuesto, pero tuvo su precio.

Missie lo miró a través de la mesa, fascinada. Media docena de camareros revoloteaban a su alrededor ansiosos por complacer sus más mínimos deseos.

—Me he tomado la libertad de ordenar el menú. Me gusta saber por anticipado lo que voy a comer para poder elegir el vino. Soy, a todo esto, un conocedor de vinos, y mi bodega en casa, la Haus Arnhaldt, posee doce mil botellas, cada una de una viña excelente. Espero que sepa apreciar el buen vino, señorita Byron, ya que esta noche tomaremos uno de los mejores.

Ella movió la cabeza y él prosiguió:

—Incluso con la Prohibición, parece que todos continúan bebiendo normalmente. —Se encogió de hombros, mostrando desprecio—. Por supuesto, una idea ridícula. Si un hombre desea beber hasta emborracharse, entonces debería permitírsele hacerlo. Y si desea saborear el néctar hecho por el hombre a partir de una humilde uva, entonces no se le debería negar ese placer.

Un camarero se aproximó y excusándose dijo:

—Una nota para usted, señorita Verity.

Ella la abrió, leyó rápidamente, luego miró a Arnhaldt, sorprendida.

—¿Está todo bien? —le preguntó con un toque de impaciencia.

—Oh, sí, sí... muy bien, gracias. Es simplemente que el señor Ziegfeld me vio entrar y deseaba saludarme. —Se ruborizó. Por supuesto que no era cierto. Lo que la nota decía era: «Verity, cuidado». Ella se preguntó qué significaría.

El barón se inclinó sobre la mesa y le dijo con calma:

—Debo decirle, señorita Byron, que no he dejado de pensar en usted desde la primera vez que la vi, hace cuatro noches, sobre el escenario del teatro Nueva Amsterdam. No es mi costumbre; soy un hombre ocupado. Estoy en Nueva York por negocios, pero no he podido quitármela de la cabeza. He conocido muchas mujeres en mi vida, pero no ha habido una por la que sintiera de inmediato lo que siento por usted. Usted no era una simple estrella para esa luna de diamante del escenario, señorita Byron, usted era mucho más hermosa que la verdadera.

Missie se mordió el labio, ruborizándose con modestia. Nadie le había dicho cosas como esas y ella no sabía qué responder, pero en su interior se sentía encantada. Se preguntaba si todos los romeos de la puerta del escenario hablaban de esta forma o si él era sincero.

—Gracias, barón —le dijo, fijando los ojos con pudor en el mantel de damasco—. Es muy amable de su parte.

Él rió, mientras los camareros los rodeaban trayendo fuentes de plata, y dijo:

—No soy amable, señorita Byron, simplemente sincero. —El camarero sirvió un vino pálido y él lo probó, asintiendo con aprobación—. Quiero que pruebe esto —le dijo, mientras el camarero le llenaba la copa—, y dígame si no es néctar de los dioses.

Ella tomó un sorbo y sus ojos se abrieron de placer; era delicioso.

Mientras comían, el barón le habló de su vida, de su abuelo, que había tenido unos comienzos humilde, cómo había perdido a su padre cuando se hundió el *Titanic*, y cómo él se había casado a los veintitrés años, sólo para perder a su esposa en un accidente de barco en las costas de Dalmacia, hacía ya tres años.

—Mi familia parece signada por la mala suerte —dijo finalmente—, pero por lo menos yo tengo un hijo, Augustus, Augie. Ahora tiene catorce años, está en un colegio internado y es un verdadero Arnholdt. —Sus ojos azul hielo la miraron, mientras ella lo observaba fascinada—. Pero hábleme de usted —le sugirió—, de dónde viene, su familia.

—No es nada como lo suyo —le dijo, hablándole rápidamente de Oxford y de su padre. Él la miraba, perplejo, y ella le dijo—: Usted probablemente se pregunta cómo llegué a Nueva York y a ser una corista Ziegfeld. Yo... nosotras... estábamos de vacaciones cuando de pronto mi padre murió. Tuve que encontrar trabajo para mantenernos yo y mi pequeña hermana.

—¿Su hermana?

—Azaylee. Ahora tiene seis años y va al colegio de las señoritas Beadle.

Él asintió:

—¿Y es tan hermosa como usted?

Missie rió.

—Todos hacen esa pregunta y la respuesta es siempre la misma. No, no lo es. Es mucho, mucho más hermosa. Tiene el cabello dorado y los ojos como pensamientos, es simplemente... un sueño de criatura.

Sus ojos la observaron mientras tomaba vino.

—Obviamente la quiere mucho.

—Azaylee es toda mi familia —respondió con calma.

—Me gustaría conocerla —le dijo—. Mi yate, el *Ferdinand A*, está anclado aquí en el Hudson. ¿Me harían el honor usted y Azaylee de pasar el domingo conmigo? Podemos salir a navegar, comer... —Se inclinó hacia adelante, mirándola a los ojos—. Por favor, diga que sí —le susurró.

Sus ojos la devoraban, pero ella no estaba segura. A pesar de su encanto, había algo en él que la intimidaba. Quizá su aire de superioridad con respecto a los que estaban por debajo de él. Había notado que nunca miraba a los camareros, simplemente esperaba que estos se apresuraran cuando él chasqueaba los dedos. Pero ella probablemente estaba siendo demasiado dura con él. Era un hombre nacido en la riqueza y no acostumbrado a tratar a la gente común. La vida en su nivel debía de ser como lo fue la de Misha, aunque ella jamás vio a Misha tratar a un sirviente con algo que no fuera cortesía. Y aun así era tan atractivo y sus ojos tan suplicantes, casi acariciantes.

—Acepto —asintió sin aliento, diciéndose a sí misma que, después de todo. Azaylee lo disfrutaría. La nota de Ziegfeld cayó sin ser vista al suelo cuando ella abandonó la mesa, ruborizándose y sonriendo, y todas las cabezas se volvieron para verlos irse.

Camino a casa, él se mantuvo apartado a un lado de la limusina, observándola mientras ella charlaba sobre Azaylee y sobre su vida como corista. Estaba exultante, viva, llena de una nueva emoción.

Cuando el automóvil se detuvo frente a su apartamento, él se inclinó y le tomó la mano.

—¿Hasta el domingo entonces? —le dijo, rozando levemente sus dedos con los labios.

—Hasta el domingo —le prometió, estremeciéndose con aquel contacto.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, el apartamento estaba lleno de rosas de tallo largo color crema y su perfume le provocó a Beulah la fiebre del heno.

—No he visto tanto polen desde mi infancia en Georgia —le dijo, frotándose los enrojecidos ojos—, pero, sea quien fuere, señorita Verity, está seguramente prendado de usted.

El domingo, apareció la limusina para conducir las hasta el muelle del río Hudson y al *Ferdinand A*, un largo yate de mar de alrededor de 50 metros, con gran velamen, cubiertas de teca y brillantes barandas de bronce. El capitán y la tripulación de veinte personas estaban alineados para saludarlas y Eddie Arnholdt las esperaba en un salón lleno de rosas de color crema.

Missie se echó a reír, mirando asombrada a su alrededor.

—¿Pero dónde las consigues? —Le preguntó—. Las floristerías de Manhattan se deben de haber quedado sin ellas.

—Ya lo creo —respondió—, estas son de Washington, traídas esta mañana por ferrocarril. —Sus ojos la miraron—. Especialmente para usted —agregó con calma.

—*Matiushka*, esto es maravilloso. —Azaylee corrió hacia el interior del salón, deteniéndose de inmediato cuando vio al barón.

—Esta es mi hermana, Azaylee —le dijo Missie, echándole una mirada de advertencia para que cuidara sus modales—. Saluda al barón Arnholdt, Azaylee.

—Hola —le dijo con vergüenza—. Gracias por invitarme a su barco. Es muy bonito. ¿Vamos a salir pronto a navegar?

Él la miró pensativo.

—Cuando tú quieras, pequeña —le dijo—. Simplemente dile al capitán que estamos listos y nos pondremos en marcha.

Se pusieron en la baranda, observando cómo el gran yate se alejaba por el Hudson hacia el océano. El aire era suave, una simple brisa marina, y Missie se recostó en su sillón con los ojos cerrados, sintiéndose feliz y relajada. Se preguntaba con culpa qué pensaría O'Hara si la pudiera ver ahora. Pero O'Hara estaba muy ocupado en esos días, viajando por el país, «ampliando sus negocios», decía. Además, todavía pensaba que trabajaba con madame Elise. Fue bueno que no pisara Broadway, pues así se habría enterado de que ella lo había engañado. Pensó en Zev, preguntándose dónde se había ido. Echaba de menos las noches del domingo en el café ucraniano. Y también era raro que lo echara de menos a él. Sólo le quedaba Rosa, estaba impaciente por contarle cosas acerca de Eddie Arnholdt, ya que era el hombre más atractivo y encantador que jamás había conocido.

El día tranquilo y soleado transcurrió como un sueño. El barón pasó la mayor parte del tiempo con Azaylee, mostrándole cómo funcionaban las cosas, tratándola como a un adulto durante la comida. Luego ellos holgazanearon en cubierta, observando los puertos a través del gran telescopio y admirando los barcos que pasaban hasta que, finalmente, agradablemente fatigados, regresaron a la costa. Missie se apoyó sobre la baranda de la cubierta con Eddie a su lado, observando la luna llena que salía en el horizonte, y él le dijo con calma:

—Jamás olvidaré la primera vez que la vi, pero ahora estoy conociendo muchas otras facetas. He disfrutado del día de hoy, Verity.

Ella deseó que él le tomara la mano mientras se miraban con deseo o incluso que la besara, pero no lo hizo. Mientras se alejaba en su limusina, se dio cuenta de que no había dicho nada de verla el día siguiente.

Ziegfeld le preguntó sobre Arnholdt, y ella le dijo con entusiasmo que todo estaba bien. Eddie había sido una deliciosa compañía. Incluso la había invitado a pasear con su hermana. Él asintió bruscamente y dijo:

—Bueno, recuerde lo que le dije al principio, cuídese.

No volvió a saber nada de Eddie el lunes ni el martes, y cuando finalmente él le envió una nota el miércoles pidiéndole que cenara con él, ella se sintió plena de alivio y felicidad. Enviaría un automóvil para buscarla, le decía, y él la esperaría en Rector. Esa noche se vistió con especial cuidado con el vestido de tafetán rojo, medias de color carne y zapatos de tacón alto también de color rojo. Se peinó el cabello hacia un costado y lo sujetó con las estrellas de diamante de Cartier, se pintó los labios con Violette Elise y se puso el perfume especial de Elise, con fragancia a lilas. Mientras verificaba su aspecto en el espejo, supo por primera vez que se vestía para complacer a un hombre.

Apuró el paso por el vestíbulo de Rector, siguiendo al camarero arriba, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Y esta vez, cuando él la introdujo en el comedor privado, ella no opuso objeción.

Eddie la miró con cuidado cuando entró. Se veía adorable con aquel vestido, un bocado tentador, aunque algo escaso para un hombre con tal apetito. Le sonrió, recordando su deber. Y ahora sabía que estaba justificado.

—Verity, esta noche está maravillosa —le dijo reverente.

Ella sonrió, mirando nerviosa la mesa servida para dos.

—Espero que no le importe —le dijo—. Esta vez necesito estar a solas con usted. Por favor, le ruego, no me diga que no. Debo hablarle. —Sus ojos la atraparon e instintivamente ella se adelantó hacia él—. A solas —agregó con calma.

Cojeando, fue hasta el cubo de hielo que contenía el champaña y sirvió las copas.

—Un brindis por sus hermosos ojos —le dijo, juntando los talones y haciendo una breve reverencia. Luego tomó un pequeño paquete de la mesa—. No puedo esperar a que lo abra —le dijo, mirándola a los ojos.

Ella lo miró, sonriendo con sorpresa.

—Adelante —la apremió—, por favor, ábralo.

Ella retiró las cintas y el papel, abriendo la boca de asombro cuando vio el collar de diamantes y rubíes, que hacía juego con los pendientes y dos brazaletes colocados sobre terciopelo borraño.

—El juego es una reliquia de los Arnholdt —le dijo con calma—. Deseaba dárselo, Verity, ya que le pido que sea mi esposa.

Ella cerró los ojos, anonadada.

—Pero casi no nos conocemos —le dijo con asombro—. Sólo nos hemos visto un par de veces...

—¿Importa eso? —le preguntó con delicadeza—. ¿Debemos encontrarnos mil veces para saber lo que sienten nuestros corazones? Tengo treinta y ocho años, Verity, me he enamorado una docena de veces y habré amado otras cien de forma casual. Créeme, conozco la diferencia. Y cuando un rayo te cae, o como en este caso —sonrió— un rayo de luna, entonces no hay tiempo que perder.

—Pero yo... —comenzó ella.

Él levantó una mano para detenerla.

—No soy hombre que acepte un no por respuesta —le dijo con rudeza—. Ven aquí, Verity, acércate.

Hipnotizada, avanzó hacia él.

—Más cerca —le dijo.

Ella estaba próxima a él y entonces la rodeó con sus brazos y su boca descendió sobre la de ella, aplastándola con pasión. La sostuvo contra sí, pero ella no deseaba escapar ni gritar. Todo lo que deseaba era que la siguiera besando.

—Ahora —le dijo, levantándole el rostro y mirándola con triunfo en los ojos—, ahora dime que me deseas tanto como yo a ti, Verity Byron. Dime que serás mi esposa.

—Lo seré —le prometió, cerrando los ojos mientras la boca del barón reclamaba nuevamente la de ella—. Oh, lo seré.

Capítulo 29

Hollywood

Zev estaba sentado en la galería del hotel Hollywood, abanicándose con un ejemplar del *San Francisco Examiner*. Eran las nueve de la mañana. En el límpido calor del desierto las montañas parecían recortes de cartón pegados contra el profundo azul del cielo y las calles polvorientas, más allá de los canteros de flores, parecían la Main Street de un pueblo de los Estados Unidos. De vez en cuando, un automóvil pasaba y él podía ver a lo lejos la gran arboleda naranja de Hollywood y Vine. Había pensado que venía a la capital del mundo de la sofisticación y terminado en un pueblito.

Miró su reloj. A las diez debía encontrarse con el señor Mel Schroeder para discutir su inversión en la nueva compañía de películas de Schroeder. Bebiendo jugo de naranja, abrió el diario, mirando los titulares y las fotografías de la primera página. Se detuvo ante un rostro familiar.

«Verity Byron se casa con el Rey de los Armamentos», anunciaba el título encima de la fotografía de Missie, que se veía etéreamente hermosa del brazo de un hombre de aspecto prusiano, alto y sin sonrisa.

»La corista y ex modelo de Elise, Verity Byron, que ha causado sensación en su primera aparición en el escenario esta temporada, se casó ayer con el barón Edmund Arnholdt, multimillonario del acero y de la industria de armamentos, en una ceremonia privada en Berkeley Crest, la casa palaciega de Long Island, propiedad del señor y la señora Florenz Ziegfeld. La señorita Byron estaba radiante con un traje de seda georgette de color crema diseñado por Elise, la falda tulipán con rosas de seda en la cadera y mangas amplias. Llevaba un ramo de sus rosas favoritas, color crema, y sus anillos eran de diamantes de siete quilates con un solitario de diamante cuadrado, ambos creación de Cartier. La acompañaba su hermana, Azaylee, de seis años, con vestido rosado de tafetán, que llevaba en su mano un ramo de violetas.

»El traje de la novia fue diseñado por su ex empleadora, madame Elise, cuyos zapatos con cintas atadas con lazos la hicieron famosa. Los regalos del novio para la novia incluyeron una reliquia familiar que consistía en un juego de collar, pendientes y brazaletes de diamantes y rubíes, y un anillo. La novia le compró a su esposo una cigarrera de Cartier, especialmente diseñada para los cigarrillos turcos que fuma, con una inscripción en diamantes.

»Después de la ceremonia, el señor y la señora Ziegfeld (la famosa actriz Billy Burke) sirvieron una comida, y la casa estaba llena de rosas de color crema para conseguir las cuales, se dijo, el flamante esposo saqueó todas las floristerías de la Costa Este.

»La feliz pareja partió ayer de luna de miel en el *RMS Majestic* hacia París. La

nueva baronesa ha dejado el escenario para dedicarse al hogar en la famosa Haus Arnhaltdt de Alemania.»

Zev bajó el periódico con manos temblorosas. Una profunda rabia lo embargaba, la rabia de un hombre olvidado para siempre, engañado para siempre. Había llegado tarde. Missie se había casado con su millonario y él no volvería a verla jamás. Ella era a la única persona por la que se había interesado, la única a la que le había abierto su alma, la única a la que amaba.

El calor de la furia se desvaneció, dejándolo frío como el hielo. Su boca dibujó una línea firme mientras se decía que la quitaría de su mente, de su vida. Desde ahora sólo pensaría en él. La ambición se sacudía en su interior. Si no debía tener amor, entonces tendría éxito. Pensó en su reunión con Schroeder, el hombre que lo miraría con su traje negro de prestamista y pensaría que estaba frente a un chupasangre. Bueno, se habría equivocado. Zev Abramski tenía ahora el control de su vida. Era dueño de su destino y nadie volvería a burlarse de él.

Nueva York

O'Hara recorrió el salón tenuemente iluminado y tomó las dimensiones. Estaba muy bien, pensó, lo suficientemente pequeño como para ser exclusivo y lo suficientemente grande como para dejar ganancias. Había un escenario para la banda en uno de los extremos y una pista de baile circular que planeaba cubrir con vidrio debajo del cual colocaría las luces. Había espejos que giraban en el techo y el suelo subía en tres desniveles, cada uno con pequeñas mesas. Por supuesto, necesitaba alegrarse con un nuevo esquema de colores, quizá blanco y negro para realzar los coloridos vestidos de las mujeres, alfombras y manteles negros, cortinas de lame plateado. Sí, un poco de brillo sería grandioso.

Se detuvo en el centro de la pista de baile, con las manos en los bolsillos, imaginando el salón con su nuevo aspecto, lleno de los sonidos del jazz que tocaría la banda y los corchos de las botellas de champaña que se abrirían, a veinticinco dólares cada una, y la risa linda y salvaje de las mujeres. Ese suelo sobre el que estaba de pie estaría lleno de gente que bailarían los últimos pasos de moda, y los hombres pagarían para tener el privilegio de pertenecer a King O'Hara.

Asintió con la cabeza, satisfecho, y el agente inmobiliario que estaba junto a la puerta respiró con alivio.

—Firmaré el arrendamiento —le dijo O'Hara—, pero no al precio terrible que usted me pide. Está demasiado lejos del centro. Ni siquiera el explotador más grande de Broadway le va a pagar todo ese dinero.

O'Hara había hecho sus cálculos. Sabía exactamente lo que debía cobrar: veinticinco dólares una botella de whisky y diez por cerveza. Incluso cobraría dos dólares por una jarra de agua del grifo. Tendría cigarreras que venderían baratijas y

recuerdos, muñequitas de juguete y prendedores, a cinco dólares, y cualquier tipo que no le comprara uno a su chica sería un miserable.

—Hablamos de Harlem aquí —le dijo al nervioso agente—, y estoy siendo razonable cuando le digo que le pagaré un veinticinco por ciento menos de lo que usted pide.

El hombre tragó saliva y asintió.

—Muy bien —le dijo—, trato hecho.

—Y será por diez años, no por cinco —agregó O'Hara, mientras caminaban hacia la puerta.

El hombre se sobresaltó.

—Ah, vamos, señor O'Hara —le dijo.

O'Hara se encogió de hombros.

—Tómelo o déjelo.

—Lo tomo —le dijo el hombre, mirando ceñudamente y golpeándose el sombrero sobre su cabeza—. Tendré el contrato listo para mañana.

—Claro, y todo estará bien. —O'Hara sonrió mientras lo miraba alejarse. Volvió a la vereda y miró la fachada del club nocturno. Ya podía ver el cartel: «King O'Hara», en verde trébol, su color favorito. Caminó con desenvoltura por la vereda, con las manos en los bolsillos y una sonrisa en el rostro. Por fin sería dueño de su propio negocio. Ya se había cansado de hacer envíos de licor a los hermanos Oriconne, proveyendo sus clubes nocturnos y restaurantes, haciendo todo el trabajo y corriendo todos los riesgos, siendo él quien daba la cara, mientras ellos ganaban el dinero. Sabía cómo operaban: tenía todos los contratos y conocía el negocio como la palma de su mano. Y, después de todo, no era tan distinto de como había administrado su bar de la calle Delancey, sólo que esta vez esperaba hacer una fortuna.

Después de tomar un taxi, pidió que lo llevara a una fiambrería de la Sexta Avenida. Comería algo y quizá visitaría a Missie. No la había visto en un par de meses, tan ocupado había estado viajando a Chicago en los negocios de Oriconne, pero suponía que ella había estado también ocupada. Le había dicho que madame Elise le exigía mucha dedicación a sus modelos. Él la había echado de menos, pero lo estaba haciendo a su manera, esperando el año que le había pedido, y al final él sabía que tendría su recompensa. Para entonces sería un hombre rico, también famoso, probablemente, como dueño de King O'Hara, y ella sería su esposa; la reina para un rey.

Se sentó en un reservado, pidió pastrami sobre pan de centeno y un agua tónica. Sacó un cuaderno y anotó unos números, sonriendo cuando sumaba. Bebió su agua, esperando el pastrami, recogiendo por casualidad un periódico que estaba sobre la mesa. No era un hombre que acostumbrara a leer, ya que estaba demasiado ocupado para eso, pero echó una mirada despreocupada sobre él y casi se atragantó con el agua tónica cuando vio la fotografía de Missie en la primera página. Leyó

rápidamente el informe, casi sin creer lo que allí decía.

—Por Jesús —rugió con rabia, mientras barría de la mesa todo lo que en ella se encontraba. Después de arrojar un par de dólares sobre el mostrador, salió del negocio y tomó un taxi para ir al apartamento de Missie.

—Se ha ido, señor —le dijo el portero presumidamente—, ella y la niña. La criada se marchó también. Todas. A Alemania. Se ha casado con un millonario —agregó con una sonrisa—, como todas las buenas coristas.

¿Su virtuosa Missie una corista? ¡Y él debía de ser el único hombre en Nueva York que no lo sabía! O'Hara caminó por Broadway hasta el teatro Nueva Amsterdam, ardiendo de furia. Los obreros, de pie en las escaleras, bajaban el nombre de Verity de la marquesina, pero su fotografía todavía estaba junto a la de las otras.

O'Hara la miró durante un rato. Las lágrimas le nublaban los ojos y hasta sentía un dolor físico. Missie le había prometido darle una respuesta en un año. Ella lo había prometido. Y ahora lo había engañado, trabajando como corista y escapando con un millonario. Su muchacha, su amor. Si hubiese estado ahí en ese momento, la habría estrangulado con sus manos. Él mismo se habría ahorcado por Missie O'Bryan.

Eddie había reservado dos camarotes en el Majestic, uno para él y Missie, y el otro para Azaylee y su niñera, Beulah. Se sentía complacido con su flamante esposa cuando subieron al barco; ella estaba no sólo hermosa, sino que parecía una verdadera dama con la elegante chaqueta de color violeta con cuello de marta cibelina, creación de Elise. El camarero los llevó a sus habitaciones y ella dio vueltas alrededor de los muebles con placer.

—Es maravilloso, Eddie, simplemente maravilloso —gritó, corriendo de habitación en habitación, contándolas—. Una sala de estar, dos dormitorios, dos vestidores, dos baños. —Estaba emocionada como una niña, y los ojos de Eddie la miraban con especulación mientras la estudiaba; quizás esta noche fuera más interesante de lo que él había pensado, después de todo. Miró su reloj. Debían partir con la marea de las seis y la cena de la primera noche sería temprana e informal. De pronto, sintió que no podía esperar que todo eso terminara para tenerla en la cama con él.

Azaylee tocó a la puerta, luego entró corriendo con Beulah pegada a sus talones, tan emocionada como Missie.

—¿Sabías que hay un paseo para los perros en la cubierta superior? —le preguntó—. ¿Y un poste especial para ellos y perreras? Missie, podríamos haber traído a *Viktor*, después de todo.

—Querida, *Viktor* es demasiado viejo para seguir viajando —le respondió con delicadeza—. Está mucho mejor con Rosa. Sabes que ella lo cuidará. Además, lo veremos a menudo. Eddie dice que tiene muchos negocios aquí y que cruzaremos el

Atlántico constantemente.

—¿De verdad? —El rostro de Azaylee se iluminó, pero dijo con tristeza—: Lo voy a echar mucho de menos, *matiushka*.

Missie la sacó a cubierta. Observaron durante un rato cómo los remolcadores sacaban el barco del amarradero y Manhattan se desvanecía en la distancia, y sintieron cómo la cubierta rodaba debajo de sus pies cuando el Majestic salió a mar abierto.

Missie no pudo evitar recordar la última vez que había estado en la cubierta de un gran barco, hacía cuatro años, esperando la aparición de una gran ciudad y preguntándose qué nueva vida le esperaba allí. Ahora dejaba atrás a Sofía, enterrada en una tierra extraña; y a su amiga Rosa, que se había transformado en un ser tan querido como Azaylee, y a los dos hombres que la habían ayudado y dado empuje. Pero se había casado con un hombre por el que estaba enloquecida, y por fin Azaylee tendría el tipo de vida que le correspondía por nacimiento. Supuso que Misha habría estado orgulloso de ella. Aun cuando se había casado con Eddie, ella sabía que él siempre sería su primer y verdadero amor.

Cenaron tranquilos, solos en una de las mesas que estaban en un rincón del enorme comedor de gigantesca escalera por donde la sociedad y las celebridades bajaban con estilo, deteniéndose en la parte superior, para que todo el mundo pudiera verlos. Eddie sirvió vino con mano libre y después dieron un paseo por la cubierta, deteniéndose y riendo mientras el mar rugía. Él la rodeó con un brazo, echando una mirada a su reloj.

—Se está haciendo tarde —dijo, dirigiéndose hacia los camarotes—. ¿Vamos?

Las camareras habían deshecho las maletas por ella y Beulah había acomodado todo de la forma en que a Missie le gustaba; sus cremas faciales y el maquillaje en brillantes tarros de cristal estaban sobre el tocador junto con cepillos de mango de plata y un frasco del perfume Elise. Sus hermosos vestidos nuevos estaban cuidadosamente colgados en el guardarropa, los sombreros en las cajas de color lila sobre los estantes, y sus adorables zapatos alineados en filas debajo. Un maravilloso abrigo de visón, regalo de bodas de Elise, estaba guardado en una bolsa especial, y la caja que contenía las joyas, en la caja fuerte del vestidor. «Soy rica, —pensó, asombrada—. Puedo tener lo que desee, hacer lo que desee. Como Anouska. Sin embargo, lo único que ella deseaba era a su flamante esposo, que la esperaba impaciente en el dormitorio».

Después de quitarse la ropa, se bañó y se puso uno de sus camisones. Elise se había esmerado con este, de pura seda blanca crêpe-de-Chine, con un escote por delante y la espalda hasta la cintura, adornado con encaje. Se cepilló el cabello hasta que brilló, dejándolo caer hacia adelante sobre sus pechos semidesnudos. Luego, colocándose una bata de cama que hacía juego y las chinelas de satén, caminó lentamente hacia el dormitorio.

Eddie estaba sentado en el sillón con una bata de seda de color azul y pijama que

armonizaba, leyendo el periódico.

Levantó la mirada cuando ella entró, luego entrecerró los ojos y un débil rubor cubrió sus mejillas.

—Mi querida Verity, estás... encantadora —le dijo con calma.

Apagó la luz, dejando sólo una junto a la cama.

—Ven aquí, hacia mí —le dijo, cruzando por la habitación y tomándola en sus brazos.

Sus besos rudos le quitaron la respiración. Eran diferentes a los besos que antes había recibido. Eran urgentes, exigentes.

—Por favor, por favor, Eddie —murmuró, ahogada cuando él por fin quitó su boca de la suya—. ¡No me dejas respirar!

Riendo, la llevó a la cama, quitándole la bata y los tirantes de encaje de los hombros, hundiendo el rostro en sus pechos. Missie se estremecía en sus brazos, sin saber cómo se hacía el amor.

—Eddie, tendrás que enseñarme, decirme qué hacer —le susurró, acariciándole su suave cabello rubio.

—Quítate, el camisón —le ordenó, mientras se puso de pie y se quitó la bata.

Ruborizada, hizo lo que le pedía, y se quedó sentada en el borde de la cama, con sus manos entrelazadas sobre el regazo.

—Eso está mejor —le dijo en una especie de gruñido, empujándola sobre la cama. Y entonces se echó encima de ella y hundió sus dedos con crueldad, mientras Missie gemía de dolor.

—Eso es —gritó excitado—, me gusta que gimas. —De pronto, la penetró, una y otra vez, más y más duro, y ella gritó de dolor. Le suplicaba que se detuviera, mirándolo a través de las lágrimas. Pero los ojos de Eddie estaban cerrados, su cabeza echada hacia atrás, su rostro en una mueca de dolor y éxtasis, mientras llegaba al clímax y quedaba sobre ella, respirando pesadamente.

Después de unos momentos se levantó. Sin siquiera mirarla, fue hasta el cuarto de baño y cerró la puerta. Ella oyó el sonido del agua cuando abrió la ducha y entonces volvió a cerrar los ojos, asombrada. Se preguntó si eso era hacer el “amor”, y si era así, cómo la gente podía llamarlo amor. Y cómo podía alguien disfrutar de eso, de la forma en que todas las coristas le habían contado que sería. No hubo ternura, ni caricias, sólo la brutal transacción de dos cuerpos.

Eddie regresó del cuarto de baño envuelto en una bata, limpio, fresco y perfectamente normal, como si no pasara nada.

—Sugiero que te bañes —le dijo con frialdad—. Te sentirás mejor por la mañana.

—¿Eddie? —le susurró, sentándose y tomándole la mano—. ¿Siempre es así, la primera vez?

Él se encogió de hombros.

—A algunas mujeres les gusta más que a otras. Depende de ti, Verity, si mejora o no. —Sus ojos pálidos eran fríos e inexpresivos cuando dijo—: Me voy a dormir. Por

favor, no me despiertes por la mañana. Le he pedido al valet que me traiga el desayuno a la diez. Puedes hacer lo que te plazca. —Sin volver a mirarla, se fue a su dormitorio. Ella lo miró sin poder creerlo cuando la puerta se cerró y oyó el sonido de la llave en la cerradura. Entonces hundió su rostro en la almohada y lloró por todos aquellos maravillosos sueños románticos que habían quedado en la nada.

Se volvieron a encontrar en la comida del día siguiente. En público, se mostraba civilizado y encantador, mientras que en privado era distante y silencioso. La cena de esa noche era importante, y Missie se vistió con su vestido más hermoso, una delicada túnica de seda verde mar con un chal bordado con cuentas como la cola de un pavo real. En el cabello llevaba estrellas de diamantes y brazaletes con forma de serpiente en los brazos. Cartier se los había dado como regalo de bodas, ya que era la esposa de un favorecido cliente. Eddie estaba muy atractivo con su estilo militar, duro y elegante. Pensó con tristeza que hacían una pareja hermosa, cuando él la escoltó por la ancha escalera hasta la mesa del capitán.

Se sentó entre el capitán y un famoso ministro del gobierno inglés, que la había visto en el escenario del teatro Nueva Amsterdam, y le dijo que por siempre sería su devoto admirador. Hizo su mayor esfuerzo por brillar y ser divertida, pero la mayor parte del tiempo miró a Eddie, que coqueteaba y conversaba íntimamente con la alta y rubia condesa alemana Gretel von Dussman, a quien obviamente conocía bien.

Más tarde, se desvistió y se preparó para la cama con otra de las seductoras confecciones de Elise, deseando haber traído algunos de sus viejos camisones de algodón. Esperó nerviosa a que llegara Eddie, pero, aunque lo oyó moverse en la habitación contigua, él no apareció. Luego oyó que la puerta se cerraba de un golpe y el sonido de pasos que desaparecían por el corredor, y ella se metió en la cama. El debía de haberse molestado con ella, de modo que decidió ir a intentar suerte en el casino.

El modelo de sus días a bordo cayó en una rutina regular. Ella se levantaba temprano por la mañana y tomaba el desayuno con Azaylee y luego salían a pasear por las cubiertas, a veces probando fortuna en el juego de tejos o tejo de cubierta. A las once tomaban una taza de consomé, servido por un atento camarero en la cubierta, y a la una se reunían con Eddie para comer.

Aunque no parecía tener mucho que decirle a ella, Eddie salía, por cierto, de su rutina para seducir a Azaylee. Le compraba chucherías y pequeños regalos en el comercio de abordo y la malcriaba con chocolates y pasteles de crema. Missie pensó que la niña brillaba junto a él, como si finalmente hubiera encontrado a su padre.

Missie siempre se sentaba con Azaylee cuando esta cenaba, y luego regresaba a su suntuoso camarote para el ritual de preparación para la cena. Cada noche vestía una prenda diferente, atrayendo las miradas de admiración mientras descendía por las escaleras del brazo de su atractivo marido millonario. Y todas las noches ella lo observaba coquetear con Gretel von Dussman, y todas las noches esperaba en vano que él fuera a su dormitorio.

La última noche, antes de que el barco atracara en Cherburgo, se vistió con el vestido de tafetán rojo que había llevado cuando él le pidió que se casara, y por primera vez se puso las joyas Arnhaltdt. Levantó con orgullo la cabeza mientras bajaba las escaleras, observando el mar de rostros que se volvían para mirarla hasta que encontró la maliciosa sonrisa de Gretel von Dussman. Ella le sonrió dulcemente mientras se sentaba a la mesa: sabía que la rubia rutilante y corpulenta no podría hacerle sombra esa noche. Elise le había dado un buen entrenamiento para saber cómo mantener la atención del público sobre ella, y Ziegfeld también se lo había enseñado. Incluso Eddie no podía quitarle los ojos de encima. Cada vez que ella levantaba los ojos, él la estaba mirando.

Al final de la cena él caminó tranquilamente de regreso a su habitación, abriendo la puerta para dejar pasar a Missie, siguiéndola, quitándose la corbata y la chaqueta y luego la camisa como si fuera un loco. Luego, desnudo, se le abalanzó. Ella se quedó en silencio, aterrorizada por la mirada brutal de su rostro. Después de abrazarla con fuerza, le desabrochó el vestido de tafetán, dejando que este se deslizara hasta el suelo. Lentamente le quitó su enagua, recorriendo con las manos sus pechos mientras ella lo miraba con miedo en los ojos. Le quitó el resto de su ropa interior, dejándola desnuda y avergonzada, excepto por las medias y el fuego brillante de los rubies.

Ella mantuvo sus ojos en el rostro de su marido, temerosa de mirar lo que le estaba sucediendo a él, aterrorizada por lo que iba a hacer.

Insultando con rabia en alemán, de pronto la empujó, separándola de él, haciéndola rodar por el suelo.

—Estúpida niña de pecho —le dijo con desprecio, mientras su pasión desaparecía y él se ponía la ropa—. ¿No tienes idea de lo que excita a un hombre? ¿No te enseñaron esas cosas en el teatro Nueva Amsterdam? Incluso las más miserables de las muchachas de la calle comprenden las pasiones de un hombre mejor que tú. —Se quedó mirándola, vestido, alisándose el cabello—. Ponte la ropa, por el amor de Dios —le dijo con desprecio—. Un día te enseñaré a no ser una dama en la cama. Pero esta noche tengo mejores cosas que hacer. —Y dicho esto, giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta, golpeándola al cerrar.

Mucho más tarde, lo oyó regresar. Logró distinguir el choque de copas y el sonido de la risa de una mujer, sus rugidos animales de pasión, los gritos y las órdenes de él mientras la mujer lo estimulaba. Missie hundió su cabeza en la almohada, encerrándose en sí misma para no tomar conciencia de lo que bien sabía que estaba sucediendo junto a su camarote. Gretel von Dussman satisfacía a su marido de la forma en que ella jamás podría.

Se levantó temprano, esperando en cubierta que el *Majestic* atracara en Cherburgo, y miró a Eddie, que venía hacia ella. Estaba, como siempre, vestido inmaculadamente, y ella se preguntó si su rostro recién afeitado y saturnino no mostraría marcas de las actividades de la noche anterior. Eddie, vestido y un caballero, era un hombre diferente del Eddie desnudo y brutal en la pasión.

Le dijo abruptamente:

—He decidido que después de todo no visitaremos París. He cambiado nuestras reservaciones en el Hotel Bristol, e iremos directamente a Alemania.

El rostro de Azaylee se ensombreció y él pasó un brazo alrededor de sus hombros.

—¿No quieres conocer la Haus Arnholdt? —le preguntó, sonriendo—. ¿Tu nueva casa?

—Oh, sí, sí, por supuesto —le dijo emocionada.

Él se encogió de hombros.

—Entonces París esperará hasta que seas un poco mayor.

El viaje en tren y automóvil fue largo, y Missie estaba exhausta cuando finalmente el vehículo tomó un largo camino que subía entre bosques densos y oscuros, emergiendo por fin en una serie de paisajes de cercas recortadas y de grava, sin llores a la vista. Miró con desmayo la imponente casa gris. Mientras observaba, las grandes puertas se abrieron y un mayordomo apareció en las escaleras, dirigiendo un grupo de sirvientes que en fila recibían a su patrono y a su flamante esposa.

El mayordomo se apresuró a abrir la puerta, haciendo sonar los talones e, inclinándose en reverencia, se presentó como Manfred, y Missie recorrió la fila de sirvientes, sonriendo y saludando mientras cada muchacha hacía una reverencia y los hombres una inclinación.

La mujer alta y de aspecto autoritario que esperaba en las sombras de la galería observaba la pequeña charada que tenía lugar afuera. Su mirada se centró en Missie y luego la ignoró, pasando a la niña. Contuvo la respiración. Eddie tenía razón; su parecido con Anouska Ivanoff era inconfundible. Sonrió. Su hijo había obrado bien. Con un solo movimiento había conseguido lo que ellos habían deseado durante años. No tenía dudas de que era la hija desaparecida de los Ivanoff, considerada muerta en el bosque por los rusos, hacía ya cuatro años. Pero ahora era también la hija de Eddie Arnholdt.

Su plan era de largo plazo. Después de todo, la niña tenía sólo seis años. Pero valdría la pena esperar. Ella daría instrucciones a los abogados para que preparasen el caso, y, cuando la niña cumpliera dieciocho años, se revelaría al mundo que era la heredera de los Ivanoff y legítima dueña de las minas de Rajastán.

La flamante esposa, Verity, era importante por el momento, ya que sería necesaria como testigo. Ellos no dudarían en usar la fuerza si fuera necesario para obligarla a decir la verdad. Mientras tanto, Eddie sería un padre cumplidor e indulgente y, naturalmente, cuando fuera mayor de edad, Azaylee le daría a él las minas. Pero entonces sería una verdadera Arnholdt, como ellos. Se casaría con su bienamado nieto, y Augie heredaría todo.

Se adelantó para saludar a su nueva nuera, sonriendo fríamente y ofreciéndole la mejilla para que la besara.

—Espero que seas muy feliz aquí —le dijo, mirando rápidamente a Azaylee—. Y tú, pequeña —le dijo, permitiendo que algo de calidez se trasluciera en su voz—, tú

has venido a iluminar nuestros días con tu juventud. Haus Arnholdt te da la bienvenida. Y deseo que recuerdes que, desde ahora, esta es tu casa.

Capítulo 30

Dusseldorf

Los días en la Haus Arnhaldt comenzaron a parecerse más y más a una prisión. Las habitaciones de Missie estaban en la segunda planta frente a las de Eddie, pero él jamás venía a verla. La mayor parte del tiempo estaba lejos, en las oficinas de la compañía en Dusseldorf o en la planta de Essen, y a menudo durante los fines de semana, cazando o acudiendo a fiestas sin ella. Ella sospechaba que todavía se veía con Gretel pero no podía estar segura, ya que no había salido de la casa y sus alrededores desde que llegaron hacía ya dos meses. En realidad, no lo había visto a solas desde la noche en el *Majestic*, y no podía decidir si se sentía aliviada o triste por ello. Después de todo, ella era su esposa. Incluso sí las cosas habían comenzado mal como consecuencia de su falta de experiencia, ¿no podrían ellos comenzar a intentarlo nuevamente?

Decidió ser con Eddie tan encantadora y dulce como le fuera posible, vistiéndose con esmero todas las noches para la cena en el vasto salón cubierto de paneles góticos, iluminado por lúgubres candelabros de pared en forma de cabezas de ciervo. Sin embargo, era como si ella fuera invisible. Manfred y un grupo de sirvientes los servían en silencio. Eddie y su madre, la baronesa Jutta, hablaban sólo en alemán, y ella no entendía ni una palabra. Ellos no le prestaban más atención que a una mosca parada en la pared. Consciente de las curiosas miradas de los sirvientes, comía deprisa su comida y se excusaba lo más pronto posible.

Llena de desesperación, subía las anchas escaleras de roble y luego caminaba por los sombríos pasillos hasta su habitación. Si no hubiese sido porque Azaylee estaba disfrutando tanto, simplemente le habría dicho a Eddie que ella se quería ir de allí.

¿Y adonde iría?, se preguntó, mirando por la ventana y viendo sólo oscuros bosques a lo lejos. Estaba en Alemania, no tenía dinero propio. Eddie jamás le daba nada. Simplemente recibía cosas: los ricos no tenían necesidad de dinero.

Para Azaylee era diferente. Ella tenía una habitación luminosa y soleada en la primera planta, con un acogedor dormitorio especialmente decorado para ella con una fresca tela de algodón de raso de color verde y blanco, una enorme sala de juegos donde la institutriz le daba lecciones diarias de alemán y un dormitorio y sala de estar para Beulah en la cual Missie se encontraba con ambas para tomar el té de las cinco. Era el momento principal de su terrible vida y lo esperaba con ansias. Entre las clases de equitación para Azaylee, de natación en la enorme piscina cubierta, las lecciones de ballet todos los días en Dusseldorf y las interminables lecciones de alemán, el té era casi la única ocasión en que la veía.

Beulah movió la cabeza con infelicidad.

—No me gusta, señorita Verity —le dijo en un susurro de tono elevado, a la

manera del de los escenarios—, simplemente no me gusta lo que están haciendo con esa niña. Le llenan la cabeza con charlas sobre los Arnhaltdt, sobre lo ricos que son, y le dicen que debe sólo hablar alemán ahora que tiene un padre alemán y ella es una niña alemana. ¿Y usted, señorita Verity? ¿Usted es su hermana, no? ¿Entonces por qué no le dan lecciones de alemán a usted para que pueda hablar con su esposo? No, aquí sucede algo raro. Se lo digo, señorita Verity, ellos están alejando a la niña de usted poquito a poco. Pronto nos dejarán una pequeña *fräulein* alemana. No me pregunte por qué, pero eso es lo que está sucediendo.

Missie pensó en aquellas palabras, a solas, sin poder dormir, en su cama aquella noche. Era cierto, mantenían a Azaylee ocupada a propósito, la alejaban de ella y le enseñaban sólo alemán, elogiando su fluidez, incluso cuando cometía errores. ¿Pero por qué? Consideró la posibilidad de que fuese porque realmente la amaban, pero entonces recordó los fríos ojos prusianos de Eddie, como los de su madre, y supo que eso no era real. No era bueno, pensó con desesperación; era hora de que todo se aclarara entre ellos. Y, si ello significaba el fin, ella debía regresar a Nueva York y afrontar la vergüenza de su fracaso matrimonial, y así sería.

El día siguiente era domingo y, por una vez, Eddie estaba en casa. Decidiendo que era ahora o nunca, se vistió con un bonito vestido de lana, se peinó el cabello en un chignon para parecer mayor y con más autoridad y se apresuró a bajar a su estudio.

Tocó a la puerta, llamándolo, y luego esperó nerviosa. No hubo respuesta y su corazón se desaceleró cuando se dio cuenta de que podría haber decidido salir. Ahora que ella había decidido que deseaba la acción. Volviendo a llamar, abrió la puerta y miró el interior. El estudio estaba vacío pero podía oler el apestoso olor a cigarrillo turco y vio que había un libro abierto sobre el escritorio. Creyendo que probablemente había salido por un momento, decidió esperar. Había visto el estudio de Eddie sólo una vez, cuando su madre la había llevado a recorrer la casa; se paseó mirando con curiosidad los objetos que había sobre el escritorio. La maciza lámpara de plata, tres teléfonos, un enorme cenicero de bronce, que era horrible, y varios modelos de armas Arnhaltdt de plata. Pensó con desconsuelo que todo en Haus Arnhaltdt era grandioso y desproporcionado. Incluso los libros de los estantes eran gruesos, valiosos, con lomos de cuero.

Inspeccionó todas las pinturas, deteniéndose de pronto en un pequeño paisaje. Pero no miraba la pintura, miraba la caja fuerte abierta que aquella estaba destinada a esconder. Y allí, frente a ella, había un objeto familiar, un objeto que ella creía haber perdido para siempre; el prendedor de Misha, que había vendido en Cartier de Nueva York.

Se llevó una mano a la garganta cuando volvieron a su mente los horrorosos recuerdos, oyendo la voz de Sofía advirtiéndole una y otra vez que nunca sería seguro vender las joyas, que la Cheka nunca dormía ni olvidaba, que, alguna vez, en algún lugar del mundo, alguien estaría esperando que las joyas Ivanoff salieran a la superficie. Y entonces actuarían.

Sin embargo, había algo más que le pareció vagamente familiar, un documento legal con un sello rojo. Lo tomó y leyó el título: «Contrato de arrendamiento de la mina Rajput de Ivanoff a Arnhaldt por parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», con fecha 1 de enero de 1918, firmado y sellado por Michael Peter Alexander Ivanoff en esa fecha. Lo miró, perpleja. No podía ser verdad; Misha ya estaba muerto cuando se firmó ese documento.

Llena de pánico, recordó el halago de los Arnhaldt hacia Azaylee y se dio cuenta de que ellos debían de saber quién era. Pero ¿qué era lo que deseaban de ella? ¿Estaban en combinación con la Cheka? Un millón de posibilidades invadieron su cabeza, cada una más terrible que la otra, mientras miraba paralizada el prendedor de Misha. Por instinto, extendió la mano, lo tomó y se lo guardó en el bolsillo. Se dio vuelta con horror cuando oyó la estridente voz de Eddie que le daba instrucciones a Manfred. Miró a su alrededor indefensa, pero no había modo de escapar.

Colocó el contrato en la caja fuerte, cerrando la puerta con un ruido que estaba segura que se habría podido escuchar a kilómetros de allí, y rápidamente puso la pintura en su sitio. Luego, tomando al azar un libro de uno de los estantes, corrió hasta el otro lado del escritorio y se sentó en un gran sillón de cuero.

Su columna se estremeció cuando oyó que se abría la puerta; hojeó las páginas, fingiendo no haber oído, y en segundos Eddie le dijo:

—¿Estás aquí por alguna razón? ¿O es sólo por curiosidad? —Fue hacia ella y le tomó el libro que tenía en las manos—. *Estudio de balística*, ¿en alemán? Realmente, Verity, si estás buscando una excusa para espiarme, podrías hacer algo mejor que eso.

—No he venido aquí a espiarte —le dijo indignada—, he venido... —Se detuvo, recordando que no podía decir lo que intentaba. No podía decirle que lo iba a dejar, ya que ahora sabía que él nunca la dejaría irse—. He venido para preguntarte por qué ya no me hablas —le dijo.

Él se encogió de hombros.

—Pensé que todo se había decidido en el *Majestic*, que no teníamos nada más que decirnos. Cometí un terrible error, Verity. No eres la muchacha que pensaba. Pero no me divorciaré. Te puedes quedar aquí y vivir como una dama. La joven baronesa Arnhaldt. —Sus labios finos se torcieron en una sonrisa cruel mientras agregaba con delicadeza—: Por el resto de tu vida.

Ella abrió la boca, preguntándose, aterrorizada, qué quería decir. ¿Tenía la intención de matarla a ella y quedarse con Azaylee? Todo lo que sabía era que debían irse tan pronto como fuera posible, en secreto.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta. Volviendo la cabeza, lo miró a los ojos.

—Todavía espero que podamos solucionar las cosas entre nosotros, Eddie —le dijo con tranquilidad—. Haré todo lo que pueda por complacerte de ahora en adelante.

Necesitó toda su fuerza para caminar y no correr hacia el pasillo y subir las escaleras hasta su habitación. Todo el día estuvo pensando en algún modo de escapar

de la Haus Arnhaltd. El lugar era una fortaleza y estaba a veinte kilómetros del pueblo más cercano; simplemente no podía hacer las maletas y decirle al chófer que las llevara hasta la estación de Dusseldorf, ya que nunca hacía nada sin antes preguntarle a la baronesa Jutta. E incluso si intentaba ir a pie, sabía que se perdería y tendrían que volver. Además, Beulah era demasiado vieja para una expedición así y Azaylee demasiado pequeña. Se lamentó inútilmente de su desdicha, tomándose la cabeza entre las manos con desesperación. Todo lo que podía hacer era observar y esperar la oportunidad. Mientras tanto, le diría a Beulah que se prepararan para el viaje.

La vieja mujer se sintió encantada cuando le dijo que se irían.

—Simplemente no puedo esperar, señorita Verity —le dijo, sonriendo—. No puedo esperar a salir volando como el diablo de aquí.

La oportunidad llegó más pronto de lo que había esperado y de la manera más satisfactoria. La detestable baronesa Jutta se cayó cuando caminaba por el parque y se rompió una cadera. Llamaron a un especialista traumatólogo famoso que llegó desde París, y Eddie recibió el informe de que la fractura era bastante compleja. La baronesa debería ser trasladada en ambulancia hasta la clínica privada del médico en París en la que él la atendería personalmente. De lo contrario, temía que no volviera a caminar.

Eddie estaba pálido y tenso cuando hizo los arreglos, y Verity vislumbró su oportunidad.

—Tu pobre madre —le dijo con comprensión—. Estará tan sola en París, lejos de su amada Haus Arnhaltd. ¿Por qué no dejas que Azaylee la acompañe para alegrarla? Tú sabes cómo la adora.

Los ojos de Eddie mostraban preocupación, y ella supo que casi no la había escuchado.

—Ella realmente adora a Azaylee. Tú sabes cómo la entretiene —dijo con persistencia.

—La baronesa está bien —afirmó el médico—. El estado psicológico de un paciente, en especial de un paciente con la edad de la baronesa, es importante. Si tiene a miembros de la familia a su lado, mucho mejor. Es una idea excelente.

—Entonces ¿por qué no vamos todos? —gritó Verity, juntando las manos con placer—. Después de todo, Eddie, tú le prometiste a Azaylee mostrarle París, ¿no es así?

Él la miró con odio, incapaz de negarse delante del médico sin llegar a parecer tonto.

—Oh, supongo que sí —asintió con amargura, mientras ella volaba desde la habitación para contarle a Beulah las buenas noticias.

Hicieron las maletas rápidamente, con lo suficiente para unas pocas semanas de estancia en París. Eddie se marchó, siguiendo a su madre en la ambulancia, pero ellas debían ir en tren y encontrarse con él en el Hotel Bristol.

Cuando el tren llegó a París, fue un asunto fácil tomar un taxi a la Gare du Nord en lugar de dirigirse al hotel. Después de dejar a Azaylee y a Beulah en la estación, Missie se dirigió a la Rué Saint-Honoré. Cuando entró en la joyería más fina que pudo encontrar, con arrogancia, echó hacia atrás la cabeza, se quitó el enorme diamante de su dedo y les dijo que deseaba venderlo.

Sin mover una pestaña, el sabio francés con aire de mundo estuvo de acuerdo con que la piedra era fina y le ofreció tres mil dólares. Ella los tomó con una sonrisa e inmediatamente cruzó la calle hasta Thomas Cook y compró pasajes de segunda clase en el transatlántico *America*, que partía para Nueva York aquella noche. Luego cruzó París hasta la estación, y tomaron el primer tren a Cherburgo.

A las siete de esa tarde estaban a bordo y en ruta hacia Nueva York. Y esta vez Missie ni siquiera miró hacia atrás. Tenía miedo, ya que no sabía lo que haría Eddie Arnholdt cuando descubriera que se habían marchado.

Capítulo 31

Estambul

Por primera vez en años, Gerome Abyss se levantó aquella mañana temprano de su cama. Echó a un lado las sábanas manchadas, caminó descalzo sobre la sucia alfombra hasta el cuarto de baño y se estudió la cara en un espejo rectangular sin marco. La luz de la mañana no era halagüeña. Su rostro estaba hinchado, tirante en las comisuras. Su estómago le hacía ruidos y le caían gotas de transpiración por la espalda como consecuencia del alcohol que había bebido la noche anterior y que le atacaba el hígado. De pronto, se dobló por el dolor. Al cabo de unos momentos, este cedió y él se irguió y caminó hasta la ducha. Quizás ahora que era rico iría a una de esas clínicas, para intentar curarse. «La Cura» lo llamaban, como si fuera una enfermedad, cuando todo hombre que tuviera sentido común sabía que era un placer: el placer del olvido, pero un placer después de todo.

Mientras se enjabonaba, se miró el cuerpo, cargado de una grasa blanca como la de una ballena. Quizá también pudiera bajar algunos kilos, ahora que era rico, y comprarse algunos trajes elegantes. Como los que solía usar en los viejos tiempos cuando era Gerome Abyss, el mejor tallador de gemas del mundo. Cuando empresas como Cartier rogaban para disponer de su talento y le pagaban una fortuna por cada trabajo. No tanto como lo que había conseguido por cortar la esmeralda, por supuesto, pero en aquellos días parecía que conseguía más.

Y quizás ahora que era rico volvería a los negocios. Podría hacer saber, con discreción por supuesto, a sus viejos contactos con los grandes joyeros que había sido él quien había cortado la esmeralda Ivanoff. No importaba que hubiera dado su palabra de que nunca diría nada. Después de todo el alboroto de la venta de aquella joya y de la suma de dinero que se había procurado, aquella hermosa joven con el espléndido cabello largo y los rutilantes ojos azules no vendería nada más durante mucho tiempo. Leyla Kazahn. Él ahora conocía su nombre, pero no sabía cómo había llegado a tener la esmeralda y, lo que era más, no le importaba. El día anterior por la noche, había llegado un giro bancario de 648.000 dólares a Locanta Antalya, el bar local donde él bebía. Era un hombre rico.

Se cortó con la navaja que manejaba con mano incierta mientras se afeitaba la barba de cinco días. Volvió a pensar en los periódicos. Pagaban una fortuna en esos días por una exclusiva. Con una historia como esa podría tener en competencia a todo el mundo. Sonrió, mostrando una línea de sucios dientes amarillos. Sí, podría volverse más rico. Más que eso: sería famoso.

Tomó una camisa del guardarropa, inspeccionando la sucia banda que había alrededor del cuello; tendría que usarla. El viejo traje blanco piel de tiburón estaba amarillo por los años, sudado y grasiento. Estaba ridículo con él en ese frío día de

primavera. Pero un traje blanco siempre había sido su distintivo, eso y su panamá, su sombrero de la suerte.

Se colocó su deteriorado sombrero, con una banda roja, y cruzó la habitación hacia la puerta. Con una mano en el picaporte, miró a su alrededor. No deseaba ninguna de sus escasas posesiones miserables. No regresaría nunca. Se tocó el bolsillo en el que llevaba el giro, asegurándose de que estaba allí. Ahora era un hombre rico.

El empleado del mostrador en la Banca Estambul vio la importancia del cheque y el aspecto del cliente y llamó al director. Abyss se sintió incómodo por su escrutinio cuando este evaluaba la importancia del giro hecho por un respetable banco suizo y luego su aspecto, verificando el nombre que figuraba en el papel bancario con la fotografía del pasaporte a nombre del señor Georges Gerome.

—Por supuesto, señor Gerome, estaremos encantados de abrir una cuenta para usted —le dijo por fin el director—. Y yo personalmente me encargaré de ello. Dígame sólo qué tipo de cuenta prefiere. Sugiero quizás un depósito a corto plazo con la tasa de interés más alta, mientras usted decide la inversión. Y una cuenta corriente razonable, para dinero en efectivo.

Abyss asintió.

—Coloque cien mil dólares en la cuenta corriente y el resto en un depósito. Me llevaré diez mil dólares en efectivo ahora, en billetes.

Jugó nervioso con la cuchara de la taza de café que ellos le ofrecieron mientras esperaba. Se tomaban su tiempo y él sudaba, preguntándose si algo andaba mal.

—Aquí tiene, señor Gerome. —Regresó el director, sonriendo—. Sólo necesitamos aquí su firma, señor, y aquí.

Abyss deseó que su mano no temblara tanto. Su firma insegura parecía una falsificación. Miró nervioso al gerente, que parecía tener pegada la sonrisa.

—Y aquí tiene sus diez mil dólares, señor Gerome. Permítame darle la bienvenida a la Banca Estambul. Si encuentra algún inconveniente o desea discutir alguna inversión, cualquier cosa, me sentiré encantado de aconsejarlo.

Abyss sonreía mientras paseaba por Taksim Square, inconsciente del hombre pequeño con abrigo marrón que lo seguía. Los diez mil dólares formaban un bulto satisfactorio en el bolsillo de su chaqueta, y él volvió a sonreír. Primero tomaría una habitación en el Hotel Hilton, luego iría de compras. Cuatro docenas de camisas nuevas, hechas a medida, por supuesto, una docena de trajes buenos, ropa interior, calcetines, zapatos... y un nuevo sombrero de la suerte. Ya no necesitaba más el viejo. Riendo, le arrojó su viejo panamá al limpiabotas que estaba sentado en la esquina de la plaza y el hombre le sonrió, con su rostro desdentado que se arrugó como una cáscara de nuez. Abyss decidió que le gustaba Estambul. Aquí un hombre era tratado como un príncipe y podía vivir como un rey.

El cartel de neón del bar de la esquina llamó su atención y dudó. Una copa no le haría ningún daño y, después de todo, no había prisa; en una hora el Hilton seguiría

estando allí. Rió, pensando que era lo mismo que con el sexo; podría aumentar el placer al dilatar aquel acontecimiento. Y esa era otra de las cosas que podía comprar el dinero, algo que él no había tenido en mucho tiempo: sexo.

No se dio cuenta del hombre pequeño y sombrío con el inadvertido abrigo marrón que entró en el bar detrás de él y se sentó junto a la puerta.

Abyss estudió las botellas que había en el bar. Nunca había pensado que la muchacha le pagaría. Pensó que los veinticinco mil dólares que ya se le habían escurrido entre los dedos como el agua serían todo lo que conseguiría. Sólo le había costado diez mil dólares el nuevo pasaporte y luego los barcos, aviones, trenes, hoteles... toda la larga historia de esconderse. Pero no más de eso. Ahora podía hacer lo que deseara.

Pidió un escocés doble, saboreándolo en la lengua antes de beberlo y pedir otro.

—Y uno para usted —le dijo con magnanimidad al camarero. El hombre asintió, guardando el dinero. Había conocido a un millón como Abyss. Iban y venían.

Abyss se agachó sobre el taburete cuando volvió a sentir el dolor. *Merde*, ahora sí que era fuerte. Quizá debiera realmente dejar el alcohol. Sudando con profusión, salió del bar con paso inseguro.

El hombre pequeño apareció junto a él.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó en francés.

Abyss lo miró con sorpresa, luego gruñó cuando el dolor lo volvió a atacar.

—Debo ir a un hospital. —Dijo a duras penas, agarrándose del brazo del hombre, que evitó que se cayera.

El coche de alquiler que venía lentamente se detuvo junto a la acera y el hombre pequeño lo ayudó a subir; luego se sentó a su lado y cerró la puerta. El vehículo partió, haciendo chirriar las ruedas cuando dobló la esquina y tomó Siraselvileh Caddesi, hacia el puente y la ciudad vieja.

La noticia apareció en cinco líneas en los diarios de la mañana. Se había encontrado el cuerpo de un hombre flotando en la bahía en Unkapani. No se había ahogado, sino que había sido acuchillado y tenía la daga todavía clavada en la espalda. El robo no fue el motivo, ya que se encontró la suma de diez mil dólares en el bolsillo de su chaqueta. Había sido identificado como el señor Georges Gerome y la policía estaba investigando.

Capítulo 32

Washington

Cal leyó los diarios de la mañana de pie junto a la ventana que miraba al Potomac y la isla Theodore Roosevelt, bebiendo su café del desayuno. La noticia caliente del asesinato de Markheim. Su cuerpo había sido hallado por una limpiadora, y, a causa de su conexión con la venta de la esmeralda, era el comentario del día en todos los periódicos. Se preguntó si Markheim le habría revelado al asesino la identidad del comprador antes de que lo matara, y quién sería el asesino. Valentín Solovsky, quizá.

La taza se tambaleó sobre el plato cuando él la puso sobre la mesa, recordando a Genie y a Solovsky. No la había visto ni sabía nada de ella desde Dusseldorf. Ella se había vuelto a marchar sin decirle palabra y luego a él lo habían llamado desde Washington.

Recordaba los asustados ojos azules de Genie y su propia voz, que le prometía que no había ningún peligro.

—En realidad no hay nada que temer —le había dicho animadamente—. Es a la Ivanoff a la que quieren, no a ti. Además, no eres Mata Hari. —Pero, maldición, Genie había resultado eso, decidida a hacer lo mejor por su país, de la manera en que siempre hacía su trabajo como reportera. Como un tonto la había enviado a un mundo de peligros que no tenía previsto.

Miró preocupado su reloj, leyendo la fecha y la hora como si pudieran estos contestarle dónde estaba ella.

Después de levantar el auricular del teléfono, llamó a su productor.

—Oh, claro —dijo—, supimos de ella esta mañana. ¡Y ya era hora también!

Cal le dio las gracias a él y a Dios al mismo tiempo. Genie estaba bien. Estaba de regreso. Tan pronto como llegara, la iría a ver y le diría que se olvidara de todo. Deseaba que se olvidara para siempre de lo que le había pedido y de lo que había sucedido. Simplemente deseaba que volviera a ser la muchacha dura y a la vez vulnerable, segura en su mundo de las noticias. Sonrió con tristeza mientras marcaba el número de la floristería y ordenaba dos docenas de rosas color crema para que las enviaran a la señorita Genie Reese, con una tarjeta que dijera simplemente: «Lo siento. Con cariño, Cal».

Esperaba que ella comprendiera. Sus pensamientos volvieron hacia el asesinato de Markheim. Encendió el televisor, preguntándose si podría haber algo más en las noticias de la mañana. De pronto, apareció un ruso en el aeropuerto Dulles, abriéndose paso entre la multitud de reporteros y cámaras.

Valentín miraba sorprendido la cámara de televisión para luego volverse y estudiar al público que le bloqueaba el paso. Media docena de hombres con gafas oscuras se materializaron desde algún lugar, empujando a los reporteros y abriendo

camino para que él pasara.

—Usted estuvo en la venta de Ginebra, señor Solovsky —gritó un reportero, colocándole casi en la boca el micrófono—. ¿Puede decirnos por qué?

Sin prestarle atención, Valentín avanzó.

—¿Qué nos dice del asesinato de Markheim, señor? —persistió el reportero, pero Valentín simplemente se quitó el micrófono de encima y siguió caminando. Echó una mirada colérica a los hombres de seguridad, y ellos cerraron filas frente a él. Dejando atrás a los reporteros, pudo finalmente salir a la calle. No había automóvil de la embajada esperando, y Valentín subió rápidamente a un taxi. Las cámaras todavía transmitieron mientras él desaparecía.

Cal silbó suavemente. Había pensado que podría manejar el caso Ivanoff diplomáticamente, pero ahora las cosas se le escapaban de las manos. Necesitaba ayuda. Pulsó los botones de su teléfono nuevamente, se comunicó con Jim Cornish de la CIA en Langley, Virginia, y le preguntó sobre Markheim.

—Lo han atrapado —le dijo Cornish—. Y a Abyss. La información llegó esta mañana desde Estambul. Está todo en el NID, esperando en su escritorio. Sí, Abyss está muerto, con una daga todavía clavada en la espalda y diez mil dólares en el bolsillo. ¿Bonito lío, no?

—Bueno, me matarán —dijo Cal pensativo.

Cornish rió, con una risa vivaz que le salía del vientre, y Cal entrecerró los ojos, manteniendo el teléfono lejos de sus oídos.

—Ese es un comentario muy leve, considerando la situación —dijo Cornish.

—Ya ha oído antes maldiciones, no hay necesidad de oír más de mí tan temprano. —Cal mordió un trozo de tostada y dijo—: De modo que yo tenía razón con Estambul, estuvo allí todo el tiempo.

—Buen lugar para esconderse. Y diez mil dólares debían de ser su recompensa.

—No es suficiente. A Abyss le debieron de pagar más de diez de los grandes. Pero el hecho de que los llevara en el bolsillo sólo significa que le pagaron. Entonces ¿dónde está el resto del dinero?

—¿En una cuenta bancaria? —sugirió Cornish.

—Exactamente... y apuesto que en una nueva cuenta bancaria. —La mente de Cal pensaba a toda velocidad—. Hágame un favor, Cornish, ¿quiere? Investigue todos los bancos de Estambul y averigüe dónde el señor Georges Gerome abrió una cuenta nueva. O quizás el director del banco ya ha aparecido y le ha contado todo lo que sabía a la policía turca.

—Lo dudo. Lo que decían los diarios era poco, nadie se habría perdido nada si no lo leía. Pero, muy bien, haremos ese seguimiento.

—Y cuando encuentre la cuenta, pregunte cómo se pagó el dinero. ¿Un cheque? ¿Un giro bancario? Mire si fue desde un banco suizo, y, si fue así, de cuál.

—Así será —dijo Cornish, irritado; no le gustaba que le dijeran cómo hacer su trabajo.

Washington brillaba bajo el cielo azul cuando Cal llegó en su automóvil a la avenida Virginia. Cortó por la calle Dieciocho y dobló en la Diecisiete, con destino a su oficina en el Ala Departamental Oeste de la Casa Blanca.

Un grupo de reporteros estaba junto al portón, y cuando su coche se abrió camino entre la multitud se preguntó qué estaban esperando. Las luces de las cámaras lo enfocaron y de pronto se encontró mirando un micrófono que le introdujeron por la ventanilla abierta de su automóvil.

—Señor Warrender, ¿puede decirnos qué hacía usted en Ginebra? —le preguntó alguien.

Cal recordó a Valentín, que había mantenido cerrada la boca en el aeropuerto, y simplemente negó con la cabeza.

—¿Qué nos dice del asesinato de Markheim? Y acabamos de enterarnos del de Abyss. ¿Quién cree que los asesinó? ¿Y por qué?

Cal volvió a negar con la cabeza agradecido de que Seguridad lo dejara pasar. Cuando las puertas se cerraron, pudo ver a los cámaras que estaban del otro lado, todavía filmando. Se preguntó si Genie Reese habría llegado a su casa. Apostaba a que la suya sería la primera llamada que recibiría esa mañana.

Después de pedirle a su secretaria que le trajera café, se echó pesadamente en su sillón. El ejemplar del NID que Cornish le había mencionado lo estaba esperando. El *National Intelligence Daily* contenía un resumen de los últimos informes de los agentes norteamericanos de todo el mundo, que utilizaban un equipo de espionaje electrónico y fotografías por satélite, así como también informes de noticias. A veces, su contenido era útil; a veces, no. El NID con su bandera distintiva roja y negra era enviado al presidente y circulaba entre los funcionarios con aprobación ultrasecreta o mayor para el Departamento de Defensa, de Estado y la CIA. Hoy había una página dedicada al asesinato de Markheim: faltaban todos los diarios y registros del extinto, e inteligencia sospechaba que era un asunto *mojado*; en la jerga rusa para hablar de asesinato, *mojado* significaba *sangre*. También había un apartado acerca del asesinato de Georges Gerome/Abyss en Estambul.

Cal sabía que el «Pájaro Temprano» —los recortes y recopilaciones de los artículos más importantes y de la información caliente tomada de los nueve periódicos más trascendentes, así como también de los cables de noticias y de las tres cadenas de televisión— no se habría preparado todavía. Pero para el día siguiente todos los que estuvieran en el tema —la importante lista de gente que recibía antes que nadie la información de primer nivel— conocerían los detalles, y sería un tema caliente en Washington. Debía hacer algún movimiento. Se sentó en su silla, cerró los ojos y se cruzó de brazos, pensando. Fuera quien fuere la *Dama*, estaba en un terrible peligro. Para los rusos significaba un negocio. Y ahora estaba seguro de que había alguien más además de las dos naciones que deseaba las minas.

Volvió a llamar a la CIA.

—Cornish —dijo—, ¿sabemos lo que los rusos han estado haciendo con esas

minas hindúes durante todos estos años? Quiero decir, ¿las han estado trabajando?

—Supongo que sí —respondió Cornish—, pero jamás nos dieron piedra libre en el caso Ivanoff, de modo que nunca hemos estudiado todos los detalles.

—Empezad a estudiarlos —le dijo Cal, mientras las pistas que tenía en mente caían en su lugar—. Sabemos que las minas son valiosas ya que tienen tungsteno y este es vital para la producción de acero. Y ¿quién es el productor más grande del mundo de acero y armamentos?

—Jesús, Cal, ¿no crees que...?

—Arnholdt está en Dusseldorf —dijo Cal—, y también está, estaba allí Markheim.

—Me ocuparé de eso —le dijo Cornish—. Me comunicaré contigo hoy, más tarde.

Cal sonrió mientras colgaba el teléfono. Acababa de resolver el misterio del tercer jugador en el juego Ivanoff. Apostaría su último dólar a que Arnholdt había comprado la esmeralda. ¿Qué pensaría Genie Reese de eso? La llamaría más tarde, quizá la invitara a cenar. Lo había enfadado por su falta de precaución, pero había algo en ella que le gustaba. Quizá fuera que la decisión que tenía se parecía a la suya propia; era una luchadora. La recordó sentada frente a él en la cena del Hotel Beau Rivage, rememorando la forma en que había abierto los ojos azules cuando le habló acerca de los miles de millones y el modo en que ella se pasó su mano por los largos cabellos rubios cuando se inquietó. Recordó la boca demasiado vulnerable para el papel que estaba desempeñando. Sí, a él le gustaba Genie Reese, realmente le gustaba mucho.

Eran las cinco y media de la tarde cuando Cornish lo volvió a llamar. Dijo que se había confirmado el trabajo de Arnholdt en la operación de las minas y que lo estaban estudiando. También el servicio de inteligencia de Dusseldorf dijo que Markheim había aceptado una gran suma de dinero de alguien, probablemente los agentes del KGB, para descubrir el nombre de su cliente, y que no había duda de que ahora los rusos sabían lo de Arnholdt. Cal asintió; era lo que esperaba. Le dijo a Cornish que le hiciera saber si podían descubrir algo más y luego miró su reloj. Genie no lo había llamado, de modo que él lo haría.

—Hola —le dijo ella—. Gracias por las flores. Son preciosas. Huelen como un jardín de verano.

—No tienes por qué —le contestó, aliviado de oír su voz—. ¿Aceptaste mis disculpas?

—Oh, claro. Realmente no hay nada que disculpar.

—Sí que lo hay, pero nada que podamos hablar por teléfono. —Ella no respondió, y él le preguntó rápidamente—: ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —Su voz sonó cautelosa.

—Bueno, volviste a escaparte de mí en Dusseldorf. Estoy feliz de saber que has regresado sana y salva, a pesar de los acontecimientos.

—¿Acontecimientos? Oh, sí. —Dudó y luego dijo rápidamente—: Cal, estoy realmente feliz de que me hayas llamado. ¿Puedo verte esta noche?

Él sonrió.

—Me has ganado. Iba a pedirte que cenaras conmigo.

—¿Cenar? Bueno, quizá...

Cal pensó que era la aceptación menos entusiasta que había oído, pero realmente deseaba verla.

—¿Te parece bien a las ocho? ¿En el bar Four Seasons? Iremos desde allí.

—Estaré allí. ¿Cal? Mira el informativo de las seis, ¿lo harás? Creo que tendremos algo más de que hablar.

Él colgó el teléfono con el entrecejo fruncido, preguntándose qué era lo que le había querido decir. Esperaba que no fuera a hacer otro movimiento tonto como el que había hecho con Solovsky. No había esperado que fuera tan lejos. Pero Genie volaba alto, con destino a la cima. Y, según él, ella había jugado peligrosamente para llegar allí.

Miró el reloj. Faltaban quince minutos para las seis. No había tiempo de llegar a los estudios de televisión y descubrir exactamente en qué estaba ella antes de que saliera al aire. Maldición, ¿por qué actuaba siempre sin consultarlo primero? ¡Vaya uno a saber lo que Solovsky le había dicho que hiciera! Encendió con enfado el televisor, esperando las noticias.

Genie no necesitaba sus notas sobre la pizarra. Sabía exactamente lo que tenía que decir. Miró el reloj del estudio mientras se acercaba la hora. Valentín estaba en su casa desde la mañana y todavía no la había llamado. Y quizá nunca lo haría. Sintió lágrimas en los ojos y se mordió el labio. No podía llorar ahora, en pocos minutos estaría en el aire. Además, había llorado lo suficiente en los últimos dos días como para que le alcanzara para una vida. ¿Qué le había sucedido a la vieja Genie, la valiente y osada reportera? «Ella todavía está aquí», se dijo tratando de darse valor. «Después de todo, miren lo que ahora va a hacer».

Apretó sus notas mientras una maquilladora la retocaba con polvo facial y carmín de labios. Sabía que existía sólo una forma segura de desenmascarar a todos los jugadores. Y era también la única forma de encontrar al asesino. Era la mayor jugada de su vida, pero ella estaba preparada para hacerla.

Había tomado la decisión esa mañana y fue a ver al director de la red. El la había escuchado con cuidado y hecho algunas preguntas pertinentes. Luego estuvo de acuerdo en dejarla hacer.

—Pero será mejor que lo manejes bien —le advirtió. Ella se había estremecido. Si no lo hacía, su carrera estaba terminada. Y tal vez hasta su vida.

Faltaban cuatro minutos para las seis cuando sonó el teléfono y la voz del otro lado de la línea la derritió con repentina suavidad.

—Valentín —susurró.

—Genie, debo verte —le dijo con urgencia.

—Sí, sí... por supuesto...

—En tu casa —le dijo con sequedad—. A las siete.

Colgó mientras las manecillas del reloj se movieron a tres minutos de las seis.

—Muy bien, Genie —dijo el director—, tengamos algo de acción aquí.

Ocupó su lugar detrás de la mesa redonda, cerrando los ojos ante los reflectores cuando la maquilladora volvió a empolvarle la frente, mirando hacia adelante mientras la música hacía la introducción y los titulares rodaban en el monitor. Ahora estaba bastante tranquila. Estaba preparada.

Cal se dejó caer en un sillón ante el televisor, sin su chaqueta, con la corbata desanudada y una lata de Millers a su lado. Los títulos finalizaron, se leyeron los titulares internacionales y luego se anunció:

—Nuestra reportera, Genie Reese, tiene algunas importantes revelaciones en cuanto al extraño caso de la esmeralda Ivanoff.

La cámara enfocó a Genie, fría, sin sonreír y vestida con una camisa de seda azul que hacía juego con sus ojos. Su cabello estaba echado hacia atrás, atado con un lazo violeta, y lucía perlas en el cuello y las orejas. Cal pensó que tenía el aspecto de una muchacha que debía oler deliciosamente a Chanel N° 5.

Genie miró a la cámara con seriedad.

—Parece que el caso de la esmeralda Ivanoff y la especulación acerca de la identidad de su dueña, la desconocida *Dama*, ha alcanzado nuevas dimensiones con el asesinato del agente que actuó en la compra, Paul Markheim, en Dusseldorf, y ahora también en Estambul del hombre que se cree que cortó la piedra, Gerome Abyss. La gente se pregunta si la vieja historia es cierta después de todo, y si el KGB está todavía tras los pasos de la *Dama*. ¿O quizá la CIA? O (y esto es lo que parece cada vez más probable); ¿existe un tercer jugador en este drama?

»Hay una sola persona que puede contestar estas preguntas, sólo una persona que puede detener esta historia de asesinatos y misterio, y esa persona es la misma *Dama*. He estado haciendo mis propias investigaciones en el caso Ivanoff, y ahora sé quién es la *Dama*. Dentro de tres días presentaré una entrevista con ella, aquí en el informativo de las seis, en este mismo canal.

—Genie —le dijo su productor por el micrófono de su oído—, será mejor que lo hagas bien; está a punto de desatarse un infierno.

—Eso es exactamente lo que deseo —le respondió simplemente.

—Muy bien —le dijo—, la limusina está esperando para llevarte a tu casa. Estará a tu disposición toda la semana próxima y un par de guardaespaldas montarán guardia en tu casa tan pronto como lleguen allí. ¿Está bien?

—Seguro. —Miró el reloj mientras juntaba sus cosas—. Los veo en un par de

días.

El productor la miró preocupado mientras ella salía del estudio.

—Espero que esté haciendo lo correcto —dijo.

Durante unos segundos Cal quedó paralizado en su asiento. Luego se puso de pie de un salto gritándole a su secretaria que estaba en el despacho contiguo, que lo comunicara con el estudio de televisión. La muchacha se había marchado. Gruñendo de frustración, encontró el número y marcó él mismo. Daba ocupado y supuso que, después de la sensacional declaración de Genie, la línea estaría sobrecargada de llamadas.

Se puso la chaqueta, le dio un golpe a la puerta de su despacho y tomó un taxi.

—Perdone, señor Warrender —le dijo el hombre de la recepción—, pero la señorita Reese ya se fue.

—¿Dónde se ha ido? —le preguntó.

El hombre se encogió de hombros.

—No lo puedo decir.

—Diablos —dijo Cal salvajemente—. Déjeme hablar con el director.

—También se ha ido, señor —le dijo el hombre, evitando la mirada.

Caminó hasta el teléfono que había en el vestíbulo y marcó el número de Genie. Lo dejó sonar largo rato pero no hubo respuesta, ni siquiera el contestador automático. Se preguntó dónde diablos estaría, volviendo a maldecirse por involucrarla en lo que se había transformado en un juego peligroso. No había forma de alcanzarla. Simplemente debería esperar hasta la cita de las ocho y luego le diría que no le quitaría la vista de encima hasta que este asunto terminara, ¡incluso si debía mudarse a vivir con ella! Maldición, ¿no se daba cuenta ella de que le había dicho al mundo que ella conocía a la *Dama*? ¿Ni siquiera había tenido en cuenta la peligrosa situación en que se había colocado? Con aspecto sombrío, se dirigió al bar Four Seasons para esperarla.

Se sentó en el vestíbulo decorado con flores, disfrutando de una copa, escuchado la música del piano y observando a la flor y nata de los jóvenes brillantes de Washington, mirando su reloj cada diez minutos. Se hicieron las ocho y pasaron también. A las diez lo llamaron. Había un mensaje de Genie que decía que no había podido llegar. Volvió a llamar a su número y no hubo respuesta. Llamó al operador, consiguió el número de la casa del director y lo llamó.

—No hay problemas, señor Warrender —le dijo—. Obviamente pensamos en los riesgos. Pusimos una limusina a disposición de Genie y dos guardaespaldas en su casa. Yo no me preocuparía. Dijo que se iría por un par de días. También dijo que estaría bien.

—¿Quiere apostar? —dijo Cal con ironía, cortando de un golpe la comunicación y dirigiéndose al estacionamiento.

Cubrió la distancia desde Foggy Bottom hasta N Street en cinco minutos y se quedó sentado mirando la casa de Genie. Estaba todo a oscuras. El miedo le oprimió la garganta mientras subía los escalones y espiaba por las ventanas. Todas las cortinas estaban cerradas. Dudó, tocó el timbre, luego intentó con el picaporte. Se abrió al tocarlo y entró con precaución, llamándola por su nombre. Oyó un gruñido y recordó que Genie tenía un perro. Tanteó para encontrar el interruptor de la luz, a la izquierda de la puerta. El pasillo era diminuto, unos pocos metros de suelo con un bonito felpudo y una antigua consola con sus dos docenas de rosas de color crema arregladas en un florero de cristal.

—¿Genie? —volvió a llamarla, abriendo la puerta que conducía hacia la izquierda. Encendió la luz y miró la habitación vacía. Alfombras orientales, sofás blancos, flores, luces tenues, pero no estaba Genie.

La puerta del otro lado del pasillo se negó a abrirse y él la forzó golpeándola con el hombro. De pronto, cedió y un enorme perro se abalanzó sobre él, lamiéndolo emocionado y ladrando de alegría por estar libre.

—Muy bien, muchacho —le dijo Cal tranquilizándolo, tratando de abrir más la puerta—. ¿Dónde está Genie, eh? Dime, muchacho. —Se deslizó por la abertura de la puerta de la cocina, mirando detrás para ver qué era lo que impedía que se abriera. Dos hombres estaban tendidos en el suelo, con las muñecas y los pies atados, los ojos cubiertos y la boca amordazada. Estaban peligrosamente quietos. Se puso de rodillas, buscando el pulso. Era lento, pero estaban vivos y supuso que estaban drogados. Inspeccionó el resto de la casa rápidamente, pero no había señales de Genie.

Había un teléfono de pared junto al fogón de la cocina. Llamó una ambulancia y a la policía, luego al FBI y les dijo que Genie había desaparecido. Después llamó a Cornish a su casa y le dijo que moviera el culo a su despacho de inmediato.

Aun cuando lo veían todos los días, el servicio de Seguridad de la Casa Blanca en la puerta oeste lo registraba y el soldado con el fusil inspeccionaba su automóvil antes de dejarlo pasar por la puerta. Cal pensó con furia que no tomaban en cuenta que llevaba prisa, pero sabía que hacían lo correcto. No podían permitirse cambios.

Las luces todavía estaban encendidas en algunos de los despachos y se estaba desarrollando una recepción presidencial para algún dignatario extranjero. La Casa Blanca jamás dormía. Cal escuchó los mensajes en el conmutador. Había sólo uno y no era de Genie. En realidad, no era de nadie que él conociera. Marcó el número y preguntó por la enfermera Sara Milgrim.

Llamaba desde Fairlawns de parte de una de las residentes, le dijo la enfermera Milgrim. Era difícil para la dama llamar ella misma, ya que tenía noventa años y estaba un tanto sorda. Sabía de él por los periódicos y lo había visto por la televisión. Insistía en verlo personalmente.

—Me dijo que le dijera que ella sólo hablaría con usted, señor. No sé lo que quiere decir, pero dice que todo tiene que ver con... —La enfermera Milgrim bajó la voz—. Tiene que ver con la esmeralda Ivanoff.

Cal se sentó erguido. Cornish debería esperar.

—¿Quién es ella? ¿Cómo se llama?

—Missie O'Bryan, señor. —Se quebró la voz de la enfermera Milgrim.

—O'Bryan, dijo. Bueno, dígame que iré allí de inmediato. Y gracias, enfermera Milgrim, por tomarse la molestia de llamarme.

—Lo he hecho por ella, no por usted —le dijo la enfermera cortante—. Y cuando venga aquí recuerde que es una anciana. Es muy tarde y no quiero que la moleste.

—Se lo prometo —asintió, con una media sonrisa dibujada en su rostro.

Maryland

Missie se miró en el espejo de mano, palmeándose el cabello con mano temblorosa, asegurándose de que Milgrim hubiera hecho un buen trabajo y de que estaba arreglada para su visitante. Sentía que un poco de su antigua vanidad la embargaba, pensó con una sonrisa fatigada. Parecía que todo el pasado regresaba para perseguirla en su avanzada edad. Excepto Anna. ¿Por qué no había llamado? ¿O había venido a verla? ¿La habían convencido los asesinos de esos dos hombres de que estaba en un juego peligroso?

Negó con la cabeza y dejó a un lado el espejo. En estos días dormía tan poco que siempre se alegraba cuando los primeros programas de la televisión comenzaban para hacerle compañía. Pero no había esperado ver los ojos de Misha mirándola desde la pantalla de la televisión aquella mañana. Ni había esperado volver a oír el nombre de Solovsky. Y ahora de pronto Anna iba a ser expuesta en televisión y ella temía por su vida.

Se había preguntado con desesperación qué hacer. No conocía a nadie que la pudiera ayudar, excepto quizás el presidente. Todo eso fue hasta que vio a Cal Warrender en la televisión. Dijeron que era el joven que investigaba el misterio de los Ivanoff y recordó haber leído sobre él en los periódicos, «un joven político con futuro, —decían de él—, un hombre a tener en cuenta». Incluso decían que tenía el oído del presidente y que sus opiniones eran respetadas. Siempre estaba en una de esas fiestas de Washington. De pronto, él pareció ser la respuesta a sus oraciones. Con seguridad, el hombre que tenía el oído del presidente y que también estaba involucrado en el caso Ivanoff comprendería lo que ella tenía que decirle. Él ayudaría a Anna. Sin duda, Milgrim pensó que ella había perdido la razón con toda su charla acerca de la esmeralda Ivanoff, pero se había visto obligada a usar el nombre para convencerla de que llamara al señor Warrender.

Su mano le tembló mientras sacaba la fotografía enmarcada en plata y piedras de Misha. La colocó en la mesilla, mostrándola por primera vez en más de medio siglo.

—Bueno, Misha —le dijo con suavidad—, tendré que romper mi promesa, después de todo. Le contaré la historia de Azaylee. Ya que, si no lo hago, cariño,

entonces lo que temías se hará realidad y ellos asesinarán a tu nieta.

Después de doblar las manos sobre su regazo, se sentó tranquilamente, esperando a que Cal Warrender llegara.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 33

Missie no era lo que Cal había esperado de una anciana. Ella poseía el tipo de belleza real que incluso la edad no podía marchitar, con su cabello peinado hacia atrás y sus magníficos ojos violetas que lo evaluaban con ansiedad.

Y tampoco era Cal lo que Missie había esperado.

—Es usted más joven de lo que imaginé cuando lo vi por televisión —se quejó con una voz que tenía el sonido de plata como su cabello parecido al metal—, pero en estos días todos me parecen imposiblemente jóvenes. Incluso mis médicos son lo suficientemente jóvenes como para ser mis nietos.

El sonrió:

—¿Tiene muchos nietos, entonces?

Ella negó con la cabeza.

—Sólo una, por poder, como podría usted decir. Y con ella se conecta la historia. Por favor, siéntese, señor Warrender. —Le hizo un gesto con la mano señalándole la silla que estaba más cerca de ella, mientras la enfermera Milgrim entraba a toda prisa con la fuente del té—. Esta puede ser una noche larga.

—No demasiado —le advirtió Sara Milgrim, ansiosa—. Recuerde que no hemos tomado las píldoras.

—No tengo necesidad de ellas esta noche —le respondió, negando con la cabeza impaciente—. Hay trabajo que hacer. —Tenía los ojos fijos en los de Cal cuando agregó—: Y espero que este joven pueda hacerlo por mí.

Milgrim le alcanzó a él una taza.

—Es Earl Grey —le dijo, mirándolo con desaprobación—. Es lo único que ella bebe.

—Eso será todo por el momento —le dijo Missie airadamente—. El señor Warrender y yo tenemos mucho de que hablar. Por favor, no nos moleste.

Los ojos preocupados de la enfermera se encontraron con los de Cal y él le dijo tranquilizándola:

—La cuidaré. Si se fatiga demasiado, enviaré a buscarla... y por más Earl Grey también.

Cuando la puerta se cerró, Missie le dijo agitada:

—No hay tiempo que perder, señor Warrender. Anna Ivanoff está en gran peligro. —Ella asintió con la cabeza cuando él reaccionó ante la mención de aquel nombre—. Sí, ella es la nieta de Misha Ivanoff. Vea, aquí está su fotografía. —Le alcanzó la fotografía enmarcada con el emblema del príncipe—. Anna es la hija de Xenia Ivanoff, que se escapó de Rusia en 1917. Es una larga historia, la mayor parte de la cual usted probablemente la adivine ahora, pero yo le daré los detalles. Y también le diré lo que sucedió con el hijo de Misha, Alexei.

El antiguo miedo la invadió nuevamente cuando miró a Cal, preguntándose si podría realmente confiar en él, un desconocido que sólo conocía por la prensa y la

televisión, pero no tenía otro remedio. Era demasiado vieja para serle a Anna de alguna ayuda. Alguien debía hacerse cargo de su papel.

—Todo comenzó la noche en que yo cumplí dieciocho años —le dijo con suavidad—. Estábamos en Varishnya e incluso bebimos champaña, sabíamos que era posible que no nos volviéramos a ver...

La grabadora en miniatura que Cal tenía en el bolsillo hizo un débil ruido cuando él la encendió, pero Missie no lo oyó, y Cal la escuchaba, fascinado, como si la mujer revelara, sólo para él, el misterio que había capturado la atención de las naciones del mundo durante más de medio siglo. Asintió cuando finalmente le habló de Eddie Arnhaltd; sus sospechas habían sido las correctas: había un tercer jugador en todo esto.

Al final Missie se recostó en la silla, con un destello de fatiga cruzándole el rostro, y Cal dijo preocupado:

—Esto es muy duro, señora, liberar tanto miedo y emoción de golpe. Quizá debiera irme ahora y dejarla descansar.

—No —dijo ella, irguiendo su casi ya rígida espalda—. Sólo le he contado el principio. Ahora debo contarle el final. Es importante que usted sepa todo por el bien de Anna. Pero quizá tome un poco de brandy, si no le importa, señor Warrender.

—Mire, señora —le dijo, sirviéndole el brandy y alcanzándole la copa—, no puede seguir llamando al hombre al que le está desnudando su alma señor Warrender. Por favor, ¿me puede llamar Cal?

Ella le sonrió.

—¿Es el apodo para Calvin?

Cal negó con la cabeza.

—Callum, por mis ancestros irlandeses.

Los ojos de Missie se tornaron soñadores.

—Ah, una vez conocí a un irlandés —le dijo, olvidando que ya le había contado sobre O'Hara—. Un seductor irlandés, fuerte, musculoso y pelirrojo... —Ella sorbió su brandy, pensando, y luego comenzó:

»Cuando regresamos a Nueva York desde Alemania, dejé a Azaylee y a Beulah en un pequeño y desconocido hotel de la calle Cincuenta y Siete oeste, del tipo que usaban los viajeros de comercio y gente por el estilo. Y luego fui inmediatamente a la calle Rivingston a buscar a Rosa...

Nueva York

La joven mujer morena de rostro afilado que abrió la puerta de Rosa la miró lentamente de arriba a abajo, obviamente impresionada por lo que veía.

—Nu, ¿y qué es lo que una dama tan elegante quiere de los Perelman? —le preguntó, mirando con envidia la cara chaqueta de Missie.

Missie miró la habitación que ella conocía tan bien, sólo que ahora estaba distinta, extrañamente tranquila, ordenada, sin ropas de niños ni juguetes desparramados por doquier. Sin embargo, había algunos viejos muebles y piezas de porcelana, cacerolas y los candelabros de Shabbas de Rosa. Era todo de Rosa, pero no parecía de ella. Casi no se atrevía a preguntar dónde estaba su amiga, por miedo a que algo malo le hubiera ocurrido.

La joven encogió los hombros.

—Se fue —dijo—, ¡en buena hora! Lo que un hombre como Meyer Perelman estaba haciendo con una perezosa así jamás lo sabré. Todas las noches venía a las reuniones del sindicato y me contaba lo haragana que era, cómo descuidaba a las niñas, despilfarraba el dinero... así que finalmente la echó. —Sus duros ojos se encontraron con los de Missie—. Tan pronto como se divorcie, se casará conmigo. Yo seré la nueva señora Perelman.

Missie se apoyó en el marco de la puerta, paralizada por el impacto.

—¿Adónde fue?

La muchacha volvió a encogerse de hombros.

—Meyer era demasiado bueno para ella. Aun cuando yo le decía que no debía hacer tanto, él le daba dinero para alimentar a las niñas. Lo que oímos fue que se fue para California. Hollywood, nada menos. —Sonrió presuntuosa—. Quizá con el aspecto que tiene se cree que va a ser una estrella de cine. ¡Debería tener demasiada suerte!

—¿Dónde vive? —Missie estampó el pie en el suelo con furia.

La muchacha mostró indiferencia.

—Meyer no lo sabe y, lo que es más, no le importa.

—¿Pero y las niñas?

Por unos momentos, la muchacha la miró pensativa:

—Los niños son niños —le dijo finalmente—. Meyer dice que puede tener una docena más si lo desea. —Se volvió a encoger de hombros, dirigiéndole una sonrisa maliciosa y holgazana a Missie—. Una mujer joven como yo le puede dar a un hombre como Meyer Perelman todo lo que desea.

Missie pensó en Rosa y en sus niñas, expulsada de su miserable hogar por el bien de esta puta descarada, y sintió deseos de matarla. Se adelantó de repente y con una mano le cruzó la mejilla de una bofetada.

—Jamás te atrevas a llamar perezosa a Rosa Perelman —le gritó—. Tú eres la perezosa, viviendo a la vista de todos con un hombre casado. ¡Un padre al que no le importan nada sus propios hijos! Tú y Meyer Perelman os merecéis el uno al otro.

Luchando por contener las lágrimas, se volvió y bajó las escaleras corriendo, sintiendo náuseas por la escena y el familiar olor a verdura y pescado podridos. Afuera se detuvo y miró los alrededores de la calle Rivington: los vendedores todavía voceaban sus productos y las mujeres todavía defendían orgullosas sus regateos; perros, gatos y niños todavía buscaban cosas debajo de las ruedas de los

carros. Nada era diferente, aun cuando todo había cambiado. Sofía no estaba, ni O'Hara, ni Zev y ni ahora Rosa. Sabía que ya no pertenecía allí.

Después de detenerse a comprar un enorme ramo de flores, caminó rápidamente hasta St. Savior para encender una vela por Sofía. Luego colocó las flores en su tumba y se sentó allí largo rato, recordando. Finalmente pensó en su futuro. No podía recurrir a O'Hara y pedirle que la ayudara, no después de que ella se había marchado y casado con otro. Y ahora Zev también había desaparecido. Debía ir a Hollywood y encontrar a Rosa.

Después de salir aprisa del cementerio, caminó hasta la Segunda Avenida y tomó un taxi. En un impulso, le pidió al conductor que la llevara al teatro Nueva Amsterdam. Miró por la ventanilla la marquesina que brillaba con nombres familiares, sólo que ahora estaba anunciada una nueva muchacha Ziegfeld. Ya se había olvidado la breve fama de Verity Byron, que era noticia de ayer, la que se había casado con el millonario y se había ido a vivir a Europa.

En el bolso llevaba dos mil cuatrocientos dólares, que no era una suma pequeña si la administraba con cuidado, y había aprendido a hacerlo. Debería encontrar una nueva forma de vivir, ya que ahora tenía dos enemigos de quienes esconderse, pues Eddie Arnholdt era un adversario tan despiadado como la misma Cheka. Sin embargo, Hollywood era un lugar donde todo el mundo podía adquirir un nombre nuevo y una nueva historia familiar, transformarse en otro para beneficio de la pantalla grande. Le pareció a ella que era un lugar tan bueno como cualquier otro para encontrar el anonimato.

Capítulo 34

Hollywood

El lugar en el que Rosa vivía en Hollywood era algo diferente al de Nueva York; una sola habitación, en lugar de dos, unos pocos muebles, una cama vieja donde dormían las cuatro, espalda contra espalda, una cocina compartida con los otros inquilinos y un cuarto de baño al final del pasillo. El único cambio era que estaba en la planta baja, con cerco de tablas y galería en el frente, un cuadrado verde más allá y vista al cementerio de Hollywood. Y estaba en una esquina falsa de una calle llamada Gower, donde Sunset se encontraba con Santa Mónica.

Las desventajas de la nueva casa eran algo deprimente, desvencijada y calurosa como el infierno en el largo verano del lugar y fría y húmeda cuando llovía en invierno, lo que sucedía en ocasiones y más copiosamente de lo que ella había llegado a esperar. Sus ventajas consistían en la vista de las floridas colinas de Hollywood, con su fondo de montañas de color bronce y púrpura, que ofrecían a los ojos una fiesta que cambiaba diariamente, a veces con el toque del pálido dorado del amanecer, cuando el aire brillaba como cristal, a veces hirviendo en el crispado marrón del mediodía y a veces bañado de un tinte rosado cuando el sol gigante giraba hacia el oeste sobre Santa Mónica, como en alguna película épica de D. W. Griffith ambientada en el cielo.

Rosa estaba enamorada de Hollywood, sólo que no se hallaba segura de si Hollywood lo estaba de ella. Amaba las palmeras y los pimientos, la yuca, el laurel y el hibisco; sus colores la hacían sentir como una planta tropical que florecía y abría sus pétalos anhelantes al sol; aunque no sabía qué era lo que anhelaba. Amaba las simulaciones que veía actuar todos los días en las calles donde los *ladrones* se escapaban con botines mientras que las *damiselas* de ojos oscurecidos, con maquillaje amarillento, gritaban desesperadas mientras los camarógrafos giraban con frenesí las manivelas para captar el ritmo de la acción. Amaba ver los rostros familiares de las revistas en la farmacia de la esquina donde ella trabajaba, riendo y bebiendo como la gente común, o subiendo a lujosos automóviles, como los Rolls-Royce, Bugatti y Courmont importados. Una vez incluso había atendido a la mismísima criada personal de *la Enamorada de la Nación*, que había ido al establecimiento a comprar la crema que la Pickford usaba para mantener hermosa su piel, admirada por miles de sus seguidores. Pero lo que más le gustaba era el modo en que sus tres hijas podían jugar al aire libre, en el sol, lejos del tizne y la suciedad, del peligroso tráfico de los bajos del lado este de Nueva York. Podrían ser todavía pobres pero eran más sanas y felices, sólo porque Meyer había salido de sus vidas. Sí, sin duda, había sido un buen paso, pensó Rosa, sonriendo mientras se sentaba en la galería de la entrada, al fresco de la noche, volviéndose a sentir mujer, y hasta joven.

Por fin. Después de todos estos años y con tres hijas.

Y las niñas volvían también a ser algo distintas. Sonia amaba la secundaria de Hollywood y ya había decidido ser maestra, aunque no sabía de dónde iba a sacar el dinero para la facultad. Hannah y Rachel se enloquecían con el cine como su madre y deseaban hacer películas. Rosa tenía ambiciones para ellas tan intensas y verdaderas como cualquier madre que trabajara en el escenario. Hacía fila en las oficinas de repartos de los estudios que había en los alrededores, con una niña de cada mano, esmeradamente peinadas y ataviadas, comenzando con el National en la esquina de frente a su casa y siguiendo hacia la Metro en Romaine y Wilcox, los famosos Players y Lasky en Selma, Chaplin en La Brea y Griffith en Sunset. Todos se encontraban a corta distancia y se podía ir caminando; los más alejados estaban descartados, pues visitarlos significaba pagar billetes de tranvía.

Las niñas eran bonitas como ella, con alegres ojos oscuros y tupidos rizos morenos. Sus rostros regordetes y de sonrisas inocentes ya habían ganado varios pequeños papeles como «relleno». En realidad, estaban a un solo paso de ser extras, pero por lo menos esto significaba que los directores de reparto conocieran sus nombres, y siempre existía la posibilidad de que pensarán en ellas cuando se presentara la oportunidad de un papel. Esa era la única forma de hacerse conocer en Hollywood, le habían dicho: un día no eres nadie, al siguiente ¡una estrella! Y Rosa lo creía.

Mientras tanto, trabajaba en la farmacia y ganaba su dinero. Por supuesto que no era suficiente, pero, bajo ese maravilloso cielo azul y cálido de California, la buena fortuna siempre podía estar esperando a la vuelta de la esquina. Hollywood alimentaba la esperanza de miles de corazones, y el de Rosa era uno de ellos.

Se meció lentamente en la galería, disfrutando de la paz. En ocasiones, un automóvil pasaba, pero la mayor parte de los sonidos provenían del canto de los pájaros y de las cigarras, que la molestaban. Sonia estaba estudiando y las otras dos jugaban con unos vecinitos, probablemente corriendo entre las tumbas del cementerio de Hollywood. El sol estaba bajo en el cielo y enviaba una polvorienta luz dorada a través de sus entrecerrados párpados, mientras ella se dejaba arrastrar con alegría, sintiéndose a millones de kilómetros, lejos de Meyer y los bajos del lado este. Y de Missie, a quien echaba de menos terriblemente. Pero ahora su amiga se encontraba a miles de kilómetros; tan lejos como las estrellas. Su propia vida no podría ser el cuento de hadas que era la de Missie, pero había encontrado alguna forma de paz.

Casi no oyó los pasos que se aproximaban y pensó que estaba soñando cuando la voz de Missie le dijo:

—¡Por fin te encuentro, Rosa!

Pero no era un sueño, y Missie no estaba tan lejos como las estrellas. Estaba allí, de espaldas al sol, de modo que no le podía ver el rostro, pero sabía que estaba sonriendo.

—¡Missie! —gritó, dando un salto y abrazándola—. ¡Qué sorpresa! ¡Oh, estoy

feliz de verte!

Se abrazaron con fuerza y lágrimas de alegría se entremezclaron con las risas a medida que avanzaron en sus historias...

—Tú primero —dijo Rosa, riendo—. Háblame de tu maravillosa vida. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Pero no es nada maravillosa —exclamó Missie—. ¡Fue una pesadilla! Me escapé y esa es la razón por la que te he buscado. La mujer que vive con Meyer me contó que habías venido a Hollywood. Sabía que las niñas irían al colegio; entonces fui a todos y les pregunté si tenían a algún Perelman de alumno. —Sonrió—. He hecho un buen trabajo de detective.

—Entonces ya sabes lo que me sucedió —le dijo Rosa con amargura—. ¿Y tú? Cuéntame.

Missie asintió.

—Pero, primero, ¿qué noticias tienes de Zev? ¿Está aquí en Hollywood?

—Nadie parece haber oído hablar de él. —Se encogió de hombros—. Ni buena, ni mala noticia, dicen. Quizá se haya vuelto a Nueva York y a la casa de empeño.

—Me habría gustado verlo —dijo Missie con anhelo, sorprendida de lo contrariada que se sentía. Zev había sido parte de su vida, como O'Hara, y ahora parecía que los había perdido a los dos.

—Muy bien —dijo—, ahora te contaré lo que sucedió. Pero esta vez te lo diré todo desde el comienzo. No hay más secretos.

Rosa escuchó en silencio y luego dijo con tono práctico.

—Muy bien. ¿Y ahora qué?

Missie la miró llena de dudas.

—No lo sé. Todo lo que sabía era que debía encontrarte. Tengo sólo dos mil dólares. Creo que podría buscar trabajo.

—¡Dos mil dólares! ¡Podrías comprar esta casa por muchísimo menos! —Una expresión pensativa le cruzó la cara como si considerara la situación; luego dijo—: Missie, creo que he encontrado la respuesta.

La pensión para huéspedes Rosemont estaba en la avenida Fountain, entre La Brea y Seward. La habían elegido a causa de que había una docena de estudios en los alrededores y, por lo tanto, estaba a mano para aspirantes a actores y actrices. La destartalada casa con cerca de tablas había sido reacondicionada y pintadas de verde sus puertas y ventanas. Ahora ofrecía media docena de habitaciones dobles y simples para aquellos que las desearan.

Missie y Rosa trabajaron mucho para hacer de él un lugar limpio y ventilado como el que ellas deseaban poder encontrar cuando buscaron una habitación. El pasillo central se había transformado en una sala de estar llena de sillas cómodas compradas de segunda mano, una mesa para jugar a las cartas, una mesa para el té y

un piano. Había sillas dispersas en la galería de entrada que miraban hacia las casas pintadas de estuco blancas y rosadas que estaban enfrente y a la calle bordeada de árboles, que era tan tranquila como una calle de campo.

La casa del fondo se transformó en el verdadero hogar en el que las niñas dormían de dos en dos por habitación. Rosa y Missie, cada una, tenían su propia habitación. Beulah había rechazado la oferta de Missie de pagarle el pasaje de regreso más tres meses de sueldo y decidió quedarse. Ella tenía su propia habitación detrás de la cocina en Rosemont, donde era el ama de llaves oficial, aunque por el momento sin goce de sueldo. Y *Viktor*, el perro, era el dueño del mejor lugar con sombra de la galería de entrada.

El único problema era que no tenían inquilinos y el dinero casi se había terminado.

—Debemos hacer propaganda —dijo Missie, mientras se miraban una a otra con preocupación un día en la mesa—. Haremos que las niñas escriban algunos panfletos y los distribuyan en los estudios.

Caminaron todo Hollywood dejando los panfletos en todas las salas de espera de las oficinas de reparto y, dos días más tarde, consiguieron su primer pensionista, un joven inteligente, de cabellos rubios, con un agradable rostro redondo y gruesas gafas. Se llamaba Dick Nevern y era aspirante a director. Tomó el cuarto más pequeño y pagó un mes en efectivo por adelantado, con billetes que iba sacando de un rollo, como lo advirtió Rosa al tomarlos.

Como era su único pensionista, decidieron que podría comer con la familia. El los mantenía entretenidos con historias de su hogar en las vastas llanuras sembradas de trigo de Oklahoma, donde la vida discurría lenta y siguiendo inevitablemente el mismo camino: de la vieja escuela de edificio de ladrillos a los bailes de adolescentes que se hacían en la plaza, para luego trabajar en la granja de la familia y casarse con la muchacha de la casa vecina, para mecerse en una silla en la galería de la casa, con un sombrero de ala ancha y una paja en la comisura de la boca, mientras se hacía la siesta y se espantaban moscas.

—¿Y qué le hace pensar que puede ser director de cine? —le preguntó Missie.

Dick se quitó las gruesas gafas y las limpió, mirándola con sus ojos miopes bordeados de rojo.

—Uno aprende a ver verdaderamente las cosas en la llanura. Existe algo en todo ese lugar, aquellos amplios horizontes, hasta donde alcanzan los ojos, colocan todo en perspectiva; cada árbol y cada objeto están en el lugar correcto. He reacomodado todo aquel paisaje tantas veces que reconozco que es un juego de niños hacer lo que hace el señor Griffith. Es de los personajes de lo que no estoy seguro. No he tenido mucha experiencia con desconocidos...

—Le irá bien —le dio confianza Missie—. No tendrá problemas con nosotras.

—¿Y cuánto tiempo piensa que le llevará llegar a ser un director de la importancia del señor Griffith? —le preguntó Rosa, pensando preocupada en la renta.

—Me he dado exactamente tres meses, eso es exactamente lo que me durará el dinero. —Terminó de limpiarse las gafas, las colocó sobre su roma nariz y miró a través de ellas—. Es tiempo suficiente, ¿no les parece?

Rosa suspiró. Podía ver simplemente lo que iba a suceder con una pensión llena de jóvenes con esperanzas pero sin un centavo. Quizá no había sido una idea tan buena después de todo.

Hollywood estaba lleno de gente joven y en dos semanas Rosemont pudo colgar el cartel de «No hay habitaciones». Tenían a las mellizas, Lilian y Mary Grant, de diecinueve años, rubias y hermosas, con ojos azules redondos y largo cabello rizado, acompañadas por su madre, la señora Winona Grant, de Stamford, Connecticut, y que les dijo que sus hijas estaban «llenas de talento». Habían estudiado desde los seis años en la escuela de teatro y danza de Barrymore.

Luego estaba Millie Travers, de veinte años, de Des Moines, con una maleta llena de viejos ejemplares de *Photoplay* y su bonita cabeza pelirroja llena de sueños; un alegre joven, Ben Solomon, de Newark, Nueva Jersey, que deseaba ser comediante como Harold Lloyd y que había trabajado por el país en todos los clubes nocturnos pequeños que lo quisieron tener. Marshall Makepiece, de veinticuatro años, que había actuado en Broadway, San Francisco y en todos los lugares que pudo a lo largo de su carrera con altibajos y que creía ver algo familiar en Missie, pero de lo cual no podía estar muy seguro... Y estaban Ruth D'Abo, Mane Mulvaine y Louise Hansen, que tenían trabajo como las Bellezas del Agua de Mack Sennet y de quienes por lo menos Rosa estaba segura de recibir con puntualidad la renta.

La vieja casa estaba rebosante de vida y juventud. Le quitó de la cabeza a Missie todos los miedos que podía tener e hizo que Rosa se olvidara de Meyer. Les produjo lo suficiente como para cubrir sus necesidades, de modo que, aun cuando no estuvieran haciendo una fortuna, de algún modo, eso no parecía importar. Y las niñas pensaban que los pensionistas eran simplemente una gran familia que vivía feliz.

Azaylee, de ocho años, todavía echaba de menos su caballo y su hermosa habitación de la Haus Arnholdt, los sirvientes y todo el alboroto que se hacía a su alrededor. Extrañaba el hecho de que ella sólo tenía que mencionar algo, una muñeca, un vestido, un juego, para que fuera inmediatamente suyo. Había esperado con ansia que su hermano postizo, Augie, regresara del colegio para ser su compañero, pero ahora adoraba regresar corriendo del colegio con Hannah y Rachel, con los libros debajo del brazo, las trenzas deshechas que se mecían de un lado al otro, ansiosa por oír quién había conseguido hoy trabajo y qué habían hecho las Bellezas del Agua. Pero sus verdaderos ídolos eran las mellizas.

Lilian y Mary se marchaban todas las mañanas hacia los estudios después de un desayuno al amanecer, cuidadas por su madre de ojo de águila que conocía muy bien sus delirios por los dulces y tartas de manzana de Beulah.

—Pensad en vuestras siluetas —las sermoneaba, mientras ellas miraban con deseo las galletas calientes de Beulah—. Cuidad vuestra piel —decía, apartando el

pastel de chocolate de la cena—. Recordad que se necesita más que simplemente tener talento para ser una estrella de cine. —De esta forma, fortificadas sólo por jugo de naranja, cereales y fruta fresca, las mellizas hacían sus pruebas en las oficinas de reparto, sonriendo con inocencia a las mujeres y con un poco más de seducción a los hombres, y regresaban fatigadas cada tarde, todavía sin trabajo, para tomar la «siesta de la belleza», como la llamaba su madre. Volvían a levantarse a las cuatro, para pasar una hora practicando baile en la sala de estar. La señora Grant tocaba el piano y Azaylee miraba, conteniendo el aliento con admiración, mientras ellas se estiraban, saltaban y bailaban de puntillas, hasta que, llena de emoción, ella se ponía a bailar con las muchachas, copiando exactamente sus movimientos, con las piernas largas como las de un potrillo, temblando cuando se balanceaba de puntillas, con su cuerpo delgado meciéndose al son de la música.

No antes de que pasara mucho tiempo, las acompañaba a las clases diarias en la Escuela de Danza Berkley, en el bulevar Santa Mónica. Cuando se encontraba allí, sabía simplemente que era la niña más feliz de Hollywood. Todo lo que deseaba hacer era bailar.

Para Missie y Rosa, la vida era de pleno trabajo, y sólo después de la cena, al final del largo día, tenían algún tiempo para conversar acerca de temas serios.

—¿Y bien? ¿Qué crees que hará Eddie? —le preguntó Rosa tres meses después, mientras estaban sentadas en la galería al anochecer.

Missie se encogió de hombros.

—No lo sé, ojalá no me importara. ¿Qué crees tú que hará, Rosa?

—Buscarte, con detectives privados que le costarán una fortuna. Ahora se debe de estar volviendo loco.

—Ya está loco. Obsesionado. —Se estremeció, incluso ahora que la noche era cálida—. Un día nos encontrará, Rosa, lo sé.

—Jamás. —Le aseguró Rosa—. Nunca soñaría que su esposa tuviera una pensión en Hollywood. —Hizo una pausa y luego agregó pensativa—: A menos que...

Los ojos de Missie se abrieron con alarma. Se sentó derecha en su silla y dijo nerviosa:

—A menos que... ¿qué?

—Bueno, simplemente pensaba, quiero decir, mira lo fácil que fue encontrarme a mí, simplemente preguntando en las escuelas locales por las niñas. ¿Qué sucedería si él hiciera lo mismo?

Aquel viejo sentimiento de miedo se apoderó de su estómago.

—Dios mío, ¡qué tonta fui! —gimió—. Pensé que probaría con Ziegfeld, madame Elise, el mundo del teatro de Nueva York. Jamás imaginé que podría hacerlo en Hollywood. Pero ¿a dónde más podría venir una modelo a buscar trabajo? ¡Él sabe que no tengo dinero!

—¿Por qué no le cambias el nombre a Azaylee? —le dijo Rosa, siempre práctica.

—Oh, no, no podría hacer eso. No de nuevo. —Missie la miró preocupada—. La

pobre criatura comenzará a preguntarse quién es. Y, además, es demasiado tarde. Todos la conocen. No, tendré que sacarla del colegio, conseguir una maestra para ella. —Suspiró cuando pensó en el dinero que esto le costaría—. De alguna forma me las arreglaré.

Al día siguiente, el escritorio de Azaylee se colocó en el comedor y cinco días por semana venía a la casa una joven maestra, que había abandonado su profesión por el arriesgado mundo del cine. Le enseñaba aritmética, gramática y los rudimentos de historia y geografía.

—Pero ¿por qué no puedo ir al colegio con Hannah y Rachel? —preguntó Azaylee, con torrentes de lágrimas que le bañaban el rostro—. ¿Por qué debo estudiar en casa, sola? Echo de menos el colegio y a los otros niños... ¿Por qué me haces esto?

—Es sólo por un tiempo —le dijo Missie, cambiando de tema—, por poco tiempo. No puedo explicarte ahora la razón, pero créeme que es por tu bien.

Azaylee la miró sin hablarle, con los luminosos ojos dorados brillantes de lágrimas. Luego se volvió y corrió escaleras arriba, hasta su habitación. Cuando se negó a bajar para la cena, Missie le llevó una bandeja. Estaba tendida en la cama, y cuando la vio entrar se volvió para no mirarla, clavando sus ojos en la ventana.

—Vamos, *milochka* —la obligó Missie—, debes comer o tendrás apetito a mitad de la noche.

—No tengo apetito —le dijo Azaylee, distante.

—Pero debes comer algo —la urgió Missie—. Si quieres ser bailarina, tendrás que estar fuerte.

—No seré bailarina —murmuró, tapándose con un brazo los ojos para no tener que mirar a Missie.

Missie la observó con incertidumbre durante unos momentos, dejó la bandeja sobre la mesa y le dijo con tranquilidad:

—Lo siento de verdad, Azaylee. Desearía no tener que hacer esto ahora. Sé que es duro para una niña pequeña comprenderlo, pero así son las cosas. Mientras tanto, intenta comer tu cena. —Dudó, con su mano en el picaporte, y agregó—: Quizá quieras bajar después. La señora Grant ha prometido tocar el piano y las Bellezas del Agua van a ensayar un nuevo acto para nosotros.

Normalmente Azaylee se habría electrizado con una noticia de este tipo, pero ahora simplemente volvió la cabeza y no dijo nada.

Más tarde, cuando Missie fue a desearle buenas noches, la bandeja estaba todavía intacta y Azaylee parecía dormida. La miró con preocupación y luego se llevó la bandeja a la cocina.

Azaylee apareció en el desayuno, a la mañana siguiente, con aspecto sumiso y pálido. Tomó un vaso de leche y cruzó el jardín hacia el comedor de Rosemont, donde la señorita Valerian, su maestra, la estaba esperando.

—¿Ha perdido toda la alegría? —gritó horrorizada Rosa—. ¿Qué hemos hecho, Missie?

Ella movió la cabeza, asustada. Azaylee se parecía a Anouska, su madre, cuando aquella se retiraba a un mundo propio donde nadie podía alcanzarla y desde el cual cada vez parecía más reticente a regresar.

Fueron los pensionistas los que finalmente obligaron a Azaylee a salir de su depresión, concurriendo a sus lecciones y haciéndola reír con simulados errores de alumnos. Mille le prestó el último número de *Photoplay* y las Bellezas del Agua le mostraron sus nuevas habilidades, llevándola a la playa en Santa Mónica con Mack Sennet en persona, justo entre Ruty y Marie. Y Lilian y Mary le dijeron que no irían a las clases de baile a menos que ella lo hiciera, de modo que por supuesto Azaylee fue. Pero Missie sabía con seguridad que de vez en cuando la niña era capaz de sufrir grandes cambios de carácter como Anouska.

Unos días más tarde, estaban sentados en la galería cuando Dick Nevern dejó a un lado el diario que estaba leyendo y dijo:

—Imaginen a un joven de catorce años que hereda todo ese dinero. Una fortuna; más de lo que alguna vez ganaré yo como director, sin importar el éxito que pudiera tener.

—¿Más que Mary Pickford? —preguntó Millie Travers, que conocía todo acerca de los contratos de las estrellas, así como también los detalles de sus vidas domésticas, tal como se relataba en las revistas de cine.

—Millones más que la Pickford, Chaplin o cualquiera de ellos —le respondió Nevern.

—¿Y quién es este millonario de catorce años? —preguntó Rosa, interesada—. ¿Quizá se interese por mi Hannah?

Nevern levantó el diario y leyó el titular:

«Hijo del barón alemán del acero hereda todo después de un accidente fatal»

«El barón Eddie Arnhaldt se mató ayer en un accidente automovilístico que también cobró la vida de su amiga, la condesa Gretel von Dussman, y de otra pareja. El vehículo, un nuevo Broadman, se cree que quedó fuera de control y chocó contra un árbol en una estrecha carretera, cerca de Deauville. Se dice que el barón y sus amigos murieron instantáneamente. Su único hijo, Augustus Arnhaldt, de catorce años, heredará una de las mayores fortunas del mundo, que incluye hierro, acero y una fábrica de armamentos en Essen, Alemania.»

Rosa se puso de pie de un salto.

—Perdonadme —dijo con desmayo—. Sólo ahora me doy cuenta de que tengo algo importante que hacer.

Missie estaba sentada en la cocina tomando una taza de café con Beulah.

—¿Qué sucede? —le preguntó, alarmada por el rostro enrojecido de Rosa y el

brillo que tenía en los ojos.

—¡Arnhaltd está muerto! —gritó Rosa—. Murió ayer en un accidente automovilístico. Está en todos los periódicos. Oh, Missie, Missie. Se han terminado todos tus problemas.

Capítulo 35

Nueva York

El rey O'Hara supervisaba el atestado club nocturno con una sonrisa tan grande como su cigarro, contando con ojo experto a los alegres y elegantes clientes, evaluando mentalmente su inversión: su ganancia. Y de la ganancia era de lo que se trataba. Los precios de King O'Hara eran tan exorbitantes que todos sabían que debía ser el mejor, y entonces luchaban por entrar.

Ahora había abierto un segundo local, el O'Hara Purple Orchid, en la calle Cincuenta y Dos Oeste, con precios incluso más elevados y una imagen de mayor estilo: frío, decorado de color gris, lila y dorado, los músicos con traje de noche, cubos dorados para champaña, importados de Francia, copas de cristal y flores de invernadero, frescas todos los días, con una única, costosa y exquisita orquídea para cada dama y un clavel teñido de púrpura para el ojal de los caballeros. El rey O'Hara contaba entre su clientela a cualquiera que tuviera el suficiente dinero para pagar la cuota y las bebidas, pero Purple Orchid era para la clase alta. Sus clientes eran los descendientes ricos de la alta sociedad, líderes de la sociedad del café, y la crema del mundo del teatro. Nadie jamás se ganaba la entrada a Purple Orchid sin la aprobación personal de O'Hara, y, sujeta a las mullidas pieles de zorros de las hermosas jóvenes llenas de joyas, la flor púrpura se había transformado en el accesorio más exquisito de la ciudad.

La pista de baile del Purple Orchid, con pátina dorada, y la de vidrio negro del King O'Hara se llenaban todas las noches; a pesar de los enormes pagos necesarios para evitar que los lugares se vieran arrasados, O'Hara estaba haciendo una fortuna, incluso mayor que los hermanos Oriconne, con quienes había comenzado. Y ese era su gran problema. A los hermanos no les gustaba que su ex empleado estuviera abarcando su territorio. Le hacían objeciones por comprarle el licor a otro proveedor, en especial cuando él había utilizado sus contactos para conseguir precios menores que los que ellos podían ofrecer. Y sus clubes nocturnos estaban en directa competencia con sus propios clubes de Manhattan, Filadelfia, Pittsburgh y Chicago.

Los agradables hermanos Oriconne, Giorgio y Rico, lo invitaron a una agradable fiesta de «estilo familiar», en la mansión de Rico en Nueva Jersey. Era la fiesta de cumpleaños de la hija de Rico que cumplía dieciséis años. O'Hara había ido a Tiffany y comprado un regalo que la joven Graziella Oriconne recibiría encantada. Era una fina cadena de oro con dieciséis exquisitas perlas intercaladas con corales.

—Jamás pensé que iba a llegar el día en que admitiría que tienes buen gusto, O'Hara —había comentado Rico, sonriendo ante el placer de su bonita hija de cabellos oscuros—, pero debí darme cuenta cuando adoptaste un nombre nuevo —«rey»—. Compraste con ello un toque de distinción.

—Sí, bueno, eso es acerca de King O’Hara, Rico. —Fumó su cigarro, mirando a Rico a través del humo—. Y el Purple Orchid, bueno, es simplemente otro reducto de la noche, entre cientos.

—Dieciséis de los cuales son Oriconne —le dijo con delicadeza Giorgio.

O’Hara lo observó, esperando lo que le diría Rico; era fácil de adivinar; de cabellos oscuros, ojos sumisos, bajo de estatura y regordete, el verdadero padre de familia gentil. Había que ver simplemente la fiesta de cumpleaños de su hija. ¿Qué mal tipo podría llegar a dar una fiesta como esa? El lugar estaba lleno de familiares y amigos, de gente joven y de niños, incluso bebés, que corrían por el parque y bebían limonada debajo de la sombra de los árboles. No se veía alcohol en la casa de los Oriconne. Pero Giorgio era otra cuestión. Era mediano de estatura, delgado, cabello negro lacio y un bigote pegado a la cara. Sus ojos oscuros no se perdían nada; una penetrante mirada de las órbitas en sombra de Giorgio, y uno sabía que había memorizado todos los detalles y de que jamás los olvidaría.

Giorgio siempre le había parecido a O’Hara un hombre que esperaba que la acción comenzara. Jamás se estaba quieto, se balanceaba en silencio, fumaba un pitillo detrás de otro, nervioso, incluso en una situación tranquila como aquella. Se había enterado de que no había ninguna mujer en la vida de Giorgio desde que su esposa había muerto hacía ya unos años; se cayó de un trasatlántico camino a Italia, habían dicho.

Por supuesto que había habido algunas especulaciones sobre un suicidio. ¿Qué necesidad tenía una persona como ella de terminar con su propia vida? ¿No tenía todo lo que una mujer podría alguna vez desear? ¿Dinero, joyas, pieles, casas? ¿Y un marido fiel? Por lo menos, nadie jamás había visto a Giorgio con otra mujer, de modo que se presumía su inocencia. Decían que el no haber tenido hijos había sido la gran pena de su vida. Es decir, una italiana sin hijos es como las fresas sin azúcar —un poco agrias, un poco acidas—, y se sabía que Giorgio había sentido envidia de que su hermano tuviera una vida familiar tan feliz y con media docena de hijos.

—¿Por qué nos haces esto a nosotros, O’Hara? —le dijo Giorgio, con su voz tranquila, ronca—. Fuimos buenos contigo, te tratamos como de la familia. Ahora, tratas de quitarnos el negocio.

O’Hara fumó su cigarro, tosiendo con el humo.

—Seguro que hay suficiente para todos nosotros, Giorgio —le dijo, con una sonrisa nerviosa—. Todo el mundo quiere ir a un club nocturno; el tuyo, el mío, ¿cuál es la diferencia?

—El dinero —le dijo Giorgio, con delicadeza—, mucho dinero.

La voz de Rico sonó de repente fría cuando dijo:

—Yo y mi hermano hemos hablado de la situación, O’Hara. Hemos decidido que en el futuro deberías comprarnos todo el licor a nosotros. Nuestros precios, para un viejo amigo como tú, serán razonables. Tú conoces el sistema, cómo funciona. Nuestros hombres se pondrán en contacto contigo el lunes para el primer pedido.

—Y a todo esto —agregó Giorgio, con su voz áspera por el tabaco casi como un gruñido—, habrá que pagar un porcentaje. Veinticinco por ciento. Reconocemos que por lo menos debes tratar de arreglar los asuntos entre tú y nuestra familia.

Las cejas de O'Hara se arquearon con sorpresa. Giorgio hablaba de mucho dinero: 25 por ciento sobre los pedidos significaban el 25 por ciento menos en su bolsillo y el 25 por ciento de ganancia para los Oriconne.

—Lo pensaré —le dijo, aplastando su cigarro.

Rico levantó un dedo para llamar a un sirviente de chaqueta blanca. Le señaló el resto del cigarro y el hombre lo retiró de inmediato.

—No lo pienses mucho, O'Hara —le dijo, tomándolo del codo—. Y ahora, ¿por qué no nos acompañas a la fiesta? Es casi hora de que Graziella corte el pastel.

Como era seguro, el hombre enviado por los hermanos apareció el lunes siguiente, y, como era también seguro, O'Hara hizo su pedido, pero sólo por la mitad de lo que necesitaba. El resto lo obtuvo en secreto de una docena de proveedores pequeños que estaban contentos de hacer sus negocios con precios favorables, y él reconoció que les había bajado a los Oriconne del 25 por ciento al 12,50. Aunque eso le molestaba, era un precio bajo para mantenerlos tranquilos. Su licor llegaba con puntualidad todos los miércoles por la noche a las cuatro y se descargaba en las bodegas, con rapidez y en silencio. Los Oriconne siempre habían hecho operaciones silenciosas.

Eso había sucedido hacía seis meses, y ahora él estaba pensando abrir en Chicago. Se había enterado de unos locales en el lado sur, lo suficientemente pequeños como para llenarlos pero grandes para mantenerlos como lugares exclusivos. Pronto había aprendido que los números grandes no eran importantes, ya que cuando uno cobra el máximo se puede obtener la misma ganancia con la mitad del despliegue. King O'Hara se había granjeado una reputación, la de ser un operador inteligente.

Sus negocios inmobiliarios en Smallwood Hills, Nueva Jersey, se desarrollaban con mayor lentitud. Por alguna razón estaba teniendo dificultades en obtener los permisos que se necesitaban, pero sabía que era cuestión de tiempo y de encontrar a quién sobornar. Él podía esperar.

La única noticia mala de su vida había sido la de Missie huyendo y casándose con el barón alemán. Él todavía soñaba con ella por las noches o incluso durante el día, ya que toda su vida había cambiado. Se levantaba a las seis de la tarde, tomaba un baño, se afeitaba, tomaba un desayuno fuerte con carne asada y cinco tazas de café, en su elegante suite, en el nuevo hotel Sherry Netherland. Luego acudía a algunos de los últimos espectáculos de Broadway, siempre acompañado del brazo de alguna bonita muchacha, en general, una de clase alta que adoraba su típica lisonja irlandesa y su buen aspecto, así como también su nueva reputación de *rey* en la cama. Pero ninguna era como Missie. Ella poseía más clase que cualquiera de las jóvenes más ricas y elegantes. Missie era una verdadera dama y él todavía la amaba, aun cuando la maldecía en sus sueños.

Después cenaba en un restaurante elegante y de nuevo al club nocturno, el lugar donde verdaderamente se sentía el rey. Disfrutaba cuando las cabezas se volvían para mirarlo cuando entraba en su pequeño reino, disfrutaba de tener a celebridades en busca de su presencia, o su sonrisa, o una palabra, y disfrutaba de elegir qué mesa debería engalanar con el encanto de su presencia y de sus bromas. En síntesis, era un hombre feliz. Si no hubiese sido porque le faltaba Missie.

No era un hombre que dedicara demasiado de su tiempo a la lectura de los periódicos, y fue unos meses después de sucedida cuando la noticia de la muerte de Arnhaldt atrajo su atención. Fue cuando su bodeguista desarrolló un periódico de la última entrega de alcohol, comprado a unos corredores de ron de Bermuda.

Leyó y relejó, pero había sólo una breve mención al matrimonio de Arnhaldt con la belleza de Ziegfeld, y toda la noticia se centraba en el hecho de que su hijo heredara todo. ¿Y dónde dejaba todo eso a Missie?, se preguntó. ¿Sola y sin un centavo? La rabia le quemaba el corazón cuando recordaba el dolor y la angustia de su desertión, pero sabía que todavía era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Suponía que, después de todo, era un incauto. Un incauto en el amor.

Le llevó a todo un equipo de detectives privados exactamente una semana descubrir que la joven baronesa Arnhaldt se había escapado a los pocos meses de su casamiento y que nadie sabía dónde estaba, mucho menos su marido, que había gastado una fortuna en espías que llegaron a ir tan lejos como a América del Sur, tratando de rastrearla. También se enteró del hecho de que había estado viviendo a la vista de todo el mundo con la condesa Gretel von Dussman, incluso antes de que Missie lo hubiera dejado, y que Eddie Arnhaldt no le había dejado a su joven esposa ni un solo centavo.

—No me importa lo que cueste —le dijo O'Hara a los detectives, de la misma manera en que Eddie debió de haberlo hecho—, encuéntrala.

—Por lo menos dénos una pista —le rogaron—. Queremos decir, si Arnhaldt con todo su dinero no pudo encontrarla, ¿cómo espera que nosotros lo hagamos?

—Prueben con Ziegfeld —les dijo—, con madame Elise, en la calle Rivington. —Pensó durante unos instantes y luego dijo—: Prueben con Rosa Perelman y Zev Abramski.

No tuvieron suerte con Ziegfeld y Elise, pero pronto descubrieron que tanto Abramski como Rosa se habían marchado a Hollywood. Y les llevó otro mes de duro trabajo averiguar que nadie había oído palabra del paradero de Zev Abramski en Hollywood, pero que Rosa Perelman tenía una pensión en la avenida Fountain.

O'Hara se puso inmediatamente su sombrero, tomó el Twentieth Century Limited a Chicago, donde dirigía un pequeño comercio, y firmó su contrato para el nuevo club nocturno. Luego tomó un tren la tarde siguiente con destino a Los Angeles.

Descubrió que su reputación lo había precedido. Fue recibido personalmente por la señora Margaret Anderson, gerente del hotel Beverly Hills, que lo llevó a su mejor dependencia, una casa pintada de color rosado en medio de lujosos parques llenos de

canteros con flores. Se duchó, se cambió, se peinó hacia atrás sus rizos pelirrojos, alquiló un automóvil con chófer y partió para encontrar a Rosa.

Mientras avanzaban con el coche, miró las calles que bordeaban llanuras y grupos de árboles frutales, palmeras y colinas verdes que se quemaban al sol y las montañas, desnudas y brillantes, como fondo. Vio las bonitas casas de estilo español, los escasos comercios, el aspecto no terminado del lugar, y supo que no era para él.

—Por Jesús —le comentó al conductor—, un hombre podría volverse loco aquí. ¿Con qué se divierten de noche?

—La mayoría está en el negocio del cine —le dijo el conductor sombríamente—. Es una ciudad que se levanta temprano y se va a dormir temprano. Todo lo que hacen es trabajar, los que tienen trabajo, claro. El resto se sienta esperando en las oficinas de reparto, con esperanzas.

No era una ciudad para un club nocturno, pensó O'Hara. ¿O lo era? Quizá todos se fueran temprano a la cama porque no había otra cosa que hacer.

—Aquí es Fountain, señor. —Le dijo el conductor, doblando en una calle flanqueada por una línea de árboles—. La pensión Rosemont está a la mitad. —Se detuvo frente a una casa blanca de tres plantas. Las ventanas estaban abiertas y las cortinas de algodón volaban con la brisa; los vidrios brillaban y un par de bonitas niñas rubias estaban sentadas leyendo en la galería de la entrada. Y junto a ellas, estaba *Viktor*. El corazón de O'Hara casi estalló de alivio y amor: si el perro estaba allí, Azaylee estaba allí. También estaba Missie.

Un hombre alto y con aspecto de actor vino andando desde la galería, estudiándolo mientras él se bajaba del automóvil y echaba a andar por el estrecho sendero.

—Perdón, señor —le dijo con acento inglés—, pero hay un cartel de «No hay habitación» allí en el portón. Aunque debo admitir que, con ese coche y el chófer, podría hacer algo mejor que venir al Rosemont.

—¿Y qué hay de malo con el Rosemont? —le preguntó O'Hara a la defensiva—. Si es lo suficientemente bueno para Rosa Perelman, es bueno para cualquiera.

El hombre asintió.

—Quiero decir que usted obviamente no es cualquiera, como el resto de nosotros. En otras palabras, parece un caballero lleno de éxito.

—Eso soy —le dijo orgulloso O'Hara—, y también un viejo amigo. Me llamo *rey* O'Hara. —Le extendió su enorme puño y le estrechó la mano al hombre con entusiasmo.

—Marshall Makepiece —le dijo el hombre, dejando su acento británico y volviendo al norteamericano de todos los días.

—¿Es usted verdaderamente el *rey* O'Hara? —preguntaron al unísono las mellizas.

Esas voces estaban cargadas de sorpresa y O'Hara sonrió.

—Sí, lo soy, y estoy encantado de conocer a unas muchachas tan hermosas. Si me

perdonáis por decir esto, ¿no deberíais estar en el cine? Con ojos tan inocentes como los vuestros, haríais que Mary Pickford pareciera como una cantinera.

Las muchachas se ruborizaron y Makepiece se rió.

—Lilian y Mary son futuras estrellas. El resto de nosotros simplemente espera.

O'Hara asintió.

—¿Y dónde está la propietaria? ¿Dónde la puedo ver ahora?

—¿Quién pregunta por mí? —apareció Rosa de pronto en la puerta, mientras se secaba las manos con un trapo—. Pero, bueno. —Abrió la boca con los ojos que casi se le saltaban de las órbitas—. Es Shamus O'Hara de la calle Delancey.

—Y, si algún hombre alguna vez se alegró de ver a una mujer, ese soy yo —exclamó lleno de júbilo—. Me ha costado una pequeña fortuna, Rosa, escondiéndose en Hollywood de esta forma. Contraté a un equipo de detectives para que la encontrara.

Los ojos perspicaces de Rosa evaluaron aquel rostro radiante y suspiró.

—No será a mí a quien usted está buscando, O'Hara.

Él se secó la frente con un immaculado pañuelo blanco.

—Tendré que confesar que es a Missie a la que busco —le dijo con ansiedad—. Espero que esté aquí, Rosa, y no con Zev Abramski.

Ella se encogió de hombros.

—Nadie sabe lo que ha sido de ese hombre misterioso. Vendió su negocio y partió para Hollywood sin dejar dirección. Es una ciudad pequeña; supongo que debería haberme enterado si hubiera tenido un gran éxito. —Miró a O'Hara de arriba a abajo, mientras las mellizas y Marshall observaban interesados—. Luce como un hombre de fortuna —le comentó, inspeccionando su traje de medida, sus zapatos blancos y tostados, su camisa de seda azul con una corbata a rayas más oscura—. ¿Qué sucedió con los tirantes verdes que le sostenían los pantalones y la vieja corbata?

—Ahora puedo pagar algo mejor —le dijo O'Hara, haciendo un gesto expansivo con el brazo—. ¿Me lo dirá, Rosa? —le dijo impaciente—. Soy un hombre con una misión y necesito encontrar a Missie.

—Entre y tome asiento —le dijo, desapareciendo—. Iré a buscarla.

El corazón de O'Hara latía fuerte. ¡Iba a buscar a Missie! Se preguntó de pronto si ella habría cambiado; después de todo, era una mujer casada, viuda ahora... se había acostumbrado al dinero, los sirvientes, cualquier cosa que deseara... Se sentó mirándose las manos, esperando.

—¿O'Hara?

Él levantó la mirada y se encontró con los ojos de Missie, aquellos mismos ojos inocentes y de profundo color violeta que habían capturado su corazón hacía una eternidad.

—No puedo creer que sea usted —le dijo, acercándose y sonriéndole.

Él se puso de pie, extendiendo los brazos, esperando a que ella se arrojara en ellos. Y, mientras la tenía contra su corazón, sintiendo que latía junto al de ella, supo

que no tendría que haberse preocupado. Missie no había cambiado. Jamás cambiaría. Siempre sería la muchacha que él amaba.

Capítulo 36

Los estudios Magic Movie estaban situados al norte del Hollywood Boulevard, en un sucio lugar en las afueras de la avenida Cahuenga, y aunque eran uno de los equipamientos más pequeños y nuevos de la ciudad, los estudios recién pintados y las oficinas de estilo español tenían un aire de próspera solidez que demostraba que no era una operación que se hacía de la noche a la mañana. Los dos grandes edificios estaban ocupados durante todo el día con producciones, ahora que poseían lámparas *klieg*. Un tercer estudio estaba en proceso de construcción. En un terreno al fondo, había dos grupos de calles, una ciudad y un pueblo del oeste, y Magic tenía tres estrellas femeninas: Mae French, voluptuosa, sensual y glamorosa; Dawn Chaney, pequeña, infantil e inocente; y Mitzi Harmony, hermosa, de cabello ondulado y toda una comediente. Los dos protagonistas masculinos eran Ralph Lance, un inglés sofisticado y romántico, y Tom Jacks, duro, rudo y un excelente jinete.

Las películas de Magic giraban en torno de sus cinco estrellas: todos los otros actores se contrataban a medida que se necesitaban, en las oficinas de reparto. Producían una comedia y dos de acción y drama, pero se estaba construyendo un tercer nuevo escenario para la primera producción épica. Magic tenía como objetivo competir con Griffith y su nueva película, *Scheherazade*, con un reparto de estrellas y miles de extras.

Los sets de filmación ya estaban listos; el vestuario, diseñado; los libretos, revisados un millón de veces; y ahora habían perdido a su director.

C. Z. Abrams, dueño y presidente de Magic, se recostó en su gran sillón giratorio de cuero y miró a su equipo con frialdad.

—De modo que, caballeros —les dijo con un tono de voz bajo y tranquilo que los mantenía a todos en vilo—, ¿quién de ustedes sabía que Arnott se iría a Vitagraph?

Los cuatro hombres movieron unos papeles que tenían en las manos y se miraron los pies.

—Es así, señor —dijo por fin un ayudante del director—. El corazón de Arnott no estaba en esto y... bueno, el hecho de que Vitagraph le ofreciera cinco mil dólares por semana... No puede culpar al hombre por aceptar semejante oferta.

—Lo puedo culpar por no venir a discutirlo conmigo primero —dijo Abrams con tranquilidad. Miró a los cuatro hombres: al ayudante de dirección, al productor y su ayudante, y al camarógrafo, todos ellos vitales en su grandiosa nueva producción—. ¿Tengo que entender que todos ustedes están de acuerdo con la decisión de Arnott?

Ellos se miraron unos a otros y luego el ayudante de dirección dijo:

—Bueno, seguro, señor Abrams, que todos nosotros reconocemos que habríamos hecho lo mismo en iguales circunstancias. Y, además, con las horas que estamos dedicando a todo esto, podríamos recibir más dinero.

Él asintió, empujó hacia atrás su asiento y se puso de pie.

—Entonces les sugiero que sigan el ejemplo de Arnott y se vayan a Vitagraph.

Quizá también les paguen cinco mil por semana. Caballeros, están todos despedidos.

El productor se puso de pie de un salto, con el rostro rojo y tartamudeando.

—Pero, señor Abrams, lo único que hemos dicho es que era comprensible...

Los fríos ojos de Abrams se encontraron con los suyos por unos instantes.

—Para mí no lo es —le respondió—. Siempre se puede ganar el dinero, pero la lealtad y la integridad están más allá de un precio. —Después de pulsar el interfono, le dijo a su secretaria que se les liquidara lo que se les debía de inmediato y que se marcharan de Magic sin pérdida de tiempo.

Observó cuando los hombres con los que habían trabajado durante más de un año seguían a su secretaria fuera de su oficina. De alguna manera, sentía pena por ellos, pero los rumores de descontento y de problemas candentes se le habían comunicado hacía algunas semanas. Ahora deseaba haber actuado más rápidamente. El descontento se propaga como la gangrena en la carne, y él sabía que una rápida amputación era la única manera de detenerla. Le costaría muchos miles de dólares más retrasar la filmación de *Scheherazade* que pagarles a estos hombres más dinero, pero no podía tolerar la deslealtad. No pedía amor hacia sus películas por parte de sus empleados y estrellas, pero sí esperaba honestidad. Él se comportaba limpiamente con ellos, los trataba como a una familia, aseguraba la felicidad de todo el equipo, incluso de los extras, pagándoles bien y con prontitud. A sus estrellas les enviaba flores de manera regular y a los extras les hacía pequeños regalos, como un automóvil nuevo para Mae, una capa de armiño para la bonita Dawn y la piscina de azulejos azules más grande de California para Mitzi. Incluso le pagaba un entrenador de caballos a Tom y pagaba las cuentas de los trajes ingleses y zapatos de Ralph. Todo lo que pedía en recompensa, además del buen dinero ganado con las películas, era que mantuvieran una vida sexual tranquila y que sus nombres estuvieran fuera de los diarios, excepción hecha con cuidadosas notas para *Picture Play*, *Photoplay* y *Motion Picture Classics*. Y en las raras ocasiones en que se encontraba con sus estrellas en algún acontecimiento social, en una fiesta de sus suntuosas casas o en una cena formal en su mansión, contigua a la propiedad de Burton Green en Lexington Road, Beverly Hills, se mostraba frío, encantador, amable y siempre distante.

Cuando se sentaba en su gran despacho con las películas de sus estrellas en las paredes o caminaba sus cincuenta hectáreas en Cahuenga, inspeccionando sus estudios, sus cámaras más modernas y sus revolucionarias lámparas klieg, sabía que era el dueño de todo lo que veía. En su hermosa mansión de treinta habitaciones, en Lexington, podía contar con grandes pinturas en las paredes, una decoración hecha con buen gusto y finas alfombras. Había flores de agradable perfume en cada habitación, un perro tendido en la terraza, altos cedros que extendían su sombra sobre muy bien cuidados parques. Tenía un ama de llaves y sirvientes, chófer, media docena de automóviles, contables y abogados, y muchísimo dinero en el banco. Y trabajaba veinte horas por día para mantener alejada su soledad.

Casi deseaba el problema que debía ahora afrontar. Encontrar un nuevo director

para *Scheherazade* no sería fácil; el mejor ya estaba trabajando para otros estudios.

El interfono sonó con estridencia. Pulsó el interruptor y su secretaria dijo:

—Las señoritas Lilian y Mary Grant están aquí para verlo, con su madre, señor.

Suspiró. Las madres de los artistas eran un eterno problema, pero siempre entrevistaba a todos los miembros del elenco personalmente antes de entrar en la producción de cualquiera de sus películas, y el suyo era el sí o el no final. Las mellizas Grant eran las finalistas de la última prueba para los papeles de dos bailarinas; no eran importantes pero estaban bien caracterizadas. Por lo menos, habían estado en el último libreto que él había visto. Ahora les tendría que decir que la película se había suspendido, hasta que pudieran encontrar a un nuevo director.

Se puso de pie cuando estas entraron, les estrechó la mano, les ofreció una silla y luego regresó a su escritorio, sentándose con las manos dobladas, mirando a las muchachas y sin sonreír.

Winona Grant lo evaluó mientras él lo hacía con las jóvenes. Había oído hablar mucho acerca del solitario C. Z. Abrams, de cómo se había hecho cargo de los dilapidados estudios de Schroeder y en dos años había formado la Magic, un nombre reconocido en el mundo del cine. Se decía que había hecho una fortuna produciendo cientos de comedias baratas y de series por las que se pagaba un billete en todos los cine-teatros del país. Magic no había conseguido su nombre con grandes producciones, pero ahora estaba en ese camino, después de éxitos como *Oscuro destino*, y la larga serie de *Las aventuras de Mitzi* y los espectaculares westerns de Tom. También se decía que C. Z. Abrams estaba a punto de gastar gran parte de aquella fortuna rápidamente amasada en su nueva épica y, después del fracaso de *Intolerancia* de Griffith, lo que se decía en las oficinas de reparto era que pensara lo que hacía.

Sin embargo, a Winona no le importaba el gran juego de C. Z. Lo único que ella deseaba eran papeles protagónicos para sus hijas.

—Tanto Lilian como Mary están capacitadas para todo tipo de baile, señor Abrams —le dijo, sonriéndole—. Ballet, zapateo, ritmo y movimiento...

—Estoy seguro de que lo están, señora —le respondió, pasando su fría mirada de las jóvenes hacia la madre—, y permítame apreciar su belleza. Desafortunadamente tenemos algunos problemas. En este momento, estamos sin director. La película se pospone hasta que lo tengamos.

Los alegres rostros de las muchachas se ensombrecieron y miraron a su madre, suplicantes.

—Bueno, pero... —tartamudeó Winona, asombrada por la noticia—. Quiero decir, cuando la película vuelva a rodarse de acuerdo con lo planificado, espero que mis hijas todavía tengan sus papeles.

—Lilian y Mary tendrán sus papeles, si *Scheherazade* entra en producción. —Una extraña sonrisa iluminó su rostro—. Lo siento —le dijo a las jóvenes—. Sé lo que esto significa para vosotras. Le diré a mi secretaria que guarde vuestros nombres y las

fotografías en el archivo. Gracias por ocupar vuestro tiempo en venir a verme.

Ellas lo miraron divertidas mientras las escoltaba hasta la puerta.

—Gracias, señor Abrams —le dijeron al unísono, sin saber si sentirse molestas por la película o encantadas de la atención de C. Z. Abrams.

—Vaya —dijo Winona con enfado cuando salían por las custodiadas puertas de entrada—. Hemos venido hasta aquí sólo para descubrir que ha echado al director.

—Pero ha dicho que nos tendrá en cuenta, mamá —agregó Lilian, con los ojos radiantes—, y tú sabes que un hombre como él cumple.

—Hay algo en él —agregó soñadora Mary—. Es tan tranquilo y controlado, un hombre de hielo, hasta que sonrío y luego parece iluminarse. Y también es atractivo, con esa cara oscura y triste. —Se estremeció de forma dramática—. Siento que es un hombre de poder.

—El poder suficiente como para despedir a todos cuando él lo desea —le respondió su madre con inteligencia mientras esperaban en medio del calor el tranvía que las llevaría de regreso a Rosemont—. Un hombre como ese tiene poder, está bien, el poder de decidir sobre la vida de la gente.

C. Z., los estudios Magic Movie y la cerrada producción de *Scheherazade* se discutieron en profundidad en la mesa de la cena en Rosemont aquella noche. Missie cenaba con O'Hara en el hotel Beverly Hills y se perdió la emoción de la historia de cómo las mellizas casi habían conseguido sus papeles, pero Dick Nevern escuchaba pensativo, hablando poco.

A la mañana siguiente, se levantó temprano, comió dos platos de jamón y huevos, pan negro y cuatro panecillos de huevo para tener energía. Luego partió rumbo a los estudios Magic.

El guardia que custodiaba la puerta se tocó la gorra y lo miró de pies a cabeza sin gracia alguna. Todos los días veía a cientos de ellos.

—¿Qué es usted? ¿Cómico? —le preguntó cínicamente cuando Dick le dijo que deseaba ver al señor Abrams—. De todos modos, C. Z. jamás recibe a nadie sin una entrevista, y con más razón a usted. —Se sentó y se cruzó de brazos, sonriendo.

Dick dudó un momento y luego sacó de su bolsillo un precioso billete de cinco dólares y le dijo:

—Por favor, dígame que Dick Nevern, un camarógrafo y director genial, está aquí para verlo. —Lo miró con remordimiento cuando el guardia se guardó el billete en el bolsillo, escuchando mientras él repetía sus palabras a la secretaria de C. Z. Colgó el teléfono y se volvió hacia él.

—Dice que C. Z. está ocupado todo el día, pero si quiere puede esperar. Allí, tercer pasillo a la derecha, el despacho grande del final —le dijo, mientras Dick pasaba por la puerta y ponía rumbo hacia su futuro.

Se detuvo para mirar una secuencia de acción que se filmaba en una calle del oeste, observando con cuidado al camarógrafo, teniendo en cuenta cómo tomaba las instrucciones del director. Luego se deslizó en silencio en la gran barraca verde,

dejando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, mirando con arrobamiento el elaborado set de filmación que representaba una sala de estar, y que podría haber sido un auténtico apartamento de Manhattan con la luz de media docena de lámparas klieg que iluminaban a través de las altas paredes, con el famoso fondo de edificios detrás. Y allí estaba la glamorosa señorita Mae French con un vestido largo de satén, tendida sobre el sofá de brocado mientras un violín tocaba de fondo, a fin de inspirarla para una gran escena romántica con Ralph Lance.

—Sofisticación —dijo una voz tranquila a su lado—, eso es lo que la gente desea. Desean olvidar los oscuros dramas en que viven y por diez centavos escapar a un mundo de romances. Desean admirarse con lo espléndido de las ropas e imaginarse a ellos mismos cenando con un hombre como él. Desean reír y llorar...

—Quieren entretenerse —terminó de decir Dick, mirando rápidamente al hombre que tenía a su lado—. Jesús, mire cómo la ilumina, de lleno en el rostro. —El movería aquellos reflectores detrás de ella, poniendo algo de sombra en su rostro—... Jesús... —Se balanceó con ansiedad sobre sus pies, sintiendo el incontenible impulso de entrar en el set y hacerlo a su manera.

—¿Qué le parece el set? —le preguntó el hombre con tono casual.

—Bueno. Pero hay demasiadas ventanas; se tiene el mensaje, es una buhardilla en Nueva York, pero podríamos haber decorado todo más grandioso, con pinturas y cortinajes. Más... más textura, supongo. —Volvió a mirar al hombre—. ¿Usted lo diseñó? Lo siento.

El hombre rió.

—Dígame más.

—Bueno, por ejemplo, ahora creo que él debería acercarse a ella desde detrás del sofá, para rodearla con los brazos. De esta manera casi no pueden verse la cara y, como es lo más bonito que hay en la escena, supongo que es lo que el público desea ver.

—Y si ellos no lo hacen, tendremos a una Mae French muy enfadada —dijo el hombre con sentimiento—. Voy camino del set de Aventuras. ¿Por qué no viene conmigo y le echa una mirada?

—Claro. Me llamo Dick Nevern. —Le estrechó la mano con entusiasmo mientras salían de la barraca, dando grandes pasos, y ponían camino hacia el set vecino. Mitzi filmaba afuera, sentada en un balde boca abajo, vestida con una falda con volantes, medias y botas negras. Alguien sostenía un paraguas sobre su cabeza para evitar que su maquillaje se derritiera al sol.

Ellos observaron la acción durante un momento. Dick le hizo al hombre algunos comentarios y el hombre le hizo también algunas preguntas. Luego fueron a ver algunas de las escenas rápidas.

—Sé que yo puedo hacerlo mejor —murmuró Dick, agitado—. Lo puedo hacer.

—Hay algo que deseo enseñarle —le dijo finalmente el hombre—, pero debo ir a una reunión. ¿Por qué no toma esta llave y mira la gran barraca de almacenamiento

que hay en el terreno de atrás? Está cerca de aquí, pero creo que lo encontrará interesante.

Dick dudó.

—Bueno, yo tengo una especie de cita también...

Luego, recordó que C. Z. estaría todo el día ocupado y se imaginó que otra media hora no haría ninguna diferencia. Además, ahora sentía curiosidad.

—Bueno, claro, por qué no, si está bien; quiero decir, no quisiera que me pillaran cuando estoy donde se supone que no debo estar, ya me entiende.

El hombre asintió.

—Deje la llave a la secretaria del señor Abrams cuando haya terminado —le dijo, mientras se marchaba con aspecto resuelto.

La barraca estaba llena de sets, monolíticos, estatuas, bosquejos y pinturas para *Scheherazade*, todo en oro y escarlata, de marcado esplendor árabe. Dick supuso que eso era parte de lo que el hombre había querido decir cuando hablaba de darle a la gente una forma de escapar de sus dramas diarios. Por diez centavos ellos podían ser transportados al misterioso Oriente por medio de una mágica película de Magic. O podrían haberlo hecho, si *Scheherazade* no hubiera sido cancelada.

Después de cerrar con cuidado la puerta, caminó hacia el despacho de C. Z. Abrams y le dio la llave a la secretaria.

—Oh, sí —le dijo ella—, usted debe de ser Dick Nevern. C. Z. dijo que si usted es el gran genio que dice ser entonces sería mejor que le hiciera una prueba. Lo esperamos aquí, mañana a las seis y media.

Dick dejó escapar una exclamación de alegría. Después de tomarle la mano a la mujer y de besarla, le dijo:

—Pero ¿cuándo me encuentro con el gran hombre?

—Ya lo ha hecho —le respondió—. Tengo entendido que le hizo hacer una visita guiada por todos los estudios.

Dick les contó a todos exactamente lo que había sucedido, de cómo había abierto la boca y repetido lo que C. Z. le había dicho, y lo que él le dijo a C. Z.

—Es sólo una prueba —les advirtió, cuando ellos lo felicitaron.

Después de no dormir en toda la noche, se dirigió a las seis a los estudios. Esta vez el guardia se ahorró sus comentarios chistosos y le dijo con amabilidad que debía ir al estudio B.

Mitzi Harmony ya estaba allí, la estaban maquillando, y un par de decenas de extras comían emparedados y esperaban por allí. El productor le estrechó la mano y le dijo:

—C. Z. dice que usted se hará cargo del set hoy. Dice que lo haga a su modo.

Dick tragó saliva. Sin bromas, esta era su gran oportunidad; su primer día en el set y dirigiendo a una estrella. Jesús, mejor sería que no se equivocara, eso era todo. Miró el libreto para las tomas e hizo rápidamente algunos cambios. Luego verificó las tomas con el camarógrafo, diciéndole precisamente lo que deseaba, y por último

habló con Mitzi.

Mientras le describía lo que tenía en mente, ella asentía aprobando. A los veinte años era una sagaz profesional que había trabajado en películas desde los catorce. Provenía de una familia de teatro y sabía exactamente cómo improvisar una parodia, y sabía que Dick también lo sabía.

—Vamos —dijo ella, saliendo al sol.

Esa noche terminaron a las siete. Aunque había sido largo y fatigoso, Dick no estaba en absoluto agotado y simplemente odiaba tener que irse. Cuando le dijeron que volviera a presentarse al día siguiente para otra prueba, no podía creer en su suerte. Lo llamaron al día siguiente, y al otro, y al otro... seis en total, trabajando en diferentes películas y trozos de películas, disfrutando cada minuto que pasaba filmando. Al final de la semana, le dieron su paga de cien dólares y le dijeron que le harían saber si había noticias.

Pasaron dos días, luego tres, una semana... aquel fin de semana fue el más largo que jamás recordara. Sabía que había cometido errores y C. Z. no estaba interesado en él. Luego, el domingo por la noche, Beulah lo llamó al teléfono.

—Un hombre que dice que es C. Z. Abrams —le dijo, arrojándole el teléfono.

—¡Abrams! —Dick tomó el teléfono—. ¿Sí señor? —le dijo, su voz temblorosa por los nervios.

—He estado viendo sus filmaciones en mi casa —le dijo Abrams con calma—. Hay algo que quisiera hablar con usted. Por favor, pase por mi despacho mañana a las nueve.

—¡A las nueve! ¡Sí, señor, allí estaré! —gritó, pero Abrams ya había cortado la comunicación.

El despacho era frío, las blancas paredes estaban desnudas, el gran escritorio de aspecto bien sólido, imaculadamente ordenado. Y C. Z. Abrams, moreno, bien afeitado y serio, vestido con un frío traje gris y una camisa azul pálido, tenía un aspecto bronceado, descansado y poderoso.

—Tengo un trato para usted —le dijo, inclinándose sobre su escritorio y entrelazando las manos—. Y le diré la razón. Soy un hombre que actúa por instinto, tengo siempre una reacción visceral ante las circunstancias y la gente que me rodea. Puede que se haya enterado de que despedí a hombres que no eran fiables. Ahora mi instinto me dice que puedo confiar en usted. Me gustó lo que hizo la semana pasada. Todo fue bueno; algo de ello, brillante. Le ofrezco ser el director de *Scheherazade*.

Dick tragó saliva.

—Jesús —murmuró, quitándose las gafas y limpiándolas nervioso—, pero ¡esa va a ser una de las películas más caras que jamás se hayan hecho!

—Así es —le dijo fríamente C. Z.—. Y será mejor que haga un buen trabajo, ya que tanto su futuro como el mío dependen de sus resultados. —Se puso de pie y dijo con animación—: Mis abogados discutirán los términos del contrato con usted. Será justo, puede estar seguro de ello. Yo produciré la película y juntos elegiremos el

reparto. Mi secretaria lo acompañará hasta el estudio de los abogados. Buenos días, señor Nevern.

Dick se volvió en la puerta y dijo:

—¿Por qué yo, C. Z. cuando podría tener a cualquiera que usted deseara?

Abrams sonrió.

—Cuando yo estaba empezando en esto, alguien me preguntó cómo sabía que podía hacer películas. Le dije: «Simplemente sé que lo puedo hacer». El hombre me creyó. Usted contestó a mi pregunta de la misma manera y ahora le creo.

Dick salió de la oficina al aire libre, casi sin oír lo que los abogados le decían. Debía dirigir *Scheherazade* y C. Z. la produciría. Estaba tan feliz como si hubiera llegado al cielo.

Capítulo 37

O'Hara compró cuatro botellas de dos litros del mejor champaña francés para la celebración.

—Un jovencito como tú dirigiendo una gran película como *Scheherazade* —se maravilló, golpeándole la espalda a Dick con su poderosa manaza—. Seguro que este C. Z. debe ser un tipo muy especial, eligiendo gente en la calle, de esta manera.

—Es especial —le dijo Dick, apartándose de él y tosiendo—, y lo tiene todo en una misma persona, señor O'Hara. Ayer me contó que él había salido de la calle más de una vez y que esa es la razón por la que se siente bien ofreciéndole una oportunidad a un desconocido.

—¿Cómo es? —preguntó Missie con curiosidad.

—¿Cómo? Oh, de mediana estatura, cabello negro, tupido, ojos oscuros que pueden ser fríos como el hielo o suaves como los de un cervatillo. Atractivo, diría, y es el hombre mejor vestido que jamás haya visto. Inmaculado de la cabeza a los pies, incluso cuando hace calor. Pero es un hombre verdaderamente misterioso. Nadie lo conoce. Dicen que es justo pagando y que sabe dónde gasta hasta el último centavo. Nada se le pasa por alto a C. Z., hasta sabe cuánto se gasta en correo. Y envía a todos grandes ramos de flores y compra regalos verdaderamente importantes. Sí, es un tipo muy especial.

—Bueno, por C. Z. entonces —dijo O'Hara mientras Rosa, Missie, Beulah y los pensionistas levantaban sus copas para brindar—. Y por el gran éxito de Dick Nevern con *Scheherazade*.

—Supongo que ahora nos dejará, ya que tendrá mucho dinero... —dijo Rosa, con resignación, pensando que esto siempre sería de esa manera; tan pronto como los jóvenes llenos de esperanzas hacían algo de dinero y por fin ella podía estar segura del alquiler, ellos se mudaban a un apartamento propio.

—El hecho es que trabajaré de la mañana a la noche y me tendré que mudar cerca del estudio —confesó—, pero mantendré mi habitación, Rosa. Por las dudas.

—Oh, pero jamás regresarás —gimió Azaylee de pronto—. Lo sé, no lo harás. Nada volverá a ser igual.

Había lágrimas en sus ojos y todos la miraron con alarma.

—Nada cambiará, Azaylee —le dijo Dick, con gentileza—, todavía tendré mi habitación aquí, con mis cosas y todo. Y vendré a veros tan a menudo como pueda. ¿Sabes qué? —agregó con una sonrisa—, te daré un pequeño papel en *Scheherazade*, esto es, si te portas bien.

—¿Lo harás? —sus ojos brillaron con la emoción, dejando de lado las lágrimas—. ¿Podré bailar?

—Ya veremos —le prometió. Miró los rostros sonrientes que lo rodeaban, a Marshall y a Millie, Lilian y Mary, Ben y los otros—. En realidad, todos vosotros tendréis un papel en *Scheherazade*. —Su rostro de piel blanca estaba enrojecido por

la emoción y el champaña—. Las niñas también. Es mi agradecimiento para Rosa y Missie por dejarme deberles la renta y a todos vosotros por soportar mis sueños.

Cuando los vivos subieron de tono, O'Hara volvió a llenar las copas.

—Silencio, silencio —bramó—. Tengo algo importante que deciros. Conozco a Rosa Perelman y a Missie O'Bryan desde hace mucho tiempo, y durante años le estuve pidiendo a una de ellas que fuera mi esposa. Todo lo que conseguí es un «quizás» o «vuelve a preguntarme dentro de un año». Desde entonces, ha pasado mucha agua debajo de nuestros puentes y justo esta semana es cuando vuelvo a encontrar a la mujer que amo. Y la amo más que a nada sobre la tierra. —Volviéndose hacia Missie, le dijo con calma—: Missie, le digo a toda esta gente que te amo, pero lo que realmente deseo hacer es decírselo al mundo. Te pido que te cases conmigo, Missie, y te estaría agradecido si esta vez me dieras una respuesta inmediata.

Los ojos de Missie quedaron atrapados en los suyos y fue como si no hubiera más gente en la habitación, sólo Missie y O'Hara. Su rostro grande brillaba de ansiedad y parecía que estuviera conteniendo la respiración, esperando aquella respuesta. Se lo veía tan sólido como una roca y honesto. Estaba tan enamorado de ella que no se avergonzaba de mostrar sus sentimientos frente a toda aquella gente.

—O'Hara —le dijo—, quisiera haberte aceptado hace mucho tiempo...

—¿Entonces te casarás conmigo? —le preguntó.

—Sí, me casaré contigo —le susurró.

—Por Jesús —bramó, tomándola en sus brazos, riendo y gritando mientras los demás lanzaban vivas—. ¡Por fin eres mía, Missie!

Después de besarla efusivamente en la boca, sacó una caja de su bolsillo.

—Fui a la mejor joyería de Nueva York y traje esto, por si acaso —agregó, haciéndole a los demás un guiño, cuando abrió la caja y le mostró a Missie un gran diamante de Cartier—. Y un solitario haciendo juego —le dijo emocionado—. ¿Qué te parece, mi amor?

—Oh, son preciosos, simplemente preciosos —murmuró—, y demasiado importantes para mí.

—Nada es demasiado importante para la esposa del rey O'Hara —le explicó con vivacidad—. Daría la vida misma por ti, Missie O'Bryan. ¡La futura Missie O'Hara! —agregó con otro guiño. Y entonces Winona se sentó al piano y atacó con la marcha nupcial, y él la hizo girar y girar en sus brazos. En el alboroto de emociones y de besos de felicitación, nadie se dio cuenta de que Azaylee había desaparecido.

Estaba oscuro en la galería de entrada y ella se tendió junto a *Viktor*, hundiendo su rubia cabeza en el cuello del animal, para que sus lágrimas desaparecieran en el pelaje.

—Todo cambiará nuevamente, *Viktor*, *milochka* —murmuró—. Lo sé. Ellos querrán irse de aquí y vivir en otro lugar. —Sus brazos delgados se abrazaban con fuerza a él y él le lamía el rostro consolándola—. Pero tú y yo jamás nos iremos —le prometió con fuerza—. Jamás, jamás, jamás.

La luces doradas de las lámparas iluminaban el césped, y la música se hizo cada vez más alegre. El ruido de los corchos del champaña y las risas rompían el silencio de la calle. Pero para Azaylee no había alegría cuando después de llorar hasta el cansancio se quedó dormida, acurrucada junto a su amado perro.

Se hicieron los preparativos de la boda para el siguiente sábado por la mañana, a las once y media, en la pequeña iglesia Brown, en Hollywood Boulevard. Todos estaban invitados. Azaylee sería doncella y Rosa, dama de honor.

—Nunca he puesto un pie en una iglesia —confesó Missie—, pero, como hay un solo Dios, entonces el tuyo y el mío deben ser el mismo.

Se compraron los vestidos rápidamente, se pidieron las flores y se organizó un desayuno en el Hotel Hollywood. Cuando el gran día amaneció, calmo, límpido y azul como todos los otros, O'Hara se puso su traje gris plata y el sombrero de copa. Agregó una gran perla de color gris a su corbatín y un clavel rojo en su solapa, y partió para la iglesia media hora antes.

Los huéspedes de la pensión estaban vestidos con sus ropas más finas, sombreros prestados, partiendo con gran emoción y llevándose con ellos a las hijas de Rosa.

—Nu, Azaylee —le dijo, inspeccionándola con ojos críticos—, ¿alguna vez te han dicho que eres una belleza? Eres tan hermosa como para ser ya una estrella de cine.

Los grandes ojos dorados de Azaylee se abrieron bien grandes y se tocó con timidez su vaporosa falda de organza de color amarillo limón cuando dijo:

—¿Crees de verdad que podría ser una estrella del cine, Rosa?

Rosa la abrazó y la besó.

—Este mismo día, si el señor C. Z. Abrams te viera —le respondió con firmeza, sintiéndose aliviada cuando la niña se rió. Azaylee había estado demasiado silenciosa durante los últimos días, y eso la preocupaba. La niña no parecía celosa porque Missie se casara con O'Hara; simplemente no sabía cuál era el problema, y Azaylee no se lo decía. Azaylee quedó boquiabierta, y Rosa se volvió y miró a Missie, que estaba en la puerta.

Vestía de encaje de color crema, cintura ajustada y mangas largas, con un escote en triángulo y falda larga. Una coronita de azahares frescos destacaba sobre su cabello bronceado peinado en alto, y llevaba un ramito de diminutas rositas amarillas. Pero eran sus ojos los que brillaban, oscuros y llenos de felicidad.

—Te quiero, Missie —exclamó Azaylee, corriendo hacia ella.

—Y yo también te quiero —murmuró Rosa con dicha, observando cómo Missie besaba a la niña, susurrándole algo en el oído.

—Jamás te abandonaré —le susurró—. Recuerda, siempre serás mi pequeña. Tú eres más importante para mí que cualquier otra cosa en el mundo. Por favor siéntete feliz, *milochka*.

Azaylee asintió con vivacidad.

—Lo intentaré —le prometió.

Dick NeVERN asomó su cabeza por la puerta.

—El automóvil está esperando, Rosa —le dijo, y todos rieron cuando Azaylee apareció en la galería de entrada con *Viktor* atado a una larga cinta amarilla, con una rosa sujeta en su collar.

—*Viktor* también viene —le dijo, mirando con esperanza a Missie.

—Por supuesto —le respondió con calma—. *Viktor* siempre viene también.

Dick, que debía entregar a la novia, se aclaró la garganta y dijo, ruborizándose:

—¿Puedo decirte, Missie, que en toda mi vida no he visto una dama tan hermosa? Ella le sonrió.

—Entonces nunca te has enamorado. Espera a ver a tu propia novia el día de vuestra boda. Entonces sabrás que has visto una mujer hermosa. —Recordó que ella no era mucho mayor que Dick, sólo tenía veinticuatro años, pero, comparada con la intacta juventud de él, ella se sentía una mujer de mundo.

El rostro de O'Hara se iluminó cuando la vio avanzando por el pasillo central de la iglesia. Las velas brillaban en candelabros de oro y plata, rosas perfumadas llenaban los cientos de floreros y había ramos de azahares en cada banco. El servicio fue lento y hermoso, el coro cantó, y cuando él la tomó de la mano para colocarle el anillo, Missie sintió finalmente que había encontrado la verdadera felicidad con el hombre que amaba.

El desayuno en el hotel Hollywood estuvo colmado de risas y música. Otros huéspedes asomaban sus cabezas para enterarse de lo que ocurría y se unían a la fiesta. O'Hara le regaló a Azaylee un pendiente de rubí con forma de corazón que le provocó a la niña un raptó de placer, y a Rosa un brazaletes de diamantes que la dejó sin habla. Hizo un corto discurso en el cual declaró su cariño por todos y se excusó de tener que llevarse a su esposa a San Francisco para una semana de luna de miel.

Azaylee sonrió cuando vio cómo se iban en medio de una lluvia de arroz y pétalos de rosas, abrazos y besos. Acarició el pendiente en su garganta y sostuvo a *Viktor*, que deseaba bajar las escaleras y seguir a Missie, pensado que después de todo no sería tan malo. Quizás a O'Hara le gustara tanto Hollywood que decidiera venir a vivir en Rosemont. Y quizá todo seguiría siendo igual.

Si Missie tenía algún recelo acerca de su luna de miel después de sus experiencias en las crueles manos de Eddie Arnhaltd, estas desaparecieron aquella primera noche. El gran O'Hara, con su cuerpo fuerte, duro y reconfortante, con el rostro lleno de amor y maravillado con su belleza, la besó con tanta reverencia como si fuera una reina, sosteniéndola en sus brazos y acariciando su cabello, su rostro, besando sus párpados, sus mejillas, su boca. Le dijo cuánto la amaba, lo adorable que era, que era el hombre más feliz de la tierra. Y, cuando hizo el amor con ella, tembló de pasión, declarándole su amor y envolviéndola con su cuerpo, y ella se sintió perdida en el descubrimiento de nuevas sensaciones y el placer de estar con el hombre que amaba.

La semana pasó como un suspiro y, antes de que se diera cuenta, ya estaban

camino a Los Angeles.

—Harás rápido las maletas, mi niña —le dijo O'Hara cuando el tren llegó a la estación—. Regresaremos a Nueva York para ver mis nuevos negocios.

—¿Nueva York? —dijo Missie—. Pero creí que nos quedaríamos en Hollywood. Azaylee es tan feliz aquí... —Su voz se quebró cuando se dio cuenta de que se estaba comportando como una estúpida. Los negocios de O'Hara estaban en Nueva York y Chicago, y como era su esposa se esperaba que lo siguiera.

—No te preocupes por Azaylee, me aseguraré de que sea feliz —le prometió—. Irá a los mejores colegios de Nueva York. Será una verdadera princesita ahora que su padre es el rey O'Hara.

Si supiera que ella es verdaderamente princesa, pensó Missie en silencio, pero no había forma de poder contarle la historia de sus vidas y esperar que la comprendiera. Mejor sería guardar viejos secretos y miedos para sí, y, quizás ahora, como el señor y la señora O'Hara y su hija, protegidas por capas de diferentes identidades, finalmente estarían a salvo de los Arnhaldt y de los rusos.

Nueva York

El apartamento del Sherry Netherland resultó ser demasiado pequeño para O'Hara y su nueva familia. Se mudaron a un piso alto de la elegante Park Avenue: cuatro dormitorios y cuartos de baño, una biblioteca con paneles de madera ya llena de libros, una sala con dos chimeneas de mármol, y detrás una gran cocina y espaciosa dependencias para Beulah y sus dos ayudantes.

Azaylee no había querido traer a *Viktor* con ella.

—No —dijo, pálida pero sin lágrimas, encogida y delgada en la mañana de la partida. Incluso su cabello lacio había perdido brillo—. *Viktor* se quedará con Rosa. El se sentirá más feliz en su galería que encerrado en algún atestado apartamento de Nueva York.

Al recordar a *Viktor* tendido en la escalera de incendios de la calle Rivington, Missie pensó que podría ser feliz en Manhattan, pero Azaylee se mantuvo firme.

—Vendré a visitarte a menudo, *Viktor*, *milochka* —le susurró, besándole la cabeza y cubriéndose sus oídos contra los aullidos del animal, mientras ellos se alejaban.

Hizo lo que pudo para ser feliz en el hermoso apartamento de Park Avenue, donde tenía una habitación llena de lujos. Había regresado una vez más al colegio de las señoritas Beadle, sólo que de alguna manera ahora no parecía fascinada, después de Rosemont y de los huéspedes, de sus charlas sobre las películas y las estrellas de cine. Simplemente le parecía que, cada vez que comenzaba a ser un poco feliz en un lugar, la llevaban a otro casi como un castigo. Primero había sido la calle Rivington con Rosa, que la cuidaba, luego el apartamento en la Cincuenta y Tres oeste, luego la Haus Arnhaldt, después Hollywood, y ahora Park Avenue. Y ahora también O'Hara

hablaba de ir a Chicago por unos meses...

Si lo intentaba, podía recordar hacia el pasado, cuando era muy pequeña. Sabía que había vivido en Rusia y, algunas noches cuando estaba en la cama, hacía el esfuerzo por volver hacia atrás. Recordaba que había casas que ella sentía muy grandes y en las que se sentía muy pequeña, y que todas habían sido muy hermosas. Jamás había hablado de ello con Missie, pero podía recordar la sensación que le causaba el mentón de su verdadero papá contra su mejilla, cuando ella corría a darle un beso, y recordaba la forma en que olía su madre, tan deliciosamente a flores, y de lo suave que era su piel y lo fresco de sus labios cuando la besaba. Recordaba el rostro vivido de Alexei como si fuera una fotografía, sus oscuros ojos grises que se reían de ella cuando lo seguía y sus jóvenes y largas piernas que la precedían en las altas escaleras, que a ella le costaba tanto trabajo subir, mientras que a él le resultaba tan fácil como saltar con su caballo. Recordaba cómo era su voz y que por la mañana le hablaba en francés y por la tarde en inglés, y que Nyanya siempre había cantado canciones de cuna en ruso.

Estos eran recuerdos en los que ella se refugiaba en sus sueños, un mundo privado y personal donde volvía a ser una pequeña y el centro del amor y la atención de todos. En esos recuerdos, el mundo era un lugar seguro en el que todos la adoraban. Esperaba volver a encontrar ese mundo algún día.

Mientras tanto, iba a su colegio exclusivo y traía boletines que decían que era muy soñadora y que no prestaba atención. Telefoneaba siempre a Rosa y a las niñas para saber de los nuevos huéspedes y de si todos tenían sus papeles en *Scheherazade*, si su querido *Viktor* la echaba demasiado de menos.

Y siempre prometía visitarlos pronto, pero ya había pasado un año y todavía no lo había hecho.

Estaba cenando en la cocina y Missie hablaba con Beulah acerca de las comidas de la semana cuando O'Hara entró con una gran sonrisa en el rostro.

—Meted en las maletas los vestidos más bonitos, mis niñas —les dijo, dándole un beso a la rubia cabeza de Azaylee—, nos vamos a Chicago mañana.

—¿Chicago? —exclamaron.

—El Pink Orchid se acaba de terminar —anunció, orgulloso—. Tengo planeado abrir la semana que viene. He pensado en ir todos juntos, tomarnos unas vacaciones. —Abrazó a Missie y la hizo girar en el aire, riendo—. El tercer club nocturno del rey O'Hara —alardeó con orgullo—: ¿Qué te parece para un cantinero de la calle Delancey?

—Desearía saber qué me parece —le respondió Missie—, pero, como nunca me has permitido ver uno de tus clubes, no tengo forma de emitir una opinión.

Él frunció el entrecejo.

—Bueno, ya sabes cómo me siento con eso de que tú vayas a los clubes nocturnos. No son lugares para una mujer respetable... —Se ruborizó, avergonzado, cuando ella estalló en risas.

—Rey O'Hara, ¿quiere decir que tienes un negocio que no es adecuado para mujeres *respectables*? —se burló—. Me pregunto lo que dirían de eso nuestros vecinos de Park Avenue. Y del hecho de que la mayoría de sus hijos e hijas son tus clientes.

—Eso es diferente —le dijo con vivacidad—, eso es un negocio. Por Dios, Missie, ¿no te estoy pidiendo que vengas a la inauguración del Pink Orchid? Yo mismo he elegido los invitados. La crema de la sociedad estará en mi club y conocerá a mi esposa.

—¿Y les venderás ginebra de turistas? —se volvió a burlar.

—La ginebra de O'Hara no es de turistas. Es legítima de Bermuda.

Ella lo miró sorprendida.

—Pensé que le comprabas tu licor a tus amigos, los hermanos Oriconne.

—¿Los Oriconne? —Tosió y arrastró los pies—. Sí, bueno, yo y los hermanos tuvimos una pequeña desavenencia con el precio, de modo que ahora sólo le doy la mitad de mis negocios, como recuerdo de los viejos tiempos. Pero ¿qué hacemos aquí parados hablando de los Oriconne cuando deberías estar haciendo las maletas? Mañana por la mañana partimos en el Twentieth Century.

Le echó una mirada a Azaylee, sentada a la mesa de la cocina, con un vaso de leche junto a su plato. Tenía los ojos tristes y O'Hara fue a sentarse a su lado.

—Y, como una sorpresa especial para mi pequeño amor, he pensado que desde Chicago podríamos ir a Hollywood a visitar a tu tía Rosa.

El rostro pequeño de Azaylee se tornó rosado de placer y sus ojos se agrandaron cuando pensó en ver a *Viktor*, a Rosa y a las niñas.

—Oh, rey O'Hara —se rió, abrazándolo con placer—, gracias, gracias.

—Sólo deseo que mis niñas sean felices —le respondió gruñón, sonriéndole a Missie por encima de la cabeza de la pequeña.

—No sé por qué la niña no lo llama papá —se quejó Beulah—. Como cualquier otro niño.

Pero Missie negó con la cabeza. Sabía por qué Azaylee no podía llamar papá a su amado O'Hara. Era porque en algún lugar recóndito de su pasado ella sabía que había tenido un verdadero papá y que un día ella esperaba volver a verlo, de la misma manera que ellos le contaban en los libros de cuentos.

Chicago

El viejo hotel Palmer House de Chicago tenía una rotonda de siete metros de alto y un salón egipcio, así como también muebles importados de Francia y frescos italianos.

—Nada sino lo mejor para mis niñas —dijo O'Hara, fumando su cigarro y mirando a su pequeña familia, mientras se dirigían al comedor la noche siguiente.

Enormes columnas de mármol flanqueaban la habitación y pesadas arañas de cristal pendían del centro de un techo muy ornamentado. Una tropa de camareros esperaba sus órdenes y O'Hara le guiñó el ojo a Missie.

—¿Recuerdas la primera vez que te llevé a cenar en Nueva Jersey? ¿Y tú me dijiste que no eras lo suficientemente importante? —Ella asintió—. Entonces te dije que eras lo suficientemente importante para cualquier lugar, pero ahora tú eres incluso más importante que todo esto. —Sus ojos verdosos brillaban llenos de amor mientras le alcanzaba una caja a través de la mesa—. Y una para mi niña más pequeñita, también —dijo, pasándole una caja idéntica a Azaylee.

Missie abrió la suya y dijo, extasiada:

—Oh, ¡mira! Una perfecta orquídea con diamantes rosados. Es maravillosa, Shamus, simplemente maravillosa.

Él sonrió avergonzado.

—¿Por qué me llamas Shamus? Siempre me has llamado O'Hara.

—Porque te amo —le dijo suavemente—. Shamus O'Hara, te amo. Gracias.

Ruborizándose, le dijo rápidamente a Azaylee:

—Abre la tuya, mi amor. Veamos qué tienes tú.

Sus ojos dorados eran como platillos cuando abrió su caja y espió el contenido.

—El mío es también una orquídea —dijo con orgullo.

—Como la de tu madre, pero para una niña —le dijo, mientras ellas lanzaban exclamaciones sobre la orquídea tallada en cuarzo y con un diamante rosado en el centro.

O'Hara irradiaba felicidad. Extendiendo de pronto sus manos a través de la mesa, dijo:

—Esta puede ser una de las noches más felices de mi vida.

El Pink Orchid estaba situado entre la calle State y la avenida Calumet, cerca de una docena de otros reductos populares, el café Sunset, Dreamland, el Panamá y New Orleans Babes, así como también el teatro Big Grand, el Monogram y la Vendôme, donde se presentaban las bandas de jazz. O'Hara había elegido el sitio, ya que era más excitante que el lado norte y porque sus clientes de clase alta tendrían un mayor placer en venir hacia el lado sur, que era más barato.

Las luces de los reflectores surcaban el techo, un hombre con una cámara filmaba la llegada de los sofisticados invitados y había en la casa champaña francés. Missie estaba sensacional con su vestido de chifón de color rosado profundo y un corpiño de orquídeas rosadas sujetas a su hombro por el nuevo prendedor de diamantes. O'Hara pensó que él estaba vistoso con su corbata blanca y chaqué con una orquídea rosada en la solapa. Azaylee estaba demasiado delgada y vulnerable, devastadoramente adorable con un vestido de organdí rosa pálido, su hermoso cabello peinado en una brillante aureola de rizos alrededor de su dulce rostro. O' Hará simplemente tuvo que abrazarla y decirle lo orgulloso que se sentía de ser su padre y que cuidaría de ella para siempre.

Ella le sonrió, tocándole con ternura el rostro mientras le decía:

—Estoy feliz de que ahora seas mi papá, O’Hara —y él rugió de risa y la volvió a besar.

Inspeccionaron el techo en forma de cúpula tachonado de brillantes estrellitas rosadas, la pista de baile como una estrella color rosado, las mesas con manteles también rosados, copas de plata y candelabros rosados; camareros con chaquetas rosadas y cigarreras y camareras que mostraban sus piernas enfundadas en mallas y tutús de red de color rosado. Cada mesa tenía un florero con una sola y perfecta orquídea, y, además de la banda de jazz, había una fila de estrellas y bailarines invitados que Azaylee se moría por ver.

El lado sur estaba de fiesta esa noche. Aquellos que no estaban invitados observaban con envidia mientras los invitados bajaban de sus elegantes automóviles y apuraban el paso y reían debajo de la marquesina del Pink Orchid que prometía una tierra de lujo, alegría, jazz y licor, que era la receta especial del rey O’Hara. Presentó a Missie y a Azaylee a todos y, más tarde, cuando el local estuvo lleno y la fiesta a todo ritmo sugirió que era hora de llevar a Azaylee a dormir.

—Que mi niñita se acueste tan pronto como llegue al hotel —dio instrucciones mientras esperaban la limusina debajo de la brillante marquesina. El conductor se tomaba su tiempo y O’Hara miró impaciente la calle, casi sin darse cuenta de la presencia de un coche negro que pasaba lentamente por enfrente. De pronto, dobló, cruzando la calle vacía hacia ellos. Ellos miraron, asombrados, durante unos instantes mientras se bajaba la ventanilla trasera del automóvil y las luces rosadas de la marquesina iluminaron el cargador de metal de una ametralladora; luego, con un feroz bramido, O’Hara puso su cuerpo ante los de Missie y Azaylee. Las balas lo arrasaron, echándolo al suelo y dejando su cuerpo doblado, con un montón de sangre en la acera.

Azaylee supo que gritaba, de la forma que ella recordaba que alguien gritaba en sus sueños, hacía muchísimos años en el bosque de Varishnya. Pudo oír a Missie gemir y el chirrido de ruedas del automóvil negro al dar marcha atrás y luego el sonido de pasos que corrían. Y ella que gritaba y gritaba, como si todos los gritos hubieran estado encerrados en su interior durante años y ahora ella supiera que no se detendrían jamás.

Capítulo 38

Maryland

Cal pulsó el timbre para llamar a la enfermera Milgrim, preocupado por el rostro pálido y la voz temblorosa de Missie. El reloj de la mesa de noche mostraba las dos de la madrugada y él sabía que ella debía sentirse exhausta, así como también destrozada por el dolor de sus recuerdos. Miraba el prendedor de la orquídea rosada que tenía en las manos.

—Jamás me separaré de ella —le susurró—. Jamás.

La enfermera Milgrim entró de prisa, nerviosa y alerta con su almidonado uniforme blanco. Miró a Missie y luego a Cal, a quien preguntó:

—¿Qué le dije? Ahora está fatigada y se encuentra mal. Usted es responsable de esto, joven. —Le sirvió un vaso de agua—. Vamos ahora —la obligó—, tomemos nuestras píldoras y luego le traeré su rica taza de té, y a la cama.

Missie tragó sus remedios y negó con la cabeza.

—¿No lo comprende, enfermera Milgrim? —le dijo—. Ahora que he empezado, debo terminar. Sólo entonces Cal podrá ayudarme.

Milgrim lo miró y Cal se encogió de hombros.

—Es importante para todos nosotros —le dijo.

Los ojos de la mujer se abrieron llenos de alarma y dijo:

—Bueno... en ese caso, quizá sea mejor que prepare algunos emparedados —y se fue, en medio del ruido que hacía la tela de algodón de su uniforme.

—Azaylee no pudo ir al funeral —dijo Missie—, ni tampoco yo hubiera deseado que lo hiciera. La tuvieron en el hospital durante dos semanas, «en observación», dijeron, aunque al final del período de internación los médicos no sabían más que antes. Ella simplemente se había retirado a su propio mundo y nadie podía llegar hasta allí. Decían que se hallaba en estado de emoción violenta y que con el tiempo se pondría bien. Pero yo sabía que no era así.

Los atormentados ojos violetas se encontraron con los de Cal.

—Una enorme corona de orquídeas rosadas llegó al cementerio justo cuando el féretro de O'Hara era depositado en su tumba. Me mostraron la tarjeta. —Hizo una pausa—. Era de Rico y Giorgio Oriconne.

—Entonces fueron ellos los que...

Ella asintió.

—Él había subestimado su poder en Chicago. Tenían amigos poderosos y tenían también controlado el lugar. Simplemente lo dejaron seguir adelante y gastar su dinero en el club nocturno para luego... —Ella bajó la cabeza—. No se presentaron cargos, por supuesto. Fue sólo otro hecho producto de la mano desconocida de aquella tierra de delincuentes. Sin embargo, eso fue siempre lo que yo creí.

La enfermera Milgrim reapareció en silencio con platos llenos de emparedados y pastel de chocolate.

—Coma un poco —le pidió a Missie—. Necesitará mantener las fuerzas.

Missie tomó el té agradecida, y le dijo a Cal:

—Saqué a Azaylee del hospital y regresamos a Hollywood con Rosa. Pensé que regresar a casa la sacaría de la depresión. Todos fueron muy cariñosos y amables, contándole historias de sus trabajos en el cine, pero ella parecía no prestar atención. Todo lo que le importaba era *Viktor*, no dejaba que se perdiera de vista. Los puedo ver ahora, en la galería del Rosemont, la cabeza de *Viktor* sobre su falda mientras ella miraba a través del jardín a los transeúntes sin siquiera verlos. O'Hara me dejó algo de dinero, no una fortuna, pues era un hombre que gastaba el dinero tan pronto como entraba porque al hacerlo pensaba que tendría para él todo el tiempo del mundo.

»Pasó un año y no pude seguir soportándolo. Decidí llevar a Azaylee a Suiza, a ver a un eminente psiquiatra y psicoanalista, Carl Jung. Deseaba saber si su problema era clínico o mental. —Volvió a mirar a Cal—. Y deseo decirle que oraba para que fuera clínico, ya que por lo menos entonces podríamos hacer algo.

»Jung se interesó mucho en el caso. Por supuesto, su trabajo era confidencial y yo le conté, sin mencionar nombres, cómo había perdido ella a su familia, nuestra huida y la vida que tuvimos después, y que ella no conocía los detalles. Le conté que ella jamás había visto una fotografía de su familia y ni siquiera conocía sus verdaderas identidades. Y por supuesto le conté lo de O'Hara.

»Jung dijo que su caso era uno de los más interesantes que le había tocado tratar. Dijo que Azaylee sufría de una combinación de varias cosas: depresión, histeria y emociones reprimidas, contenidas desde su infancia. Corría el peligro de perder su identidad, «un desorden de personalidad», lo llamó. Le conté que ella jamás había mencionado a su mamá ni a su papá, y cómo parecía haber aceptado el hecho de vivir en la calle Rivington con Sofía y conmigo. Le dije que se aferraba al perro. Él asintió y dijo que era un caso típico y que haría lo que pudiera por tratarla.

»Vivimos en Zurich, no de manera constante, durante más de dos años. Alquilamos un apartamento en un pequeño hotel en las montañas; amábamos el aire límpido y el paisaje interminable. Creo que de alguna manera nos sentíamos por fin seguras allí. De vez en cuando viajábamos de regreso a California y nos quedábamos uno o dos meses, pero Azaylee hacía progresos y yo temía separarla del doctor Jung. Sabía que detrás de aquellos adorables ojos tranquilos había un torbellino, y deseaba que todo se solucionase.

»Finalmente Jung dijo que por el momento había hecho todo lo que estaba en sus manos y que podíamos regresar a Hollywood para siempre. Azaylee parecía feliz y más expansiva de lo que jamás se la había visto. Regresó al colegio, y con sus viejas amistades, las hijas de Rosa, se halló como si nada hubiera sucedido. Reanudó las clases de baile y de alguna manera eso se transformó en el centro de su vida. Supongo que eso era lo que realmente siempre había deseado hacer. Sólo bailar.

Miró llanamente a Cal y dijo:

—Por supuesto, usted se da cuenta de que estoy hablando de Ava Adair.

Él la miró asombrado:

—¿Ava Adair? ¿La estrella de cine?

—Le contaré cómo sucedió. —Tomó un sorbo de té frío y se presionó con la mano la frente, pensando. Luego dijo—: Todo comenzó con una reunión casual, y le aseguro que jamás podré saber si eso aportó una solución para ella o le arruinó la vida...

Pensó en lo inocentemente que todo había comenzado, contándole a Cal cómo Dick Nevern había regresado a visitarlos, feliz con el éxito de *Scheherazade* y de las otras tres grandes películas que había hecho con los estudios Magic. Ahora era un director importante, pero todavía seguía siendo el mismo joven agradable, sencillo, con las gafas de siempre, y, aun cuando hermosas actrices de cine coqueteaban con él, todavía era tímido. Nunca olvidó lo cerca que estuvo de quedarse en esa mecedora de las galerías de Oklahoma, y siempre decía que le debía todo a C. Z. Abrams, que le había brindado la oportunidad.

»Abrams tenía reputación de ser la persona con mayor privacidad de todo Hollywood. Nadie lo conocía, no tenía verdaderos amigos, sólo relaciones comerciales, pero a él realmente le gustaba Dick. Este solía ir a su casa en Lexington Drive, varias veces a la semana, para ver películas nuevas o las noticias del día. Cenaban juntos, siempre en una cena muy formal con sirvientes y todo, pero C. Z. jamás le contó nada personal acerca de su vida. Todo lo que sabía era que era un devoto judío que observaba estrictamente el Sabbath.

»De todos modos, el día que Dick vino a visitarnos, Azaylee apareció corriendo de su clase de baile. Era realmente uno de sus días buenos y se la veía vivaz y llena de vida, contenta de verlo. Tenía catorce años y por supuesto era una belleza, de aquella forma tan personal suya: enormes ojos dorados y una tupida mata de cabellos platinados. Era alta para su edad y todavía demasiado delgada, pero tenía unas piernas hermosas y un tipo de gracia de bailarina en la manera en que se movía y caminaba.

»Me di cuenta de que Dick la miraba interesado y no me sorprendí cuando me dijo:

»—Sabes, Missie, Azaylee está hecha para el cine. Las cámaras la devorarán y también el público.

»Yo negué con la cabeza y sonreí. Le dije que era demasiado joven para pensar en eso y entonces él agregó algo que realmente me sorprendió.

»—En realidad odio contar chismes del colegio, —comenzó diciendo, y luego sonrió y dijo que quizá debía expresarse mejor, ya que lo que quería decir era que Azaylee había estado faltando a la secundaria y que hacía pruebas en los estudios, mintiendo acerca de su edad y buscando trabajo como bailarina o como extra, cualquiera cosa, en tanto pudiera formar parte de una película del mundo mágico.

»Por supuesto, no había tenido éxito ya que obviamente era una niña que pretendía ser una mujer. Pero me dijo que, si eso era lo que ella realmente deseaba hacer, ¿por qué no le dejaba hacerle unas pruebas y quizá tener un pequeño papel en su próxima película? Él me garantizaba que la cuidaría personalmente, haciendo guardia si era necesario, y que apostaría sus botas de Oklahoma a que ella sería una estrella antes de que pasara mucho tiempo.

»Le volví a decir que era demasiado joven, que le prohibiría acercarse siquiera a los estudios hasta que tuviera por lo menos dieciséis años. Eso era en 1928 y Hollywood había cambiado. Ahora era la ciudad del éxito. Rosa y yo teníamos cinco casas a lo largo de la avenida Fountain. Rosemont, donde en ese momento vivíamos nosotras en lugar de la pequeña casita que había en el fondo, era la más pequeña. Los estudios producían película tras película; Hollywood Boulevard era una feria atestada de tráfico y Beverly Hills era ya una ciudad. Muchas de las viejas estrellas se habían ido: Valentino, muerto; Mabel Normand, arruinada por el escándalo, asesinatos y drogas; todo seguía adelante por entonces. Hollywood había perdido su inocencia, podría decirse, junto con nuestras Bellezas del Agua, que habían descubierto que posar para desnudos les daba más dinero que ser las estrellitas de Sennett. Puede darse cuenta por qué no era un mundo en el que realmente deseara que una niña vulnerable y frágil como Azaylee se viera expuesta. Quería que terminara los estudios y que la vida siguiera como estaba, con Rosa y las niñas. Sin sobresaltos. Había encontrado por fin el anonimato y supongo que deseaba mantenerlo.

»El cine sonoro había comenzado y toda la industria estaba en estado de cambio. Nadie parecía saber lo que sucedería y pronto muchos de los viejos favoritos se habrían ido, serían desechados por parte de los estudios alguna vez lisonjeros, a causa de que sus voces, se decía, no eran apropiadas. Pero, por supuesto, eso no detuvo a Azaylee para que siguiera visitando estudios, aun cuando la amenacé con volver a ponerle un tutor.

»Fue cuando *Viktor* murió cuando cambié de opinión. Era el perro más viejo de Hollywood, un veterano hasta para un galgo ruso, pero había estado ciego durante años y casi no se movía de su lugar favorito en la galería. Por supuesto que fue una tragedia, ya que era uno de nuestros últimos vínculos con Misha. Pero para Azaylee fue un desastre. Buscamos por todo el país otro galgo ruso y finalmente llegó: de seis meses de edad, con pelaje dorado como *Viktor*, y listo para jugar. *Rex* fue un éxito instantáneo, pero no era *Viktor*, todos lo sabíamos. Y, cuando yo vi aquella mirada volver a invadir los ojos de Azaylee, aquella fantasía que se apoderaba de ella, que la llevaba lejos, llamé a Dick y le dije que quizá fuera mejor que le hiciera aquellas pruebas.

Hollywood

C. Z. esperaba a que Dick llegara desde los estudios con las actividades del día. Habían tomado la costumbre de verse en su casa, tarde por la noche, en lugar de hacerlo en el estudio, en parte porque él disfrutaba de la compañía de Dick, pero principalmente porque traía algo de vida a aquella casa grande y vacía.

Eran las diez de la noche y el cielo que se veía por las altas ventanas que daban a los jardines estaba oscuro: podría haber estado en cualquier lugar del mundo, una persona anónima, en una habitación anónima de alguna ciudad anónima. Habían pasado ocho años desde que había vencido a Mel Schroeder en su propio juego y terminó como dueño de un par de derruidas barracas en Cahuenga, con una cámara y algunos carretes de película. Y en ese tiempo se había convertido en el legendario C. Z. Abrams, el magnate del cine, a la altura de Goldwyn y Zukor, Fox y Warner. Pero en su corazón era todavía Zev Abramski, el hombre solitario. Tan solitario que necesitaba de la compañía de Dick Nevern y de la presión de un día de trabajo de veinte horas para llenar su tiempo, y entonces, si tenía suerte, estaría tan exhausto que podría lograr cuatro horas de sueño sin soñar, antes de enfrentarse a un nuevo día.

Había visto en los ojos de Mel Schroeder que este pensaba que él era un verdadero explotador, sentado en la galería del hotel Hollywood, esperándolo, sudando con su traje negro de prestamista y duro cuello blanco, avergonzado de su inglés gutural y su aspecto extranjero. Pero Schroeder no sabía de la rabia y la desesperación que ardían como fuego en su interior. Schroeder era sólo el primero de la docena de hombres que sentirían el filo de navaja de la ambiciosa mente de Zev Abramski.

Con su usual cautela, aprendida a través de muchas vicisitudes, Zev había hecho alguna investigación sobre Schroeder y descubrió que ya había vendido cuatro «estudios» falsos a hombres ambiciosos, a través de sus anuncios en pequeños periódicos locales, por todo el país. Descorazonado, había decidido no encontrarse con Schroeder después de todo, pero entonces estudió la situación en profundidad y cambió de idea. El truco de Schroeder era mostrar una porción remota de tierra que él había comprado por unos pocos dólares, a causa de que no había caminos y era prácticamente inaccesible. Él explicaba que todos estaban en el desierto o en la playa, y que él conducía sus negocios desde su despacho de Hollywood. Y esa era la razón por la que había sólo una cámara en el lugar y ausencia de gente. Mostraba los carretes de película y señalaba las virtudes de los desvencijados edificios de madera que normalmente albergaban ganado y heno, y que él tan grandiosamente llamaba estudios. Luego mostraba los balances de los estudios de cine Schroeder, que mostraban ventas de cientos de películas a distribuidores inexistentes en todo el país, con una cifra pequeña de cien mil dólares como ganancia más setenta y cinco mil que se le debía a la compañía. Y no había cifras en rojo en las columnas del débito.

—Todo comprado y pagado por un servidor —le había dicho a Zev, secándose la frente, mientras caminaban por el terreno, caluroso y polvoriento—, y es de un interés creciente, hoy, con cinco películas en producción y más en programa. Mi

problema es que no puedo soportar este clima. —Se golpeó el pecho—. Las viejas palpitaciones. El médico dice que debo regresar al este, que es más frío. Si no lo hago, soy un hombre muerto. —Le hizo un guiño a Zev, pálido y de mirada fría, con su caluroso traje negro—. ¿Cómo puedo negarme con esas posibilidades? —Lo miró en silencio por unos instantes y luego dijo—: Me gusta usted y le haré una oferta que no podrá rechazar. Veo que es un hombre decente y justo para este negocio. Le digo que hay una fortuna esperando en todo esto. Es sólo mi mala suerte lo que hace que me vea impedido por la enfermedad. —Suspiró pesadamente y luego agregó con una sonrisa—: Pero, si es la ley de Dios, ¿quién soy yo para cuestionar sus acciones?

Zev lo miró sin responder, y Schroeder lo observó, incómodo.

—Le voy a explicar mi propuesta —le dijo rápidamente—. Si no regreso a Filadelfia la semana próxima, usted estará siguiendo mi ataúd, se lo garantizo. Ahora lo ayudaré, señor Abramski, si usted me ayuda a mí. Le ofrezco todo el paquete, la tierra, los estudios, las cinco cámaras, las películas, contactos con distribuidores, todo el negocio es de un interés creciente. Y no olvide la suma de setenta y cinco mil dólares que todavía se me debe, que estará en su bolsillo antes de fin de año.

Zev levantó escéptico las cejas.

—¿Cuánto quiere?

—¿Cuánto? Seré directo, el dinero es lo último que tengo ahora en mente. Un problema como este es visceral. Cuando se trata de vida o muerte, ¿qué importa el dinero? Para una venta rápida, estoy dispuesto a aceptar veinticinco mil dólares y sin preguntas. En efectivo y con un apretón de manos, aquí y ahora.

Hasta sus saltones ojos azules parecían sudar cuando miró con ansiedad a Zev.

—Eso me parece mucho dinero —le dijo Zev, mientras hundía sus manos en los bolsillos y trazaba una línea en el polvo con la punta de su zapato.

Un destello de ansiedad cruzó el rostro de Schroeder.

—Bueno, quizá para un buen hombre como usted... ¿digamos veinte mil?

—Muéstreme de nuevo las cuentas —le dijo de pronto Zev.

Schroeder se las entregó, nervioso.

—Está todo ahí en el papel...

Zev las dobló con cuidado y se las guardó en el bolsillo.

—Ey —le dijo Schroeder, sonriendo—, ¿usted todavía no ha comprado el lugar! ¿Qué sucede con los veinte mil?

—Le ofrezco, en firme, la suma de ciento setenta y cinco dólares por las diez hectáreas que usted posee realmente —le dijo Zev, con su voz gutural de tono bien bajo—, y eso es cincuenta dólares más de lo que usted pagó. Le daré setenta y cinco por la cámara y los carretes de película. El resto es basura. Esto hace un total de doscientos cincuenta dólares y un cincuenta por ciento de ganancia en su venta. Un trato justo, creo, señor Schroeder.

—¿Qué sabe usted, pequeño judío? —gritó el hombre con rabia—. ¡Doscientos cincuenta dólares, probablemente es lo que usted tiene en el bolsillo!

Zev entrecerró los ojos. Su rostro se tornó incluso más pálido que lo habitual cuando le dijo con calma:

—Doscientos cincuenta más de lo que tiene usted en su bolsillo, Schroeder. Tómelo o déjelo. —Hizo una pausa y luego, tocando las cuentas falsas que tenía en su bolsillo, agregó—: Si no acepta, entonces llevaré estas cuentas al Departamento de Policía de Los Angeles y les pediré que den los pasos necesarios para encerrarlo por fraude. No soy el primero a quien usted le ha vendido estudios, Schroeder, pero seré el último. —Le sonrió sombríamente—. En síntesis, doscientos cincuenta dólares es una oferta generosa.

Los movedizos ojos de Schroeder le lanzaron puñales, pero le extendió la mano y dijo:

—Muy bien, entonces, déme los doscientos cincuenta.

Zev tomó un trozo de papel del otro bolsillo.

—Esta es una factura de venta extendida por Milton Firestein, un abogado con oficinas en la calle Vine. Le expliqué las circunstancias y me dijo que usted firmara aquí. —Le señaló el lugar, alcanzándole una pluma—. Es un miembro respetado en su profesión y no hay duda de que su palabra prevalecerá en la corte, si usted alguna vez intenta reclamar no haberme vendido.

Schroeder lo miró con odio y firmó el papel, guardando los billetes que Zev le daba sin contarlos.

—Ya que es usted tan inteligente, puede regresar solo a Hollywood, ¡asno inteligente!

Zev le sonrió mientras lo observaba levantar una nube de polvo y hacer chirriar las ruedas del automóvil; entonces caminó hacia las destruidas barracas y miró a su alrededor. Verificó las medidas e inspeccionó las maderas carcomidas. Levantó la cámara y la acarició con sentimiento: no tenía la más mínima idea de cómo funcionaba, pero estaba fascinado con ella. Media hora después oyó el ruido de un coche que había pedido para que lo recogiera y sonrió cuando se volvió para estudiar sus hectáreas. Se había publicado un anuncio en la municipalidad la semana anterior acerca de que la Universal Pictures compraría más extensiones de tierra en Cahuenga y con ello vendrían nuevas carreteras, agua, electricidad y comunicaciones. Inmediatamente arregló la compra de treinta hectáreas adicionales que rodeaban el terreno de Schroeder; sabía que sería relativamente barato hacer una carretera hasta aquí y tener suministro de agua y electricidad.

Sonrió mientras el automóvil se alejaba. Habría estado dispuesto a subir hasta quinientos dólares si hubiera sido necesario, pero a Schroeder le había costado doscientos cincuenta. Y ahora él, Zev Abramski, era el dueño del estudio.

Había hecho sus cálculos y sabía que el negocio del cine funcionaba. Conocía la importancia de los distribuidores y de cómo unas pocas compañías habían formado ya sus propias cadenas quitando del medio a los independientes. Vio que ese era el futuro. Había simplemente dos problemas importantes: no conocía a una sola persona

en el negocio, ni siquiera a un extra, y sus diez mil dólares, sus ahorros y el dinero de la venta del negocio no eran suficiente para alcanzar lo que deseaba.

El hotel Hollywood estaba lleno de gente de cine y había un flujo constante de chismes, rumores e información interna. Zev se entretenía en el comedor o en la galería, bebiendo un vaso de jugo de naranja y manteniendo los oídos alertas, oyendo cosas que deseaba no oír, como qué director se acostaba con qué estrella y qué estrella lo hacía con la camarera, así como también el precio de una película de Sennett y lo que le había costado a Griffith *Corazones destrozados*. Conocía la cifra del último contrato de la Pickford, más de un millón, y que el día de trabajo para un extra eran cinco dólares. Revisó los papeles comerciales y visitó los estudios, esperó en las oficinas de reparto y escuchó a la gente que hacía allí su trabajo. Se transformó en un espía profesional, vio todas las películas de la ciudad y se enteró de que existían dos banqueros comprensivos con los productores de películas: un joven californiano, de nombre Motley Flint, director del First National Security, y Amadeo Giannini, del Banco de Italia.

Zev eligió a Giannini, pues acostumbraba a negociar con los italianos en Nueva York y le gustaban. Además, también, se había enterado de que la infancia de Giannini había sido trágica como la suya; hijo de inmigrantes, había visto cómo un vecino asesinaba a su padre. A la edad de treinta años, se había retirado como agente de bolsa con éxito. Se hizo banquero y en 1901 abrió el Banco de Italia. Zev también se enteró de que siempre Giannini tenía sus palpitos, apostando por el individuo cuando debía dar un préstamo, y que su garantía era el carácter.

Ambos se midieron en silencio en el despacho de Giannini. Zev vio a un italiano de mediana edad, perspicaz; había conocido a decenas como él en Nueva York. La única diferencia era que ese italiano era un hombre de mucho éxito y que ahora tenía poder sobre su vida. El banquero observó a un joven judío, tímido, pálido e inteligente, que todavía parecía un campesino con sus negros trajes fúnebres.

Zev le explicó rápidamente su posición y que deseaba que sus estudios produjeran durante dieciocho horas al día con actores, directores y camarógrafos trabajando en turnos rotativos. Bajos costes y alegría, dijo con ansiedad, para sacar a la gente de sus propias miserias durante cinco o diez minutos. Necesitaba financiar el verdadero corazón de su plan, su propio sistema de distribución y su cadena de cines. Y luego él haría verdaderas películas.

—Dígame, ¿a qué llama usted verdaderas películas, señor Abramski? —le preguntó el banquero, sonriendo.

—Espectáculo, sofisticación, historia. Mostrarle a la gente común cosas que jamás podrían soñar en sus propias vidas... —Miró a Giannini y le dijo simplemente —: Magic.

El banquero rió.

—¿Y cuánto me costaría financiar a Magic?

Zev tragó saliva y luego dijo con valentía:

—Tengo diez mil dólares y le pido cincuenta mil.

Giannini hizo girar un lápiz entre sus dedos, mirándolo en silencio.

—¿Y qué es lo que va a hacer que un hombre como usted pueda tener éxito en un negocio en el que tantos han fracasado? —le preguntó finalmente.

Zev lo miró, asombrado.

—Simplemente sé que puedo hacerlo, eso es todo.

Giannini rió y contestó:

—Muy bien, Abramski, los cincuenta mil son suyos.

Zev lo miró, anonadado.

—¿Pero por qué me presta el dinero?

—Primero, porque usted posee un trozo de tierra de valor potencial en Cahuenga. Y segundo, porque me gusta el hombre que cree en sí mismo, señor Abramski.

Regresó al hotel Hollywood con sesenta mil dólares en la cuenta del Banco de Italia, más feliz por el hecho de que el banquero hubiera confiado en su palabra que por haber conseguido el dinero.

En pocas semanas, sus derruidas barracas fueron reconstruidas, se agregó un conjunto de casillas de madera que servirían como oficinas de administración y se compraron cámaras y películas. Con la ayuda de una agencia de contratación, seleccionó a los camarógrafos a los que promovió a directores, luchadores artistas de la calle, que pensó que tenían algo especial y cuya paga subió de treinta dólares por semana a trescientos con la categoría de estrellas, más un elenco cambiante de extras y asistentes. Se sentó en su escritorio de la calurosa casilla de madera, para trabajar en nuevas ideas y argumentos basados en los viejos formatos que él sabía que le gustaban a la gente y, mientras escribía, las cámaras rodaban día y noche.

Era la operación de un solo hombre. Él controlaba todo, ningún detalle era demasiado pequeño para que escapara a su nervioso ojo de águila. En consecuencia su producto era de buena calidad, y también entretenido, y pronto pudo alcanzar a los distribuidores. Y, cuando no estaba ocupado en los estudios, se mantenía atento para tener la oportunidad de conseguir para Distribuciones Magic un lugar en el mercado.

Hollywood estaba lleno de nuevos productores de cine y la competencia era dura. Zev o C. Z. tal como ahora se lo conocía, deseaba tener en su poder las cadenas de cines, y cuando se enteró de que *El viaje de una vida* de un nuevo director, el joven Francis Pearson, iba a estrenarse en el viejo teatro Woodley, decidió ir a verla. Pearson era un desconocido y la película era importante, pero se había realizado con bajo coste y no tenía demasiada calidad. Se veía que la calidad era mala, pero de alguna forma también estaba presente el genio que le agregaba realidad a la fuerte saga de la marcha hacia el oeste de la nación de inmigrantes, en caravanas que se dirigían en busca de una nueva vida. Tenía humor, tristeza, tragedia y esperanza.

Cuando terminó la película y las luces se encendieron, Zev se enjugó una lágrima, profundamente emocionado. Como inmigrante, comprendió las dramáticas luchas de vida o muerte de una generación no muy vieja, y él sabía por instinto que el resto de

Estados Unidos también lo comprendería.

La película atrajo poca atención y el Woodley trabajó con tres cuartos de la sala vacía. Esperó en el vestíbulo hasta que el director y el productor salieron desconsolados y entonces se presentó y les ofreció cuarenta mil dólares por los derechos de distribución. Ellos lo miraron como si se hubiera vuelto loco y luego aceptaron inmediatamente la oferta.

Al día siguiente estaba en el despacho de Giannini, pidiéndole un nuevo préstamo de cuarenta mil dólares para financiar la primera empresa de Distribuciones Magic. El banquero miró las cifras de los primeros seis meses y sonrió.

—Muy bien —le dijo—, los tiene. Pero es hora de hundirse o de nadar, C. Z. Será mejor que sepa lo que hace.

—Lo sé —le prometió, en tono confidencial.

Fue una venta dura, pero consiguió que *Viaje* estuviera en los mayores cines de Nueva York. Se corrió la voz de boca en boca y entonces aparecieron largas filas para ver la película y él se vio inundado por pedidos de la misma. Personalmente ganó más de un millón por *Viaje*, y pronto compró varias de las cadenas independientes de distribución. Distribuciones Magic era una realidad y él era millonario.

Francis Pearson se unió al cuerpo de directores de la Magic y filmó su próxima película, con un presupuesto mayor esta vez y con sets y efectos espectaculares. Las películas Magic pasaron a las ligas mayores. El producto salía y el dinero entraba; se compraron más tierras, los estudios se ampliaron y se construyeron las nuevas oficinas. C. Z. Abrams era un hombre reconocido en Hollywood. Tenía su propia casa, grande y llena de sirvientes, trabajaba todas las horas que Dios le enviaba, su vida social no existía y su vida privada era suya solamente.

Mientras esperaba a Dick Nevern con los resultados de la filmación del día, recorrió con sus dedos las teclas de un hermoso Bechstein, recordando aquellas solitarias noches en la oscuridad de su habitación, en la trastienda de la casa de empeño. Rara vez soñaba con el pasado, aunque los candelabros de plata de su madre todavía estaban orgullosamente colocados sobre un aparador del comedor. Vivía el presente, cada día en sí mismo, pero, mientras miraba a su alrededor, la hermosa casa y las posesiones de buen gusto, habría cambiado todo para sentirse como lo hizo cuando Missie O'Bryan entró por primera vez en su vida; tener su corazón en vilo como cuando la veía, mirar por la ventana esperando verla pasar, contando las horas y los minutos del viernes hasta que ella abriera la puerta y, sonriendo, le diera los dos dólares. Y pensó que habría dado diez años de su vida para volver a tenerla sentada frente a él en el café ucraniano y verla sonreír con aquellos ojos violetas.

—Hola, C. Z. —le dijo Dick, despertándolo de su sueño. Señaló los rollos de película que traía bajo el brazo—. Lo de siempre. Pero más tarde hoy, ya que tengo algo especial que mostrarte.

C. Z. asintió con animación.

—Vamos —le dijo, conduciéndolo hasta el sótano, a la sala de proyección.

Se dispuso una mesa con brandy, cerveza y emparedados junto a los cómodos sillones. Dick se sirvió solo mientras C. Z. enhebraba la película del primer carrete. Miraron primero los cortos, haciendo comentarios sobre los actores principales y los ángulos de cámara, tomando notas. Luego hicieron lo mismo con las rutinas de las dos grandes películas que estaban en producción.

—Muy bueno —dijo C. Z., con su nuevo acento norteamericano—. Raoul está haciendo un gran trabajo con *La pareja imperfecta* y tú con Broadway.

Dick rebobinó los carretes y le dijo a Zev con ansiedad:

—C. Z., creo que las películas deberán ser más realistas, ahora que se ha instalado el cine sonoro. Tendrán que tener una nueva cara, así como el sonido, más fresco, liviano, un estilo diferente de actuación. Necesitaremos nuevas caras, C. Z., y creo que acabo de encontrar a nuestra primera nueva estrella.

Zev le sonrió. El entusiasmo de Dick era uno de sus valores más importantes. Si no se tenía cuidado, podía llegar a contagiarlo a uno. Esa era la razón por la cual formaban un equipo tan bueno: uno era el loco, el creador artístico, y el otro el pragmático con los pies en la tierra.

—¿Y? Muéstrame —le dijo, sirviéndose un brandy.

Dick instaló el carrete y apagó las luces. Tomó otro emparedado y se detuvo, masticando pollo mientras la magia se desenvolvía en la pantalla.

No había escenografía, simplemente un escenario vacío y una joven rubia, con la cabeza gacha, las manos cruzadas con gracia sobre su falda de chifón. Lentamente levantó la cabeza y comenzó a bailar, flotando en la pantalla, con el cabello largo que le caía en cascada por la espalda mientras hacía piruetas y giros siguiendo los débiles acordes del nocturno de Debussy. La música se desvaneció y ella caminó con gracia hacia la cámara. La inteligente iluminación por detrás creaba un halo en su cabello color platino, enviando sombras debajo de sus pronunciados pómulos y sus iluminados, deslumbrantes ojos capturaban toda la atención mientras sonreía nerviosa y decía:

—Me llamo Azaylee O'Bryan. Tengo quince años y voy a la secundaria de Hollywood. Toda mi vida he querido bailar y estar en el cine. Gracias por darme esta prueba, señor Nevern.

Cuando la película quedó en blanco, C. Z. dejó sobre la mesa su vaso con mano temblorosa. Su corazón palpitaba fuertemente en su pecho y se llevó una mano allí para tratar de detenerlo.

—Hay más —le dijo Dick, haciendo rodar la película—. Le hice hacer una pequeña escena.

—Contrátala —le dijo C. Z. bruscamente—. Mil dólares por semana. Mañana firmaremos los contratos.

Dick lo miró, asombrado, cuando C. Z. se puso de pie y fue hacia la puerta. Estaba ceniciento y parecía tambalearse cuando caminaba.

—Pero... ¿C. Z., estás bien? —le dijo, siguiéndolo con rapidez—. Quiero decir,

no tienes buen aspecto...

—Estoy bien. Es cierto lo que te he dicho. Mil dólares por semana y firmamos mañana. —Estaban en la gran entrada y él se detuvo al pie de las escaleras, sosteniéndose contra la baranda—. Es menor de edad —le dijo, con tranquilidad—. El contrato deberá firmarlo el padre o el tutor. ¿Conoces a la familia?

—Claro —le dijo Nevern, con ansiedad—. Conozco a la madre desde hace años. Las traeré aquí mañana sin falta.

Zev contó cada hora que pasaba hasta la mañana, caminando por la casa como si fuera un animal enjaulado que esperara ser liberado. Al amanecer, se duchó y se vistió con un traje liviano de perfecto corte y una camisa de algodón de Sea Island, corbata de seda francesa, esmeradamente arreglada frente al espejo. Sus zapatos eran italianos y su reloj suizo, de platino. Inspeccionó su imagen con ojo crítico, se volvió a ajustar la corbata, agregando un pañuelo floreado en el bolsillo de la chaqueta, preguntándose lo que ella pensaría de él. Luego pidió su automóvil y partió para los estudios.

Dick Nevern lo llamó a las ocho treinta. Ellas irían a los estudios Magic al mediodía.

C. Z. cerró la puerta del despacho y paseó por él hasta las diez; luego pidió su coche y regresó a su casa. Se volvió a duchar, se cambió la ropa por un traje, camisa y corbata casi idénticos, verificó una vez más su apariencia y regresó a Magic. Era las once y treinta y estaba helado de los nervios. ¿Qué sucedería si Missie no lo recordaba? ¿Si lo trataba con frialdad, como casi un extraño, como a una persona del pasado que podría no importarle recordar? Se preguntó qué le habría sucedido a su marido, y si tendría hijos. Y también si todavía sería como él la recordaba.

Al mediodía su secretaria llamó por el intercomunicador y dijo que el señor Nevern estaba allí con Azaylee O'Bryan y su madre. Él le dijo que los hiciera pasar.

Se puso de pie con una mano en el escritorio para sostenerse, los ojos fijos en la puerta que se abría.

Ella estaba exactamente como la recordaba, con los grandes ojos violetas, que se abrieron bien grandes cuando lo vio. Dick se quedó detrás cuando ella se detuvo y dijo:

—¡Dios mío, eres Zev! ¡Tú eres C. Z. Abrams! Tú eres los estudios Magic.

El corazón de Zev se llenó de una vieja emoción. Nada había cambiado. Él abrió los brazos con los ojos fijos en ella.

—Lo hice todo por ti, Missie —le dijo, con calma.

Capítulo 39

Azaylee era consciente de los rumores de que, si C. Z. Abrams no hubiese sido amigo de Missie, ella no tendría el papel protagonista en la primera película sonora de Magic. Trató de que aquello no la molestara, y se concentraba en cada día de trabajo de *Marietta* y permanecía cerca de su mentor, Dick. No encontraba difícil lo que hacía, y Dick tenía razón, la cámara la atrapaba. A veces, de noche, casi no podía creer que la muchacha de la pantalla fuera realmente ella, y el hecho de que tenía un nuevo nombre artístico, Ava Adair, lo hacía más irreal. Rosa y Missie conspiraban para hacerla mantener los pies en la tierra, insistiendo en que no se hablara en la casa de ninguna tontería de estrella de cine y recordándole que Ava Adair era simplemente Azaylee, una joven de quince años que todavía debía terminar la enseñanza secundaria.

Pensó que era hermoso regresar a casa desde los estudios y volver a ser ella misma, una niña con su vaso de leche que preguntaba lo que había para cenar y llevaba a pasear al perro. Pero la mañana siguiente no podía esperar regresar a los estudios y ser Ava Adair.

Sabía que la gente estaba celosa porque ganaba una pequeña fortuna y eso la preocupaba, porque a ella no le interesaba en absoluto el dinero. Habría hecho las películas por nada, tanto era lo que amaba aquel trabajo. Dick le había dado a Rachel un pequeño papel, y a las seis y media todos los días ellas viajaban a los estudios en una gran limusina Lincoln que C. Z. enviaba para ellas, riéndose del coprotagonista masculino, Will Mexx, de dieciocho años, que había confesado que estaba locamente enamorado de Azaylee.

—Amor —se mofó ella, riendo—. Incluso Dick es más apuesto que él.

—Oh, no lo sé —le respondió pensativa Rachel—. Tiene unos dientes preciosos. —Y entonces volvieron a estallar en risas.

Rachel era una joven de dieciocho años, pequeña y bonita, con los suaves rasgos y ojos de su madre. Era la mejor amiga de Azaylee. Compartían la misma ambición por ser estrellas de cine, así como también todos, sus secretos: el arrobamiento de Rachel por el sofisticado actor de Magic, Ralph Lance, su rubor cada vez que lo veía y la forma en que los jóvenes los miraban ahora que ellos paseaban juntos; y la loca pasión de Azaylee por el muchacho de la Segunda Enseñanza de Santa Mónica que los fines de semana servía sodas en un bar. La hija mediana de Rosa, Hannah, era tan bonita como su hermana, pero a los veinte había dejado de lado sus ambiciones en favor de un trabajo en una agencia de reparto, donde constantemente tenía problemas porque dejaba que sus simpatías afectaran su juicio y enviaba a los trabajos a gente que no estaba capacitada simplemente porque le había caído bien a ella. La hija mayor, Sonia, tenía veintidós años y era maestra en San Francisco, ya casada con un joven de clase media de una familia judía. Y Rosa se había vinculado con un fabricante de herramientas de Pittsburgh, Sam Brockman, con quien se veía cada vez

que él estaba en la ciudad, desde ya hacía tres años. Pero el romance estaba, tal como ella decía, en el hielo.

—Una vez que mordió, dos veces tímido —citó a Missie—. ¿Y cómo sé que no es otro Meyer Perelman?

Por supuesto, en su corazón ella sabía que no lo era, pero le gustaba la vida tal como estaba: las casas de huéspedes florecían y el romance estaba disponible una vez al mes, con flores y cenas a la luz de las velas y un viaje ocasional a Catalina Island. Y ella podía seguir siendo ella misma. Ningún hombre le daría órdenes a Rosa Perelman nunca más.

Pero era el romance de C. Z. el que cautivaba la atención de Hollywood. Era la vida íntima de un hombre de quien se hablaba en todos los estudios y restaurantes de la ciudad. Había fotografías de él en las revistas de cine. «C. Z. Abrams de Magic con la permanente compañía de Missie O'Hara llegando al estreno de su última película», decían, o «La hermosa Missie O'Hara ofreciendo una cena para C. Z. en el Coconut Grove para celebrar la terminación de *Los chicos traviesos*».

Dick NeVERN pensó que lo cómico de eso era que C. Z. parecía no poner objeción alguna. En realidad, una mañana había entrado en su despacho y lo encontró sonriendo ante la fotografía de él y Missie que había aparecido en una revista.

—«Compañía permanente» —había dicho C. Z.—. Media nación debe de preguntarse qué significa esto.

A Dick no le gustó preguntar lo que significaba, pero podía verlo; por una vez, a C. Z. no le importaba la atención de la prensa. Quizá pensara que su nueva imagen como hombre afecto a las mujeres era buena para los negocios, decían algunos con cinismo, pero Dick sabía que no era eso. Se notaba que era un hombre feliz. Y Rosa notó la diferencia en Missie.

—¿Cómo te sientes de esa manera? —le preguntó una noche en que Missie se estaba vistiendo para encontrarse con C. Z.—. Toda radiante y excitada porque vas a salir con él. Estás diferente. Con O'Hara eras suave, sonriente, contenta. Pero para Zev Abramski vuelves a ser la misma joven de aquellos tiempos. Cualquiera podría decir que eres una mujer enamorada.

—Amé a O'Hara de una manera diferente —le respondió con calma Missie—. Él era el fuerte y yo la débil y herida. Cada vez que me tomaba en sus brazos, me sentía segura. O'Hara era un hombre especial; tenía una especie de alegría que hacía que la vida fuera feliz. Todavía lo amo y jamás lo olvidaré. Pero lo que siento por Zev no tiene nada que ver con lo que sentí por él. —Miró a Rosa con culpa—. ¿Está mal que ame a Zev como lo hago?

Rosa negó con la cabeza.

—Sólo tú sabes cómo lo amas, y así debe ser. Y después de todo lo que te ha sucedido en la vida, debes aprovechar cada oportunidad de ser feliz que se te presente.

Missie pensó en Zev cuando se dirigía a su casa de Beverly Hills, en el nuevo

Courmont con que él la había obsequiado. Se había sorprendido de verlo detrás del gran escritorio en la mañana que fue a Magic a hablar del contrato de Azaylee. E incluso se sorprendió más por su transformación: el frágil, triste, retraído prestamista había sido reemplazado por un hombre delgado, atractivo y bien vestido. Sólo sus ojos eran los mismos, todavía con aquella mirada solitaria, ansiosa, que ella recordaba. Cuando abrió los brazos y dijo: «Lo hice todo por ti, Missie», los ocho turbulentos años que habían pasado desde la última vez que lo había visto se esfumaron. Ella había regresado al oscuro negocio de empeño, en la esquina de Orchard, y él le deslizaba debajo de la reja de bronce los cincuenta dólares para enterrar a Sofía en una gastada tumba de madera.

—Ha pasado mucho tiempo —le había dicho ella, con calma, estrechándole la mano a causa de que no podía simplemente echar a correr y besar a C. Z. Abrams, dueño de los estudios Magic—. Pero jamás te olvidé, Zev, ni tampoco tu ternura. Y ahora vuelves a hacerlo, vuelves a ser amable, con Azaylee.

Ella pudo sentir cómo temblaba la mano de Zev en la suya, y él le dijo con delicadeza:

—Ha pasado demasiado tiempo, Missie.

Entonces, Azaylee corrió exclamando:

—¡Zev Abramski! Te recuerdo viniendo a la calle Rivington los domingos para llevar a Missie al café ucraniano. —Hizo una pausa, lo miró detenidamente y sonrió—. Pero estás diferente ahora que eres el señor Abrams.

—Y tú estás diferente también. Toda una dama. —Sus sombríos ojos oscuros la evaluaron y luego sonrió—. Y la cámara no miente, eres una dama adorable.

Ella se ruborizó y bajó los ojos.

—Sólo deseo poder ser una actriz de cine —le dijo con ansiedad—, en especial en una película donde pueda bailar.

Se sentó junto a Dick en el sofá, doblando las manos sobre el regazo y cruzando los tobillos, como una perfecta señorita, escuchando mientras él hablaba con Missie.

—Dick me ha mostrado la prueba —dijo bruscamente—. Azaylee brillaba desde la pantalla como un haz de luz. Y algo más, muy importante ahora, ella tiene una voz grave, bonita, de timbre dulce. Creo que tiene futuro. Nos gustaría que protagonizara una película llamada *Marietta*. Con tu permiso, por supuesto.

—Tiene sólo quince años —dijo Missie, con dudas—. Me gustaría que terminara la enseñanza secundaria, quizá que fuera a la universidad...

Él asintió.

—Naturalmente. Es todavía una niña y no trabajaría las horas de un adulto. Tendríamos tutores en el set y también nos aseguraríamos de que descansara durante el día. No te preocupes, Missie —le dijo, con gentileza—. Yo la cuidaré.

—Por supuesto que lo harías...

—Oh, Missie, por favor, por favor, por favor —Azaylee cayó de rodillas a sus pies—. Oh, por favor, di que sí.

Missie rió, pero en su interior todavía no estaba segura de que lo que hacía era lo correcto. El médico le había advertido que cualquier esfuerzo o trauma podría catapultar a Azaylee a su tierra del nunca jamás. No le parecía bien forzar a una vulnerable muchacha de quince años para hacer una película. Pero ella lo deseaba tanto. No había visto tal alegría y ansiedad desde que O'Hara muriera...

—Vine para rechazar la oferta —dijo por fin—. Iba a pedir que consideraran la posibilidad de ver a Azaylee cuando fuera un poco mayor, pero ahora que estás tú, Zev, ¿cómo puedo negarme?

—Oh, gracias, gracias. —Azaylee hizo piruetas por la habitación embargada en el éxtasis de la felicidad. Se detuvo en el escritorio de C. Z. y le dijo con firmeza—: Prometo trabajar duro, haré todo lo que me digas. No te defraudaré.

—Por supuesto que no lo harás —asintió, riendo, y Dick Nevern pensó, sorprendido, que casi no recordaba haberlo visto reír, ni siquiera con las comedias de Magic. Incluso una sonrisa era una gracia rara en C. Z.

C. Z. sugirió que Dick le mostrara a Azaylee los estudios y que después la llevara a casa mientras él llevaba a Missie a comer y a hablar de negocios.

Missie recordó aquella primera comida ahora que ella se dirigía a su casa. El había pedido su automóvil y la había llevado a su casa, como si no pudiera esperar mostrarle que ya no era un pobre prestamista sino un hombre de gusto y refinamiento. Pero su casa tranquila y grandiosa, con las alfombras sedosas y las finas pinturas, le había parecido un lugar sin vida, como si fuera un museo.

Un sirviente les sirvió una exquisita comida mientras ellos se sentaban erguidos, uno frente al otro, en la hermosa mesa antigua de nogal, hablando del tiempo y de los hermosos jardines, hasta que de pronto él le tomó la mano a través de la mesa y le dijo:

—Cuéntame lo que ha sucedido para que estés tan triste.

Ella lo miró, asombrada.

—No sabía que todavía se notaba.

—Oh, sí —le respondió, con calma—, la herida está todavía ahí, en tu expresión, en tu calma, en tus ojos.

Missie le contó todo, de la misma manera en que antes lo había hecho, sin esconder nada, incluso cómo se había sentido con Eddie en su noche de bodas o cuando encontró el prendedor de los Ivanoff; le habló de Azaylee, y de su amor por O'Hara. Lloró cuando le contó el asesinato de su marido, pero él no hizo intento alguno por consolarla; simplemente le alcanzó un pañuelo y la dejó llorar.

—¿Y ahora qué? —le preguntó por fin—. Has ayudado a curarse a Azaylee, pero ¿y tú? Quizá debieras haber hablado también con el doctor Jung.

Ella negó con la cabeza.

—Yo soy la fuerte —le dijo, intentando sonreír—. Además, tengo a Rosa para hablar, no me guardo todo del modo en que lo hace Azaylee. Esa es la razón por la que he dudado en dejarla ser una actriz de cine. ¿Qué sucederá si no es buena? He

visto lo que los críticos pueden hacer y no sé si es lo suficientemente fuerte para aceptar esa clase de rechazo.

—¿Y cómo lo sabrá si no la dejas probar? Puede llegar a ser un gran éxito. No puedes seguir protegiéndola toda la vida, Missie. Debes dejarla vivir por ella misma.

—Supongo que tienes razón. —Suspiró.

De todas formas, siempre temerosa de ser descubierta, insistió en que Azaylee tuviera un nombre artístico, y, después de mucho pensar, los estudios decidieron «Ava Adair».

Caminaron por la gran sala de estar con vista a la avenida de palmeras que conducía a una piscina de color azul oscuro. Zev recorrió con sus dedos las teclas de su gran piano de ébano.

—Solía tocar esta pieza cada vez que te veía —le confesó cuando las suaves notas de cristal de un *étude* de Chopin llenaron la habitación—. Me iba a casa aquellas noches después del café ucraniano y soñaba contigo. Mi vida entera cambió cuando te conocí, Missie. —Miró las teclas del piano—. Es lo que quise decir cuando confesé que lo había hecho todo por ti. Estaba enamorado de ti en Nueva York, pero me preguntaba que podía yo ofrecerle a una muchacha de tal refinamiento, a una *baryshnya*, a una dama. Dos cuartos detrás de una casa de empeño y un marido que prestaba centavos sobre las camisas de sus vecinos. Cuando vendí mi negocio y me vine aquí a Hollywood, estaba decidido a tener éxito, a ser alguien, alguien a quien se pudiera admirar. Luego regresaría y te pediría que te casaras conmigo. Cuando leí lo de tu casamiento con Arnhaldt, me entraron ganas de matarlo. —Se rió con burla—. En lugar de eso, me desquité la rabia con un hombre que pensó que yo era un explotador y que trató de engañarme en un negocio. Por supuesto que lo vencí, y ese fue el comienzo de los estudios Magic.

—Y ahora eres C. Z. Abrams, uno de los hombres más importantes de Hollywood —le dijo, acercándose a él—. Pero para mí no hay diferencia. Yo siempre te respeté a ti, Zev. Siempre fuiste mi igual.

Se habían quedado mucho tiempo, mientras la tarde se transformó en la noche y la noche en la madrugada, bebiendo champaña y abriendo sus corazones como viejos e íntimos amigos, de la forma en que solían hacerlo con una botella de vino tinto entre ellos, en el café ucraniano.

Habían estado juntos ocho meses y el cortejo había progresado lentamente, junto con la filmación de *Marietta*. Ahora la película estaba terminada y esa noche le ofrecería a ella un pase privado. Ni siquiera Dick estaría allí.

La casa olía deliciosamente a cera de abeja y a rosas, sin los duros arreglos de antes, pero con grandes floreros llenos de rosas del jardín que dejaban caer sus pétalos sobre las brillantes superficies de los muebles. Su perra galgo ruso, *Julieta*, tendida sobre el sofá de la entrada, y las puertas y ventanas abiertas para dejar entrar la luz del anochecer. Las pesadas cortinas de brocado habían sido reemplazadas por unas de seda de color crema; el formal mobiliario oscuro había desaparecido y ahora

había cómodos sofás y sillas agrupadas con gracia. Debajo de la mesa, había libros y revistas desparramados con una zapatilla masticada por la perra. Con la influencia de Missie, la casa había cambiado su personalidad y también la de Zev. Él estaba diferente: relajado, sonriente y despreocupado.

—Está todo preparado —le dijo emocionado—, y creo que puedo prometerte una sorpresa.

—¿Buena o mala? —le preguntó, besándolo.

Él sonrió.

—Te dejaré que lo decidas tú misma. —Después de tomarla de la mano, la condujo a la terraza, donde la cena estaba servida sobre una mesa blanca debajo de un toldo azul. No había nada que él no supiera de ella, nada que ella no supiera de él, y ahora sus vidas estaban entrelazadas. Mientras se sentaban a la mesa hablando del vino, las fresas, la película, tenían la intimidad de una pareja que llevara años de casados. Y ni siquiera eran amantes.

Ella pensó que esa noche Zev se veía particularmente atractivo. Le tomó la mano y por fin le dijo:

—Es el momento de la verdad. ¿Estás lista?

Instaló el carrete de película, apagó las luces y se sentó al lado de ella. La historia de *Marietta* era muy simple; se trataba de una huérfana dulce y bondadosa. Tenía tristeza y humor, y también la gran dirección de Dick Nevern. Las imágenes titilaron, los títulos rodaron y de pronto apareció Azaylee mirando desde la pantalla, con los ojos grandes y llenos de miedo, cuando preguntaba dónde se habían ido sus padres. Había en su voz una urgencia que acongojaba el corazón y, durante el resto de la película, era imposible quitar los ojos de ella.

Missie se quedó en silencio cuando él cambió los carretes, observando sin hacer ningún comentario hasta el final cuando ella estalló en lágrimas.

—No sabía que ella era capaz de actuar así, Zev. —Lloraba—. No sabía que podía transmitir esa emoción.

—Pero yo sí —le dijo, con suavidad—. Lo supe desde el momento en que la vi.

Un mes después *Marietta* se estrenaba simultáneamente en Nueva York, Filadelfia y San Francisco para arrasar con las críticas. Todos alababan a la joven Ava Adair, aclamándola como «un hallazgo», «una estrella en ciernes» y, la mejor de todas las críticas, como «una acabada joven actriz». Tenía dieciséis años y parecía tonto sugerir que fuera a la universidad con una carrera tan brillante por delante. De modo que Missie se las llevó, a ella y a Rachel, de vacaciones.

—Llévala a Méjico, a Agua Caliente —le sugirió Zev—. Magic pagará la cuenta.

A diferencia de la alborotada Tijuana, Agua Caliente era un lugar de clase alta, que tenía aguas termales y baños de barro, un campo de golf, canchas de tenis y una enorme piscina de mármol que, según se decía, había costado setecientos cincuenta

mil dólares. El hotel disponía de cincuenta lujosas cabañas con baños de color rosado y accesorios de caparazón de tortuga. El comedor poseía vajilla bañada en oro donde se servía cocina europea y los más finos vinos franceses. Zev deseaba lo mejor para su futura estrella y su futura esposa, aun cuando él todavía no se lo había pedido, ya que le estaba dando tiempo para que olvidara la tragedia de O'Hara.

Agua Caliente también era famosa por las carreras de caballos y perros. El hotel atraía a una variedad impresionante de apostadores celebridades y gente de la sociedad que tomaban su descanso al sol. Rachel y Azaylee pasaban la mayor parte del tiempo nadando en la inmensa piscina, tomando limonada helada servida en vasos altos y sin prestar atención a cualquier muchacho que se acercara a ellas, riéndose como adolescentes que eran cuando este se retiraba, confundido por la silenciosa diversión de dos pares de hermosos y desafiantes ojos. Había un hombre que a ambas les divertía, un mejicano de aspecto libertino, llamado Carlos del Villaloso. Era mayor, de por lo menos treinta años, suponían, y después de una simple mirada que les ofreció y que les hizo tambalear los pies, él no volvió a mirarlas. Para disgusto de ambas, parecía prestar atención a cualquier otra mujer en el hotel excepto a ellas, e incluso a Missie.

Una noche fresca, ella estaba paseando por los jardines cuando tuvo conciencia de que alguien caminaba a su lado, y al levantar la mirada, comprobó que era ese hombre.

—Una hermosa noche, señora —le dijo con una brillante sonrisa—. Veo que, como yo, usted es una amante de la naturaleza. Los jardines hermosos son una de las grandes alegrías del mundo. Francia, Italia, Inglaterra, por supuesto, son la perfección, se lo garantizan sus climas. Pero hoy creo que mi Méjico natal no lo hace tan mal. Es de lo más molesto. Siempre creo que mi país es el lugar más bonito hasta que veo otro lugar.

Ella se detuvo en un arbusto.

—Sería difícil elegir cuál es el mejor. —Le respondió con una sonrisa fría—. He decidido que la política más feliz es amar el jardín en que uno está como el mejor.

Él taconeó sus talones y con una formal reverencia se presentó.

—Con su permiso, señora. Carlos del Villaloso.

Era alto, delgado y elegante con su chaqueta blanca y su piel mate tan suave que parecía lustrada. Tenía intensos ojos marrones, un bigote fino y dientes muy blancos. Su cabello negro estaba peinado con fijador y lucía un gran diamante en su dedo meñique izquierdo.

—La señora O'Hara —le dijo, ofreciéndole la mano.

—¿O'Hara? —le dijo él, frunciendo la frente—. Me parece conocer ese nombre.

Ella se volvió con premura.

—Me temo que debo regresar. Mi hija estará ansiosa por ir a cenar ahora.

Él rió y dijo:

—Ah, las jóvenes siempre tienen apetito. Sólo podemos observarlas con

admiración y maravillados cuando acaban con todo. —Caminó por el sendero, a su lado—. Ha sido un placer conocerla, señora —le dijo con otra cortés reverencia, mientras ella se apresuraba a regresar al hotel.

Más tarde, en el comedor, él bajó la cabeza como saludo y le sonrió mientras pasaba junto a su mesa, y las niñas lo miraron con arrobamiento.

—¿Quieres decir que lo has conocido de verdad? —dijeron las dos a coro llenas de emoción.

Missie asintió.

—Hablamos de jardines.

—Imagínate, hablar de jardines con un hombre como ese —dijo Rachel, haciendo girar hacia arriba sus ojos—. Es el hombre con aspecto más depravado que jamás he visto.

Ellas lo miraron a través del salón, bajando los ojos, ruborizándose cuando él se dio cuenta de que lo miraban y les sonrió.

—Es interesante —respiró Azaylee—, no como esos muchachos tontos que nos han estado acosando durante toda la semana.

—Interesante y malvado —agregó Rachel, y Missie suspiró mientras ellas volvían a caer en un ataque de risa.

De todas formas, hizo algunas averiguaciones discretas en el hotel acerca del señor del Villaloso y descubrió que era un cliente regular, conocido por ser un fuerte apostador en las carreras de caballos, y también con fama de mujeriego. Durante el día casi no se lo veía, pero a partir de entonces ella casi no lo saludaba, más que con un movimiento amable de cabeza, y trataba de evitar estar sola en el jardín.

—¿Sabes qué? —le dijo Azaylee a Rachel una noche después de la cena—. Estoy aburrida. —Se extendió en el sofá, con las delgadas piernas colgando del respaldo—. A menos que seas un fanático de las carreras o del alcohol, no hay realmente nada que hacer aquí. Ni siquiera sexo.

Azaylee levantó y giró las piernas por encima del respaldo del sofá y se sentó.

—No sé mucho de eso —admitió—, pero tengo deseos de aprender. Tijuana está por ese camino, Rachel. ¿Qué te parece si nos hacemos una visita?

Sus ojos se iluminaron con la emoción y Rachel la miró con duda.

—¿Qué quieres decir?

—Vistámonos como señoras y vayamos a ver cómo es aquello. Podemos caminar, espiar por algunas puertas... simplemente hagamos algo. —Se rió—. Vamos, admítelo, Rachel, ¿no tienes un mínimo de curiosidad?

—No tanta como tú —admitió, sonriendo—, pero me gusta el juego si a ti te gusta.

Azaylee corrió hasta el guardarropa.

—Nos pondremos nuestros vestidos más atrevidos. Tú no tendrás problema porque tu cabello es ondulado, pero yo tendré que levantarme el mío y ponerme sombrero.

Vestidas de esa manera, salieron secretamente del hotel y pidieron un taxi. El conductor las miró con asombro cuando ellas le pidieron que las llevara a Tijuana y luego les pidió el doble del precio habitual.

—¿Adónde ahora? —les preguntó, mientras avanzaban lentamente por la calle principal, que era estrecha y estaba llena de gente, de bares y de cabarets baratos.

—Aquí está bien. —Se bajó Azaylee, pagándole la mitad del viaje—. Haga el favor de esperar. Estaremos aquí en una hora.

El hombre se encogió de hombros, indiferente, mientras las observaba cuando se alejaban, del brazo, agarrándose nerviosas como si esperaran que alguien saltara desde un callejón y las raptara para venderlas como esclavas blancas. Música de alto volumen salía de los cientos de bares, y los levantadores de apuestas, proxenetas, prostitutas y borrachos aparecían en las puertas.

Azaylee se detuvo para mirar las fotografías que había afuera del notorio Venus y el cartel que decía «Todo vale». Espió interesada por la puerta entreabierta, retrocediendo con un sobresalto cuando esta se abrió de golpe para dejar salir a un borracho disparado como una bala. Sus ojos se abrieron y pudo ver a una mujer desnuda con dos hombres en el escenario.

Abriendo la boca con ahogo, tomó el brazo de Rachel y se apresuró.

—¿Has visto eso? —murmuró—. ¿Has visto lo que están haciendo, Rachel?

—No. —Los asombrados ojos de Azaylee miraron los de Rachel y esta dijo—: ¿Qué, Azaylee? ¡Vamos, dime!

Azaylee tragó saliva y susurró:

—Había tres que estaban desnudos... y...

Ella se estremeció y Rachel gimió nerviosa:

—Sabía que no deberíamos haber venido.

—Oh, pero, Rachel, ¡seguro que debíamos hacerlo! —Azaylee estaba poseída de una emoción extraña y nerviosa. Ella jamás podría contarle a nadie lo que había visto, ni siquiera a Rachel. Después de cruzar la calle, se detuvo afuera de Comerciale.

—Quizá debiéramos regresar —dijo Rachel, que la siguió con reticencia.

Carlos del Villaloso las vio cuando paseaba por la calle después de haber perdido cinco de los grandes en el Club de los Extranjeros. Le quedaban en el bolsillo exactamente trescientos dólares, ni siquiera lo suficiente para pagar la cuenta del hotel, y mucho menos su fiebre de juego. Las dos jóvenes vacilantes en la vereda del Comerciale sobresalían entre la multitud como vírgenes a las puertas del infierno. Él sonrió, mientras las observaba agarradas del brazo y dándose coraje. De modo que se habían escapado de la hermosa dama dragón y venían a buscar un poco de emoción. Entonces ¿quién mejor que él para mostrarles? Ajustándose la corbata, cruzó la calle hacia el Comerciale.

—Buenas noches, señoritas. —Les sonrió cuando ellas se volvieron, asombradas

—. Las reconozco del hotel y me pregunto si no se dan cuenta de que no es exactamente *comme il faut* para niñas bien educadas pasear por Tijuana.

Ellas se ruborizaron, bajando la mirada, avergonzadas, y él agregó:

—Sería mejor si me permitieran escoltarlas. El Comerciale es un lugar rudo para mujeres solas.

Abrió la puerta y entraron, sonriéndole con timidez y murmurando un agradecimiento. El encontró asientos en el largo mostrador del bar. Después de llamar a uno de los taberneros, les preguntó qué les gustaría beber, sobresaltándose cuando pidieron limonada. Con un guiño al hombre, agregó en voz baja:

—Con un toque de ginebra.

Azaylee se acodó en el mostrador, bebiendo su limonada y mirando con ojos bien abiertos a los vulgares bebedores, apostadores, proxenetas y prostitutas que se paseaban en busca de placeres que estaban prohibidos en su país natal. Muchachas bonitas de ojos oscuros mostraban sus atributos, para los cuales había muchos tomadores; el alcohol fluía como un río y la música era ensordecedora. Sus sentidos nerviosos estaban en vilo: era el lugar más excitante que jamás hubiera visto.

Carlos decidió que la morena estaba obviamente muy asustada, pero la rubia era interesante con sus cabellos pálidos y tupidos y aquellos extraños ojos brillantes llenos de emoción. No podía quedarse quieta. Se movía en su taburete y golpeaba nerviosa su *limonada* como si esperara ser arrestada en cualquier momento. Por supuesto, eran demasiado jóvenes e inocentes para garantizar sus atenciones. El necesitaba a alguien como la madre, una mujer en poder de un bolso lleno de dinero, no jóvenes que salían en busca de una emoción. Pero la inocencia tenía su propio encanto, y podría llegar a ser divertido hacerle probar a la rubia la corrupción por primera vez. Le guiñó el ojo al tabernero y le pidió más *limonadas*.

—¿Estáis de vacaciones del colegio? —les preguntó, mientras el camarero les colocaba sus bebidas delante.

El rostro de Azaylee enrojeció por la ginebra y los ojos le brillaban cuando respondió:

—Oh, no. Hacemos cine.

—¿Cine, eh? —Pensó en la señora O'Hara, la mujer dragón que era demasiado hermosa por su propio bien... o por el de él. No la había visto como una madre de artistas; tenía demasiada dignidad. Una dama, había imaginado, con el respaldo de una riqueza familiar sólida y de una buena educación. Lo había despreciado tan obviamente que él no se había molestado en saber más acerca de ella, pero ahora se sentía intrigado.

—¿Y tu padre? —le preguntó, acercándose a Azaylee—. ¿Dónde está él?

Ella tuvo un ataque de hipo, se puso una mano en la boca y se ruborizó.

—Papá está... papá está muerto —finalizó diciendo. Sus labios temblaron, y él le tomó rápidamente la mano y se la apretó.

—Comprendo —le dijo, con gentileza—, y siento haberte hecho una pregunta tan

personal. Es imperdonable.

Rachel miró su limonada, los párpados se le caían y bostezó diciendo:

—Está bien. Missie se casará con C. Z. ahora.

—¿C. Z. Abrams? —Arqueó las cejas con sorpresa. Ahora recordaba haberlos visto a menudo en los periódicos. Ella era la viuda del rey O'Hara y la rubia debía de ser su hija.

Azaylee le miró la mano con la que le apretaba la suya. Lo miró, con la boca abierta, y luego se pasó la lengua por los labios. Él sintió deseos de ella, aunque las vírgenes no eran su territorio habitual. Prefería a una mujer con experiencia y dinero. Preferentemente una a la que le gustara el sexo tanto como a él. Pero esta tenía potencial, esta pequeña...

—Esta limonada tiene un gusto divertido —dijo Rachel medio dormida. Su rostro estaba pálido cuando agregó de repente—: Me parece que me encuentro mal del estómago.

Carlos gruñó. Lo único que faltaba era que ella vomitara.

—Vamos —le ordenó—. Es hora de que las niñas buenas se vayan a dormir.

Azaylee lo miró coqueteándole y murmuró:

—Pensé que allí iban las niñas malas.

Él rió, poniéndole un brazo con aire casual sobre los delgados hombros, mientras la guiaba por el bar.

—Y a veces también las buenas —le susurró al oído.

Él se sentó entre las dos jóvenes en el taxi, abriendo la ventanilla de Rachel por si ella vomitaba, pero pronto se quedó dormida. Azaylee apoyó su cabeza en el hombro de Carlos, cerró los ojos y él la rodeó con un brazo.

—Tengo tanto sueño. —Bostezó, acurrucándose en su pecho.

Le acarició la cara con su dedo, trazando la línea de sus párpados, sus pómulos y la boca, que tembló bajo su contacto. Tenía los ojos cerrados, pero podía decir que ella no dormía, y dejó que sus dedos bajaran lentamente por su cuello hasta que su mano se posó sobre uno de sus pechos blandos y pequeños. Podía sentir el latido de su corazón y la respiración agitada cuando los dedos recorrieron la suave carne que su vestido escotado dejaba al descubierto. Ella sintió un ahogo cuando él introdujo una mano dentro. Podía sentir el calor que venía de ella cuando él hizo girar su rostro hacia él y puso su boca sobre la de ella, besándola en un beso que pareció durar para siempre.

Ella se abrazó a él, llena de pasión. Él le tomó la mano y se la guió a la abultada entrepierna.

—Ahí —le susurró—. ¿Ves lo que a las muchachas les gusta hacerles a los hombres? Vosotras los calentáis y luego los dejáis a un lado. Tú no sabes el dolor que le causas a un hombre con eso. ¡La agonía! —Presionó su mano más fuerte en su palpitante entrepierna y ella luchó con debilidad—. Yo simplemente deseaba que sintieras cómo era, así recordarás lo que me hiciste, cruel, pequeña virgen de corazón

frío.

Azaylee se apartó de él y se sentó. Tenía el rostro ruborizado Y los ojos le brillaban cuando comenzó a llorar, las lágrimas corriendo por las mejillas y cayendo sobre su vestido rosado.

—No quería hacerlo. No deseaba lastimarlo. Simplemente no sabía... Volvió a tener hipo, y él suspiró y le alcanzó un pañuelo.

—Ahora ya lo sabes —le dijo con brusquedad cuando el taxi llegó al hotel—. Y una palabra de advertencia, joven señorita O'Hara. Estás jugando con fuego.

El conductor sonrió con un gesto de saber lo que ocurría mientras Carlos ayudaba a las jóvenes a bajar del taxi y las hacía entrar a prisa en el hotel. Luego las observó cuando pasaban por la puerta giratoria y con paso inseguro cruzaban el vestíbulo. Esto es simplemente el comienzo, pensó. Espera, pequeña señorita Azaylee. Luego encendió un cigarrillo y dio un paseo por los alrededores, pensando en Missie O'Hara.

A la mañana siguiente, durante un silencioso desayuno, Azaylee se asombró al verlo aproximarse. Dio una patada a Rachel por debajo de la mesa y mantuvo los ojos en su plato, ruborizándose terriblemente. Rachel miró con miedo a Missie y luego a Carlos, mientras él asentía y les sonreía.

Azaylee sintió como si se derritiera en su interior al escuchar su voz y sentirlo tan cerca cuando dijo:

—Buenos días, señora O'Hara, señoritas. Perdonen por interrumpirles el desayuno, pero es un día tan hermoso y me preguntaba si me harían el honor de comer conmigo. He pensado en un pequeño picnic, y luego quizá podríamos visitar el hipódromo. Después de todo, a veces esto resulta aburrido para la gente joven.

—Es muy amable de su parte, señor del Villaloso —dijo Missie—, pero ya tenemos planes para hoy.

Azaylee levantó la cabeza de repente.

—Oh, Missie —le dijo, mirándola con ojos implorantes. Missie la miraba con sorpresa.

—Comprendo —respondió fríamente Villaloso—. ¿Otro día quizá?

Azaylee lo miró irse sin que él siquiera mirara en su dirección. Después de todo lo que había sucedido entre ellos la noche anterior...

—¿Qué es lo que sucede contigo? —protestó Missie—. Pensaría que no te permití ser la Reina del Desfile de la Rosa, en lugar de haber enviado a paseo a ese hombre horrible. Es un jugador y un mujeriego. Por supuesto que no iremos a ningún picnic con él, y menos al hipódromo.

—¿Cómo puedes decir eso? —murmuró con enfado Azaylee—. Casi no lo conoces.

Los ojos de Missie se abrieron, interrogantes.

—¿Y debo suponer que tú lo conoces mejor? Ahora terminemos el desayuno. He hablado con el profesor para que toméis clases de tenis. Os vendrá bien correr un poco por la cancha; eso os devolverá un poco de vida. —Les miró los rostros con ojo crítico—. Por Dios, hemos venido a descansar y de vacaciones, y parecéis dos fantasmas.

Rachel suspiró, recordando que se había pasado la noche vomitando. Dijo con sentimiento:

—Supongo que fue la limonada... —Se puso una mano en la boca—. Quiero decir, quizás estuvimos tomando demasiada limonada.

—Demasiada comida y no el suficiente ejercicio —asintió Missie, haciéndolas salir del comedor antes de que Villaloso pudiera volver a hablarles.

Missie las mantuvo ocupadas durante los días que siguieron, enviándolas a tomar clases de tenis por la mañana y por la tarde, reservando horas para que nadaran, no simplemente para que jugaran en el agua, para que completaran veinte largos cada vez, haciéndolas caminar e irse temprano a la cama. Pero cuando terminaron las vacaciones y estaba camino hacia Los Angeles, se preguntó con preocupación si no había exagerado todo. Azaylee estaba muy pálida y fatigada y Rachel muy silenciosa. La observó, preocupada, a medida que pasaban los kilómetros, ya que cada vez que Azaylee la miraba podía jurar que lo hacía con miedo. Desechó de lado la idea por ridícula. Después de todo, ¿de qué podría tener miedo una joven? Simplemente regresaba de unas maravillosas vacaciones.

Capítulo 40

Missie había pensado mucho en Zev mientras estuvo lejos, y había tomado una decisión. Si Zev Abramski no le pedía que se casaran, entonces lo haría ella.

Se vistió con sencillez la noche en que regresaron, con una falda azul y una blusa blanca. Se cepilló el cabello de color bronce, que ahora llevaba corto, arrepentida de habérselo cortado, ya que Zev amaba tanto su cabello largo. Se perfumó con su perfume favorito de Elise y se miró al espejo, preguntándose si sería muy diferente para él esta mujer de veintinueve años, dos veces casada, dos veces viuda, de aquella joven inocente de dieciocho que alguna vez conoció. Rosa le dijo que todavía caminaba como un cervatillo y que, a pesar de las tristezas y los sufrimientos, su rostro seguía siendo el mismo. Sólo sus ojos eran ahora más cautelosos.

En un impulso, sacó la vieja maleta de cartón de debajo de la cama y volcó su contenido sobre el cubrecama. Los diamantes de la tiara brillaban y la enorme esmeralda tenía el color del mar de Constantinopla, al ser alcanzada por la luz del sol. Rusia y el pasado nunca antes habían parecido tan distantes, y ella se dio cuenta de que, desde que había estado con Zev, casi no pensaba en la Cheka y en los Arnhaldt, excepto en sus sueños; estaban enterrados en el pasado junto con el tesoro de los Ivanoff.

Tomó la fotografía de Misha y la miró con ternura. Luego la de Azaylee de su tocador y las comparó. No había parecido; la niña era como su madre. Mantuvo la fotografía abrazada contra el pecho, preguntándose si después de todos esos años ella debería mostrársela a Azaylee y decirle la verdad; pero el doctor le había advertido que no era lo suficientemente fuerte mentalmente para soportar el impacto de encontrar a sus padres verdaderos sólo para perderlos con una muerte cruel.

—Siempre te amaré, Misha —le susurró, presionando el retrato contra su corazón —, pero tú debes entenderlo, ahora he encontrado a un hombre al que amo y quien a su vez me ama.

Después de colocar la fotografía en la maleta, buscó el prendedor de los Ivanoff, que reflejaba mil puntos de luz. Dudó un momento y luego, regresando al espejo, se lo puso en el cuello de la blusa. Era demasiado importante para su atuendo sencillo, pero llevarlo puesto, de alguna manera le hacía sentir que contaba con la aprobación de Misha para lo que iba a hacer.

Volvió a colocar la maleta en su sitio y se apresuró a bajar las escaleras hacia la cocina en la que Rosa y su enamorado, el fabricante de herramientas de Pittsburgh, estaban sentados con un vaso de té con limón delante. Los ojos de Rosa se abrieron cuando vieron el prendedor. Dijo:

—Parece como si una mitad tuya hubiera decidido ir a una fiesta y la otra quedarse en casa.

Missie tomó una galleta de la bandeja del horno que se enfriaba debajo de la ventana abierta, riendo cuando Beulah la retó.

—Te equívocas en las dos cosas. Voy a pedir al hombre que amo que se case conmigo.

—Desearía que mi mujer fuera así de inteligente —dijo con tristeza Sam Brockman.

—¿Estás segura de lo que haces esta vez? —le preguntó Rosa.

Missie asintió.

—Muy segura. —Después de tomar otro bizcocho, partió con alegría hacia la puerta—. Después de todo, ¿cómo más puede una muchacha conseguir lo que desea si no lo pide?

—¡No es lo correcto! —le gritó Rosa—. El hombre debería pedirte...

Missie asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Entonces, si dice que no, regresaré a casa corriendo y lloraré en tu hombro, y tú me podrás decir, «ya te lo dije».

—Loca —murmuró Rosa mientras ella partía.

—Tú debes de estar loca —le dijo con firmeza Sam—. Si tú me lo pidieras, yo te diría que sí al instante.

—Yo no lo pido —le dijo Rosa, compungida—, y no diré que sí hasta que esté bien preparada.

—Un día, quizá —le dijo, y se sonrieron con alegría uno al otro.

Zev había estado esperando ese momento todo el día; más aun, lo había esperado durante las dos largas semanas que debieron pasar hasta que ella subiera las escaleras y regresara a su vida. Se apresuró a recibirla, abriendo bien grandes los brazos, y ella fue directamente hacia ellos como si le perteneciera.

—Dios, te he echado de menos —le murmuró, hundiendo el rostro en su cabello de dulce perfume.

Caminaron hacia la terraza y se apoyaron contra la balaustrada de piedra, escuchando las cigarras y el canto de los pájaros, la fría catarata de agua que seguía su camino hacia la piscina. El rostro estrecho y atractivo de Zev se veía endurecido por la tensión.

—No vuelvas a dejarme, Missie —le dijo, con firmeza, mirando hacia adelante—. Quédate aquí. Cásate conmigo, por favor.

Ella se volvió para mirarlo, asombrada, pero él estaba apoyado contra la balaustrada, todavía mirando hacia adelante. Ella rió.

—Zev Abramski, pensé que nunca me lo pedirías.

Él se volvió lentamente para mirarla, con esperanza en los ojos.

—¿Entonces lo harás?

Ella asintió.

—Sí, me casaré. Te amo más de lo que jamás he amado a otro hombre. —Tomó con su mano el prendedor de Misha y agregó—: De un modo distinto.

Él negó con la cabeza.

—No me importan los modos diferentes. Lo único que quiero es que me ames. —
La abrazó con dicha—. Lo que deseo saber es cuándo.

—Dame un mes —le dijo, pensando en O'Hara y en su repentino casamiento—. Pero simplemente una boda íntima, Zev. Para la familia.

Zev pasó las siguientes cuatro semanas en estado de tensión nerviosa, medio asustado de que ella cambiara de idea. Se hundió en su trabajo, sin permitir que sus pensamientos se dirigieran a ella, pero en secreto vivía para esas preciosas horas de la noche en que estaban juntos.

Sólo Rosa, Rachel, Hannah y Sonia fueron invitadas a la boda. Azaylee fue la doncella. Dick Nevern, como el amigo íntimo de Zev, entregaría a la novia. La boda tendría lugar en el palacio municipal de Beverly Hills en Canon Drive, con una recepción en la casa de Zev.

Magic estaba en medio del rodaje de *Marietta en las montañas*, protagonizada por Azaylee, en una serie de *Marietta*. Zev no quiso dejar la aprobación final en manos de otro; por lo tanto, la luna de miel se pospuso hasta que se terminara la película. Mientras tanto Azaylee se quedaría con Rosa.

Pero Missie se dio cuenta de que pasaba algo. Azaylee partía para los estudios por la mañana llena de alegría, riendo y charlando como una niña, y regresaba por la noche débil y exhausta. Cenaba en silencio, después de quejarse de que estaba fatigada, y se iba inmediatamente a la cama.

Una semana antes de la boda, Missie decidió que no podía soportarlo más y la siguió escaleras arriba. Azaylee estaba tendida vestida en su cama, abrazando la pequeña muñequita francesa que O'Hara le había dado cuando era niña, en el viaje a Nueva Jersey. Ella pensó con culpa que eso era lo que pasaba. Ella amaba a O'Hara. Él era su papá.

—¿No deseas que me case con Zev? —le preguntó, sentándose en la cama y acariciando el cabello de Azaylee, que le caía por la espalda desde su frente caliente—. Pensé que te gustaba.

—Pero sí, así es. Por supuesto que deseo que te cases con él. Quiero que seas feliz, Missie, verdaderamente es así.

Missie pudo ver que era sincera, pero había una mirada de vieja ensoñación en sus ojos que la puso en alerta.

—Entonces, dime lo que sucede, *milochka* —dijo, con suavidad—. Sabes que lo comprenderé.

—No es nada... excepto... —Azaylee se sentó, con los grandes ojos bien abiertos—. Todos tienen aquí nombres diferentes. Ninguno es quien debe ser. ¿No es verdad, Missie? Incluso C. Z. es Zev. Y yo soy *Marietta*, y Ava Adair y Azaylee. Y antes era otra niña...

—Así es en Hollywood —le respondió rápidamente Missie—. A los actores les gusta elegir nombres más bonitos que los que tienen desde que nacieron. Los inmigrantes como Zev se cambiaron los nombres para que sonaran más norteamericanos. Es más fácil, eso es todo.

—No es eso lo que quiero decir —lloró con desconsuelo, hundiendo el rostro en las almohadas y abrazando a su muñeca—. A veces, simplemente me pregunto quién soy, Missie, como si fuera dos personas a la vez, una niña buena y una mala.

—Una niña mala —repitió Missie, impactada—. Azaylee, siempre has sido una niña angelical, todos lo dicen. Y mírate ahora, trabajando tanto y comportándote como una verdadera dama en el set. Jamás le has causado a nadie el más mínimo problema.

Azaylee volvió a esconder el rostro, mirando hacia la ventana con ojos vacilantes.

—Recuerdo a papá —dijo, con una voz distante—. Su mentón era áspero cuando me besaba y era alto, con una voz tranquila. Y recuerdo a mi hermano mayor... más grande que yo... pero eso fue cuando yo era otra, ¿no es verdad, Missie?

Missie dudó y luego le tomó la mano y dijo:

—Te cambiamos el nombre para salvarte de que te asesinaran. Tu verdadero nombre es Xenia.

—Xenia Ivanoff —dijo lentamente—, ahora lo recuerdo. Ella era una niña de cuento de hadas a la que todos amaban, en especial su papá. Él no está muerto —agregó, mirando a Missie de manera extraña—. En realidad no lo está. Lo sé porque lo he visto.

—En tus sueños, Azaylee. Sólo en tus sueños —murmuró Missie, con tristeza—. Tu padre, tu madre y tu abuela Sofía están en el cielo.

Azaylee le sonrió con tristeza y dijo:

—Supongo que estoy cansada, eso es todo.

—Necesitarás otras cortas vacaciones después de *Marietta en las montañas* —le dijo Missie, deseando complacerla—. Quizá pudiéramos ir a Agua Caliente. Te gustó aquel lugar.

—¡No! —Se sentó Azaylee en la cama, llena de pánico—. No quiero regresar allá nunca —exclamó, apasionada.

—Muy bien —asintió Missie, sorprendida—. Ahora, por qué no tomas un baño, y te traeré un vaso de leche caliente con canela, de la forma en que la abuela Sofía solía hacerlo. A ti siempre te gustó.

Azaylee se bañó y tomó obedientemente su leche. Cuando Missie acomodó a la joven en la cama y la besó, pensó que con su camisón de algodón y el cabello trenzado parecía como una niña inocente llena de sueño.

El día de la boda estaba nublado con promesa de lluvia, pero eso no afectó el brillo de la novia ni la felicidad del novio, mientras estaban de pie ante el juez y

prometieron amarse y respetarse. Missie estaba adorable con un elegante y costoso traje de seda de color aguamarina, con un sombrero que hacía juego. Zev Abramski parecía todo un hombre de mundo con su traje a medida de color gris claro. La deliciosa comida fue servida por sirvientes sonrientes al compás de los acordes de un cuarteto de cuerda que tocaba a Mozart, mientras fluía el champaña.

Cuando finalmente se fueron los invitados, Missie besó a Azaylee, pero sus ojos estaban ansiosos cuando observó cómo ella se alejaba.

—¿Quieres que ella se quede aquí con nosotros? —le preguntó Zev.

Ella negó con la cabeza, sonriendo con pesar.

—Oh, no, no lo quiero, Zev Abramski. Te deseo todo para mí.

Él tocó el piano para ella y Missie lo escuchó durante un rato, oyendo la emoción que en general él mantenía contenida para sí, detrás de su fachada fría y reservada. Después se preparó para ir a la cama, perfumándose y cepillando su cabello hasta que este brilló como la seda. Al acercarse al espejo, miró su delgado cuerpo desnudo, sus pequeños pechos altos, la sutil curva de sus caderas y sus largas y torneadas piernas. Deseó volver a tener dieciocho años y ser inexperta, joven y no lastimada por la vida, para poder entregarse a él por completo.

Se puso un delicado camisón de encaje, sintiendo el roce del frío satén contra su cuerpo y, después de apagar la luz, caminó descalza por la suave alfombra hacia la puerta. Cuando se volvió para mirarse otra vez en el espejo, vio sólo una figura pálida en sombras. A media luz, podía volver a ser joven, la novia joven que se dirigía a su lecho de bodas.

Había una sola lámpara encendida en el dormitorio y Zev estaba de pie junto a la ventana mirando hacia afuera. Llevaba puesta una bata de seda. Cuando él se volvió para sonreírle, pensó en lo atractivo que estaba.

—Missie —le dijo, extendiendo los brazos mientras caminaba hacia ella—, ¿sabes lo hermosa que eres?

Embargada de felicidad, se tendió con él en la cama.

—Quiero decirte cuánto te amo, lo que siempre te amé, pero sólo existen estas palabras inadecuadas —murmuró, besándola con delicadeza.

Se agachó para besarle los pies y confesarle que jamás había sentido valer lo suficiente como para hacer algo más que eso, y ella lo tomó en sus brazos y le dijo que él era alguien muy valioso para ella. Se abrazaron con pasión.

Todas las defensas y simulaciones habían desaparecido. Eran dos personas profundamente enamoradas; deseaban tocarse, sentirse, explorarse, poseer sus cuerpos. Y cuando Zev finalmente la penetró y ellos fueron uno solo, todos los recuerdos de Arnhaldt y de O'Hara desaparecieron de la mente de Missie. Incluso Misha se había transformado en un sueño. Zev la hizo su mujer esa noche, como si los otros amores no hubieran existido. Y mucho más tarde, cuando se quedó dormida en sus brazos, fue como si este fuera el único lugar en el mundo en donde ella debía estar.

Maryland

Los primeros débiles destellos del amanecer teñían el cielo, cuando Missie le dijo con fatiga a Cal:

—Lo que luego sucedió fue toda mi culpa y jamás me perdonaré por ello. Pero, como puede apreciar, yo también era joven, y estaba enamorada. Era egoísta, y lo único que deseaba era estar con Zev. Pensé que Magic no era simplemente el nombre de su estudio sino el símbolo de lo que él era capaz de hacer. Tenía treinta y cinco años y se transformó de un inmigrante sin educación en un legendario personaje de Hollywood. Había llevado a Magic a ser un poderoso estudio con un elenco brillante de estrellas y directores. Lo había conseguido gracias a que sabía por instinto lo que el público deseaba.

»Pero no era sólo su negocio lo que lo hizo legendario. Era un hombre misterioso, con fama de mantenerse distante y de evitar el rutilante estilo de vida de Hollywood y su llamativa publicidad. Había algo en él que hacía que los directores de hotel y los jefes de camareros le ofrecieran las habitaciones más grandiosas y las mejores mesas. Era la realeza de Hollywood, y yo era su reina. Estábamos tan imbuidos uno en el otro que casi no teníamos tiempo para los demás.

»Cuando se terminó *Marietta en las montañas*, tenía planeada otra secuencia, *Marietta en Malibú*. Su producción estaba planeada para un mes después, de modo que Zev y yo decidimos tomarnos nuestra dilatada luna de miel en el ínterin. No fuimos lejos, sólo hasta Catalina Island. El hotel St. Catherine era tranquilo, un retiro para la gente del cine que deseaba escapar del brillo de la publicidad. Y eso fue simplemente lo que hicimos.

»Éramos como adolescentes, haciendo lo que hacía cualquier turista: pasear en el barco con fondo de vidrio, bailar en el casino con una de las grandes orquestas, caminar de regreso al hotel a lo largo de la bahía Avalon. Recuerdo la luna marcando su paso por el agua, dibujando las palmeras, y la música que se propagaba por la bahía desde el alto edificio del casino. Era todo tan hermoso y romántico. Estuvimos allí una semana y no puedo explicarle lo felices que fuimos. Entonces llegó una llamada telefónica de Rosa. Azaylee había desaparecido y no sabía qué hacer.

»Zev alquiló un pequeño avión y volamos directo a casa. Rosa estaba destrozada y Rachel deshecha en lágrimas. Aparentemente, Azaylee apenas se había llevado unas pocas cosas, y había desaparecido en medio de la noche. Cuando no apareció para el desayuno, Rosa pensó que se había quedado dormida; no se dio cuenta hasta muchas horas después de que realmente no estaba en la casa.

»Zev supuso que Rachel sabía algo y la llevó afuera para preguntarle lo que sucedía.

Missie dudó, y Cal se dio cuenta de que tenía entrelazadas las manos con fuerza, pero supo que estaba decidida a contarle la historia, de modo que no la interrumpió.

—Le contó que Carlos del Villaloso había violado a Azaylee, que ella estaba

embarazada y que se había ido a Agua Caliente a encontrarlo para casarse. Por supuesto, yo me negué a creerlo. Grité enloquecidamente que no podía ser cierto, que era simplemente una niña inocente...

»Zev sabía que no podía llamar a la policía. La historia se filtraría y la publicidad la mataría. Volvió a llamar a Burbank y alquiló otro avión, sólo que esa vez no me dejó ir con él. Se llevó a un par de guardaespaldas que estaban en el estudio para mantener lejos a los periodistas, que siempre acosaban a las estrellas. Eran hombres corpulentos, de aspecto brutal, y hasta entonces siempre había pensado que habían sido elegidos para algún papel. Ahora sabía que era diferente.

»Pasamos la noche sin dormir. Nunca sabrá las veces que me pregunté:

»—Después de todo lo que he pasado para protegerla, ¿cómo puede haber sucedido esto? ¿Qué he hecho para dejarla tan débil y vulnerable ante un hombre como Carlos del Villaloso?

»Zev encontró a Villaloso en su lugar habitual, el hipódromo. No deseaba una escena pública, de modo que le dijo que quería hablar con él afuera. Zev pudo ver por el rostro de Villaloso que sabía que tenía problemas, pero al principio negó las acusaciones. Le dijo que casi no conocía a Azaylee y que jamás había estado a solas con ella. Luego Zev dejó que los guardaespaldas lo presionaran y entonces cambió la historia. Le dijo que ella había venido a él con una ridícula historia de ser el padre de su hijo, deseando que se casara con ella. Dijo que ella se había arrojado a sus brazos, que lo había seguido a Tijuana y que no era más que una pequeña ramera.

»Allí fue cuando Zev entró en acción, rompiendo algunos de los preciosos dientes de Villaloso.

»—¿Dónde está ella?, —le preguntó Zev, lleno de una rabia tal que ni siquiera sentía el dolor en sus lastimados puños—. Dígame lo que le ha sucedido a ella o lo mataré con mis propias manos.

»El rostro de Villaloso ya no era el mismo. Ahora sabía que estaba en un lío y decidió que no deseaba morir.

»—Le di algo de dinero, —dijo, ahogado, escupiendo sangre y algunos de sus dientes—. Se fue a Tijuana...

»Zev sabía lo que quería decir. Los abortos baratos estaban a la orden del día en todas las calles de Tijuana. Gruñó y le puso las manos en la cara cuando pensó en Azaylee en manos de algún carnicero. Sabía que sería mejor que se moviera rápido antes de que pudieran tocarla. Dejó a Villaloso en manos de uno de los guardaespaldas y con el otro partió para Tijuana.

»Comenzaron por las *clínicas*, pero no estaba allí. Villaloso no le había dado dinero suficiente como para eso. Algunos sugirieron que probaran con el Doc Miller, conocido como Doc Loco, ya que siempre estaba loco por el tequila. Era un norteamericano que había emigrado al sur de Méjico después de ser sacado del colegio médico, pues casi mató a una paciente con una sobredosis mientras estaba bajo la influencia del alcohol.

»Lo encontraron, de inmediato, en un bar mugriento, muerto de la borrachera, por supuesto, y con dinero en el bolsillo, el dinero que Villaloso le había dado a Azaylee. Zev lo dejó allí y la fue a buscar.

»La habitación estaba sucia, había por todas partes cucarachas del tamaño de dólares de plata y apestaba a olor a cloaca que provenía de un desagüe abierto que estaba al otro lado de una diminuta ventana y que dejaba entrar sólo la luz suficiente para que él la viera. Estaba tendida en un catre de hierro, cubierta con una sábana sucia y llena de manchas de sangre. Tenía los ojos cerrados y su respiración era superficial. Gotas de sudor le cubrían la frente.

»Su rostro estaba gris como la sábana, y Zev lanzó un gruñido cuando le tocó la cabeza: volaba de fiebre. Apartó a un lado la sábana y miró el desastre de sangre, luego cerró los ojos, echando hacia atrás la cabeza y rezando a Dios en voz alta para que la ayudara, porque no había duda de que Azaylee estaba mortalmente enferma.

Ella abrió los ojos de pronto y lo miró, preocupada.

—¿Zev? —dijo en un susurro—. ¿Estoy viva?

El casi no podía hablar, tal era el ahogo que tenía por la emoción.

—Sí, *milochka* —le respondió—, estás viva.

—Bueno —murmuró—, no desearía dejarte plantado con *Marietta*.

»La llevó al hospital, donde la limpiaron y le hicieron transfusiones de sangre. Le dijeron que no había esperanzas. Se quedó junto a ella toda la noche, sosteniéndole la mano, rezando por ella y preguntándose cómo me daría la noticia, pero por la mañana temprano, la hora de la crisis, cuando los doctores le dijeron que en general la gente se moría o seguía adelante, volvió un poco de color a su rostro. Comenzó a respirar más tranquila y a las nueve ya descansaba pacíficamente. Ellos supieron que se había salvado. Y entonces Zev fue a buscar al Doc Loco.

»Luego, el *doctor* fue apresado por la policía, con el rostro golpeado hasta quedar como la pulpa de una fruta. Se lo llevaron a la cárcel, y jamás volvieron a saber de él. La policía también arrestó a Villaloso con el cargo de fraude en las carreras, y para el mediodía de ese día ya estaba camino de Ciudad de México, para esperar el juicio. Finalmente, después de meses de atraso, fue sentenciado a diez años de prisión, pero tuvo suerte de seguir vivo, si uno puede llamar tener suerte a estar en una prisión mejicana. C. Z. Abrams era un hombre poderoso y había utilizado todo su poder de la forma en que pensó que era la mejor.

»Azaylee era como una muñeca rota, completamente perpleja por lo que le había sucedido. Insistía en que no era cierto, que ella no había hecho nada, y nosotros evitábamos discutir con ella el caso para no enfadarla.

»Se encontraba debilitada, pero cuando finalmente estuvo lo suficientemente fuerte intenté hablar con ella. Actuó de una manera vaga y extraña, y supe al instante que íbamos a tener problemas. Zev llamó a un famoso médico de Nueva York que dijo que estaba perdida debajo de capas de diferentes identidades y sufría de una disociación de personalidad. Una persona que sufre de esa psicosis no tiene en

absoluto una verdadera identidad. No es un individuo, sino un ser *colectivo*. Es imposible saber cuál es su verdadera personalidad. Azaylee no era una *niña mala*, era un ser confundido que en realidad no sabía quién era. En su ambiente normal, ella se comportaba de la forma *normal* que todos esperábamos; en circunstancias extrañas era como otra persona, y por lo tanto hacía lo que se esperaba de esa persona. El doctor dijo que necesitaría tratamiento por lo menos durante tres años, quizá más.

»De modo que Azaylee comenzó su nuevo tratamiento y la vida volvió a la normalidad, aunque, por supuesto, ahora no estábamos seguros de lo que era normal.

»Zev archivó la película de *Marietta* y canceló la filmación de la siguiente. Nos concentramos en darle un hogar estable para que ella volviera a estar bien. El último golpe fue cuando los médicos dijeron que en el aborto había sido tan seriamente dañada que no podría tener hijos. Y después de todo pensé que quizás eso no fuera tan malo como parecía. Este fue sólo el primero de los problemas que ella tendría con los hombres.

Missie suspiró cuando miró a Cal llena de indefensión.

—Pasaron diez años, le pusimos tutores y ella terminó su enseñanza secundaria, pero no nos atrevimos a dejarla ir a la universidad. En lugar de eso, se concentró en la danza. El psiquiatra dijo que Azaylee comprendía que las cosas le habían sucedido a ella y no a otra muchacha. Pero nos advirtió que no podía garantizar su estabilidad emocional. Y lo único que podíamos hacer era continuar con la terapia y esperar que un día estuviera lo suficientemente bien como para enfrentarse a una vida normal.

»Cuando cumplió dieciocho años hicimos una fiesta de cumpleaños, para Rosa y Sam, Rachel, Dick y Hannah. Fuimos al Coconut Grove y allí tuvimos pastel con todas las velitas. Ella se ruborizó cuando la orquesta tocó el *Cumpleaños Feliz*. Era la joven más dulce e inocente que se podría imaginar, y estaba adorable con su vestido color verde pálido y el pendiente de rubí que O'Hara le había regalado cuando fuera nuestra dama de honor. La mesa estaba llena de regalos de todos, en especial de Zev, que creía que los regalos debían ser múltiples, por lo menos una docena. Pero su gran regalo fue la noticia de que él había encargado un libreto especialmente escrito para ella, de un musical que se llamaba *Volar alto*.

—Lo recuerdo —exclamó sonriendo Cal—, de muchas noches sin dormir en la facultad mirando el *Ultimo show*. Estaba maravillosa.

—¿Verdad que sí? Y ella lo disfrutó mucho. El doctor la había autorizado y todos la vigilábamos, desde el coprotagonista hasta el extra menos importante del set. Zev la produjo y Dick Nevern la dirigió. Y así resurgió su juventud y exuberancia.

»Era 1932, y Magic, como la mayor parte de los grandes estudios de Hollywood, había sido golpeado por la depresión. Zev invirtió mucho dinero en la promoción de la película, pero las entrevistas con ella se mantuvieron en un mínimo, sólo los reporteros más importantes de Hollywood y Nueva York. Sin embargo, su fotografía estuvo en todas las revistas y de pronto se transformó en una estrella.

»No se le subió a la cabeza. Simplemente lo aceptó y siguió como siempre,

sacando a pasear a *Rex*, su perro. Iba a los estudios todos los días junto con *Baby*, el cachorrito. *Rex* había hecho cría con la perra de *Zev*, *Julieta*, y ahora nosotros teníamos seis galgos rusos. *Azaylee* los amaba, de modo que nos quedamos con todos. Ella estaba ocupada con sus nuevas clases de baile para la próxima película y por fin parecía completamente feliz, aunque por supuesto su vida estaba todavía muy protegida. *Rachel* era su única amiga íntima. Prácticamente vivía con nosotros, y también tenía un papel en todas las películas. Pero ahora era novia de *Dick Nevern* y estaban seriamente enamorados.

»Los primeros signos de problemas aparecieron cuando *Azaylee* tenía veintiún años. Anunció que había alquilado un apartamento en Hollywood y que se mudaría. Poco después conoció a un hombre que se transformó en su pareja de baile, *Milos Zoran*, hijo de un campesino polaco, inmigrante, que tenía el aspecto de un dios griego para todo el mundo. Lo conoció en una clase de baile y vio de inmediato que era bueno, pero por supuesto era cuando bailaban juntos cuando tenía lugar el milagro. Eran tan perfectos, ambos rubios y hermosos, él con una corbata y chaqué blancos y ella con suaves vestidos de chifón, bailando para *Cole Porter* y *Jerome Kern*.

»La primera película fue un éxito inmediato. La pareja aparecía constantemente en las columnas de chismes y por supuesto nos dimos cuenta de lo que debía de estar sucediendo. Lo intentamos, pero no hubo forma de detenerla, y cuando *Zev* amenazó con despedir a *Zoran*, ella le dijo que, si él se iba, ella lo haría también. *Azaylee* vivía sola y hacía la vida que ella deseaba. ¿Era ella? —*Missie* negó con la cabeza, sin esperanza—. Jamás lo supimos en realidad.

»La influencia de *Zoran* se hizo más fuerte; pronto él hacía las coreografías de sus números de baile, de modo que él se transformó en una figura importante y *Azaylee* le dijo a *Zev* que deseaba que se cambiaran todos los carteles a *Zoran* y *Adair*, con el nombre de él antes que el de ella, y que él debería también encabezar la próxima película. *Zev* dijo que lo haría, y no lo hizo, por supuesto. Cuando *Zoran* entró en su despacho para quejarse, lo agarró de las solapas de su nuevo traje y le dijo que ya había puesto a un tipo detrás de las rejas por tratar de explotar a *Azaylee* y que no dudaría en poner a otro. *Zoran* se retiró y abandonó los estudios en medio de la película. Esto casi destruyó a *Azaylee*, y estábamos de nuevo como al principio: terapia, la vida privada protegida, y no más películas hasta que estuviera mejor.

»Eso se transformó en el modelo de su vida. Como probablemente sepa, tuvimos varias parejas de baile, pero su más famosa fue *Teddy Adams*. *Adair* y *Adams* es por lo que será recordada. Ella fue el centro de la sofisticación de los años treinta: cantaba, bailaba, era joven y hermosa, y el hecho de su turbulenta vida privada a menudo golpeaba los titulares, sólo para hacerla más fascinante. *Zev* siempre dijo más tarde que uno podía apostar que cualquier mujer que se llamara *Ava* y que hubiera nacido en el treinta, había recibido ese nombre por *Ava Adair*.

»Ella pareció bastante normal y feliz durante largos períodos, pero luego

sobrevendrían otras crisis. Zev manejaba su carrera y ella era una gran estrella. En tanto él estuvo a cargo, jamás hizo una mala película. Pero entonces vino el desastre final. Conoció a Jakey Jerome y a Grigori Solovsky.

Capítulo 41

—En la pantalla Azaylee fue siempre la niña abierta y alegre que todos adoraban, pero en su vida privada parecía tener afición por los malos personajes: hombres atractivos, vividores, que la explotaban. Jakey Jerome parecía diferente.

»Era de baja estatura y feo, aunque con una especie de extraño encanto. Tenía una sonrisa fácil y una conversación amena, y trabajaba en Magic como guionista. No era importante, simplemente un escritor corriente que hacía reediciones de las ideas de otra gente, pero en eso era bueno. Trabajaba mucho y, a diferencia de otros escritores, no bebía demasiado. A Zev le gustaba bastante. Fue él el que los presentó, y no pensó más en ello hasta que los vieron juntos en un reservado del Brown Derby. Pero todavía no se preocupó por Jakey. Sabía que no era el tipo de hombre que le gustaba a Azaylee.

»Su amistad progresó y ella comenzó a invitarlo a su casa. Vimos que la trataba con gentileza, no con la fuerza bruta de los otros, y no parecía desear utilizarla. No se había mudado a vivir con ella como en general lo hacían sus novios. Pero ahora Rachel estaba casada con Dick Nevern y tenían dos hijos varones. A menudo la encontraba a Azaylee mirándolos con deseo, y yo sentía pena por ella, ya que sabía que jamás tendría hijos. Comenzamos a preguntarnos si eso sería serio, si por fin ella no se habría enamorado.

»Zev le dio a Jakey un nuevo puesto como supervisor de guiones, con un aumento de salario, y lo primero que hizo fue gastarse todo el sueldo en un par de antiguos espejos venecianos que Azaylee había admirado en un negocio. Ella estaba tan encantada de que él le hubiera comprado un regalo tan maravilloso que decidió rediseñar su sala de estar alrededor de ellos. Cuando estuvo lista, nos invitó a cenar, sólo Azaylee, Jakey, Zev y yo.

»Él se mostró oportuno, cómodo, relajado, y así estuvo ella también. Yo pensé que jamás la había visto tan bien y le agradecí a él que fuera tan bueno con ella, que la ayudara. Era 1937 y Azaylee tenía veinticuatro años, pero por supuesto había sido una estrella desde los dieciséis. Jakey tenía veintinueve, y era un desconocido. Jamás hablaba de su familia, excepto que eran judíos, que venía de Filadelfia y que la mayoría de ella vivía en Polonia.

»Nosotros admiramos la nueva sala de estar enteramente de blanco y con cristal y los hermosos espejos. Y luego Azaylee anunció que Jakey deseaba decir algo. Se puso de pie, se aclaró la garganta, y luego le pidió a Zev formalmente la mano de Azaylee para casarse, aunque por supuesto él sólo la conocía como *Ava*. Se comportó como un perfecto caballero, deferente, incluso tímido, aunque, si alguna vez conoce a Jakey Jerome, jamás creería eso. Azaylee me miró con ojos implorantes y dijo:

»—Oh, por favor, por favor, Missie, di que si... —de la misma manera que lo había hecho cuando quería entrar en el mundo del cine. Y por supuesto dijimos que sí, nos reímos, se bebió champaña y se planeó la boda para octubre. Una bien grande.

Azaylee parecía feliz y muy racional, y pensamos que si Jakey podía hacer eso por ella entonces sería para ella un buen marido.

»Después de la cena, dijo que había encontrado un guión, una obra que, pensó, tenía las características de un gran musical.

»—¿Qué le parece que Ava la haga primero en un escenario?, —le preguntó a Zev—. Y quizás hacer después la película. De esa manera el éxito sería doble. Además, Ava dice que preferiría el teatro, para cambiar.

»Zev se sorprendió, pero aceptó leerla. No era maravillosa, sólo un vehículo para que ella bailara y cantara algunas buenas canciones: Jakey tenía en mente a Irving Berlín o a Cole Porter, nada sino lo mejor. Había comprado la obra por unos pocos miles de dólares y decía que se la quería regalar a Azaylee como regalo de compromiso. ¿Cómo podía Zev negarse a respaldarlo?

»Jakey la reescribió y la produjo. Azaylee le pidió a Dick que la dirigiera; sería su primer trabajo en el escenario, pero ella confiaba en él. Se encontró un teatro para el estreno en marzo, y Jakey instaló una oficina en Broadway y encontró al coprotagonista, Will Hunter, atractivo y con suficiente talento como para proporcionarle soporte a Azaylee sin robarle su esplendor. Cuando ella trabajaba, era absolutamente profesional, pero ahora estaba dedicada a su tarea y a Jakey. Ella ponía toda su fe en él, y debo decir que él no la defraudaba. Después de seis semanas turbulentas fuera de la ciudad, *La chica de Hollywood* se estrenó en Broadway, una noche fría de marzo. Al público parecía no importarles el frío. Aplaudieron todos los números y al final ovacionaron a Ava de pie. No pude evitar recordar mi éxito en las Follies (el pobre Ziegfeld hacía tiempo que había muerto) y sabía lo que Azaylee debía de sentir. Simplemente me quedé allí sentada, mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas. Me sentía tan orgullosa de ella. Y de lo lejos que había llegado, no sólo en su carrera, sino en luchar para regresar de la tierra del nunca jamás. Esa noche era una persona completa, Ava Adair, y era hermosa y un éxito.

»Fuimos a Sadi para la fiesta que se brindó allí, para esperar las primeras ediciones de los periódicos. Cuando vinieron, todos lanzamos vivas —eran unánimes en su alabanza— para Ava, Dick y la música. No pensaron mucho en la historia. Pero no importaba. Las multitudes llenaron el teatro y *La chica de Hollywood* hizo una fortuna. Zev tenía el sesenta por ciento y Jakey el veinte. Por primera vez en su vida Jakey era rico, y gastaba el dinero como el agua, invitando a todo el mundo al Club 21 y presidiendo su mesa en el Stork Club todas las noches después del espectáculo. Le regaló a Azaylee un gran anillo de diamantes para el compromiso, para sustituir al diminuto que antes había podido comprar. Y se mudó del pequeño apartamento de Broadway que estaba encima de su despacho a una suite en el Plaza, enfrente del hotel, el Sherry Netherland.

»No había nada sexual entre ellos, y nosotros pensamos que Jakey era un caballero anticuado respecto de eso. Azaylee tenía puesto su corazón en la boda de octubre en Lexington Drive, con una marquesina en el jardín y con su familia y

amigos del ambiente artístico, pero con el éxito del espectáculo la boda se pospuso para el siguiente mes de abril, lo que les daría tiempo suficiente para encontrar una sustituta para su papel.

»Yo la visitaba a menudo en Nueva York, viajando en tren, ya que siempre desconfié de los aviones. Me quedaba con ella en el Sherry Netherland, pero pasaba los días a solas llenándolos como quería, ya que ella mantenía horarios nocturnos de fiesta todas las noches después del espectáculo. De modo que dormía la mayor parte del día. Jakey venía alrededor de las cuatro y pedía el servicio de habitaciones para ella, la cuidaba con la dieta y se aseguraba de que comiera apropiadamente. Se preocupaba mucho por ella, y a Azaylee parecía gustarle. Como una niña lo haría con su padre, pensé, sólo que este no era mucho mayor que ella.

»Ahora era imposible para ella caminar por la calle sin ser acosada. Iba a todas partes en limusina y eso le alteraba los nervios, de modo que los domingos la llevaba a la casa de los amigos en Long Island. Allí nadaba y jugaba al tenis. Por entonces tenía una energía fantástica.

»La Feria Mundial debía abrir pronto, y Nueva York se llenó de visitantes internacionales. Constantemente agasajaba a importantes delegaciones extranjeras después del espectáculo. Siempre estaba encantadora, radiante y jocosa, de la forma en que ellos esperaban que se comportara una estrella. Todos la adoraban. Hacía dos años que conocía a Jakey, y en todo ese tiempo no había estado enferma. Pensé que había olvidado todo eso, los médicos con sus chaquetas blancas en las clínicas de reposo y los largos días cuando lo único que deseaba hacer era dormir, pues estar despierta y tratar de soportarlo era demasiado doloroso.

»Una noche, después del espectáculo, yo estaba detrás del escenario —en octubre, creo que fue— cuando el director dijo que había algunos visitantes rusos importantes afuera y que les gustaría mucho conocer a la señorita Adair. Sentí que palidecía y que mi voz se quebraba cuando pregunté exactamente quiénes eran. Políticos de alto rango, me dijeron, están aquí para las conferencias. Su líder es un hombre llamado general Grigori Solovsky.

»En un minuto fui catapultada hacia atrás en el tiempo, a aquel tren atestado que se abría camino por el campo helado, mientras el capitán Grigori Solovsky le preguntaba a Azaylee su nombre. Contuve la respiración, de la misma manera en que lo había hecho cuando con agonía esperaba la respuesta de la niña.

»—Azaylee, —había dicho, riendo—, Azaylee O’Bryan...

»Y después, incluso más hacia el pasado, a la noche en el bosque, cuando Solovsky se había llevado a Alexei para siempre. Todavía lo revivo en mis sueños. Y ahora lo que tanto temía finalmente había sucedido. Él nos había encontrado.

»Oí a Azaylee decir:

»—Por supuesto que los veré. Qué interesante Missie, son rusos.

»—Quizá no deberías..., —comencé, y luego de pronto allí estaba él en la puerta. El mismo cabello negro, el mismo campesino robusto de hacía veinte años. Sólo que

entonces era joven y todavía lo bastante inseguro de sí mismo para aceptar mi historia, aun cuando realmente no la creyera. Y ahora era un hombre de poder, esplendoroso con su uniforme de general. Tenía el corazón en la boca cuando busqué detrás de él, casi esperando ver a Alexei.

»Yo estaba de pie fuera del círculo de luz, junto al tocador, pero de todos modos los ojos de aquellos hombres estaban fijos en Ava Adair. Observé, temblando, mientras Solovsky le tomaba la mano y hacía una reverencia.

»—Hemos disfrutado tanto del espectáculo, —le dijo en un inglés trabajoso—, que deseamos decírselo personalmente. Los rusos no recibimos estas gratificaciones tan a menudo. Mis felicitaciones, señorita Adair, por su maravilloso talento.

»Solovsky conversó durante unos minutos y luego dijo:

»—No puedo evitar la sensación de que nos hemos visto antes, señorita Adair. Su rostro me resulta familiar.

»Ella le contestó con ansiedad:

»—¿Cree que es posible?

»Supe lo que iba a hacer y me apresuré a interrumpirla.

—No quiero ser inoportuna —le dije rápidamente—, pero Jakey desea que te apresures para el Stork Club tan pronto como sea posible. Cole está allí y Dick...

»Los ojos de Solovsky se encontraron con los míos y supe que me había reconocido.

—Esta es mi madre, la señora Abrams —me presentó Azaylee—. Lo siento mucho, general Solovsky, pero debo darme prisa. Quizá podamos hablar de esto en otra oportunidad.

»Él hizo una reverencia y dijo:

—Estaría encantado. —Pero me miraba a mí. Se acercó y me estrechó la mano, diciendo con tranquilidad para que los otros no oyeran—: ¿Nos conocemos, no es así, señora O'Bryan?

»No sabía qué decir, estaba aterrorizada y pensé que mi corazón se iba a detener.

»—Debemos hablar —murmuró.

»Me pregunté si la Cheka estaba esperando afuera para arrestarnos, y él leyó con facilidad mi mente y sonrió.

»—Sólo usted y yo —me dijo, con calma. Yo asentí y acordé reunirme con él en mi hotel en media hora.

Nueva York

Grigori habría reconocido el rostro de Missie entre mil, a causa de que jamás había olvidado aquel día en el tren. Fue una de las pocas veces en que se había permitido a sí mismo volver al viejo servilismo campesino, dejando que ella lo enroscara con una historia que sospechaba que no era verdad y luego haciendo que se

fuera, porque tuvo miedo de parecer un tonto. El recuerdo le causó resentimiento, pero fue cuando llegó a San Petersburgo e investigó las muertes de los Ivanoff cuando comprendió lo que había sucedido, aunque ya era demasiado tarde. Habían desaparecido, e incluso las desesperadas búsquedas de la Cheka no habían conseguido ni una pista. Su amor creciente por Alexei/Sergei había sobrepasado el deber que sentía hacia su país, y, aun cuando Rusia ansiaba poner las manos en la fortuna de los Ivanoff, él jamás había vacilado. Lenin no lo habría aprobado, pero para él su hijo estaba primero.

Pensó que el rostro de Ava Adair le era familiar, pero fue sólo cuando vio a Missie cuando tomó conciencia de que estaba mirando a la hermana de Alexei. Xenia Ivanoff: viva y bien. Tan hermosa como su famosa madre.

Ahora, mientras subía al ascensor y lentamente se elevaba hacia la habitación de Missie, no ignoraba que esa mujer era la única persona en el mundo que sabía que él se había llevado a Alexei. Y, si era inteligente, encontraría finalmente la forma de que Rusia consiguiera el dinero que deseaba.

Ella lo esperaba junto a una fuente con jarras de plata y tazas de porcelana. Aunque parecía tranquila como si fuera a presidir un té con algunas damas, sus experimentados ojos vieron las pupilas dilatadas. Tenía miedo.

—De modo que nos volvemos a encontrar —le dijo, en idioma ruso.

Ella negó con la cabeza.

—Han pasado muchos años desde que yo hablaba su idioma, capitán general Solovsky.

Se sentó frente a ella, en la lujosa habitación decorada en rosa, con sus opulentos cortinajes y espejos tallados.

—Creo que encontrará que he mejorado mi inglés. No sería fácil engañarme una segunda vez.

—Y tampoco sería fácil engañarme a mí.

Sus miradas se encontraron.

—Entonces estamos iguales —le dijo con delicadeza—. Usted tiene a un hijo Ivanoff. Yo tengo al otro.

Ella no contestó, sirvió el té con mano firme, y él sonrió. Era una luchadora, y él respetaba eso.

Colocó la taza delante de él y le ofreció limón y azúcar.

—Por favor, hábleme de Alexei.

—Parecía que tenía dos opciones en cuanto al niño —le dijo abruptamente—. Lo podría haber matado y dejado para los lobos junto con el resto. O me lo podía llevar conmigo, como prisionero de la nueva Rusia. Pero había una tercera opción, una privada. Podía invertir los papeles y criar al príncipe como a un hombre común.

Le habló de su crianza en Siberia, acerca de su reunión con Lenin, de su *klassnaya dama* y de su educación, de cómo se había elevado desde sus orígenes campesinos a través del ejército para llegar a ser un hombre de importancia en el

nuevo régimen de las Repúblicas Socialistas.

—Yo ya tenía un hijo —dijo, con su voz profunda atronando en la bonita habitación—, y ahora tendría dos.

»Sergei, como yo lo llamé, me siguió como si fuera un cachorrito. Su gratitud fue conmovedora, no por salvarle la vida sino por vengar a su madre. Él jamás habló de su familia, e hizo lo que pudo por acomodarse a una vida sencilla. Mi plan funciona bien: es inteligente en los deportes, así como también con los libros. Pronto ganó una beca para un buen colegio y dejó nuestro hogar en Bielorrusia para vivir conmigo en Moscú. Fue años antes de que lo dejara poner un pie en Leningrado, San Petersburgo, como él lo había conocido. Tenía miedo de excitar viejos recuerdos y de estropear nuestra relación.

»Sergei fue a la Universidad de Moscú y luego hizo el servicio militar. Probó ser un oficial capaz y, ahora, a los veintinueve, es un dedicado miembro del Partido con los pies en los primeros peldaños de la escalera política. Jamás hablamos del pasado. Está olvidado.

Agregó con calma:

—Estoy orgulloso del éxito de mi experimento. Y orgulloso de mi hijo Sergei. De modo que se puede imaginar mi sorpresa cuando esta noche me encontré con usted y me di cuenta de que había encontrado lo que Rusia había estado buscando durante años. Excepto, por supuesto, que ellos jamás habían tenido ninguna prueba verdadera de que los Ivanoff habían escapado. Sólo usted y yo sabemos eso. Ellos buscaron por todo el mundo y todavía no se han dado por vencidos. Es importante para Rusia que, si los Ivanoff están vivos, los encuentren. Y usted sabe por qué.

Cruzando las manos para evitar que siguieran temblando, Missie le preguntó:

—¿Les hablará de esto?

Era una pregunta que le había estado quemando el cerebro desde que lo encontró, y él lo sabía. Le sonrió con agrado.

—¿Puedo tomar otra taza de té? Se está muy bien aquí junto al fuego. Casi como estar de regreso a mi dacha rusa de los viejos días.

Él le estudió el rostro mientras ella servía el té. Sus ojos bajos escondían la expresión, pero supo que la tenía exactamente donde deseaba.

—Usted y yo hemos cumplido nuestro deber por nuestros hijos —le dijo—. Ahora nuestro trabajo por ellos está hecho. Ava y Sergei han encontrado un tipo de éxito personal con el cual no podrían jamás haber soñado el hijo y la hija del príncipe y la princesa Ivanoff. Sergei es un hombre. Puede sentirse orgulloso de sus logros, ya que no se los compraron. ¿Puede usted decir que mi experimento fue malo, Missie? ¿No más de lo que hizo usted, criando a Xenia como su propia hija?

Cruzó las manos, apoyando en ellas su mentón, mirándola con ojos penetrantes.

—Usted es una mujer inteligente, Missie —le dijo, con delicadeza—. No necesito explicarle lo que podría suceder si yo simplemente levantara el teléfono y llamara a la Cheka aquí y ahora. Ellos están siempre conmigo, incluso aquí en Nueva York,

siempre a mi lado...

Si el rostro de ella pudiera haber estado más pálido, lo habría hecho. Él sonrió con satisfacción. Estaba a punto de hacer una dura negociación.

—Podría llevarme a Ava conmigo para siempre —le dijo—. Se la podría dar a mi gobierno para que hicieran lo que quisieran, ya que ella es la llave de la fortuna que Rusia tanto necesita. —Hizo una pausa durante un momento, observándola como un ave de rapiña lo hace con un gorrión antes de lanzarse a matar—. Pero veo que usted la ama como a su propia hija. Deseo darle algo a Sergei como recompensa por la felicidad que me ha brindado. No puedo pensar en un regalo más grande que en volverlo a reunir con su hermana. El asunto Ivanoff permanecerá en secreto entre nosotros si usted accede a que Ava venga a Rusia por unas pocas semanas. Yo arreglaré una «visita cultural», unos conciertos. La cuidaré y me ocuparé de que no le hagan daño.

El cerebro de Missie sintió el peligro. La bonita habitación estaba llena de su olor, de la misma forma en que lo había estado el tren. A través de la niebla de miedo que le nublabla la mente, vislumbró el plan de aquel hombre. Se llevaría a Azaylee de regreso a Rusia y se la entregaría a la Cheka, para que ellos pudieran echar mano a la fortuna. Alexei jamás la vería ni siquiera sabría de ella. Y Solovsky todavía se quedaría con su hijo. Pero ella sabía que había una sola carta de triunfo que jugar en este juego; y esa era la suya.

—Comprendo exactamente sus *compasivos* motivos —le respondió—, pero lo que me sugiere es imposible. Y así, general Solovsky, es su amenaza de la Cheka.

—¿Y por qué es eso? —Se puso de pie y comenzó a pasear por la habitación, con las manos en la espalda.

—Porque los Estados Unidos constituyen una nación democrática donde la intimidación no es el estilo de vida. Ava Adair es una mujer famosa. Habría un incidente internacional. Un escándalo contra Rusia.

Él se encogió de hombros.

—Rusia tiene una espalda fuerte. Ha sufrido ya muchos escándalos.

—La otra razón —le dijo, sentándose erguida en el sofá rosado y mirándolo a los ojos— es que yo sé lo que sucedió con Alexei Ivanoff. Tengo la intención de hacer una declaración frente a testigos. Las copias de esta declaración estarán en una caja fuerte de mi banco con mis abogados. Si usted intenta tocar a Ava Adair, general Solovsky, se estará colgando usted mismo. Y también a su hijo.

Él la miró con rabia. Sabía que lo había vencido. Había encontrado la única salida y la había utilizado.

Solovsky suspiró y se volvió a sentar delante de ella.

—Usted y yo estamos malditos por una enfermedad paralizante: el amor. Usted sabe que yo moriría antes que herir a Sergei. Los hermanos jamás se encontrarán. Alexei Ivanoff llevará su nueva vida, y Xenia Ivanoff, la suya. No hay más que decir.

—¿Y la fortuna que Rusia necesita con tanta urgencia? —Le preguntó Missie, con

el viejo miedo a la Cheka acechando en las profundidades de su mente.

—Debe mantener su silencio y el anonimato. No puedo prometerle nada.

Se puso de pie, mirándola con una sonrisa levemente divertida.

—Supe cuando la conocí en el tren que era una dura adversaria.

—Sólo en el amor —le dijo, con calma—. No en la guerra. —Había sólo una pregunta más que hacer, algo que ella necesitaba saber—. Por favor, cuénteme lo que sucedió con el príncipe.

—Misha Ivanoff fue muerto a tiros por los campesinos rebeldes de Varishnya. Su cuerpo fue quemado cuando dinamitaron la casa.

La puerta que separaba su sala de estar de la habitación de Azaylee se abrió y ambos se volvieron, asombrados. Era Azaylee, con el rostro blanco como un fantasma. Se retorció las manos.

—Perdón si interrumpí —dijo, con una vocecita—. He regresado temprano... Me duele la cabeza.

—Entonces las dejaré en paz —Solovsky le hizo una reverencia a ella y a Missie—. No olvidaré —agregó mientras caminaba hacia la puerta, y Missie no tuvo ninguna duda de que no lo haría.

Se volvió hacia Azaylee, todavía de pie retorciéndose las manos y mirándola. Supo que había oído. Y entonces vio la mirada en sus ojos, la misma mirada que ella había tenido cuando mataron a O'Hara con la ametralladora, cuando gritó y gritó como si no pudiera detenerse. Sólo que esta vez sabía que Azaylee gritaba por dentro, y esta vez ella no sabía cómo iban a hacerla regresar.

Capítulo 42

Hollywood

Los perfectamente cuidados jardines de la gran casa de Lexington Drive se veían tranquilos bajo la dorada luz del sol del verano: los pájaros cantaban, las cigarras chillaban y la piscina brillaba como una tentación que invitaba a rendirse a ella, pero, de algún modo, nadie tenía corazón para aceptar su invitación.

Desde su lugar privilegiado en el extremo de la terraza con los perros tendidos a su lado, Zev observaba a Missie servir té frío, deseando poder volver hacia atrás el reloj un año, y que Grigori Solovsky jamás hubiera aparecido por Nueva York. Acababan de regresar de visitar a Azaylee en la clínica Rancho Velo, en la costa del Ventura County. Era la primera vez en un mes que el médico había permitido que la vieran. Ella había caminado lentamente hacia ellos del brazo de una enfermera, y ellos la miraron horrorizados.

Le habían cortado su adorable cabello rubio para facilitar el uso de electrodos en su cabeza, en una nueva forma de tratamiento que ellos juraron que funcionaría y que dejaba en su cabeza como la aureola de un ángel. Su rostro estaba tan consumido y dolorido que lo único que parecía quedar eran los ojos, tan dorados e inhumanos como los pensamientos con los cuales siempre se los había comparado. Su cuerpo era magro; los brazos, delgados, y las piernas casi no la podían sostener.

—No quiere comer —le dijo el médico a Missie—. No hay razón para ello. No está físicamente enferma. Pero rechaza la alimentación.

—Quiere morir —le dijo Missie llanamente—. Desea estar con su padre.

—Por supuesto que la alimentamos con suero. La mantendrá viva, pero si pronto no comienza a comer... —Se encogió de hombros muy gráficamente y ellos sabían lo que quería decir.

Azaylee los miró distante y las falsas sonrisas de sus rostros desaparecieron cuando se dieron cuenta de que no los reconocía. De pronto se agarró de la mano de Missie y dijo:

—¿Lo has traído contigo, como te lo pedí? ¿Traes a Alexei para verme? —Aparecieron lágrimas en sus hermosos ojos—. *Milochka* —le susurró—, dime que papá está vivo. Dime que vendrá pronto a verme.

Y luego se volvió a retraer en la tierra de nadie, de la oscura desesperación, encerrada detrás de una mirada vacía. Las lágrimas caían por las mejillas de ella y de ellos. Zev miró por la terraza y Missie de pronto puso la cabeza entre las manos y comenzó a llorar. No se le ocurrió nada para consolarla. Por primera vez, deseó tener hijos propios, pero parecía que no podía ser.

—No puedo soportarlo más —explotó Rosa, poniéndose de pie furiosa y caminando por la terraza—. Cada vez que la vemos, está peor. La están matando con

esos tratamientos en esa clínica exquisita. Traedla a casa, Missie. Si se va a morir loca, por lo menos que lo haga aquí, donde la amamos.

Por supuesto, pensó Zev con una sonrisa débil, Rosa, con su mente práctica, había llegado al corazón del asunto. Después de levantar el interfono, le dijo a su chófer que tuviera el automóvil listo en cinco minutos.

—¿Pero adónde vas? —le preguntó Missie, entre lágrimas.

Él la besó y le dijo:

—La voy a traer a casa, por supuesto.

Sin prestar atención a las advertencias del médico, envolvió a Azaylee en un chal y la llevó en sus brazos durante todo el trayecto de regreso. Pero en su corazón pensaba que la llevaba a su hogar a morir. Habían preparado su habitación, pero él rehusó que la encerraran.

—Déjala estar aquí con nosotros —ordenó—. Que se dé cuenta de que la vida continúa normalmente. Se sentará a la mesa con nosotros aunque no coma. Descansará en la terraza, paseará por el jardín. Rosa tiene razón, ella debe estar con su familia.

Sus perros, *Rex* y *Baby*, saltaron a su alrededor excitados, y ella les acarició las cabezas de forma distraída. Gimiendo de placer, *Rex* rodó a sus pies, ella suspiró y de pronto dijo:

—Hola, *Rex*. —Luego miró a Rosa y dijo—: ¿Me voy ahora a la cama?

—¿Y por qué has de irte a la cama? —le preguntó Rosa—. Tú no estás enferma.

—¿No lo estoy? —Los miró, perpleja.

—Siéntate aquí, junto a mí —la obligó Missie, mientras Zev la ayudaba a sentarse en una silla bien cómoda. Los perros se tendieron a sus pies, y Missie le alcanzó un vaso de leche con canela.

—El especial de la abuela Sofía —le dijo, con una sonrisa—. Tú sabes que siempre te gustó.

—Gracias. —Azaylee lo sostuvo en su mano, distraída, mirando a su alrededor, a la hermosa terraza llena de flores y a los jardines bajo el sereno atardecer; luego suspiró—. Qué bonito —dijo, cerrando los ojos.

Todos la rodearon en silencio, todos, excepto Jakey, que estaba contra la balaustrada, bebiendo un escocés. Zev dijo, comprensivo:

—Sé lo duro que es esto para ti, Jakey. Quiero decirte que no te culparía si te fueras y no regresaras. Nadie sostendría una oferta de matrimonio con una muchacha que es... una muchacha que es inestable como Ava.

Jakey se encogió de hombros y vació su vaso.

—Haré todo lo que pueda para ayudarla, C. Z., pero es duro ver que ni se da cuenta de que estoy aquí. Si tan sólo pudiera olvidarlo por un rato, quizá si tuviera algún proyecto en el estudio en el cual enterrarme, algo realmente jugoso que me ocupara todo el tiempo. Estuve pensando, después del éxito de *La chica de Hollywood*, me gustaría probar producir una película.

Miró hacia ambos lados, a Zev, mientras se servía otro escocés.

—Tengo un libreto que pienso que podría ser interesante, C. Z. ¿Te gustaría verlo?

—Envíamelo a mi despacho a primera hora del lunes. —Zev extendió un brazo amistoso sobre los hombros de Jakey—. Veré lo que puedo hacer para ayudar.

Al día siguiente, comenzaron a llevar a Azaylee hacia una vida normal. Se la despertó por la mañana a la misma hora que ellos, y se sentó con ellos a desayunar. Su mirada vacía los miró imperturbable; sin embargo ellos mantuvieron una conversación normal, mientras se forzaron a tragar la comida. El plato de Azaylee se le retiró intacto. Después Missie y Rosa pasearon por la terraza, sosteniéndola entre ambas hasta que pareció tan fatigada que tuvieron que detenerse. Se le sirvió la comida y no prestó atención a los alimentos, con la vista perdida en el espacio. Otra pequeña caminata y en la cena lo mismo otra vez. Incluso *Rex* parecía deprimido, tendido a sus pies, sin moverse hasta que ella lo hacía.

Después de tres días sintieron que enloquecerían también y, en otra cena en silencio, Rosa explotó.

—¿Y bien? —exclamó, con gran enfado—, ¿te vas a quedar ahí sentada sin comer? ¿No recuerdas los días en que Missie trabajaba con sus manos hasta morir de fatiga para comprarte la comida? ¿Eres ahora una actriz tan importante como para olvidar eso?

Los ojos impactados de Azaylee se encontraron con los de Rosa y esta la miró nerviosa, temerosa de que se hubiese sobrepasado con su enfado y frustración.

—Lo siento —dijo Azaylee mansamente, tomando la cuchara y probando la sopa—. Sé cuánto trabaja Missie. —Le acarició la cabeza a *Rex*, que estaba a sus pies, y agregó—: Ella siempre se asegura de que *Viktor* tenga también su comida. —Le sonrió a Missie y dijo—: Gracias, *matiushka*.

Se dieron cuenta de que Azaylee pensaba que volvía a ser una niña, pero por lo menos era un contacto. Hablaba y comía.

Zev aprobó el guión de Jakey y lo hizo productor con un gran presupuesto, un generoso salario y la extraña libertad de elegir su propio elenco y director. El estudio florecía, pero Zev tenía otros intereses. Durante los años anteriores, había estado haciendo lo que podía por ayudar a los refugiados a huir de los nazis de Alemania, Hungría, Checoslovaquia y Polonia, enviando grandes sumas de dinero a través de varias organizaciones.

Seguía los acontecimientos políticos de Europa con miedo en el corazón. Cuando el 1 de septiembre de 1939 Alemania invadió Polonia y dos días más tarde Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania, él agachó la cabeza y lloró.

Missie estaba absorta en ayudar a Azaylee en su lento regreso a la realidad. Y, por primera vez en años, Zev se sintió profundamente indefenso. Para olvidar se dedicó al trabajo. En los siguientes dieciocho meses, la producción de *Magic* se incrementó en un 30 por ciento y sus ganancias en un 50. La película de Jakey fue un éxito y le

produjo tanto dinero como para asegurarse la producción de otra. Azaylee había perdido aquella aterrorizada mirada vacía y tenía el aspecto de antaño. Sonreía y charlaba con Rachel y sus niños. Se alegraba cuando Jakey venía a verla.

El 7 de diciembre de 1941, cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor, precipitando a los Estados Unidos en la guerra, Dick Nevern fue uno de los primeros en alistarse.

—Dicen que soy demasiado viejo a los cuarenta y uno —dijo orgulloso—, pero lo solucionaré.

—Entonces será mejor que les hables del trabajo de oficinas que te darán. —Se rió Jakey. Él no siguió el ejemplo de Dick, aun cuando tenía sólo treinta y tres años. En lugar de ello, consiguió la exención sobre la base de que tenía importante trabajo que hacer en las películas de propaganda política acerca de la guerra. Y le pidió a Azaylee que se casara con él.

Fue como si alguien hubiera encendido las lámparas klieg y de pronto ella se hubiera transformado en Ava Adair. Volvió a estar hermosa, hablaba, reía, brillaba. Actuaba como una mujer enamorada, o como Ava Adair enamorada. Missie y Zev se miraron preocupados cuando ella dijo una vez más:

—Oh, por favor, por favor, Missie, di que sí... —Era una mujer adulta. ¿Cómo podrían decirle que no, aun cuando estuvieran preocupados?

La boda fue el gran acontecimiento que ella siempre deseó. La novia estaba maravillosamente bella con un vestido ajustado de pesado satén blanco. Se había montado una gran marquesina en el jardín, y los invitados, muchos de ellos con uniforme, bebieron champaña de la bodega privada de Zev y devoraron langosta y caviar como si fuera el último día de sus vidas. Cuando la novia y el novio partían de luna de miel, Zev pensó en lo distintos que eran, Jakey tan moreno, casi tan ancho como alto, su rostro feo fijo en una sonrisa; su novia tan delgada y frágil, tan rubia y hermosa.

—No os preocupéis. No me vais a perder —les susurró Azaylee, mientras abrazaba a Missie y Zev—. Pronto tendré un bebé y podréis llamaros abuelos.

Ellos se miraron sin consuelo, mientras se despedían de la feliz pareja, sin ignorar que aquello era imposible.

—Déjala que sueñe —le dijo Zev—, en tanto la haga feliz.

Tan pronto como regresaron de la luna de miel, Jakey anunció sus planes de lanzar a su esposa en una nueva película, *La novia del Ejército*, una comedia con canciones, baile, grandes orquestas con batallas de fondo, aviones de guerra y alas de aviones para los números de baile. La película fue un éxito, y Azaylee se sumergió en la producción de la siguiente, trabajando intensos días en el estudio y corriendo a ayudar a la Cantina de Hollywood por la noche, así como también haciéndose tiempo para vender Bonos de Guerra. Y, mientras Jakey pasaba de éxito en éxito, Zev le daba más y más libertad.

Dick había vencido la prohibición de la edad y fue enviado a Gran Bretaña como

corresponsal especial de películas. Esperaba que lo enviaran a unirse a las fuerzas del general Montgomery en el desierto de Alamein, y perdía el tiempo en Londres mientras esperaba noticias de un avión en el que pudiera subirse. Estaba en un bar junto con otros corresponsales de guerra cuando recibió el impacto de una bala; murió instantáneamente.

Azaylee se olvidó de todo, incluyendo sus propios problemas, en el intento de consolar a su amiga Rachel, una viuda de treinta y dos años con tres hijos pequeños, entre diez y cinco años de edad. Fue entonces cuando Sam Brockman murió repentinamente de un ataque al corazón. Zev insistió en que Rosa, Rachel y los niños fueran a vivir con ellos tanto tiempo como quisieran.

—Llenarán esta casa vacía —dijo, con una sonrisa, pero en su interior estaba destrozado por la muerte de Dick. Dick era su amigo y aliado, y tenía planeado que fuera su heredero en el estudio que él había ayudado a transformar en un éxito tan fenomenal. Sin él, Magic parecía no tener sentido, y Zev se dio cuenta de que ya había perdido su amor por el negocio del cine y estaba harto de las películas, cansado de las guerras y los problemas. Lo único que él deseaba era estar con Missie.

Capítulo 43

Maryland

—Y nos tenía —le dijo Missie a Cal— viviendo en la gran casa de Lexington Drive con Rosa, Rachel y los niños, y en lugar de dirigir los estudios Zev actuaba como un padre para todos ellos, tomando el lugar de Dick. Iba a las reuniones del colegio y revisaba sus boletines, les puso profesores de tenis y natación y los llevaba a los partidos de béisbol. Y cada vez más dejó que Jakey Jerome se hiciera cargo de Magic. Al principio Jakey solía hacer gran alarde de que lo consultaba, pero pronto se hizo evidente que no importaba lo que Zev decía: él estaba haciendo lo suyo. Zev iba dos o tres días por semana para verificar la producción y presidía las reuniones que él le decía que se realizaban, pero no sabía nada de las otras reuniones, de las secretas.

»Desde que había dejado la clínica después del incidente con Solovsky, Azaylee no había vuelto a contestar a ese nombre. Ella se había transformado en «Ava Adair», y parecía que todos sus problemas habían quedado atrás con su antiguo nombre. Hacía película tras película y Zev le advirtió a Jakey que la estaba presionando demasiado, haciéndole repetir lo mismo una y otra vez; sólo los títulos y los coprotagonistas cambiaban.

»—Necesita un nuevo estilo —le dijo, después de ver las rutinas de su última película—. Ella tiene más que ofrecer que sólo su belleza.

»Pero Jakey se mostraba indiferente.

»—Eso es lo que el público desea —le decía—. Lo reciben con entusiasmo.

»Cuando Zev se lo mencionó a Azaylee, ella le ofreció una sonrisa vaga y dijo que Jakey debía saber lo que hacía y entonces ella corría nuevamente para algún concierto de caridad en el que había prometido tomar parte.

»Cuando terminó la guerra, las películas parecieron cambiar, incluso los musicales eran diferentes, más trabajados. Su última película fue un fracaso y Magic perdió una suma enorme. Zev estaba realmente enfadado y llamó a Jakey a su oficina para que le explicara, pero él simplemente la culpó a ella. Dijo que ella se había negado a cambiar con los tiempos y que insistía en actuar a su manera.

»Tenían una casa maravillosa en Crescent Drive, y Jakey adoraba dar fiestas. Nosotros íbamos muy de vez en cuando, los domingos, a sus reuniones junto a la piscina, y yo no pude evitar darme cuenta de cómo habían cambiado las cosas. Cuando ellos se conocieron, Azaylee era inalcanzable para un hombre como Jakey. Ella era una estrella, y además la hija adoptiva de C. Z. Abrams, mientras que él era el joven guionista sin atractivos, sin talento, con los pies puestos en el tambaleante primer escalón de la escalera de Hollywood. Ahora él era un magnate del mundo del cine, gordo, altisonante y ostentoso, con sus trajes de seda italiana y su gran cigarro. Y ella se había transformado en una actriz de cine con una reputación inestable,

eclipsada por una generación de hermosas estrellitas que no se detendrían ante nada para llegar al éxito. Y había siempre muchas de aquellas en las fiestas de Jakey.

»La trataba con mayor brusquedad, interrumpiéndola en mitad de las frases, alejándose de ella como si no existiera. O la ignoraba toda la tarde, conversando con cualquiera, el alegre anfitrión lleno de buenas intenciones. Y Zev se enteró de historias acerca de que salía todas las noches a jugar al póquer, o por lo menos eso era lo que a ella le decía.

»La vida siguió así durante unos años. Zev y yo éramos todavía felices como el día en que nos casamos y, a causa de la guerra, yo pensé que la amenaza de la Cheka había terminado, que por el momento ellos se debían de haber olvidado de los Ivanoff. Lo guardé en mi mente y traté de olvidar.

»En la primavera de 1950, Zev y yo decidimos hacer un viaje a Europa. Eran las vacaciones de una vida: Londres, París, Roma. Mis tempranos recuerdos de Oxford chocaron con la realidad de los años cincuenta y casi no lo reconocí, sólo las facultades eran las mismas. Pero encontré mi antigua casa y el profesor que vivía allí muy amablemente me permitió echarle una mirada. Por lo menos, eso no había cambiado mucho: incluso la gastada silla de papá estaba allí. Cuando le dije cómo recordaba subirme a las rodillas de mi padre en la misma silla, el profesor me la regaló y la envié por barco a California. Mi padre estaba enterrado en Rusia; por lo tanto no había una tumba ni otro recuerdo para mí. Era simplemente otro fantasma que descansaba en el pasado.

»Regresamos a California sintiéndonos maravillosamente bien. Zev estaba descansado y completamente revitalizado. Después de la guerra, cuando se revelaron todos los horrores de los campos de concentración, él donó grandes sumas de dinero a las organizaciones de caridad internacionales y les ofreció la mayor parte de su tiempo para ayudarlas. Ahora decía que volvería al negocio. Volvería a tomar el control de Magic y la manejaría a su manera.

»Cuando entramos en casa, sonó el teléfono. Levanté el auricular para enterarme de quién llamaba.

»—*Matiushka* —dijo—, soy Azaylee. —Era la primera vez que me llamaba por ese nombre en años y supe que eso significaba un problema.

»Fuimos inmediatamente a verla. Estaba sentada en un sofá con las piernas recogidas, retorciendo un pañuelo en las manos y estaba pálida, consumida y asustada.

»Miró a Zev como si fuera un fantasma.

»—¡No te ves enfermo! —exclamó.

»—Por supuesto que no estoy enfermo —le dijo él riendo—. Jamás me he sentido mejor en mi vida.

»—¡Oh, gracias a Dios! —Un gesto de alivio reemplazó la tensión de su rostro y sonrió—. Después de lo que Jakey decía, pensé que te estabas muriendo...

»Él se sentó junto a ella y le tomó la mano.

»—¿Y qué decía Jakey?

»—Que te estabas haciendo viejo, que tu tiempo había pasado, que era hora de que por las venas de Magic fluyera sangre nueva. Dijo que tú habías bajado el ritmo de trabajo, que sufrías de una misteriosa enfermedad de la que nadie deseaba hablar. No era el juego de póquer habitual. Había nombres importantes allí, dinero, hombres que... —Ella lo miró, con los ojos claros y alertas como siempre, y dijo—: Oh, Dios. Zev, ahora veo lo que está haciendo, ahora veo por qué le dice a todos que estás enfermo... ¡Él quiere Magic!

»Se corrió la voz por todo Hollywood de que C. Z. Abrams estaba enfermo. El no había hecho negocios sin hacerse de enemigos, y ahora ellos le pisaban los talones como una manada de lobos ansiosos de arrebatarse su presa al adversario. Jakey había realizado una sucia maniobra. Magic era una empresa con millones en activos, la mayor parte de los cuales estaban en las propiedades de Cahuenga, pero, a medida que las películas y los negocios se hicieron más grandes, así fueron sus deudas. Jakey había estado al control durante los últimos años, y les había confiado los negocios de la compañía a nuevos bancos, los cuales estaban, según le dijo a Zev, ansiosos de financiar las grandes producciones que tenía en mente. Se había hecho muy amigo de un banquero joven, llamado Alan Rackman, que estaba siempre presente cuando se necesitaba un gran préstamo.

»Jakey le dijo a Zev que Magic tenía problemas. Las ganancias del año habían caído un sesenta por ciento, pero no sólo eso, los contables decían que no estaban registradas grandes sumas de dinero: habían desaparecido. Le dijo a Zev que era bueno que hubiera regresado porque debía hablarle con urgencia. Cuando Zev le preguntó acerca de las historias de que estaba enfermo, Jakey simplemente le dijo que había repetido lo que se decía por la ciudad, que incluso lo había leído en *Daily Variety*. Y allí estaba: C. Z. Abrams parte para Europa para someterse a un tratamiento de su misteriosa enfermedad. Había preocupación de que un tumor cerebral estuviera afectando las decisiones en sus negocios.

»Siguió diciendo cómo el rendimiento de Magic había declinado desde la larga ausencia de su director, que se sumó a la muerte de Dick Nevern, pero que, a pesar de los rumores de un fuerte problema financiero, su presidente, Jakey Jerome, seguía adelante con la producción de tres películas importantes planeadas para esta temporada.

»Después de eso, todo sucedió rápidamente. El amigo de Jakey, Rackman, el banquero, acusó a Zev de desviar grandes sumas de dinero de la compañía hacia obras de caridad, insinuando que no era caridad sino que simplemente aquel dinero había terminado en las cuentas bancadas que Zev tenía en el extranjero. Mostró cheques falsificados sobre las cuentas de Magic para probarlo. Era lo que ellos solían llamar en las películas de gangsters una *pantalla*, pero apilaban pruebas contra él, así como también citaban la pérdida de competencia y lo acusaban del manejo irresponsable de las finanzas de la compañía, aun cuando Jakey había estado al frente

de ella durante los últimos años. Incluso amenazaron con culparlo de senilidad, como causa de las supuestas maniobras.

»—Sería un terrible escándalo, C. Z. —le dijo Jakey con delicadeza—. Los titulares lo exterminarían, incluso si pasara diez años de su vida tratando de probar que no es cierto. Y arruinaría a Magic. ¿Por qué no renuncia con elegancia y nos deja manejar a nosotros la compañía? Usted tuvo su momento, ahora es el mío.

»Zev miró aquella cara sonriente y deseó romperle los dientes, hacérselos incluso tragar, pero sabía que no valía la pena. De pronto se dio cuenta de que Jakey jamás había amado a Azaylee; todo había sido una parodia.

»—Eso fue lo que quisiste desde el principio, ¿no es así? —le dijo.

»Jakey lo miró con una sonrisa arrogante.

»—¡Naturalmente! —le respondió.

»Al día siguiente, Zev anunció su dimisión como presidente de Magic. La producción de películas no era lo que era al comienzo, ahora todo era grandes empresas, televisión, subastas y hombres de dinero. No quería tener parte en ello. Hacía unos años había comprado un viñedo y ahora decidió poner todo su interés en ello.

»Nada se supo acerca de una enorme suma de dinero desaparecida de las cuentas de Magic, y Alan Rackman fue nombrado el nuevo presidente, con Jakey como presidente del consejo de administración. De pronto, Magic tuvo todo el dinero que necesitaba y Jakey todo lo que deseaba.

Missie sonrió con tristeza mientras miraba a Cal y dijo:

—Esa es la razón por la cual C. Z. Abrams murió como un hombre olvidado. Y Jakey Jerome se transformó en una leyenda de su tiempo.

»Azaylee lo abandonó. Se quedó en Lexington Drive, sola, a excepción de sus perros y los sirvientes. Jakey la echó de Magic y pidió el divorcio, sobre la base de que era mentalmente inestable. Era lo más cruel que podía haberle hecho, y él lo sabía, pero no quería ningún tipo de reclamación de parte de ella, y también sabía que ella no podía luchar con eso.

»El divorcio se resolvió rápidamente, pero fue un escándalo de los titulares de los periódicos. Aparecieron aquellas horribles fotografías de ella escondida detrás de gafas oscuras y un gran sombrero, como si hiciera el papel de mala de la película. Por supuesto, sucumbió a la tensión y terminó en otra clínica. Una vez más tuvimos que intentar curarla. Finalmente, cuando se le permitió regresar a casa, se fue a vivir con Rachel y los niños en su nueva casa de Beverly Hills. Rosa se había vuelto a casar, con un constructor, y se había ido a vivir a San Diego. Y Zev y yo estábamos en el viñedo del norte de California.

»Lo había comprado hacía unos años como una inversión, pero jamás le había dado un centavo, y solíamos reírnos de lo malo que era el vino. Ahora, sin Magic y nada en que ocupar su mente, decidió volver a ocuparse de él. Pero siendo Zev lo haría como correspondía, de la manera en que lo había hecho en el cine. Quiso

aprender todo lo que pudo sobre la producción de vino, de modo que eso significó otro viaje a Francia, para ver cómo se hacía allá.

»Fuimos a todos los grandes *châteaux* y yo me maravillé de ver lo rápido que ponía su mente lejos de Hollywood y se concentraba en el nuevo negocio. Sin Magic y los enormes ingresos de Zev, ya no éramos tan ricos como antes. Decidimos vender Lexington Drive y construirnos una nueva casa en la colina, frente a nuestras quinientas hectáreas de viñas. Mientras se construía, vivimos en un pequeño rancho y Zev iba a trabajar todos los días con el capataz del lugar para cuidar la siembra de las nuevas viñas francesas. Tenía un plan de diez años y decía que el mundo comenzaría realmente a oír hablar de los vinos de California, en especial de los Viñedos C. Z..

»Le gustaba llevarme en automóvil al anochecer para mostrarme cómo crecían las nuevas viñas. Estaba orgulloso de ellas, juro que las conocía todas. El clima es diferente en el norte de California, en especial en aquellos largos valles donde corre un viento helado, como el mistral francés, que sopla del noroeste. Zev todavía se comportaba como si estuviera viviendo en el sur, y rara vez usaba un chaquetón o un jersey. Una noche, cuando fuimos a las viñas y caminamos como solíamos hacerlo, conversando acerca de la cosecha y del tipo de vino que deseaba producir, vi que se estremecía con el viento. Corría el mes de octubre y hacía frío. Yo quería irme. Pero había sólo una cosa más que deseaba mostrarme y luego otra y otra. Al día siguiente, cayó con un resfriado, con escalofríos y tosiendo, y esa noche tuvo mucha fiebre. Llamé al médico y me dijo que era bronquitis. Tenía mal aspecto, y luego eso se tornó en neumonía.

»Lo llevaron al hospital y le aplicaron un nuevo fármaco maravilloso —la penicilina— pero no mejoró. Yo me sentaba junto a su cama sosteniéndole la mano y sabía que se estaba muriendo. Nos conocíamos hacía treinta y cuatro años, y llevábamos casados veintitrés de ellos. Fueron los años más felices de mi vida, incluso con todos los problemas.

»Le colocaron tubos en la garganta para ayudarlo a respirar, pero no lo podían curar y ahora le causaban un desconsuelo mayor, ya que no podía hablar. Yo sabía lo que quería decir y lo dije por él.

»—Yo también te amo, Zev, —le dije—. Siempre nos amaremos.

»Llevé su cuerpo de regreso a Hollywood y lo enterré allí, en el lugar en donde se había encontrado a sí mismo como hombre. Era allí adonde pertenecía. Su muerte apareció en uno de los números de *Variety*, así como también una lista de sus logros. Fueron lo suficientemente caritativos como para decir que se había retirado de su papel de director de la junta directiva de Magic, por “razones de salud”, y no mencionaron a Jakey Jerome. Sin embargo, siempre fue un hombre que se mantuvo al margen de la publicidad, y su muerte no tuvo más mérito que una columna suelta en la prensa internacional. Pensé que la ceremonia sería pequeña, pero me sorprendí de ver cuánta gente apareció. Zev era respetado y querido, y tenía más amigos en el mundo de los negocios de lo que él creía. Todavía pienso que, si hubiera luchado

contra Jakey, sus amigos le habrían brindado apoyo y habría ganado. Pero Jakey Jerome era un luchador de la calle y sabía exactamente cómo golpear a un hombre donde más le dolía psicológicamente.

»Quedé como una viuda modestamente rica. Vendí la viña y compré una casa estilo rancho, pequeña, en las afueras de Encino en el Valle de San Fernando. Criaba galgos rusos y jugaba al bridge. Hacía también obras de caridad. Además trataba de mantener a Azaylee alejada de problemas.

»Siempre había sido tan profesional, y los rumores eran crueles; decían que, sin C. Z. y sin Magic detrás, ella no valía nada. También comentaban que bebía; pero no era cierto, volvió a ser Azaylee, en lugar de Ava Adair. Ella fluctuaba entre dos personas, y los estudios nunca sabían a cuál de ellas esperar. Un día estaba bien, al siguiente no recordaba siquiera lo que debía hacer. Pero todavía era hermosa y siempre había hombres. Y, en los tiempos malos, la clínica.

»Un día, en 1959, ella estaba en la clínica de Loma Valley cuando la fui a visitar. No había trabajado durante unos años y yo siempre me hacía cargo de los gastos médicos. No deseaba que Azaylee tuviera preocupaciones económicas además de todo. Ella había estado en la clínica pero no de manera continua; entraba y salía, más o menos un mes sí, otro no, fluctuando entre períodos de vida turbulenta y de depresión profunda.

»Estaba sentada en una silla de mimbre en la galería y yo me instalé a su lado. Me sonrió cuando le entregué las rosas que le había comprado y dijo:

—Hola, *matiushka*. ¿Sabes qué? Estoy embarazada.

»Yo pensé: Oh, Dios, ahora se ha vuelto realmente loca, ahora piensa que está embarazada. A los cuarenta y cuatro años, cuando sabe que no puede tener hijos.

»—Por supuesto que no estás embarazada, Azaylee —le dije, con toda la calma que pude—. Tú sabes que los médicos dicen que es simplemente imposible.

»Ella me sonrió, con el rostro lleno de picardía.

»—Ellos se equivocaron —dijo triunfante—. Hoy se ha confirmado el análisis. Vas a ser abuela, *matiushka*. Por fin.

»La clínica confirmó aquello y dijo que debían cuidarla; debía permanecer allí o irse a vivir conmigo. De inmediato, me la llevé a casa, y se sentía más feliz de lo que jamás había estado. Estaba decidida a hacer todo lo que debía: comía los alimentos apropiados, subió de peso, tomaba todas sus vitaminas, hacía gimnasia, caminaba, nadaba. Su bebé sería el más hermoso del mundo. Pero, si conocía la identidad del padre, no me la decía. Simplemente se mostraba indiferente y decía que podía ser uno entre media docena pero que no debía preocuparme, todos eran buenos y atractivos.

»—Más jóvenes que yo. Quizá por eso he quedado embarazada, —dijo maravillada. Pero no era así, fue simplemente una posibilidad entre un millón.

»Físicamente estaba muy bien, de modo que el nacimiento no fue difícil. Jamás olvidaré el amor que embargaba su rostro cuando me mostró el bebé.

»—Mira, *matiushka*, —dijo con orgullo—. Es tan hermosa como Anouska.

»Por supuesto que no lo era. Era una cosita de aspecto divertido, casi calva, y su nariz parecía demasiado grande en una carita tan pequeña, pero para ella era un milagro de belleza. Le puso a la criatura el nombre de pila ruso y su apellido artístico, Adair: Anna Adair.

»Con el nacimiento de Anna pareció volver a vivir. Seis meses después, comenzó a buscar trabajo y yo me quedé cuidando a la niña. Había sólo dos cosas que yo deseaba: que Misha pudiera haber visto a su nieta y que Zev pudiera haber estado allí para compartirla conmigo.

»A veces Azaylee trabajaba, a veces, no, pero siempre estaba saliendo con algún hombre, en general malo, y todavía entraba y salía de las clínicas de reposo. Hasta que un día, cuando Anna tenía seis años, ella entró en una clínica y no pudo salir más. Su mente finalmente había sucumbido a la depresión; prácticamente se transformó en una zombie, que no era capaz de reconocernos ni de comunicarse. Al principio yo solía llevar a Anna a visitarla, pero no era bueno para ella, y entonces dejé de hacerlo. Entonces fue cuando volví a encontrar a Tariq Kazahn, en París, y toda la vida de Anna cambió. Por fin ella tenía una verdadera familia.

»Azaylee murió trágicamente en 1972, en el incendio de la clínica. A pesar de mi tristeza, estaba contenta de que finalmente hubiera escapado de sus años de tortura y contenta de que Anna no tuviera que soportar más saber que su madre estaba loca. Ava Adair era una mujer de mediana edad, pero todo lo que se dijo en los diarios y revistas fue sobre lo hermosa que había sido y de su talento. Dijeron que jamás habría otra como ella, y que ella y sus películas serían recordadas para siempre. Yo me quedé sola para criar a Anna.

»No nos quedaba mucho dinero —le dijo con tranquilidad a Cal—. La mayor parte de él se había ido con Azaylee, y ahora tenía una montaña de deudas por gastos médicos y de la casa. Debería vivir con cuidado si deseaba ver a Anna en el colegio y luego darle una carrera y una vida propias. Sólo deseaba vivir lo suficiente para poder cumplir con mi tarea. —Se rió—. No me di cuenta de que se me daría tanto tiempo. Ya que, como puede ver, Cal, si yo me hubiera muerto antes, nada de esto habría sucedido. Anna conoce sólo una parte de la historia. Vendió las joyas inocentemente para mantenerme en medio del lujo que hay en este lugar. Es su forma de darme las gracias por todo lo que hice por su madre.

Eran las siete de la mañana y el sol brillaba cuando la enfermera Milgrim entró en la habitación.

—Llevará días recuperarnos de esto —le susurró enfadada a Missie—. Toda una noche sin dormir.

—Oh, enfermera Milgrim, esto ha sido mucho mejor que dormir: una catarsis, un alivio. Y ahora Cal se puede hacer cargo.

Ella lo miró seductora y él imaginó lo adorable que debía de haber sido.

—Dos preguntas —le dijo rápidamente—. ¿Sabe dónde se ha ido ella?

—A Estambul. A la casa de Kazahn, por supuesto —le dijo, como si fuera la cosa

más lógica del mundo.

Él asintió.

—¿Y sabe usted si tiene alguno de los documentos legales?

—¿Quiere decir el contrato de las minas? Oh, sí, Anna tiene todo. Cuando vino aquí se llevó todo. —Se rió—. Casi no se puede guardar una vieja maleta de cartón llena de joyas que no tienen precio, debajo de la cama, aquí en Fairlawns. Ellos las barren junto con las telarañas. —Lo miró y dijo—: Hay algo más que debo explicarle. Cuando vi al joven diplomático ruso, Valentín Solovsky, en la televisión, lo supe al instante. Él es el hijo de Alexei, el primo de Anna.

Le dio a Cal una pequeña fotografía de la bonita muchacha rubia y dijo:

—Por favor, encuentre a Anna por mí. Ayúdela.

Cal miró azorado y en silencio a la muchacha misteriosa que todos buscaban. La heredera de los Ivanoff. Estaba mirando una fotografía de Genie Reese.

Capítulo 44

Estambul

Estambul se desplomaba y arrugaba bajo el caluroso sol de primavera, se ampollaba y desollaba, cubierta de polvo y hollín, atestada de tránsito y taxis, de vendedores de alfombras y de gatos. Las cúpulas de sus deslucidas joyas, Topkapi, Santa Sofía y la Mezquita Azul, brillaban al sol; los famosos minaretes se levantaban como agujas en el cielo azul y, aquí y allá, como un oasis de tranquilidad en el persistente aullar de la ciudad, estaban las amplias plazas donde la gente descansaba con un vaso de caí sobre las mesas de los cafés, debajo de los árboles. Más allá serpenteaba el Bósforo, la ruta a Rusia; a un lado Asia, al otro Europa, repleta de barcos pesqueros, de transbordadores y de grandes barcos de color gris, las verdosas colinas de cada lado adornadas con nuevas villas y los palacios y casas de veraneo de madera del siglo pasado.

Boris Solovsky casi no se dio cuenta de que la tarde primaveral tenía un cielo azul sin nubes, ni que estaba en una ciudad sobrecogedoramente antigua. No le importaba nada la gente amable, que sonreía y poblaba las aceras, ni las mujeres de labios rojos y ojos oscuros, vestidas con elegantes trajes, que pasaban en limusinas dirigiéndose hacia alguna comida. Sólo le echó una mirada rápida a los soldados que estaban afuera del Palacio Dolmabahce.

Había volado el día anterior desde Moscú hasta Ankara, ostensiblemente en misión diplomática en la capital de Turquía, pero más tarde esa noche tomó un avión privado hacia Estambul, su objetivo. Genie Reese había escapado de sus agentes en Washington; había tomado un avión a Heathrow mientras ellos todavía mantenían guardias en su casa. En Londres, había tomado una conexión de la British Airways con destino a Estambul, pero esta vez el KGB la estaba esperando. Mientras salía a pie de la terminal del aeropuerto, la habían rodeado, forzándola a entrar en un automóvil que arrancó tan rápidamente que no tuvo tiempo de gritar. Una inyección y se desplomó en el asiento, incapaz de protestar. Ahora Genie Reese, alias Anna Ivanoff, se vería ante él.

Boris se permitió una sonrisa de satisfacción. Sería el acto de placer más grande de una vida dedicada a satisfacer sus más bajos instintos. Ella era la clave para la destrucción de Alexei y Valentín Ivanoff.

Valentín enfocó sus poderosos prismáticos, observando los edificios que estaban frente a la habitación de un pequeño y miserable hotel del barrio de Emirgan en Estambul. No vio a nadie en guardia; no había hombres esperando en los tejados ni al acecho detrás de las ventanas. La calle de abajo estaba llena de gente, atascada con

autobuses que despedían gases y antiguos Chevrolet con sus tubos de escape destrozados. El anticuado vendedor de té, con su urna de plata colgada de sus hombros, caminaba por la vereda calzado con zapatillas turcas de punta; un vendedor callejero gritaba los precios de sus pepinos pelados y salados para refrescar las gargantas reseca por el polvo de la ciudad; y, en la terraza de un café, un grupo de rústicos pescadores fumaban el narguilé y bebían café con granos y azúcar, charlando de los viejos tiempos.

Era una escena típica de Estambul, lejos de la amenaza que él sabía que lo aguardaba. Pero por lo menos le decía que tenía unas horas de gracia antes de que el KGB supiera dónde estaba. Su padre, Sergei, había telefonado a Washington el día anterior por la noche y con valentía había dicho con urgencia: «Valentín, han secuestrado a Genie Reese en el aeropuerto de Estambul. Como has trabajado tanto en este caso, estoy seguro de que Boris apreciará tu ayuda».

Su corazón se detuvo cuando pensó en Genie y en su anuncio por la televisión. Él sabía que había firmado su propia sentencia de muerte. Fue directo a su apartamento, maldiciendo el tráfico de las seis, que lo demoró unos preciosos diez minutos, sólo para encontrarse con los guardias atados y amordazados, inconscientes, y sin señales de Genie. El KGB había llegado antes que él. Estaba seguro de que no la habían matado todavía, ya que ella tenía la información que ellos necesitaban. Una discreta investigación en el aeropuerto reveló que había tomado un vuelo a Londres y luego seguido hasta Estambul. Estaba en algún lugar de la ciudad y él tenía el propósito de encontrarla. Sabía que Boris trataría de llevarla a Rusia, y la forma más fácil y directa era en uno de los muchos barcos soviéticos que pasaban todos los días por el Bósforo. Ella podría estar en uno de aquella docena que había en el puerto. Decidió echarles una mirada en busca de algún indicio de actividad fuera de lo normal.

Una hora después llamó un taxi y regresó sombrío hacia Emirgan. Los cargueros rusos del puerto estaban haciendo su trabajo normalmente, sin guardias extra ni precauciones especiales.

Suspiró cuando pasó por un restaurante y se dio cuenta de que no había comido en veinticuatro horas. Después de decirle al conductor que lo llevara por la carretera de la costa, miró los bares que había por allí. Cuando doblaron en Istinye, el gran carguero *Leonid Brezhnev* apareció delante de él. Y en la parte superior del portalón había dos soldados fuertemente armados.

Valentín se volvió para mirar el gran barco mientras el taxi seguía su camino. Se había topado exactamente con lo que estaba buscando. Estaba seguro de que los soldados estaban allí montando guardia para un prisionero, Genie estaba a bordo del *Brezhnev*, y, si Boris no estaba ya allí, pronto lo estaría. De alguna manera, él debía liberarla. Ella le diría quién era la *Dama*, y entonces haría lo que debía hacer.

Ferdie Arnholdt estaba sentado a una mesa junto a una gran fuente de piedra en el

patio del hotel Yesil Ev, tomando vino blanco seco Kavaklidere y esperando nervioso a su contacto. La tardanza del hombre le carcomía los nervios como papel de lija, y su pie se movía a un ritmo infatigable mientras miraba con odio hacia la entrada.

Parecía estar a punto de explotar, y el camarero que se hallaba de pie sobre los escalones que conducían al hotel lo observaba con ansiedad. Arnhaltd vació su copa, y el camarero se apresuró a servirle más, pero él negó con la cabeza, evitando al hombre con un gesto de su mano, espantándolo como una mosca molesta. El muchacho se encogió de hombros mientras volvía molesto hacia su puesto en la cocina. Su cliente llevaba allí tres cuartos de hora, mirando la entrada al patio como si esperara que sucediera un milagro. Supuso que esperaba a una mujer y pensó que esta debería ser alguien importante para provocarle tal tensión.

Sin embargo, diez minutos después, cuando la persona que esperaba su cliente apareció, no era una mujer, era un turco regordete y robusto con un gran bigote y un cigarrillo que colgaba de la comisura de sus labios. El turco lo miró fríamente y pidió una *raki*.

—¿Y bien? —le preguntó Arnhaltd, con el rostro demudado por el enfado.

El turco se encogió de hombros.

—En Estambul el tráfico siempre es un infierno. Es imposible llegar a tiempo a cualquier parte.

Tragó su *raki* en dos sorbos y le hizo un gesto afirmativo al camarero para que le trajera otro.

—Este pequeño ejercicio le está costando una fortuna —agregó, con truculencia—. Tengo a una docena de hombres vigilando el aeropuerto, las villas de los Kazahn y la *yali*. Vigilancia de día y de noche.

—Termine con esto —le dijo Arnhaltd, entre dientes—. Y, si me cuesta una fortuna, será mejor que obtenga resultados.

—Puede estar seguro de que los tendrá. —Encendió otro cigarrillo, disfrutando el momento de poder sobre este hombre rico e importante—. Señor Steel —lo llamó. Sabía que no era su nombre pero no tenía interés en averiguar el verdadero. Le pagaba buen dinero, y eso era lo que le importaba.

El pie de Arnhaltd golpeó con su ritmo nervioso mientras el turco bebía su *raki* y dijo:

—Los agentes del KGB estuvieron ayer en el aeropuerto de Ataturk; una docena de ellos, gran número, pensé, para una operación tan pequeña.

El puño del alemán golpeó la mesa, volcando el vaso, y el joven camarero acudió corriendo.

—¿Qué operación?

—Simplemente para secuestrar a una muchacha, una rubia y bonita norteamericana.

Arnhaltd frunció el entrecejo. Estaba en Estambul para seguir la conexión Kazahn, pero ahora parecía que el KGB lo había vencido en eso.

—Había también un par de tipos de la CIA —dijo el turco, soplando aros de humo en el aire—, pero llegaron tarde. Los rusos la metieron en un automóvil antes de que ellos pudieran siquiera volverse. La siguieron. Y nosotros los seguimos a ellos.

—¿Adónde?

—Al astillero en Istinye, o lo que quedó de él. Hay un carguero ruso. El *Leonid Brezhnev*. Un gran bastardo. De todos modos, allí es donde está la mujer. Nunca llegó hasta la casa de los Kazahn, de modo que puede apostar el culo a que pronto ellos también la estarán buscando.

—¿Está ella en el barco?

El turco asintió y dijo con una sonrisa:

—Hay soldados en las cubiertas y en el portón. Se necesitaría un ataque armado para sacarla del barco, señor Steel. Supongo que el capitán esperará a la caída de la noche y zarpará en la oscuridad. Con destino a Rusia es un viaje fácil.

Miró con curiosidad a su hombre. Este observaba el vacío en silencio, con el pie todavía balanceándose con su ritmo nervioso.

—Parece que lo han vencido —le dijo el turco, tomando su tercer *raki*.

Pero el alemán todavía miraba en silencio hacia adelante.

—He descubierto algo más que le interesará —agregó—, algo importante. Más importante que el precio que usted me paga.

Los ojos de Arnhaldt eran asesinos cuando se encontraron con los del turco, y el hombre sintió el peligro. La mano del alemán se deslizó en su chaqueta como si fuera a tomar un arma, pero era un puñado de marcos que sacó y arrojó sobre la mesa.

—Eso debería ser suficiente para la codicia de cualquier hombre —le dijo con frialdad Arnhaldt—. Pero le advierto, será mejor que lo valga.

Mientras se guardaba el dinero en el bolsillo, el turco se acercó más y le susurró:

—La conexión Kazahn que usted mencionó. Le eché el ojo. Hay sólo una hija, la hija de Ahmet Kazahn, Leyla. Los otros primos son todos mayores y están casados, viven en Turquía. Pero hay otra muchacha que el viejo Tariq Kazahn siempre solía llamar hija: una joven norteamericana que vivía la mayor parte del año en Los Angeles y pasaba los veranos con ellos. Su nombre era Anna Adair.

El nombre no significaba nada, y Arnhaldt lo miró impaciente.

—Llamé a un contacto en Los Angeles y este hizo alguna investigación. Me llamó hace una hora. Anna Adair es la nieta adoptiva del viejo magnate de cine C. Z. Abrams. Su madre era la actriz Ava Adair. Trabaja en la televisión como reportera en Washington, D.C. Me mandó por fax una fotografía y otra de Ava Adair.

Colocó los fax sobre el mantel y Arnhaldt los miró.

—Se cambió el nombre —dijo el turco—. Ahora se llama...

—Genie Reese.

—Lo tiene, como dicen los norteamericanos. —Sonrió el turco—. ¿Qué viene después, señor Steel?

La mente de Arnholdt colocaba todas las piezas en su sitio, con tanta perfección como los engranajes de una caja fuerte con su cerradura electrónica. Su única esperanza estaba en los Kazahn. Ellos constituían una familia leal y orgullosa. Una vez que supieran que ella había sido raptada y estaba en peligro, actuarían.

—Mantenga vigilado el carguero —le dijo rápidamente al turco—, y doble la vigilancia en la casa de Kazahn. Si sucede algo, póngase en contacto conmigo aquí de inmediato. Y quiero decir de inmediato, no una hora más tarde.

—¡Sí, señor! —Se puso de pie—. Sabe que esto le costará —le dijo, con mezquindad.

Arnholdt lo miró con ojos de hielo.

—Y le costará a usted, sí me defrauda.

El turco lo miró intranquilo cuando se marchó. Había algo impredecible en el alemán, una violencia en ciernes que sospechaba que podría explotar en cualquier momento.

Arnholdt lo observó irse luego fue a su habitación y buscó en la guía telefónica el número de Michael Kazahn. Lo escribió en un trozo de papel y caminó cincuenta metros del hotel a la cafetería de la plaza, frente a la Mezquita Azul.

Como siempre, estaba llena de ruidos de los vendedores de alfombras y de chaquetas de cuero para los turistas y de pequeños rateros de ojos oscuros que trataban de hacer una rápida ganancia vendiendo postales que nadie quería. Después de pedir un *caí*, Arnholdt inspeccionó la escena, buscando en la multitud hasta que vio a un muchachito, quizá de ocho años, con una tira de postales que colgaban de su mano y una mirada ansiosa en el rostro. Levantó la mano, lo llamó y le compró las tarjetas por las seiscientas liras que el niño le pidió, aun cuando sabía que se las habría dado por menos.

—¿Le gusta chaqueta de cuero? —le preguntó el muchacho, con ansiedad—. Conozco mejor lugar para comprar.

Arnholdt negó con la cabeza.

—¿Hablas inglés?

—Seguro, hablo. Todo niño turco hablar inglés, francés, italiano. —Sonrió y agregó—: Alguna palabra hablar.

Sus ojos se agrandaron cuando Arnholdt colocó un billete de diez mil liras en la mesa. Retrocedió uno o dos pasos, por miedo a lo que pudiera pedirle, pero sus ojos estaban atrapados por el billete.

—Necesito hacer una llamada telefónica —dijo Arnholdt lentamente—, pero no hablo turco. Me gustaría que llamas por mí. A este número. —Le mostró al muchacho el papel. El niño lo miró y asintió—. Preguntas por el señor Michael Kazahn. Todo lo que dices es «Anna está en *Leonid Brezhnev*, en *Istinye*». Repites dos veces el mensaje y luego cuelgas. —Miró con ansiedad al niño—. ¿Lo has entendido?

—Seguro. —Asintió con la cabeza, moviéndola como si fuera un títere, con los

ojos fijos en el billete que era más de lo que él podría ganar en seis meses, incluso si trabajaba en la fábrica de alfombras.

—Repítelo —le ordenó Arnholdt.

—Pregunto por el señor Michael Kazahn. Le digo que Anna está en *Leonid Brezhnev* en Istinye. —Su mano voló al billete.

El puño de Arnholdt se cerró sobre él primero.

—Después de la llamada telefónica —le dijo.

La primera cabina telefónica estaba estropeada y la segunda también.

—Conozco una tienda —dijo el chico, retrocediendo hacia la calle y entrando en una tienda.

Un pequeño chivo se frotó contra los talones de Arnholdt mientras el muchacho entraba corriendo, entregaba el *cospel* y pedía usar el teléfono. Arnholdt le dio una patada al chivo, observando mientras el muchacho marcaba el número y preguntaba por Michael Kazahn. Hubo una espera y luego el muchacho dijo el mensaje en turco, lo repitió rápidamente, y colgó el teléfono de un golpe. Salió de la tienda, extendiendo la mano, y Arnholdt le deslizó el billete en su mano pegajosa.

—Gracias, gracias, señor. Usted muy bueno —le dijo el niño, mientras Arnholdt echaba a andar rápidamente y se alejaba.

Lo único que podía hacer por el momento era esperar.

Refika Kazahn se dio cuenta de que la mano de su marido temblaba cuando colgó el teléfono. Caminó hacia la ventana de su moderna villa en la cima de la colina y miró el Bósforo, con el ajetreado ir y venir de transbordadores y de barcos que hacían el comercio diario entre Europa y Rusia.

Ella lo miró, con la preocupación marcada en las arrugas de su frente. Conocía todos los estados de ánimo de Michael Kazahn: más temprano había estado enfadado, emocionado, lleno de nerviosa energía, pero ahora, después de la llamada telefónica, parecía profundamente preocupado. Más que eso, parecía un hombre viejo. La edad era algo que él jamás había querido reconocer, pero era un hecho. Habían envejecido juntos y su largo matrimonio había sido fruto de dos individuos fuertes unidos por un profundo amor y un respeto mutuo. En todos esos años, ella ni una sola vez se había referido a la invalidez de su pierna; él siempre había ignorado su discapacidad, y así lo había hecho ella. Jamás había importado. Como su padre, Michael era dinámico, y su extraño andar sólo agregaba mayor vivacidad a su carácter. Lo observó con lástima cuando él buscó su bastón y luego cruzó la habitación y se sentó junto a ella.

Le dijo con calma:

—La llamada era de un muchacho. Me ha dicho que Anna está en el *Leonid Brezhnev* en Istinye. Obviamente alguien le ha pagado para que me diera el mensaje.

Refika lo miró con ansiedad.

—¿Pero quién? ¿Y por qué?

—Quisiera saberlo. Deben de haberla raptado en el aeropuerto cuando llegó. —Gruñó—. ¿Por qué no nos llamó para decirnos que venía? ¿Cómo demonios la voy a sacar de esto?

—No lo puedes hacer solo —le dijo Refika rápidamente—. Necesitas ayuda. Llama al ministro de Asuntos Exteriores. Llama a la policía. Llama a los norteamericanos. Sácala del barco, Michael, o con toda seguridad ellos zarparán para Rusia esta noche.

Michael miró el retrato de sus padres en la pared opuesta. Tariq tenía un aspecto valiente y orgulloso con su uniforme naval, y la diminuta Han-Su parecía tan frágil como un gorrión chino con su *cheongsam*.

—¿Qué habrías hecho tú, padre? —bramó. Luego se rió—. Habrías escuchado a tu mujer, Han-Su —contestó—, como siempre lo hacías. —Le sonrió a Refika—. Y yo debería siempre escuchar a la mía.

Llamó a Ahmet, le contó rápidamente lo que había sucedido y le pidió que acudiera inmediatamente. Luego hizo otras tres llamadas rápidas. En media hora llegaron cuatro hombres a la Villa Kazahn: el ministro de Asuntos Exteriores, Malik Guisen; el jefe de policía, Mehmet Kelic; el cónsul norteamericano, Jim Herbert; y Ahmet Kazahn.

Refika se sentó tranquila junto a la ventana, escuchando la conversación. Su rostro expresaba serenidad pero en su interior todo era un torbellino. Anna era como uno de sus hijos, y si algo le sucedía ella moriría también. Si tan sólo la muy tonta hubiera acudido a ellos, le habrían dado de buen grado el dinero para Missie y nada de eso habría sucedido. Pero Anna siempre había sido testaruda, orgullosa de su independencia y de la carrera que estaba haciendo ella sola. Miró ansiosa a Michael, notando el cambio en él. Ya no era el hombre viejo de hacía una hora. Estaba erguido, a cargo de la situación, con la vieja energía que lo había llevado a superar todas las crisis de su vida. Si alguien podía traer de regreso a Anna, ese era Michael.

Guisen, el ministro, dijo, con preocupación:

—Es verdad que el carguero ruso está en aguas turcas y sujeto a las leyes marítimas del país, pero, si debemos enfrentarlos e insistir en la búsqueda como usted lo desea, Michael, debemos estar muy seguros de que la muchacha está a bordo. Si nos equivocamos, podría traer como consecuencia un incidente internacional, algo que los turcos no necesitan.

—He hecho que investiguen el barco. Hay guardias armados en la parte superior de ambos portones, y están vestidos con uniformes rusos. Uniformes de la Spetsnaz. —La voz de Michael sonó en tono confidencial—. Estoy seguro.

El cónsul norteamericano, Jim Herbert, suspiró.

—Esa muchacha es una ciudadana norteamericana. Se debe hacer algo para encontrarla. Pero, como Guisen ha señalado, ninguno de nosotros necesita un incidente internacional. Si esos son soldados de la Spetsnaz, obviamente tienen algo o alguien que custodiar, muy importante, por cierto. De cualquier modo, creo que

Turquía tiene el derecho de hacer algunas preguntas. Hablaré con Washington para pedir instrucciones.

Michael le señaló el teléfono.

—Llame ahora, señor Herbert. No hay tiempo que perder.

—Anna llegó en un vuelo de la British Airways desde Heathrow —dijo Ahmet—. Pasó por inmigración y habló con uno de los oficiales de aduana, que la conoce. Este observó que se iba pero la perdió de vista en medio de un grupo de hombres. Parecía que forcejeaban con ella. Fue hacia allí para averiguar lo que sucedía, pero, para cuando llegó a las puertas, ella había desaparecido. Simplemente supuso que había tomado un taxi. —Agregó con calma—. No hay duda de que los rusos secuestraron a Anna en el aeropuerto. Todos conocen las razones. Lo lógico para ellos es llevarla de regreso a Rusia. ¿Qué forma más fácil que en un carguero? Viajan por el Bósforo todos los días. Nadie lo piensa dos veces. Es obvio que esperarán a que caiga la noche y luego zarparán sin ser vistos.

Miraron con recelo a Jim Herbert, que había regresado del teléfono alicaído. Los miró serio cuando les contó los acontecimientos en Washington y que Cal Warrender del Departamento de Estado ya estaba en camino y que debía llegar por la noche. Dudó, no deseaba descubrir la presencia de agentes de la CIA en tierra turca, y dijo solamente:

—Washington está de acuerdo en que la muchacha debe de estar a bordo de *Brezhnev*. Le ofrecen toda la ayuda en cualquier acción que Turquía desee tomar, aunque naturalmente respetarán sus sentimientos en el asunto.

—Me parece a mí que, si nos quedamos al margen del incidente internacional, sería mejor dejar que la policía maneje esto —dijo tajante el jefe Kelic.

Guisen asintió, pensativo.

—Quizá podríamos decirles a los rusos que uno de sus marineros raptó a una muchacha y que la llevó a bordo. Si ellos la devuelven, no se hablará más del asunto.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Michael.

Se encogió de hombros.

—Luego debemos insistir en la búsqueda. —Suspiró—. Intentaremos el acercamiento civilizado primero, y recemos por que no tengamos que ir más lejos.

Guisen era un hombre alto, pero, aun así, Michael lo sobrepasaba.

—Les hago una advertencia —les dijo tajante—, si fracasan, tomaré el asunto en mis manos. Deben encontrar a Anna, antes de que sea demasiado tarde.

Los cuatro hombres lo miraron en silencio. Sabían que lo que quería decir era antes de que la mataran.

Guisen miró interrogante al jefe de policía. Este asintió y dijo con calma:

—Tiene mi permiso para hacer lo que sea necesario.

Michael y Refika los observaron mientras los hombres salían de la habitación y luego se miraron.

—¿Y bien? —preguntó él.

Ella asintió:

—Es como dijiste. Si el plan de ellos no funciona, debes tomar todo en tus manos.

Genie abrió los ojos. Por lo menos, pensó que los había abierto, pero estaba tan oscuro como cuando los tenía cerrados. Giró de uno a otro lado en busca de luz, pero no había nada. El dolor le traspasaba la cabeza y se quejó, luchando a través de las nubes que daban vueltas en su cerebro, para comprender por qué no podía levantar las manos y tocarse la cara. Pero no estaba bien, su cerebro parecía no funcionar.

Hacía calor y no había aire. La oscuridad presionaba contra sus ojos. Su columna vertebral se contorsionó cuando recordó todas las historias de horror de monjas enterradas vivas detrás de las paredes de piedra de los conventos y de gente que sufría una extraña forma de parálisis, incapaz de gritar cuando los colocaban en sus féretros y clavaban las tapas...

Sus gritos sonaban débiles en la oscuridad, con terror, pero nadie venía a ayudarla. No había nadie que la oyera. Gimiendo de miedo, trató de sentarse, pero sus manos estaban fijas detrás de ella y sus pies unidos a los tobillos de manera peculiar... Y entonces se dio cuenta: estaba atada.

Se quedó tendida sintiéndose exhausta, tratando de alcanzar algo de aire en la oscuridad fétida, pero era como respirar algodón. Las lágrimas aparecieron en sus ojos cuando trató de recordar lo que había sucedido. Al principio, lo único que podía recordar era la salida del aeropuerto de Heathrow en un vuelo de la British Airways; luego, mientras su cabeza se aclaraba un poco, lentamente desenmarañó la secuencia de acontecimientos.

Había decidido decir la verdad acerca de la *Dama* en televisión, ya que sabía que todo había llegado demasiado lejos. Estaban asesinando gente y ella temía no sólo por su vida sino también por la de Missie. También quería mantener desesperadamente la promesa que le había hecho a Cal, su promesa de ayudar a su país. Pero antes de hacer cualquier cosa, debía ver personalmente a los Kazahn, para advertirles qué podía esperarse y también para pedirle consejo a Michael acerca del pequeño asunto de la fortuna en dólares de la herencia que estaba en los bancos suizos. Había pensado mucho en el dinero desde que descubrió su existencia. Sabía lo que quería hacer con él, y Michael sabría cómo llevarlo adelante. Y, además, estaría a salvo con ellos. Su familia la cuidaría. Pero su plan había salido mal, y ahora era una prisionera.

Todavía no sabía cómo había ocurrido. Pensó que a todos les había hecho perder la pista cuando se escapara en el vuelo desde Londres en lugar de regresar a su apartamento, pero, de alguna manera, la habían atrapado. Lo único que recordaba era a unos hombres con gafas oscuras que la rodearon en el aeropuerto, y luego nada más hasta que se despertó aquí. Aunque no sabía lo que aquí significaba.

Frunció el entrecejo, preocupada. Algo extraño parecía estar sucediendo en el

suelo; se mecía lentamente, un movimiento familiar, algo que ella recordaba de sus vacaciones en el yate de los Kazahn y de los veleros en Rhode Island... Por supuesto, no estaba enterrada viva, ¡estaba en un barco! Aguzó los oídos en medio del silencio, tratando de descubrir el ruido de los motores, pero no había nada: ni siquiera el golpe de las olas contra el casco, y supuso que el barco estaba anclado. ¿Pero dónde? ¿Estaba en Estambul? ¿O en Rusia?

Se concentró en lo que la rodeaba, tanteando el suelo con las manos y descubriendo tablas de madera. Rodó, mordiéndose los labios cuando las sogas le cortaron la carne, deteniéndose contra una pared. Estaba fría cuando la tocó, como el metal... acero...

Se sobresaltó cuando oyó unos pasos que se acercaban. Alguien está bajando la escalera. Paralizada de miedo, miró en la negrura de aquella oscuridad.

Una llave sonó en la cerradura y la habitación se llenó de pronto de luz, tanta que le quemó los ojos. Los apretó con fuerza cuando el dolor le traspasó la cabeza.

—Así que —dijo en inglés una voz áspera— por fin te has despertado, Anna Adair.

Anna Adair... Ella no había utilizado aquel nombre en años. No deseaba que la notoriedad de su madre hiciera palidecer su propia vida. Cuando lo cambió tenía dieciocho años; en ese momento comenzaba la universidad y deseaba iniciar su propia vida con su propia persona, no como la hija de una mujer escandalosa. Además, existía siempre el temor de que ella pudiera resultar como su madre. Missie le dijo que era tonta, que ella no era en absoluto como Ava Adair, pero el miedo todavía existía, y cambiarse el nombre le pareció que era separarse un poco más de ella. Había elegido el nombre de Reese del primer libro de la facultad que compró. Y así se llamaba, Genie Reese. Era su nombre y la heredera de nadie; ni siquiera de las terribles enfermedades de la mente. Ninguno de sus amigos jamás supieron que era la hija de Ava Adair, y sólo para Missie y los Kazahn era Anna.

El hombre de la voz áspera la colocó en una silla, obligándola a beber de un vaso.

—Bebe —le dijo, con frialdad.

Ella lo miró con ojos entrecerrados.

—Es sólo agua —le dijo, con desprecio—. Bebe, así podemos hablar.

Él volcó el vaso y le cayó agua fría por el rostro. Con una sed terrible comenzó a beber, pero después de unos sorbos se lo quitó, riendo con burla.

—Siéntate —le ordenó—. Déjame mirarte la cara, nieta del príncipe Misha Ivanoff. —Sus ojos la devoraron en silencio. Luego de pronto rió—. Es una lástima que no heredas la belleza de tu abuela y de tu madre. Pero me dicen que tú eres más inteligente, con una mente aguda, de modo que supongo que eso es una compensación, y no haber heredado la locura.

Los talones del hombre sonaron sobre las tablas de madera cuando comenzó a pasearse por la pequeña habitación y ella parpadeó tratando de adaptarse a la luz.

—¿Quién es usted? —le preguntó, con una voz ronca como un susurro—. ¿Por

qué estoy aquí?

—¿No lo sabes?

Se sentó en el borde de la pequeña mesa que estaba frente a ella y pudo ver su masculinidad, su calva, su postura arrogante, los brazos cruzados. Y entonces súbitamente, como si emergiera a la superficie desde el agua, se le aclaró la visión y pudo ver su rostro plano, los ojos pequeños debajo de una frente estrecha, el mentón protuberante y la boca cruel, torcida en una sonrisa.

—¿Seguro que no sabes quién soy? —le dijo—. ¿O a quién represento?

Ella asintió.

—Rusia.

Su risa era burlona.

—Soy el mariscal Boris Solovsky, jefe del KGB.

—¿Solovsky? —lo miró, preocupada.

—Ah, ¡el nombre te hace recordar algo! Sí... Soy el tío del apuesto Valentín, el famoso diplomático. —Ella tembló cuando él se inclinó hacia adelante y la tomó de los hombros, inclinando su rostro junto al de ella hasta que pudo oler su fétida respiración, le vio los poros abiertos, la cicatriz junto a la boca y la mirada insana de sus ojos. Luego él la agarró rápidamente de su pecho derecho, apretándolo con fuerza. Ella gritó pero sólo logró que él lo retorciera aún más.

—Bien —dijo, satisfecho—. Ahora podemos comenzar.

Valentín estacionó el Ford Scorpio negro en un terreno apartado del Yildiz Park y cruzó el bosque hasta un punto estratégico con vista al Bosforo. Había bancos de brillantes tulipanes de primavera que llenaban el césped de color y el sol se zambullía como una bola de color, naranja en las aguas. Mientras miraba, pensó en Genie.

Pronto el sol desapareció dejando una luz grisácea; se volvió y regresó al automóvil, estaba a sólo cinco minutos de allí, pero para cuando llegó allí casi era completamente de noche. Estacionó detrás de una grúa en el otro extremo de un pequeño muelle y verificó la Luger que tenía en la pistolera debajo de la axila. Luego tomó una ametralladora compacta, Micro-Uzi, de su cartera, y la examinó. Era liviana y pequeña; con su cañón doblado medía sólo 250 milímetros y era lo suficientemente compacta como para caber en el bolsillo de su saco.

Y podía disparar 1.250 ráfagas de cartuchos de 9 mm por minuto. La muerte de bolsillo. Después de dejar el coche sin llave, caminó los ciento cincuenta metros que lo separaban del *Leonid Brezhnev*.

Había dos portones, uno en el medio del barco que conducía a las bodegas, y otro en la popa que conducía al puente y a los camarotes de la tripulación. En cada uno había tres guardias. Mientras caminaba hacia la popa, los soldados se adelantaron, apuntándole con sus carabinas.

Él los saludó en ruso:

—Spetsnaz mayor Valentín Solovsky, para ver al capitán. —Los hombres relajaron los dedos sobre el gatillo, saludándolo, pero se miraron entre sí inseguros y él supo que tenían órdenes de no admitir a nadie. Aprovechó la oportunidad; gritó que su tío, el general mayor Solovsky, estaba a bordo, y esta vez uno de los soldados bajó del portón y le pidió ver su identificación. La inspeccionó con cuidado, luego lo saludó rápidamente. Valentín lo miró con frialdad. Sabía que su actitud autoritaria y su rango superior habían sido el truco. Lo dejarían subir a bordo.

—Lo escoltaré hasta el capitán, señor —le dijo el soldado, con respeto.

Les dijo que no se molestaran, que debían quedarse de guardia, él encontraría el camino.

Pudo sentir sus ojos en la espalda mientras caminaba por la cubierta y rezaba por que no se pusieran nerviosos y cambiaran de idea. Sin embargo, si él hubiese sido el oficial, los habría llevado a un consejo de guerra. Desobedecer una orden valía más que la vida de un soldado de la Spetsnaz.

Encontró al capitán solo en su camarote, comiendo su cena y bebiendo cerveza turca de una botella. Era un hombre robusto, de aspecto rudo, cuyo trabajo normal —llevar su carguero de Rusia a Libia— era una cuestión de rutina, que requería poco trabajo mental, y se encontraba fuera de sí con su importante visitante, el general mayor Solovsky del KGB. Miró a Valentín con la boca abierta por el asombro.

—¿Quién diablos es usted? —le preguntó, golpeando su cerveza contra la mesa.

El labio de Valentín se curvó.

—De pie —le ordenó—. Spetsnaz mayor Valentín Solovsky.

El capitán se balanceó rápidamente, secándose la boca con la mano.

—Perdone, señor —murmuró—. No esperaba a nadie... Las órdenes consistían en no dejar pasar a nadie...

—Excepto a mí —le dijo enfadado Valentín—. ¿Cuándo harán ustedes algo bien? Estoy aquí para ver a mi tío, el general mayor Solovsky.

Los ojos del capitán se abrieron cuando se dio cuenta de la relación.

—Sí, señor, por supuesto, señor —le dijo farfullando—. Yo mismo lo llevaré hasta él.

—No hay necesidad. —Valentín miró el enorme plato de guiso—. Termine su comida. Sólo dígame dónde se encuentra.

Mientras caminaba aprisa por el barco, oyó hablar a la tripulación y supo que debían de haberlos confinado a sus camarotes para que no vieran al importante personaje que estaba a bordo. Pero no había agentes del KGB ni guardias alrededor, y supuso que Boris había decidido tener a poca gente que supiera que él estaba allí. Deseaba mantener en secreto su visita.

Bajó por la escalera de caracol a las bodegas del barco. Este estaba alto en el agua, meciéndose suavemente debajo de sus pies. Una sola lámpara mostraba que las bodegas estaban vacías. Hacia la izquierda de las escaleras había una pequeña oficina con la puerta firmemente cerrada. Como había supuesto, no había guardias, y desde el

interior pudo oír que Boris hablaba.

La puerta estaba sin llave. Entró y se enfrentó, cara a cara, con su tío. Detrás de él, sentada en una silla de madera, con las manos y los pies atados, estaba Genie.

—¡Valentín! —La expresión de Boris cambió rápidamente de asombro a furia y luego a satisfacción, mientras lo miraba—. No te preguntaré cómo has llegado aquí. Pero supongo que podríamos decir que esta es una ocasión familiar, de modo que entra. —Se rió con aspereza—. Este es el momento que he esperado. Un momento para atesorar.

Valentín cerró la puerta. Los desesperados ojos de Genie lo miraban, pero no dijo nada, y él la ignoró. Apoyado contra la pared, dobló los brazos y dijo:

—Bueno, tío Boris, se ve que me has vencido.

—¿Qué esperabas? —le respondió, mirándolo con desprecio—. ¿Pensaste que podías engañar al KGB? ¿Y a mí? Olvidas, Valentín, con quién estás tratando. Olvidas mi poder. Olvidas que yo sé todo.

Boris dio un paso hacia él. Sus ojos porcinos eran asesinos, y Valentín sintió el miedo que debía de sentir un prisionero que esperaba que Boris Solovsky practicara sus pulidos jueguecitos de tortura en él, pero con una indiferencia cargada de desprecio pasó junto a él y se acercó a Genie. Ella vestía vaqueros y camisa negra. Estaba pálida, excepto por lo rojo de su mejilla, donde Boris la había abofeteado. Ella lo miró muda.

—¿Tienes miedo de que ella se escape, Boris? —le preguntó—. ¿O siempre atas a las mujeres de esta manera?

—No te imagines que te puedes burlar de mí, Valentín —le respondió con frialdad Boris—. Esta muchacha está atada porque es mi prisionera.

—No por mucho más tiempo. —Valentín se puso cómodo en la silla de Boris, con los pies apoyados con arrogancia sobre la mesa—. Llamé por teléfono a las autoridades, anónimamente por supuesto, y creo que la policía turca está a punto de hacerte una visita. Y eso sólo son los preliminares. Lo siguiente será el gobierno de los Estados Unidos, luego el gobierno turco, el FBI, la Interpol, la CIA... —Miró con burla a Boris, cuyo rostro era una piedra—. Esta pequeña escapada tiene todo el aspecto de un incidente internacional, tío. Y yo sólo me pregunto cómo te sentirás cuando descubran que el jefe del KGB está a bordo de un carguero ruso anclado en aguas turcas. Y que tiene a la muchacha norteamericana desaparecida a bordo, maniatada. ¡Aparecerá en los titulares de todos los periódicos! «La vergüenza del KGB, el general mayor Solovsky, complicado en un acto de secuestro internacional». Aparte del problema para nuestra familia, me pregunto cómo reaccionará nuestro presidente. ¿Qué crees tú, tío Boris? ¿Te perdonará por la desgracia que le has causado a Rusia?

—Mientes. Nadie más sabe que ella está aquí.

—Por supuesto que lo saben. ¿Los tomas por tontos? ¿Te imaginas que ellos no se figuraron que la forma más fácil es sacarla en un barco y llevarla a Rusia? ¿Entonces?

¿Cuál es tu siguiente movimiento?

Genie miró a Valentín, casi columpiándose en su silla; luego sus ojos se volvieron nerviosos hacia Boris, de pie junto a la puerta. Su cabeza calva brillaba bajo la luz de la lámpara desnuda y su rostro estaba marcado por la cólera.

—Zarparemos de inmediato —decidió Boris.

Valentín negó con la cabeza.

—Ve a cubierta, tío. Y mira. Ya hay un cordón rodeando al barco.

—¿Esperas realmente que crea eso? —se rió Boris, con desprecio.

—Deberías, tío. Es la verdad. Pero tengo una sugerencia para salvarte. Tú y yo podemos bajar juntos del barco. Te pondré en un avión privado con rumbo a Ankara. En menos de una hora, puedes salir de este enredo, si lo deseas.

—¿Y por supuesto te doy a la muchacha? —Se rió—. ¿Cómo me puedes tomar por un tonto de ese calibre? Conoces a tu tío lo suficiente como para planear algo mejor que eso. —Se paseó por la diminuta cabina como enjaulado, con las manos en la espalda, lanzando improperios—. Tu problema es que eres un idealista, Valentín, y los idealistas siempre quieren tenerlo todo. —Miró con perspicacia a Valentín—. Pero no lo suficientemente idealista como para pensar primero en Rusia. Lo único que deseas es salvar tu propio pellejo y el de tu padre.

—¿Y tú qué es lo que quieres, tío?

—¿Yo? —Caminó hacia Genie y se paró frente a ella, con las manos detrás de la espalda, balanceándose sobre sus talones de la forma en que siempre lo hacía cuando llevaba las botas—. Deseo conseguir la ambición de mi vida. Destruiros a ambos. Por fin. —Echando hacia atrás la cabeza, comenzó a reír, con una risa insana, incontrolable. Las lágrimas se le escapaban de los ojos y tosía, tornándose púrpura cuando comenzó a ahogarse.

Genie miraba aterrorizada a Valentín cuando este tomaba la Luger de su pistolera y deslizaba el silenciador. Quedó boquiabierta por la alarma. Él movió la cabeza y se llevó un dedo a los labios.

Boris oyó el sonido familiar del seguro y se volvió de golpe. Miró con desprecio el arma.

—Nunca te saldrías con la tuya —le dijo, con otra risa desafiante—. ¿En un barco ruso? Si me matas, jamás saldrás vivo de aquí... ni ella tampoco. —Tomó a Genie y la sostuvo frente a él—. Tendrás que matarla primero —agregó con una sonrisa de triunfo.

Valentín se encogió de hombros con indiferencia y apuntó:

—Haría probablemente las cosas más fáciles si hiciera eso —dijo pensativo—. En realidad, podría mataros a ambos de un solo disparo.

Genie se desplomó hacia adelante, casi desmayada del terror, y Boris la volvió a poner de pie con rabia. Ella miró a Valentín con horror. Había pensado que la venía a rescatar y ahora la iba a matar a ella también. Su cabeza daba vueltas y tembló mientras Boris apretaba su mano.

—Hay una solución para esto —dijo Valentín, con tranquilidad—. Podéis bajar del barco conmigo ahora. Nos llevamos a la muchacha con nosotros. Te garantizo que te llevaré al aeropuerto y de allí en avión privado a Ankara. Está esperando ahora en la pista. Estarás fuera de este escándalo internacional, y nadie sabrá nada. Por supuesto, si eliges no... —Su dedo se apretó en el gatillo, y Genie de pronto comenzó a gritar.

Boris la arrojó en su silla. Le caían gotas de sudor por la frente. Se mojó nervioso los labios con la lengua, mientras los pequeños y traicioneros ojos miraban alrededor de la cabina, buscando una salida.

—Tienes cinco segundos —le dijo Valentín, con frialdad—. Uno... dos... tres...

—Muy bien, acepto. —La voz de Boris estaba cargada de miedo mientras levantaba la mano, con la palma hacia adelante, para detener la cuenta mortal—. Haré lo que digas. Pero ¿cómo sé que mantendrás tu palabra?

Valentín se encogió de hombros.

—Confía en mí —le dijo, sin emoción—. Desata a la muchacha.

Cuando la mano de Boris fue hasta el bolsillo, Valentín apoyó el revólver en sus costillas.

—¡Necesito mi cuchillo! —Gritó Boris. La hoja del cortaplumas brilló bajo la luz eléctrica y el arma hizo presión contra su sien, mientras Valentín le decía, con calma:

—Sólo la sogá, tío...

Suspirando, cortó la fina cuerda de las muñecas y tobillos de Genie. Ella se quejó cuando la sangre comenzó a circular con dolor por sus manos y pies.

—Dame el cuchillo, luego pon las manos en alto —le ordenó Valentín. Boris hizo lo que le decía, de pie sin moverse, mientras Valentín lo palpaba, quitándole la pesada Colt, que era su arma favorita.

—Frótate los pies, Genie —le ordenó Valentín—. Debes hacer circular rápido la sangre. Tendrás que caminar sola.

Ella se frotó los tobillos, buscando por el suelo sus zapatillas y forzando sus pies hinchados a caminar, hasta que le quemaron como con agujas y alfileres. Valentín mantenía el arma apuntando a Boris, que lo miraba con la fascinación de una cobra frente a una mangosta.

—Tú irás delante de mí con Genie —le dijo Valentín—. Les dirás a los guardias que nos vamos. Bajaremos juntos el portón y en tierra caminaremos hacia la grúa, a unos ciento cincuenta metros a la izquierda. No cometas errores, estaré justo detrás de ti. No te quitaré los ojos de encima. Y no puedo fallar a unos escasos centímetros.

La boca de Boris se apretó pero no respondió, tocándose la calva con un gesto nervioso. Sus ojos miraban hacia uno y otro lado cuando pisó en la bodega, buscando a un marinero o a un guardia, cualquiera que pudiera levantar la alarma, maldiciéndose cuando recordó que había confinado a la tripulación a sus camarotes hasta que zarparan. Subió la escalera de caracol de acero, mirando atrás una vez más y encontrándose con los ojos de Valentín. El odio le quemaba los intestinos. Valentín

era como su padre. Por fin estaban los dos hijos Ivanoff juntos y él los vería en el infierno antes de dejarlos escapar. Esta vez resistiría, se cuidaría, estaría alerta para la oportunidad...

Los soldados del portón pusieron atención cuando aparecieron. Boris les habló rápidamente y ellos saludaron y se hicieron a un lado. Valentín estaba a dos pasos detrás, mientras bajaban, con su mano sobre la Luger que tenía en el bolsillo. La zona alrededor del barco estaba envuelta en la oscuridad y, mientras se alejaban, Boris sintió el arma en las costillas. Podía oír a Genie gimiendo mientras se tambaleaba al lado de él.

Después de ordenarle a Boris que fuera al asiento trasero, Valentín le dio a Genie el arma.

—Siéntate junto a él. Si hace un solo movimiento, aprieta el gatillo. No puedes errar.

Boris sonrió para sí cuando vio cómo le temblaba la mano. Ahora sabía que tenía su oportunidad.

—No sabía que vosotros dos os conocíais —les dijo, con suavidad—. Esto demuestra lo pequeño que es el mundo.

Cuando Valentín encendió el motor, Boris dijo:

—¿No crees que es extraño que tú la conozcas, Valentín? ¿Que la respuesta estaba justo allí en Washington?

Sus ojos se encontraron en el espejo y Boris rió cuando se dio cuenta de que Valentín no sabía de lo que estaba hablando.

—Tú no sabías —se maravilló—. Todavía no lo sabes, todavía no comprendes...

La Luger se movió en sus costillas, y Genie dijo:

—Cierra la boca, bastardo, o te mato ahora mismo.

—¿Estás bien? —le preguntó Valentín.

Ella se volvió para mirarlo y en una décima de segundo Boris golpeó hacia abajo su mano. Hubo un ruido sordo cuando su dedo se deslizó nervioso sobre el gatillo, pero la bala pasó sin daño a través de la puerta del automóvil; y entonces el arma estuvo en las manos de Boris. Este la sostuvo en el cuello de Valentín, el sudor le corría por la calva hacia el cuello de la camisa, con un ojo en Genie, que se encogía en un rincón del coche, listo para matarla si se movía.

—Baja del automóvil —le ordenó—. Comienza a caminar hacia el barco. Si tratas de escapar, te disparo.

Ella dudó. Sabía que le llevaría a Boris sólo un segundo cambiar el revólver de Valentín a ella, si intentaba correr. Un segundo era todo lo que tenía para salvarse ella y Valentín.

—¡Rápido! —le gritó él—. ¡Muévete!

Ella se volvió a medias como si abriera la puerta del coche y luego se echó encima de la mano que sostenía el arma. La Luger volvió a caer al suelo. Gritando una sarta de palabrotas, Boris la empujó y se inclinó para recogerla. Sus dedos habían

tomado el arma cuando Genie los pisó tan fuerte como pudo.

Valentín salió del automóvil y sacó a Boris por el cuello.

Lo echó contra la puerta, doblándole la cabeza hacia ambos lados para cortar la arteria carótida a la izquierda del cuello. Los ojos de Boris escupieron odio por un momento antes de tornarse vidriosos y luego se desplomó en silencio contra el suelo.

Genie, cojeando, dio vuelta al automóvil y lo miró. Se mojó nerviosa los labios.

—¿Está...? —le preguntó, con voz asustada.

Valentín asintió.

—Era la única forma —le dijo, con fatiga—. Él o yo. Siempre ha sido así. Ahora se acabó.

Ella pareció estar a punto de desmayarse y él le rodeó los hombros.

—Lo siento.

—Está bien. Supongo que es el impacto. Y mi pie. Pensé que me iba a explotar cuando lo pisé.

—Siéntate en el coche —le dijo, con tranquilidad—. Me tengo que ocupar de él.

Se sentó en el asiento del acompañante, mirando con ojos vacíos mientras Valentín se echaba el cuerpo de Boris sobre los hombros y desaparecía en la oscuridad. Pocos momentos después, oyó el ruido del agua y luego el sonido de pasos rápidos que regresaban.

El motor del automóvil todavía estaba en marcha. Puso el cambio y dio un giro en dirección a la ciudad. Cuando se unió al tráfico, cuatro coches de la policía los pasaron, con las luces azules girando y las sirenas sonando, en dirección hacia Istinye. Ella se volvió para observarlos.

—¿Se dirigen al carguero? —le preguntó.

Sonrió con ironía.

—Inventé la historia para Boris, pero ha resultado verdad.

Tomó las colinas, pasando por elegantes hoteles y luego bajó hacia la plaza Taksim. Genie temblaba por la emoción. Todo le parecía tan familiar, tan normal. Si no hubiese sido por Valentín, todavía habría estado en el carguero, a merced de un hombre diabólico...

Valentín se abrió paso en el embotellamiento de tráfico del Puente Gálata, rumbo a Eminonu; tomó un atajo por las calles laterales, detrás del mercado de especias, y se detuvo frente a un miserable hotelucho con un cartel de luces de neón que proclamaban el Hotel Turista. Al cartel le faltaban todas las T y era el tipo de albergue que no tenía empleado de recepción después de las siete y cuyos huéspedes entraban y salían sin control. Este servía mejor a los propósitos de Valentín que la habitación en el Emirgan.

Ayudó a Genie, mientras esta cojeaba por el pavimento.

—Dos pisos de escaleras —le dijo, alzándola—. Jamás llegarás.

Ella se abrazó a él como una niña asustada, hundiendo su rostro en el cuello de Valentín. Él le había salvado la vida. La amaba. Llamaría a Michael y pronto estaría

de regreso en su hogar y jamás volvería a hacer nada estúpido en su vida. Sólo deseaba que Cal estuviera allí también, para que pudiera confesarle lo tonta que había sido y pedirle perdón por causarle tantos problemas.

Capítulo 45

Un avión C21A de doble turbina, con seis asientos, de la fuerza aérea norteamericana apareció a una altitud de 41.000 pies a través de las nubes que cubrían el cielo turco y aterrizó en el pequeño aeródromo al norte de Estambul. Había sido un largo vuelo desde la base aérea Andrews de Washington, con sólo una hora para cargar combustible en Gander, Terranova, y nuevamente en Inglaterra. El piloto se volvió y le sonrió a Cal.

—¿Se siente mejor?

—Sí. Ahora que estamos en el suelo. —Desabrochó el cinturón de seguridad, suspirando aliviado cuando avanzaron hacia la superficie plana de cemento a la derecha de la pista—. Me siento como si hubiera dejado mi desayuno en Washington hace un par de horas.

—Habría deseado hacerlo cuando se coma toda esa comida turca —le comentó el piloto—. Sopa de tripa. Cuidado con los ojos.

—Pensé que sólo servían esa cosa en Arabia. —se rió Cal, mientras le estrechaba la mano.

—Nunca se sabe. —El piloto le hizo el gesto de los pulgares hacia arriba, sonriendo.

—Gracias por el paseo —le gritó Cal, mientras se marchaba.

Varios hombres vestidos con uniformes verdes aparecieron corriendo hacia él apuntándolo con sus armas, y decidió entonces que sería mejor que se quedara donde estaba.

—¿Identificación? —El oficial al mando extendió la mano, mientras que otro cubría a Cal con su rifle.

Él le extendió su pasaporte diplomático y una copia de su permiso especial de la Casa Blanca, esperando tranquilo mientras el oficial los inspeccionaba.

—Muy bien, señor Warrender —le dijo el turco en perfecto inglés—. Tenemos un helicóptero esperando para llevarlo a Estambul.

Pudo ver al C21A reabasteciéndose para su viaje de regreso a Washington, mientras él caminaba hacia el helicóptero. Era una pequeña burbuja camuflada de verde con los costados abiertos. Cal gruñó. El vuelo rápido con el avión de la fuerza aérea había sido más que suficiente para su vértigo. Alguien debería haberles explicado que odiaba las alturas.

Un piloto con cara aniñada lo saludó y él volvió a gruñir, cerrando los ojos mientras los rotores comenzaban a girar: los turcos tienen chicos manejando estas cosas, por el amor de Dios...

No volvió a abrirlos hasta quince minutos después, cuando el piloto le dijo:

—Señor, estamos a punto de aterrizar. —Estambul estaba debajo, iluminada por la luna llena y cruzada por un millón de luces brillantes, y entonces dejó escapar un suspiro de alivio; tenérselas que ver con el KGB no sería nada comparado con estos

viajes.

Lo aguardaba una gran limusina de color negro estacionada sobre la pista; en su interior se hallaban el cónsul norteamericano, el ministro de Asuntos Exteriores de Turquía y Ahmet Kazahn.

—La situación no tiene buen aspecto, Cal —le dijo Jim Herbert, después de las presentaciones—. El jefe de policía revisó el carguero y sólo encontró una docena de tropas rusas. Por supuesto que esto es un delito grave, soldados extranjeros en un barco de carga en aguas turcas, pero nuestro caso no ha avanzado en absoluto.

El corazón de Cal se detuvo; había estado seguro de que se hallaba en el barco.

—Pero nosotros sabemos que estaba allí —dijo enfadado.

El ministro de Asuntos Exteriores asintió.

—Seguro, pero el capitán declara que él no sabe nada, sólo que debían esperar a un visitante importante, quizás un almirante, por eso las tropas. —Suspiró—. Un almirante visitando un viejo carguero ruso; me pregunto qué otra excusa pensarán para después. Pero la policía encontró algunos trozos de soga en la pequeña cabina situada en las bodegas. Obviamente las usaron para atar a alguien y luego las cortaron.

—Entonces ¿cómo la sacaron a ella del barco?

Él se encogió de hombros.

—Teníamos una flotilla de poderosas lanchas rodeando Istinye, de modo que no pudo hacerse por mar. La policía se retrasó por un autobús que bloqueó el camino cuando intentaba doblar en una esquina estrecha. Debieron de llegar sólo unos minutos tarde.

El teléfono llamó y él lo levantó.

—Guisen —dijo, asintiendo mientras escuchaba—. ¿Está seguro? —le preguntó en turco—. ¿Tenía identificación? Comprendo. Gracias.

Se volvió hacia los otros y dijo, con tranquilidad:

—La policía acaba de encontrar el cuerpo de un hombre en el agua, cerca de Istinye. Vestía un traje oscuro y todos sus efectos personales, billetera, reloj, etcétera, fueron retirados antes de meterlo en el agua. Pero, por las fotografías, se lo ha identificado como el general mayor Boris Solovsky.

—Jesucristo —dijo Herbert.

—Ese es probablemente quien él pensó que era —comentó Cal, con tristeza—, o algún tipo de dios hecho por sí mismo.

—Sólo puedo pensar en el problema que esto representa para Turquía —dijo Guisen, con enfado—. El jefe del KGB asesinado en Estambul.

—A mí me parece —dijo Ahmet rápidamente— que el primer problema es encontrar a Anna. Alguien mató a Solovsky y la ayudó a escapar. Debe de ser alguien en quien ella confía.

Los ojos de Cal se encontraron con los suyos, mientras el Mercedes enfilaba por la entrada de automóviles de la Villa Kazahn.

Cal asintió.

—Naturalmente —dijo—. Yo sé con quién está. Con Valentín Solovsky.

Michael Kazahn estudiaba al grupo de hombres que estaba de pie bebiendo whisky y llenando su hermosa habitación de humo, escuchando sombrío mientras Cal explicaba lo que había sucedido. Estaba sentado junto a Refika en un largo diván debajo de la ventana. Ella puso su mano sobre la de él mientras este hombre les decía que ellos creían que Anna —o Genie, como todos la llamaban— estaba con Valentín Solovsky.

—Missie jamás le contó a Genie toda la historia —dijo Cal—. Jamás supo del dinero en los bancos de Suiza. Incluso ni siquiera supo nada de las joyas hasta que Missie se vio obligada a dárselas cuando fue a Fairlawns. Y todavía no sabe lo de las minas. Missie siempre le ocultó las referencias rusas. Jamás le mostró las fotografías ni le habló mucho de aquello. Deseaba que todo se olvidara, de modo que, cuando ella se muriese, la historia y la amenaza morirían con ella. Estaba manteniendo su promesa a Misha hasta el final.

»Valentín es tan peligroso como su tío Boris —concluyó con calma—. Es un diplomático de carrera con los ojos puestos en la más alta posición en Rusia, y hasta ahora no ha dejado que nada se interpusiera en su camino. No hay razón para creer que lo hará ahora. Lo último que puede permitir es que Genie vaya a la televisión y diga la verdad. Está buscando matar a Anna Adair y cree que Genie lo conducirá a ella. Lo único que ahora podemos hacer es rezar para que en algún equívoco momento, creyendo que él es su salvador, ella no le confiese todo y le diga quién es. Ya que existe un solo final en tal caso.

—¿Y qué nos propone que hagamos ahora? —le preguntó Michael, dirigiéndose con dificultad hacia el jefe de policía—. ¿Después de que usted fracasó en la búsqueda en el barco y la perdió? ¿Se supone que hemos de esperar aquí mientras sus hombres quedan atascados en el tráfico? ¿O tiene algún plan maestro que no nos ha comentado?

—No es culpa nuestra —respondió Kelic con el rostro enrojecido—. El tráfico de Estambul es un infierno. Incluso la caravana de nuestro primer ministro se retrasa...

—¡Bah! —Michael se volvió hacia Cal. Se apoyaba pesadamente en su bastón de ébano, mirándolo, evaluándolo—. Usted la conoce —le dijo finalmente—. ¿Qué cree que puede hacer?

Cal dudó. Estaba pensando en la reunión de Genie con Valentín en Ginebra y en su extraño comportamiento después de aquello. Finalmente tuvo que afrontar la dolorosa verdad.

—Valentín es un hombre atractivo y encantador —le dijo con calma—. Genie se... siente atraída... por él y creo que él también, pero no lo suficiente como para detenerlo en su intención de matarla, si supiera quién es realmente. Creo que todo lo que podemos hacer es esperar y dejar que la policía los rastree. Y debemos rezar para que ella lo llame por teléfono.

Refika miró a su esposo a los ojos y supo lo que estaba pensando. Pensaba en el pacto de lealtad de Tariq hacia los Ivanoff y que él había defraudado a su padre.

El rostro de Ferdie Arnhaldt era una máscara de furia cuando colgó con fuerza el teléfono de su habitación en el hotel Yesil Ev. Genie Reese había escapado y los turcos la habían perdido en el tráfico del puente Gálata. Si ahora hubiese tenido delante de él al bastardo, lo habría estrangulado. Disfrutaría viendo cómo le saltaban los ojos de aquella cara estúpida y mercenaria...

Corrió las cortinas y miró por la ventana hacia la ajetreada calle. Ella podría estar en cualquier lugar allí afuera, con el hombre que la había rescatado.

—Un joven —le había dicho el turco— extranjero. Quizá norteamericano.

Paseó por la habitación, irritado por su pequeñez y por la bonita decoración victoriana. Necesitaba la grandeza de la Haus Arnhaldt para contener su rabia. Deseaba salir de allí, caminar por las calles buscando su presa como lo había hecho con Markheim y Abyss... pero había sido obstaculizado por la incompetencia del turco.

El teléfono volvió a sonar y él lo levantó de un salto.

—*Ja?* —dijo rápidamente.

—Una limusina llegó hace diez minutos a la Villa Kazahn —le dijo el turco—. Hemos identificado a tres hombres como Ahmet Kazahn, el ministro de Asuntos Exteriores turco y el cónsul norteamericano. El cuarto es desconocido, pero también supongo que es norteamericano. Llegó al aeropuerto con un helicóptero de la fuerza aérea. El jefe de policía llegó allí cinco minutos después.

—Vigile la casa —le dijo Arnhaldt fríamente—, y la próxima vez no espere diez minutos para decírmelo. Quiero saber inmediatamente cuándo se marchan y adonde van. Si vuelve a defraudarme nuevamente, idiota, no habrá más dinero.

Colgó el teléfono de un golpe, volviendo a pasearse por la habitación, tratando de imaginar con quién estaba Genie si no era con Boris Solovsky. Al cabo de diez minutos no pudo esperar más. Dejó el hotel y caminó rápidamente para alquilar un automóvil a una calle de distancia. No correría más riesgos con los turcos: él mismo vigilaría la casa de los Kazahn.

Capítulo 46

Genie estaba tendida en la cama observando mientras Valentín se quitaba la chaqueta y luego se lavaba las manos en un diminuto lavabo que había en un rincón de la habitación.

—Nunca estas manos estarán limpias —citó ella suavemente.

Él hizo una mueca.

—Lady Macbeth, lavándose la sangre después del asesinato. —Ambos se miraron a los ojos y agregó—: No es difícil matar, Genie. Yo estoy entrenado para eso. Pero no es algo que se disfrute. Con Boris Solovsky no tuve otro remedio. Mi padre es un hombre de integridad y honor, y Boris deseaba arruinarlo para vanagloriarse a los ojos de Rusia. Amo a mi país y todo lo que él representa, pero también amo a mi padre.

Ella no respondió, sus ojos lo seguían mientras recogía la chaqueta, retiraba la Uzi del bolsillo y la colocaba sobre la mesa. Brillaba como una criatura pequeña y malévola. Un escalofrío le corrió por la espalda.

Después de volver a dejar la chaqueta, se sentó junto a ella.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó colocando su mano debajo del mentón y levantándole la cara hacia él—. ¿Te duele todavía?

Le miró los tobillos lastimados y los pies hinchados.

—Pobre Genie —murmuró con ternura—. No sabías en lo que te metías, ¿no es así?

Se dirigió a la pileta, llenó un recipiente con agua y, arrodillado frente a ella, comenzó a lavarle las heridas.

—Debo ir a la farmacia —le dijo preocupado—, necesitas antisépticos y calmantes. —Se volvió a sentar en la cama y la rodeó con los brazos—. Jamás me he sentido así con respecto a alguien —le dijo suavemente.

Ella negó con la cabeza.

—Ni yo, Valentín. ¿Qué habría hecho sin ti?

Él le besó los ojos, las orejas, el cabello, la boca. Ella se sentía invadida por su ternura, era su salvador, su aliado, su amante. Era tan fácil, tan natural, tan verdadero que él hiciera el amor con ella...

No tenía idea del tiempo que había pasado cuando se despertó: una hora, quizás dos o más. Valentín estaba sentado a la mesa, limpiando el arma. La luz brillaba en su cabello rubio y parecía un niño hermoso absorto con un juguete. Un juguete mortal.

Valentín levantó la cabeza y sonrió.

—Debes de tener apetito. —Cargó el arma y la dejó en la mesa.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que estoy más allá del apetito. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí, quizás en el avión... ni siquiera sé cuánto tiempo hace de eso. —Sentía la cabeza liviana, desorientada—. Valentín, ¿qué vamos a hacer?

Acercó una silla de respaldo recto y se sentó frente a ella, con los ojos fijos en los suyos.

—Esta vez, necesito tu ayuda, Genie —le dijo con calma—. Debo encontrar a la *Dama* antes que el KGB y la CIA.

Ella lo miró molesta.

—Pero pensé que tú lo sabías.

—Tú eres la única que lo sabe.

De pronto se dio cuenta. Valentín no sabía quién era. Todavía pensaba que era simplemente Genie Reese, la famosa reportera de televisión que se había empeñado demasiado en seguir el rastro de un golpe de carrera. Su corazón se detuvo y le dijo sin emoción:

—¿Es esa la razón por la que me rescataste de Boris? ¿Para que te condujera a la *Dama*?

—Debo admitir que fue una de las razones —le dijo, con cuidado—, pero sé que no fue la única.

Ella miró el arma que estaba allí sobre la mesa simplemente esperando que ese hombre la transformara en un elemento de muerte y su boca quedó seca por el miedo que la invadía. De pronto se dio cuenta, sin ninguna duda, de que cuando Valentín descubriera quién era la mataría.

—Se me ha acabado el tiempo —le dijo, con calma—. Recuerda el dicho, Genie, una vida por otra. Yo salvé la tuya, y ahora te pido que salves la mía. Debo saberlo.

Ella cerró los ojos, apartando la diabólica visión del arma, pero todavía estaba allí, debajo de la oscuridad de sus párpados cerrados.

—Yo... no sé realmente quién es ella —le dijo rápidamente—. Yo... bueno, se suponía que debía llamar a cierto número cuando llegara aquí. Alguien que la conoce...

—¿Quién? —le preguntó, con ansiedad. Él se acercó más, tomándola de las manos—. ¿Quién lo sabe?

Ella respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Michael Kazahn —le dijo temblando.

Él asintió.

—Eso tiene sentido. La esmeralda fue vendida por una de las empresas Kazahn. Investigué el origen; la familia proviene de Rusia y trabajó para los Ivanoff.

—Ellos la han estado protegiendo todos estos años —dijo de prisa, adornando su historia—. Michael Kazahn se puso en contacto conmigo ya que pensó que las cosas habían ido demasiado lejos. Deseaba poner fin a la especulación internacional. Dijo que era más seguro si se conocía su identidad... antes de que la encontraran y... —se mordió el labio, rezando por que le creyera—. Ella se encuentra en la villa que tienen ellos.

Valentín se llevó las manos de Genie a sus labios.

—Gracias, Genie.

Sus ojos estaban llenos de ternura y ella pensó que no se parecía a un asesino. Era Valentín, el hombre que amaba... pero en su mente podía oír a Cal Warrender decirle: «Valentín es primero ruso y después hombre. Nunca olvides eso».

Bajó la cabeza, con lágrimas que corrían por sus mejillas, y él dijo:

—Lo siento, Genie, de verdad lo siento.

Le acomodó las almohadas y la besó con delicadeza, luego caminó hacia la mesa y tomó la Uzi. Ella lo miró, con ojos oscuros de terror. No deseaba gritar, ni siquiera correr. El la mataría, después de todo. Era inevitable.

Valentín dobló el cargador de metal, colocó el arma en su bolsillo y se puso la chaqueta.

—Trata de dormir —le dijo, con calma—. Regresaré tan pronto como pueda. — Una sonrisa le iluminó su rostro de niño—. Y luego la vida podrá volver a la normalidad. —Caminó hacia la puerta como si fuera de caza—. Sólo tú y yo.

Cerró la puerta y ella oyó el sonido de la cerradura. Luego los pasos que desaparecían por el pasillo. Volvió su rostro hacia la almohada y lloró. Pero no era un llanto de alivio, lloraba porque estaba enamorada de un hombre que quería matarla.

Después de un rato se sentó y se enjugó las lágrimas con la sábana gastada. Se levantó, fue hacia la ventana y miró hacia afuera. Estaba amaneciendo. El Ford Scorpio negro se había ido y el cartel del hotel titilaba en la calle vacía. Volviéndose hacia la habitación, pensó en las advertencias de Missie y de cómo, por no hacerle caso, ella había provocado toda esta destrucción. Porque ella sabía con certeza que, una vez que Valentín descubriera la verdad, el mataría a Missie también. Y entonces ¡debía salir de allí! ¡Necesitaba ayuda!

Recordó todos los trucos con las cerraduras y las tarjetas de crédito, pero había perdido su bolso cuando la secuestraran. No tenía nada, ni siquiera una hebilla. Caminó por la habitación, buscando algún tipo de herramienta para abrir la puerta, y con frenética desesperación tomó el picaporte, moviéndolo de un lado al otro, gritando como una demente. De pronto, con un ruido como de disparo de pistola, se desprendió la manija y la puerta se abrió.

Por un momento se sintió tan azorada que no se movió. Luego, ordenando sus pensamientos, salió con cautela al pasillo. Estaba vacío y silencioso, como si ella fuera el único huésped. Corrió hacia las escaleras y se detuvo a escuchar. Todo estaba en silencio. Bajó de prisa el primer tramo, escuchando para ver si oía pasos antes de bajar lo que quedaba de escalera y salir a la calle.

Todavía no había señales del Scorpio, y entonces respiró aliviada mientras se dirigía hacia el hipódromo, manteniéndose alerta por si venía un taxi. Pero la gran plaza, en general llena de turistas, estaba desierta a esa hora tan temprana. Miró a su alrededor con incertidumbre. No tenía idea de dónde se encontraba el departamento de policía más cercano, y pensó con ansiedad en Cal, deseando que estuviera allí para ayudarla. ¿Por qué no le había dicho antes la verdad? Siempre supo que podía confiar en él. Dudó de que, si tenía la suerte de sobrevivir, Cal volviera a confiar alguna vez

en ella. Lo único que debía hacer ahora era llamar a Michael. Michael vendría por ella. Michael la salvaría.

Valentín la observó a través de la plaza. Él había intentado llegar a la villa Kazahn, pero el camino que conducía allí estaba bloqueado por la policía y se había visto forzado a hacer un giro brusco antes de que lo vieran. Estaba llegando al hotel cuando vio a Genie por el espejo. Estacionó cerca y la siguió. No había esperado que ella intentara escapar. Creyó que ella confiaba en él, y la observó con tristeza, tratando de decidir si sorprenderla ahora o esperar a ver dónde lo conducía. Ella subía y bajaba la horquilla del teléfono, pero era obvio que este estaba estropeado. Probó con el siguiente, pero tampoco funcionaba. Se tomó la cabeza con las manos, su cuerpo tenía una actitud de derrota y él pensó en lo triste que era que lo hubiera engañado. Pobre Genie. Pobre, indefensa, adorable.

Genie miró desesperada a su alrededor en busca de ayuda, pero no había nadie, y entonces se dirigió hacia el norte de la plaza Sultanhamet, buscando una cafetería que estuviera abierta desde donde poder hacer una llamada, encontrar un taxi... cualquier cosa... alguien... Pasó junto a la vieja torre de agua en la desierta calle Yerebatan y se detuvo frente al Palacio Hundido. A través de las puertas de vidrio, pudo ver una oficina, y un teléfono. Después de levantar una botella de cerveza vacía de la alcantarilla, la arrojó contra el vidrio, mirando cómo este estallaba en miles de fragmentos a sus pies. Luego entró allí rápidamente, tomó el teléfono y marcó el número de Michael.

—Ven a buscarme, oh, por favor, Michael, ven a buscarme —rogó, llorando de miedo, suspirando aliviada cuando al cuarto timbre, atendieron—. Michael, oh, Michael —gritó—, soy Anna.

Él le dijo rápidamente:

—No trates de explicarme. Sólo dime dónde estás.

—En el Yerebatan Sarayi. He roto el vidrio para conseguir el teléfono...

—Espera ahí. Iré a buscarte. ¿Estás bien, Anna? ¿Te siguen?

—Sí... no... —contestó nerviosa—. Oh, Michael, estoy tan asustada.

—Ahora mismo voy para allá. Escóndete en las cisternas, donde nadie te pueda ver. Estaré ahí lo más pronto posible.

Luego cortó la comunicación. Miró nerviosa por encima de su hombro e hizo lo que él le dijo. Pero cuando empujó a través de un molinete y bajó los escalones hacia el Palacio Hundido, sintió como si se separara de su vida.

Afuera Valentín estaba apoyado contra la pared, con los brazos doblados y con un gesto de dolor en el rostro. Ella le había hablado a Michael Kazahn en inglés; había oído todo lo que dijera. Genie era Anna. Era su prima. Genie era la *Dama* que él estaba buscando.

Capítulo 47

—Era ella —le dijo Michael a Refika—. Se ha escapado de sus captores. Me está esperando en el Yerebatan Sarayi.

Una mirada de alivio cruzó el rostro de la mujer y luego dijo, con ansiedad:

—Debes llamar a la policía. No hay tiempo que perder.

Él negó con la cabeza.

—No más policía. Esta vez es Michael Kazahn el que se hace cargo. —Cruzó la habitación hasta un gabinete que estaba junto al retrato de Tariq, lo abrió y tomó la antigua espada tártara.

Refika lo miró, sin aliento.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó—. Estás tratando con asesinos, hombres con armas poderosas, y tú tomas una antigua espada como si fueras a un batalla con Genghis Khan.

—Soy un hombre de paz —le dijo Michael con calma—. No hay armas modernas en mi casa. Esta espada la usó mi padre en muchas batallas con los rusos y ahora me servirá a mí para lo mismo. —Después de tomar su bastón, se dirigió hacia la puerta. Se detuvo y la volvió a mirar—. Regresaré —dijo— con Anna.

Refika oyó la puerta que se cerraba de un golpe y luego el ruido del motor del automóvil. Corrió hacia la ventana, observando cómo las luces traseras desaparecían por la carretera, y con un breve gemido se cubrió el rostro con las manos. Se sentía como la esposa que envía a su marido a la guerra.

Después de unos momentos, corrió hasta el teléfono, llamó a Ahmet y le contó lo que había sucedido.

—Salgo ahora mismo —le dijo, con calma—. Estaré allí con la policía. Madre, quiero que llames a Cal Warrender y a Malik Guisen, diles lo que está sucediendo. ¿Sabes los números?

Ella asintió.

—Sí —susurró, con lágrimas que le corrían por el rostro—. Por favor, Ahmet, apresúrate.

Michael pasó el bloqueo policial con impaciencia.

—Fuera de mi camino —rugió—. Tengo un asunto importante que atender.

Ellos se retiraron con respeto cuando el gran Bentley Turbo plateado pasó rápidamente colina abajo, y luego el oficial a cargo regresó de prisa a su coche para informar que Kazahn Pasha se había marchado a toda velocidad.

Ferdie vio el Bentley con sus prismáticos mientras este bajaba por la carretera. Él se encontraba en la estación de servicio vacía que había en la ruta principal. Encendió el motor y aceleró sin moverse del sitio, esperando que el Bentley llegara al camino de la costa. Sonrió con satisfacción cuando el coche patinó casi para detenerse en la

intersección y luego viró rápidamente hacia Estambul. Michael Kazahn tenía prisa y él supuso la razón. Mientras se lanzaba a seguirlo, pensó que la larga espera había valido la pena.

Había una sola luz sobre la escalera que bajaba hacia la vieja cisterna, y más allá la oscuridad total. Genie cerró la puerta y bajó despacio los escalones de piedra. Los pies le latían con dolor y los cortes en los tobillos le volvían a sangrar. Se detuvo en el borde de un pequeño haz de luz, mirando en la oscuridad antes de avanzar otro paso. Esto era casi tan malo como la cabina del barco, sólo que aquí el aire era húmedo y podía oír cómo goteaba agua.

Estambul está atravesada por cisternas subterráneas. La Basílica era una de las más antiguas, construida por el emperador Constantino para almacenar el agua que llegaba por acueducto desde los bosques de Belgrado y se guardaba aquí para emergencias tales como un sitio de la ciudad o una sequía. Las monolíticas columnas bizantinas y corintias soportaban el techo de bóveda de ladrillos, y la cisterna era tan grande que se le había dado el nombre de Yerebatan Sarayi, el Palacio Hundido. En los viejos tiempos, los hombres la exploraban en bote, pero ahora el drenaje constante del agua se mantenía a un metro de profundidad y se habían construido pasadizos de madera para que los turistas pudieran explorar con mayor facilidad.

Genie recordó una visita hecha cuando los reflectores iluminaban los pasillos y grutas encolumnadas y la solemne música de Bach a través de altavoces había hecho que las viejas leyendas de los hombres perdidos en interminables túneles y arrastrados por misteriosas corrientes parecieran simplemente lo que eran: leyendas. Pero ahora, mientras estaba de pie en la oscuridad de la plataforma de cemento que conducía a los pasadizos, podía llegar a creerlas. Pensó en Cal, a miles de kilómetros de distancia, probablemente preguntándose lo que le había sucedido a ella, y se sintió invadida por una repentina sensación de su presencia cargada de seguridad. Ella daría cualquier cosa por ver sus ojos marrones de setter que le sonreían, oírlo diciéndole que todo estaría bien, que no había ningún peligro. Y ella le creería, ya que eso no lo había provocado él, sino ella. Era ella la que había jugado un juego peligroso. Era responsable de su propio destino. Y ahora estaba sola.

Avanzó con cuidado un paso más, con las manos extendidas buscando una pared, tanteando con los pies el suelo, a fin de no caerse en las barrosas aguas que corrían más abajo. Sus dedos tocaron una barandilla, pisó con coraje hacia adelante, siguiendo lentamente el camino encima del agua hasta que por fin llegó a un extremo sin salida. Con un suspiro de alivio, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, abrazándose para transmitir algo de calor. La oscuridad presionaba contra sus párpados y el silencio clamaba contra sus oídos, cuando comenzó a contar los segundos, esperando que Michael viniera a salvarla.

Casi había llegado a los tres minutos cuando oyó un ruido. Se irguió, aguzando

los ojos en vano en medio de aquella oscuridad. Habían pasado menos de diez minutos desde que llamara a Michael, y no era tiempo suficiente para que él viajara desde la villa hasta el centro de Estambul. El parche de luz que había cerca de los escalones estaba lejos de su vista, al otro lado de la esquina, y desde allí sólo había oscuridad. Volvió a escuchar, pero sólo se oía el constante sonido del agua que goteaba, y entonces se relajó un poco. Debía de haberse confundido. Dejó caer la cabeza con fatiga cuando volvió a contar —diez, veinte, treinta, cuarenta segundos— y luego volvió a oír. Sólo que esta vez fue un paso. Y supo que no era de Michael; con seguridad él la habría llamado.

El pánico la invadió. Presionó sus manos contra la boca para evitar los gritos que se le escapaban.

—¿Genie? —llamó una voz de hombre—. Sé que estás aquí. Dime dónde estás. Debo hablar contigo.

Era Valentín. Escondió la cabeza en los brazos, pensando en cómo sus cuerpos se habían entrelazado cuando hicieran el amor hacía sólo unas horas, en lo feliz que se había sentido en sus brazos, segura, y movió la cabeza con desazón. Valentín la había encontrado; la mataría. Y ahora ni siquiera Michael Kazahn podría detenerlo.

—Genie, contéstame —le suplicó—. Debo hablar contigo antes de que sea demasiado tarde. Debemos detener esto antes de que todo estalle en un gran desastre internacional. Contéstame, Genie, por favor. Te lo ruego.

Hablaba con tanta preocupación, tan desesperado, tan tierno que casi podía creerle. Pero rápidamente recordó quién era él: Valentín Solovsky, un ruso, sobrino del jefe del KGB, a quien lo había visto asesinar. Un asesino profesional que «no disfrutaba haciéndolo», pero que asesinaba cuando debía.

Genie escondió el rostro en las manos y lloró en silencio. Era sólo cuestión de minutos que la encontrara, y luego se habría terminado todo.

Valentín buscó el camino con una diminuta linterna y se maldijo por no tener una más potente. Sería un trabajo lento buscarla de esta manera, y no tenía tiempo. Supuso que los Kazahn estarían allí con la policía en no más de cinco minutos.

Hizo girar el diminuto haz de luz, iluminando los recodos de las húmedas paredes de la bóveda y de las macizas columnas sumergidas.

—Genie —la llamó, haciendo eco en la caverna—, por favor, háblame. Hay algo que debo saber. —Esperó un momento y luego dijo—: Muy bien, entonces, sólo escúchame. Ahora sé que eres tú a la que busco. Pero lo que tú no sabes es la razón por la que te busco.

Genie se apretó contra sus rodillas, escondiendo el rostro mientras la envolvía nuevamente el silencio.

—Genie, el nombre de mi padre fue una vez Alexei Ivanoff. Él es el hermano de tu madre. Yo soy tu primo, tu misma sangre...

Ella hundió el rostro en sus brazos. Deseaba bloquear sus oídos a esas mentiras, gritarle que se detuviera.

—Grigori Solovsky salvó a mi padre en el bosque de Varishnya. Lo crió junto a su hijo, Boris. Este lo odiaba. Él sabía quién era y deseaba destruirlo, pero para llevar adelante su plan necesitaba pruebas de la identidad de Alexei. Tú debías ser esa prueba y esa es la razón por la que tuve que matar a Boris Solovsky. Te estoy diciendo la verdad. Por favor, créeme, Genie. Lo hice por ti. —Esperó un largo rato y luego dijo con un suspiro—: No puedo explicarte cuánto lamento todo esto. Desearía que jamás hubiera sucedido.

Ella saltó cuando la puerta que estaba en la parte superior de las escaleras se abrió de golpe y la voz de Michael llamó:

—¿Anna? ¿Estás ahí?

Genie oyó los pasos inseguros sobre las escaleras y pensó en Valentín, esperando en la oscuridad para matarlo.

—Michael —le gritó—. Está aquí, esperándote, ¡nos matará a ambos!

Valentín suspiró mientras tomaba su Uzi del bolsillo y desdoblaba el cargador. Kazahn se había detenido en el haz de luz y miraba con desprecio el oscuro vacío que tenía frente a él. Movié la cabeza con tristeza. Era sólo un viejo de cabellos blancos. La vida era tan injusta. Cuando puso el cartucho en posición, vio una sombra. Alguien más bajaba las escaleras, un hombre que tenía una pistola automática. Sus ojos lo reconocieron como Ferdie Arnhaltdt.

Ferdie se detuvo a mitad de camino en las escaleras, con el arma apuntando a Kazahn. No tenía ningún reparo respecto de lo que estaba a punto de hacer. Ya había asesinado a Markheim y a Abyss, y mataría a cualquiera que se interpusiera en su camino. Tenía la intención de que las compañías Arnhaltdt controlaran el mercado mundial de armamentos. Los gobiernos actuarían con servilismo por sus favores. Todos le temerían. Él, Ferdie Arnhaltdt, controlaría el poder del mundo.

Michael se volvió cuando Ferdie lo llamó por su nombre.

—Le sugiero que le diga a Anna que venga aquí —dijo el alemán—. Dígale que tiene exactamente un minuto para decir dónde está o le dispararé.

—Estúpido bastardo —bramó Michael, desenvainando su espada—, ¿se cree que me voy a quedar aquí parado y dejar que la mate? La policía ya está afuera. Es hombre muerto.

Arnhaltdt comenzó a contar.

—¡Deténgase! ¡Deténgase! —gritó Genie, caminando por el pasadizo—. Por favor, deténgase, ya voy.

La cabeza de Ferdie se volvió en su dirección y, con un grito de guerrero, Michael lo atacó.

La Uzi descargó fuego, rompiendo el silencio. Con una mirada de sorpresa en el rostro, Ferdie Arnhaltdt se volvió para ver a su asesino. Y luego cayó muerto a los pies de Michael.

Valentín corrió hacia ellos, con la ametralladora compacta en el hombro, justo cuando Genie apareció en un rincón.

—Es Solovsky —le gritó, advirtiéndolo a su tío—. ¡Él te matará!

Entonces Michael levantó su espada por encima de su cabeza y esta cayó sobre Valentín, de la misma forma en que sus ancestros lo habían hecho en batalla.

Valentín cayó como una piedra a sus pies. Genie corrió y se arrodilló junto a él. Le acarició el rubio cabello y colocó su mano encima de la herida cortante de su cuello, tratando de restañar la sangre que fluía llevándose su vida.

—¿Por qué, Valentín? ¿Oh, por qué? —le susurró, agonizante, mientras sus lágrimas caían sobre las manos frías de él.

Sus ojos grises estaban tranquilos cuando la miró.

—Es todo verdad —le murmuró—. Jamás podría haberte matado, Genie. —Una sonrisa débil curvó sus labios y su respiración se hizo ronca en la garganta. Y luego la luz desapareció de sus ojos y ella se quedó mirando a un hombre muerto.

Cal fue el primero que apareció en las escaleras delante de la policía. Las cisternas encolumnadas estaban ahora bañadas por blancas lámparas halógenas. Algún tonto pulsó el interruptor incorrecto y el sonido de la cantata de Bach hizo eco encima del agua. Miró el cuerpo de Arnhaldt y luego a Kazahn con la espada en la mano y el ruso muerto a sus pies. Era como una escena de venganza bíblica. Miró a Genie gimiendo encima del cuerpo de Valentín Solovsky y movió la cabeza. En el mundo del blanco y negro, los buenos vivían y los malos se morían. Y eso debía ser siempre así. Colocándole un brazo sobre los hombros para reconfortarla, la condujo escaleras arriba, hacia la seguridad.

Capítulo 48

Maryland

Fue una semana después cuando Cal fue nuevamente a ver a Missie. Ella sabía lo que había ocurrido, pero había algo más que deseaba decirle. Y, además, deseaba estar con ella cuando Genie apareciera por televisión a las seis.

Llevaba un vestido violeta que hacía juego con sus ojos. Su hermoso cabello color plata estaba imaculadamente peinado, y sobre la mesa, junto a ella, se hallaba la fotografía de Misha Ivanoff.

Le tendió la mano y él se la llevó a sus labios cuando la enfermera Milgrim entró con el té Earl Grey.

—Espero que no la moleste más —le dijo la enfermera, de pie junto a la silla de Missie, preparada para protegerla si él decía una palabra fuera de lugar.

—Todo ya está dicho, Milgrim —le respondió ella, con calma—. Ahora todo ha terminado.

—Sólo una cosa más —le dijo Cal—. Tenemos un informe de la agencia de noticias TASS. Dice que se ha encontrado un pequeño avión destruido en la costa de Crimea. Moscú declara que los dos cuerpos que se han encontrado a bordo fueron identificados como el general mayor Boris Solovsky y su sobrino Valentín. Su avión se perdió en vuelo de regreso desde Ankara, donde habían ido en misión diplomática.

Missie asintió con tristeza.

—¿Por qué tienen que mentir?

—Recuerde que era el final más diplomático de este episodio. Rusia está avergonzada y se ha disculpado con el gobierno turco.

—Pobre Alexei —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Ha perdido a su único hijo.

—TASS también informa que Sergei Solovsky ha renunciado a su cargo en el Politburó y se ha retirado con su esposa a su *dacha* del campo. Los soviéticos lo acompañan en su desgracia. —Dudó para luego agregar—: Se sabe que son una pareja dedicada el uno al otro, y sólo podemos desear que busquen consuelo juntos.

—Debería habérselo contado a Anna —le dijo, con fatiga—. Quizás entonces nada de esto hubiera sucedido. Valentín estaría todavía vivo, y Anna no habría sufrido estos terribles acontecimientos. —Movié la cabeza lentamente—. Pensé que hacía lo mejor por ella. No deseaba acosarla con los miedos de una vieja.

—Si no fuera por usted, Missie, los Estados Unidos habrían perdido el equilibrio del poder.

—Es extraño cómo la profecía de la gitana resultó cierta después de todo —comentó, casi para ella—. Me dijo que una gran responsabilidad recaería en mis hombros, pero nunca supe lo grande que era hasta ahora. —Suspiró—. ¿Y qué me

dice de Ferdie Arnhaldt?

—Era un megalomaniaco nacido en el seno de una familia obsesionada con su propio poder. Primero Eddie Arnhaldt quería las minas, pues estaba harto de pagarle a Rusia lo que él consideraba un rescate por sus derechos. Creo que tenía intenciones de casar a Azaylee con su hijo Augie tan pronto como fuera lo suficientemente mayor para hacerlo, y luego nadie podría disputar el derecho de los Arnhaldt. Pero Ferdie dio un paso más hacia la locura. Se preparó para matar a todos lo que se interpusieran en su camino, incluida Genie.

—Michael Kazahn la salvó —dijo ella—. Es un hombre osado y valiente como su padre.

—Genie me dice que los Kazahn desean que usted se vaya a vivir con ellos a Turquía.

Ella asintió.

—Michael me telefoneó. Desea enviar su avión para buscarme; me ha preparado una habitación en su casa o podría tener la *yali* y sentarme a soñar con mis viejos días, en aquella terraza que mira al Bosforo. Incluso puedo llevarme conmigo a la enfermera Milgrim, si ella quiere.

—¿Y?

Ella se rió.

—Soy demasiado vieja ahora para los cambios. Soy feliz aquí con los parques y los árboles, y los patos silvestres que puedo ver por la ventana. Y, además, tengo a Anna.

La enfermera Milgrim se asomó a la habitación y dijo:

—Son casi las seis, Missie. Hora del programa.

Missie tomó el control remoto y encendió el televisor. Hubo un anuncio y luego las cámaras enfocaron a Genie, que estaba pálida pero atractiva, con su vestido negro y perlas en el cuello, el cabello rubio peinado hacia atrás y sujeto por un lazo violeta. Cal pensó que todavía parecía una niña que olía deliciosamente a Chanel N° 5, pero no era la misma persona que él había visto por televisión la última vez. Ya no era la inquieta reportera camino de una gran carrera, y lo que ella decía no tenía ninguna semejanza con los tajantes informes de sus programas anteriores. Había una mirada triste en sus ojos azules y un débil temblor en la voz, cuando comenzó a hablar. Era obvio que le importaba mucho lo que estaba diciendo.

—Esta historia comenzó hace muchos años —dijo, con calma—, en una casa de cuento de hadas llamada Varishnya, donde vivía una familia de cuento de hadas. El padre era un apuesto príncipe y la madre, la más hermosa de las princesas. Ambos adoraban a sus dos hijos pequeños, Alexei y Xenia. Y con ellos, en aquella maravillosa casa vivía una amiga, una joven inglesa...

Los Estados Unidos miraban, hechizados, mientras ella contaba la historia, mostrando fotografías de los hermosos Ivanoff, cuidadosa de decir cómo todos, incluido el hijo, Alexei, habían sido asesinados y que las únicas que habían podido

escapar eran Xenia y la abuela con su amiga, la joven inglesa.

Aparecieron lágrimas en los ojos de Missie cuando oyó a Genie explicar su larga y turbulenta vida y los esfuerzos que había hecho para proteger su identidad.

—Y tuvo éxito —dijo Genie—, hasta que un acto audaz trajo a los Ivanoff nuevamente a la luz. De pronto, todos deseaban conocer a la *Dama* que vendía la esmeralda Ivanoff y todos deseaban encontrarla. Ya que parece que aquellas historias acerca de la fortuna en los bancos suizos esperando ser reclamada por el heredero legítimo eran ciertas. Y había otra cosa que perseguían las grandes naciones: el derecho a ciertas minas en Rajastán que se descubrió que contenían valiosos depósitos de minerales estratégicos.

Hizo una pausa, buscando en sus notas y luego miró directamente a la cámara y dijo:

—Yo soy la *Dama* que estaban buscando. Mi verdadero nombre es Anna Sofía Yevgenia Adair. Mi madre era Xenia Ivanoff, que se escapó de los bosques de Varishnya hace tantos años.

Cal miró ansioso a Missie. Ella estaba inclinada hacia adelante, con el mentón apoyado en una mano, escuchando atentamente cuando Genie contó la historia de Ava Adair y sus vidas. Siguió diciendo que le había transferido los derechos de las minas al gobierno de los Estados Unidos y que con su herencia de miles de millones de dólares tenía la intención de crear una fundación para la ayuda de los necesitados del mundo, los refugiados, la gente sin hogar, los niños que sufrían hambre, así como también para la educación. Dejaría su carrera en televisión para dedicarse a ello.

Missie sufrió un ahogo cuando Genie sostuvo una fotografía de ella y dijo:

—Pero no es conmigo con quien los Estados Unidos tienen una deuda de gratitud. Es con Missie O'Bryan, ya que si no fuera por ella nada de esto pertenecería a nuestro país. Missie O'Bryan Abrams es la verdadera *Dama* a la que los Estados Unidos deben honrar.

La fotografía desapareció y el locutor dio las gracias a Genie y dijo que habría un debate sobre la situación, después, por la noche.

—Entonces —dijo Cal, apagando el televisor—, todo ha salido bien, después de todo. —Pero Missie miraba en silencio a la pantalla oscura, perdida en sus propios sueños. Agregó, con alegría—: Genie estará aquí pronto. ¿Por qué no le pedimos a la enfermera Milgrim que nos traiga té mientras esperamos?

Pulsó el botón y en pocos minutos la enfermera Milgrim apareció con la bandeja. Miró con duda a Missie y luego a Cal.

—No hay necesidad de enfadarse con Cal —le dijo Missie, con calma—. Estaba sólo pensando en el pasado...

Él la observó en silencio mientras los minutos se oían pasar en el pequeño reloj, tantos minutos, una vida tan larga y azarosa. Sabía ahora de dónde había sacado Genie su espíritu. Missie O'Bryan, una de las grandes supervivientes de la vida, le había enseñado a enfrentarse al mundo y seguir lo que le dictaba tanto su corazón

como su cabeza.

Miró la puerta que se abría y los ojos tristes de Genie se encontraron con los suyos. Su corazón se aceleró cuando ella le sonrió burlona, levantando el mentón en aquel conocido ángulo arrogante.

—¿Y bien? —le preguntó, con calma.

—Has estado maravillosa —le respondió simplemente.

Ella se acercó a Missie y al caer de rodillas le tomó la mano. Ellas se miraron en silencio, y, aunque ninguna habló, durante unos momentos Cal sintió como si él estuviera espiando su silenciosa conversación. Sabía que no había necesidad de palabras.

Genie suspiró mientras descansaba su cabeza sobre las rodillas de su abuela y Missie le acariciaba con adoración el suave cabello rubio.

Missie miró a Genie y luego a Cal, y entonces tomó la fotografía de Misha y la miró largo rato.

—Sabes, Misha —dijo por fin, con suavidad—, a veces me pregunto si todo esto fue verdad. ¿Te amé verdaderamente, y me amaste tú verdaderamente?

Dejó la fotografía en su sitio con un suspiro.

—Y a veces me pregunto si he basado toda mi vida en los sueños románticos de una joven.

Se recostó en su silla, con los ojos cerrados, y Genie le acarició con delicadeza la mano. Sabía lo que Missie le estaba diciendo. Que el pasado era el pasado. Y la vida era para vivirla. Su mirada se trabó con la de Cal —aquellos adorables ojos marrones de setter— y luego sonrió.